

¿Es posible conocer el
devenir de lo humano? La
Sociedad Babbage usa
desde mediados del siglo
XIX, el prototipo de lo que
diseñó Charles Babbage.
Puede haber evitado guerras,
pero también las ha creado.

Premio LOCUS
Premio PROMETHEUS
Premio COMPTON CROOK

MICHAEL FLYNN



EN EL PAIS DE LOS CIEGOS

«Un impresionante debut, tanto en la ciencia ficción como en la historia»

LOCUS

Lectulandia

¿Qué habría ocurrido si, a mediados del siglo XIX, Charles Babbage hubiera logrado construir realmente su máquina analítica (el antecesor de los modernos ordenadores), y una sociedad secreta la hubiera usado para gobernar el mundo con ayuda de sus grandes poderes estadísticos?

Cuando Sarah Beaumont, una inversora inmobiliaria y experiodista de finales del siglo XX descubre por azar esas viejas máquinas, se inicia una trama imparable de conspiraciones, enfrentamientos y uno de los más amenos *thriller* del presente sobre las posibles consecuencias del pasado.

Lectulandia

Michael Flynn

En el país de los ciegos

ePub r1.0

Titivillus 03.11.16

Título original: *In the Country of the Blind*

Michael Flynn, 1990

Traducción: Rafael Marín

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Dennis Harry Flynn (1948-1964),
que habría sido coautor

PRESENTACIÓN, *por Miquel Barceló*

SIN que sirva de precedente, les voy a contar mi relación con esta impresionante y amena novela, la primera de Michael Flynn, un autor que, seguro, vamos a tener de nuevo en NOVA en el futuro.

Como los lectores asiduos a NOVA seguramente ya saben, soy lector habitual e impenitente de *Analog*, la revista que hoy dirige Stanley Schmidt y que es la sucesora de la mítica *Astounding* del no menos mítico John W. Campbell.

En octubre y noviembre de 1987 apareció señalizada en *Analog* una novela corta de un autor entonces nuevo, Michael F. Flynn. En esa primera y parcial entrega llamada también *En el país de los ciegos*, Flynn exploraba con gran inteligencia y amenidad la hipótesis de que una sociedad secreta, la Sociedad Babbage, hubiera construido, en el siglo XIX, la «máquina de diferencias» diseñada por Charles Babbage. Conviene recordar que ese «invento» se considera el primer diseño de un ordenador moderno, aunque fuera imposible llevarlo a la práctica por las deficiencias de la tecnología meramente mecánica de la época.

En la narración, esa Sociedad Babbage había desarrollado la nueva ciencia de la citología, una especie de trasunto moderno de la vieja psichistona de Asimov, y, con esa herramienta en sus manos y el poder de cálculo que le permitían las máquinas de Babbage, predecía, controlaba y condicionaba los acontecimientos futuros. En su intento por evitar unas guerras podía haber generado otras y, por si ello fuera poco, el asesinato no dejaba de ser un *modus vivendi* casi necesario en ese nuevo menester de manipular la historia.

En el marco de esa idea, la trama funcionaba con personajes interesantes y creíbles lo que, desgraciadamente, no suele ser habitual en las primeras novelas «con ideas». Flynn desarrollaba muy bien el hecho de que Sarah Beaumont, una inversora inmobiliaria y experiodista de finales del siglo XX, llegara a descubrir por azar esas viejas máquinas, con lo que se inicia una trama imparable de conspiraciones, enfrentamientos y uno de los más amenos *thrillers* de acción de la moderna ciencia ficción.

Debo decir que, habiendo trabajado como informático desde hace muchos años (usé el primer ordenador de mi larga y dilatada vida profesional hacia 1968...) generalmente suelo ser muy crítico con las novelas de ciencia ficción de tema informático. Pero, la novela de Flynn era seria y, además, pese a la referencia a Babbage, *En el país de los ciegos* era (y es), sobre todo, una novela sobre la historia, una modernización del viejo sueño asimoviano de la psichistoria, a la luz de los conocimientos matemáticos y estadísticos de Flynn, en realidad, bastante menos ingenuo que el mismo Asimov.

La novela corta leída en *Analog* me pareció bien y ahí quedó la cosa aunque, desde entonces, el nombre de Flynn suele llamar mi atención. No soy masoquista y,

cuando me lo paso bien (¡muy bien!) leyendo algo, suelo repetir con otras narraciones de ese autor.

Por eso, cuando en mayo de 1990 *Analog* publicó *Una rosa con otro nombre*, la leí con interés. Seguía en la misma línea y complicaba la trama en una vuelta de tuerca más al tema ya desarrollado en la primera parte. Me quedé un tanto sorprendido de que no hubiera otra parte en junio de 1990 por aquello de que «no hay dos sin tres» y, en realidad, porque parecía faltar alguna especie de conclusión al tema central de la manipulación de la historia. Me resigné a esperar otros tres años para poder disponer, en *Analog*, de una tercera y tal vez última parte de la historia, diciéndome a mí mismo que las labores como estadístico y consultor en calidad industrial de Flynn no debían dejarle demasiado tiempo para escribir novelas.

Me equivocaba.

Ocurrió que, en enero de 1991 (sí, cuando la primera Guerra del Golfo), visitó la Universidad Técnica de Virginia (Virginia Tech) con un grupo de responsables de gestión bibliotecaria de mi propia universidad, la Universidad Politécnica de Cataluña (UPC). Allí fue, ya lo he contado antes en otra de estas presentaciones, cuando al hacer la demostración del nuevo sistema de gestión bibliotecaria que Virginia Tech había desarrollado, quien hacía la demostración tomó como ejemplo la que según él era un caso habitual de búsqueda bibliográfica por parte de estudiantes y profesores de la universidad: «buscar novelas de ciencia ficción de Poul Anderson». Sin saberlo me ayudó (¡y mucho!) en mis intentos por establecer el Premio UPC de Ciencia Ficción que, afortunadamente, este año 2004 llega ya a su decimocuarta edición.

Pero, volviendo a Flynn, ocurrió que, en la librería del Campus de la Universidad Virginia Tech, entre la lista de libros más vendidos, estaba una novela reciente, titulada *En el país de los ciegos* de un autor llamado Michael Flynn. Ni que decir tiene que compré la novela y así me enteré de que había aparecido en edición de bolsillo en julio de 1990 (por eso *Analog* no había publicado la tercera parte...) y que contenía, adecuadamente encadenadas las novelas cortas que yo ya conocía: *En el país de los ciegos*, *Una rosa con otro nombre*, seguidas de una tercera parte, *El enemigo de mi enemigo*, que cerraba la historia de manera conveniente.

Incidentalmente, y para colaborar a la pequeña historia de la ciencia ficción española y el papel que en ella ya juega el Premio UPC de Ciencia Ficción, les diré que esa novela de Flynn también colaboró (¡y no poco!) a la creación de dicho premio. Cuando el último día de la estancia en Estados Unidos debíamos llegar a media mañana a Nueva York para tener un día libre en esa ciudad, ocurrió lo que a veces suele ocurrir: el aeropuerto neoyorquino estaba nevado, no se podía aterrizar allí. Muy amablemente, el avión que nos llevaba de Virginia a Nueva York nos dejó «cerca» de esa ciudad, un «cerca» que, en términos estadounidenses, pueden ser (¡y fueron!) casi quinientos kilómetros.

Eso significó tener que tomar un tren hacia Nueva York y quiso el azar (o mi insistencia, reconozco que, cuando una cosa me interesa, puedo ser peor que la

tradicional «gota malaya»...) que, en ese viaje de varias horas, me sentara junto a Gabriel Ferraté, el rector de la UPC.

Como no podía ser de otra manera, yo estaba leyendo la novela de Flynn recién comprada y en las inevitables conversaciones de tren que surgen en esos casos, aproveché para hablarle al rector del «interés universitario» de la ciencia ficción en cierta forma implícitamente sugerido por quien nos había hecho la presentación del sistema de gestión bibliotecaria de Virginia Tech. Para dar un ejemplo más, le conté el argumento y la tesis de *En el país de los ciegos*. Conocedor de Charles Babbage (al fin y al cabo el rector es catedrático en Ingeniería de Sistemas y Automática Industrial), Ferraté se dejó convencer por mi argumentación y, me atrevo a decir que, entre el presentador del nuevo sistema de gestión bibliotecaria de Virginia Tech y el argumento de la novela de Michael Flynn, el Premio UPC de Ciencia Ficción nació esos días de enero de 1991.

Y yo, además, había descubierto un autor de ciencia ficción interesante y que me gustaba.

Luego, las habituales vicisitudes y altibajos de la edición de ciencia ficción en España (estábamos entonces en periodo de «vacas flacas»...) hicieron que no pudiera incluir, como hubiera sido mi intención, *En el país de los ciegos* en la programación de NOVA.

Pero soy paciente.

Como sea que en NOVA solemos incluir una vez al año títulos que no son nuevos, sino que tienen al menos diez o quince años de existencia pese a ser todavía inéditos en España, sabía que, un día u otro, podría contar con *En el país de los ciegos* en NOVA.

Se me ocurrió que el año 2004 podía ser aquel en que «recuperara» para NOVA a Michael Flynn y su novela sobre la Sociedad Babbage. Era algo que, en cierta forma, le debía a esa novela. Y ya saben los lectores de NOVA que mi política editorial es sumamente sencilla: si a mí me gusta una novela y me divierto leyéndola, acabo publicándola. Sé que los lectores son tan poco masoquistas como yo y que les gusta pasárselo bien leyendo...

Así que, tras localizar al nuevo agente de Michael Flynn (el éxito de la serie FIRESTAR le ha propulsado ya a un nivel editorial distinto del que tenía a finales de la década de los ochenta), contraté *En el país de los ciegos* pensando en ella como el «clásico» de NOVA para el año 2004.

Error.

Cuando le pedí los habituales ejemplares para las labores de traducción (mi ejemplar de la edición de 1990 es mío, como diría Gollum: «mi tesoro»...), Montse Yáñez, la actual agente literaria de Flynn en España, me sorprendió con una nueva edición en tapa dura, aparecida en el mercado estadounidense en agosto de 2001 de la que yo no sabía nada.

No suele ser habitual que una novela publicada primero en libro de bolsillo (en 1990) sea reeditada, once años después, en tapa dura. Más bien lo habitual es lo contrario. Pero lo ocurrido con *En el país de los ciegos* en Estados Unidos es solo la muestra de cómo el interés por la obra de Flynn ha crecido durante estos años, y mucho.

La nueva edición iba acompañada como Epílogo de un ensayo del mismo Flynn que había aparecido en *Analog* en abril y mayo de 1988 con el título «Una introducción a la psichistoria». En la nueva edición de 2001 pasaba a llamarse ya directamente «Una introducción a la cliología» y se incluye también en nuestra edición (y lo recomiendo encarecidamente).

En resumen, que, teniendo en cuenta los ajustes y actualizaciones realizadas a la novela, la nueva edición estadounidense en tapa dura y la inclusión del interesantísimo (¡y discutible!) artículo sobre esa nueva «ciencia de la historia» llamada cliología, esta edición de *En el país de los ciegos* ya no puede ser considerada el «clásico» de NOVA del año 2004 (no sufran, hay otro en cartera: *La reconstrucción de Sigmund Freud* de Barry N. Malzberg, pero de eso ya hablaremos en su momento).

Volviendo a *En el país de los ciegos*, conviene decir que es una primera novela impresionante y poco habitual. Como tal primera novela ha obtenido, ya en su primera aparición en 1990, diversos premios. El más destacado es el premio LOCUS 1991 a la mejor primera novela del año 1990. Pero no es el único. Ha obtenido también el premio COMPTON CROOK 1991 que se otorga, también a la mejor primera novela del año, en la Balticon, la convención de ciencia ficción de Baltimore y que se vota en el seno de The Baltimore SF Society. (Ese es el premio que obtuvo, por ejemplo, esa sorprendente *Materia celeste* de Richard Garfinkle, recientemente publicada en NOVA).

Por si ello fuera poco, *En el país de los ciegos* obtuvo, también, el premio PROMETHEUS que otorga la Libertarian Futurist Society para promover la ciencia ficción futurista y que han obtenido algunos autores que los lectores de NOVA conocen bien como Vernor Vinge o Donald Kingsbury.

Por si hicieran falta más avales para *En el país de los ciegos*, cabe decir que, en el momento de su primera publicación en forma de libro en 1990, generó la insólita cifra de tres reseñas distintas en una revista como LOCUS que no suele hacer eso más que en casos excepcionales. Primero fue Scott Winnet quien citó *En el país de los ciegos* como la primera y más destacada novela en su sección de reseñas breves (Short Reviews, LOCUS, agosto de 1990). Eso estimuló la curiosidad de Earen Miller quien también, tras leer la novela, se empeñó en destacarla muy favorablemente en su reseña (LOCUS, septiembre de 1990). Pero la cosa no se quedó ahí: el mes siguiente Russell Letson también quiso citar la novela como la más destacada en su columna de reseñas de novelas recientes (LOCUS, octubre de 1990).

Como pueden ver, no soy el único que se ha divertido y ha reflexionado con esta interesante narración de Michael Flynn. Y espero que ustedes la disfruten conmigo. De verdad, gozadas como la oportunidad que nos ofrece *En el país de los ciegos* ya no quedan tantas en la moderna ciencia ficción. Y el artículo de divulgación sobre la cliología es un valor añadido al que se puede volver una y otra vez. Se lo aseguro.

Por eso les dije que, tras esta primera novela, pronto hemos de tener a Flynn en NOVA. Se lo aseguro. Vale la pena.

MIQUEL BARCELÓ

PREFACIO a la segunda edición

¿QUIÉN puede resistirse a manipular la historia?

Partes de este libro aparecieron originalmente como un serial y una novela corta separada. Las redundancias creadas por esto han sido eliminadas, así como algunas secciones de prosa menos que inmortal y algún que otro adverbio mal puesto. Las referencias futuristas a la «Red de Datos nacional» han sido corregidas a «internet». Hay algunos cambios más respecto a la primera edición norteamericana. Otros, como el ahora derruido viaducto del centro de Denver, han quedado en su sitio. Hay límites al revisionismo histórico.

El ensayo «Una introducción a la cliología» (originalmente «Una introducción a la psicohistoria») se añade a petición de los lectores en varias convenciones de ciencia ficción.

Mi agradecimiento a Stan Schmidt de la revista *Analog* por publicar el primer serial, la novela corta y el artículo; y a Jim Baen, que publicó la primera edición americana, ahora agotada. Gracias también a mi agente, Eleanor Wood, quien me llamó un día y me preguntó: «¿Has pensado alguna vez en escribir una novela?».

Michael Flynn
Easton, Pennsylvania
2001

Al meditar sobre la naturaleza de las ciencias morales, uno no puede evitar ver que, ya que están basadas como las ciencias físicas en la observación de los hechos, deben seguir el mismo método, adquirir un lenguaje igualmente exacto y preciso, conseguir el mismo grado de certeza.

*ANTOINE DE CARITAT, Marqués de Condorcet
Discurso de ingreso en la Academia, 1782*

En lo referido a la naturaleza, hechos aparentemente irregulares y caprichosos han sido explicados y se ha demostrado que son conformes a ciertas leyes universales y fijas. Eso se ha conseguido porque hombres con habilidad y, sobre todo, hombres de pensamiento paciente e incansable han estudiado los hechos naturales con la idea de descubrir su regularidad: y si los eventos humanos estuvieran sujetos a un tratamiento similar, tenemos todo el derecho a esperar resultados similares.

HENRY THOMAS BUCKLE, 1856

Parecería, entonces, que los fenómenos humanos, cuando se observan a gran escala, se parecen a los fenómenos físicos... Solo unos pocos hombres, dotados de un genio superior, pueden alterar sensiblemente el estado social; e incluso esta alteración requiere un tiempo considerable para transmitir plenamente sus efectos.

*LAMBERT ADOLPHE QUETELET
Treatise on Man, 1842*

Ojalá fuera yo capaz de llevar a cabo un Proyecto iniciado por el señor James Bernoulli para aplicar la Doctrina de las Probabilidades a Usos Políticos y Económicos, para lo cual he sido invitado, junto al señor de Montmort, por el señor Nicholas Bernoulli..., pero voluntariamente consigno mi parte de esta tarea a manos Mejores, deseando que él mismo consiga ese Designio o... su tío, el señor John Bernoulli.

ABRAHAM DE MOIVRE

*Prefacio a The Doctrine of Chances, 1718 (primera edición).
(Toda mención al Proyecto Bernoulli fue omitida en ediciones posteriores).*

PRIMERA PARTE

ENTONCES

LA lluvia caía en torrentes, marcando un ritmo en *staccato* sobre la calle empedrada. Creaba ríos y océanos en el pavimento y formaba un telón más allá del cual solo podían verse formas vagas. El hombre esperaba tras la siseante lámpara de gas en mitad de la manzana de casas. El agua caía por su sombrero de ala ancha y por su nuca. Era una lluvia cálida y pegajosa, sin nada de frescor. El hombre acomodó el maletín de cuero impermeable bajo el brazo, cambiando de postura por enésima vez. Lejos, al sur, oyó el fragor de explosiones, pero no sabía si eran cañones o truenos.

Un tamborileo de cascos en G. Street. El hombre se volvió expectante, pero solo era una tropa de caballería que había doblado la esquina: el trote de los caballos arrancaba chispas del pavimento con el golpear de sus cascos. Las cinchas de cuero y los cinturones brillaban en la oscuridad y el metal de los sables y las espuelas y los bocados tintineaba como una bailarina árabe.

Leyó las insignias de sus gorras mientras pasaban: Tercero de Pennsylvania. Alzó el brazo y vitoreó y su capitán lo saludó con el látigo.

Los vio perderse de vista mientras desaparecían una vez más tras la cortina de lluvia, dirigiéndose a los puentes del Potomac y quién sabía a qué destino. Cuando devolvió su atención a la calle, el landó estaba ante él. El caballo de la izquierda, a menos de tres palmos de distancia, resopló y lo miró. Sobresaltado, el hombre retrocedió un paso y pisó un charco, mientras el conductor, un bulto sin forma en el pescante, tiraba de las riendas para calmar a la bestia.

La puerta se abrió e Isaac asomó la cabeza, sonriendo agriamente.

—Bien, Brady —preguntó con su cargado acento de Nueva Inglaterra—, ¿vas a subir o es que te gusta la lluvia?

Brady no se molestó en contestar. Subió al carruaje y se sentó junto al hombre mayor. El tapizado del interior del landó olía a rancio y mustio, con rastros de moho en cada aliento. Todo en Washington olía igual. Era una ciudad horrible. «Todo el encanto de una ciudad del Norte, y toda la eficiencia de una del Sur». Brady sacudió la lluvia de su sombrero y se secó la cara con un pañuelo. El carruaje se puso en marcha con un respingo.

Vio que Isaac miraba con disimulo el maletín.

—¿Impaciente, Isaac? —preguntó. Su acento de Indiana resonó como un diapasón—. Mi tren llegó hace dos horas. Podrías haberme recibido en la estación.

—Ajá —reconoció Isaac al instante—. Podría. Pero no lo hice.

Brady gruñó y contempló las casas que dejaban atrás, oscuras y grises bajo la lluvia. Se dirigían hacia Georgetown. Bruscamente, las sacudidas del carruaje dieron paso a un sonido pegajoso y absorbente. Los cascos de los caballos chapoteaban en el camino enfangado.

—Veo que todavía no han terminado de pavimentar las calles.

—No. Tampoco han terminado todavía la cúpula del Capitolio. —Isaac lo miró, luego retiró la mirada—. Muchas grandes cosas todavía sin acabar.

Brady lo dejó correr y continuaron el viaje en silencio durante un rato.

—La ciudad rebosa de miedo a los espías —dijo Isaac al cabo de un rato—. Demasiadas idas y venidas. Llama la atención. Creo que me siguieron la semana pasada. Nada que ver con la Sociedad, pero el Consejo pensó que era mejor que no nos encontráramos en la estación.

Brady lo miró. Era lo más parecido a una disculpa que iba a recibir jamás del hombre de Nueva Inglaterra. Suspiró.

—No tiene importancia.

Isaac se inclinó hacia delante y golpeó el maletín con el dedo índice.

—Pero esto sí —dijo—. Esto sí. Dímelo claramente, Brady, sin rodeos. ¿Es lo que esperábamos?

Brady no le respondió directamente. Acarició el cuero con la palma de la mano. Notó los cierres de metal fríos bajo su contacto.

—Tres semanas de cálculo —dijo—. Tres semanas, incluso con las máquinas de Babbage, y seis de nosotros trabajando en dos turnos las veinticuatro horas. Usamos integración numérica y parte de esa nueva teoría que se desprende de los estudios de Galois. Cuando terminamos, nos intercambiamos y comprobamos el trabajo del otro equipo —sacudió la cabeza—. No hay ningún error.

—Entonces debe morir.

Brady volvió la cabeza y miró a Isaac. El hombre de Nueva Inglaterra estaba tenso y pálido; había oscuras manchas de edad que se marcaban en su piel como de pergamino. Brady asintió una vez, e Isaac cerró los ojos.

—Bueno, eso complacerá a algunos miembros del Consejo —dijo, reflexionando para sí—. David y Meechum. Y Phineas también. Sus fábricas están paradas, ya que no llega nada de algodón al norte.

Brady frunció el ceño.

—¿Están permitiendo que sus intereses personales se...?

—No, no. Se dejan guiar por las ecuaciones, igual que nosotros. La esclavitud tiene que desaparecer. Todos estuvimos de acuerdo, incluso los miembros del Sur. Las ecuaciones demostraron lo que pasaría si no desaparecía. —Isaac se estremeció, recordando—. Por eso tomamos... medidas. —El rostro del viejo se cerró aún más—. También comprenderán la necesidad de esta acción. —Abrió los ojos y clavó a Brady con la mirada—. Y si se pliegan a la necesidad con sonrisas y nosotros con pesar, ¿qué diferencia habrá?

—Maldición, Isaac. ¡Nunca tendríamos que haber llegado a esto! —Brady dio un golpe en el maletín, un sonido brusco que hizo que Isaac parpadeara.

—¿No quieres sangre en las manos? Bueno, ya ha habido suficiente sangre. Esta guerra...

—¡Fue un accidente! ¡Un fallo de cálculo! Douglas tendría que haber ganado.

Sabía hacer tratos. Podría haber acabado con la esclavitud y hecho que el Sur lo amara. Soberanía popular y la Ley de Heredad. Eso habría bastado.

—Tal vez —concedió Isaac—. Pero Buchanan vetó la Ley de Heredad por rencor personal hacia Douglas. Las ecuaciones guardan silencio cuando tratamos con individuos. Después del fiasco en la convención de Charleston, las elecciones quedaron abiertas, y los republicanos...

—¡Y ese bufón pueblerino! —dijo Brady, furioso—. ¡Su victoria lo cambió todo! Llevó el Sur al pánico y la secesión. Pero ¿cómo podríamos haberlo calculado? Ese hombre siempre fracasó en todo lo que intentó. Fracasó dos veces en los negocios; tuvo un colapso nervioso; fue derrotado para portavoz de la Cámara, luego en la reelección; fue derrotado para *jefe de catastro*, nada menos. Se presentó dos veces al Senado y una vez a la vicepresidencia y perdió la nominación las tres veces. ¡Por los clavos de Cristo, Isaac! ¡Incluso perdió las elecciones presidenciales!

—No en el colegio electoral —señaló Isaac—. Y obtuvo una mayoría.

—¡Ese hombre es una anomalía estadística!

Isaac se echó a reír.

—Eso es lo que te molesta de verdad, ¿no?

Brady estuvo a punto de contestar desabrido, pero se lo pensó mejor. Se encogió en su asiento.

—Sea como sea. La guerra fue un accidente; ¡esto es diferente! —Volvió a dar un golpe al maletín—. Un acto calculado, no un riesgo calculado.

Isaac asintió lentamente.

—Dudo que a un cadáver le importe si se hizo por accidente o siguiendo un plan. Con todo, nosotros no alzaremos un dedo. Una palabra aquí. Una palabra allá. Washington siempre ha sido confederada de corazón. Alguien actuará.

—Sí. Pero nosotros cargaremos con la culpa.

—¿Y qué? ¿Hubo alguna vez alguna duda? ¿Lo dudaste cuando hiciste el Juramento?

Brady apartó el rostro, miró por la ventana.

—No.

Guardaron silencio de nuevo, escuchando las ruedas del carruaje rodar por el fango. La lluvia tamborileaba sobre el techo del landó.

—¿Y si no muere?

Isaac no quería dejarlo correr. Brady lo miró con el ceño fruncido.

—¿Y si no muere? —insistió Isaac.

Brady suspiró. Sopesó el maletín, luego lo colocó sobre el regazo de Isaac.

—Léelo tú mismo. Todo está aquí. La senda secundaria del decimoquinto eslabón. Tenemos informes médicos clandestinos sobre él y sobre toda su familia. Y sobre Ann Rutledge también. Su viejo socio en el bufete, Billy Herndon, ha estado dejándolo caer a quien quisiera escucharlo. Su esposa está loca, pero nadie tiene agallas para decirlo en voz alta. Es congénito en al menos dos de sus hijos.

¡Maldición! —Cerró con fuerza los ojos. Sus manos se convirtieron en puños—. No hay nada que me haya gustado menos que leer esos informes. —Se relajó lentamente y miró a Isaac—. No hay error. Se volverá loco antes de que expire su nuevo mandato. Ya tiene... sueños extraños.

—Y su locura, y su enfermedad, desacreditarán esta plataforma de reconciliación.

—Sí. Llevará a la victoria de los radicales y su probable moción de censura. Habrá una ocupación militar permanente del Sur, que sofocará el progreso tecnológico allí, creando resentimiento entre los blancos, revueltas esporádicas, y programas raciales, seguido de represión y una nueva rebelión en 1905 que será apoyada subrepticamente por al menos dos potencias europeas. Eso también está en los cálculos.

Isaac sonrió sin humor.

—Entonces, no es tanto cuestión de que nos manchemos las manos de sangre, sino de cuánta sangre haya, y de quién.

Brady se mordió los nudillos. La piel estaba ajada, casi pelada. Isaac lo observó pensativo durante un momento, luego volvió su atención a la ventanilla. El silencio entre ellos se amplió.

—Fea noche —dijo Isaac por fin, todavía contemplando la oscuridad.

—No hemos construido Utopía, ¿verdad, Isaac?

Isaac negó con la cabeza.

—Dale tiempo, muchacho. Dale tiempo. Roma no se construyó en una hora tampoco. La Sociedad es demasiado pequeña todavía para mover mucho el mundo; pero crecerá, si perseveramos. —Se volvió y miró a Brady, los ojos agudos y penetrantes—. Hambrunas, Brady. Guerras mundiales. Armas más letales que un rifle Gatling y un acorazado. Todo está en las gráficas. Las has visto. Dentro de menos de un siglo habrá bombas explosivas más poderosas que veinte mil toneladas de algodón pólvora, o que ese nuevo material, la dinamita. ¡Sangre de Cristo! ¡La mina de Petersburg tenía solo ocho mil libras de pólvora negra! ¡Imagina cinco mil de esas minas explotando a la vez! —Sacudió la cabeza—. Yo mismo estudié esas curvas, Brady. Son exponenciales. ¡Si tenemos alguna esperanza de detenerlas a tiempo, debemos actuar, y actuar ahora!

Para Isaac, eso era todo un discurso. Brady contempló al anciano y, con un súbito arrebato de compasión, le colocó una mano sobre el brazo y apretó. Isaac miró la mano, luego a Brady. Entonces el conductor llamó a los caballos y el landó se detuvo ante una modesta casa de ladrillo en Georgetown. Después de un instante, Brady soltó el brazo de Isaac y abrió la puerta. Intentó salir, pero Isaac lo contuvo.

—Hay algo más, ¿verdad, Brady Quinn?

El viento empujó la lluvia al interior del carruaje. Brady no quiso mirar a Isaac.

—No me hagas decírtelo, Isaac.

Isaac se apartó de él.

—¿Qué es? —Había incertidumbre en su voz, y temor.

—Isaac, has sido como un padre para mí durante veinte años. Por favor, no me preguntes.

Isaac cuadró los hombros.

—No. Mi vida está en este trabajo. Yo construí la Sociedad, Brady. Phineas y yo y el viejo Jed Crawford. Leímos entre líneas en el libro de Babbage. Vimos lo que se podía hacer. Vimos lo que había que hacer. Trazamos los primeros diez eslabones. Si has encontrado algo que... —Sacudió la cabeza de pronto, violentamente—. ¡Debo saberlo!

Brady suspiró y apartó la mirada. Sabía que este momento habría de llegar, lo temía. Sabía que tendría que contárselo todo a Isaac. Pero eso no hacía que fuera menos desagradable.

—El joven Carson ha desarrollado un nuevo algoritmo —dijo—. Basado en un juego infantil, nada menos. Es... Bueno, todo cambia después del vigésimo noveno eslabón.

Isaac frunció el ceño, sin comprender.

—¿El vigésimo noveno...? No sé qué quieres decir. Si todo después de... ¡No! ¡Explícate, Brady!

Brady se lo contó y el anciano se lo quedó mirando, la boca abierta. Brady cerró brevemente los ojos; luego salió del landó y caminó hacia la casa. Miró hacia atrás una vez, a través de la lluvia, y vio al anciano llorando.

AHORA

Capítulo I

LA ventana estaba demasiado sucia para poder mirar. Sarah Beaumont contempló la habitación vacía y vio un trapo en un rincón. Probablemente estaba igual de sucio que todo lo demás en la vieja casa. Había cagadas de ratón por todas partes, telarañas, fragmentos de escayola. En algunos sitios las costillas de las paredes asomaban a través del yeso descascarillado. Con un suspiro de disgusto, se agachó, recogió el trapo y lo sacudió. Una araña escapó corriendo, y ella la observó marcharse.

—¿Cuánto tiempo ha estado vacía esta casa? —preguntó.

—Cinco, seis años —respondió Dennis French, su arquitecto. Estaba dando golpecitos en las paredes, buscando las vigas maestras. Se detuvo y estudió el marco de la puerta; pasó los dedos por las juntas y asintió—. Pero es un trabajo bueno y sólido. Sin duda entonces sabían cómo construir.

—Los buenos viejos tiempos —dijo Sarah, ausente—. Cuando las mujeres sabían cuál era su sitio.

Dennis la miró.

—Todavía lo hacen —contestó—. Solo que ahora hay más sitios.

Ella se echó a reír. Regresó a la ventana y le pasó el trapo. La mugre era testaruda. Había tenido años para asentarse. Consiguió aclarar un círculo en medio del cristal y se asomó a Emerson Street.

—¿Podemos restaurar el lugar? Que cumpla los planes de urbanismo y todo eso. Es lo que tengo que hacer. Este barrio va a ser el próximo *boom*, y quiero estar aquí primero. —Había llegado tarde a Larimer y Auraria. Iba a ser la primera aquí, por Dios. Que los demás la siguieran a ella para variar.

Podía ver al otro lado de la calle las ventanas del primer piso. Aquellas casas habían sido construidas siguiendo el mismo plan básico que esta. Mansiones antiguas convertidas en apartamentos de alquiler. En una de las ventanas había un hombre asomado, desnudo hasta la cintura, bebiendo una lata de algo. La vio mirar y la saludó, como invitándola.

Ella lo ignoró y torció el cuello a la izquierda, apretando la mejilla contra el cristal. Podía distinguir apenas la cúpula del capitolio estatal, brillando dorada al sol de la tarde. Sin embargo, los rascacielos del centro bloqueaban la vista de las montañas. Contempló el tráfico en la esquina, contando coches-por-minuto.

Cuando se apartó de la ventana y se sacudió el polvo de las manos, Dennis ya había salido de la habitación. Pudo oírlo sondeando las paredes pasillo abajo.

—¿Qué tal? —preguntó. Cogió su carpeta y apuntó unas cuantas notas.

—Las instalaciones están bien —lo oyó contestar—. Naturalmente, no hay conexiones informáticas; pero podemos incluirlas cuando pongamos al día el resto del cableado. Canales ISDN de sesenta y cuatro kilobytes.

Ella siguió su voz pasillo abajo y lo encontró en uno de los otros dormitorios. Estaba hurgando en un agujero en la pared.

—Todavía hay tuberías en las paredes para la vieja iluminación de gas. —La miró y sacudió la cabeza—. Esto debió apestar hace cien años, antes de que lo mejoraran. Hay una escalera para el servicio al fondo del pasillo. —Señaló vagamente.

—Tengo una lista de los anteriores propietarios de la casa —le dijo ella—. Uno de los barones plateados construyó el lugar, pero el Pánico llegó unos cuantos años más tarde y tuvo que venderla.

—Fácil viene, fácil se va.

—Tienes razón en lo de los detalles. Si pudiera encontrar al hijo de puta que pintó el suelo de *parquet* de la escalera principal... —A ella le encantaba un trabajo bien hecho, y aquella escalera había sido obra de un maestro artesano.

Dennis asintió.

—Sé lo que quieres decir. Cuando convirtieron este lugar en una casa de apartamentos y subdividieron las habitaciones, panelaron hasta las paredes originales. ¿Puedes imaginártelo? ¡Deberías ver la entabladura! Aquí.

Tiró de una sección de la pared y esta cedió. Trozos de escayola y recubrimiento cayeron al suelo, junto con algunos clavos y trozos sueltos de papel. La pared original que había detrás se hallaba en mal estado. La entabladura estaba destruida en parte y había agujeros en la escayola, pero Sarah pudo imaginar cómo debió ser cuando era nueva.

Los papeles caídos al suelo le llamaron la atención. Un recorte de periódico amarillento. Lo recogió y encontró una hoja rasgada de papel de escribir sujeta al periódico por una grapa oxidada.

—¿Qué es eso? —preguntó Dennis, cepillándose las manos y poniéndose en pie.

—Una lista de fechas. Parecen los apuntes de alguien para un examen de historia y... —Leyó el titular del recorte—. Un artículo de 1892 del *Denver Express*.

Le tendió la hoja de papel a Dennis y leyó el resto del artículo.

—Un tiroteo —le dijo—. Dos *cowboys* en Latimer Street. Ninguno recibió un rasguño, pero murió un transeúnte. Un anciano llamado Brady Quinn.

Frunció el ceño. ¿Quinn? Había visto ese nombre hacía poco. Pero ¿dónde? El pensamiento quedó flotando al borde de su memoria. Bueno, no importaba. Ya lo recordaría tarde o temprano.

—Qué colección de notas más rara.

—¿Hmmm? —Miró a Dennis, que observaba la hoja con el ceño fruncido—. ¿Qué quieres decir?

—Bueno, para empezar está escrito con dos tipos de letra distintos. Los artículos más antiguos están en el antiguo estilo spenceriano.

—Alguien empezó la lista —dijo Sarah—. Y otra persona la continuó.

—Y esto, aquí en lo alto. ¿Qué dice? ¿Biológico? ¿Diológico?

Ella miró el lugar donde él señalaba.

—Ciológico. Algo cliológico. Está borroso. No puedo distinguirlo.

—Qué gran ayuda. ¿Qué quiere decir «cliológico»?

Ella se encogió de hombros.

—Ni idea. Nunca he oído esa palabra antes.

—Y la mezcla de entradas es también extraña. Acontecimientos famosos y acontecimientos antiguos entremezclados. ¿Cómo encajan en la misma lista la nominación de Franklin Pierce, o la elección de Rutherford Hayes, o los nombramientos militares de Winfield Scott con la elección de Abraham Lincoln con su asesinato, o el hundimiento del Lusitania? Oh... ¡Vaya!

—¿Qué? —Ella se colocó tras él y leyó por encima de su hombro. Dennis señaló—. «Brady Quinn asesinado» —leyó.

—Sí, tu amigo Quinn está aquí mismo con Lincoln y Teddy Roosevelt. Y con la Retirada de Von Kluck, sea lo que sea. Mil novecientos catorce. Debe ser la Primera Guerra Mundial.

—No me digas. Y «Frederick W. Taylor, hu. ca. 1900». ¿Quién era ese?

Dennis sacudió la cabeza.

—Hay media docena de entradas de las que nunca he oído hablar.

—Bueno, así es la educación moderna. No te enseñan cosas que nuestros tatarabuelos daban por comunes. —Indicó el nombre de Dewey en la lista—. Creo que empezó con el método de lectura de Thomas Dewey. El inglés no es el chino y no se puede enseñar de esa forma. No me extraña que la mitad de los chavales de este país sean analfabetos funcionales. Algunos de mis propios maestros casi lo eran también.

—Pero apuesto a que tenían su título y todo.

—Lo cual significa que sabían todo lo que había que saber sobre la enseñanza, excepto la materia.

—Cuando yo estaba en el instituto —recordó Dennis—, uno de mis tutores me dijo que eso no era importante. —Ella lo miró y él se encogió de hombros—. De verdad.

—Así es la gente. Si yo no lo sé, no es importante. Pídele a un ingeniero que escriba sonetos, o pregúntale a un poeta sobre tensiones y deslizamientos.

Dennis se echó a reír y señaló la lista.

—O pregúntale a un arquitecto por el análisis de factores. Hay una nota al pie, donde el papel está roto. «Intenta un análisis de factor ortogonal...».

—¿Análisis de factor ortogonal? Es un método estadístico que usan para definir los grupos socioeconómicos. Cada grupo se define por un grupo de tendencias correlacionadas mutuamente. Creo que lo usan también en antropología física.

Dennis alzó una ceja y la miró.

—¿Cómo eres tan lista?

Ella se detuvo y se lo quedó mirando.

—¡Porque no estoy dispuesta a que me engañen! —replicó—. He tenido que luchar por todo lo que tengo. A causa de mi sexo. A causa del color de mi piel. ¡No quise aceptar una educación de segunda fila!

El arquitecto levantó las manos.

—No pretendía parecer condescendiente —dijo—. Cristo, ya me conoces, Sarah. Tuve... bueno, no los mismos problemas, obviamente; pero en la escuela preparatoria no esperaban que los ricos ociosos quisieran enfrentarse a nada «duro».

—Sí, lo sé —respondió ella—. No es culpa tuya que nacieras blanco y rico.

—Eh, ya he dicho que lo siento. Es que tú pareces saber más cosas sobre todo que ninguna otra persona que conozca.

—Maestro liendre, de todo sabe y de nada entiende —gruñó ella—. Tienes razón. Lamento habérmelo tomado a mal, pero decidí hace mucho tiempo que nunca pediría disculpas por saber algo. —Se apartó de él—. Supongo que soy curiosa por naturaleza.

Pero no siempre había sido así, recordó mientras bajaba las escaleras y se dirigía al vestíbulo de entrada. Una vez, se había contentado igual que sus compañeros con ir sorteando el colegio y la vida. Y cumplía porque la Ley y sus padres decían que tenían que hacerlo.

—Fue en quinto curso, supongo. —Pasó un dedo por la pared sucia—. Nuestra clase fue de excursión al Museo de Ciencias e Industria. Eso fue... oh, hace más años de los que quiero recordar.

Oh, Señor, la zona sur de Chicago. Pudo verse a sí misma pasando con los ojos como platos de exposición en exposición, una niña pequeña con trenzas que apenas sabía leer. Había una exposición de máquinas de calcular que oscilaban desde los viejos mecanismos de teclas hasta lo último en miniportátiles. Había un modelo de un corazón humano que se podía atravesar. ¡Había una roca traída de otro mundo!

—Fue como si me despertaran con agua fría —le dijo. Aquel viaje la había despertado con un sobresalto; e incluso ahora, a través del telescopio de los años, podía sentir el temblor de nerviosismo que sintió entonces—. Había un mundo enorme y fascinante allí fuera, ¡y mis profesores no me estaban hablando de él! Así que... —se encogió de hombros—, lo exploré por mi cuenta. Me escapé de clase, me fui a la biblioteca pública; más tarde, a la biblioteca de la Universidad de Chicago.

Allí había tenido que esforzarse para entrar: nadie quería creer que una niñita negra había venido a leer.

Y lo había devorado todo. Música africana, física, leyes, medicina, historia china, estadística, filosofía alemana, informática. Todo. Algunas de sus amigas, que sabían lo que estaba haciendo, le preguntaron para qué iba a servirle. Ella trató la pregunta con el mismo desprecio que sentía hacia la apatía que había detrás.

¿Servir? No buscaba entrenarse para nada: buscaba una educación.

Había aprobado todos sus exámenes, naturalmente. Se aseguró de hacer todas las pruebas. Estaba segura de que la mayoría de sus profesores lamentaban profundamente su éxito, porque lo había conseguido a su pesar. Pero hubo algunos... ¡Ah, aquellos sí que eran profesores!

—Es difícil acabar con la costumbre, supongo. —La voz de Dennis interrumpió sus recuerdos.

—¿Hmm? ¿Qué quieres decir?

Habían llegado a la planta baja y se detuvieron al pie de las escaleras.

—¿Cuántos seminarios y clases has seguido en los años que hace que nos conocemos?

—Leyes sobre bienes raíces. Supervivencia en el desierto. Una docena de clases de programación. Creo que el aprender a *hackear* fue el más divertido. No lo sé: he perdido la cuenta.

—¿Ves lo que quiero decir? Te admiro. No has dejado de perfeccionarte. A veces desearía tener tu curiosidad. Debo tener en casa una docena de libros que siempre he querido leer. Los compré con toda mi buena intención, pero parece que nunca encuentro el tiempo para hacerlo. Mis revistas técnicas ocupan todo mi tiempo libre.

—Siempre se puede sacar tiempo. Es cuestión de fijar tus prioridades.

Dennis se pasó la mano por el bolsillo de la camisa.

—Sí, supongo que la curiosidad es como todo lo demás. Viene con la práctica. Cada entrada de esta lista ha sido marcada con un uno, un dos o un tres. Tal vez son tres «factores ortogonales». —Dobló la lista y se la guardó en el bolsillo—. Bueno, a lo mejor compruebo qué es esto. Para averiguar qué significa.

En la acera ante el edificio, Dennis anotó algunas ideas en su libreta. Sarah sabía que no debía mirar. Él había roto una docena de buenas ideas antes de enseñarle una verdaderamente grande. A lo largo de los años, ella había aprendido a confiar en su juicio.

Sarah se limpió el polvo de la ropa. Los coches ocupaban toda la manzana, a ambos lados. Tendría que hacer algo con el aparcamiento cuando desarrollara la zona.

Dennis lanzó la libreta al asiento trasero de su Datsun.

—¿Almorzamos el viernes?

Ella asintió, ausente. Se estaba preguntando cuánto de la manzana podría comprar antes de que alguien más advirtiera qué estaba pasando y los precios se dispararan. Tal vez podría hacerlo a través de un par de corporaciones fachada.

—Ya tengo un nombre.

—¿Hmmm? ¿Para qué?

—Para el proyecto. Brady Quinn Place. Podemos aprovechar el aspecto histórico. El cambio de siglo con el cambio de siglo. El final del siglo XIX se encuentra con el final del siglo XX. Solidez y elegancia combinadas con eficacia y tecnología.

Ella se lo pensó.

—No está mal —admitió.

—¿No está mal? Le viene como anillo al dedo. Hay auténtica nostalgia en esta ciudad por esa época. Vaqueros. Baby Doe Tabor. Mattie Silks. El *sheriff* Dave Cook.

—Me lo pensaré —dijo ella—. Averigua quién era ese Brady Quinn. No queremos usar su nombre si era un pardillo.

—¿Por qué no? Mattie Silks era una *madame*.

—Ah, pero en una mujer, es respetable.

Sarah condujo su Volvo a través de las calles en diagonal del centro de Denver, dejando atrás las torres de vidrio y acero de las compañías energéticas y de telecomunicaciones. Se preguntó qué sucedería con esos complejos cuando trabajar desde casa fuera común. Su proyectada renovación incluía que cada comunidad accediera a internet además de a una antena parabólica comunitaria.

Había planeado coger por Colfax Avenue para llegar a casa porque le gustaba buscar posibilidades comerciales inmobiliarias, pero en el último minuto cambió de opinión y cortó por Speer y Sixth Avenue Expressway. Era un camino recto, prácticamente sin interrupción hasta Hogback, con la cordillera Front Range delante todo el camino. Era una vista de la que nunca se cansaba.

Unos cuantos años atrás había seguido uno de aquellos cursos de supervivencia para ejecutivos. Escalada. Navegar por rápidos. Vivir al aire libre. Cómo manejar cuchillos y arcos. Como graduación, la dejaron en algún lugar de las montañas solamente con la ropa puesta. Ella había aprendido mucho sobre quién era durante aquellos dos días terribles. Y había llegado a amar las montañas. Eran su refugio cuando la tensión del trabajo se hacía demasiado grande. Se prometió a sí misma unos cuantos días en la sierra después de terminar el proyecto de Emerson Street.

Las nubes de la tarde cubrían las montañas, tan cerca que parecía que podía tocarlas. Contempló el cielo, pensativa, calculando si iba a llover o no; entonces recorrió la capota de todas formas. Qué demonios. Le gustaba la sensación de la brisa y, si llovía, podría cerrarla rápidamente. Estaba acostumbrada a correr riesgos desde hacía mucho tiempo.

Más tarde, en casa, mientras bebía brandy delante de la chimenea, recordó por fin el nombre de Quinn. Hizo a un lado la copa y se levantó del sofá. Un leño en el fuego chasqueó, enviando una vaharada de olor a pino por toda la habitación. Feline P. Cat, su gato doméstico, la siguió hasta el ordenador y observó atento mientras ella recuperaba el archivo de Emerson Street y lo iba pasando. Cuando finalmente encontró la entrada que buscaba, Sarah asintió, satisfecha.

Una vez, hacía mucho tiempo, Brady Quinn había sido el propietario de la casa de

Emerson Street. La había comprado al barón plateado en 1867 y la vendió en 1876 a un hombre llamado Randall Carson. A partir de ahí, a través de varios propietarios intermedios, había llegado hasta ella.

—Eso lo convierte en una especie de «antepasado» mío —le dijo al gato—. Tal vez Dennis tenga razón y podamos usarlo como gancho para el proyecto. Si fue alguien más que un pobre diablo que quedó pillado en el fuego cruzado de los argumentos de otros.

Feline parpadeó, mostrando su acuerdo.

—Tal vez los archivos del *News* o del *Post* puedan ayudarme.

Conectó con internet y buscó «Brady Quinn». No encontró nada, excepto media docena de sitios dedicados a la serie de televisión *La tribu de los Brady* y otro puñado al actor Anthony Quinn. Hizo una mueca. Sintaxis, se reprendió. Tienes que vigilar tu sintaxis.

—¿Qué te parece, Fee?

El gato bostezó.

—Tienes razón. Tendremos que ir al centro y buscar una copia impresa. El *Express* y el *Times* ya ni siquiera existen. Tal vez la Sala de Historia del Oeste de la biblioteca pública tenga algo en microfilm. Y los archivos de impuestos del ayuntamiento y el condado.

Tomó algunas notas. Siempre había odiado el trabajo de investigación durante sus días de periodista. Ahora lo anhelaba. Era una distracción a la rutina. Cuando es tu trabajo, pensó, nunca es divertido.

Cuando Sarah entró en la redacción del *Rocky Mountain News* a la mañana siguiente encontró a Morgan Grimes encorvado en su mesa. Salió del ascensor y rodeó las columnas que había más allá de recepción, y allí estaba. La redacción era un estudio en malva, burdeos y gris, con las mesas de los periodistas dispuestas en «manojos» de seis. No había nadie más en la sala excepto la editora de última hora, que la miró brevemente desde su puesto en la cabecera de las mesas antes de volver a su trabajo.

Morgan estaba hablando por teléfono, el rostro retorcido en gesto de concentración, sujetando el auricular con el hombro izquierdo mientras tomaba notas en el ordenador. Cuando la vio acercarse dijo algo al teléfono y entonces lo cubrió con la mano.

—Sí, jovencita, ¿puedo ayudarla?

—Déjate de guasa, Morgan. Vengo a usar los archivos un momento. ¿Te importa?

—Es una morgue —gruñó él—. No me importa quién diga lo contrario. —La miró—. ¿Eso es todo? ¿Solo quieres usar nuestra morgue? ¿No quieres recuperar tu antiguo trabajo?

Ella se echó a reír.

—Ni loca. ¿Y renunciar al despacho, el Volvo, los trajes de diseño, el apartamento en Aspen? ¿A cambio de qué?

—De la excitación —respondió él—. Del *glamour*. Primera plana. Todos los hombres del presidente. Ese tipo de cosas.

—*Glamour*. Sí, ya recuerdo. Esquelas. Ruedas de prensa. «Oportunidades» mediáticas. Manifestaciones preparadas. Por no mencionar salarios de mierda, horas de trabajo impredecibles, y encargos de último minuto fuera de la ciudad. No, gracias. —Trató de echar un vistazo a su monitor, pero él pulsó un botón y lo apagó—. ¿En qué estás trabajando, Morg?

—En el Pulitzer, por supuesto.

Morgan Grimes tenía la cara más seria de la profesión y podía fingir sinceridad como los mejores. Durante los días en que habían trabajado en equipo, Sarah nunca había podido saber si le estaba tomando el pelo o no, un hecho que él utilizaba implacablemente contra ella. Pensó en colarse en sus archivos a través de la red. Dejarle un mensaje sarcástico. Enseñarle a no dárselas de listo. Le parecía que era capaz de *hackearle*, aunque los ordenadores de los periodistas no estaban conectados siempre. Había formas de colarse en cualquier sistema. Me pregunto si todavía utiliza el mismo código de acceso. Lo había descubierto hacía años, solo como práctica, pero nunca lo había utilizado.

Contempló la redacción.

—¿Todo el mundo está trabajando fuera?

—Ajá. Excepto Kevin. Está en otra gira de promoción de su libro. Volverá la semana que viene. Supongo que te habrás enterado de lo de su último *best seller*.

—Sí. La continuación de *La hermandad silenciosa*, ¿no? Vida fácil. Bueno, dile a todos que me pasé a saludarlos.

—Se quedarán extasiados y sin palabras. Lo cierto es que me alegro de verte. Siempre fuiste una...

—¡No lo digas, Morgan!

—... buena periodista. La morgue sigue donde siempre, pero lo han pasado todo a disco. Se acabaron los microfilmes. Eso no debería molestarte, ¿no?

—No —dijo ella, moviéndose con fingida arrogancia—. Nací con un microchip bajo el brazo.

II

LA cita de Dennis era a las 15.00 y llegó a los despachos del departamento de historia de la Universidad de Denver exactamente a las 14.59. Una serie de puertas daban a una zona de recepción central. No había nadie en el mostrador, aunque una lata abierta de refresco advertía del inminente regreso de alguien. Dennis miró alrededor, inseguro, hasta que una mujer regordeta con cara de luna asomó la cabeza por una de las puertas.

—¿Señor French? —preguntó.

—Sí, ¿es usted la profesora Llewellyn? —Se encaminó en su dirección—. Gracias por recibirme. Sé lo ocupados que están.

—En absoluto. El semestre ya ha terminado y tengo un poco de tiempo libre. Es una sorpresa que alguien que no sea estudiante pida una cita. Pase y siéntese. —Lo guio al despacho—. Me llamo Gwynneth Llewellyn.

Se dieron la mano. El apretón de Llewellyn fue sorprendentemente fuerte. Dennis se sentó en un sillón gastado, subiéndose las perneras de los pantalones para que no se le arrugaran. Se sentó recto, con las manos cruzadas sobre la cintura.

Llewellyn se plantó tras la mesa y se apoyó en sus brazos carnosos.

Su piel era pálida, moteada de pecas rojizas. Sus mejillas eran gruesas y redondas. A Dennis le recordó a la tía de alguien, y casi esperó que le ofreciera galletitas y una taza de chocolate caliente; así que se sorprendió cuando cogió una pipa de caña y la encendió.

Ella exhaló un anillo de humo, calibrando su reacción.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor French?

Él fue directo al grano. Ni su tiempo ni el de la profesora eran algo que malgastar.

—Estoy intentando descubrir la lógica detrás de esta lista de acontecimientos históricos. —Buscó en el bolsillo de su chaleco y sacó el trozo de papel que Sarah había encontrado en la casa de Emerson Street.

Se había pasado el martes y el miércoles enteros leyendo historia y hablando con gente que conocía en Metro y la UC. Concediéndole tiempo a la curiosidad, suponía que diría Sarah. Estaba convencido de que había algo común en todos los puntos de la lista. Algún principio que definía qué encajaba en la lista y qué no. Le molestaba no poder mirar las entradas y saber cuál era el factor común, como podía mirar un edificio y saber qué principios había empleado el arquitecto para tomar sus decisiones en el diseño. Dennis no estaba seguro de si eso representaba un problema con su educación, con sus propias capacidades, o con la lista misma; pero el problema le

molestaba, como una piedra en el zapato.

Desplegó la hoja y se la tendió a la profesora Llewellyn. Ella sacó unas anticuadas gafas bifocales y se las colocó sobre la nariz. Le dirigió una rápida sonrisa de disculpa y se concentró en la página, la cabeza ligeramente ladeada y los labios encogidos en un puchero.

Cuando terminó, se quitó las gafas y lo miró.

—Supongo que no le interesa saber qué son estos hechos. Puede encontrar la mayoría en cualquier texto de historia.

Él asintió.

—Y he estado leyendo todo lo posible. Soy arquitecto asesor y simplemente no tengo tiempo de investigar estas cosas con la profundidad que sospecho pueda ser necesaria. La gente con la que he hablado hasta ahora me han dado hechos. Todos fascinantes. Muchos de ellos los desconocía. Como este personaje, Thomas B. Reed. El «Buda serenamente sarcástico de Nueva Inglaterra», lo llamaban.

—Fue el hombre más brillante de la política de su tiempo —le dijo Llewellyn—. Como dice aquí... —indicó la lista—, tendría que haber sido nominado para presidente, pero la gente de McKinley le hizo la cama.

—Pero quiero más que hechos. Estoy buscando... a falta de una palabra mejor... iluminación. Algunas de estas entradas se refieren a personas o acontecimientos bien conocidos. Otros son oscuros. El hundimiento del acorazado Maine y el general Twiggs no casan exactamente.

Ella sonrió.

—No, desde luego que no. —Escrutó de nuevo la lista—. Iluminación es una palabra perfectamente válida, señor French; y es exactamente lo que está usted buscando. La misma idea me molestó a mí también mientras lo leía. Si son las respuestas a un test o un examen, debe ser una lección muy extraña. Me temo que ni siquiera sé qué son algunas de estas entradas, mucho menos lo que significan. Sé lo de la desaparición de Ambrose Bierce en México, por supuesto; pero ¿quién era este Brady Quinn, o David Belleau, o Agatha Penwether?

—Víctimas de asesinato.

Ella asintió, insegura.

—Sí, sé leer; pero ¿qué están haciendo con Teddy Roosevelt o Lincoln o...?

Su dedo se detuvo mientras estudiaba un punto. Entonces depositó el papel sobre la mesa y se acomodó en la silla giratoria. Los muelles crujieron. Chupó su pipa y contempló pensativa el techo.

—Dígame, señor French —dijo después de un momento—. ¿Quién dijo esto?: «Bajo nuestro sistema se le dice al trabajador lo que va a hacer y cómo tiene que hacerlo. Cualquier mejora que haga a las órdenes que se la han dado es fatal para su éxito».

Dennis no comprendía la relevancia de la pregunta.

—No lo sé. ¿Lenin? ¿Mao?

—No, fue Frederick Taylor —dijo ella, indicando la lista. Frederick W. Taylor, recordó Dennis, hy. ca. 1900—. Taylor era ingeniero a finales del siglo diecinueve, cuando la industria americana se enfrentaba a una oleada de trabajadores emigrantes con poca educación. Taylor impulsó la producción separando la planificación y la ejecución del trabajo. Los ingenieros y directores hacían los planes; los capataces y obreros los ejecutaban. Ha sido la práctica de los negocios americanos desde entonces.

Dennis se echó a reír.

—¡Oh, no! ¡Y yo que pensaba que era cosa de Lenin o Mao! ¡Eso es impagable!

Ella sonrió débilmente.

—No olvide que Engels era dueño de una fábrica, y no necesariamente el socio más joven del equipo. Pensaba que se podía dirigir racionalmente a naciones enteras, como se hacía con las fábricas.

—Todavía tengo que encontrar un negocio que sea dirigido racionalmente —comentó Dennis.

Llewellyn ignoró la interrupción.

—El socialismo es la apoteosis del capitalismo: lo que a mí me gusta llamar la Sociedad Dirigida. «Papá sabe lo que te conviene». Si quiere ver el estado de Lenin en embrión, estudie la compañía de Henry Ford. Sus «inspectores» del Departamento Sociológico podían colarse sin ser anunciados en las casas de sus empleados e interrogarlos sobre sus matrimonios, sus finanzas, sus vidas privadas. Y los «escuadrones exteriores» de Harry Bennett no eran más que camisas pardas de segunda fila.

—Henry Ford nunca mandó ejecutar a nadie —protestó Dennis.

—Pero los matones de Bennett sí que dieron alguna paliza y acosaron a los disidentes. Y otros patronos durante la lucha de clases no tuvieron reparos en matar a sindicalistas. La diferencia entre Ford y Lenin fue más cuestión de escala que otra cosa. Lenin organizó todo su país en una enorme Ciudad Compañía, con todo lo que eso implica. En lenguaje sencillo, la Unión Soviética fue la corporación más grande del planeta. Los miembros del partido eran los accionistas, y el Politburó era el consejo de directores. Los ciudadanos corrientes, los empleados, no tenían nada que decir sobre la dirección de la organización. Las sedes corporativas hacían planes quinquenales que no funcionaban nunca. La crítica interna no estaba permitida. Todo el mundo tenía que ser un «jugador de equipo», lo que quería decir «sigue las órdenes del jefe» en vez de una auténtica labor conjunta. Quienes creaban problemas eran exiliados a Siberia o se les encargaban trabajos absurdos. O eran exterminados. —La doctora Llewellyn sonrió sin humor—. Una interesante elección de palabras, por cierto.

—No se olvide de las opas hostiles —dijo Dennis.

La profesora Llewellyn se echó a reír.

—¡Ese es el espíritu!

—Nunca lo había pensado antes —admitió Dennis—, pero una compañía grande se dirige como un estado socialista.

—Viceversa, en realidad. No olvide qué fue primero.

—Gracias a Frederick W. Taylor.

Llewellyn asintió.

—No fue el único implicado, pero sí el catalizador.

—Así que su argumento es... —Dennis dejó la frase en el aire.

—Oh, sí, su lista. Bueno, esto es pura especulación, compéndalo, pero los puntos con los que estoy familiarizada parecen ser momentos históricos bastante sutiles. Los acontecimientos en sí son pequeños, poca gente estuvo implicada, pero tuvieron consecuencias desproporcionadas. ¿Recuerda el poema de George Herbert? «A falta de un clavo, se perdió la herradura. A falta de la herradura, se perdió el caballo». Y así sucesivamente. Al final se perdió un reino. Bosworth Field es lo más parecido. Si Ricardo III no hubiera perdido su caballo, el resultado de la batalla podría haber sido el contrario. ¿Y entonces qué? No existen los Tudor, y la historia de Inglaterra se convierte en algo bastante distinto. Bueno, los acontecimientos que aparecen aquí son parecidos.

—Comprendo. Igual que los intentos del señor Taylor por impulsar la productividad laboral llevaron a su Sociedad Dirigida.

—No es mi sociedad —dijo ella, un poco molesta—. Me opuse a esa idea en los sesenta y todavía me opongo. La idea de que los que están al mando lo saben todo... Esos que dicen que el gobierno debería funcionar como un negocio deberían estudiar la Unión Soviética, o mejor aún, algunas de nuestras grandes corporaciones.

Dennis sonrió.

—Entre usted y yo, tampoco he tenido nunca demasiado respeto por la manera en que están dirigidas las grandes corporaciones. Por eso trabajo solo. ¿Qué hay de los otros puntos de la lista? —La colocó sobre la mesa y los dos la estudiaron—. ¿Qué hay de...? Oh, ¿los nombramientos militares de Winfield Scott? ¿Cómo fue eso un clavo de herradura?

Ella lo miró y se sacó la pipa de la boca.

—Un clavo de herradura —repitió, sonriendo—. Me gusta eso. Tal vez lo use en mis clases el próximo semestre, con su permiso.

—¿Con mi permiso? —Se sorprendió Dennis—. Por supuesto.

—Gracias. Yo diría que los nombramientos de Scott prolongaron la Guerra de Secesión. La mayoría de los puestos clave fueron para los sureños, así que la Confederación acabó con más oficiales experimentados. Naturalmente, en ese momento, nadie sabía que habría una guerra civil; y Scott era, y siguió siéndolo, un recio unionista. Así que no puede decirse que lo planeara de esa forma.

—Parece que hay bastantes referencias a la Guerra de Secesión en la lista. ¿Qué significa esto? «Enero/Febrero, 1861. El asunto Twiggs: sus órdenes retrasadas, pero no su regreso».

Llewellyn asintió.

—Ese es un ejemplo especialmente bueno. Twiggs era un georgiano que estaba al mando de las fuerzas de la Unión en Texas. Lincoln lo llamó a Washington porque dudaba de su lealtad, pero vaciló demasiado en retirarlo del mando. Así que cuando los secesionistas tejanos exigieron el mando de todas las plazas militares de Texas, Twiggs cooperó de buen grado.

—¿Y si la orden hubiera llegado a Texas a tiempo?

—Bueno, su sucesor nombrado estaba en el oeste combatiendo a los comanches, así que el mando habría recaído en el coronel Robert E. Lee.

Dennis alzó las cejas.

—¿Robert E. Lee? Creí que era general.

Llewellyn sonrió.

—Eso vino más tarde. En esa época, se sabe que Lee dijo: «La secesión no es más que traición». Si los comisionados de Texas le hubieran pedido que violara su juramento, sin duda habría rehusado, y los primeros disparos de la Guerra de Secesión se habrían producido en San Antonio, no en la bahía de Charleston.

—Y en modo alguno le habrían dado el mando del ejército confederado después de eso —murmuró Dennis—. Sí, veo su argumento. Una cosa muy pequeña, un correo militar que se retrasa, lleva a una consecuencia muy grande: el mejor táctico del ejército dirigiendo las fuerzas rebeldes. Entonces supongo que... —Estudió la lista él mismo—. Oh, la nominación de Theodore Roosevelt para vicepresidente fue una cosa pequeña que llevó a la ley antimonopolio y otras reformas progresistas.

Llewellyn chupó su pipa y envió una nube hacia el techo. Parecía insegura.

—Tal vez. Pero ¿entonces por qué no aparece mejor en la lista su ascenso a la presidencia? ¿Sabía usted que su nominación como vicepresidente fue orquestada por sus enemigos políticos, que intentaban acabar con su carrera enterrándolo en un trabajo sin salida?

—Las cosas no salieron como esperaban —comentó Dennis.

—No, no lo hicieron. —Llewellyn dobló la lista y se la devolvió a Dennis—. Quizá la nominación de Roosevelt fue un clavo de herradura que fue devuelto a su sitio, como si dijéramos.

—Con el asesinato de McKinley. Entiendo.

De algún modo, siempre había considerado la historia como algo sólido. Algo inevitable. Pero al oír a Llewellyn explicar aquellas cosas, la historia no era más que una multiplicación de coincidencias improbables que podrían haberse decantado fácilmente a un lado u otro. Clavos de herradura. Se sentía como si hubiera estado viendo una catedral durante largo tiempo, admirando los arcos y torres y cúpulas, cuando de repente el ángulo de la iluminación cambiaba y el aspecto de la estructura quedaba transfigurado. Era una sensación extraña (curiosamente jubilosa) ver lo familiar desde una nueva perspectiva. Se puso en pie.

—Me gustaría darle las gracias por su tiempo. Ha sido usted de gran ayuda.

—No hay de qué —contestó ella, estrechándole la mano.

Él se volvió para marcharse, y entonces se detuvo.

—Oh. Una última cosa, si no le importa. Esa palabra de la cabecera. Cliológico. ¿Sabe usted lo que significa?

—¿Cliológico? —Ella frunció el ceño—. No, nunca... ¡Oh! —Se echó a reír.

—¿Qué ocurre?

—Clío era la musa griega de la historia. Al parecer, el escritor, o alguien, acuñó el término como paralelo a la biología o la sociología, con el significado de «ciencia de la historia». Tal vez el escritor era un estudiante de ciencias que hacía un curso de historia.

Dennis pensó en su reunión con Llewellyn mientras volvía a casa por University Avenue. Un acercamiento científico a la historia. Se preguntó qué diría Jerry cuando se lo preguntara. ¿Cómo podía ser la historia una ciencia cuando se consideraba el papel de la casualidad? Bueno, el hecho de que algún estudiante universitario de hacía cien años lo creyera posible no significaba que lo fuera. Los universitarios eran famosos por sus caprichos. Él mismo, cuando estaba en la facultad, había... Bueno, eso no tenía ninguna importancia ahora. Había pasado de la lingüística a la arquitectura (¡eso sí que era un cambio!). Y su lenguaje «artificial» se estaba momificando en algún cajón en alguna parte.

¿Qué era lo que había escrito al pie de la lista? «Intenta un análisis de factor ortogonal». Tenía la lista en el bolsillo, pero no apartó la mano del volante para sacarla. «Intenta un análisis de factor ortogonal». Sí, eso era. Parecía terriblemente científico. Entonces recordó que la lista estaba escrita con dos letras distintas. ¿Dos «cliólogos» distintos? Y una letra era mucho más antigua que la otra, recordó ahora. Se preguntó qué podría significar eso.

Después de tres años en la Red de Vigilancia, Red Malone seguía sin saber el nombre de su compañero. Habían jugado incontables partidas de *rummy* y *pinocle*. Habían intercambiado mentiras sobre las mujeres que habían conocido (y unas cuantas que no). Habían monitorizado datos de inteligencia durante docenas de crisis silenciosas, de esas que nunca aparecen en los periódicos. Y Red no sabía todavía ni siquiera para cuál de las Agencias trabajaba «Charlie».

Y «Charlie», naturalmente, tampoco sabía mucho más de Red.

Un agente podía volverse traidor, pero no dos emparejados al azar. Así, para protegerse contra los topos o los renegados que llevaban a cabo operaciones no autorizadas, dos agentes montaban guardia en todo momento. En una época en que las guerras se libraban con información, la seguridad de «agujeros» como la Red de Vigilancia era tan crítica como la de los agujeros de los misiles. Así que cada uno de ellos estaba allí para cuidar que el otro fuera sincero, y eso hacía necesario que fueran desconocidos el uno para el otro.

Red cogió la carpeta y estudió las entradas de los dos últimos turnos. La mayoría estaba en códigos que no debía conocer. Otros vigilantes de otras Agencias. Se preguntó qué códigos sabía leer Charlie. Red se divertía intentando desentrañarlos. Era mejor que los crucigramas. Silbó East Virginia, desafinadamente, mientras leía.

A veces se preguntaba qué sucedería si insertara algún tipo de programa de desinformación en la red. No es que pudiera escribir un programa semejante, pero conocía a gente que sí. Su trabajo era conocer a Gente Que Podía. Sería muy divertido, verdaderamente tronchante; y recordar la broma le ayudaría a pasar las largas horas posteriores en Leavenworth.

Suspiró. Las reglas le quitaban la gracia a la vida. A veces se preguntaba por aquellos que hacían de las leyes su vida. Entonces recordaba cuál era su trabajo y se echaba a reír, ganándose una mirada extrañada por parte de Charlie.

El acondicionador de aire enviaba una fría ráfaga a la habitación pintada de gris. Red siempre llevaba puesta la chaqueta en la Sala de Guardia. No podía imaginar cómo su compañero era capaz de estar allí sentado en mangas de camisa. Red sacudió la cabeza y soltó la carpeta. ¿Por qué no podían emparejarlo al menos con alguien que tuviera el mismo metabolismo? Se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó una gastada baraja de cartas. Odiaba el turno del sábado. Cortó la baraja y luego mezcló las dos mitades.

Las máquinas zumbaban al fondo. Las luces parpadeaban, encendiéndose y apagándose. Las unidades de disco zumbaban intermitentemente. Los relés chasqueaban. Eso le recordó aquella vez que fue de *camping*. (¿Cuándo fue? Hacía dos años. El y... ¿Tanto tiempo?). El bosque de noche hacía ruidos igual que la Sala de Guardia, excepto que eran insectos y otros animales quienes los hacían. Cuando le mencionó la similitud a otros excursionistas, se lo quedaron mirando como si fuera un bicho raro.

Ahora estaba aquí sentado. Acampado ante la jungla electrónica. Escuchando los sonidos de los depredadores. Barajó las cartas una vez más, las colocó sobre la mesa de la consola.

Sonó una alarma; un pitido suave e insistente, y una parpadeante luz roja se iluminó en la consola. Red se enderezó, súbitamente alerta, las cartas olvidadas. Charlie extendió la mano y desconectó la alarma.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Red tecleó y comprobó los datos de inteligencia que aparecieron en la pantalla.

—Es un puente. Alguien está accediendo a archivos que un agente quería señalar.

—¿Sí? Bueno, dejan el cebo ahí puesto y esperan a ver quién pica. ¿A quién se lo notificamos?

Red comprobó su lista.

—Hmm. A alguien llamado Sabueso.

—Debe ser un nombre en código.

—No me digas.

Charlie le dirigió una mirada agria.

—No fastidies. ¿Dónde está la señal y adónde fue? —Ya estaba introduciendo el código de notificación. El ordenador compararía su entrada con la de Red para ver si cuadraban. No tanto como protección contra desinformación deliberada como para evitar errores tipográficos inadvertidos.

Red estudió la información en su pantalla. Leyó en voz alta un código de acceso a la red y Charlie se lo repitió. Comprobación activa y pasiva, en ambos sentidos.

—La palabra clave es... uh, Quinn —le dijo a Charlie. ¿Quinn?, pensó. Vaya, vaya—. Dice que es la tercera vez esta semana que ha sido consultada por el mismo usuario. Bueno, a la tercera va la vencida, ¿no? Es lo que dispara la señal.

—No hagas caso a esas chorradas. ¿Cuáles eran los códigos de la CPU? Los tres.

Red leyó los números y Charlie los confirmó. El primero, advirtió Red, era un terminal doméstico que usaba un servicio de búsqueda comercial. Sacudió la cabeza. Aficionados.

—¿El último es donde está ahora el usuario? —preguntó Charlie.

—Sí. ¿Sabes dónde está localizado?

—No, ni me importa. Ni debería importarte a ti.

—El prefijo significa que es un sistema autocontenido que conecta con la red, pero no un nodo regular. Mmm. Este prefijo indica que es una biblioteca pública, creo, así que estamos hablando de terminales públicos, no del general de la biblioteca. Los siguientes nueve dígitos son la clave del distrito postal... Denver. El resto identifica el puerto del sistema. No es demasiado difícil de descodificar cuando sabes lo que es.

—Bueno, escucha al señor Sherlock Holmes. Mira: todo lo que sabemos es el número del código. Sabueso o su Controlador tendrán la dirección donde está situado. Ese es su trabajo. Un agente quiere llamar la atención sobre un archivo, tiene sus motivos. Lo que nosotros hacemos es vigilar la red y ver si alguien accede a ella. No sabemos quién es el agente. No sabemos quién es el usuario. No sabemos dónde está situada la terminal ni qué significa la palabra clave.

Red se echó a reír.

—¿Hay algo que sepamos?

Charlie hizo girar su silla.

—Sí. Sé cómo jugar al *rummy* y tú no. Has barajado tanto esas cartas que las vas a gastar. Así que reparte.

Red repartió las cartas con la facilidad de la larga práctica.

—Esto ha sido lo más excitante que hemos tenido en dos semanas. El corazón se me sale por la boca.

Charlie gruñó.

—La mayoría de la gente que usa la red no mete la nariz donde no debe. ¿Has decidido ya dónde vas a ir de vacaciones?

Red depositó el resto de la baraja entre ellos. Cogió la carta principal. Era una

reina.

—Sí. De *camping*.

Charlie cogió una carta.

—¿De *camping*? Creí que lo odiabas.

—Y lo odio. Por eso lo hago. Autodisciplina. Hacer algo que odias ayuda a construir tu carácter.

Charlie pareció aturdido un momento. Entonces sacudió la cabeza tristemente.

—Acabarás asando ratas para desayunar. Eres raro. ¿Te lo he dicho alguna vez? Eres la mar de raro.

III

SARAH estaba en la sala de Historia del Oeste en la Biblioteca Pública de Denver cuando sonó su busca. Era lunes y había pasado varios días en los terminales públicos. Tenía los ojos secos e irritados de tanto mirar archivos informáticos y microfilmes. Brady Quinn era un hombre elusivo. Lo había perseguido sin éxito de archivo en archivo. Tras vender la casa de Emerson Street, no había comprado otra, al menos no en Denver. De hecho, a excepción de un segundo artículo que lo mencionaba solo de pasada, Quinn no había dejado rastro ninguno en los archivos locales entre la venta de la casa y su muerte, dieciséis años más tarde.

Bueno, eso era mucho más fácil de hacer cien años atrás que hoy en día. Entonces un ciudadano podía vivir toda su vida sin más que un puñado de encuentros con el gobierno. Hoy no podías estornudar sin dejar un rastro en algún archivo.

Sin embargo, el segundo artículo contenía una pista que Sarah siguió hasta los Archivos Nacionales, donde finalmente encontró algo. Estaba leyendo la copia en papel cuando sonó su busca. Los otros usuarios de la biblioteca se volvieron a mirarla. Ella sonrió a modo de disculpa y salió para poder usar el teléfono sin molestarlos.

En el buzón de voz la esperaba Dennis. Si estaba en el centro y le apetecía, que le diera un toque para cenar juntos. Invitaba él, en el Augusta.

Sarah nunca podía resistirse a una invitación a comer. Lo llamó a su despacho y confirmó la hora. Luego regresó a la segunda planta para recoger sus cosas.

Se detuvo en la puerta. Había un hombre de pie junto a su maletín, leyendo sus notas. Durante un instante se sintió demasiado aturdida para hacer otra cosa sino quedarse boquiabierta.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó sarcásticamente.

El hombre se volvió y la miró. Era alto y delgado, con una nariz fina y prominente. No había rubor ni sorpresa en su cara. Sus ojos estaban muertos, sin expresión. La miró con la misma falta de interés con la que habría mirado el mobiliario.

—No —dijo—. No puede.

Solo su boca habló. El resto de su rostro permaneció impassible. Había un aire de amenaza en él, un aura de violencia apenas contenida. Estaba en su porte, en las arrugas de su cara. Sarah se mordió el labio inferior. ¿Era un loco de la calle? Tal vez debería llamar a la policía.

—Le agradeceré que deje mis cosas en paz —dijo ella, preguntándose si el

hombre reaccionaría violentamente.

La sonrisa del hombre fue fría, una breve contorsión de los labios en una configuración no acostumbrada. Esa sonrisa la dejó más helada que cualquier amenaza que hubiera podido hacerle. No, no estaba loco. No exactamente.

Se encaminó rápidamente hacia la puerta y Sarah se apresuró a quitarse de en medio, para que no se acercara demasiado. Él no le prestó atención mientras pasaba. Sarah lo vio marcharse hasta que desapareció en la escalera. Entonces dejó escapar un suspiro tembloroso.

—¿Se ha ido?

Sarah se volvió, sobresaltada. Otra usuaria de la biblioteca, una mujer pequeña, de color marrón avellana y edad indeterminada, con una cara ajada por el viento y con una chaqueta vaquera.

—Le dije que dejara sus cosas, pero el tío me miró como si fuera una especie de insecto. Para mí que es de Nueva York, no hay duda.

—Un tipo raro.

—Tal vez. Jovencita, puede que no sea asunto mío, pero... La forma en que la miró...

Sarah sintió un escalofrío con solo recordarlo.

—¿Qué hay de eso?

—Vi esa expresión una vez. Iba a caballo por mi rancho en Buffalo Creek. Vi una serpiente de espalda de diamante observando un pájaro. Una alondra. La serpiente miraba al pájaro igual que ese tipo la miró a usted.

Sarah tragó saliva. La descripción de la ranchera era adecuada, pensó. El hombre parecía una serpiente.

—Gracias por su preocupación —dijo—. He quedado con un amigo para cenar, así que si no le importa...

Se dirigió a la mesa donde estaba su maletín y recogió sus papeles. Los guardó y cerró el maletín. Sin embargo, cuando se marchaba, la mujer del rancho volvió a abordarla.

—¿Señorita? Esa serpiente... No la detuve. Es la naturaleza, e incluso las serpientes tienen que comer. Pero el pájaro...

—¿Qué hay del pájaro?

—El pobre pajarillo se quedó allí, esperando. Ni siquiera intentó escapar. Se quedó allí plantado y dejó que la serpiente lo atacara.

Sarah pensó en el hombre de la biblioteca mientras bajaba en trolebús por el paseo de la calle Dieciséis. Todavía estaba pensando en él cuando entró en el restaurante. Vio a Dennis saludarla desde el otro lado de la sala.

Dennis se puso en pie mientras el camarero la acomodaba, y luego volvió a ocupar su asiento.

—Un oloroso Bristol para la señorita Beaumont —le dijo Dennis al camarero—, y un Jameson, solo, para mí.

El camarero se marchó y Dennis se volvió hacia ella.

—¿Qué te ocurre? Pareces trastornada.

—Oh, nada. Solo un pequeño encontronazo en la biblioteca —le contó lo sucedido, y él sacudió la cabeza, comprensivo.

—El Oeste se esta volviendo cada vez más parecido al Este —dijo él—. Toma, esto te despejará la mente. —Extendió la mano y sacó su libreta de bocetos—. Me pareció que te gustaría ver unos cuantos conceptos que se me han ocurrido para el Brady Quinn Place.

Brady Quinn Place. Ella casi había olvidado por qué había estado investigando la vida de Quinn: en la red, en grupos de noticias, en archivos. Me he pasado una semana entera sin hacer otra cosa sino investigar. Eso hizo que se sintiera culpable, divertirse de esa manera mientras Dennis se rompía los cuernos trabajando.

Cogió la libreta y miró los dibujos que él había hecho. Eran buenos. Las ideas de Dennis solían serlo. Intercambiaron sugerencias mientras tomaban la copa. Luego, después de que el camarero anotara el pedido, la charla regresó a Brady Quinn.

—No fue fácil, pero por fin lo localicé —dijo ella—. Fue estadístico en el Departamento de Interior durante varios años antes y durante la Guerra de Secesión.

—¿No me dijiste el viernes que no pudiste encontrar ni rastro de él en ninguna parte?

—Así es. Hasta que me encontré con otro artículo. Eso me hizo pensar que... Bueno, dímelo tú. Te lo leeré.

Abrió el maletín y sacó una fotocopia.

—Esto apareció en el *Rocky Mountain News* el lunes 18 de julio de 1881.

Un atrevido robo a un tren a cargo de enmascarados tuvo lugar el sábado 16 de julio cerca de Cameron, Missouri. Los ladrones eran seis en número y se supone que su jefe era Jesse James. Los hombres subieron al tren en Cameron. En Winston, donde el tren se detuvo, se levantaron empuñando revólveres. Uno de los bandidos avanzó con un revólver en cada mano hacia William Westfall, el revisor, y le ordenó que levantara las manos. El revisor fue lento en obedecer y recibió un tiro en el corazón. Uno de los otros bandidos le disparó en la cabeza a John McCullogh, un picapedrero de Wilton Junction, quien se movió en su asiento. El mismo hombre disparó e hirió entonces a Brady Quinn, un funcionario del gobierno durante la última guerra, ya retirado. Los bandidos pasaron entonces al vagón expreso e intimidaron al guardián, quien abrió la caja fuerte, de la que se llevaron tres mil dólares.

Le tendió la fotocopia.

—Hay más. La banda de Jesse James fue también a por el maquinista, pero el hombre pisó el freno, puso el automático y se escondió.

—Ah, el salvaje Oeste —dijo Dennis. Contempló la fotocopia—. Alguna gente ha intentado convertir en héroes a los hermanos James. Pero esto no parece demasiado heroico.

—Solo convertimos a la gente en leyenda después de muerta, para no avergonzar a quienes fabrican las leyendas —señaló ella—. Bueno, el artículo dice que Quinn fue funcionario del gobierno durante la guerra. Supuse que debía referirse a la Guerra de Secesión, así que entré en la red desde la biblioteca y accedí a los Archivos Nacionales de Washington.

Dennis sorbió su bebida.

—¿Tienen archivos sobre la Guerra de Secesión *online*? —preguntó. Depositó el vaso exactamente en el mismo lugar donde lo había cogido, sobre el anillo húmedo del mantel.

—Solo algunas cosas, como índices —dijo Sarah—. Si quiero los detalles, tendré que escribir a Washington. —Hizo una pausa mientras el camarero servía la comida. Carne asada para Dennis, langosta para ella—. El secretario del Interior McClelland nombró a Quinn estadístico para investigaciones especiales en 1853, siguiendo la recomendación de un tal Isaac Shelton de Massachusetts. Su nombramiento fue renovado por cada nuevo secretario hasta Usher. Después de la guerra, se retiró de la vida pública, primero a su Muncie natal, luego a Denver. La Oficina de Pensiones le perdió la pista en 1876, cuando vendió la casa de Emerson Street. No pude encontrar ningún rastro suyo entre 1876 y 1881, cuando le dispararon en aquel tren en Missouri.

Dennis arqueó las cejas.

—Sí, y luego volvieron a dispararle, ¿cuándo? ¿En 1892? ¿Le dispararon dos veces siendo un testigo inocente? ¿En dos incidentes separados?

—En efecto. Esa fue mi misma reacción. Alguien quería matarlo, pero quería que pareciera un accidente. Nuestro señor Quinn se está convirtiendo en un hombre misterioso. Evidentemente se ocultó en 1876. ¿De quién? ¿Por qué?

—Un estadístico en el Departamento de Interior —musitó Dennis—. Comprendo que en ese puesto pueda granjearse un montón de enemigos. —Se rio de su propio chiste—. Bueno, fue hace más de cien años. Fuera lo que fuese, ya ha pasado mucho tiempo.

—Cierto, pero queremos usar su nombre como tema, no como etiqueta. No podemos nombrar al proyecto Brady Quinn Place sin decirle a la gente por qué. Bien podríamos llamarlo Don Nadie. No, sea cual sea el misterio que lo rodea, tenemos que relacionarlo con el tema.

—Lo sé —dijo él. Sarah lo vio cortar la carne en cuidadosos trocitos, trinchar uno con el tenedor, y pasarse el tenedor a la mano derecha. Ella hacía tiempo que se había enseñado a usar el cuchillo y el tenedor a la manera europea y trataba en vano de

convencer a Dennis de que esta forma era poco eficaz—. Si pudiera descubrir por qué su muerte se incluyó en esa lista de acontecimientos históricos —dijo, pensativo—, eso nos podría dar una pista. Parece fuera de lugar. —La miró—. Oh, había un tema común que relacionaba la mayoría de los otros puntos. Todos eran clavos de herradura.

—¿Clavos de herradura? ¿Qué quieres decir?

Dennis sonrió.

—Un chiste privado. Estuve hablando con una profesora de la universidad el jueves pasado. Sobre la lista que encontramos. Ese fue su análisis. Dijo que eran ejemplos en que las acciones de un puñado relativo de personas habían cambiado el curso de la historia.

Resumió brevemente su encuentro con la profesora Llewellyn.

A Sarah le divirtió descubrir que también Dennis había estado invirtiendo su tiempo en una investigación «extracurricular».

—Supongo que sabe de qué está hablando. Es su especialidad, después de todo. Pero ¿asigna a ese tal Taylor la creación del comunismo? Eso parece un logro demasiado grande incluso para un ingeniero industrial.

—No, no. Solo dijo que Taylor, Ford, Lenin y los demás eran parte de una tendencia hacia la Sociedad Dirigida, donde la autoridad toma las decisiones de una manera profesional y directiva con una clase de «expertos». Ya sabes de qué estoy hablando: sigue los procedimientos. Todo lo que no sea obligatorio está prohibido. —Miró su filete, frunció el ceño, y lo cortó vigorosamente—. Burócratas —dijo, amargamente, y miró de nuevo a Sarah—. ¿Te lo he dicho alguna vez? Cuando trabajaba como ingeniero civil, antes de licenciarme en arquitectura, mi firma fue devorada por una multinacional. Los nuevos propietarios colocaron a su gente en los puestos de dirección. Ninguno de ellos era ingeniero.

—Déjame adivinar. Masters de administración de empresas con formación financiera.

—Bingo. Mi propio supervisor no sabía nada de resistencia de materiales ni de densidad Proctor. ¿Sabes lo que dijo? «Un director profesional puede dirigir cualquier negocio o función, siempre que haga falta una buena dirección».

Sarah gruñó.

—Eso me recuerda a ese profesor del que me hablaste. El que dijo que los profesores solo tenían que saber enseñar, no la materia que imparten. ¿Y qué sucedió?

—¿Tú qué crees? La eficacia bajó, los gastos aumentaron. Los mejores trabajadores se marcharon y la firma quedó patas arriba. Descabezada, para que solo un consejo de dirección a cientos de kilómetros de distancia pudiera sujetar todas las riendas del poder. —Sacudió la cabeza—. Curioso. Supongo que todavía me amarga, después de todos estos años.

—Si la centralización funcionara tan bien, Rusia exportaría trigo.

Él se echó a reír.

—Bien dicho. Ahora que lo pienso, la profesora Llewellyn dijo que Rusia era dirigida como una corporación. Pero dime: ¿Te das cuenta de las similitudes que hay entre los profesores y los directores de empresa? Ambos han sacrificado los adjetivos.

—¿Cómo dices?

—Cuando los profesores y los directores se convirtieron en profesores profesionales y en directores profesionales, se olvidaron de cómo ser profesores de historia o directores de gestión.

—A juzgar por los resultados —rio Sarah—, alguien quiere que seamos ignorantes e improductivos. Tal vez Thomas Dewey y Frederick Taylor formaron parte de una conspiración.

—Hay dos problemas con la lista, no obstante, que todavía no he podido aclarar. Hay un montón de «puntos de inflexión» en la historia que no están en la lista.

—Y Brady Quinn lo es.

—Eso es. Ese es el acertijo que se refiere a nosotros y nuestro proyecto. ¿Qué clase de «imagen» tendrá Brady Quinn Place? ¿Cómo cambió su muerte el curso de la historia?

—Pequeños acontecimientos con grandes consecuencias —murmuró ella, untando la langosta en la mantequilla derretida. Se le ocurrió una idea y apuntó con el tenedor a Dennis—. ¡Espera un momento! No sucedió nada importante porque mataron a Quinn.

Él pareció aturdido.

—Bueno, sí. Ese es el problema.

—¡No, esa es la respuesta! No sucedió nada importante porque Quinn fue asesinado. Claro, eso debe ser. ¿Recuerdas el desastre del Challenger? Siguieron causas y efectos hasta llegar a tus amigos, los «directores profesionales». ¡Todavía recuerdo a aquel vicepresidente que le dijo a su director de gestión que se «quitara el casco de ingeniero y se pusiera el sombrero de director»! Pero supongamos que se hubiera escuchado a los ingenieros que aconsejaron en contra del lanzamiento en vez de despedirlos. Supongamos que el lanzamiento hubiera sido pospuesto. Todo el mundo se queja. Más tarde, cuando hace mejor tiempo, hacen el lanzamiento con éxito. Como se atiende a la advertencia, no sucede ningún desastre. Una pequeña acción con una gran consecuencia.

—Vale. Pero eso crea un tipo distinto de problema.

—¿Cuál es?

—¿Cómo pueden aparecer en la lista acontecimientos así? Es fácil de decir que como Brady Quinn fue asesinado, o como Ambrose Bierce desapareció, algo importante dejó de suceder: pero ¿cómo se sabe? ¿Cómo se llega al árbol defectuoso de algo que nunca ocurrió? ¿Has intentado alguna vez demostrar algo a partir de la ausencia de pruebas negativas?

—Los directores profesionales lo hacen constantemente. Por eso lanzaron el Challenger, ¿recuerdas? Los ingenieros no pudieron demostrar que sucedería nada

malo. —Se limpió los labios con la servilleta y miró su reloj—. Mira, Dennis, odio comer y salir corriendo, pero hay una propiedad que quiero mirar en Union Station.

—¿Union Station? —Él parpadeó ante el súbito cambio de tema.

—Sí. Hace tiempo que tengo pensado construir en esa zona.

Dennis puso los ojos en blanco.

—Otro proyecto. Oh, bien. No tengo suficiente trabajo ya.

—No te preocupes —dijo ella, riendo. A Dennis le encantaba quejarse, pero se esforzaba en su trabajo—. No lo haré inmediatamente, tal vez no surja nada de la conferencia del centro de convenciones, pero por si acaso, quiero tener una propiedad clave en el bolsillo. —Se rio de nuevo—. En cierto modo, es una especie de derivado del asunto de Brady Quinn.

—¿Cómo es eso?

—El edificio que voy a mirar perteneció en tiempos a Randall Carson, el mismo tipo que compró la casa de Emerson Street de Quinn. Estuve investigando algunos registros inmobiliarios, buscando a Quinn. Escritos a mano en tarjetas, nada menos. Supongo que cuando el Condado hizo microfichas de los archivos allá en los años ochenta no pensaron que merecieran la pena. Yo estaba buscando el nombre de Quinn, pero ya sabes cómo son las cosas. El nombre de Carson me llamó la atención.

IV

EL edificio se encontraba cerca de las vías férreas de Union Pacific, bajo el viaducto, en una pequeña calle secundaria a la Quince. Sarah aparcó junto al anexo a la estafeta de Correos y fue andando desde allí. La calle bajo el viaducto estaba ya oscura, aunque el sol no se había puesto. Fragmentos de luz se abrían paso entre los viejos almacenes y creaban una telaraña de sombras en los soportes y vigas de acero. Sarah podía oír el zumbido de los neumáticos sobre ella. La vieja calle de abajo estaba desierta.

Sus tacones resonaban sobre el asfalto y el puente sobre ella devolvía el sonido medio segundo más tarde. Entonces... un extraño eco doble. Sarah se detuvo y se dio media vuelta. Fue una reacción automática y pasó un instante antes de que ella misma advirtiera que lo había hecho.

Hay alguien aquí, pensó, escrutando las sombras. Un vagabundo. Un borracho. Las vías del tren estaban cerca. Era un buen sitio para colarse en un tren de carga.

Se volvió y continuó caminando. Probablemente no había nadie. Era solo un eco extraño causado por el viaducto. Ningún alienígena/monstruo/asesino loco.

Por supuesto, ¿no es lo que siempre decían en las películas?

La tendencia hoy en día era preservar la fachada del edificio, no importaba qué se hubiera hecho con el interior. Conservar el carácter único del barrio o de la ciudad. Sarah se detuvo en la calle y examinó el exterior del Edificio Widener, una sólida construcción de ladrillo rojo. Había tres filas de ventanas, las dos superiores a oscuras. Equipos de Restauración de Widener, recordó por los archivos, ocupaba solo la primera planta. Las otras dos no estaban ocupadas.

Entró en el edificio y buscó al capataz del segundo turno. Widener era una de esas empresas pequeñas que conseguía casas de segunda mano y las rehabilitaba para revenderlas a los pobres. Se detuvo unos instantes en el amplio patio descubierto de la planta baja y vio cómo hombres y mujeres pintaban, raspaban, soldaban y serraban. No era una línea de montaje: no había dos artículos iguales. Hacía falta habilidad para diagnosticar y reparar los defectos de cada uno.

Encontró al capataz en su oficina. Había catálogos y carpetas desperdigados por los estantes y encima de los archivadores. Los papeles cubrían la mesa. Polvo y suciedad se habían acumulado en los rincones de la habitación. Paul Abbot, el capataz, estaba sentado en medio de todo este esplendor, acomodado en una vieja

silla de madera, los pies sobre la mesa, leyendo una revista.

—¿Señor Abbot? Sarah Beaumont. Hablamos ayer por teléfono. Para ver el edificio.

Abbot la miró, esperó un segundo, luego puso los dos pies en el suelo. Dejó la revista sobre la mesa, boca arriba, para que Sarah pudiera ver que contenía fotos de mujeres desnudas. El capataz sonrió, evaluándola con la mirada. Gruñó su aprobación y se cambió el palillo de dientes del lado izquierdo al lado derecho de la boca. Se colocó las manos tras la nuca y enlazó los dedos.

—¿Sí?

—Sí —respondió ella—. Estoy pensando en comprar este edificio...

—¿Qué, va a echarnos a la calle a mí y a mis chicos?

A Sarah casi le sorprendió que esta criatura poseyera el don del habla.

—Nada de eso, se lo aseguro. Simplemente deseo inspeccionar las instalaciones.

—Inspeccionar las instalaciones —remedó él—. Vaya, señora. Si quiere echar un vistazo al chiringuito, adelante, pero no se dé aires. —Extendió un pie, enganchó el tirador de un cajón, y lo abrió de un tirón—. Ahí dentro hay una linterna. La necesitará arriba. No usamos esas plantas, así que no hay luces.

Obviamente, no iba a tenderle la linterna, así que ella se inclinó y la cogió. Era una gran linterna «tamaño industrial». Cuando se enderezó, él estaba sonriendo.

Sarah advirtió que, al inclinarse hacia el cajón, le había ofrecido una perfecta visión de su escote. El rostro le ardió y tuvo que inspirar profundamente para calmarse. ¿Qué era lo que decía siempre su madre? Alguna gente no es mejor de lo que debería ser. Antes Sarah nunca había sabido lo que significaba.

—¿Dónde están las escaleras? —preguntó.

El capataz se levantó de la silla.

—Venga, la llevaré.

Se adelantó y le abrió la puerta. Sorprendida por este gesto de caballerosidad, Sarah la atravesó, pero al hacerlo, él rozó su mano contra ella.

Sarah se giró y lo golpeó con la linterna. Lo alcanzó justo sobre el codo. Él aulló.

—¡Eh! Tenga cuidado, señora, ¿quiere?

—No, mamón. Ten cuidado tú. Intenta de nuevo esa mierda conmigo y eres hombre muerto. ¿Entendido?

—Mire. Lo he intentado, cierto. Le pregunto si quiere. Ya sabe cómo es. A veces dicen sí. Qué demonios. —Se frotó el codo.

Cuando llegaron a la escalera, ella recordó lo que había dicho Abbot sobre las luces. Lo último que quería era deambular en la oscuridad con este salido. Se detuvo y agitó la linterna ante él.

—Creo que prefiero ir sola.

Él se encogió de hombros.

—Como quiera.

Sarah subió las escaleras. El aire era caliente y rancio. Los peldaños crujían bajo

sus pies. Al llegar a lo alto, encendió la linterna. El rayo era tenue pero ancho. Recorrió con él la habitación y vio un puñado de viejas máquinas cubiertas por guardapolvos. El olor a metal viejo llenaba el aire.

Se acercó a la máquina más cercana y la observó con atención. Una prensa de metal, decidió. La correa del volante estaba podrida; el metal, manchado de óxido. Una pátina cubría los moldes de latón. Vio que algunas de las máquinas habían sido desmontadas parcialmente.

Recorrió la habitación, comprobando el suelo y las vigas. En un rincón, en lo que antiguamente fue un laboratorio, encontró una cama vieja y mohosa. No era más que un colchón informe tirado en el suelo. Cerca había un puñado de revistas de mujeres.

Regresó a las escaleras y subió al piso de arriba. Esta habitación era muy parecida a la de abajo, excepto que las máquinas eran más pequeñas y más variadas y, si aquello era posible, se encontraban en mucho peor estado. El olor a óxido y aceite de máquina antiguo era denso. La linterna proyectó un círculo de luz, recortando la máquina más cercana: un entramado de luces y sombras, proyecciones y cavidades. Sarah se preguntó por qué habían abandonado este equipo. Sin duda valía dinero, incluso hoy en día.

Al otro lado de la habitación estaban los lavabos. Entró y echó un vistazo. Apliques antiguos y corroídos la saludaron, alineados como las estatuas de la Isla de Pascua. El agua oxidada que manaba de una tubería rota había formado un charco del cual crecía una estalagmita. Sarah se dio media vuelta y estaba a punto de marcharse cuando una extraña sombra en el rincón le llamó la atención.

Al inspeccionar más de cerca, encontró un hueco con una puerta rota. ¿Una ducha? ¿Un armario? Había tres tablones cruzados, y un viejo cartel con letras borradas sobre las tablas. Escalera condenada.

¿Una escalera? ¿En el cuarto de baño? Apuntó con la linterna. En efecto, había un tramo de escaleras. Pero iban hacia arriba, no hacia abajo. Curioso. Desde fuera, solo había visto tres filas de ventanas; y la escalera principal terminaba en esta planta.

Bueno, quien no se arriesga..., pensó. Las escaleras no parecían hallarse en peor estado que las otras por las que ya había subido. No había pisadas en la gruesa capa de polvo que las cubría como una alfombra. Ir valerosamente donde nadie ha ido jamás... Retiró las tablas y atravesó la puerta rota.

Se equivocó con los escalones. El sexto cedió al pisarlo. Su pie derecho atravesó el tablón podrido y los bordes irregulares de astillas le arañaron el tobillo y la pantorrilla. El dolor le atravesó la pierna. Se agarró al pasamanos para no caer, pero este se soltó de la pared. La linterna se le cayó de la mano y rodó dos escalones, dejándola sumida en la semioscuridad.

—¡Maldición!

Trató de sacar la pierna, pero estaba atrapada. Dio un respingo de dolor y un sonido agudo escapó de su garganta. Cálmate, se dijo.

Se obligó a escuchar. El silencio era palpable. La cubría como un manto. Dentro

del silencio había sonidos diminutos que solo servían para acentuarlo. El viejo edificio murmuraba y susurraba. Las corrientes de aire susurraban y las vigas de madera crujían. Sarah apenas podía discernir el murmullo ahogado del viaducto en el exterior. En algún lugar cercano caía agua lentamente en un charco.

¿Llamaba para pedir ayuda? Pero Abbot estaba dos plantas más abajo y era improbable que la oyera. E incluso si lo hacía, aprovecharía la oportunidad para sobarla mientras le soltaba la pierna. Además, ella nunca había necesitado ayuda. Podía encargarse de su propio rescate.

Se inclinó y sondeó el agujero con los dedos. Las astillas apuntaban hacia abajo como lanzas diminutas. Metió la mano y rompió las piezas, ampliando lentamente el agujero. Después de unos pocos minutos de paciente trabajo, fue lo bastante grande para poder sacar el pie.

Se dio la vuelta y se sentó en el escalón, frotándose el tobillo. Estaba despellejado, y sus medias estropeadas. Se puso en pie con cuidado y puso a prueba el tobillo. Dolía, pero podía mantenerse en pie. Apretó los dientes y recuperó la linterna. La luz vaciló. Le dio un golpe de plano y la luz se recuperó.

Apuntó la linterna escaleras abajo, y luego escaleras arriba. Entonces volvió a subir, probando cada escalón con cuidado antes de apoyar su peso en él.

Sin ventanas, la planta carecía incluso de la promesa de luz. Recorrió la habitación con el haz de luz, revelando muebles de madera. Una hilera de archivadores de madera cubría una pared; cinco antiguos burós, otra. En el centro de la habitación había pesadas mesas de roble con máquinas de extraño aspecto. Todo estaba cubierto por una gruesa capa de polvo. Había marcas de ratas en el polvo, pero ninguna huella humana.

Una extraña sensación se apoderó de ella mientras recorría la habitación. Era el primer ser humano que entraba en este sitio desde quién sabía cuántos años. Por el aspecto que tenía todo, esta planta había sido abandonada mucho antes que las otras. ¿Qué clase de fantasmas habitaban las fábricas?

Trató de abrir uno de los burós, pero estaba atascado. Gruñó y tiró y el buró cedió una fracción de pulgada. Apuntó con la luz la grieta que había abierto, pero no pudo conseguir abrirla más. La oscuridad me está afectando, pensó. ¿Cuánto tiempo va a pasar antes de que empiece a imaginar que hay alguien más aquí conmigo?

Se acercó a las mesas del centro e inspeccionó con más atención las máquinas que había allí. Eran todo engranajes y dientes, rodillos y varillas. Cada máquina tenía un teclado de palanca, como las antiguas máquinas de escribir. Había diez filas y diez columnas de teclas en el centro del teclado. Sarah frotó el polvo y vio que cada columna estaba numerada del 0 al 9. Intentó por curiosidad pulsar una tecla, pero no pudo moverla.

Estaba claro que eran primitivas máquinas de cálculo. Como fanática de los ordenadores, siempre le habían fascinado esas máquinas. El computómetro de Dorr fue inventado en 1885, el de Burroughs en 1911. El estilo y la ornamentación de estas

máquinas parecía aún más antiguo. Parecía que los engranajes habían sido fabricados individualmente. Tal vez pueda comprobarlo en la oficina de patentes. Buscó alguna placa con un nombre, pero no pudo encontrar ninguna.

Limpió las otras teclas y reconoció los símbolos aritméticos estándar. Había también teclas con los signos $<$ y $>$. Y otros símbolos que le resultaban totalmente desconocidos. ¿Qué significaba \rightarrow ? ¿O £? ¿O 0 y ©?

Lo dio por imposible y dedicó su atención a los archivadores. La mayoría de los cajones que abrió estaban vacíos, pero unos cuantos contenían páginas sueltas llenas de cálculos matemáticos. Su luz destacó el título de un fragmento roto: «Sobre la bifurcación eventual de los conjuntos dinámicos altamente conectados». Debió ser todo un *best seller*...

Un cajón estaba cerrado con llave. Sarah tiró con fuerza y oyó los cierres de metal ceder, la madera astillarse. Otro tirón y los cierres se curvaron. El cajón se abrió con una protesta de cerrojos y madera retorcida e hinchada. Dentro había dos gruesas carpetas. Trató de leer los títulos a la luz. La tinta era vieja, borrada; la letra, ornada.

«Índice». Sacó la carpeta más pequeña del cajón y la colocó sobre la mesa. Sosteniendo la linterna con la mano izquierda, lo abrió y trató de leer algunos de los títulos. «Una política óptima para compras de artículos de primera necesidad usando simplificaciones integrales». «Un acercamiento derivado al problema de la mano de obra». «Sobre la estructura gráfica de espacio- n de la matrilinealidad iroquesa». «Aplicaciones de la función de Green a las colas en redes semicerradas». «Las ecuaciones dinámicas del contagio ideológico».

¿Qué era todo esto? ¿Investigación matemática? No, no del todo. Algunos de los títulos estaban relacionados con la antropología o la economía. Matemáticas aplicadas, entonces. Una mezcla peculiar, y vaya lugar extraño para encontrarla. Las fechas escritas junto a los títulos de los estudios llegaban hasta 1892. La más antigua era de 1833, un auténtico ladrillo titulado «Algunos procesos estocásticos con las barreras de absorción», a cargo de alguien llamado Jedediah Crawford. La linterna recorrió los archivadores vacíos. ¿Sesenta años de estudios matemáticos? ¿Una universidad oculta en la tercera planta de una fábrica?

Sacó otra carpeta del cajón y la examinó. «Mantenimiento y reparación de las máquinas analíticas de Babbage».

Eso la detuvo. Charles Babbage fue profesor lucasiano de matemáticas en la Universidad de Cambridge entre 1828 y 1839. Llegó a describir un nuevo tipo de máquina calculadora, mucho más avanzada que los sencillos modelos de suma y resta entonces disponibles. Su Máquina Analítica era supuestamente capaz de ejecutar una secuencia entera de operaciones sin que un ser humano tuviera que teclear cada una de ellas. También tenía la capacidad de hacer secuencias alternativas, dependiendo de los resultados de los cálculos anteriores.

El proceso sería puramente mecánico, usando ruedas y tarjetas perforadas, pero Babbage había llegado a describir el ordenador digital. Por desgracia, la construcción

de esas «máquinas» o «ingenios» estaba fuera del alcance de la tecnología de mediados del siglo XIX. Nadie llegó a construirlos.

Una bola de hielo se le formó a Sarah en la boca del estómago. Se dio la vuelta y contempló la oscuridad donde se encontraban las máquinas. Nadie había construido...

Llevó la carpeta a la mesa y la hojeó. Había página tras página de dibujos mecánicos, con especificaciones detalladas e instrucciones. Una pesadilla digna de Rube Goldberg. Decididamente, era la máquina que había sobre la mesa. Más páginas, de instrucciones de trabajo escritas con una adornada letra spenceriana.

Era demasiado para examinarlo todo en la oscuridad. Sarah decidió llevárselo consigo a casa; pero justo cuando cerraba la carpeta, una nota llamó su atención. Estaba escrita de lado, en el margen de uno de los dibujos:

Discutida posible electrificación con el Hermano Thomas mientras estábamos en Menlo Park. No es posible de momento. B. Quinn. 21 de julio de 1881.

Sarah arqueó las cejas, sorprendida. B. Quinn. ¿Brady Quinn? Vaya, vaya. ¿Había sido Carson algo más que el comprador de la casa de Quinn? ¿Habían sido Quinn y él socios?

Y socios de Edison, también. Al menos, ella no conocía a ningún otro Thomas en Menlo Park en 1881 con quien se pudiera discutir de «electrificación».

Ahora sí que tenemos algo, pensó. «Brady Quinn Place» sonaba cada vez mejor. Quinn era una figura local. Conocía a Edison en un plano de amistad y al parecer estaba implicado de algún modo con los primeros ordenadores.

¡Esto podía ser grande! El polvo del suelo y las mesas era espeso. Nadie había estado en esta habitación desde hacía años. Nadie más sabe lo de estas máquinas, pensó. Y cuando yo compre el edificio, las máquinas serán mías también.

La linterna perdió intensidad y volvió a darle otro golpe. Esta vez no consiguió recuperarla. Como no le gustaba la idea de encontrar el camino de vuelta en la oscuridad, cerró ambas carpetas y se las metió bajo el brazo. Vendré más tarde, con mejor luz. En la puerta, se detuvo para echar una última ojeada y recorrer los mecanismos en sombra con el haz de luz. Los primeros ordenadores del mundo. Y sin embargo aquí estaban, abandonados y olvidados desde hacía tiempo. Extraño. Con un invento como ese, deberían haber hecho historia.

Cuando le devolvió la linterna, Abbot advirtió las carpetas y sonrió.

—Mangando, ¿eh? ¿Por qué no se lleva también el cobre y el latón de las presas? Se compran a buen precio en los chatarreros.

Sarah se recordó que Abbot nunca había subido por la escalera oculta. Esperaba que no se preguntara dónde había encontrado las carpetas. Era mejor si se preocupaba

de otra cosa.

—¿Sabe Widener que está usted robando su propiedad y vendiéndola?

—¿Widener? Demonios, nunca ha puesto un pie en este sitio. Babs, la capataz del turno de día, y yo tenemos una cosa en marcha. Ninguno de los obreros puede subir, así que ni siquiera saben qué hay ahí arriba. Y usted no va a decirlo, señora, porque entonces diré que se largó con algo. —Se inclinó hacia atrás en la silla y se cruzó de brazos afectadamente.

Ella sonrió, tolerante.

—Me temo que me ha pillado.

—Eso es. —Él asintió vigorosamente—. No es usted mejor que Babs y que yo. Me... —Sus ojos bajaron hasta su tobillo—. ¡Eh! ¿Se ha hecho usted daño ahí arriba? ¿Está bien?

—Bueno...

—Porque le dije que era peligroso. Me ofrecí a acompañarla, pero usted insistió en ir sola. No irá a demandarnos ni nada de eso, ¿no? —El palillo de dientes de su boca bailó nervioso de un lado a otro.

Durante un breve instante Sarah creyó que su preocupación era por ella. En cierto modo, era bueno saber que su egocentrismo era universal. Un arrebato de altruismo habría sido un defecto en un carácter perfectamente redondo.

—No —le dijo—. No voy a demandarles ni nada de eso.

Lo último que quería era una caterva de abogados e investigadores de la propiedad rebuscando allá arriba.

El sol se había puesto ya cuando salió del edificio, y la calle estaba oscura. Las farolas creaban un oasis de luz en la esquina con Wynkoop. Por lo demás, estaba negro como boca de lobo, como la habitación del tercer piso. De repente, Sarah deseó haber aparcado más cerca.

Caminó rápidamente hacia la esquina y el anexo de la estafeta de correos. Una vez más le pareció oír pasos fantasmales a su espalda.

Es solo un truco de la acústica, se dijo. No me está siguiendo nadie. Años de entrenamiento racional insistieron en eso, pero milenios de instinto ganaron. Avivó el paso.

Justo al doblar la esquina, una de las grandes puertas de carga del anexo postal se abrió con un estrépito metálico que la hizo dar un brinco. Un puñado de trabajadores de correos empezaron a meter grandes sacas postales en el edificio. Reían y hablaban. Las pisadas tras ella (si en efecto eran pisadas) se detuvieron.

Miró a los trabajadores de correos y reconoció a su supervisor. Lo había conocido en una fiesta una vez, durante sus días como periodista. Era hermano de uno de los otros periodistas. La había llevado a dar una vuelta en su Suzuki. ¿Cómo se llamaba?

—¡Eh, Pat! —llamó, recordando de pronto—. ¿Todavía tienes esa moto?

Pat se dio media vuelta, sorprendido.

—¿Quién...? Oh. —Chasqueó los dedos—. Espera, no me lo digas. Sue... no.

Sarah, ¿verdad? Sí, Kevin me dijo que dejaste el periódico. Te dedicaste a negocios inmobiliarios o algo así.

—Eso es. Estaba inspeccionando una propiedad en la esquina. —Miró hacia la oscuridad de la calle Quince—. Puede que me equivoque, pero me parece que había alguien siguiéndome. ¿Podrías acompañarme hasta que llegue a mi coche? He aparcado aquí mismo.

—Claro. No hay problema.

Era irracional, lo sabía; pero se sintió aliviada. Alguien que la conocía sabía que había estado aquí. Los otros hombres esperaban, sin estar realmente interesados. Pero también la recordarían.

Lo primero que hizo cuando llegó al coche fue echar el seguro a las puertas. Entonces inspiró profundamente. ¿Y si ya está dentro del coche? Se volvió a mirar en el asiento trasero.

Estaba vacío. Sarah resopló, sintiéndose como una tonta. Se apoyó en el reposacabezas, los ojos cerrados. Estoy asustada, pensó. El aire desolado del último piso del Edificio Widener. El vacío de la calle bajo el viaducto. Demasiadas películas por la noche. Probablemente no había nadie siguiéndola.

Se enderezó, arrancó el coche, se puso en marcha. El pensamiento surgió libremente: Me pregunto si era el hombre de la biblioteca.

V

POR la mañana, se tomó su desayuno de café solo. El café estaba fuerte y caliente, y para cuando terminó media taza se había convencido a sí misma de que el hombre de la biblioteca no era más que una persona chismosa y ofensiva y que no había nadie siguiéndola bajo el viaducto.

Depositó las carpetas que había cogido del archivador en la mesa de la cocina y las repasó mientras la cafeína hacía su efecto. Solo le echó un par de ojeadas al «índice», con sus títulos incomprensibles, advirtiendo solo algunas de las fechas y nombres. Era el manual de las máquinas de Babbage lo que realmente le interesaba.

No sabía lo suficiente de ingeniería mecánica para descifrar los dibujos, pero la función de la máquina estaba clara por los textos. Era decididamente una computadora mecánica, y se parecía a las tres máquinas que había visto en la habitación en lo alto del Edificio Widener. Brady Quinn había escrito algunas correcciones y notas marginales en las instrucciones. Lo mismo habían hecho Randall Carson y un hombre llamado Dayton Black.

Su nerviosismo aumentó. ¡Este descubrimiento tenía una importancia histórica tremenda! Era su oportunidad para ser recordada por algo significativo, para ser más que Sarah Beaumont, promotora inmobiliaria en ascenso y experiodista.

Se llevó la carpeta al ordenador y espantó al gato de la mesa. Allí encontró una libreta y un boli e hizo una lista de los nombres y palabras clave. Brady Quinn. Randall Carson. Dayton Black. Máquinas Babbage. Isaac Shelton. Thomas Edison. Charles Babbage. Jedediah Crawford. Pero se detuvo antes de conectar con su servidor.

No debería estar dedicándole tanto tiempo a esto. El nombre de su proyecto era sin duda el rasgo menos importante. Había un proyecto cerca de Indianápolis llamado Chigger Hollow, así que los nombres no eran tan importantes. Ya se había pasado una semana entera investigando a Quinn. Debería estar calculando los costes de renovación de la casa de Emerson Street, pensó, no navegando por la red. Había una tonelada de trabajo por hacer. Tenía que planear y revisar los calendarios. Hablar con los contratistas. Poner las cosas en marcha. Los asuntos de Quinn habían esperado cien años. Podían esperar un poco más.

Así que mejor que el ordenador hiciera el trabajo pesado. Pondría en marcha un buscador autónomo y semiinteligente (una araña) que peinaría internet. No solo los sitios indexados y los grupos de noticias de la red, sino también archivos y bases de datos. Pero como quería una búsqueda inteligente y no solo un vertido de cada sitio y

archivo que mencionara, dijéramos, a Thomas Edison, la araña tendría que buscar «en contexto». Recuperó un molde que había utilizado antes, pero desmontó su anillo de «llaves maestras» de palabras clave. Iba a *hackear*, no a reventar sistemas. Dejaría que la «araña» actuara libremente durante un par de días para encontrar, compilar y sortear la información; luego podría examinar la cosecha para ver qué necesitaba más que una búsqueda semiinteligente.

Flexionó los dedos y marcó un arpegio en el teclado, como un pianista a punto de tocar. Sus amigos a veces le preguntaban por qué, con sus obvias habilidades, no era programadora. Los ordenadores eran herramientas útiles, les decía, pero ella no quería ser una fabricante de herramientas. Esa respuesta sorprendía a algunos de su amigos cuadrículados. Nunca habían pensado en sí mismos de una manera tan prosaica.

Durante los siguientes días Sarah se concentró en su proyecto, pujando por media docena de propiedades en la zona, espaciándolas para que nadie más pudiera desarrollarla sin su cooperación. Desvió los tratos a través de complejos acuerdos de fachadas y subcontratas. No había forma de ocultar el volumen de actividad, pero no quería que nadie supiera todavía que era ella quien estaba detrás de todo.

Puso precio a las renovaciones a través de varios contratistas que conocía, manteniendo las discusiones a nivel especulativo y basando sus estimaciones en la casa que Dennis y ella habían inspeccionado. Tenía experiencia suficiente para advertir que el coste más bajo no siempre significaba el precio más bajo. Tomó nota para reunirse con Dennis y acordar los detalles sobre las renovaciones propuestas.

También hizo una oferta sobre el Edificio Widener. No estaba en el mercado, pero toda propiedad tenía su precio. Si hacías la oferta adecuada.

No pudo descansar hasta el mediodía del viernes. Cerró sus archivos inmobiliarios y puso un disco de *ragtime* en su reproductor de CD. Fue a la cocina y se preparó café y, cuando regresó al ordenador, recuperó a su araña. Era hora de ver qué había descubierto sobre Quinn y las máquinas Babbage. Le había contado a Dennis lo de los extraños ordenadores primitivos y él se había sentido bastante satisfecho consigo mismo. Su intuición había quedado demostrada. Brady Quinn Place, bautizado en honor de un hombre relacionado con el primer ordenador olvidado, era perfecto para un proyecto que trataba la información como un servicio y consideraba que los puertos de datos eran tan esenciales como los grifos y los enchufes eléctricos.

El disco empezó a reproducir Creole Belle mientras ella revisaba lo que había encontrado la araña. Ella tarareó al compás. «Mi bella criolla, la conozco bien...».

Naturalmente, había un montón de información sobre Edison y Babbage. Eran figuras históricas famosas. Pero no había nada que los conectara con Quinn ni Carson ni las máquinas de la tercera planta oculta. Sarah descubrió que Thomas Edison solía

reunirse regularmente con Henry Ford, Harvey Firestone y John Burroughs «para discutir la dirección del país». Iban a dar paseos por la naturaleza en la reserva privada que Ford tenía en Michigan. Bueno, los hombres de negocios siempre se estaban quejando de que el país se iba al garete bailando una mazurca. Burroughs, según descubrió cuando buscó el nombre, era naturalista. Uno de los primeros ecologistas.

—Eso entonces explica los paseos por la naturaleza —dijo en voz alta. Se rio ante la idea de tres magnates de la industria paseando por el campo y mirando champiñones y mariposas. La idea de que Henry Ford se «detuviera a oler las rosas» bordeaba lo ridículo.

En cuanto a Babbage, había popularizado el concepto del seguro de vida, un negocio basado en la idea de que los acontecimientos impredecibles pueden formar pautas predecibles. En 1832 escribió Sobre la economía de la maquinaria y las manufacturas, anticipando mucho de lo que ahora se llamaba investigación de operaciones y análisis de sistemas. Empezó a trabajar en una «máquina diferencial», un prototipo de su propuesta computadora mecánica. Pero después de gastar 23 000 libras esterlinas, incluyendo 6000 de su propio coleteo, abandonó el proyecto, dejándolo incompleto. Sarah sonrió un poco para sí al leer esto.

También había una nota en las Actas de la Academia de las Ciencias de Nueva York de 1833 anunciando una mesa redonda de cara al público para discutir sobre la importancia de las teorías de Babbage, con la idea de formar una Sociedad Babbage para difundirlas. La nota había sido colocada por Jedediah Crawford, a quien ella recordaba como el autor del primer estudio que aparecía listado en el índice que había encontrado. La araña lo identificó como catedrático de matemáticas en Yale en las décadas de 1820 y 1830. ¿Había llegado a formar su Sociedad? Encajaba. Sin duda una sociedad semejante intentaría construir las máquinas de Babbage. Pero ¿cómo acabaron unas máquinas de cálculo construidas por un catedrático de Yale en un edificio semiabandonado bajo un viaducto de Denver?

Su araña no había encontrado ninguna otra referencia en la red a una «Sociedad Babbage», pero muchas bases de datos no estaban en la red; un montón de documentos antiguos ni siquiera habían sido escaneados. Tendría que excavar entre el material *off-line* y ver qué podía encontrar.

Permaneció sentada durante un minuto, tamborileando los dedos sobre la mesa al compás del Rag *Blanco y Negro* de Bostford, 1908. Debería volver al Proyecto Emerson, pero ya eran las tres de la tarde. Tenía que resolver unos asuntos en la administración del condado y la ciudad, y aunque podía hacerlo por medio del teléfono y el módem, ir en coche al centro le daría una excusa para pasarse por el periódico y la biblioteca. Luchó contra la tentación, pero no con demasiadas fuerzas, y cedió. Investigar a Quinn y la Sociedad Babbage era demasiado divertido. Cogió el teléfono y concertó una cita para ver al asesor del condado esa misma tarde.

No esperaba encontrar nada sobre la Sociedad Babbage en la morgue del *News*, así que no se sintió decepcionada. El *News*, después de todo, no había empezado a ser publicado hasta 1859. Le dijo a Morgan lo que estaba buscando pero no exactamente por qué, solo que trataba de los «primeros ordenadores». Él prometió echarle una mano. Tenía un amigo en el *New York Times*. El *Times* no era mucho más antiguo que el *News*, pero al estar en el Este, probablemente habría incluido más artículos sobre la Sociedad de Crawford.

Después, comprobó escrituras y títulos de la calle Emerson en la oficina del asesor. Cuando dejó el edificio administrativo, decidió cortar camino por Civic Center Park hasta la biblioteca. Cruzó Bannock hasta el parque y caminó lentamente por entre la multitud de la tarde. Había jóvenes paseando por el parque. Algunos haraganeaban en las escaleras del Teatro Griego. Los frisbis saltaban entre la multitud como langostas en un prado.

Sarah recordó los títulos matemáticos del índice (algunos, advirtió ahora, referidos a investigación operativa, otra relación con Babbage) y los dibujos del manual de la máquina de Babbage. Necesitaré consejo, pensó. Un ingeniero mecánico, al menos. Y un matemático. Tal vez un historiador también. Odiaba la idea de compartir su descubrimiento. Los expertos se harían cargo y la arrinconarían amablemente. Gracias, señorita Beaumont, pero nos encargaremos a partir de aquí.

Ella había trabajado sola toda su vida, sin pedirle ayuda a nadie. La idea de ser excluida le preocupaba. No era solo que la publicidad del descubrimiento de las máquinas ayudara a las ventas del Brady Quinn Place. Eso sucedería estuviera ella relacionada personalmente con la investigación o no. ¡Pero, maldición, ese no era el tema! ¡Ella quería ser parte del asunto! Quería que se la reconociera como la descubridora.

Pasaba ante el Teatro Griego cuando el tacón se le enganchó en una grieta de la acera y tropezó. Algo silbó y golpeó la columna de piedra que tenía al lado y fragmentos de roca le picotearon la mejilla.

—¡Eh! ¿Qué demonios se cree que está haciendo?

Se dio la vuelta ante el sonido de la voz. Un hombre grande y fornido con una camisa deportiva desabrochada cruzaba corriendo el parque, gritando. Tras él, pudo ver a un policía del parque sacando su pistola. Algunos de los chicos se volvían a mirar.

¿Qué estaba pasando? Sarah volvió la cabeza. Había un hombre blanco al otro lado del estanque, empuñando una pistola. En pose con las piernas abiertas y apuntando con ambas manos. La pistola la apuntaba a ella. ¡La pistola la apuntaba a ella!

No se paró a pensar. Los reflejos se hicieron cargo. Se escabulló entre dos columnas del Teatro Griego y se tumbó de plano en el suelo al otro lado. ¡Esto no está sucediendo! Hubo otro chisporroteo y otro silbido cuando una bala rebotó en la piedra. La gente gritaba. Con el corazón desbocado, Sarah se arrastró hasta el final de

la columnata. ¿Se atrevería a mirar? Él podría estar esperando a que asomara la cabeza. ¡Pero podía estar corriendo también hacia su posición! ¿Ocultarse o huir? Tenía que saberlo. Con cautela, se asomó al final de la columnata.

Vio que el hombre de la pistola se volvía y disparaba al hombretón que corría hacia él. La bala lo alcanzó en la boca abierta, y su nuca explotó en una cascada de carne, sangre y hueso. El impacto derribó al hombre hacia atrás y quedó en el suelo despatarrado, los ojos mirando al cielo.

La gente gritaba y corría en todas direcciones. El pistolero se volvió y miró a Sarah. Alzó su arma. Con la pistola desenfundada y apuntando, el policía del parque gritó una orden. El pistolero se volvió, rápido como el rayo, y disparó. El policía retrocedió tambaleándose, disparando dos veces mientras lo hacía. El pistolero se giró y se desmoronó y el policía cayó de rodillas, sujetándose el estómago, una expresión aturdida en el rostro.

Sonaban sirenas en la distancia, cada vez más fuerte.

Apoyada en la columna de piedra, Sarah escrutó el parque. Había una confusión de gente. Algunos corrían todavía; otros se habían detenido. Una mujer abrazaba el cuerpo del hombretón, llorando y apretándolo contra sí. Probablemente le había salvado la vida al distraer al pistolero, pensó Sarah. ¿Qué le había llevado a lanzarse de esa forma contra un hombre armado?

El pistolero yacía quieto. Un joven se le acercó y contempló el cuerpo. Un pájaro azul y blanco bajó del cielo, ladeó la cabeza a izquierda y derecha, y luego picoteó la cara del cadáver.

Sarah sintió la garganta agria. Se apartó y vomitó. Fue una gran convulsión en el estómago, mareante. Cuando terminó, buscó un pañuelo en su maletín y se limpió la boca. En el pañuelo había sangre de su mejilla, donde la habían alcanzado los fragmentos de piedra.

El escenario del parque parecía lejano, como visto por un telescopio al revés. Los sonidos eran apagados. Ella le dio la espalda y empezó a caminar aturdida por la calle Catorce. En un rinconcito de su mente sabía que debería quedarse y esperar a la policía. Estás en estado de *shock*, dijo la voz. No eres tú misma.

Había cruzado Cherokee y estaba pasando tras el Mint cuando un coche se detuvo bruscamente junto a ella. Sarah se dio media vuelta, todo el cuerpo tenso, y el corazón le dio un brinco.

Morgan bajó la ventanilla.

—Rápido —dijo—. ¡Sube!

Ella se lo quedó mirando, luego rodeó obedientemente el coche y ocupó el asiento de pasajeros. Morgan conducía un viejo Chevy de edad y color indeterminados. Sarah cerró la puerta y se encogió en el asiento, abrazándose.

Morgan la sacudió por el hombro.

—Quítate la chaqueta. Y el lazo rojo.

—¿Qué...?

—Hazlo.

Puso el coche en marcha sin esperar a ver si ella obedecía o no. Aturdida, ella se quitó la chaqueta y se soltó el lazo. El lazo tenía el color de la sangre arterial. Empezó a temblar.

Morgan le acercó una carpeta.

—Ponte las gafas de sol y colócate el lápiz detrás de la oreja. Intenta no parecer una mujer de negocios negra y bien vestida.

Ella lo miró.

—¿Por qué...?

—Porque eso es lo que dijeron por la emisora de la poli. Un maníaco estaba disparándole a la gente en el parque, y la descripción de uno de los objetivos se parecía un montón a alguien que acababa de ir a verme.

La calle Catorce era de un solo sentido. Sarah vio que regresaban al Centro Cívico. Sintió que su estómago se tensaba y empezó a negar con la cabeza.

—Supuse que te encontrarías chungo, así que vine a buscarte.

—Uh, gracias.

—De nada.

La policía había levantado una barricada y desviaba todo el tráfico hacia Bannock. Morgan gruñó y dio la vuelta. Bajó la ventanilla y llamó a uno de los agentes.

—¿Qué ocurre?

Sarah volvió la cara. Podía sentir que su mejilla volvía a sangrar.

—Ha habido un tiroteo en el parque, señor —respondió el agente.

—¿Algún herido?

—No podría decirlo.

—¿El *News* tiene a alguien allí ya?

—Sí, señor. Acaba de llegar un reportero y un fotógrafo.

—Vale, gracias. —Morgan subió la ventanilla y continuó Bannock abajo.

—No le has dicho quién era yo.

—No lo ha preguntado.

—Me están buscando.

—Te encontrarán, pero mejor que sea mañana.

—Morgan, ¿por qué viniste a buscarme?

Él volvió la cabeza y le sonrió.

—Para conseguir la exclusiva, por supuesto. Un testigo de primera mano del mejor artículo del año.

—Una exclusiva. ¿Eso es todo?

Esta vez él no la miró.

—Claro. ¿Qué si no?

—Morgan, ¿qué habrías hecho si el policía hubiera dicho que no había nadie del *News*?

—Bueno, me habría puesto el carnet de prensa en el sombrero y habríamos ido juntos a cubrir la historia. Como en los viejos tiempos.

—¡Morgan, si hubiéramos ido allí juntos, alguien me habría reconocido!

Él la miró, la boca torcida.

—¿De verdad? ¡Y yo que pensaba que todos vosotros sois iguales!

Ella no pudo evitarlo. Aquello la transportó a sus primeros días de periodismo juntos, cuando solían atacarse verbalmente sin piedad. El *Rag Blanco y Negro*. Empezó a reírse, pero la risa se convirtió en lágrimas.

El apartamento de Morgan Grimes en Capitol Hill estaba en un viejo edificio que había sido restaurado y parcelado en los años setenta. La condujo por una entrada lateral, subieron tres pisos y recorrieron un pasillo. Era como el interior de un laberinto. La hizo entrar en su apartamento y echó el cerrojo tras ellos.

Sarah se acercó al sofá y se sentó. Miró la pared, donde colgaban largas y delgadas litografías japonesas. Crisantemos y pagodas. Montañas asomando entre bancos de nubes. Cascadas de cuento de hadas cayendo de empinados acantilados. Sus lágrimas volvieron borrosas las imágenes, añadiendo realismo a las cascadas.

De repente un vaso apareció ante ella. Morgan le había acercado una bebida. Ella la cogió y la bebió sin saborearla. Le devolvió el vaso vacío.

—¿Otro? —preguntó él.

—Sí. Por favor.

—¿Quieres hablar de ello? —Él se acercó al bar y sirvió algo ámbar directamente de la botella.

—Sí. No. Todavía no. Todavía estoy temblando. Morgan, ese hombre intentaba matarme.

—He oído en la emisora de la policía que le disparó a cuatro personas. Una ha muerto. Otra está grave. Dos con heridas leves. Estabas allí en el momento inadecuado. Ahora estás a salvo.

—¡No, maldición! ¡Me estaba disparando a mí! Los otros no eran más que transeúntes.

—Sé que probablemente es lo que te pareció, pero...

—Morgan, lo sé. Me miró directamente. —Sarah recordó; cada palabra, cada gesto estaba grabado en su memoria—. Me miró directamente. Dios me ayude, sonrió.

—Un maníaco.

Ella recordó cómo la primera bala había alcanzado la columna de piedra que tenía al lado. A milímetros de distancia. Si no hubiera tropezado, ahora mismo estaría muerta, con el cráneo destrozado. En un instante, el olor de la hierba y los árboles, los gritos de los niños jugando, el dorado brillante de la cúpula del Capitolio al otro extremo del Centro Cívico; al siguiente instante, nada, ni siquiera neblina. Empezó a

tiritar. Morgan le tendió un nuevo vaso y ella lo engulló de un trago.

Pasó un momento donde no pensó en nada.

—Toma —dijo Morgan. Cuando ella se volvió, él le tendió una larga bata de franela, de cuadros blancos y azules—. Vomitaste. Ve a mi dormitorio y cámbiate de ropa. La llevaré a la lavandería. Luego me encargaré de esa mejilla. Hay yodo en el armario de las medicinas.

Ella hizo lo que le decía. Después de entregarle las ropas manchadas, se sentó en el borde de la cama, abrazándose con fuerza, y esperó. Cuando Morgan regresó de la lavandería, se levantó y se acercó a él.

—Abrazame, Morgan —dijo.

—Sarah, no creo...

—Abrazame —repitió ella. Cuando le tendió los brazos, la bata se abrió, pero no le importó. No importaba lo que él viera. No importaba nada excepto estar viva.

Las orejas de Morgan se volvieron de un rojo brillante.

—Nunca creí que llegaría a decir esto, pero... —Extendió la mano y colocó los pliegues de la bata en su sitio—. Mira, Sarah: no eres tú quien habla. Cualquiera otro día, si sigues dispuesta, sabe Dios que estaré más que preparado. Pero no ahora, no esta noche. Tengo mis harems, por bajos que puedan parecer.

—Morgan. —Ella lo rodeó con sus brazos—. Estoy temblando tanto que necesito agarrarme a algo sólido. Solo eso. Nada más.

Torpemente él le devolvió el abrazo, y ella se sintió relajada por fin. A salvo. Las bebidas empezaban a hacer su efecto. Deseaba que viniera el sueño y, con él, el olvido.

VI

POR la mañana, Sarah se despertó en una cama desconocida. Hubo un momento de desorientación y sus ojos escrutaron las paredes, sin encontrar nada familiar. Se sentó y advirtió que llevaba puesta una bata extraña y que sus ropas estaban colgadas cuidadosamente tras la puerta del dormitorio. ¿Dónde...?

Entonces recordó. El Centro Cívico. Los disparos. Pero los acontecimientos de ayer ya parecían remotos. Algo visto en las noticias de la tele. Una peli de las diez. Un mecanismo de autodefensa, decidió. La mente se distanciaba del horror o se volvía loca.

Se levantó y se vistió mecánicamente mientras recordaba. Morgan abrazándola. Ella besándolo. Él devolviéndole el beso después de un momento. Sarah no podía decidir cómo se sintió al respecto. No podía decidir si tuvo sentimientos.

Morgan estaba dormido en el sofá del salón, retorcido en una postura incómoda, con todas las ropas arrugadas. Sarah sacudió la cabeza. Le gustaba hacerse el periodista duro y cínico, pero a veces asomaba el verdadero Morgan Grimes. Se preguntó por qué los dos nunca habían encajado como equipo.

En la cocina, encontró algunos huevos, chiles y otras cosas y se puso a preparar huevos rancheros. Estaba abriendo el Monterey Jack cuando él entró. Miró lo que ella estaba haciendo, gruñó, y salió de nuevo. Un minuto después, Sarah oyó la ducha.

Más tarde, desde la ventana del apartamento, Sarah contemplaba las Rocosas, a kilómetros de distancia, apenas visibles a través de la neblina, aisladas y majestuosas. Había lugares allí, no muy lejos, donde una mujer podía estar sola, sin ningún otro humano a kilómetros. Con un escalofrío, recordó haberse asomado a la ventana de la casa de Emerson Street no hacía ni dos semanas y haber visto la misma escena. Fue incluso a la misma hora del día y no demasiado lejos de donde se encontraba ahora. Sin embargo era otra Sarah, otra vida; y le pareció extraño recordar algo que le había sucedido a otra persona. Se preguntó si todo el mundo que se enfrentaba a la muerte sentía lo mismo: renacidos a través de un terrible bautismo de fuego.

Se dio la vuelta y miró a Morgan, que estaba sentado en el sofá, con una libreta sobre la rodilla.

—¿Saben ya quién era?

Él negó con la cabeza.

—He llamado al periódico esta mañana. No lo han identificado todavía. Están

repasando las fotos de las fichas y enseñando su rostro en la tele. Alguien lo reconocerá y llamará. Tú no sabes quién era, ¿verdad?

—No, por supuesto que no.

—Entonces, si no era un loco, ¿por qué estaba intentando matarte?

—¡No lo sé!

—Solo hay ocho motivos para cometer asesinato. Podemos repasar la lista, si quieres.

—¿Solo ocho? Yo pensaba que había tantos motivos como víctimas.

—No, son los detalles, no los motivos básicos, los que difieren. —Mostró los dedos y fue contando con el boli—. Ya has descartado el homicidio por locura. ¿Qué hay de motivos políticos?

Ella vaciló.

—¿Un terrorista o un asesino? ¿Qué clase de declaración política sería el matarme a mí?

—Escogen a sus víctimas al azar, ¿no? No te olvides que le disparó a otras cuatro personas y que mató a una de ellas. Piensan que el policía vivirá.

—No, eso fue... no sé. Fachada. No le disparó a nadie más hasta que me refugié tras el muro de piedra.

Morgan la miró extrañamente, luego se encogió de hombros.

—Muy bien. Era un profesional y era importante que nadie supiera que te había elegido como blanco. Pero ¿quién lo contrató?

—Si supiera eso...

—¿Y por qué? ¿Qué tal ira o venganza?

Ella negó con la cabeza.

—No. ¿Venganza por qué? ¿Por hacer un buen trato comercial? Eso no tiene sentido. Los promotores inmobiliarios no contratan a matones por cosas así.

—¿Y los inquilinos desahuciados?

—Morgan, nunca le he hecho tanto daño a nadie.

—Una inquina no tiene por qué ser racional. Lo único que hace falta es una persona con resquemor. Muy bien, ¿qué hay de los celos?

—¿Quién tiene tiempo para enamorarse? Abe y yo rompimos hace años...

—¿Celos profesionales?

—¡No, maldición! Me llevo bien con todo el mundo.

—Que tú sepas, al menos. Es como la venganza. ¿Quién sabe qué puede provocar los celos de alguien? Estás bien situada. Puede que a alguien no le guste que una mujer, negra y atractiva además, tenga tanto éxito. Puede que viejos amigos estén envidiosos de tu éxito.

La Ciudad Vieja de Chicago destelló en su mente. Hyde Park. Rostros con los que había jugado siendo niña; rostros en los que no había pensado desde hacía muchísimos años. ¿Dónde estaban ahora? Todavía en la Ciudad Vieja, probablemente. Amigos dejados atrás, en otro planeta. ¿La odiaban por haberse

marchado y no haber regresado nunca?

—Cristo, Morgan, vas a volverme paranoica.

—Incluso los paranoicos tienen enemigos.

Una furia súbita la envolvió como una ola en la playa, y ella dejó que la cubriera.

—¿Qué es esto, un interrogatorio?

Le dio la espalda y miró de nuevo por la ventana. Pero esta vez vio Chicago, no Denver. Apoyó los brazos en el alféizar y cerró los ojos.

—Al menos confías en mí.

Se volvió de nuevo hacia él.

—¿Qué?

—Eramos dos pobres periodistas muertos de hambre, ¿recuerdas?

Ahora tú eres rica y yo sigo siendo pobre y muerto de hambre. Por el momento, al menos. Por lo que sabes, puede que esté loco y celoso; pero me has dado la espalda.

Ella sonrió.

—Gracias, Morgan. Eres un amigo. No volveré a hacerlo.

Él no sonreía.

—Lo digo en serio. Si tienes razón. Si no estás imaginando cosas, no te sientes de espaldas a la puerta. Así se cargaron a Wild Bill Hickok.

—Muy bien. Lamento haberme cabreado. Eres un periodista que hace su trabajo.

Él la miró durante un largo instante; luego sus ojos se posaron en su libreta.

—Sí.

Dio golpecitos rítmicos con el bolígrafo.

—Bueno, la gente con motivos emocionales para asesinar normalmente lo hacen ellos mismos; así que concentrémonos en los motivos racionales. Conseguir algo que tú posees.

—No intentó robarme, Morgan; y... Y voy a borrarlo de mi testamento a partir de ahora. —Se echó a reír. La primera vez que se reía desde el incidente. Morgan frunció el ceño y empezó a levantarse de la silla, pero ella lo detuvo con un gesto—. No, estoy bien. ¡Dios! Puedo bromear y todo. Nunca me había dado cuenta de que había tantas malditas razones para asesinar.

Morgan sonrió, sin humor.

—Solo ocho, ¿recuerdas? Número siete: para encubrir otro crimen. No eres testigo de nada, ¿verdad?

—Has hecho una auténtica ciencia de todo esto, ¿eh? —Ella alzó las manos, indefensa—. Un detective o un periodista o un agente secreto podría estar husmeando algún terrible secreto y no darse cuenta, pero ¿una inversora inmobiliaria?

—Puede que no sepas que lo sabes.

—Morg, lo único que he estado investigando últimamente son archivos inmobiliarios. Nada importante. Desde luego, nada peligroso.

—Tal vez te has topado con algún fraude importante y no lo sabes todavía. ¿Qué hay de esa Sociedad Babbage que querías que te investigara?

—Eso no es más que... —Sarah vaciló. No quería que la noticia de su proyecto en Emerson Street se filtrara todavía, y menos aún que apareciera en la primera plana del *News*—. Mira, tienes que mantenerlo en silencio por ahora, pero te daré la exclusiva cuando lo descubra, ¿vale? ¿Lo juras?

Morgan se persignó el corazón y levantó el meñique.

—Sobre la tumba de mi hermana.

Era hijo único, pero Sarah se lo contó de todas formas. Los papeles en la casa vieja. Brady Quinn. Las máquinas de Babbage de un siglo de antigüedad. Las carpetas que había encontrado. Él escuchó y tomó notas.

—Parece fascinante. ¿Ordenadores de hace cien años? Pero tienes razón. No parece un motivo para matar a nadie en este milenio. ¿Te importa si investigo un poco sobre ese tema? Dijiste que Paul Abbot era el capataz con el que hablaste, ¿no? Y Dennis French tiene el papel que encontrasteis en la pared. —Anotó los nombres—. Iré a verlos a los dos más tarde, si tengo tiempo.

—Abbot no sabe nada de las máquinas Babbage —le advirtió ella—, y no quiero que lo sepa. Las destrozará y las venderá como chatarra.

Morgan le sonrió.

—Seré la discreción personificada. Tal vez Abbot tiene miedo de que lo denuncies por saqueador y contrató un matón para hacerte callar. Vale. Octava y última razón: para protegerse de ti.

—¿Defensa propia? Morgan, ¿estás chalado? No soy ninguna amenaza para nadie. Ni siquiera voy por ahí pisando a las arañas.

—Tal vez deberías: algunas son venenosas. Pero la defensa propia es como cualquier otro motivo: está en la mente de la otra persona. Puede que hayas hecho algo en alguna parte que alguien percibe de algún modo como amenaza.

—¡Oh, eso lo resuelve todo, Morgan! ¡Vamos a arrestar al hijo de puta!

—Sarah, estoy intentando ayudar.

—¡Estás intentando conseguir un reportaje!

—Sí. Bien.

—Además, ¿por qué no darme un aviso? ¿Por qué dispararme a plena luz del día?

—Eso depende de lo que piensen que sabes y de cómo crean que planeas usarlo.

—Has estado leyendo demasiadas novelas de espías...

Bruscamente recordó al hombre de la biblioteca y su sensación de que la seguían al entrar y al salir del Edificio Widener. ¿Habían sido advertencias? Y si así era, ¿de qué?

—¿Qué pasa? —preguntó Morgan. Asintió cuando ella se lo contó—. Puede que sea algo.

Entonces ladeó la cabeza, como alcanzado por un nuevo pensamiento.

—El hombre de la biblioteca —dijo—. ¿No era el mismo que te disparó?

—No.

—Hmm. Entonces, si hay una conexión, se trata de una organización, no de un

individuo.

—Si la hay. No lo sé. Nunca me han disparado, mucho menos el Klan.

—Una organización. —Él se acomodó y se golpeó los dientes con el boli—. Dime, ¿qué sabes de John Benton y Genevieve Weil?

Ella negó con la cabeza.

—Nunca he oído hablar de ellos.

—¿Daniel Kennison?

—Solo lo que leí en los periódicos. ¿Qué tiene que ver Kennison Demographics con que me dispararan?

—Tal vez nada. Déjame comprobar una cosa y volveré contigo.

Ella esperó, pero él no explicó nada más. Tenía la clara impresión de que Morgan veía una posible relación con una historia en la que estaba trabajando, pero no estaba dispuesto a decir cuál era. Siempre se había mostrado reservado en lo referido a sus artículos, un motivo por el que su equipo de trabajo tuvo una vida tan corta.

Iba a comprobar algo. Ella tendría que contentarse con eso.

Mucho más tarde, después de concederle a Morgan una entrevista exclusiva, después de darle a la policía una declaración menos exclusiva, Sarah se asomó al balcón de su casa, en lo alto de South Table Mountain, y contempló la noche. Agitaba el brandy en su copa de vez en cuando. Tras ella, todas las luces de la casa estaban apagadas. Solo el fuego de la chimenea ofrecía un leve brillo rojo que acentuaba las sombras y las hacía bailar. Le gustaba estar sola de noche. Aunque a veces la soledad se le metía dentro y le provocaba dolor en la base de la garganta.

La negrura era inmaculada. ¿Quién podía decir dónde terminaba la tierra y empezaba el cielo? Las luces cercanas estaban trenzadas con precisión geométrica, como gemas en un paño de terciopelo negro; pero más allá, lo urbano daba paso al desorden natural, y las luces se iban haciendo cada vez más aleatorias, hasta que se mezclaban imperceptiblemente con el caos del cielo nocturno. El centro comercial de la Treinta y dos y Youngfield podía ser un cúmulo estelar. Algunas de las luces se movían, pero ¿eran meteoros o faros de coches? A su izquierda, la impresionante masa de Lookout Mountain era una nebulosa oscura.

Dio un sorbo de brandy. La policía se había mostrado comprensiva. Incluso habían entendido por qué no fue a verlos inmediatamente. El *shock*, dijeron. Pero no se habían creído su teoría de que era el objetivo, de que las otras víctimas eran camuflaje. La teoría del maníaco era demasiado atractiva, demasiado ordenada. Pero ellos no habían mirado a los ojos de aquel hombre. No lo habían visto por sí mismos.

Entre los ojos del asesino y los de ella había pasado una especie de conocimiento. Era imposible de describir, pero no dejó ninguna duda en su mente. Era reconocimiento y satisfacción y expectación a la vez. Al recordarlo, ella podía ver que era un hombre que disfrutaba con su trabajo.

Sus clases de supervivencia la habían salvado. Se había zambullido en busca de refugio inmediatamente, sin pensar. Pero después no había vuelto a pensar, y eso la molestaba. Toda su vida había estado haciendo elecciones, no aceptando opciones. Pero no ayer. Recordó haber caminado aturdida, decirle a Morgan cuánto necesitaba que la abrazara, ofrecerse a él... y sus mejillas ardieron ante el recuerdo. No podía recordar haberle dicho eso a nadie jamás. Nunca había necesitado a nadie.

Cuando estabas sola, nunca te hacías ilusiones sobre la responsabilidad. Nunca podías echarle la culpa a los amigos, las circunstancias, la mala suerte, a nada más que a ti misma, como hacían tantos otros. Pero ayer se había visto impulsada por las circunstancias más allá de su control, aturdida por la sorpresa, la maldad, y sobre todo, la sensación de absoluta falta de poder.

Falta de poder. Eso era lo que le quitaba el valor a cualquiera. Quizá la otra gente simplemente tenía umbrales más bajos de dolor psicológico.

Estamos introspectivas esta noche, ¿eh? Una leve sonrisa asomó a sus labios mientras contemplaba el tráfico pasar por la 1-70. Gente que se dirigía a las montañas. Sábado por la noche en el Old Dillon Inn. Pensó en unirse ellos, en subirse a su coche y dirigirse a la sierra. Conocía sitios donde nadie podría encontrarla. Sitios donde ni siquiera ella misma podría encontrarse.

Huir y esconderse. Pero huir nunca había sido su estilo. (Excepto huir de la Ciudad Vieja, le recordó una voz en su cabeza). No estaba indefensa. Sabía cuidar de sí misma. Las calles de Chicago no eran ningún refugio seguro, ni las montañas de Colorado. Ahora estaba preparada.

No me llevarán por delante como hicieron con Brady Quinn.

¡Vaya pensamiento más peculiar! Eso había sucedido hacía más de cien años.

Volvió a entrar en la casa y deslizó la puerta de cristal para cerrarla. Había dado cuatro pasos hacia la habitación iluminada por la chimenea cuando se detuvo. ¿Qué era? ¿Un sonido? ¿Un olor? ¿Una sombra entre las sombras móviles proyectadas por el fuego? Soltó la copa de brandy y esta se estrelló en el suelo de *parquet*.

¡Hay alguien en la habitación!

Una parte de ella quiso enroscarse en una pelota y hacer que el mundo desapareciera. ¡No puedo seguir soportando esto! Pero otra parte estaba furiosa. *¡No seguiré consintiéndolo!*

Dos rápidas zancadas y se plantó ante la chimenea, agarró el pesado atizador de hierro forjado con fuerza con ambas manos. Le dio la espalda a la pared.

—Es mala idea —dijo una voz en la oscuridad—. Estar de pie delante de un fuego que recorta su silueta.

Era una voz de hombre.

—¿Quién es usted?

—Un amigo.

—Claro. A todos mis amigos les da por irrumpir en mi casa.

Él encendió una lámpara de mesa y Sarah parpadeó ante el súbito resplandor. Cuando sus ojos se ajustaron, vio que empuñaba una pistola. Sintió que el estómago se le caía a los pies, pero no se movió.

Entonces él apuntó hacia arriba. El cilindro se abrió y los cartuchos cayeron al suelo.

—Ya está —dijo—. Ahora estoy indefenso.

Ella lo miró de arriba abajo.

—No sé por qué, pero lo dudo.

Él sonrió.

—Me gusta eso. Tiene usted sentido del humor. Pero debe admitir que si hubiera venido a matarla, ya estaría muerta hace una hora. Así que no soy su enemigo y, ¿quién sabe? Tal vez soy amigo suyo, después de todo.

Ella se relajó un poquito. Tenía razón. No había venido a matarla. Pero no soltó el atizador, ni dejó su posición junto a la pared.

Era un hombre fornido con el pelo rojizo y corto y dedos gruesos. Tenía mejillas coloradas. Estaba sentado en el sofá, completamente tranquilo, como si fuera un vecino que se sintiera cómodo en casa. Sonreía. Sarah decidió por las arrugas de su cara que se pasaba un montón de tiempo sonriendo.

Lo cual no demostraba nada. El asesino sonreía también.

—Los amigos tienen nombre.

Él la miró durante un largo instante; entonces asintió.

—Llámeme Red —dijo.

—Muy bien, «Red». Veamos alguna identificación.

Él se encogió de hombros y sacó su cartera. Rebuscó en el tarjetero, sacó una tarjeta, y se la tendió.

—Colóquela sobre la mesa; luego, siéntese sobre las manos.

Él sonrió e hizo lo que le decía. Sarah avanzó y recogió la tarjeta de la mesa. Era un carnet de identidad con fotografía, emitido por una tal Asociación de Investigación Utópica. Lo identificaba como Red Malone y su ocupación era la de «ajustador». La fotografía era la suya.

—¿Cuántos carnets diferentes tiene?

Él volvió a sonreír.

—¿Quién los cuenta?

Sarah se estaba cansando de estar de pie. Se acercó al otro extremo de la habitación y se sentó en el sillón frente al sofá.

—Entonces dígame, Red. Viejo amigo. ¿Por qué ha irrumpido en mi casa?

—Para advertirla de que puede estar en peligro.

—Llega demasiado tarde. Ya lo sé. —Trató de parecer indiferente y agria, pero el corazón le redobló en el pecho. Este hombre sabía por qué le habían disparado. No lo dejaría marchar hasta que se lo dijera.

Él puso cara de circunstancias.

—Sí, eso he oído. Culpa mía. No sabía que Ellos tenían activos locales, así que no me moví lo suficientemente rápido. La programación profunda es terriblemente difícil de descubrir. Una llamada telefónica, una frase-gatillo, instrucciones, y él puso la operación en marcha antes de que nadie más lo supiera. Pero en cierto sentido es buena noticia.

—Buena noticia...

—Claro. Significa que Ellos andan apurados. Hay formas mejores de eliminar objetivos que con un asesinato burdo. Se dejaron llevar por el pánico y utilizaron el primer activo desechable que estaba a mano. Fue realmente estúpido por Su parte.

—Ellos fueron estúpidos —repitió Sarah—. Oh, bien. Me siento mucho mejor ahora.

—Se siente mejor que él —recalcó Red.

—Eso fue suerte, pura y simple. Si no me hubiera torcido el tobillo...

—El pánico es siempre estúpido. Pero no puede responsabilizarlos a Ellos. Estaban asustados. Sabían que tenía usted una operación en marcha sobre ellos. Vieron los signos, pero nunca advirtieron nada que pudiera ser localizado. Entonces buscó usted el archivo de Brady Quinn con un *nick* fácil de seguir. —Le agitó un dedo—. Eso fue descuidado.

—Sigo sin comprender —replicó ella, poniéndolo a prueba—. ¿Quiénes son Ellos? ¿Qué tiene Brady Quinn para ser tan importante?

La sonrisa de Red se desvaneció.

—¿Por qué estaba usted hurgando en la vida de Brady Quinn?

—¿Hurgando...? ¿Qué tiene eso de malo? Fue dueño de una casa que acabo de comprar. Mi arquitecto y yo encontramos un viejo recorte de periódico donde decía que le habían disparado, y pensamos que Brady Quinn Place era un nombre bonito.

Casi estuvo a punto de mencionar la conexión de Quinn con las máquinas Babbage pero se detuvo. Ya era bastante malo que Dennis y Morgan lo supieran. Podía confiar en ellos. No estaba dispuesta a contarle a un absoluto desconocido su descubrimiento ni su proyecto.

Él parecía preocupado.

—¿No estaba investigando los asesinatos de Kenny Robertson ni... ni de Alice McAuliffe? —Frunció el ceño mientras pronunciaba el segundo nombre.

—¿Quiénes son esos?

Él se mordió los labios.

—Puede que haya habido un error.

—¿Un error? —La palabra la enfureció—. ¡Un error! ¡Alguien acaba de intentar matarme, amigo! Le disparó a otras cuatro personas y mató a una para encubrirlo. ¿Y lo llama usted un error?

Él la miró.

—Los errores no tienen por qué ser triviales.

—¡Ahora sí que me siento bien! Casi me mataron, pero no pasa nada porque fue «estúpido» y fue un «error». ¿Tiene alguna buena noticia más? ¿Va a decirme qué es lo que pasa, o vamos a seguir aquí sentados intercambiando banalidades?

—Sería más seguro si intercambiáramos banalidades.

—¡Ahora no estoy segura!

Él hizo una mueca y reflexionó.

—Puedo contarle un poquito. ¿La satisfará?

—Inténtelo.

—No está en posición de negociar. Puedo marcharme ahora mismo, y no sabría nada más.

—Ya sé que trabaja usted para la CIA.

Eso lo sorprendió. Sarah pudo ver que sus ojos se ensanchaban durante un momento. Entonces se oscurecieron de nuevo y le sonrió.

—¿Qué le hace pensar eso?

—La forma en que habla. «Una operación en marcha». El asesino era un «activo». Esa cháchara. Y el tipo del parque. Lavado de cerebro e hipnotizado, ha dicho. Programado para matarme y ser eliminado. Eso parece sacado de una vieja novela de espías. Ahora dígame dónde me he metido. Maldición, merezco saberlo.

Red se puso de pronto en pie y empezó a caminar de un lado a otro de la habitación. No se acercó a ella, pero por instinto Sarah agarró el atizador con más fuerza. Finalmente, él se detuvo y la miró.

—Mire, si realmente no sabe lo que está pasando, es mejor que lo dejemos tal como está. Si puedo convencerlos de que es usted inofensiva, Ellos la dejarán en paz.

—¿Por qué querría alguien matarme? Nunca le he hecho daño a nadie. ¿Y qué importancia puede tener Brady Quinn? Lleva muerto cien años.

Él sacudió la cabeza.

—No debería haber dicho nada, pero creía que usted ya lo sabía. Maldición. — Volvió a caminar. Sarah lo observó. De un lado a otro. De un lado a otro.

—Estamos Nosotros y están Ellos —dijo después de un rato—. No importa quiénes somos Nosotros y quiénes son Ellos. Tienen un secretito sucio. Y Nosotros también, y queremos mantenerlo en secreto. Ellos no se detendrán ante nada para que siga así.

—¿Y ustedes?

Él dejó de andar y la miró tristemente.

—Nosotros nos detendremos. Con algunas cosas. —Siguió caminando—. Hace unos tres meses Ellos empezaron a recibir indicaciones de que alguien estaba poniendo en marcha... —Hizo una pausa, la miró, y torció los labios en una mueca—. Alguien estaba fisgoneando Sus operaciones —continuó—. Alguien muy cuidadoso. Lo llamaron el Intruso. Estaba haciendo preguntas que quedan mejor sin contestar. Atando cabos y piezas que deberían haber quedado desconectadas. Entraba y salía de las bases de datos, accediendo a archivos que nunca deben ver la luz del

día. Ellos empezaron a ponerse muy muy nerviosos. La vida se volvería muy desagradable para Ellos, y para Nosotros, si alguna vez se hicieran públicos.

Se detuvo y la miró.

—Entonces hizo usted una búsqueda descarada de Brady Quinn en internet. Fue como un anuncio, como si estuviera dispuesta a hacerlo público. Así que a Ellos les entró el pánico.

—Oh, supongo que es culpa mía que me dispararan. ¿Qué debería hacer, pedir disculpas?

Él pareció no advertir su sarcasmo.

—A Ellos nunca se les ocurrió que no era usted quienes creían que era.

—Bueno, ¿y si le hubieran disparado al auténtico Intruso, habrían estado justificados?

—¿Justificados? ¿Justicia de quién? ¿Una rata acorralada se justifica cuando muerde? Si una organización percibe una amenaza, intenta protegerse. Es una ley natural de los sistemas vivos. No importa un ápice si el sistema es una rata, la Mafia o los *boy scouts*.

—Los *boy scouts* no le disparan a sus enemigos —replicó ella.

Él la señaló con un dedo.

—¡Lo harían si la alternativa fuera ser linchado o que te hicieran «desaparecer»! Estoy intentando decirle qué es natural y usted sigue hablando de lo que es moral. Cuando digo que una respuesta es natural, solo quiero decir eso. No me gusta más que a usted. La respuesta depende del nivel de la amenaza; eso es todo. Y para Ellos, la amenaza es letal.

—¿Y para ustedes?

Él no respondió. Cuando habló, fue casi para sí.

—Siempre se puede huir de una amenaza. Huir o combatir. A veces eso tampoco funciona. —Sus ojos la enfocaron—. Mire. Nada de esto la ayuda. Deje en paz a Quinn. No lo necesita para su proyecto, ¿no? Déjelo correr, ¿y qué habrá perdido? Unas cuantas horas malgastadas en las bibliotecas y bases de datos, eso es todo. Hablaré con Ellos, les diré que no es usted lo que quieren.

Red se arrodilló para recoger sus balas. Las volvió a meter en el revólver.

—Hágame un favor —dijo—. Y a usted misma también. Manténgase alejada de Brady Quinn y de todo lo relacionado con él. ¿De acuerdo? Cíñase al trabajo inmobiliario.

—Así fue como me encontré con Quinn en primer lugar —le recordó ella.

Él la miró sombríamente, luego se acercó a la puerta.

Sarah lo siguió.

—¿Cuándo me lo dirá?

Él se volvió.

—¿Decirle qué?

Sarah tragó saliva.

—Si Ellos están de acuerdo en no matarme. Me merezco eso.

Él le dirigió una larga mirada.

—Muy bien —dijo lentamente—, pero solo si me promete no pegarme con ese atizador.

Ella bajó la mirada, sorprendida, y advirtió que todavía empuñaba el atizador de hierro que había cogido de la chimenea.

—De acuerdo —dijo—. Si accede usted a llamar al timbre como un ser humano civilizado.

Él sonrió.

—Es una cita, entonces.

VII

DESPUÉS de que él se marchara, Sarah se sentó ante su mesa, los puños cerrados sobre la superficie, y escuchó el silencio. El antiguo reloj del abuelo era un firme metrónomo en el pasillo, pero eso solo realzaba el silencio. La casa de su madre estaba siempre llena de sonidos.

Tick. Se preguntó dónde estaría *Fee*. No se lo veía por ninguna parte. Demasiado independiente. Ese era el problema con los gatos. Iban y venían a su antojo.

Tick. Curioso. Nunca había advertido antes lo sola que estaba. Podía nombrar a socios de negocios a puñados, pero ¿dónde estaban sus amigos, su familia? Siempre se había enorgullecido de su independencia, de sus recursos. Pero ¿cuándo había cruzado la línea que va de la independencia a la soledad?

Tick. ¡Ese maldito reloj! Se levantó y se dirigió al pasillo de entrada, donde abrió la parte delantera del reloj y sacó el contrapeso. El reloj vaciló, se saltó un golpe, luego se detuvo.

Sarah cerró la puerta y apoyó la frente contra el frío cristal. Después de un momento, dio un paso atrás y contempló su reflejo. Era la cara de su madre. Un poco más joven y más redonda de lo que recordaba a su madre, pero el parecido estaba allí, en los ojos y la barbilla.

Pudo oír los sonidos tenuemente recordados de la casa de su madre: El siseo de la tetera en el viejo hornillo de gas, el profundo rumor debajo de los ronquidos de su padre cada vez que volvía a casa del trabajo en la carretera, el suave zumbido de su madre mientras tarareaba su querido *ragtime*, los gritos de sus hermanos mientras se perseguían de habitación en habitación. ¿Por qué quise escapar de todo eso?

Entonces el hechizo se deshizo y solo quedó su rostro en el cristal y lo único que vio en sus ojos fue miedo.

Era hora de que encarrilara las cosas. Eres dueña de tu propio destino, se dijo. Nadie más. Sintió como si estuviera en medio de un campo de minas. De algún modo, por pura suerte, había llegado hasta tan lejos, pero no sabía cómo continuar a partir de aquí. Sé demasiado, pensó, pero no sé suficiente.

Un poco de conocimiento es una cosa peligrosa.

El tópico la hizo reír, tan literalmente cierto era. ¿Y qué puedes hacer? No puedes olvidar lo poco que sabes; solo puedes intentar aprender más. Suficiente para estar a salvo.

Regresó a su estudio y puso un CD en el reproductor, con el volumen bajo, lo suficiente para oír pero no lo bastante alto para distraerla. Sin embargo, el primer

corte era el New Orleans Hop Scop Blues, y casi se volvió para quitarlo, tan insoportablemente triste era su melodía. Luego, pensándose mejor, la dejó sonar, porque por debajo de la melodía estaba aquel inconquistable ritmo entrecortado.

—Puedes golpearme —murmuró—, pero no puedes derrotarme.

Se sentó a la mesa y colocó una libreta ante ella. Red la había advertido que se apartara de todo lo relacionado con Quinn, pero si no se acercaba a la red, ¿cómo podría saberlo nadie?

Contempló el estudio. Paneles de madera ligera. Techo abovedado. Plantas colgantes. ¿Cuánto tiempo había estado Red en la casa mientras ella se asomaba al balcón, sin saberlo? ¿Y si sus intenciones hubieran sido letales? El pensamiento le provocó un escalofrío. Ahora estaría muerta, sin saber siquiera por qué.

Y eso la enfurecía. No morir (eso era solo miedo), sino no saber.

Las paredes estaban en silencio; la tranquilidad era ominosa. Al fondo, el *blues ragtime* gemía. Ella se encogió sobre la mesa, concentrándose en la libreta con el cono de luz de la lámpara. Hagamos inventario, se dijo. ¿Qué es lo que sé?

En la parte superior de la hoja, escribió: «Alguien está intentando matarme», y lo envolvió en un recuadro. Mientras miraba las palabras, agarró con fuerza el bolígrafo y mordió la parte inferior. Entonces inspiró profundamente y continuó.

¿Por qué Ellos quieren matarme? Porque piensan que estoy apunto de descubrir Su secreto. ¿Por qué? Porque piensan que soy el Intruso. ¿Por qué? Porque mi investigación de Brady Quinn empalmó con lo que el Intruso estaba haciendo. Por lo que Red le había dicho, eso implicaba las muertes de dos personas llamadas Kenny Robertson y Alice McAuliffe. Dibujó una flecha doble conectando a Brady Quinn con los otros dos nombres. ¿Por qué deberían esas muertes preocuparlos a Ellos? A menos que Robertson y McAuliffe hubieran sido otras dos personas asesinadas por tropezar con el mortal secreto... La tentación de encender el ordenador, conectar con internet y buscar esos nombres fue tan automática que ya había extendido la mano hacia el botón de arranque cuando se detuvo.

No te conectes. Por ahora. Escribió sus pensamientos de manera esquemática, usando los símbolos de diagrama de árbol que Abe le había enseñado hacía años. Sarah había descubierto que diagramar sus pensamientos de manera ordenada la ayudaba a organizar su pensamiento. Abe decía que era un árbol lógico, pero ella lo llamaba un diagrama vaya-vaya, cosa que siempre lo había molestado. No le gustaba la manera que ella tenía de usar el método para lo que consideraba resolver problemas «suaves».

Curioso. Hacía mucho tiempo que no pensaba en Abe. ¿Qué había sacudido aquel recuerdo? ¿Dónde estaba él ahora? Ingeniero de grado medio en alguna parte. No tenía el impulso para llegar a la cima. No como ella. Se lo habían pasado bien, los dos, pero al final, él se marchó y ella nunca llegó a estar segura de por qué.

Eso ahora no importa, se dijo. El sentido de este ejercicio era llegar a la causa raíz de su problema, no recordar inútilmente cosas que ya no importaban.

Puso una nota al margen: «KR & AMcA. Averiguar quién».

Sarah se dio un golpecito en los dientes con el boli. Esta rama parecía un callejón sin salida. Sin más datos, no estaba más cerca de la caula raíz. Excepto que tenía la pista (solo una suposición por su parte, en realidad) de que no era la primera víctima.

¿Qué había de Quinn? Eso era lo que había provocado el ataque. ¿Qué había descubierto que era tan peligroso? Un estadista de un «proyecto especial» para el gobierno antes y durante la Guerra de Secesión. Dimitió súbitamente después. Tal vez habían matado a Quinn por algo que sabía. ¿Qué había sido aquel proyecto especial? ¿Algo que era mejor mantener en silencio? ¿Algo que el gobierno quería silenciar incluso cien años más tarde? Descartó la idea. Considerando los esqueletos que habían salido de los armarios en la historia reciente, ¿qué escándalo de la época de la Guerra de Secesión podía ser tan amenazador?

Además, por la manera en que Red hablaba de Nosotros y Ellos, tuvo la clara impresión de que no estaba hablando del gobierno.

Si no es trabajo gubernamental, ¿qué hay de la asociación de Quinn con la Sociedad Babbage y sus curiosas máquinas? Sin embargo, eso había sido hacía tanto tiempo. ¿Cómo podía tener algo que ver con el ataque de ayer?

Espera. Recordó la lista de clavos de herradura que se había quedado Dennis. Había anotados varios asesinatos, ¿no? Quinn y otros dos más. No le habían interesado los otros dos nombres antes (no tenían nada que ver con su proyecto), pero ahora se preguntó si no podrían ser también parte de la pauta que se había enroscado a su alrededor. ¿Cómo se llamaban? Ojalá se hubiera quedado con una copia de la lista. Davis algo. ¿Bellows? Y Agnes, no, Agatha... ¿Cómo? Penwether. Eso era, Agatha Penwether. Y Ambrose Bierce. Había desaparecido, pero de algún modo parecía encajar con los asesinatos.

Escribió los nombres en su diagrama. Que recordara, Bellows había sido asesinado varios años antes que Quinn. ¿En 1876? ¡Eh! ¡Ese fue el año en que Quinn desapareció! ¡Tal vez por eso Quinn pasó a esconderse! Excitada, garabateó una nota en el diagrama. Tendría que llamar a Dennis y comprobar la fecha. Penwether, pensó, fue asesinada más tarde, hacia 1915 o 1916, y una rápida comprobación en la enciclopedia le dijo que Bierce había desaparecido en México en 1913. Apuntó otra nota: «Robertson y McA: ¿cuándo?».

Mientras observaba su diagrama un frío nudo de temor se apoderó de ella. ¡Jesús! ¿Era la gente que iba tras ella la misma que había matado a Quinn? Una organización, había sugerido Morgan. Quinn se había escondido durante dieciséis años, pero al final acabaron encontrándolo. ¿Se pasaría ella el resto de la vida mirando por encima del hombro? Tiritó a pesar del fuego de la chimenea. Bellows, Quinn, Penwether, Bierce, Robertson, McAuliffe.

¿Y cuántos otros más? ¿Cuántos otros?

Una nueva sensación de urgencia la abrumó. ¿Cuál era la conexión entre los asesinatos y la Sociedad Babbage? Quinn había sido miembro... tal vez. ¿Habían

sido miembros también las otras víctimas? ¿Los estaba cazando alguien?

No. Quinn se había ocultado, pero su socio, Carson, no. Ni Edison. Había estado asociado con ellos de algún modo. Entonces recordó algo que le dijo su buscador. Cómo Edison se reunía regularmente con Ford y los demás. ¿Una célula de la Sociedad? Nadie había intentado matarlos.

Así que ser miembro de la Sociedad no era condición suficiente para convertirse en víctima. ¿Era una condición necesaria? ¿Formaban las víctimas una subrama de la Sociedad?

Abrió el cajón central de su escritorio y sacó la carpeta índice que había cogido de los archivadores de la tercera planta. ¿Los papeles de la Sociedad Babbage? Escrutó los nombres de los autores, mordisqueando el boli. Jedediah Crawford, el fundador. Phineas Hammondtton. Isaac Shelton. ¿No fue Shelton quien le consiguió a Quinn su trabajo en el Departamento de Interior? Los estudios escritos por los tres llevaban fechas de las décadas de 1830 y 1840. ¿Miembros directivos?

Sí, allí estaba Brady Quinn también. Pero sus trabajos tenían fechas un poco posteriores, así que no era un miembro original. Repasó de nuevo los nombres, esta vez con más cuidado. ¡Allí! Davis Belleau. No Bellows, después de todo. Sus estudios fueron también escritos en los años treinta y cuarenta del siglo XIX... otro fundador. Nerviosa, Sarah buscó los nombres de las otras víctimas. Y...

No, Penwether y los otros no aparecían en la lista. Así que no eran miembros de la Sociedad o se habían convertido en miembros después de 1892, el último año del índice.

Y había otra coincidencia: Quinn fue asesinado en 1892. ¿Fue abandonado el Edificio Widener al mismo tiempo? ¿Fue eso, de hecho, el motivo de su abandono?

Recordó lo espeso que era el polvo en la oficina. Cómo las máquinas habían permanecido silenciosas y oxidadas en sus antiguas y pesadas mesas durante un centenar de años. Cómo la escalera hasta la planta había sido ocultada; el taller de máquinas de abajo, una posible fachada. Cómo, después de la breve nota de su fundación, no había ningún archivo público de la Sociedad.

Apuntó otra nota: «Sociedad Babbage: secreta». Sus oficinas, sus máquinas analíticas, incluso su propia existencia. ¿Era ese el Secreto?

¿La existencia de la Sociedad Babbage? Pero ¿qué diferencia podía marcar hoy?

A menos que Ellos fueran la Sociedad Babbage, todavía secreta, todavía mortalmente temerosa de perder ese secreto.

Pero eso solo retrasaba la pregunta. ¿Por qué había permanecido la Sociedad en secreto?

Apoyó la barbilla en la palma de las manos y se quedó mirando la pared. Un rastro tan largo de muertes. Y no había ningún motivo para suponer que tenía todos los nombres. ¿Cuántos de los otros autores del Índice habían muerto de manera violenta? Algo más que tenía que comprobar.

Ausente, mordisqueó el extremo del boli. Pero ¿qué había de Randall Carson, que

era socio de Quinn? Carson no se había ocultado.

No sabían nada de Carson. ¿Podía ser eso? Estudió de nuevo el índice, buscando el nombre de Carson. No sabía exactamente qué esperaba encontrar. Alguna pauta. Algo diferente sobre Randall Carson. Una causa especial, le había dicho Abe una vez, siempre produce una pauta especial en los datos.

Cuidadosamente, repasó el índice e hizo una lista de nombres y fechas. Randall Carson no aparecía hasta después de 1867, cuando Quinn vino al oeste. De hecho, a excepción del propio Quinn, ninguno de los autores anterior a 1867 aparecía después, y viceversa. Dos grupos distintos...

Espera un momento. Se sacó el boli de la boca y se quedó mirando a la nada. Nosotros y Ellos, había dicho Red. Dos grupos con el mismo secreto. Dos grupos distintos. ¿Y si la Sociedad se había escindido y una facción había ido a por la otra?

¡Claro! Quinn había roto con la Sociedad en 1867 cuando vino al oeste. Fundó su propia sociedad rival. Por eso los autores de los estudios posteriores a la guerra eran todos diferentes.

Magnífico. Pero cuando una sociedad se escinde, normalmente no van por ahí pegándose tiros.

A menos que una facción tenga miedo de que la otra haga público el Secreto.

La imagen se estaba volviendo más clara: Quinn trabaja en el Departamento de Interior como «topo» de la Sociedad Babbage, Dios sabe por qué. Al final de la Guerra de Secesión, dimite bruscamente, se va al oeste, y funda su propio grupo. Entonces Belleau es asesinado... y tal vez otros también. Quinn se oculta y se convierte en un hombre acosado. Las oficinas del Edificio Widener eran de Quinn, ocultas por el mismo motivo que él. Carson, un hombre desconocido para los otros, es la tapadera. Pero entonces Quinn es asesinado y dan el carpetazo.

Entonces recordó que los archivadores habían sido vaciados, al parecer a toda prisa. La puerta, cubierta con tablas. Tal vez no cerraron. Tal vez se mudaron a otra parte.

Un escalofrío recorrió sus miembros. Estaba tan entusiasmada que tardó un momento en darse cuenta de que aún no había descubierto la causa raíz. Todavía estaba mirando los síntomas. ¿Qué había puesto todo el asunto en marcha? ¿Cuál era el Secreto?

La Sociedad había construido computadoras mecánicas. Máquinas de Babbage.

¿Por qué mantener las máquinas en secreto? Sobre todo en una época tan tecnófila como la Era Victoriana. Babbage había iniciado la construcción de una pero acabó por renunciar a ella porque no era práctica. (¿O no había sido así?).

Respuesta: no eran las máquinas en sí, sino la manera en que las utilizaban.

Para realizar investigaciones académicas. ¿Por qué mantener ese secreto?

Se estaba haciendo tarde. Su libreta estaba llena de ideas y preguntas y especulaciones. Bostezando, pasó la hoja y empezó una página nueva. Red había dado a entender un gran escándalo público, una acción del gobierno: así que no era

un secreto corriente, de esos que se entierran en el jardín.

Respuesta: no era la investigación *per se* sino el propósito de la investigación lo que exigía el secretismo.

Pregunta: ¿qué propósito?

Respuesta: ¿dónde encajaba la lista de acontecimientos causales?

No había respuesta. Había otra pregunta. ¿Cuál era la conexión entre los «clavos de herradura» de la lista y los investigadores de la Sociedad Babbage? Quinn aparecía en ambas, pero ¿había una conexión más profunda? «Llamar a Dennis», escribió en su libreta, y lo subrayó tres veces.

Leyó el Índice una vez más, esta vez estudiando los títulos en vez de los autores y fechas, buscando algún sentido en sus intenciones. La mayoría de los títulos parecían un galimatías. Había frecuentes referencias a «eslabones» e «ideones». «Sobre los efectos de la alunación de “Stovepipe” a partir del decimoquinto eslabón». Era uno de los estudios de Quinn, 1864. «Refuerzo del complejo ideón relativo a la luz incandescente». Carson, 1871. Buscó la palabra «ideón» en el diccionario, pero no encontró nada.

En la segunda página, encontró un trabajo de Phineas Hammondton titulado «Un análisis cliológico de los asentamientos exteriores». Cliología significaba «ciencia de la historia», según la profesora con la que había hablado Dennis.

Respuesta: estaban usando los análisis de sistemas embriónicos de Babbage para estudiar la historia.

Eso tenía sentido. Pero de todas formas, ¿por qué el secreto? Ciertamente, buscar leyes científicas actuando en la historia habría sido controvertido. ¡Mira la que se armó con Darwin! Pero los Victorianos se enorgullecían de ser «científicos». No habrían reaccionado peor ante la idea de una ciencia cultural que a la de una ciencia biológica.

Continuó leyendo pacientemente. Algo encajaría. Ignoró los títulos expresados en jerga matemática. No había ninguna posibilidad de que entendiera su significado. Pero dispersos entre ellos había algunos títulos en inglés simple. O enmascarados de inglés simple. «El impacto de la zoopraxiscopia en el teatro vivo», 1879. «Ratio de cambio de los poderes según el Gov. general *vis-à-vis* los Diversos Estados y su significado en lo relativo a los eslabones 15 y 23», Meechum Clark, 1836. «Datos de Incorporación para los diversos territorios mexicanos», Crawford, 1834. «Efecto de la telegrafía sin hilos en la propagación de los ideones», Shelton, 1847. «Una apreciación geológica del territorio montañoso y su efecto probable sobre la población de las Californias», J. C., Frémont, 1841. «Especulaciones, inspiradas por las bolas de billares artificiales de John Hyatt, sobre la naturaleza no química del explosivo definitivo», Carson, 1871. «Ideones requeridos para la promoción del vuelo aéreo», 1862. «Sobre la sustitución de los ferrocarriles por vehículos dirigidos autónomamente». «Resultados esperados de la guerra general europea, ca. 1910-1915». Ese había sido escrito por un hombre llamado F. P. Hatch en 1882. «La

deseabilidad de la tercera subrama del Eslabón 35 y los ideones requeridos para su realización», 1853.

Una sensación incómoda la abrumó mientras leía. Había algo peculiar en alguno de aquellos títulos. Algunos habían sido escritos mucho antes de los acontecimientos que parecían describir. Bueno, es tarea de la ciencia predecir, ¿no? Y si habían estado estudiando la historia científicamente... Sin embargo, algo no encajaba. Algo en la elección de palabras. Algo que su oído literario detectó. La anticipación de la acción, no simplemente de observación.

No eran científicos. Eran ingenieros.

El pensamiento surgió libremente en su mente, y tardó un instante o dos en advertir lo que significaba. Cuando lo hizo, la implicación la aturdió. No habían estado intentando estudiar la historia en absoluto. ¡Habían estado intentando controlarla!

Dejó caer la carpeta con el índice sobre la mesa y se quedó mirando la nada, la boca levemente entreabierta. ¿Podía ser así? ¿Había estado intentando manipular el curso de la historia la Sociedad Babbage? Esa lista que Dennis se había llevado. Clavos de herradura. Puntos de inflexión, cuando las acciones de un puñado de gente habían tenido consecuencias desproporcionadas. Y algunos individuos en la sombra con grandes ordenadores rechinantes habían identificado aquellos puntos de inflexión y los habían hecho girar como querían.

Eso sin duda explicaría el temor de Ellos a ser descubiertos. Esclavitud, explotación, guerras, recesiones. ¡El asesinato de Lincoln, por el amor de Dios! Recordó que aparecía en la lista. Hoy, todo el mundo era una «víctima». Si la gente descubría que un grupo específico era responsable de algún modo de todos sus problemas... Oh, sí. La farola más cercana no estaría lo suficientemente cerca.

Recordó todas las cosas que había anhelado olvidar. Todos los símbolos de fracaso. Lo difícil que le había resultado a su padre encontrar trabajo; cómo el agente inmobiliario los había apartado de varios barrios, obligándolos a vivir entre drogadictos y las bandas que finalmente se tragaron a su hermano menor; cómo su madre había muerto demasiado joven porque no podía costearse las medicinas que necesitaba. Sarah apretó los dientes. Así que Ellos temían ser linchados, ¿no? Bueno, pues ella estaba dispuesta a echar una mano con la soga.

Pero, por otro lado, si Ellos estaban dirigiendo la historia, ¿por qué no reconocerles lo bueno también? Los inventos que hacían la vida más cómoda; los movimientos de liberación de las últimas décadas; las leyes contra el trabajo infantil, la seguridad social, la seguridad de las leyes de la red y las reglas que protegían a los indefensos al menos de las peores explotaciones.

No, todo era demasiado absurdo. La historia era demasiado compleja para dominarla.

Pero ¿era demasiado compleja para intentar dominarla? Y al intentarlo, con un logro científico mantenido en secreto, ¿no podrían haber tenido al menos un poquito

de éxito? Y al haber tenido ese pequeño éxito, ¿no podrían haber matado para proteger el secreto de ese éxito? O tal vez, lo más probable, para encubrir errores colosales. Tenía sentido, horrible, aterrador.

Así que dueña de mi propio destino, ¿lo soy?, pensó amargamente. No cuando Crawford, Quinn y los otros habían escrito el guión de las cosas hacía ciento cincuenta años. ¡Qué grandiosa ilusión! Una charada. Una aldea Potemkin. La historia eran cuentos populares, sus héroes y heroínas idiotas en acción.

Esclavitud, pero con los amos cuidadosamente ocultos, a salvo de la justa ira de sus esclavos. El pasado quedó súbitamente torcido, y nada significaba lo que parecía significar. Era como si el rostro de su madre hubiera resbalado un poco, demostrando que era una máscara, y detrás de los rasgos amados y familiares hubiera una desconocida.

Permaneció sentada en el estudio, en el cono de luz proyectado por la lámpara de mesa, y tiritó mientras las llamas moribundas de la chimenea lanzaban fantasmas nerviosos a las paredes. En sus oídos, el alegre gran «War Clouds» era una burla. Nunca se había sentido más sola.

VIII

A la mañana siguiente, desplomada sobre la mesa, Sarah se despertó con un sobresalto. Le dolían el cuello y los brazos. Tenía vagos recuerdos de una pesadilla, ahora afortunadamente olvidada. Debo de haberme quedado dormida ante el ordenador anoche. ¿Hasta qué hora estuve trabajando? Se desperezó y se levantó de la silla. Se acercó tambaleándose hasta la ventana, descorrió las cortinas y parpadeó ante el sol de la mañana.

Encontró el camino hasta la cocina, preparó el café, y se lo quedó mirando aturdida hasta que empezó a hervir. De camino a la puerta, advirtió que el reloj del abuelo estaba parado. Debo de haberme olvidado de darle cuerda. Bostezó y abrió la puerta y se agachó para recoger el *News* de la mañana.

Al hacerlo, recordó que ella misma había parado el reloj y que se había pasado horas reflexionando sobre lo que sabía de Quinn y que había llegado a una aterradora conclusión y que alguien estaba intentando matarla.

La pesadilla regresó. Dio un paso atrás y cerró la puerta y se apoyó contra la pared, respirando rápidamente. ¡Maldición! Eso ha sido un descuido, Sarah. Podría haber un francotirador allí fuera, esperando a que cogiera el periódico. Recordó que había descorrido las cortinas. Se había puesto directamente delante de la ventana, a plena vista.

Se asomó a la mirilla de la puerta y observó el camino de acceso. Nada que pudiera ver. Los matorrales ornamentales que flanqueaban el caminito parecían ahora lugares siniestros donde poder ocultarse; un escuadrón de asesinos podría estar escondido entre ellos.

Cerró los ojos y resopló lentamente. Entonces regresó a la ventana y, con la espalda contra la pared, corrió las cortinas, inundando la habitación de oscuridad.

Al regresar a la cocina, arrojó el periódico sobre la mesa y trató de servirse una taza de café. La mano le temblaba y las primeras gotas cayeron al plato. Cálmate, Sarah, se reprendió. El pánico es siempre estúpido. Esperó un momento, respirando intensamente, y luego llenó la taza. Entonces se sentó y se obligó deliberadamente a revisar su situación.

Red le había advertido para que se estuviera quieta y que él arreglaría las cosas. Pero ¿quién era Red, para que depositara su fe en él? No la había matado y desde luego tuvo los medios y la oportunidad. Pero eso era difícilmente una base para la confianza y la amistad. ¿Conoces a mi buen amigo Red Malone? No me mató cuando tuvo la ocasión.

Y sin embargo, ¿qué otra cosa podía hacer sino esperar? ¿Debería intentar volver a llamar a Dennis? No había habido respuesta anoche. Jeremy y él iban a menudo al teatro los sábados por la noche. A Dennis no le gustaban los artilugios como los contestadores automáticos y el teléfono había sonado y sonado, hasta que ella finalmente colgó, llena de frustración.

Ahora, a la luz de la mañana, no parecía mala idea. Contrario a los artilugios como era, Dennis no habría ido a buscar información en la red. Si era así, los asesinos no sabrían que sabía algo. Si lo llamaba para avisarlo y la gente de Babbage tenían intervenido su teléfono (y esa parecía una conclusión elemental), lo pondría en peligro.

¡Morgan!

Había ido a ver a Morgan el viernes, antes del incidente en el parque, para pedirle su ayuda en la localización de artículos antiguos sobre la Sociedad Babbage y después le había hablado de Quinn y las máquinas. No sabía entonces, naturalmente, que el conocimiento era peligroso ni que estaba relacionado con el ataque en el parque. Morgan había prometido comprobar por ella lo de la Sociedad Babbage. Iba a hacer preguntas. No tendría ni idea de adonde iba a meterse. ¡Tenía que avisarlo!

Estaba marcando el número de la redacción del *News* cuando sonó el teléfono. Vaciló, sin saber si responder o no. Entonces pensó que podrían ser Malone o Dennis y colgó para cambiar de línea.

—¿Sí?

—¡Sarah! ¡Gracias a Dios!

—¿Morgan? Iba a llamarte ahora mismo. Yo...

—No importa. Me marcharé de aquí en un santiamén. Corres más peligro del que pensaba. No vayas a ninguna parte. No le abras la puerta a nadie hasta que yo llegue allí.

—¿Morgan, qué te pasa? Nunca te había oído tan...

La comunicación se cortó. Un momento después, el tono intermitente resonó en sus oídos. Colgó el teléfono. Entonces se echó a reír. ¡Había intentado llamar a Morgan para advertirlo, y él la había llamado a ella para advertirla! Eso no tenía precio.

Regresó a la mesa de la cocina y recogió su taza de café. Su mirada se posó en el periódico. Grandes letras en negrita en la primera plana gritaban su nombre; una columna lateral prometía «una entrevista exclusiva» a cargo de Morgan Grimes; pero ella no tenía ningún deseo de revivir esos acontecimientos, así que pasó a las páginas interiores. Apenas miró los artículos. ¿Cuántas de las noticias del día, se preguntó, habían sido orquestadas por Ellos?

Se sintió casi mareada. Morgan venía de camino. Sería bueno tenerlo consigo. Estaba todavía asustada, pero la carga no era ahora tan pesada. No estaba sola.

Al principio, el titular de la página 7 no le llamó la atención: PAREJA ASESINADA EN TRIÁNGULO AMOROSO. Ese tipo de cosas sucedía en cualquier parte a diario. Un

hombre llamado Joseph Dawson había seguido a su esposa, Barbara, a un motel de West Colfax. Allí la había matado a ella y a su amante, Paul Abbot, antes de suicidarse. Sexo y violencia. El tipo de escándalo morboso que aparecería en la primera plana de un periódico sensacionalista de Nueva York.

Pero... ¿Paul Abbot? ¿El capataz de Widener? Depositó temblorosa la taza sobre la mesa y releyó el artículo. Un asunto sórdido, como cientos otros. Adulterio. Celos. Furia. Asesinato y suicidio.

Y no se lo creyó ni por un momento.

Pobre Babs, pensó. Y su pobre marido. Incluso encontró un atisbo de compasión para Paul Abbot. Era un salido odioso, pero también un ser humano. No se merecía lo que le sucedió. Sarah se preguntó si Ellos habían manipulado a Dawson para que hiciera aquello o simplemente los habían asesinado a los tres y habían hecho parecer que era un triángulo amoroso.

Pero ¿por qué habían matado a Abbot? ¿Y a Barbara Dawson, la otra capataz? Ella apenas conocía a Abbot; y nada a Dawson. Sin embargo, tenía que estar relacionado con su ataque. Era demasiada coincidencia. Cogió el café y corrió al ordenador, donde conectó con la página de la policía.

Alguien la había estado siguiendo, después de todo, aquel día bajo el viaducto. Se había pasado un rato largo en el Edificio Widener. ¿Habían llegado Ellos a alguna extraña conclusión referida a ella y a Abbot? ¿O habían ido allí y encontrado la sala secreta y las máquinas Babbage? Si era así, podrían estar matando a todo aquel que pudiera conocer su existencia.

Pero la página de la policía no revelaba ningún ataque a Ernst Widener, el propietario, ni a ninguno de los otros empleados. Ni había ningún informe de robo o vandalismo en el Edificio Widener. Sin duda si Ellos hubieran descubierto la sala secreta, no habrían dejado las máquinas para que las encontraran otros.

¿Entonces por qué matar a Abbot?

Debían pensar que ella le había dicho algo a Abbot. Por qué, solo Dios lo sabía. Pero ¿entonces por qué el retraso? Sarah había ido al edificio el lunes, y el ataque no se había producido hasta el viernes. ¿Por qué no habían actuado Ellos inmediatamente contra ella y su «cómplice»?

Tal vez no estaban seguros de ella al principio. Después de todo, cualquier investigador casual podía mostrar un interés de pasada en Quinn por un montón de motivos inocuos. Algo más debía de haber sucedido mientras tanto para convencerlos de lo contrario. Pero ¿qué?

¡Su araña! Estaba corriendo por la red, buscando conexiones entre Quinn, la Sociedad Babbage, las máquinas analíticas y media docena de cosas más. ¡Oh, Dios! Hurgar en la vida de Quinn no era motivo suficiente. En sí mismo, eso podría haberlos hecho sospechar; pero la araña los había asustado de muerte. No era extraño que no hubiera habido ningún intento de advertirla. Con lo que Ellos pensaban que ya sabía, había pasado el momento de las advertencias.

La araña llevaba varios días actuando antes de que Ellos actuaran, así que no la habían advertido al principio. Eso significaba que no eran omniscientes. Cometían errores. Errores fatales. ¡Bien podían estar tan inseguros de su siguiente paso como ella misma!

Activó su terminal y recuperó el motor de búsqueda. Era demasiado tarde para que importara. Red no podría hacer nada. Ahora ya nunca podría convencerlos de su inocencia. De hecho, en cuanto se enterara de la existencia de la araña, el propio Red podría empezar a tener dudas.

Sé qué es lo que Ellos hacen en esos asuntos. En caso de duda, matan. Pero ¿qué hace la gente de Red? No había dicho que no fueran a matarla. Con un súbito escalofrío, se preguntó qué tipo de «ajustes» hacía Red.

Cogió de nuevo el periódico y leyó el titular. PAREJA ASESINADA EN TRIÁNGULO AMOROSO. Parecía que Ellos estaban siguiendo sus actividades, eliminando a todos aquellos con los que pudiera haber hablado.

Se puso en pie tan súbitamente que la mesa se estremeció y el café se derramó. ¿Todos aquellos con los que pudiera haber hablado? Ahora ya no se trataba de poner en peligro a Dennis. Corrió al teléfono y marcó su número. El teléfono estaba preprogramado, así que solo tuvo que pulsar dos botones. Con todo, con la prisa, falló uno. Maldijo, cortó la conexión, y volvió a marcar.

El teléfono sonó.

—Vamos —murmuró entre dientes—. Vamos...

Contestó Jeremy. El amigo de Dennis.

—Jerry, soy Sarah. ¿Está Dennis? Tengo que hablar con él ahora mismo. Es importante.

Podría estar equivocada. Probablemente lo estoy. Espero estarlo.

—¿Quieres decir que no te has enterado? —respondió Jeremy. Parecía inquieto, como si hubiera estado llorando. Eso era probable: Jeremy era emocional y sensible—. Oh, es terrible. Es sencillamente horrible.

El corazón de Sarah se le paró en el pecho y su mano se tensó sobre el receptor.

—¿Qué es? ¿Qué ha pasado?

—Dennis fue atropellado por un coche anoche. Un atropello con huida. Volvíamos a casa del teatro y... Lo llevaron al Porter. Lo estuvieron operando toda la noche...

—¡Oh, no! ¿Se pondrá...? ¿Está bien ahora?

—Yo... no lo sé —admitió Jerry—. He estado llamando y llamando. Quedando en ridículo. No lo sabrán hasta más tarde. Dicen que su estado es crítico. Tienen enfermeras vigilándolo; y está conectado a todo tipo de equipos, así que los médicos sabrán si hay algún cambio.

Ahora salvan sin problemas a gente que habrían perdido solo hace unas décadas. Sarah sabía que estaba intentando tranquilizarse. Las operaciones no eran milagros, y la medicina no era una teología. Pero «crítico» no significaba cadáver. Había todavía

una posibilidad. Una buena posibilidad.

Deben tener más activos funcionando ahora, pensó. Un atropello con huida por la noche era mucho más refinado que un pistolero loco en mitad del parque. La policía haría menos preguntas.

—¿Quién lo hizo, Jerry? ¿Lo saben?

—¿Quién? No lo sabe nadie. Adolescentes colocados o algo por el estilo. La policía ha lanzado un boletín de búsqueda, pero no los pillarán nunca.

No, pensó Sarah, no lo harán. Ni siquiera sabrán dónde mirar. Los ataques que ella, Dennis y Paul Abbot habían sufrido encajaban con los paradigmas policiales: un loco con un arma, atropello y huida, triángulo amoroso. Las respuestas eran demasiado obvias para preguntarse si había una explicación más profunda.

—¿Y qué maldita diferencia habría si los pillarán?

En privado, Sarah estuvo de acuerdo. Pero le dijo a Jeremy algunas condolencias banales sobre tener esperanza y cómo Dennis se recuperaría y cómo todo saldría bien. Intentó parecer muy confiada. No estaba segura de creerlo, y suponía que Jerry tampoco.

Ah, Dennis, sollozó en silencio. Si lo hubiera llamado anoche, tal vez él no hubiera salido. Tal vez se hubiera quedado en casa y Ellos no lo habrían alcanzado.

O tal vez habrían ido a su apartamento y en vez de hallarse en estado crítico Dennis estaría muerto, y Jeremy también. No tenía sentido aceptar la responsabilidad por las acciones de otro. No era culpa de ella que hubieran atropellado a Dennis. Era culpa de Ellos. Era su retorcida e insensata paranoia, no sus investigaciones, no que no le hubiera llamado. Y más que pena, lo que ella debería sentir sobre todo era furia.

¿Cuándo llegaría Morgan? Miró impaciente el reloj. El trayecto desde el centro hasta Applewood era de veinticinco minutos. No debería haber mucho tráfico, no un domingo por la mañana.

Un nuevo pensamiento la golpeó con la rotundidad de una bofetada. Morgan había dicho ayer que llamaría a Paul Abbot y a Dennis. Ahora, ambos habían sido atacados.

Un temor frío e irracional la dejó helada. ¡No, Morgan no! ¡No podía ser él!

Sin embargo, ¿cómo lo sabía? ¿Hasta qué punto había intimado con él? Nunca más allá de la superficie. Nunca más allá del «Hola, cómo estás, me alegro de verte, ¿te has enterado de la última?». Nunca había conocido a Morgan Grimes, solo la cara que él mostraba para que la viera. Ahora Morgan venía de camino. ¿Para matarla? Eso era una locura.

Incluso los paranoicos tienen enemigos.

Pero nunca podrían tener amigos. Morgan le había dicho que no le diera la espalda. ¿Había estado intentando advertirla, a pesar del condicionamiento hipnótico? En retrospectiva, sus preguntas parecían más siniestras. La había estado sonsacando para averiguar qué sabía. A ella le había dado la impresión, incluso entonces, de que sabía más de lo que dejaba mostrar.

La luz parpadeaba en su contestador automático. ¿Cuánto tiempo llevaba así? ¿Cuánto tiempo había pasado desde que lo comprobó? ¿Desde ayer? Mecánicamente, lo puso en marcha.

Era Dennis. Quería saber cómo estaba. Se había enterado de lo del tiroteo y estaba preocupado. Durante un brevísimo instante ella pensó que lo estaba escuchando hablar en tiempo real y casi empezó a responderle. Entonces recordó y cortó. Se quedó mirando en silencio la máquina durante unos instantes; luego rebobinó la cinta y repitió el mensaje otra vez y otra vez más. *Oh, Dennis, ¿con qué nos hemos topado?*

El aparcamiento olía a aceite y gasolina. Era un aparcamiento grande, y filas de brillantes armarios rojos ocupaban dos paredes. El viejo Blazer blanco salpicado estaba al otro extremo; el Volvo, más cerca de la puerta. Durante varios minutos Sarah se dedicó a cargar el Blazer. Le apetecía ponerse en movimiento, cualquier tipo de movimiento, incluso escapar. Cualquier cosa era mejor que quedarse quieta.

El saco de dormir. Hacía frío por la noche en las montañas, incluso en verano. Mapas de exploración. Brújula. Linterna de queroseno. Linterna de mano, con pilas y bombillas de repuesto. Cerillas, de las que prendían en cualquier parte. En un segundo podría iniciar un fuego con un palo, pero ¿por qué entretenerse en poner las cosas difíciles? Hilo de pescar y anzuelos. Alambre y cortadores. Cuchillo de caza y afilador.

Sacó el cuchillo de su vaina. La hoja brilló malévolamente a la luz de la bombilla pelada que colgaba del techo del aparcamiento. Gruñó y envainó la hoja, la metió en la mochila.

En el dormitorio, se puso sus ropas de acampada. Chaqueta de monte. Pantalones gruesos para protegerse las piernas. Botas recias. Una muda de ropa por si se mojaba. Se estaba haciendo el nudo en las botas cuando el reloj de la peinadora llamó su atención. Las diez meaos diez. ¿Estaba bien? Comprobó su reloj de pulsera. Sí, era esa hora. Morgan llegaba tarde.

¿O estaba fuera, esperando a que saliera? ¿Había pretendido con tu llamada llenarla de pánico para que huyera? Se dirigió a la puerta y te asomó de nuevo a la mirilla.

Todavía nada. Pero claro, ¿qué podía esperar ver? ¿Un hombre con un rifle? Esta vez no serían tan torpes. Un segundo atentado contra el mismo blanco de la misma manera provocaría demasiadas preguntas. Incluso la policía podría darse cuenta.

¿Se quedaba quieta o echaba a correr? ¿Un pato quieto o un pato volando?

La súbita llamada de teléfono la atravesó como una descarga eléctrica. Se dio la vuelta y lo miró como si de pronto hubiera cobrado vida. Después de tres llamadas, el contestador automático se hizo cargo.

—Hola —se oyó decir a sí misma—. No puedo ponerme al teléfono ahora mismo.

Tanteó bajo la encimera y acercó un taburete. Se sentó y miró el contestador.

—¿Sarah? Soy Kevin, del *News*. Llámame inmediatamente. Es una emergencia.

Ella retorció los dedos. ¿Kevin? Una vaga sensación de amenaza la abrumó. Cogió el teléfono y marcó el número de la redacción.

Kevin se puso en unos instantes.

—Sarah. Lamento tener que decirte esto, pero tu antiguo compañero, Morgan Grimes, ha sido apuñalado en el aparcamiento hace media hora. Ha muerto.

¿Morgan? Morgan no podía estar muerto. Era una institución, como el monte Evans. Siempre allí. Recordaba cómo habían intercambiado insultos durante sus días de reportera novata. Cómo había compartido artículos con ella. Cómo había cuidado de ella el día que le dispararon.

Cuando recordó cómo había sospechado de él, sus ojos ardieron.

—¡Dios, no! —dijo—. ¿Quién ha sido?

Estaban haciendo tabla rasa. Morgan estaba muerto, y era por su culpa. Una vez que el miedo se apoderaba de ti, hacías cosas estúpidas y alocadas. El mal no había hecho la mitad del daño en el mundo que la estupidez.

—Un *yonki* —dijo Kevin—. Había un paquete de droga bajo su cuerpo y un grueso fajo de billetes en el bolsillo de su chaqueta. La policía cree que estaba comprando droga y el trato salió mal.

—¡Kevin, sabes que eso no es verdad!

—Eh, conocía a Morg tan bien como cualquiera. Sé que eso no era lo suyo. Pero tiene mal aspecto.

¿Qué podía decirle? ¿Que había cuatro ataques fácilmente explicables en los dos últimos días que no eran fácilmente explicables? Un pistolero loco, un triángulo amoroso, un atropello con fuga, y tráfico de drogas. La policía no haría ninguna conexión. Y si se lo decía a Kevin, tan solo lo convertiría en otro objetivo.

—Sarah. El motivo por el que llamé... Sus últimas palabras... Dijo: «Dile a Sarah que el Pulitzer no se merece esto».

Kevin esperó a que ella dijera algo. Como no contestó, preguntó:

—¿Significa eso algo para ti?

—Yo... no. Nada.

Le dio las gracias por llamar y colgó rápidamente.

No se le ocurría otra cosa que hacer, así que se acercó a la mesa de la cocina y se sentó allí. Los restos de su café estaban fríos y rancios. No se molestó en limpiarlo. Lo hizo a un lado y apoyó la cabeza en sus brazos. Nunca le pagué lo mucho que me ayudó. En cambio, lo hice matar. Podría haberle advertido, pero tenía miedo. Tendría que haberlo conocido mejor. Tendría que haber intimado más con él, cuando trabajábamos juntos.

«Tendría» ya no significaba nada. ¿Qué le había pasado a la Sarah que estaba al mando de sí misma?

Le han dado un susto terrible, eso ha pasado. Descubrió que no estaba al mando,

después de todo.

Chorradas. Así que las circunstancias no son las mejores. No se pueden escoger las circunstancias. Los otros tres mil millones de más de habitantes del mundo lo hacen por ti. Pero tú puedes escoger cómo enfrentarte a las circunstancias.

Eso es fácil de decir. Un querido amigo mío está en el hospital, convertido en gelatina. Otro está en la morgue. Y no creo que hayan renunciado a ir a por mí, tampoco.

No, no creo que lo hagan. ¿Así que qué vas a hacer, rendirte? Rendirse es la única forma garantizada de fracasar. No tendrán que derrotarte, porque ya te habrás derrotado tú misma.

¿Entonces qué puedo hacer?

¡Contraatacar!

¿A quién, idiota? Ni siquiera sé quiénes son Ellos.

No tienes que saberlo.

Se enderezó. No, no tengo, advirtió. Apretó los dientes. Podría pagárselo a Morgan ahora. No era suficiente. Nunca sería suficiente, pero él necesitaría una moneda para el barquero. Sarah se dirigió al ordenador y se puso a trabajar.

IX

SARAH se pasó todo el día delante de la pantalla, componiendo un gusano. Resultó difícil, incluso para ella: un programa de doble nivel, con el segundo programa encriptado en el código del primero. En la superficie, parecería un *e-mail* normal: cháchara de listas de correos sobre la red de *hackers*. Podría pasar de nodo a nodo sin levantar sospechas.

Enterrada en la cháchara inofensiva había un algoritmo criptogramático que crearía un gusano autoreplicador. El criptograma se autodisparaba y lanzaba un programa de segundo nivel empotrado como anagrama dentro del código. Cada vez que una base de datos *off-line* conectara con la red, buscaría referencias de Sarah Beaumont, Dennis French, Paul Abbot, Morgan Grimes, Brady Quinn, Charles Babbage, y los nombres del índice de la Sociedad Babbage. Si encontraba una fracción significativa en los archivos, el clon enviaría la noticia a través de un complejo relé de nodos, y luego codificaría la base de datos. De lo contrario, se borraría. Usó JUGGERNAUT como dispersor. Un viejo veterano de las «Guerras del Núcleo», burdo pero efectivo; y Ellos no se lo esperarían.

Podría tardar algún tiempo, pero al final su gusano localizaría Sus bases de datos. Una operación de esa magnitud tenía que hacerse *online* hoy en día. ¿Dominacionmundial.org? Tarde o temprano, Ellos conectarían. Cuando lo hicieran, ella sabría quiénes eran y dónde estaban, y tendría la satisfacción de destruir Sus archivos. No era muy probable que otra base de datos que no fuera la suya contuviera aquella colección particular de nombres, pero en ese momento no le importaba mucho si destruía el directorio telefónico.

Casi había advertido lo idiota que era. Solo había una manera de estar a salvo cuando sabías el terrible secreto de alguien, y la había pasado por alto. Ceñuda, se puso a trabajar añadiendo otro subprograma.

Cuando terminó, se desperezó y miró el reloj. ¿Las dos de la madrugada? Se había pasado ante la pantalla casi dieciséis horas seguidas. *Eso sí que son horas extra*. Pero se sentía satisfecha. Estaba contraatacando. Todavía podía perder y todavía podían matarla, pero al menos caería como John Henry, con un martillo en la mano. Había incluso algo divertido en la idea. Tarde o temprano, todo el mundo caía. Lo que importaba era cómo te ibas: gimiendo como un esclavo o desafiante como Nat Turner.

Dios, tenía hambre. No había comido en todo el día. Solo media taza de café por la mañana. Bostezó y se dirigió a la cocina y empezó a prepararse un sándwich. La cocina estaba oscura. Solo el frigorífico proyectaba un solitario círculo de luz. Todo el mundo a su alrededor estaba siendo abatido. Pero ya no se sentía indefensa.

—*Dile a Sarah que el Pulitzer no se merece esto.*

Las últimas palabras de Morgan. De pronto advirtió lo que debía haber querido decir. Recordó el día en que visitó el *News* y él estaba hablando por teléfono. (¿Solo hacía doce días? Parecían doce vidas). «*¿En qué estás trabajando, Morg?*». «*En el Pulitzer, por supuesto*».

Se apoyó en la puerta del frigorífico. Morgan debía haber querido decir que su apuñalamiento tenía que ver con la historia que estaba investigando. Había intentado hacer llegar un mensaje a la única persona que lo comprendería. Morgan quería que leyera sus archivos sobre ese reportaje.

Cerró el frigorífico y corrió al ordenador, el sándwich olvidado. *Hackeó* en el sistema del *News*, usando de nuevo un rodeo, y tecleó el código secreto de Morgan, el que había desentrañado hacía años. En la pantalla apareció un mensaje.

Hola, Sarah. Sé que eres tú porque nadie más podría desentrañar este código concreto. Espero que no estés leyendo esto, porque... bueno, porque entonces nunca llegué a tu casa. No te meterías aquí solo por diversión. Eres honrada. Un defecto de personalidad en un periodista, pero siempre me gustó eso de ti.

—También me gustaba en ti, Morgan —susurró ella. ¿Por qué nunca le decimos a nuestros amigos esas cosas cuando tenían importancia?

El archivo que quieres tiene el nombre en clave de LISTA DE MUERTES. Es la historia que me hará ganar el Pulitzer; si la termino alguna vez. Sarah, hay un grupo de gente en este país que haría que la Mafia pareciera la Madre Teresa. No tengo ninguna duda de que han orquestado asesinatos por toda la nación desde hace muchos muchos años.

Morgan estaba preparando un reportaje sobre periodistas que habían muerto en acto de servicio. Un suicidio aquí, una pelea de bar allá. Accidentes de coche. Francotiradores locos desde lo alto de alguna torre. Parecía que el mundo estaba poblado por peatones inocentes. Pero había encontrado conexiones curiosas entre dos periodistas, uno en Georgia en 1943, otro en Oregon en 1967, que habían estado trabajando en biografías de William Harrison Hatch, un estadista poco conocido de los años veinte. Curioso, Morgan había empezado a indagar en otros obituarios, no solo de periodistas, y gradualmente desenterró otras muertes relacionadas. Y allí, como una pepita de plata en una veta de plomo, encontró un «conjunto de asesinatos mutuamente interconectados».

Análisis de factores ortogonales, recordó Sarah.

Al principio, Morgan consideró que era un artículo de interés humano: las

extrañas sinergias de un mundo pequeño. Su historia «grados de Kevin Bacon», había escrito. Luego empezó a preguntarse si las coincidencias eran más siniestras. Durante un tiempo, pensó haber encontrado el asesino en serie más extraño del mundo. Pero los asesinatos se extendían demasiado en el tiempo. Ninguna persona podría haberlos cometido todos, a menos que hubiera empezado siendo niño y continuara la tarea hasta la vejez. Tenía que ser obra de más de una persona.

Una organización, le había dicho aquella mañana en su apartamento, después del ataque en el parque.

Había seguido una fina telaraña de insinuaciones, observaciones y chismes medio susurrados. La pista era débil, y a veces se perdió entre una confusa maraña de pseudónimos y llamadas telefónicas anónimas. Pero Morgan era bueno en lo que hacía. Sarah siempre había admirado su pertinaz insistencia y su cautela innata. Siempre volvió a encontrar la pista.

Con el tiempo, la pista lo llevó a un pequeño grupo de personas cuyo único rasgo destacable era que, con unas pocas excepciones, eran poco destacadas. John Benton, Genevieve Weil, Daniel Kennison, y algunos más. A excepción de Kennison, que dirigía una conocida firma de encuestas, conseguían no aparecer en los periódicos; y no parecían tener nada en común. Eran tan ricos que nunca se les mencionaba en Forhes ni Fortune ni Town and Country. Era el tipo de riqueza que nunca se anunciaba. Como lo expresaba la nota de Morgan: «Compraron Xerox antes de que se convirtiera en un término común».

Y allí estaba su propio nombre: Sarah Beaumont. Disparos en el parque. Si el ataque había sido obra de un grupo, razonó Morgan, bien podría haber sido esta banda en la sombra. Sin embargo, ¿por qué esta gente adinerada corría tantos riesgos para matar a perfectos desconocidos? Hasta que no supiera eso, no tendría un reportaje. No era extraño que hubiera estado tan interesado en clasificar los distintos motivos para asesinar...

Al final del archivo estaba un hiperenlace que, cuando lo abrió, resultó ser un comando autoejecutable. AUTOCOPIAR A ARCHIVO Q. ¿Qué significaba eso? ¿Había archivado Morgan la información en otro sitio?

Sarah esperó a que la copia se imprimiera. Ahora le quedó claro. Morgan Grimes era el Intruso. En su lista de cincuenta y tantas víctimas de asesinato estaban los nombres de Kenneth Robertson y Alice McAuliffe, las dos personas que había mencionado Red. Fueron las investigaciones de Morgan las que hicieron que Ellos se asustaran en primer lugar. ¿Más de cincuenta asesinatos? ¡No era de extrañar!

Morgan no había advertido que el misterio de Brady Quinn estaba relacionado con sus propios asesinos en serie hasta que visitó a Dennis y leyó la lista de los clavos de herradura. Pertenecían a siglos distintos. Pero Agatha Penwether, el último nombre de la lista de Dennis, era también el primer nombre de la lista de Morgan. No era extraño que pareciera tan nervioso por teléfono.

Tan nervioso por su seguridad que había salido corriendo de la redacción para

toparse con una navaja.

Sus investigaciones sobre los asesinatos habían sido bastante discretas. Por lo menos, la profusión de periodistas entre los detectives de la policía, analistas de sistemas, historiadores y estadísticos lo aseguraba. Pero había preguntado por Quinn y la Sociedad Babbage abiertamente, en la red y por teléfono, y para cuando se dio cuenta de la verdad, era demasiado tarde. Había quedado al descubierto.

Su amistad con Sarah había sido el remate. Ellos ya estaban convencidos de que Sarah era el Intruso. En una trágica ironía, debieron creer que Morgan era su socio. Inmediatamente después del encuentro en la biblioteca, Sarah se reunió con Dennis y con Paul Abbot. Luego, tras el tiroteo en el parque, había pasado la noche con Morgan y al día siguiente Morgan había visitado a los dos mismos hombres. Por eso, en vez de correr riesgos, Ellos habían ido a por sus tres «coconspiradores».

Eso explicaba por qué habían matado a Paul Abbot, un hombre que solo tenía con ella una tenue conexión. Pero ahora Sarah podía comprender cómo debía de haberles parecido a ellos. Pero los odiaba por los Dawson y el hombre del parque, que habían sido asesinados solo por fachada.

Tanta violencia. A lo largo de tantos años. Todo para proteger el secreto vital: que Ellos habían estado dirigiendo en secreto el curso de la historia durante los últimos ciento sesenta años.

Deseó poder olvidarlo. Deseó que todo volviera a ser como era, donde la historia era algo que simplemente sucedía.

Lo que no sabes no puede hacerte daño. Había un refrán para todo. Una fórmula reconfortante para ocupar el lugar del pensamiento.

Era un error. La ignorancia lo era siempre. Lo que no sabes sí que puede matarte. Una vez vio a un gorrión chocar volando a toda velocidad contra una de las torres de cristal del centro. Había caído a la acera justo delante de ella. Podía verse a sí misma como aquel gorrión, corriendo (¿como cuántos otros antes que ella?) para chocar con barreras invisibles como un pájaro aleteando contra un panel de cristal. Se preguntó si el pájaro sería más feliz si supiera de la existencia del cristal.

Aunque pudiera de algún modo olvidar todo lo que había aprendido, solo sería la ilusión de libertad. Los muros seguirían allí, aunque nunca batiera sus alas contra ellos, tanto más poderosos porque nunca se puede demoler un muro que no sabes que existe.

Pero saber que los muros estaban allí, saber que habían sido construidos por otros, sí que causaba dolor. Toda mi vida he luchado para no ser una víctima más. Y ahora descubro que todos somos víctimas. Como un prisionero que por fin escapa de su celda solo para encontrarse en una celda más grande.

El timbre de la puerta la despertó. El insistente sonido se repitió como un disco rayado. Sarah se llevó las manos a los oídos.

—Oh, cállate.

Siempre le costaba trabajo despertarse. Abe, su antigua pareja, se burlaba de eso. Era de los que hacían *footing* por la mañana y comían desayunos «fuertes». Bacon (a la plancha, no frito) y huevos (pasados por agua, por supuesto). Mientras, ella se debatía con su café. Su relación, pudo verlo ahora, estaba condenada desde el principio.

Se había desplomado en el sofá por la mañana temprano, después de pasarse toda la noche ante el ordenador escribiendo su programa y leyendo los archivos de Morgan. Ahora miró el reloj de la repisa de la chimenea, junto al retrato de Martin Luther King. Mediodía. El día medio perdido. El doctor King miraba a la distancia, imposiblemente noble. «Libre por fin...». Libertad, qué ironía. ¿Cómo podía haber libertad cuando un grupito anónimo había estado imponiendo en secreto los límites para todo el mundo?

El timbre sonó de nuevo y ella se preguntó si iba a atenderlo. Ayer había hecho las maletas para esconderse en las montañas cuando creía, locamente, que Morgan venía a matarla. Luego, anoche, había tomado por fin medidas para contraatacar. Esta mañana (no, esta tarde), ¿seguía dispuesta a huir?

Bueno, eso podría depender de quién llamaba al timbre.

Feline saltó sobre el respaldo del sofá y caminó de un lado a otro. La miró bostezando.

Sarah extendió las manos y Fee saltó a ellas.

—¿Cómo estás, Fee? —le preguntó—. Hace mucho que no te veo. Por ahí haciendo el golfo, imagino. ¿Dónde estabas cuando te necesitaba?

Recordó vivamente las sensaciones de soledad que había experimentado... ¿Cuándo? ¿Hacía dos noches? Su sentido del tiempo estaba confuso. El sábado. Y hoy era lunes. Dos semanas, casi exactas, desde el día que encontró los papeles en la casa de Emerson Street.

Fee la miró a los ojos.

Miau.

—No, tienes razón. No debería echarte la culpa. Después de todo, ¿dónde estaba yo cuando me necesitabas, eh?

Recibiendo disparos. Catatónica en el apartamento de Morgan. Rascó a Fee en su sitio especial, justo detrás del cráneo. El timbre volvió a sonar. Sarah suspiró.

—Bien, veamos quién está tan ansioso por entrar.

Se levantó del sofá y se puso en pie. Recordando lo descuidadamente que había acudido ayer a la puerta, fue primero a la chimenea y agarró el atizador. Luego se dirigió a la puerta y se asomó a la mirilla.

Era Red Malone. Vestido de fontanero, completo con furgoneta aparcada en la calle. Sostenía una carpeta llena de papeles arrugados y de aspecto oficial. Lo vio moverse de un lado a otro, luego extender la mano y pulsar de nuevo el timbre.

Sarah abrió la puerta. Red esperó un momento, luego entró.

—Ya era hora de que abriera la maldita... —Frunció el ceño—. ¿Qué es tan gracioso?

Sin decir palabra, ella soltó el atizador. Él lo miró, luego miró a Sarah, y gruñó.

—Al menos yo mantuve mi parte del acuerdo. He llamado al maldito timbre.

X

RED MALONE se plantó en el mismo sofá que había ocupado antes. La examinó y sacudió la cabeza.

—Sarah, me engañó a base de bien, ¿sabe? La creí de verdad. ¿Puede imaginarse lo estúpido que me sentí cuando Ellos me hablaron de su araña? Ha estado muy ocupada. —No sonrió al decirlo. Red había sonreído tanto en su visita anterior que su conducta parecía ahora ominosa.

Sarah dejó el atizador en la mesa y se quedó cruzada de brazos frente a él.

—Puedo explicarlo.

Él asintió gravemente.

—¡Oh, magnífico! —Se colocó los brazos detrás de la cabeza—. Casi no puedo esperar.

—¡No se pase conmigo, señor «ajustador»! ¡Todo lo que le dije era verdad!

Red se inclinó hacia delante y la señaló con un dedo.

—Sí, pero no me dijo toda la verdad. Sabía mucho más de lo que dejó entrever. Una pequeña araña se lo dijo. ¡No juegue conmigo! El riesgo es demasiado alto.

—¿Jugar? ¡Dios mío! Un amigo mío está muerto, y otro puede morir, y algunas personas a las que ni siquiera conocía han muerto...

Morgan estaba muerto. De vez en cuando ese conocimiento se inmiscuía en sus pensamientos y la dejaba helada.

—Muertos —repitió, en voz más baja—. ¡No me diga que el riesgo es alto! No se lo dije todo anoche porque no quería que mis planes se filtraran a mis competidores. Estaba investigando a Brady Quinn porque parecía un buen gancho para un proyecto inmobiliario. Eso es todo.

—Eso no es todo —dijo él, inflexible—. ¿Cómo hizo la conexión con Babbage, Edison y los demás? —Sarah vaciló y Red se enfadó—. ¡Vamos! Estamos hablando de su vida, no de su maldito balance de cuentas.

Ella hizo una mueca y lo miró a los ojos. ¿Podía fiarse de Red Malone? Actuaba como si intentara ayudarla, pero ¿cómo podía estar segura? Lo miró durante un rato sin hablar y él le devolvió la mirada. Entonces inspiró profundamente y sacó las dos carpetas del cajón.

—Tome —dijo, y las dejó caer sobre el regazo de Red.

Él la miró a ella, miró las carpetas, volvió a mirarla a ella.

—Adelante, léalas.

Red frunció el ceño, luego miró las carpetas... y su cara se puso blanca. Hojeó

rápidamente el contenido.

—¿Dónde las ha encontrado?

—En un viejo edificio cerca de la estación de tren. Saliendo de la calle Quince.

Le contó lo de las máquinas Babbage.

Él hizo una pausa y miró a la distancia.

—Así que ahí estaba —dijo en voz baja. Dejó caer las carpetas sobre la mesita de café—. Sabíamos que Carson tenía un cuartel general en algún lugar del centro, pero no sabíamos dónde. Hubo un montón de confusión en la época. Si Carson hubiera sido más cuidadoso al evacuar el lugar, no habría quedado nada que encontrar. Ha sido mala suerte que se topara con esas máquinas.

—Alguien las habría encontrado, tarde o temprano.

—Claro, y las habría vendido como chatarra sin saber siquiera qué eran. Supongo que eso habría sido lo mejor. —Repasó el índice de los estudios matemáticos—. ¿Sabe qué significa todo esto?

—Claro. Ustedes están intentando controlar el curso de la historia.

Él asintió lentamente, sin dar ninguna muestra de sorpresa.

—¿Y por qué piensa eso?

Ella le contó todo lo que había deducido la noche anterior, sobre Quinn, sobre Carson, sobre la Sociedad Babbage, y lo que le había sucedido a Dennis, Morgan y la gente de Widener. Pero por algún motivo (quizás un residuo de recelo) no le habló del gusano que había escrito como venganza.

Red la escuchó con atención. Después de que terminara, permaneció en silencio durante un largo rato, frotándose las manos. Los troncos de pino chasqueaban en la chimenea. Entonces sacudió la cabeza y se rio tristemente.

—¿Bien? —exclamó ella—. ¿Tengo razón?

Él ignoró la pregunta y unió los dedos.

—¿Dónde está esa hoja que dice que encontró? El análisis cliológico.

—La tenía Dennis. Probablemente estará en su despacho, en casa.

Red se metió la mano en el bolsillo y sacó un teléfono móvil.

—¿Le importa si hago una llamada?

—¿Puedo impedirselo?

Red marcó un número, cubriendo el teléfono con su cuerpo para que ella no pudiera verlo. Pulsó más números de lo que requeriría una llamada ordinaria. Entonces volvió la cabeza y habló durante unos minutos. Escuchó un rato, asintiendo; luego plegó el teléfono y lo dejó sobre la mesa.

—Vamos a traer a algunos de nuestros activos para que vigilen a su amigo. Tardarán un poco, pero debería estar a salvo en el hospital. Alguien vigilará también a esa profesora de historia que mencionó usted, por si acaso.

—Gracias.

—¿Qué? Oh, no hay de qué. Pero es para contener los daños. Tal vez podamos encontrar esa lista.

—Ahora es su turno —dijo ella—. Hábleme de esta Sociedad Babbage.

—Ya no existe ninguna Sociedad Babbage. Murió hace mucho tiempo. —Se miró las manos, volviéndolas a un lado y a otro—. Supongo que no tiene sentido seguir ocultándole nada. Es demasiado tarde y no cambiará nada. —Se encogió de hombros y le indicó que se sentara a su lado—. Siéntese. Voy a contarle la historia más extraña que haya oído jamás.

Ella no quiso sentarse junto a él, cosa que pareció hacerle gracia. En cambio, ocupó el mismo asiento que la última vez. Se agarró a los brazos del sillón y esperó.

Red se inclinó hacia delante y unió las manos, mirando a algún lugar en el centro de la habitación. No la miró a ella.

—Crawford y los demás estaban interesados en la conducta de masas. La estadística y la recolección de datos causaba furor entonces. Recopilaron cifras de población, clima, comercio, pobreza, educación, crimen... de todo. Igual que Tycho Brahe recopiló datos sobre los planetas.

»Algunas personas pensaron que, con datos suficientes, podrían pasar de Brahe a Kepler, y descubrir “leyes de conducta de masas”. Hubo un astrónomo belga, Adolphe Quetelet, que postuló para aplicar políticas sociales progresistas siguiendo una base científica. Luego apareció el libro de Babbage, con su rudimentaria teoría de sistemas. Así que Crawford y los Fundadores aplicaron las técnicas de Babbage a los datos sociales que habían estado recopilando y descubrieron que, bajo el caos aparente, los datos seguían curvas matemáticas predecibles. Y, una vez que las ecuaciones subyacentes fueron formuladas (usando esas máquinas de Babbage que encontró usted), podía extrapolarse el futuro, dentro de límites estadísticos.

Hizo una pausa un instante y frunció el ceño.

—No siempre tuvieron razón. A veces sus errores fueron ridículos. Era una tecnología completamente nueva, los datos no eran siempre precisos, y su comprensión era todavía demasiado escasa... pero con el tiempo sus modelos mejoraron. Con todo, incluso hoy en día a veces nos pillan por sorpresa. Es un problema complejo.

Ella sacudió la cabeza.

—¿Complejo? Parece imposible. Como predecir el movimiento de un móvil con un millón de partes.

Red miró su reloj.

—No necesitamos saber hasta el último decimal o las alzas y bajas diarias, mientras conozcamos la tendencia. —Se frotó una mano contra la otra—. Crawford y los demás descubrieron una tendencia que los dejó sin habla. Descubrieron que todo convergía en una era global oscura, un colapso completo, a principios de 1940.

Sarah se enderezó y lo miró.

—¿Una era oscura? Fue la guerra, naturalmente, pero...

—Vieron una confluencia de varias tendencias: la unificación de las Alemanias y su ascenso como potencia científica e industrial; la explosión demográfica y la

escasez de recursos que esto implicaba después de mediados del siglo diecinueve, lo que llevaría a un ciclo de «estallido». Mientras tanto, los explosivos se volvían exponencialmente más potentes. Súmelo todo y... Bueno, suponga que Alemania hubiera tenido bombas atómicas en 1939.

Ella negó con la cabeza.

—Eso no sucedió nunca. Tal vez las ecuaciones se equivocaron. Usted mismo ha dicho que no siempre eran correctas.

—¿Se equivocó la predicción? —se preguntó Red—. ¿O tuvo éxito la acción preventiva? —Se encogió de hombros—. ¿Qué habría hecho usted? ¿Cruzarse de brazos, porque la predicción podría ser equivocada? ¿O tomar medidas, porque podía ser acertada? Ellos hicieron lo que tenían que hacer. Plantaron semillas que esperaron nutrir a lo largo de generaciones. La Sociedad era pequeña y solo actuaba en Estados Unidos. Sus actividades no tenían mucha energía sociocinética... —Sonrió, como pidiendo disculpas por la jerga—. Así que buscaron puntos focales. Fulcros, los llamaron; los «eslabones» eran los operadores matemáticos. Momentos donde pudieran «hacer palanca» sobre acontecimientos a gran escala.

—Clavos de herradura —dijo Sarah, casi para ella misma.

—¿Qué? Oh —Red asintió, comprendiendo—. Una expresión tan válida como cualquiera. Crawford y sus aliados quisieron convertir a Estados Unidos en un contrapeso para Alemania. La esclavitud estaba lastrando nuestra tecnología, así que tuvo que desaparecer. El Sur era una zona feudal y agraria que avanzaba sin gobierno hacia un rico futuro industrial; pero, a causa de la Constitución, tenía la posibilidad de vetar cualquier acción progresista que considerara el Congreso. No a las mejoras internas. No al ferrocarril intercontinental. Ellos hicieron lo que tenían que hacer —repitió.

Una extraña sensación abrumó a Sarah. ¿La Sociedad Babbage había acabado con la esclavitud? ¡Pero había sido por motivos equivocados! No por la libertad o la dignidad humana, sino por la economía y el progreso tecnológico. Recordó algunas de las historias que su abuelo le contó sobre su propio abuelo. ¡Maldita fuera la economía!

—¿Cómo planearon acabar con la esclavitud? —preguntó—. ¿Iniciaron la Guerra de Secesión?

Red se levantó del sofá y se metió las manos en los bolsillos.

—No a propósito. Ese fue uno de los errores. Verá, la esclavitud estaba muriendo ya por motivos económicos. Seward dio a la «institución peculiar» cincuenta años como máximo antes de que expirara por causas naturales. No, la Sociedad simplemente intentó acelerar su camino a la tumba.

—A través del movimiento abolicionista —dedujo ella.

—No. Un ataque frontal tan solo haría que el Sur se resistiera aún más. La Sociedad usó su dinero e influencia para impulsar la Ley de Bienes Raíces y la Soberanía Popular. Eso hizo más daño a la esclavitud que La cabaña del tío Tom o La

crisis inminente en el Sur. Una sociedad de labradores acomodados no tenía ningún uso para la esclavitud ni las grandes plantaciones. Crawford y los demás nunca planearon una guerra.

—Pero tuvieron una de todas formas.

Red hizo una mueca y desvió la mirada.

—La mecha estaba allí y estaban jugando con cerillas. Hoy en día somos mucho más listos.

—Oh, apuesto a que sí.

—Lo somos porque ya no intervenimos con tanta frecuencia. Eso es más inteligente, ¿no? No actuamos hasta que estamos muy muy seguros de que sabemos lo que estamos haciendo. No hasta que hemos estudiado la propuesta desde veinte direcciones diferentes. Y luego hacemos solo unos cuantos ajustes menores de amplitud aquí y allá para maximizar nuestras ganancias. Nada de cirugía importante. Es mucho más fácil modular una tendencia existente que empezar o detener una. No controlamos la historia. Bien podríamos tratar de detener la marea. —Se volvió y la miró a los ojos—. Dejamos de hacerlo hace mucho tiempo. —Se acomodó, extendió las manos—. Es todo. Ningún plan grandioso y maniaco para gobernar el mundo. ¿Decepcionada?

Extrañamente, ella sí se sentía decepcionada. Un grupo secreto que planeara gobernar el mundo tenía una especie de grandiosidad enloquecida. Un grupo secreto que actuara para obtener ganancias personales parecía simplemente sórdido.

—Hacerse ricos con la miseria de los otros —despreció.

Él gruñó.

—La gente será miserable no importa lo que hagamos.

—«Unos cuantos ajustes menores» —citó ella.

Red la apuntó con un dedo.

—Mire, nosotros no empezamos las guerras. No iniciamos las plagas. No hundimos la economía. ¡Todo eso habría sucedido de todas formas! Pero ocho veces de cada diez podemos calcular qué va a pasar. ¿Tan malo es actuar siguiendo ese conocimiento?

Ella se levantó del sillón y se acercó a la ventana, desde donde contempló las casas de sus vecinos en la falda de la montaña. La gente seguía con sus vidas normales a unos pocos cientos de metros de distancia.

—No —dijo, de espaldas a él—. No me parece bien. ¡La gente se mata entre sí por eso y no comprendo cómo es posible! —Cerró los puños.

—Las ideas son la clave —dijo Red—. Ideas elementales... las llamamos memes. Son como virus. La gente las «pilla» a través de los medios de comunicación. Es un proceso muy parecido a una epidemia. Podría escribirle las ecuaciones, si quiere.

—Memes. —Algo chasqueó. Algunos de los títulos que había leído en el índice—. Antes los llamaban ideones...

—Sí. Como las partículas elementales. Protones, electrones... e ideones. Las

analogías eran físicas entonces. Más tarde, cuando los modelos de Darwin y Mendel se hicieron más conocidos, las analogías biológicas parecieron más adecuadas.

—Pero ¿cómo pueden decir que la conducta es causada por un conjunto de ecuaciones, como un... como un maldito péndulo? —Se dio la vuelta y lo desafió para que contestara.

Él negó con la cabeza.

—Lo está entendiendo al revés. Las ecuaciones no causan las conductas. Las conductas causan las ecuaciones. ¿Ve la diferencia? No hay ninguna compulsión. Es como un seguro de vida. No se puede predecir cuándo morirá una persona, pero todos esos acontecimientos aleatorios se acumulan en una pauta predecible, y así se puede predecir qué porcentaje de personas en varios grupos de riesgo morirán dentro de un marco de tiempo dado. Es como predecir el clima.

—Un ochenta por ciento de golpes de estado hoy en Sudamérica —dijo ella, señalando un imaginario mapa del tiempo.

Red sonrió.

—Algo así.

—¿Qué le pasó al libre albedrío? —dijo ella amargamente. Miró de nuevo por la ventana. Soy dueña de mi propio destino. Lo soy.

—Es el libre albedrío lo que hace posible la cliología —le dijo Red—. Una elección libre es predecible con frecuencia, porque tiende a ser racional.

—La gente toma decisiones irracionales todo el tiempo.

—Claro que sí —replicó él felizmente—. Pero funciona con la media. La conducta es una acción, y una acción causa una reacción: reconocimiento, dinero, seguridad, autoestima... Beneficios cliológicos, los llamamos. La gente imita conductas que parecen beneficiosas. «El mono lo ve, el mono lo hace». Podemos predecir la distribución de frecuencia de gente que escoge una conducta estudiando los beneficios que evoca.

Ella sacudió la cabeza.

—Eso es demasiado simplista. ¡Los asuntos complejos no tienen respuestas simples!

—¿De verdad? —Sonrió él—. Ese es un ejemplo claro de un meme que está floreciendo en nuestra cultura. La gente se lo transmite como si fuera un resfriado malo. Pero ¿se ha preguntado alguna vez quién plantó ese meme concreto y por qué? La gente ni siquiera intentará descubrir las leyes de la historia si piensan que es imposible de entrada.

Ella frunció el ceño y le dio otra vez la espalda, los labios apretados.

—Así pues, ustedes deducen qué conductas llevarán a los resultados que quieren; entonces potencian esos memes a través de refuerzos y *feedback* positivos.

Apúntate a primer curso de psicología y domina el mundo.

—Eso es. Recompensamos a la gente que se comporta como nosotros queremos. Hoy en día tenemos el dinero y la influencia y suficiente presión en la industria de las

comunicaciones para...

Ella se volvió y lo apuntó con un dedo.

—¡Maldita sea! —Escupió—. Las personas no son robots. ¡No pueden programarlas!

—Demonios, Sarah. He conocido a personas que no eran ni la mitad de flexibles que los robots, y usted también.

—Bueno, pues entonces no son marionetas tampoco para bailar al son de su cuerda.

—No ha estado escuchándome. Solo he dicho que damos publicidad y recompensamos la conducta que queremos. ¡No la coaccionamos! Pero la gente no es estúpida. Si piensan que una conducta los beneficia, un porcentaje predecible de ellos la imitará voluntariamente. Por eso tantos de los nuestros son editores, escritores de discursos, directores de programación, gente tras las bambalinas. Para asegurarnos de que los memes adecuados son publicitados. El libre albedrío hace el resto —sonrió irónicamente—. Además, ¿qué más se supone que puede hacer un anuncio? ¿O una ley? ¿O un sermón? ¿No son todos intentos de potenciar ciertas conductas mostrando la promesa de recompensas o castigos?

Sarah se tragó su respuesta. ¿En qué punto se convertía el poder de recompensar en poder para coaccionar? La manipulación era más sutil que la fuerza, pero los resultados eran muy similares. Y la fuerza, al menos, tenía el beneficio de ser brutalmente sincera.

Red esperó un momento. Miró su reloj y gruñó.

—No hay respuesta, ¿eh? Porque Madison Avenue está haciendo lo mismo que nosotros. No es cuestión de bien o mal. Dígame quién está mejor hoy en día, ¿los descendientes de los negros que fueron vendidos como esclavos? ¿O los descendientes de aquellos que se quedaron en casa?

—¡Esa no es justificación para el comercio de esclavos!

—¿Quién ha dicho que lo fuera? La justicia no tiene nada que ver con eso. Mire: me alegra haber nacido en este país, pero no que un millón de personas muriera de inanición a causa de la hambruna de la patata para que eso pudiera suceder. Una mala acción puede tener buenas consecuencias, y viceversa. Al sistema no le importa. Cambia un componente y el resto del sistema reacciona, tal vez años después y de maneras que no se esperan. De maneras que ni siquiera gustan. De eso nos ocupamos nosotros: de los efectos secundarios.

—No. Dejen tranquilas a las vidas de los demás.

—¡Ah! Laissez-faire. Tiene usted el meme de «los humanos no deberían interferir con el sistema».

A ella no le importaba la forma en que lo quisiera expresar. Hacía que pareciera que sus creencias eran solo cosas que había «pillado» de otros, como una enfermedad.

—La interferencia deliberada por parte de los humanos no es natural —dijo,

tranquilamente—. Trastorna el balance económico o ecológico. La historia debería correr libremente... ¡como un río salvaje!

Él echó la cabeza atrás y se dio una palmada en la rodilla.

—¿Por qué la gente como usted piensa que la conducta humana es innatural? ¿Qué cree usted que es la historia, señorita Beaumont? ¡No es más que intervención humana! La gente está intentando cambiarla constantemente... o impedir que cambie. ¿Qué estaba intentando hacer Thomas Jefferson cuando escribía aquella Declaración? ¿O la Asociación Nacional para el Avance de la Gente de Color? ¿O el Ku Klux Klan, ya puestos? Intentaban acercar un poco más el futuro a los deseos de su corazón. Incluso usted: compra y vende casas para alterar las pautas de asentamiento. Cambia el curso de las vidas de la gente, sin su conocimiento o consentimiento, y para obtener beneficios personales. ¿Los residentes de Emerson Street quieren su nuevo barrio residencial? Todo el mundo cambia el futuro, cada día. Al azar. A ciegas. Algunos tiran hacia un lado, otros tiran hacia otro... con los ojos fijos solo en sus objetivos inmediatos, sin considerar las interacciones, las derivaciones, o las consecuencias a largo plazo. Tal vez unos cuantos publicistas, predicadores y gente así tenga una vaga idea de algunos principios, pero hasta ahí es adonde llegan. A veces los Asociados no ven las cosas tan claramente, tampoco: pero «en el país de los ciegos el tuerto es el rey». ¿Por qué es moralmente superior actuar de manera ignorante y al azar como el resto de ustedes?

—¡Es diferente! —dijo ella, escupiendo las palabras.

Él se cruzó de brazos.

—¿De verdad? Dígame cómo.

—¡Los demás no matamos a la gente!

Él se quedó quieto. Entonces sonrió y asintió.

—Podría argumentar que tantear a ciegas por la historia ha matado a más gente que Ellos, pero... Sí, las cosas salieron mal para la Sociedad hace mucho tiempo. —Se frotó las manos—. Mire; cuando Crawford y los otros formaron la Sociedad Babbage, nunca pretendieron nada como lo que ha ocurrido. Recuerde, estaban intentando salvar el mundo.

—Bien por ellos —dijo Sarah sarcásticamente.

Él pareció dolido.

—Es cierto —insistió—. Oh, no estoy diciendo que no resultara herido nadie. Moría gente por las cosas que hicieron. La Guerra de Secesión... Todavía no sabemos por qué sucedió eso. Pasaron por alto algo en las ecuaciones. Pero la gente habría muerto de todas formas. Solo de vez en cuando se sintieron obligados los Fundadores a eliminar a individuos concretos.

—Oh, vamos a decírselo al Vaticano. Tal vez los canonicen.

Él torció el gesto.

—No estoy excusándolos. No eran santos en modo alguno. Hicieron lo que consideraron necesario, y las decisiones a menudo implicaron una agonía personal.

Nunca autorizaron a la ligera una eliminación, ni tampoco lo hicieron para protegerse. Todo fue por un bien mayor. Para impedir lo que veían venir. Weil...

—¿Genevieve Weil?

Él la miró, suspicaz.

—Veo que ha oído hablar de ella. No, me refería a su bisabuelo. Usó las herramientas de la Sociedad para manipularla para su propio beneficio. Un hijo de puta implacable. No sé cómo consiguió convencer a su reclutador. Su plan habría funcionado de no ser por Quinn. Quinn y Carson habían descubierto que la Sociedad misma estaba sometida a las leyes de la evolución cultural y habían calculado el golpe años antes de que Weil fuera reclutado. Cuando Quinn se lo contó al viejo Isaac Shelton, le rompió el corazón...

El teléfono móvil sobre la mesa sonó y ambos se sobresaltaron ante el sonido. Sarah miró a Red.

—Adelante —dijo—. Estaba usted esperando que sonara.

Él alzó una ceja y ella señaló su muñeca.

—Porque no para de mirar el reloj cada pocos minutos, por eso lo sé. Vamos. Responda.

Red abrió el teléfono.

—Dime.

Escuchó un momento, sin hablar. Entonces una expresión de sorpresa cruzó su rostro. Se apartó de ella.

—Repítelo —susurró.

Fuera cual fuese el mensaje, decidió Sarah, no era lo que él esperaba. Se preguntó cuál debería ser su propia reacción. Red era bien parecido y sus argumentos bien razonados, pero ella no estaba dispuesta a dejarlo tomar sus decisiones. Recordó que su Blazer estaba preparado y esperando, repleto de material de supervivencia.

Red plegó el teléfono y la miró, sombrío.

—Su amigo el arquitecto ha desaparecido. No está en el hospital Porter, y en el ordenador no hay rastro de él. Según sus archivos, nunca fue ingresado.

Sus palabras fueron como agua helada en la cara. Sarah había estado usando su parlamento y su propia ira como novocaína contra el dolor de la realidad. Ahora le tocaba el turno a la realidad.

—¿Dennis? ¡Pero si estaba allí! ¡Estaba en la unidad de cuidados intensivos! ¡Jerry habló con ellos!

Había creído que Dennis estaría a salvo de todo daño en el hospital. Sin embargo, a pesar de las palabras de Red, Ellos habían ido a por él después de todo.

Una mano sacudió su hombro. Sarah miró a Red a la cara.

—Vamos —lo oyó decir—. Ha habido un cambio de planes. Se supone que tenemos que reunimos con Janie en Falcon Castle. Ella se encargará de usted.

Fee se frotó contra las piernas de Sarah y ella se agachó y lo recogió. El gato se acomodó en el hueco de su brazo izquierdo y ella lo acarició, ausente... y quizá con

demasiada firmeza, porque se retorció en su abrazo.

—¿Y si no quiero ir con usted?

—No tiene por qué hacerlo. Nunca interferimos con el libre albedrío. Puede venir con Nosotros, o quedarse aquí y ser asesinada.

Sarah se lo pensó.

—¡Libre albedrío! —murmuró.

XI

RED se echó a reír cuando vio el Blazer repleto.

—No necesitará toda esta parafernalia a donde vamos —dijo.

—No he decidido todavía si voy con usted o no —respondió ella—. Ir con usted no es la única alternativa a quedarse aquí.

Él frunció los labios y asintió.

—Mi furgoneta de fontanero levantará menos sospechas.

—Un cuatro-por-cuatro es poco sospechoso en Colorado.

—No me refería a eso. Me refería a que Ellos probablemente saben qué coches conduce usted.

La paciencia de Sarah se había agotado. Red actuaba como si todo el asunto fuera un gran juego.

—¿Quiere dejarse de esa chorrada de Ellos y Nosotros? —exclamó—. Ellos son la Sociedad Babbage y ustedes... ¿Qué? ¿La Asociación de Investigación Utópica?

Él asintió.

—Sí. Pero Nosotros nunca los llamamos a Ellos la Sociedad Babbage. Hombres como Crawford y Shelton y Hammondton fueron hombres de altísimos ideales. Grosvenor Weil pervirtió esos ideales.

Hombres de altísimos ideales, pensó ella. Intentando salvar el mundo. Y habían matado a gente y accidentalmente habían hecho estallar la Guerra de Secesión. Tal vez ese era el problema de los altos ideales. Si llegas demasiado alto, la gente corriente parece pequeña y poco importante.

—Como quiera —dijo—, pero pienso mantener abiertas mis opciones.

Se subió al Blazer y cerró la puerta. Fee se situó en su sitio de costumbre en la consola central. Sarah le había quitado la tapa cuando compró el coche y la había convertido en una especie de asiento acolchado para el gato.

—Ya nos veremos —dijo, y pulsó para abrir la puerta del aparcamiento. Arrancó y dio marcha atrás, pero antes de que pudiera salir, Red abrió la puerta de pasajeros y subió al coche.

Sarah frenó bruscamente y lo miró. Él se estaba poniendo el cinturón de seguridad.

—¿Qué cree que está haciendo?

—Bueno, si usted no viene conmigo —dijo razonablemente—, tendré que ir con usted. Tal vez pueda responderle algunas preguntas más. Tal vez pueda convencerla todavía para que venga a Falcon Castle. Janie se enfadará un montón si no

aparecemos.

—Me parte el corazón. ¿Quién es Janie, por cierto? ¿Su esposa?

Él pareció sobresaltado.

—¿Esposa? ¿Yo? ¿Está bromeando? Yo soy de los salvajes e independientes. No, Jane Addams Hatch se encarga del piso franco local. Estaba segura de que usted optaría por unirse a los chicos buenos.

Con cuidado ella remontó marcha atrás el camino de tierra hasta Foothills Road, girándose en el asiento para mirar.

—Sé que Ellos son los malos —le dijo por encima del hombro—, pero no estoy tan convencida de que ustedes sean los buenos.

—Somos el enemigo de su enemigo.

—Eso no le convierte en mi amigo. Están haciendo ustedes lo mismo que la gente de Babbage. Solo que no son tan implacables.

Una vez en Foothills Road, ella miró a ambos lados para controlar el tráfico. Había solo unos pocos coches aparcados a lo largo de la calle, cerca de las casas. Cambió de marcha y se dirigió hacia Eldridge Street.

—Sabe —dijo, tras unos momentos de silencio—, los ríos salvajes solo parecen buena cosa si uno no vive corriente abajo.

Por un instante, ella no pudo comprender de qué estaba hablando. Entonces recordó su anterior observación, comparando la historia con un río salvaje.

—Pero si se construye una presa en el río para ayudar a la gente que vive corriente abajo, inundará a la gente que vive corriente arriba.

Él se encogió de hombros.

—Claro, pero si no hay presa ninguna, es la gente que vive corriente abajo quien acabará inundada. No importa lo que haga, alguien sufrirá. No se puede hacer una tortilla sin romper los huevos.

—Eso dice el cocinero. ¿Y si es uno de los huevos? Todo eso sobre el bien del grupo... ¿Qué hay de los derechos del individuo? ¿Puede el grupo pisotearlos a su gusto?

Él la miró.

—¿Sacrificaría usted la seguridad del grupo por los caprichos de los individuos? ¿Cuáles eran los derechos de Typhoid Mary? Ella volvió a mirar, redujo la marcha, y paró ante la señal. El tráfico que se dirigía al este por la calle Treinta y dos era denso. El turno de día de Coors empezaba a salir. Se detuvo en el cruce, vio una abertura en el tráfico, y se lanzó hacia ella, dando un brusco giro a la derecha. El coche que venía de frente frenó y tocó el claxon. Por el retrovisor, Sarah vio al conductor agitar el puño.

—¿Sí? Bueno, ustedes han estado manipulando la historia... ¿desde cuándo? ¿Casi un siglo y medio? ¿Sabe qué es lo que más me molesta?

Giró de nuevo bruscamente en la iglesia y subió la rampa hacia la 1-70 en dirección oeste.

—¿Qué?

—Lo chapucero de su trabajo.

Él se volvió y la miró sobresaltado; luego se echó a reír.

—Supongo que eso parece. Pero, demonios, debemos de estar haciendo algo bien, porque ganamos dinero con ello.

—Sí. Bien por ustedes.

Él no respondió y ella le dirigió un par de miradas de reojo mientras seguía conduciendo. Él tenía el codo apoyado en la ventanilla, la cabeza contra el puño, y veía pasar las casas.

—Le propongo un acertijo —anunció de pronto—. Supongamos que viera a un niño pequeño a punto de ser atropellado por un autobús. ¿Intentaría salvarlo?

Ella lo miró. Luego devolvió su atención a la carretera.

—¿Qué? Claro, si pudiera.

—Bien. Pero ahora supongamos que sabe usted que si el niño viviera se convertiría en otro Hitler. Millones de personas morirían por su causa. ¿Seguiría intentando salvarlo?

Ella frunció el ceño, sin mirarlo.

—¿Cómo podría saber algo así?

—Demos eso por hecho. Usted lo sabe y ya está. Poderes extrasensoriales. Lo que sea. ¿Qué haría?

—Esa no es ninguna opción.

—Sí que lo es. Nadie le ha prometido nunca que las opciones serían agradables.

Ella apretó las mandíbulas, negándose a contestar.

—Por supuesto, no decidir es también una decisión —le dijo él—. Tendrá que salvarlo o no. Y si lo salva, ¿es entonces responsable de los millones de personas que matará?

Red esperó un momento, observándola.

—Lo que realmente lo hace agónico —dijo después de un instante—, es que usted conoce al niño personalmente. Le reparte el periódico todas las mañanas.

Ella apretó aún más los dientes y mantuvo fija la atención en la conducción.

—Y ahora llevemos la suposición un paso adelante. Este niño, que más allá de ninguna sombra de duda matará a millones de personas inocentes... ¿Y si no estuviera delante de un autobús? ¿Lo empujaría usted?

—¡Dios! —La palabra escapó de ella de manera involuntaria. Lo miró y no había ni rastro de sonrisa en su rostro.

—Sí. Aunque no sé si ni siquiera Él podría ayudar. Conocer el futuro es una bendición mezclada. Tal vez podamos prever un desastre. Evitarlo requiere medidas terribles. La gente sufrirá; algunos morirán. Pero si no hacemos nada, entonces el desastre original sucederá según lo previsto. La cliología ha creado nuevos problemas para quienes toman las decisiones.

Ella gruñó.

—A mí me parece un problema antiguo. ¿El fin justifica los medios?

Él negó con la cabeza.

—No es tan simple. —Miró por la ventanilla—. ¿Dónde acaba la responsabilidad? No importa lo que hagamos o no hagamos, habrá dolor. Un grupo diferente de personas sufre y muere, eso es todo. Es saberlo por adelantado lo que cambia las cosas. ¿Qué podemos hacer sino intentar lo mejor que podamos, sabiendo que lo mejor que podamos no es suficiente?

Condujeron en silencio después de eso, y solo los neumáticos hicieron algún comentario. Sarah mantuvo el Blazer dentro del límite de velocidad y los coches los adelantaban constantemente, mientras sus conductores los miraban con mala cara. Esto es una locura, pensó. No podía ir a esconderse acompañada por Red, y difícilmente podría retenerlo prisionero. Tendría que dejarlo en alguna parte, pronto.

—¿Sabe llegar a Falcon Castle? —preguntó Red.

—¿Qué? Claro. Saliendo de Turkey Creek Canyon hasta Parmalee Gulch Road. Me he pateado casi toda esta zona al pie de las montañas. Pero no voy a ir allí.

Por el rabillo del ojo lo vio contemplar el paisaje. Era un territorio estéril, todo marrón, nada de verde. Matorrales y hierbajos, con unas cuantas plantas de hoja perenne dispersas aquí y allá. Había unas cuantas casas y un aparcamiento de *trailers* en la distancia, a la derecha. Green Mountain se alzaba a su izquierda.

—¿Dónde tiene pensado dejarme? —preguntó él bruscamente.

Sarah miró por el retrovisor y pasó al carril de la derecha.

—Hay un sendero que va desde Morrison hasta el castillo —le dijo—. Lo dejaré allí. Son unos cinco kilómetros, a unos seiscientos metros de altura. ¿Podrá hacerlo?

Él se encogió de hombros.

—Claro.

Atravesaron el corte en el Hogback, con su extraño cartel: PUNTO DE INTERÉS GEOLÓGICO. Cuando construyeron la interestatal perforando la fina cordillera que corría en paralelo a las Foothills, dejaron al descubierto los pintorescos pliegues de antiguos lechos marinos, colocados como franjas diagonales junto a la carretera. Habían construido una zona de aparcamientos y un sendero para que la gente pudiera «caminar a través del tiempo». Red miró con curiosidad a los turistas.

—¿Ha estado por aquí antes? —le preguntó ella.

—¿Qué? Oh, un par de veces. De *camping*. Los Asociados tienen un rancho al suroeste de aquí.

Tomaron la rampa de salida y Sarah giró a la derecha para pasar a Morrison Road. La interestatal corría sobre ellos, enroscándose en Mount Vernon Canyon hacia Georgetown y Silver Plume. La Alta Sierra. Sarah anhelaba estar allí arriba, en aquella tierra salvaje y hermosa de bosques y tundra y pinos. Sola y libre. Pero para estar sola, tenía que librarse de Red. Para ser libre... Bueno, eso era otra cuestión. Para ser libre, tenía que destruir los muros que la Sociedad y los Asociados habían construido. Sí, y los muros que ella había construido también.

La carretera hacia Morrison se extendía entre Hogback y Mount Morrison en dirección sur. Por delante, a la derecha, Sarah podía ver Red Rocks Park, con sus formaciones de piedra caliza extrañamente talladas por milenios de vientos. Miró de nuevo por el retrovisor, tomó una decisión, y viró bruscamente hacia el parque.

Red la miró.

—Nos está siguiendo alguien, ¿verdad? No deja de mirar por el retrovisor.

—Un sedán azul oscuro —le dijo ella—. Solo dos coches en esa interestatal se mantenían en el límite de velocidad... y él era el otro. Se desvió en Mount Vernon con nosotros, y... —Otra mirada al retrovisor—. Ahora ha decidido visitar Red Rocks. Si tiene usted otra explicación, me gustaría oírla.

El coche azul se mantenía a distancia. Para ser menos sospechoso, supuso ella. Eso le dio una idea. Se mantuvo en la carretera elevada que atravesaba el parque. En la carretera inferior, le resultaría claramente visible; pero la carretera elevada serpenteaba entre las rocas y la visibilidad era limitada. Tal vez podría despistarlo.

El parque tenía su cuota habitual de visitantes. Había coches aparcados junto a la carretera y gente paseando y escalando. Un hombre con barba tocaba una guitarra acústica para un círculo de admiradores. Demasiados testigos aquí, pensó ella. Quien los perseguía no se atrevería a intentar nada. Entonces recordó lo que había sucedido en el Centro Cívico y sintió miedo. ¿Quién sabía a qué se atreverían Ellos?

No podía evitarlo ahora. Dejó atrás Ship Rock y el Anfiteatro y se encontró con una bifurcación en la carretera. Comprobó el retrovisor. El coche azul seguía sin verse detrás de las rocas. Giró bruscamente a la derecha en la bifurcación y pisó a fondo. El Blazer resbaló en la gravilla suelta: entonces los neumáticos se agarraron y atravesaron a toda velocidad el estrecho camino más allá de Creation Rock. Si podía perderse de vista antes de que su perseguidor llegara a la bifurcación, este probablemente asumiría que había continuado recto. El camino que seguía ahora tenía menos curvas. Podía sacarle algo de ventaja, tal vez perderlo de vista.

Unos minutos más tarde, dejaron atrás las Rocas y la desembocadura del Bear Creek Canyon y llegaron al pueblo de Morrison. No había ni rastro del coche azul. Sarah giró a la derecha en la Ruta 8 y se dirigió de nuevo hacia el sur.

Red se retorció en su asiento y miró detrás.

—¿No decía que iba a dejarme en Morrison?

—He cambiado de opinión. Es demasiado arriesgado. No sé si he despistado a nuestro amigo o no, y preferiría que no me pillaran en el aparcamiento. Además, el primer kilómetro o así del sendero es terreno despejado. Si nuestro amigo tiene un arma, seremos blancos fáciles.

—¿Seremos?

Sarah inspiró profundamente.

—Seremos —admitió—. Supongo que necesito su ayuda después de todo.

—No es una desgracia necesitar la ayuda de alguien, ¿sabe?

—Para mí lo es.

Mount Falcon se alzaba a su derecha. Como la mayoría de las Foothills, era una montaña baja y ancha. El pico era una sombra a más de tres kilómetros de distancia, alzándose poco más de seiscientos metros desde la carretera.

Ella miró por el retrovisor y sus esperanzas se desvanecieron.

—Nuestro amigo está otra vez ahí detrás y viene rápido. Reduce distancias.

—Entonces sabe que lo hemos visto.

—¡Cristo! ¡Tiene una pistola, Red! Ha sacado el brazo por la ventanilla.

—No se preocupe —le dijo Red—. ¿Disparar con la mano izquierda desde un coche en marcha a otro coche en marcha a noventa kilómetros por hora a esta distancia? Demonios, tendrá suerte si le da a esa montaña.

Hubo un brusco craquido y el parabrisas trasero se desintegró en un montón de añicos. Algo zumbó en el aire entre ellos y se estampó en el salpicadero. Fee aulló y se escondió en su consola.

—A menos —continuó diciendo Red, pensativo—, que sea Orvid Crayle quien nos sigue. Es muy bueno.

Se abrió la cremallera de su mono de trabajo y sacó su automática. Comprobó su estado, y luego se quitó el cinturón de seguridad.

—Bueno, Orvid y yo teníamos que cruzar nuestras espadas algún día. —La miró y sonrió—. Soy bastante bueno.

—Apuesto a que sí.

Red se subió al asiento y se dirigió a la parte trasera del Blazer.

—Creo que ya conoce usted a Orvid —comentó—. Un tipo alto y delgado. Parece un zombi.

Sarah recordó su encuentro en la biblioteca.

—Sí. Creo que sí. ¿Un tipo agradable de modales impecables?

—Ese es. Orvid es su Jefe de Estación aquí en Colorado. Sabe lo que eso significa, ¿no?

—Claro. Más buenas noticias. No se envía a la dirección a hacer un trabajo a menos que estés escaso de gente y no haya nadie más disponible. Red, no sé cuántas buenas noticias podré soportar.

Él se echó a reír.

—Ese es el espíritu. —Se sujetó contra el asiento trasero y, con el pie apoyado, disparó a través del parabrisas destrozado—. Trate de no pillar ningún bache durante un rato —dijo.

—Bien —murmuró Sarah, y pisó a fondo. Crayle probablemente podría ganarles en velocidad, pero no tenía sentido hacerle más fácil el reducir distancias. Por desgracia, la Ruta 8 era relativamente recta en esta zona, entre Hogback y las Foothills. No había curvas ni giros para confundir la puntería. Deseó que Red se diera prisa y acabara de una vez.

Dos coches se acercaban en dirección contraria y, al mirar por el retrovisor, Sarah vio que Crayle retiraba la pistola. No va a sacrificarse, pensó, como hizo el hombre

del Centro Cívico. Crayle al menos estaba tan interesado en escapar como en hacer el trabajo. Eso podría darles una ventaja.

—Eh —dijo Sarah—. Lo que deberíamos hacer es seguir conduciendo hasta que encontremos un coche patrulla. Crayle no se atreverá a hacer nada entonces.

—Claro que sí —replicó la voz de Red—. Nos dispararía y luego mostraría una placa. De la CIA o algo por el estilo. Dirá que éramos fugitivos. Los polis locales se lo tragarán, porque, sea cual sea la placa, será auténtica.

—¿No puede usted enseñarles también una placa?

—Varias, pero no con media docena de agujeros de bala en el cuerpo.

Red hizo una pausa, y luego añadió, pensativo:

—Estoy seguro de que preferirá no usar su tapadera si puede evitarlo. Puede que consiguiera matarnos delante de la policía, pero sus superiores sabrían que no fue una operación de la Compañía. Se correría la voz en la Comunidad de que tal vez se haya vuelto renegado.

¡Bang! El ruido sonó con fuerza en el interior del Blazer y el coche se bamboleó mientras Sarah se estremecía convulsivamente.

—Mantenga el coche firme —exigió Red.

Ella advirtió que Red había disparado un tiro.

—¿Le ha dado? —preguntó. No hubo respuesta. Red disparó dos veces más y Sarah dio respingos al oír el sonido—. ¿Le ha dado? —preguntó de nuevo, la voz levemente irritada.

—Sí y no —le dijo él, mientras regresaba al asiento de pasajeros—. Le di al radiador y las ruedas delanteras. Blancos más grandes que su cabeza puntiaguda. Sus neumáticos están reventados y está perdiendo agua. Su motor se calentará y se gripará.

Ella cerró los ojos un instante y dejó escapar un suspiro de alivio. Iban a escapar y Red no había tenido que matar a nadie. No le gustaba Crayle (odiaba a Crayle), pero se alegraba de que Red no lo hubiera matado.

—Entonces vamos a conseguirlo —dijo.

Hubo otro sonoro estampido y el Blazer viró a un lado. Llena de pánico, ella luchó contra el volante mientras zigzagueaban por la carretera.

—A menos —dijo Red tranquilamente—, que él alcance también nuestros neumáticos.

Sarah le dirigió una mirada de exasperación.

Red sacudió la cabeza, lleno de reacia admiración.

—Maldición, es bueno.

Ella consiguió reducir la velocidad del Blazer sin dar una vuelta de campana. Ambos neumáticos traseros emitían sonidos temblequeantes. Sarah inspiró profundamente y le hizo gracia descubrir lo tranquila que estaba. La incertidumbre engendra miedo, pensó. Ahora no había ninguna incertidumbre.

Tras ellos vio a Crayle que ya se había detenido en el arcén. De debajo de la

capota de su coche salía vapor. Crayle salió, vestido con una larga gabardina parda demasiado calurosa para el tiempo que hacía. Tenía la mano izquierda en el bolsillo. Los miró, le dio una patada al coche y luego empezó a dirigirse hacia ellos a pie. No corrió, pero fue dando largas y rápidas zancadas, de las que devoraban kilómetros.

—Es insistente, también —le dijo Sarah a Red. Crayle sabía que, con los neumáticos reventados, no iban a llegar muy lejos. Sin duda no había ninguna posibilidad de que llegaran a la entrada de Falcon Park al otro lado de la montaña. Y cuando todos fueran a pie, Crayle solo necesitaría tenerlos al alcance de la pistola. Con su puntería, se los cargaría.

Sarah trató de recordar el mapa geológico. Había recorrido esta zona hacía cosa de un año. Había un camino de tierra que conducía desde la Ruta 8 hasta la base de la montaña. Podrían subir desde allí. No sería difícil. Solo manos y pies. Cuando llegaran al sendero en lo alto y luego al punto de encuentro, Janie podría conducirlos a lugar seguro. Crayle, a pie, no podría detenerlos. Si podían sacarle suficiente ventaja.

El coche viró súbitamente y se detuvo a la derecha, gimiendo y temblando mientras ella rechinaba los dientes ante el abuso que estaban sufriendo las ruedas. Podía ver trozos de goma tras ellos. Las quemarían hasta las llantas dentro de poco.

—Si está pensando en parar a cambiar de neumáticos —observó Red secamente —, yo no lo recomendaría.

Señaló a Crayle, que cortaba camino en diagonal por el prado. Seguía Strain Gulch, intentando adelantarlos.

—Sí. Dónde está el servicio de carreteras cuando realmente los necesitas —dijo ella. Red bufó—. Además —Sarah señaló el indicador de gasolina—, esta aguja está cayendo más rápido de lo habitual. Creo que una de esas balas ha alcanzado el tanque o el conducto.

Se mordió el labio inferior. Los coches no podían explotar, pero una chispa podría haber convertido al Blazer en un gigantesco cóctel Molotov.

La carretera llegó a su fin. Sarah frenó y apagó el motor. Rebuscó en el asiento trasero y cogió su mochila.

—Fin del trayecto —le dijo a Red, abriendo la puerta de una patada—. Iremos andando a partir de aquí.

Red salió de un salto.

—¿Subimos por ahí? —preguntó, mirando la montaña.

—¿Tiene una idea mejor?

Sarah se volvió hacia el coche y tendió la mochila abierta. Fee la olisqueó, maulló, y saltó a su interior. Era «su» bolsillo cuando iban de caminata. Olisqueó. El olor a gasoil era fuerte. Sin duda había una fuga.

—¿Vamos a llevar al gato con nosotros? —preguntó Red.

—¡Por supuesto! ¡Feline P. Cat no es solo un gato! ¡Es... Feel! Él y yo tenemos un contrato. Yo le doy comida, refugio, afecto y le cambio la arena; y él a cambio se

frota a veces contra mi pierna. Si le apetece.

Red alzó una ceja.

—Hace lo que quiere, cuando quiere, ¿eh? No responde ante nadie más que a sí mismo. Algunas personas son así también.

Sarah se había colgado la mochila a la espalda y empezaba a subir Strain Gulch.

—¿Va a quedarse aquí moviendo los labios solo para sentir la brisa? Vamos.

XII

RED echó una mirada a la cañada mientras Sarah iniciaba el ascenso. Crayle era una figura diminuta en la distancia, todavía avanzando implacable. Como una fuerza de la naturaleza, pensó Red. Cedió al impulso y saludó a su perseguidor. Crayle se detuvo y alzó un brazo como respuesta, pero a Red no le pareció que estuviera saludando con los cinco dedos. Se echó a reír y se volvió para seguir a Sarah.

Al trepar el barranco donde Strain Gulch se unía a la falda de la montaña, Red se encontró cara a cara con el gato de Sarah. La cabeza de Fee asomaba en la mochila, observando el escenario (y los esfuerzos de Red) con serena indiferencia. Red le hizo burlas al gato. Entonces resbaló en una roca suelta del tamaño de su puño y acabó a cuatro patas. Maldijo y se limpió el polvo, mirando al gato con mala cara.

—¿De qué sirve ese estúpido gato, por cierto? —preguntó, molesto.

—Siga escalando —respondió Sarah sin volverse—, y deje de malgastar fuerzas. Si tiene que preguntar para qué sirve un gato, no se merece conocer la respuesta.

Red hizo una mueca a sus espaldas y corrió para alcanzarla. El terreno se volvió más empinado y los lados de la cañada se cerraron alrededor de ellos. Las pendientes a cada lado estaban levemente pobladas de matorros y arbustos. Al alzar la cabeza, Red pudo ver picos redondeados a cada lado, con un tercer pico, más alto, directamente delante. Sarah avanzó zigzagueando, aprovechando las variaciones del terreno. Red la siguió. Esperaba que ella supiera adónde iba.

En una zona particularmente empinada subieron a cuatro patas para mantener el equilibrio, agarrándose a los matorros y arbustos para sujetarse. Red agarró una planta y esta se soltó del suelo seco y polvoriento. Resbaló un metro, despellejándose la piel de las manos y la rodilla, y se lastimó la rodilla contra una roca. Dio un respingo de dolor. Sarah se volvió y, agarrando un arbusto con la mano derecha, le tendió la izquierda. Él se ruborizó y la aceptó.

Miró el tranquilo rostro marrón de Sarah. De modo que soy un chico de ciudad y tú una escaladora, pero lo conseguiré. Doy lo mejor de mí mismo cuando me desafían.

Se aupó del brazo de ella y continuaron escalando. Red se lanzó al trabajo con renovada energía. Empezó a observar lo que hacía Sarah. Dónde colocaba los pies. Cómo elegía la ruta. Admiraba la seguridad con la que ella se movía, su esbelta gracia y su flexibilidad. La siguió obediente, respirando con dificultad. Una vez, miró atrás y se sorprendió al ver lo alto que habían llegado. El Blazer se había perdido de vista entre los árboles y rocas, pero estaban fácilmente a doscientos cincuenta metros

de altura. Resbaló un par de veces más con las rocas y las piedrecillas sueltas, pero consiguió agarrarse a algo para conservar el equilibrio. Sarah no volvió a mirar atrás para comprobar cómo estaba, y él apretó los dientes, sombrío.

Después de un rato, Red advirtió que se estaba esforzando a tope porque ella lo esperaba de él. Fue una revelación tan sorprendente que dejó de escalar un momento y la miró. Había manchas oscuras en su camisa, en los sobacos y el final de su espalda. Lo habían enviado a cuidar de Sarah por su propia seguridad y la de los Asociados, pero estaba siendo al revés. De algún modo, en el camino, había perdido el dominio de la situación, y no podía decir dónde ni cómo. Sarah era la clase de persona que, una vez había escogido una dirección, no podía dejar de arrastrar a los demás consigo.

A Red no le había gustado nunca ser subordinado. Le gustaba estar al mando. Tal vez por eso Sarah y yo nos caímos bien de inmediato cuando nos conocimos, pensó. Aunque yo nunca he sido el tipo de solitario que parece ser Sarah. Me gusta formar parte de un equipo. Me gusta cuando todo encaja en su sitio.

Siguió escalando. La debilidad de Sarah, decidió, era que aunque prestaba ayuda sin hacer preguntas, tenía dificultades para aceptar ayuda. Eso podía ser peligroso. En momentos cruciales, siempre era mejor tener a alguien que cuidara de ti.

¿Cuál era entonces el punto medio entre el individuo y el grupo? El péndulo seguía oscilando de un lado a otro pero no pasaba mucho tiempo en el centro. Un péndulo social. Él podía imaginar las ecuaciones. Podía incluso ver el equilibrio múltiple. Un simple pliegue o tal vez un pelo. Con solo cambiar un poquito el parámetro el ciclo se estropearía. Todo lo que hacía falta era que los Asociados lo adoptaran como objetivo, y luego mantuvieran una constancia de sentido durante cinco generaciones. Pero mantener un compromiso semejante tanto tiempo era imposible, el naufragio de los sueños. Como todo lo demás en la vida, los Asociados cambiarían a lo largo de los años, y los apasionados objetivos de una generación se convertirían en las venerables fábulas de otra.

Demonios, los niños nunca creían lo densa que era la nieve en la época de sus padres.

El sonido de un estampido lo distrajo. Se volvió a mirar hacia abajo.

—Es Crayle —le dijo Sarah.

Red pudo distinguir la figura del pistolero al fondo del barranco. Les estaba disparando, pero las balas quedaban cortas, levantando vaharadas de polvo en el terreno bajo ellos.

—Incluso un buen tirador tiene problemas para disparar colina arriba o colina abajo —comentó Sarah—, pero prefiero no esperar a que nos pongamos a su alcance.

—Solo tiene una pistola —señaló Red.

—Entonces prefiero no esperar a que tenga suerte.

Red vio al otro hombre recargar su arma, enfundarla, y empezar a subir tras ellos. No cedía, pero al menos iba a necesitar ambas manos para subir por los puntos

difíciles. Con todo, en lo referido a Crayle, era mejor no hacer suposiciones.

El resto de la subida fue más fácil que la parte que acababan de realizar, y otra media hora los llevó a la zona relativamente plana en lo alto de la montaña. El pico principal se alzaba a cien metros a su izquierda. El sendero regular que venía desde Morrison se encontraba a su derecha.

Red se sentía mareado, con náuseas. Se paró y se agachó junto al camino. Sarah lo miró.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé. Me parece que voy a vomitar.

—El mareo de la montaña —le dijo ella—. Si no se está acostumbrado al aire, esforzarse de esta manera puede provocarlo.

—Magnífico. ¿Cuál es la cura?

—Mudarse a Colorado.

Él le dirigió una mirada agria. Probablemente Sarah hacía también chistes sobre marearse en barco.

—Deme un minuto para recuperar el aliento.

Ella escrutó la pendiente que tenían detrás.

—Es mucho peor cuando se sube a una de las montañas altas de verdad. ¿Quiere darle también a Crayle un minuto?

—Demonios, no. Probablemente será una cabra montesa como usted.

—Vamos, pues. El sendero es para los turistas. No puede ser tan malo como subir por el barranco.

—Vale.

Él miró alrededor. Estaban en un alto risco. Varios picos se alzaban a derecha e izquierda, separados por cañadas donde el agua del deshielo caía a las llanuras. Las ruinas de un edificio se asomaban entre los arbustos al oeste. La Mansión Walker, pensó él. Falcon Castle. Entonces en aquel pico a la derecha, a cosa de un kilómetro y medio de distancia, debía ser donde Walker empezó a construir la Casa Blanca de Verano, justo antes de la Primera Guerra Mundial. Sacudió la cabeza. Walker fue un soñador, un sentimental de corazón.

Sarah redujo el ritmo y recorrieron el sendero juntos. Señaló los restos de la mansión.

—Era todo un personaje —dijo—. Periodista y agente inmobiliario, como yo.

Red sonrió.

—¿Es usted tan rica como él?

Ella se echó a reír.

—Todavía no.

Llegaron a las ruinas. La casa de Walker había sido alcanzada por un rayo en 1918. Salió ardiendo y Walker, desilusionado, sin un céntimo, y con el corazón roto por la muerte de su esposa dos años antes, nunca llegó a reconstruirla. Todo lo que quedaba ahora eran las paredes de piedra, rotas y descubiertas, con la alta chimenea

alzándose en ellas, todavía improbablemente intacta. Una verja oxidada roba las ruinas.

El edificio había sido construido en forma de U, con el patio abierto, encarado al suroeste. La chimenea estaba en el rincón noreste. Rodearon el ala sur hasta el patio. Había un cartel para los turistas, hablando de Walker y de su «Castillo» y de la Casa Blanca de Verano había empezado a construir para la nación con los peniques donados por los escolares de Colorado. Red lo ignoró y entró en el patio, rutó las ruinas. Una buena posición defensiva. Había estado en situación aquella vez en Jacksonville.

—Coloquémonos detrás del muro —le dijo a Sarah—. Aquí estamos demasiado expuestos.

No tenía sentido continuar. El aparcamiento era demasiado despejado y llano. Crayle podría alcanzarlos sin que estuvieran a cubierto. La pared que había ante ellos tenía una puerta flanqueada por dos ventanas. A su izquierda había otra pared, su sección media casi enteramente desplomada. Escalaron la verja y entraron por la puerta. Red dirigió inmediatamente a la ventana de la izquierda y, haciéndose a lado, estudió la ruta que habían seguido. Se abrió el mono para poder alcanzar su arma con rapidez, pero no la sacó, por si se acercaba algún turista corriente.

Escrutó los árboles al este. Podía ver las llanuras más allá del borde la montaña, donde se extendían perfectamente planas para encontrarse con el cielo. No había ni rastro de Crayle. Eso preocupaba o a Red como si pudiera verlo. Con Crayle, cualquier opción eran malas noticias.

No había tampoco ni rastro de Janie. Red comprobó su reloj. Llegaban temprano. Deseó que ella se diera prisa. Estudió sus inmediaciones. Los restos de las paredes, a la altura de la cintura, mostraban donde habían estado las diferentes alas del edificio. Marcas gastadas de humo decoloraban los ladrillos. Todo estaba roto, la planta original ida.

Sarah se apoyó contra la pared y se quitó la mochila. Sacó a Fee de un bolsillo especial y le rascó la cabeza. El gato entornó los ojos, complacido.

—¿Y ahora qué?

—Ahora esperamos.

—¿A Crayle?

—Tenemos un buen campo de tiro. Buena posición defensiva. Tal vez se dé cuenta de eso y renuncie.

Red no lo creía así, pero era una idea seductora, de las que podían hacer que ambos acabaran muertos.

Durante un rato permanecieron en silencio, roto tan solo por el viento entre los árboles. Entonces Sarah habló.

—¿Por qué lo dejaron?

Él mantuvo la mirada fija en el sendero que emergía de los árboles.

—¿Dejar el qué?

—La manipulación. Dijo que los Asociados lo dejaron.

Red gruñó.

—Quinn trazó la regla. Consideraba que no sabíamos lo suficiente para arriesgarnos a hacer cambios a gran escala. Demasiados efectos secundarios inesperados... e inaceptables. Observar y estudiar fueron sus palabras clave. A lo largo de los años se convirtieron en observar y estudiar y ganar dinero. —Hizo una mueca—. A nadie le gustó la regla, pero Quinn tenía fuertes motivos personales; y a excepción de pequeños ajustes para aumentar beneficios, los Asociados la han cumplido.

—Ah. Por supuesto, no decidir es también una decisión.

A él le sorprendió oír sus propias palabras. Se volvió hacia ella.

—¿Está intentando decirme algo?

—Usted quiere empezar a intervenir otra vez.

—¿Por qué dice eso?

—No lo sé. Por la forma en que habla. Su lenguaje corporal. Quiere cambiar las cosas. No le gusta estar sentado y hacerse rico a costa de la miseria de otros.

—Lo de hacerse rico no está mal, y siempre habrá gente con miseria. Pero tiene usted razón. Ya es hora de que los Asociados dejen de ser tan tímidos con las armas.

Ella negó con la cabeza.

—Es por una buena causa.

—¿No lo son todas?

—Tenemos que hacer algo —dijo él—. Porque Ellos están haciendo algo. Están criando una nación de tecnocampesinos.

—¿Tecnocampesinos?

—Sí. Lo bastante listos para hacer lo que se les dice y lo bastante dóciles para aceptarlo. Potencian cualquier meme que reduzca el análisis reflexivo o anime a la docilidad o la autoindulgencia o la uniformidad. Una sociedad dócil y uniforme es más predecible, y Sus predicciones serían más sencillas y más precisas.

Red volvió su atención hacia los árboles. No había apartado los ojos lo suficiente para que nadie cubriera la distancia, ni siquiera a la carrera.

—Pero no puede durar, igual que una oveja doméstica no puede sobrevivir en un bosque salvaje. Es un suicidio a largo plazo.

—Lo que veo que ocurre a mi alrededor es bastante malo de por sí —dijo Sarah—. Saber que la tendencia está siendo potenciada por una elite secreta es peor. Pero saber que Ellos lo hacen por simplificar sus malditas aritméticas me deja de piedra.

—¿Quiere combatir eso? De manera efectiva, quiero decir. Los juicios públicos y los debates y la «Plena participación por todas las partes afectadas» nunca consigue nada.

—¿Qué? ¿Me está ofreciendo un empleo?

Él se volvió y sonrió al ver su asombro.

—Sí. Ayúdeme a conseguir que los Asociados dejen su política de *laissez-faire*.

—Estoy en contra de todo lo que usted postula. El concepto mismo es repulsivo.

—¿No diría que eso la convierte en el recluta ideal? La última persona que querría en los Asociados es alguien que disfrutara del poder.

Sarah abrió la boca para decir algo, pero entonces cambió de opinión.

—No le entiendo, Red. En un instante habla como si quisiera liberar a las marionetas; al siguiente, como si quisiera ser el marionetista.

Él controló un brote de malestar. ¿Por qué ella no podía verlo? Si no hacían ahora algo para lastrar los esfuerzos de la Sociedad, sus nietos vivirían en la pobreza y la servidumbre. ¿Tan obtusa era? ¿O tan débiles eran sus argumentos? Le dio la espalda y se concentró en su vigilancia. Maldición. Deseó tener binoculares consigo. Le preguntó a Sarah si tenía unos en la mochila.

—Están en el coche.

—Para lo que nos sirven allí. ¿Qué ha traído aparte de un gato estúpido?

—Un hombre estúpido.

Red gruñó. Ella tenía razón. ¿Quién era él para quejarse? Después de todo, él mismo no había traído nada. Se agazapó y se arrastró hasta otro punto de observación. No era bueno quedarse demasiado tiempo en el mismo sitio, ni asomar el cuello a intervalos predecibles.

—¿Lo ve ya? —preguntó Sarah.

—No. Ojalá lo viera.

—¿Dónde está su amiga Janie?

—Llegaré cuando llegue. —Miró rápidamente su reloj. Ya llegaba tarde. Y sabía que Crayle estaba suelto, también. Se preguntó si Ellos la habrían interceptado... No, no era probable. Si Crayle venía a por ellos personalmente, no tenía a nadie más. A menos que estuviera allí simplemente por el desafío. Mano a mano. Palpó la pistola bajo su chaqueta. Tal vez podría hacerle pagar a Crayle lo de Jacksonville.

Sarah se cambió a una postura más cómoda y dibujó pautas en la arena con el dedo.

—Le contestaré ahora a su pregunta —dijo.

Él la miró, sorprendido.

—¿Qué pregunta?

—La del niño y el autobús. La respuesta es sencilla. Salvar al niño. No por su bien. Puede que crezca y se convierta en el monstruo que usted describe. Ni tampoco por bien de las víctimas. ¡Sino por mi propio bien! ¿Lo comprende? No se hace daño a la gente por cosas que no han hecho todavía.

Red asintió.

—Sería usted una recluta cojonuda —dijo.

—Sí. Red, ¿qué le pasó a Dennis? —Red la miró y ella se detuvo y tragó saliva—. ¡Dios, parece que eso fue en otro planeta! ¿Cree que está muerto?

Red estudió su cara y vio el dolor en ella. Tuvo que recordarse que había perdido amigos en este gambito. Eso le hizo sentirse más ansioso que nunca por tener a

Crayle a tiro. Había reglas en el juego. Si no eras un jugador, no eras un objetivo.

—No fue culpa suya —dijo—. No fue culpa de nadie.

—Fue culpa de Ellos.

—No lo sé. El mensaje decía que había desaparecido por completo, incluso de los archivos del hospital. —Frunció el ceño—. Eso no tiene sentido. ¿Por qué molestarse? Si Ellos lo querían muerto, habría sido más sencillo cortocircuitar una de sus unidades de cuidados intensivos. O incluso iniciar un incendio en el hospital.

Ella se estremeció.

—Son terribles —dijo—. Malignos.

—Por eso tenemos que detenerlos. Tenemos que empezar a esparcir antimemes.

—¿Combatir el fuego con el fuego?

—No sea cínica. ¿Ha combatido alguna vez un incendio forestal? A veces otro fuego es la única forma.

Ella sacudió violentamente la cabeza.

—¡No! Dice que Ellos nos han colocado cuerdas de marioneta y tiran de nosotros a su antojo. ¡Pero su único propósito es colocar otro conjunto de cuerdas!

—¿Qué haría usted?

—Cortar las cuerdas. Todas ellas.

Él le sonrió.

—¿Ha visto alguna vez una marioneta sin cuerdas?

—Sí. Pinocho.

Él parpadeó, sorprendido por su respuesta. La metáfora era siempre sospechosa, pero frecuentemente era también reflexiva. Casi pudo dónde podría llevarlos su observación.

—Tal vez Ellos no lo querían muerto —dijo Sarah—. A Dennis. Tal descubrieron que tenía la lista. Supongamos que él hubiera descubierto lo que significaba y la hubiera escondido. Entonces lo necesita con vida, ¿no?

A veces las necesidades de la gente eran muy básicas.

—Claro. Probablemente será eso —le dijo él.

—Querrían saber el análisis de factores que Carson y Quinn hicieron con las entradas, ¿no?

—Claro.

Él volvió a mirar el bosque. Crayle todavía no había hecho su aparición. Eso era un problema, porque ya tendría que haber aparecido. A Red se le pusieron de punta los pelos de la nuca. ¿Dónde estaba Crayle? Desenfundó la pistola. No creía que fuera a asomar ningún turista ya. ¿Un movimiento en el borde oriental de la altiplanicie? ¿O era el viento agitando las copas de los árboles? Cambió de posición y observó con atención a través del agujero de la ventana rota.

—Claro —continuó Sarah—. Las entradas de la lista estaban numeradas una, dos, y tres, así que Dennis y yo calculamos...

Él no la estaba escuchando más que a medias, así que pasó un momento antes de

que sus palabras calaran. Volvió la cabeza.

—¿Cómo ha dicho? ¿Tres? ¿Está segura?

—Sí. ¿Por qué? ¿Es importante?

Él abrió la boca para responderle, pero nunca llegó a pronunciar las palabras.

XIII

SARAH vio con horror cómo Red caía hacia atrás contra la pared de piedra. Chocó contra ella y luego cayó de bruces. Tras él, una salpicadura roja decoró las piedras. No se movió. El susurro del disparo ahogado resonó entre las ruinas.

Un tabique bajo corría en ángulo recto al muro, y Sarah se abalanzó hacia allí. El olor a polvo era fuerte. Por la forma en que Red había caído, el disparo debía de haber venido del noroeste. Al parecer Crayle se había abierto paso entre los árboles bajo la cima mientras ellos miraban hacia el este.

Ahora estaba atrapada. Red tenía la única pistola y había caído sobre el arma. Además, su cuerpo estaba casi con toda certeza dentro del radio de tiro de Crayle. Miró tras ella. ¿Podría salir arrastrándose sin ser vista? ¿No por la puerta, sino por otro agujero en la pared? Tal vez sí, tal vez no. Pero era mejor que estar allí tirada esperando una bala. Empezó a retroceder poco a poco hasta que sus botas tocaron la pared. Sondeó adelante y atrás con el pie, buscando un agujero.

Sí. Había otra salida. Era pequeña, pero le pareció que podría caber. Se introdujo en el agujero por los pies, tirando de la mochila. Fee se asomaba curioso en lo alto, como un rey en silla gestatoria. Al arrastrarse, la chaqueta y la camisa se le habían subido a Sarah, y las piedras la lastimaban ahora en el estómago y las costillas. Trató de no pensar que podría quedarse atascada a la mitad.

Sus caderas se lo pusieron difícil. Durante un momento, no pudo moverse. Se mordió los labios. Entonces empujó con todas sus fuerzas y se liberó. Una piedra le arañó las costillas en el costado izquierdo y sofocó un grito de dolor.

Finalmente, logró atravesar. Jadeó, rodó a un lado, y se sentó apoyando la espalda en la pared. Se palpó el costado donde la piedra la había cortado y notó la mano ensangrentada. No hay tiempo para relajarse, pensó. Crayle se acercaba.

Miró a la puerta a su derecha, donde Red era visible en parte. ¿Estaba muerto o solo inconsciente? En clase de arte, había aprendido qué aspecto tenía un cuerpo vivo y muerto. Un hombre muerto no yacía como si estuviera durmiendo o inconsciente. Todos los grupos de músculos opuestos deberían estar igualmente relajados.

Los esfínteres se relajaban también; pero ella no podía verle los pantalones desde donde estaba. Inspiró profundamente, pero no pudo oler nada tampoco.

Abrió la mochila y rebuscó en su interior. Encontró un espejo y su cuchillo de caza.

—Vamos, Fee —susurró.

Agachada, corrió hacia el rincón de las ruinas, manteniendo una pared alta entre

ella y el lugar donde consideraba que estaba Crayle. Allí se tumbó boca abajo en el suelo y con cuidado asomó el espejito por el borde. Tuvo cuidado de mantenerlo a la sombra para que no reflejara el sol de la tarde. Lo ladeó a un lado y a otro, viendo el «interior» de las ruinas.

Pudo ver la pared baja que había dejado atrás. Red estaba al otro lado, pero no podía verlo.

¡Allí! Vio el reflejo de un hombre acercándose a las ruinas. Retrocedió, manteniendo el espejo a la vista. Era Crayle, tal como lo recordaba de la biblioteca. Cuando llegó a la pared, blandió la pistola con ambas manos. Entonces, al ver que allí no había nadie, retrocedió, escrutando el terreno.

Ella lo vio rodear la parte trasera del edificio y sonrió, porque eso significaba que Crayle no sabía leer las señales. Las marcas en la tierra mostraban claramente por qué camino se había ido arrastrando ella. Sarah rodeó la esquina. Dejó el espejo en su sitio pero vuelto, de manera que ahora reflejaba la pared «exterior» donde acababa de estar.

Vio a Crayle saltar apuntando con la pistola directamente a la pared. Una vez más, un momento de vacilación mientras advertía el escenario vacío. Entonces bajó el arma y miró en derredor.

—Sé que estás por ahí, pequeña. —Pausa—. No te lo pongas difícil. Solo queremos interrogarte.

Increíblemente, Sarah descubrió que tuvo que sofocar una risa. ¿Tan estúpida creía que era?

Lo vio en el espejo mientras se dirigía hacia su posición. Cuando llegue a la puerta, pensó, saltará atrás hacia este lado. Era un movimiento obvio. Se preparó para saltar a la pared del fondo al mismo tiempo. ¿Y si no lo hace? Tragó saliva y observó con atención sus pies. Un hombre a punto de saltar se mueve de una manera determinada.

Sí. Saltó, y Sarah lo hizo también al mismo tiempo. Su corazón redoblaba ante este juego del gato y el ratón, pero se sentía extrañamente jubilosa, como si de algún modo estuviera más viva. Todos sus sentidos parecían extendidos hasta el límite. Podía oír los zapatos de Crayle aplastando la grava.

Esto no puede continuar eternamente. Tengo que hacer algo. ¿Cuánto tiempo falta para la puesta de sol? Conocía estas montañas. En la oscuridad podría escapar. Crayle no era un hombre del bosque.

Mantuvo los ojos pegados al espejo, sin atreverse a apartar la mirada para comprobar el sol. Le parecía extraño saber que le estaba dando la espalda a Crayle. Fee se acercó a ella y se frotó contra su pantorrilla. Fee. Tal vez podría ayudarla. ¿Un gato? ¡Sí!

—No sirve de nada, pequeña. Estás sola aquí arriba y te cogeré tarde o temprano. Igual que hice con tus amigos. Tendrías que haberle oído suplicar por su vida.

Tenía que referirse a Abbot. No podía imaginarse a Morgan ni a Dennis

suplicando.

Su plan tenía algo de desesperación. Crayle era un profesional y no sería fácil engañarlo. Pero pensaba que estaba tratando con una aficionada (de ahí sus intentos de hacerla hablar y revelar su posición), y eso le daba una ventaja. Desenvainó el cuchillo de caza y, tras inspirar profundamente, recogió a Fee.

—Perdóname, Fee —susurró.

—Y cuando me haya encargado de ti —dijo Crayle—, volveré a Denver y terminaré el trabajo con tu amigo el maricón.

Dándole la espalda al espejo, Sarah lanzó a Fee lo más lejos que pudo a lo largo de la pared exterior. Fee, aterrado y asombrado, chilló y aterrizó con un golpe y corrió hacia los árboles, dispersando hojas y ramas.

Sarah saltó a la derecha con el cuchillo listo para ser lanzado. Vio a Crayle a diez metros de distancia mirando a través del agujero de la ventana en dirección al gato. Apuntaba con su pistola, pero debió captar el movimiento de ella por el rabillo del ojo, porque se volvió a mirarla justo cuando lanzaba el arma.

Fue un destello de movimiento. El cuchillo se enterró en la base de su garganta. Crayle se tambaleó y la sangre arterial chorreó por la herida. Su mano derecha hizo un movimiento abortivo hacia el mango y la derecha se tensó convulsivamente en la pistola. La pistola se disparó y las chispas rebotaron entre las piedras. Una expresión de infinita sorpresa asomó a su rostro. Dejó caer el arma y se desplomó como un globo pinchado, primero de rodillas, luego de espaldas.

Sarah echó a correr hacia él pero vaciló. No te fíes de Crayle. Se acercó con cautela, dispuesta a saltar en busca de protección.

Crayle yacía en el suelo junto a Red, pataleando en el polvo. Volvió los ojos hacia ella con expresión de incredulidad. Entonces los ojos se vidriaron y él se desplomó y quedó quieto.

Sarah empezó a temblar y sintió que las rodillas se le debilitaban. Se sentó en cuclillas y se cubrió la cara con las manos. Se acabó. Sollozó y las lágrimas le corrieron por las mejillas, dejando marcas sucias en el polvo que la cubría.

¿Cómo se podía entender a alguien como Crayle? Una vez fue niño, con inocencia de niño; y sin duda sus padres nunca habían pensado que se convertiría en esto. Había mamado y había jugado con sus deditos. Había deleitado a sus padres con sus vacilantes primeros pasos. Ahora estaba muerto. ¿Dónde, en el camino de bebé a cadáver, se le había escapado el alma?

A cuatro patas, Sarah se arrastró hasta donde estaba Red. Le buscó el pulso en la garganta. ¿Lo había? Le pareció sentir algo, pero podía tratarse tan solo de su imaginación.

—Oh, Red —dijo tristemente.

Hubo un brusco chasquido tras ella y se dio media vuelta. Una mujer mayor, vestida de ropa vaquera con un rifle de mira telescópica acunado en el brazo izquierdo.

—Buen trabajo, muchacha —dijo.

Había algo familiar en su cara agostada por el viento. Durante un instante, Sarah no pudo situarla. Entonces recordó.

—¡Usted! ¡Usted estaba en la biblioteca con Crayle!

—Ajá —se acercó y contempló el rostro de Crayle—. Sí que parece sorprendido. No puedo decir que se lo reproche. Siempre solía ser al contrario. Los que son como él nunca piensan que les tocará algún día. —Miró a Sarah—. Sobre todo viniendo de alguien como usted, muchacha. Yo misma estoy sorprendida.

—Usted es... —Sarah se levantó y la miró—. ¡Usted es Jane Hatch!

Ella asintió, todavía mirando a Crayle.

—¿Cómo está Malone? ¿Sobrevivirá?

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

Ella se encogió de hombros y escupió tabaco.

—El suficiente. Es usted dura. La mayoría de la gente se habría quedado paralizada de miedo.

Hizo el rifle a un lado y se arrodilló junto a Red. Sus manos sondearon expertas.

—Una herida en el hombro —dijo—. Una contusión. Debe de haberse golpeado la cabeza contra la pared. Menos mal que tiene la cabeza dura.

—¿Cuánto tiempo lleva observando?

Janie se volvió y la miró. En sus ojos tranquilos a Sarah le pareció ver algo de Crayle. Despegue. Distanciamiento del mundo que la rodeaba.

—¿Por qué quiere saberlo, jovencita?

Sarah señaló el rifle con la mira telescópica.

—Podría haberle disparado, ¿verdad? ¡Pero le dejó acecharme como un animal!

Janie negó con la cabeza.

—Es la naturaleza, jovencita. Nosotros no interferimos. Siempre es cosa del pájaro que la serpiente ataque o no.

Durante sus conversaciones con Red, Sarah había pensado que tratar de guiar el curso de la historia implicaba una arrogancia suprema. Ahora, de repente, vio que lo contrario también era cierto. Había algo igualmente arrogante en los que se quedaban a un lado y miraban sin hacer nada.

Le dio la espalda a Janie, los brazos extendidos a los costados, los puños cerrados. Notó calientes las lágrimas en sus mejillas. Tenía que terminar. Tenía que haber un final. La Sociedad y los Asociados por igual. Odiaba su secretismo, su insensibilidad. Incluso sus buenas intenciones eran frías.

Su gusano lo haría. Destruir sus bancos de datos los sumiría a ambos en la confusión. Tal vez le daría a ella tiempo para pensar. Y el gusano tenía también un aguijón. Un codicilo que esperaba que destruyera su arrogante mundo para siempre.

Cuando conoces el secreto mortal de alguien, solo hay una forma de estar a salvo. Decírselo a todo el mundo. Si ya no era un secreto, no tendría sentido que le dieran a ella un trato especial. Por eso había instruido a su gusano para que copiara todo lo

que encontrara y lo descargara anónimamente en la red... y en todos los sistemas de canales de televisión, periódicos, policía y gobierno que pudiera encontrar. Eso incluía también descargar los archivos de Morgan.

Sabía que ambas organizaciones estaban bien infiltradas en las comunidades de los medios y de inteligencia. Eran ricas, poderosas, y harían todo lo posible por ridiculizar y silenciar la verdad. Y tal vez podrían hacerlo, esta vez, pero Sarah no lo creía. Los hechos estarían muy ampliamente repartidos: demasiados podrían ser verificados independientemente; y, en el fondo, las dos sociedades debían ser demasiado pequeñas para bloquear todas las salidas posibles. De otro modo, no habrían permanecido en secreto durante tanto tiempo. Quizá millones de personas se burlarían: pero millones creerían.

Nunca se puede hacer solo una cosa. Además de bloquear sus egoístas maquinaciones, también bloquearía el bien que pudieran hacer. Los Fundadores habían acabado con la esclavitud, posiblemente habían impedido una guerra atómica. Red planeaba bloquear los intentos de la Sociedad por crear una Sociedad Dócil. Nobles objetivos. ¿Hacía bien ella al sabotear también esos esfuerzos?

No lo sabía. Ya habría mañana tiempo suficiente para preocuparse por eso.

Se acercó al cuerpo de Crayle y lo observó. Reprimiendo una oleada de repulsión, se apoyó en una rodilla y le sacó el cuchillo de la garganta. Sus ojos desenfocados la miraban y ella apartó la vista. La segunda vez será más fácil, dijo una voz en su cabeza. ¿El fantasma de Crayle? No habría una segunda vez, juró. No si podía evitarlo.

Alzó la cabeza. Oscurecía. Janie había recogido su rifle.

—Voy a la furgoneta a traer mi maletín de primeros auxilios. ¿Por qué no me acompaña? Puede esperarme allí hasta que pueda llevármelo.

Sarah clavó el cuchillo en la hierba para limpiar la sangre de la hoja. Red se recuperaría. Se alegraba. No estaba de acuerdo con él, al menos no enteramente, pero se alegraba de que estuviera vivo para seguir discutiendo. Había algo de Morgan en aquel hombre.

—No. Gracias —dijo. Se levantó y se guardó el cuchillo en el cinto—. Tengo algo más que hacer.

Atravesó la puerta rota, salió y escaló la verja. Entornó los ojos ante la oscuridad cada vez mayor. Los árboles eran altos y negros y el liento pasaba entre sus agujas con el sonido de una multitud distante. Tuve que hacerlo, pensó. Lo entenderá. Se encaró hacia los matorrales y se agachó.

—¿Fee? —llamó en la noche—. ¿Fee? Vuelve. Te necesito.

SEGUNDA PARTE
Una rosa con otro nombre

ENTONCES

EL día de Davis Belleau empezaba despacio, tendido en la cama y saboreando su café de la mañana. En parte era debido a su temperamento. Educado en Louisiana, estaba acostumbrado a tomarse las cosas a su ritmo tranquilo y natural. En parte era debido a su edad. Sus huesos eran frágiles y sus articulaciones protestaban con cada movimiento.

A veces anhelaba su perdida juventud, la época en que fue joven y ágil. El muchacho más rápido en tres parroquias, decían, y se referían a rápido no solo de cuerpo. A veces los recuerdos eran tan fuertes que casi podía olerlos. Cazar con perros en la plantación de su padre, el fuerte olor de la carne de caballo en la nariz: o navegar a percha por los arroyos, el olor de las magnolias o los cipreses como una bruma a su alrededor. Arrastrarse por los matorrales para espiar a la vieja bruja negra que vivía en la ciénaga. Las agujas de pino rozando su cara y el negro lodo del delta resbalando entre los dedos de sus pies. El olor a las aguas empantanadas. La vieja podía ver el futuro, le habían dicho. Podía leerlo en una bola de lodo y huesos de pollo que olían a cementerio, y Belleau se había visto poseído por un abrumador deseo de leer el futuro él también.

Ahora, naturalmente, solo deseaba no poder hacerlo, porque el futuro era lodo y huesos y cementerios.

En otras ocasiones recordaba que el mundo de su juventud había desaparecido más allá de toda memoria. No era simplemente que él se hubiera hecho viejo, sino que el mundo en sí mismo había muerto. Ahogado en sangre en Pittsburg Landing y en Gettysburg, y ofrecido como holocausto en las llamas de Atlanta. El nuevo mundo era mejor; las ecuaciones lo demostraban. Este presente era mejor que el futuro que habría sido. Sin embargo, Davis Belleau se encontraba incómodo con él.

No se trataba de la tecnología, extraña y maravillosa como era. Las vías férreas abarcaban ahora el continente y los caballos de hierro habían sustituido a los barcos fluviales de su juventud, pero era la vida interior lo que había cambiado y lo había dejado atrás. De todas las pasiones que una vez habían espoleado a los hombres a la acción, m una despertaría hoy un atisbo de emoción. Los hombres corrían tras nuevos estandartes: monedas de plata... acciones de ferrocarril... ¿Qué eran esas trivialidades contra derechos de estado o nulificación, la cuestión arancelaria o la abolición? Todos los grandes temas habían sido decididos ya. He sobrevivido a mi propia vida.

Alguien había cogido unas tijeras y había cortado el pasado y este había desaparecido. Y el hecho de que la mano de Belleau hubiera ayudado a cortar no importaba nada.

La habitación de Belleau olía a edad. Las cortinas, tupidas y ajadas, bloqueaban el sol y lo envolvían todo en sombras. Belleau hizo a un lado su café. Cerró los ojos y se

relajó en las almohadas. Tras sus párpados, podía ver las ecuaciones. Las que habían convertido una sociedad inofensiva de filósofos naturales en... ¿en qué? ¿En salvadores? ¿En amos? Oyó de nuevo voces olvidadas. Eli protestando de que sabían demasiado poco para emprender ninguna acción; Jedediah argumentando que el retraso podría llevar a la catástrofe; Isaac siguiendo su propio dictado pero mirando fijamente las marcas de tiza en la pizarra como si, a base de pura concentración, pudiera convertirlas en una solución más agradable.

¡Dios mío, qué jóvenes éramos todos!

—Ninguna acción es responsabilidad nuestra —había protestado Phineas. Su mano destelló: la tiza trazó una curva matemática en la pizarra—. Esas son las cifras de las últimas décadas. Las he pasado por las máquinas y les he dado forma de ecuación. Aquí está la proyección. —La tiza susurró. La curva creció—. La esclavitud se está muriendo. Los estados fronterizos ya están hablando de manumisión. Virginia tenía trescientos mil esclavos en 1790; hoy, apenas tiene cuatrocientos mil cuando el aumento natural debería de haber producido un millón y medio. Solo ha habido algún crecimiento en el Profundo Sur... a causa de la burbuja del algodón. Todos los jóvenes ambiciosos buscan sus fortunas en el algodón, pero esa burbuja estallará y la esclavitud del algodón seguirá el camino de la esclavitud del tabaco. Si no hacemos nada, los próximos cincuenta años verán el final de todo este lamentable asunto. ¿No tengo razón, Hermano Eli?

Eli se agitó y se encogió de hombros.

—¿Sabemos tanto? ¿Tanto confiamos en nuestros propios datos? Nuestras ecuaciones pueden estar grotescamente equivocadas.

El bastón de Jedediah Crawford golpeó el suelo como la maza de un juez.

—Sabemos lo suficiente para que no hacer nada fuera una cobardía del peor tipo. Cada año que la esclavitud persiste es otro año más cerca del desastre.

Se puso en pie con dificultad y cojeó hasta la pizarra, donde dibujó una curva en forma de S en lo alto de la curva de caída de la esclavitud.

—Puede que la esclavitud esté muriendo, pero el cadáver sigue demasiado vivo. Retrasémonos, y Estados Unidos no será lo suficientemente fuerte para impedir que las Alemanias Unidas exploten el Arma Definitiva.

—El Arma Definitiva. —La voz de Eli estaba cargada de escepticismo—. La extrapolación es azarosa en el mejor de los casos. ¿Qué explosivo podría ser tan potente?

Isaac habló por primera vez.

—¿Quién puede decirlo? Puede que incluso no sea química.

Meechum hizo una mueca.

—¿No química? ¿Entonces qué?

Isaac inspiró profundamente.

—No lo sé. No quiero saberlo. Seré polvo mucho antes de que sea concebida, y estoy eternamente agradecido por esa pequeña amabilidad que Dios me ha mostrado.

A veces... —Y miró una vez más las ecuaciones, como un papista ante sus ídolos—. A veces, hay consuelo en ese tipo de cálculos.

Davis Belleau, observando con el ojo interno de su memoria, vio a su yo más joven sacudir la cabeza. No con la duda de Eli o de Phineas, ni con el temor de Isaac o Jedediah, sino con otra emoción distinta. Solo él, de todos los que ocupaban aquella habitación aquel día, tuvo una noción de lo que iba a venir.

—No podemos esperar a que la esclavitud expire. —Era de nuevo el Hermano Jedediah. Natural de Vermont, brillante, incisivo, visionario. Cojo de nacimiento por un pie torcido. Crawford había sido el primero en ver en la obra de Babbage el potencial para una ciencia nueva, una ciencia que tratara la fabricación, la economía, la política, toda la sociedad, como un gran y complejo rompecabezas científico. Había construido la primera burda máquina de cálculo y había dado forma a las maravillosas tarjetas de madera con los agujeros perforados en lugares estratégicos que permitían que las máquinas almacenaran sus estadísticas e instrucciones.

Y ahora les estaba diciendo que el mundo no era un rompecabezas científico sino un problema de ingeniería.

—Señor —respondió Meechum—, no niego la necesidad. Recordará usted que las primeras sociedades abolicionistas se fundaron en el Sur, no en el Norte. La esclavitud ha empobrecido a mi país. Las plantaciones de algodón cubren la tierra, pero nosotros tejemos menos del dos por ciento de las mismas. Tenemos menos de un cuarto del trazado ferroviario que la Unión Federal. Nuestros bancos contienen menos de diez millones de dólares en depósito. La ciudad de Nueva York sola tiene el doble de capital líquido que todo el Sur. —Hizo un gesto hacia las curvas enmarañadas que habían dibujado en la pizarra—. Nuestros niños se mecen en cunas del Norte; nuestros muertos se entierran con azadas del Norte. Pero no podemos meter a la fuerza la abolición por la garganta de nuestros compatriotas. ¡Si intentáramos hacerlo, el Sur iría a la secesión!

—El Sur hablará de secesión —dijo Phineas—. Hemos oído ese cántico desde el Asunto de la Nulificación, y no ha pasado nada. ¡Además, de cinco millones de sureños, apenas trescientos cincuenta mil son dueños de esclavos, y la mitad de ellos poseen menos de cinco esclavos por cabeza! ¿Por qué iban a sufrir cuatro millones de agricultores y campesinos por los privilegios de los ricos plantadores?

Isaac estaba escribiendo en una libreta. Miró los rostros de los hombres que discutían.

—¿Y si el Sur va a la secesión? —dijo—. Buen viaje, ¿no? —Señaló la curva de crecimiento tecnológico—. Sin esa piedra de molino alrededor del cuello...

Meechum se puso rojo y Davis sintió que se enfadaba.

—Le advierto, señor, que insulta nuestro honor...

—Si el Sur va a la secesión —le dijo Eli a Isaac en voz baja—, el Norte luchará. Y probablemente el Oeste también. No por la abolición, sino para preservar la Unión. Nada bueno puede salir de eso.

—¿Luchar? —Rio Meechum—. Si el Sur deja la Unión Federal, el Norte no se atreverá a nada. Los caballeros del Sur están entrenados para combatir desde que nacen. ¿Cómo puede una nación de tenderos y mecánicos enfrentarse a ellos?

—¿Cómo? —preguntó Isaac, divertido. Se levantó y se acercó a la pizarra. Cogió la tiza y escribió un conjunto de ecuaciones y luego dio un paso atrás.

Davis estudió las ecuaciones y sintió que se le helaba el corazón.

Meechum hizo una mueca, recuperó la tiza, y añadió otro término. La solución cambió. Victoria del Sur.

Isaac negó con la cabeza.

—Ni Inglaterra ni Francia participarán en la lucha.

—Lo harán, señor, pues el algodón del Sur los mantiene. Intervendrán o se quedarán con el culo al aire.

Phineas y él se rieron, y Davis se maravilló de lo cerca que estaban Mississippi y Massachussetts en algunas cosas.

—¡Caballeros! —Jedediah golpeó el suelo una vez más—. Perdemos el tiempo. Solo puede haber guerra si el Sur va a la secesión. Y el Sur solo irá a la secesión si cree que el Gobierno Nacional lo obligará a la abolición. Eso solo puede ocurrir si los electores eligen a un presidente abolicionista y la legislatura del estado nombra una mayoría de senadores abolicionistas. Y como ni Whiggery ni la democracia corren peligro de control abolicionista, hay pocas posibilidades de eso. Multipliquen el problema, si quieren. El producto es insignificamente pequeño.

Pero no cero. Incluso ahora, décadas después, Davis Belleau recordaba ese pensamiento.

¿Señor?

Belleau se agitó y abrió los ojos al presente.

—Algo salió mal —le dijo a la figura que tenía delante—. Algo salió mal.

—¿Señor? —Su criado se encontraba ante él, con un asombro amable pintado en el rostro.

—¿Qué pasa, Georges? —preguntó Belleau, irritado.

—Un mensaje para usted, señor. De la banca de Gorman y Stout. El chico tiene instrucciones para entregarle el paquete solo en mano.

Más tarde, Davis se sentó a solas en el saloncito, con el desayuno por delante, y alzó el sobre para que captara mejor la luz. Aquella letra... ¡No podía ser, no después de todos estos años! Aumentó el gas. Las llamas sisearon y la habitación se iluminó. Inspeccionó la letra una vez más.

Sí. Era de Brady Quinn.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que Brady desapareció? Más años de los que Belleau quería recordar. ¡Aquella mente sí que era aguda! Una de las mejores de la Sociedad. Pero Brady no tenía estómago para el trabajo de la Sociedad. Lincoln.

Belleau lo recordó ahora. Ese fue el motivo por el que Brady dimitió. Una acción lamentable, pero necesaria. Las ecuaciones lo habían demostrado.

Algunas de las tarjetas perforadas habían desaparecido con Brady. Belleau recordaba habérselo dicho a Isaac, y el Hermano Isaac, que nunca que Davis recordara había mostrado otra emoción que la determinación, agachó la cabeza y lloró en silencio. Era curioso lo claros que eran los antiguos recuerdos, mientras que los de ayer resultaban nublados y confusos. Isaac era el mentor de Brady, pero Belleau siempre había sospechado que había algo más detrás de la pena que la dimisión de su protegido o el robo de algunas tarjetas. Como si Isaac ocultara algún terrible secreto en su corazón.

Davis sopesó el sobre. Y ahora aquí tenía noticias de más allá de la tumba.

¿O no? Recordó la carta adjunta y se sacó los bifocales del bolsillo del chaleco. «Honorable Davis Belleau, caballero. Saludos», etc., etc., etc... Se saltó las florituras verbales y se dirigió al meollo del mensaje.

Brady había dejado el sobre al cuidado de Gorman y Stout en 1866 con indicaciones para que fuera entregado en o alrededor del 16 de mayo de 1876, «a cualquiera de los siguientes caballeros que esté en disposición de recibirlo». Jedediah Crawford; el honorable Isaac Shelton; el doctor Elias Kent; el coronel Meechum Clark... La visión de Belleau se nubló de lágrimas. Todos muertos ya, excepto el Hermano Isaac, pero senil. Una lágrima cayó desde su mejilla y la tinta de la carta se corrió.

Con una súbita sacudida, pasó el abrecartas por el sobre. En su interior había dos páginas de apretada letra. Belleau vaciló un momento, luego las sacó y leyó.

Mis queridos camaradas:

No sé si alguno de vosotros estará vivo cuando sea entregado este mensaje, ni si yo mismo viviré. Sin embargo, sé que os merecéis una explicación por lo que voy a hacer; y, quiera Dios, al menos uno de vosotros leerá estas líneas y comprenderá.

El Hermano Eli tenía razón cuando advirtió que nuestro conocimiento era demasiado leve para lo que intentábamos. Con demasiada frecuencia, nuestras acciones han tenido consecuencias no previstas en las ecuaciones. Sin embargo, he sido incapaz de disuadirlos del camino que el Hermano Crawford nos impuso. Muy bien. Comprendo la urgencia y sinceridad con la que perseguís el Objetivo.

Sin embargo, es la propia sinceridad de esa consecución lo que me perturba.

Mi protegido (su nombre no importa) ha descubierto un dilema y, entre los dos, puede que hayamos encontrado una solución; pero debo estar libre de la Sociedad para llevarla a cabo. Si nuestros cálculos están libres de error,

la crisis que prevemos es inminente mientras leéis esto.

La advertencia es esta: la Sociedad misma es «un complejo ideónico en el sentido de Babbage» y, como tal, está sometida al cambio evolutivo. En el juego familiar, un niño le susurra una historia a su vecino, quien a su vez se la susurra a su vecino, y así sigue el ciclo. Cuando el último niño recita la historia en voz alta, se parece en poco a la original. De esa manera ha susurrado Jedediah Crawford un conjunto de ideones en los oídos de Isaac y Phineas; y ellos, a su vez, lo han susurrado a otros, entre ellos yo mismo. Pero en la sexta repetición, los ideones originales de la Sociedad se habrán deteriorado hasta el punto de que tendrán poco peso entre los miembros de entonces. Ellos perseguirán sus propios objetivos egoístas, no los de los Fundadores.

Qué tontos fuimos al suponer que podríamos permanecer al margen de las fuerzas que estudiamos.

He tomado medidas para contrarrestar esto, formando en secreto una sociedad derivada. Hemos mantenido el Juramento y las ceremonias pero hemos alterado las Reglas de modo que, esperamos, sean menos fáciles de distorsionar. Nuestra nueva Sociedad no emprenderá ninguna acción. Se han cometido demasiados errores, y se ha derramado demasiada sangre. Regresaremos al propósito original del estudio erudito y esperamos que en el proceso podamos aprender lo suficiente para rectificar los errores del pasado.

Algunos de nosotros fuimos miembros de la Sociedad, pero he eliminado todo rastro de las Tarjetas. Perdonadme por eso, pero era necesario que germináramos en aislamiento.

En cualquier caso, sigo siendo

Vuestro Seguro Servidor

BRADY TEMPLETON QUINN

Las páginas crujieron cuando Belleau las soltó. ¿La Sociedad? ¿Abandonar los principios fijados por el Hermano Jedediah? ¡No, eso no era posible!

Y sin embargo... Ahora que la posibilidad había quedado señalada, los mecanismos y ecuaciones que la describían estaban claros. Y el momento se produciría... Hizo los cálculos mentalmente, maldiciendo la lentitud de su mente. Demasiado tiempo confiando en las máquinas de Babbage habían lastrado las habilidades que había desarrollado en su juventud. Hizo algunas simplificaciones en los números. Solo quería una estimación.

El momento vendría... ¡pronto!

Se agarró a los brazos del sillón hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Había que advertir al Consejo. ¿Por qué no había dicho nada Brady hacía años? ¿Por

qué había esperado hasta ahora, para hablar desde el pasado?

Davis Belleau se levantó y caminó hasta el escritorio. Sus dedos pasaron los días del calendario que había allí. Sí. El jueves próximo habría una reunión del Consejo. Como consejero emérito, podía asistir. Lo haría. Advertido incluso tan tarde, Grosvenor Weil podría todavía impedir el golpe que Brady había previsto.

AHORA

Capítulo I

Easton, Philadelphia

El capitán se dio cuenta gradualmente de la conmoción en la sala de la comisaría. Dejó el bolígrafo sobre la mesa y se dirigió a la puerta de su despacho y se asomó. Era alto y rudo, todavía delgado y en forma porque hacía *footing* todas las mañanas por la zona sur. La impresora corría como una ametralladora y los agentes y el personal civil estaban congregados a su alrededor, hablando excitados.

—¿Qué pasa? —preguntó. El papel de la impresora se acumulaba en la cesta—. ¿Qué es esto?

Uno de sus detectives estaba leyendo las hojas según iban saliendo.

—No lo sé, capitán —dijo—. Hay un montón de cosas que me parecen un puro galimatías, pero creo...

Y extendió la mano hacia la impresora, encontró una página, y la rasgó por las perforaciones.

—Creo que hay una línea sobre ese desconocido que encontramos hace tres años en Riverside Park.

El capitán cogió la hoja. No pasaban muchas cosas en esta ciudad, y el desconocido había sido noticia de gala durante nueve días en el *Express*. Siempre le amargaba que el caso hubiera quedado sin resolver. Había algo que no le parecía bien en aquello, algo en lo que nunca podía poner el dedo. Los periódicos decían que la víctima era un vagabundo, pero el muerto no tenía el aspecto de los tipos que vivían en la calle.

960709.01 T. CRAYLE A CONSEJO. B. SIMPSON ELIMINADO @ EASTON, PA.

CIERRE ARCHIVO.

—Eso no es todo, capitán.

Alzó la cabeza. Era la encargada del ordenador quien había hablado. Una mujer baja y regordeta que llevaba «gafas de abuelita» y ningún maquillaje.

—¿Qué?

—Bueno... —Alzó un puñado de papeles—. Tiene usted que contactar con alguien, pero no estoy segura de si con el FBI o con el *National Enquirer*.

Ciudad de Nueva York, Nueva York

—Vale, vale, pero ¿de dónde viene?

Greg Houvanis miró a los otros periodistas congregados alrededor del terminal en la redacción del New York Times.

—¿Quién sabe? —dijo uno de ellos, agitando una mano—. Algún *hacker* gastando una broma.

Houvanis examinó algunas de las hojas.

—¿Qué clase de broma es esta? Parece un vaciado de los archivos informáticos completos de alguien.

—Sí. Como estaba diciendo...

—¡Abran paso! ¡Abran paso! —El redactor jefe avanzó entre el mar de periodistas como el Queen Elizabeth partiendo las olas. El redactor de local lo seguía, retorciendo las manos y con aspecto inseguro—. ¿De qué va la fiesta? —preguntó el redactor jefe, y cogió una de las páginas de las manos de uno de los periodistas y la leyó. Entonces hizo una bola de papel con él—. ¡Apaguen esa maldita cosa!

—Pero...

—Que la apaguen, he dicho. No voy a ver cómo el presupuesto de nuestra oficina se malgasta porque un *hacker* loco quiere enlazar con nuestro terminal.

Alguien le obedeció y la impresora guardó silencio.

—¡Ben! —llamó el redactor al chico de los recados. Le puso en las manos la hoja de papel arrugada—. Lleva toda esta basura a la trituradora y encárgate de que lo quemem. Y que alguien borre los archivos basura del servidor. Tengo que hacer algunas llamadas. Y en cuanto a los demás —añadió, dirigiéndose a los periodistas—, ¿ya tenéis todos los artículos que me hacen falta?

Greg se volvió a su mesa con el resto. Conectó su ordenador y pasó pantallas hasta encontrar el gráfico que estaba reescribiendo. Durante unos minutos se perdió comprobando datos y tecleando. Entonces sintió una presencia junto a su mesa y alzó la mirada y vio a Ora Harris. Era nueva en la redacción; apenas la conocía.

—¿Sí, Ora? ¿Qué pasa?

Ella miró a derecha e izquierda, y luego le tendió una página impresa de ordenador.

—No deje que el redactor jefe vea esto. Pero ¿no dijo que Morgan Grimes era amigo suyo?

Él cogió la página y vio que su mano temblaba.

—Sí.

Se había pasado meses sin hablar con Morgan. Entonces, hacía dos semanas, recibió una llamada suya pidiéndole que investigara unos asuntos en la morgue del Times. Ahora Morgan estaba muerto. La vida era curiosa. Miró la hoja que le había entregado Harris.

CIERRE SUBARCHIVO

—¿Qué es esto?

—Aquí no —dijo ella—. Lléveselo a casa y léalo. No es mucho. Solo esa página: pero la estaba leyendo cuando llegó el redactor jefe y me acordé de que mencionó la muerte de su amigo y... ¿Señor Houvanis? Pregúntese por qué el redactor jefe estaba tan ansioso por detener la impresora.

Montreal, Quebec

Frunció el ceño ante la pantalla. ¿Qué podía haber hecho que la aplicación se atascara? ¿Memoria insuficiente? *C'est impossible!* Pulsó unas cuantas veces y activó el catálogo. Repasó la lista. *Voilà!* Una aplicación no identificada. Un programa pirata.

—Merdel —dijo entre dientes. ¿Qué estaba haciendo un virus en su sistema? ¿Cómo había entrado? Pulsó unos cuantos comandos más y estudió el resultado. Tardó unos instantes en captar el impacto de lo que estaba leyendo. Entonces se enderezó y pulsó la desconexión de emergencia.

»Merdel —repitió, con mucho más sentimiento.

Langley, Virginia

La impresora cobró súbitamente vida y Jen Samuals se agitó en su asiento. Hizo a un lado su libro y giró la silla para ver la pantalla. Cogió el teléfono y leyó el encabezado de la primera gráfica para ver a qué agencia tenía que notificar.

—¡Oh, mierda! —dijo, y colgó rápidamente el teléfono. Repasó las siguientes páginas, leyendo a toda velocidad—. ¡Oh, mierda! —repitió. Extendió la mano y pulsó el botón de parada de emergencia. El terminal suspiró y se apagó. La impresora se detuvo a media línea.

Trabajando con rapidez, sacó las hojas ya impresas y las pasó por la trituradora. La trituradora guardó silencio justo cuando Leslie salía del lavabo.

—¿Qué pasa? —preguntó mientras Jen retiraba un papel trasero de la máquina.

—Un corto o algo —le dijo ella mientras arrancaba un cable suelto de su conexión.

San Francisco, California

—Sí, Prudence, ¿qué ocurre?

—Me temo que no va a gustarle esto, señor Kennison.

—¿Sí?

—Hay una bienvenida mejor.

—El círculo sigue intacto. Informa.

—¿Lo has visto?
—¿Ver el qué?
—¡Dios, está apareciendo en todos los ordenadores del país!
—¿Qué es?
—Convoca a los Seis, Bradford. Tenemos que tomar una decisión.
—¿Tan serio es?
—¿Serio? Todo ha cambiado. Dios mío, todo ha cambiado.

Austin, Texas

—Otra noticia de esta mañana, los ordenadores de todo el país fueron atacados por un *hacker* informático desconocido. En una broma que recuerda al famoso incidente del Capitán Medianoche...

Saint Paul, Minneapolis

—Eh, Fred, sirve otra ronda para mí y mis amigos. —Se volvió hacia los otros hombres del bar—. Pues mi jefa va y dice que olvidemos todo el asunto. Eso solo animará a otros bromistas. Pero leí algunas de esas páginas y pienso que...

Seattle, Washington

—Esta emisora ha descubierto, a través de una fuente confidencial, el nombre del *hacker* responsable de la broma de la semana pasada en internet...

Washington, Distrito de Columbia

—¿De qué crees que va todo esto, Vince?

—Oh, nada de lo que preocuparse, senador. Una *hacker*, dijeron en televisión. Una mujer despechada por la muerte de su novio en un asunto de drogas.

El senador frunció el ceño y adelantó la barbilla en su famosa pose.

—¿Hay algo que el Senado debiera considerar?

Su secretario hizo una pausa y reflexionó. Estaba cubierto de un sudor nervioso y esperaba que el senador no se diera cuenta. No había tiempo de llamar al Hermano Ullman para pedir instrucciones. Tendría que capear el temporal. Más tarde, se reuniría con algunos de los otros secretarios. Para elaborar una estrategia común. Reparar esta filtración sin duda sería un asunto «bipartito».

—Esos *hackers* ansían la publicidad —dijo juiciosamente—. Si hacemos de ello un caso federal, la semana que viene habrá una docena de incidentes.

Quizás esa sería la mejor estrategia, pensó. Inundar el mensaje de tonterías y desinformación absurda. El mejor lugar para ocultar un asesinato, después de todo, es en un campo de batalla. Mientras tanto, no queremos que los políticos lean el material.

—Creo que la ley que está pendiente en el subcomité de Comunicaciones debería

salir adelante. Contiene previsiones para endurecer las penas por delitos informáticos y regular internet.

—Hmm —el senador asintió—. Harry lleva posponiendo eso demasiado tiempo. Cuestiones de la Primera Enmienda. Pero ahora debe darse cuenta de que es mejor aprobar la ley, aunque tenga defectos.

Que los tribunales resuelvan las ambigüedades más tarde. Tenemos que hacer algo con internet.

Vince asintió, mostrando su acuerdo. Tendrían que hacer algo con el «senador Harry» también.

San José, California

El Centro para el Control de las Enfermedades Informáticas informó hoy que las universidades y centros de investigación pongan en cuarentena sus ordenadores y los purgen de un «virus» infeccioso que corre rampante por internet desde el pasado miércoles y jueves, vertiendo material falso y difamador en los terminales de todo el país. El FBI prepara una investigación para determinar si se ha violado la ley federal, considerando que el incidente es un «ataque» a la integridad de la red...

El hombre que conocía como Bernstein se rio mientras leía el informe.

—¿Qué ocurre? —preguntó. Bernstein abrió una página interior y sacudió el informe para alisarlo. El papel crujió con el sonido de las pisadas a través de hojas secas.

—Es tu amiga —replicó Bernstein—. Tendrías que ver lo que ha hecho.

Detroit, Michigan

—Sí, sé que el FBI le ha echado el cierre, pero he estado pensando...

Señor Koppel: Pero supongamos por un momento, doctor Vane, que el Vertido Beaumont es auténtico. ¿No le convencería el hecho de que unos individuos se hayan hecho ricos previendo el futuro de que una ciencia así es al menos posible?

Doctor Vane: En absoluto, Ted. El éxito no implica método. No hay escasez de gente que se ha hecho rica prediciendo con éxito el futuro. En la bolsa. En los bienes raíces. Lo que no nos damos cuenta es que mucha más gente se ha vuelto pobre prediciendo el futuro... sin éxito. [Risas entre los invitados]. El azar dicta que algunas de esas previsiones serán correctas.

Señor koppel: ¿Podría ampliarnos eso?

Doctor vane: Naturalmente. Supongamos que me ofrezco para predecir el

sexo de los bebés por nacer por una tarifa de un dólar, comprometiéndome a devolver el dinero en el caso de que me equivoque. Todo lo que tengo que hacer es predecir «varón» en cada caso. Tendría un beneficio medio de cincuenta centavos por bebé, pero no tendría una ciencia válida.

Señor koppel: Comprendo.

Doctor vane: Aquí tiene otro ejemplo menos obvio. Enrico Fermi discutía de historia militar con el general Groves cuando salió a colación el tema de los grandes generales. Fermi preguntó cuántos generales podían ser considerados «grandes». «Unos tres de cada cien», replicó el general.

«¿Y cómo se consigue eso?».

«Ganando cinco batallas seguidas».

«Bueno —dijo Fermi—, considerando que en la mayoría de los campos de batalla las fuerzas están más o menos igualadas, la probabilidad de vencer una batalla sería del cincuenta por ciento. De dos batallas consecutivas, el veinticinco por ciento. De tres, el doce por ciento. De cuatro, el seis por ciento. De cinco, el tres por ciento. Así que tiene usted razón. Unos tres generales de cada cien serán considerados grandes; pero es probabilidad, no grandeza».

Littleton, Colorado

—La vi —dijo Pat, pasando el puré de patatas—. Creo que fue una semana antes de que desapareciera, cuando trabajaba en el turno de noche descargando sacas en el centro que está junto a Union Station. Salió de debajo del viaducto. No corría, pero caminaba muy rápido. Nos dijo que estaba examinando un edificio cercano y que pensaba que podían estar siguiéndola.

—¿Siguiéndola? —Kevin frunció el ceño y depositó el tenedor junto al plato. Miró a su hermano—. ¿Y eso fue antes de que mataran a Morgan?

—Sí. Y antes de lo que sucedió en el parque. Ya sabes, lo del pistolero.

Kevin se atusó el bigote, pensativo.

—Todo el mundo en el *News* dice que fue el asesinato de Morg lo que la volvió loca.

Pat se encogió de hombros.

—No lo sé. Fue curioso ver a alguien así... al principio no pude recordar su nombre. Y un par de semanas después, es famosa.

—Tristemente famosa —le corrigió Kevin. Cogió de nuevo el tenedor pero no comió. Sacudió la cabeza—. No encaja —dijo—. Cierto, no hablaba con ella desde que dejó el periódico; pero la conocía. Y conocía a Morgan. Toda la historia no va con ellos, con ninguno de los dos. Y cuando mataron a Morgan, le transmitió un mensaje misterioso a Sarah. ¿Dices que estaba examinando un edificio? ¿Cuál?

Pat se encogió de hombros.

—Ni idea. No lo dijo.

Kevin parecía pensativo.

—¿En qué estás pensando? —preguntó su hermano.

—En el Pulitzer.

II

RED MALONE estaba sentado en la cerca, disfrutando del aire de la montaña y contemplando a los caballos pastar en el corral. Llevaba el hombro izquierdo vendado y el brazo en cabestrillo. Había enganchado los pies en el travesaño inferior de la cerca para mantener el equilibrio. La suave brisa que llegaba desde la sierra agitaba su camisa y creaba ondas en la hierba del pasto. Las yeguas se congregaban al otro lado, mordisqueando la hierba. El semental miraba a Red con recelo.

Sarah Beaumont se le acercó. Iba vestida al estilo vaquero, con pantalones ajustados y camisa de cuadros. El sombrero blanco Stetson de paja contrastaba enormemente con su piel. Red todavía vestía sus ropas de ciudad.

Sarah se apoyó en la cerca y acomodó la barbilla en sus brazos. Miró los caballos, el ceño fruncido.

—Maldición, Red —dijo—. ¡No quiero convertirme en otra persona!

—Ninguno de nosotros lo quiere —le respondió él.

—Los demás no tenéis que hacerlo —dijo ella amargamente.

Él devolvió su atención a los caballos.

—A veces —dijo—. De vez en cuando.

—Red, me pasé años convirtiéndome en lo que soy. ¡Trabajé duro, y mira cómo he acabado!

—Entonces tienes suerte. La mayoría de nosotros nos haríamos alteraciones importantes si pudiéramos. ¿De qué te quejas? Tu nueva personalidad será rica, seguro. Cuidamos de los nuestros. Un poco de cirugía plástica, también. Tal vez te aclararán un poco la piel. Tu propia madre no te reconocería.

Los ojos de Sarah se apagaron y contempló la hierba.

—No me reconocería ahora —dijo en voz baja.

«Entonces no habrá ninguna diferencia», quiso decir él, pero advirtió que sería un error. Vio cómo el semental se ponía alerta de pronto, retorciendo las orejas como si fueran antenas de radar. El caballo trotó unos pasos hacia el terreno más elevado al fondo del pasto y se quedó allí, contemplando las montañas como una estatua. Después de un rato, se relajó y volvió a asumir su posición junto a las yeguas. Red se preguntó qué olor había traído el aire de las montañas a la nariz del caballo.

—Es por tu propio bien, Sarah —dijo Red finalmente—. ¿No has estado viendo las noticias? Desde que destapaste lo de la Sociedad Babbage, los noticiarios te han estado haciendo pedazos. «Paranoica» y «desequilibrada mental» son las cosas más amables que están diciendo. La vida no será agradable para «Sarah Beaumont», si

vuelve a salir alguna vez a la superficie.

Ella se volvió y lo miró a los ojos.

—¿Y tú qué habrías hecho en mi lugar?

Red la miró, desvió la mirada, y se encogió de hombros.

—Lo mismo, probablemente.

—¿Sabes qué es curioso? —continuó ella, casi para sí misma.

—No, ¿qué?

—Si Ellos me hubieran dejado en paz, nunca habría rebuscado lo suficientemente hondo para encontrar su sucio secreto.

Red no estaba tan seguro.

—Tal vez sí. Tal vez no. Sus temores eran legítimos.

—Y los de tu gente también, pero vosotros no intentasteis matarme.

Red sonrió y miró al suelo. Ausente, se acarició el brazo herido.

—No, somos mucho más crueles que eso.

—Sí, destruir mi reputación. Burlarse del mensajero para que la gente no escuche el mensaje. Es una vieja táctica.

—Funciona. ¿Cómo crees que llegamos a ser tan viejos? Maldición, no me apetece que me linchen más que a Ellos. ¿Por qué no íbamos a suprimir tu mensaje?

—¡Porque es la verdad!

Él se encogió de hombros y no se molestó en contestarle.

—¡Y porque es inútil! —insistió ella—. No me importa cuántos «topos» hayáis plantado en las redacciones y comisarías de policía. No podéis detenerlo por completo. Mi programa seguirá descargando copias de vuestros archivos, y de los archivos de Ellos, hasta que alguien descubra cómo eliminarlo. Lo leerá demasiada gente. Por cada centenar que se ría, habrá uno que dude. Y no olvides a los hombres de negocios y los políticos.

Él la miró, sorprendido.

—¿Por qué a ellos?

—Piensa en el tiempo que llevan creyendo que eran ellos quienes tiraban de los hilos. No les gustará la idea de ser solo variables en vuestras ecuaciones cliológicas.

Red sonrió débilmente.

—Menos que eso, en realidad. Epifenómenos de la estructura media.

Sarah hizo una mueca y Red se echó a reír.

—Estás evitando mi argumento.

—¿Tienes un argumento? —Él sonrió alegremente y dejó que ella lo viera.

—Sí. Aunque una sola persona de cada cien decida seguirme, serán un millón de personas por todo el país. Tratar de detenerme es inútil. ¡No cambiará nada!

—Tal vez no. Pero si estuvieras sangrando por una herida mortal, ¿no intentarías retener la sangre de todas formas? Los sistemas vivos se defienden. ¿No te lo dije una vez? No te reprochamos que te defiendas. Ciertamente, desacreditaremos tu mensaje, destruiremos tu reputación. Lo siento. Pero te daremos una nueva identidad y una

nueva reputación como compensación.

—Sí, magnífico trato.

—Es mejor que el que obtiene la mayoría de la gente. Mira; ¿qué es lo que quieres más que nada, ahora mismo?

—Recuperar mi antigua vida.

Eso casi lo detuvo. La voz de Sarah estaba llena de tanto anhelo. Red descubrió que no podía mirarla a la cara.

—Eso no puedes tenerlo. Lo decidiste en el momento en que puliste en marcha el gusano. Pide otra cosa.

—Muy bien. Quiero destruirlos. Quiero encontrar a Denms y quiero que Ellos sufran por lo que nos hicieron.

Red asintió.

—Muy bien. Eso es lo que yo quiero también. Tenemos que dejarnos de historias y empezar a contraatacar. Olvidar la Regla de Quinn.

—El fin justifica los medios, ¿eh?

—¿No? ¿Quieres ver a la gente domesticada?

—¡No, maldición! Pero ¿no lo ves, Red? ¡El medio tiene que convertirse en el fin! ¿Por qué quieren domesticarnos en primer lugar? Para que seamos más predecibles para sus ecuaciones, para hacernos más receptivos a la manipulación. ¡Para simplificar Su maldita aritmética! Si emprendes el mismo camino, ¿cuánto tiempo pasará antes de que adoptes los mismos objetivos?

—Ciento veinte años —le dijo él—. Ocho años arriba o abajo.

Ella se le quedó mirando.

—No te conozco.

Nosotros mismos no nos conocemos, pensó él. No debería darle tanto a la lengua. No con ella, y no sobre este tema. Pero ella tenía razón en lo referido a los medios y el fin. Por eso la quería consigo. Tenía capacidad de reflexión.

—Lo siento —dijo—. No pretendía parecer tan arrogante. Lo que quería decir es que Nosotros tenemos que empezar a combatirles a Ellos ahora. El peligro que has mencionado es real, pero también es más remoto. Tenemos más tiempo para trabajar en ello.

Ella negó con la cabeza una vez más.

—Es más que eso. Es toda la idea de manipular a la gente...

—Guiarlos...

Red no sabía si Sarah se estaba mostrando testaruda o si simplemente no podía verlo. El futuro era un árbol lleno de múltiples ramas de posibilidad, y las decisiones tomadas hoy podarían ramas dentro de años, cerrando algunas posibilidades, abriendo otras. A menudo una acción que parecía el rumbo más sabio en el momento se convertía en una tontería monumental en retrospectiva. Y los que podemos ver más allá tenemos el deber de guiar al resto en la dirección adecuada. ¿No es así?

Sarah guardó silencio, contemplando morosamente los caballos. Finalmente,

suspiró.

—Si me decido a unirme a vosotros —dijo, sin mirarlo—, ¿me ayudarás a encontrar a Dennis?

Sarah era una mujer imposible. ¿Por qué no podía estar agradecida por haber salido del lío con la piel entera? Cosa que era más de lo que él tenía. Se frotó los dedos por encima de las vendas y sintió que la carne magullada y los músculos daban un respingo. Recordó la manera en que el disparo lo había lanzado contra la pared rota. Tuve suerte. Recuerdos de aquella vez en Jacksonville... Solo que las cosas habían sido distintas entonces. No quería pensar en Jacksonville. Ella me salvó la vida. Se lo debo.

—No —dijo, y Sarah lo miró sorprendida—. No —repitió—. Te ayudaré a encontrar a Dennis te unas a Nosotros o no. —Esperó a que ella dijera algo, incómodo bajo su mirada—. No haré que te unas bajo presión —explicó—. Puedes elegir la nueva identidad o no. Puedes elegir unirme a nosotros o no. Son tus opciones. Pero te ayudaré a localizar a Dennis. Eso es entre tú y yo.

Volvió la cara. Parezco un tonto pomposo. Esperó que ella no se echara a reír.

No lo hizo. Sacudió la cabeza, asombrada.

—No te conozco en absoluto —dijo.

—¿Te están tratando bien? —preguntó él después de un rato.

Sarah se encogió de hombros.

—No puedo quejarme.

Guardó silencio y Red se preguntó qué le estaría pasando por la cabeza. Finalmente, ella suspiró y lo tocó suavemente en el brazo.

—¿Cómo va el hombro?

—Mejor, gracias. Un poco tieso. —Lo movió experimentalmente—. Me quitarán el yeso pronto. Pero nunca volveré a tocar el violín. —Ella le dirigió una mirada de sorpresa—. No es que pudiera hacerlo antes —añadió, la cara seria.

Sarah se echó a reír. Contempló los caballos con él. Una de las yeguas se separó de la manada y galopó por el prado. Red la vio correr, disfrutando de su belleza, la manera en que las patas danzaban y los músculos actuaban bajo la piel tostada. El semental corrió tras la yegua errante, mordisqueando sus flancos, empujándola de vuelta a la manada. Red miró a Sarah y tuvo ganas de quitarle el sombrero y revolverle el pelo. Me pregunto cómo reaccionaría. Se cubrió los ojos y miró al cielo. En lo alto, revoloteaba un águila. Probablemente perdería el equilibrio y me caería, y quedaría fatal.

Sarah señaló a las yeguas.

—¿Por qué crees que hacen eso?

Él la miró, a las yeguas.

—¿Hacer qué?

—Con todo este amplio prado, ¿por qué asoman el cuello por entre la cerca para mordisquear la hierba al otro lado?

Él se encogió de hombros.

—Tal vez sea realmente más verde. ¿Cómo quieres que lo sepa? No sé nada de granjas.

—Ranchos —le corrigió ella—. No sabes nada de ranchos. Ni yo tampoco, pero creo que conozco el motivo.

—¿Sí? ¿Y cuál es?

—Tal vez no les gustan las cercas.

—Son las nueve, Hermano Malone. La biblioteca va a cerrar. ¿No crees que es hora de descansar?

Red alzó la cabeza y vio a Janie Hatch junto a él. Marcó una entrada en la lista impresa con un rotulador fluorescente, plegó la hoja por la mitad, y luego colocó el tapón al rotulador y lo puso a un lado.

—¿Las nueve ya? Qué verdad es que el tiempo vuela cuando te lo estás pasando bien.

Janie acercó una silla de la mesa vecina, le dio la vuelta, y se sentó a horcajadas.

—Sabes que no eres el único que está estudiando el Vertido. Cada uno tenemos asignada una parte.

—Lo sé.

—¿Entonces por qué demonios estás examinándolo todo?

Red le sonrió.

—Una lectura sencillita —dijo—. Me ayuda a dormir por la noche.

Janie hizo una mueca.

—No ayuda a nadie más. A mi me mantiene despierta, preguntándome qué ha vertido tu amiguita al mundo.

—No sabía que su gusano nos pondría en peligro.

—O no le importaba. No te pongas tan a la defensiva, Malone. No le echo la culpa. Pero ese no es el tema. El tema es leer el Vertido con cuidado, para que sepamos si se ha vertido información crítica. Si intentas leer demasiado, te cansas. Si te cansas, podrías pasar algo por alto.

—No me pasaré por alto nada.

—Eres un cabezota, Red. ¿Cómo puedes saber si te has pasado por alto algo o no?

—Tienes razón. Creo que lo dejaré por hoy.

Empezó a levantarse de la mesa, pero Janie lo cogió del brazo.

—Es por esa Beaumont, ¿verdad? Estás haciendo algo por ella.

Red miró la cara ajada de la anciana. Años de viento y luz al aire libre habían entornado sus ojos en un perpetuo gesto fruncido. No pudo ver nada en ellos. Ningún atisbo de emoción. Ninguna curiosidad. Ninguna pista de por qué había hecho esa pregunta.

—¿Qué pasa con eso? —dijo—. Las Reglas de Quinn permiten proyectos

privados. Sarah quería saber si había algo en el Vertido sobre su amigo el arquitecto.

—¿El que desapareció del hospital?

—Ese mismo.

Jame lo observó en silencio durante un momento.

—Muy bien. Le diré a Tex que pase la voz a los demás para que busquen cualquier cosa en sus segmentos. ¿Cómo se llama... French?

Red se sintió sorprendido.

—Sí. Dennis French. Estaba en el Porter Memorial en Denver. —Jugeteó un momento con el rotulador—. ¿Por qué estás haciendo esto?

—¿Hacer qué?

—Ayudarme a ayudar a Sarah.

La encargada del rancho se encogió de hombros.

—Todo lo que aprendamos sobre Ellos merece la pena. ¿Por qué se molestaron en secuestrar a French después de haber intentado matarlo? No tiene sentido. Y deberías ver el revuelo que había en su apartamento, el día que fui allí. Se las arreglaron para destrozarlo. —Le dirigió una firme mirada—. Como si estuvieran buscando algo.

Él le devolvió la mirada.

—Me pregunto qué.

Ella lo retuvo un instante más, luego lo dejó ir.

Red supuso que era hora de marcharse, así que se levantó, metió los papeles impresos en su maletín, y depositó la hoja que había doblado cuidadosamente en lo alto. Entonces cerró el maletín y echó los candados. Sintió los ojos de Janie sobre él todo el tiempo.

—¿Conoces a Mark López? —preguntó ella.

Red se volvió, sorprendido ante el cambio de tema.

—¿Quién?

—Nuestro jefe de puesto en San Diego. Acaba de enviarnos a esa nueva recluta, Howard.

Él negó con la cabeza.

—Sé a quien te refieres. No he llegado a conocerlo nunca.

—Puede que tengas la oportunidad. Tex encontró su nombre y dirección en el Vertido. El Consejo ha intentado contactar con él, para advertirlo; pero hasta ahora no ha habido suerte.

Red sintió un escalofrío de temor. ¿Estaba empezando ya? Reacción por parte del gobierno; reacción por parte de la muchedumbre. ¿Qué otra información letal había en el Vertido?

—¿Algo en las noticias? —preguntó.

—¿Sobre la desaparición del Hermano López? —Ella negó con la cabeza—. Puede ser que la CIA se lo haya llevado a alguna parte. Normalmente no hacen comunicados de prensa con esas cosas.

Él se agitó, incómodo. ¿Estaba Janie intentando pedirle un favor?

—Podría volver a Washington e indagar —ofreció—. Si lo tiene una de las Agencias, puede que logre averiguarlo.

—No vas a ir a ninguna parte, Red. No hasta que sepamos que tu nombre no está también en el Vertido.

Él sabía que eso era una posibilidad, por supuesto. Había estado buscando alguna mención de su personalidad pública tan diligentemente como lo había estado haciendo con Dennis French o todos los demás. Había bromeado con Sarah al respecto cuando fue a verla la primera vez. «Colgado de la farola más cercana». Una imagen burlesca, cómicamente grotesca: una parodia que te aislaba de la realidad. La realidad era ser fusilado por esconderte. O ser golpeado con puños y bates por una turba enfurecida, delirante de alegría pues ahora, por fin, habían encontrado un chivo expiatorio para sus problemas. O simplemente desaparecer, como López, para ser interrogado con drogas y sondas por paranoicos entrenados profesionalmente. La realidad era yacer en medio de un charco de sangre en un callejón oscuro.

Se estremeció. Acababa de ver un atisbo de lo que impulsó a Genevieve Weil.

Miró a Janie Hatch.

—¿Qué hay del rancho? ¿Estamos a salvo aquí?

Ella extendió la mano y le dio un golpecito al maletín.

—Por eso estamos leyendo cada línea del Vertido. Demasiadas palabras y frases clave. Los buscadores pueden hacer tantas cosas.

Red la miró atentamente a los ojos. Quiso ver miedo allí, el mismo miedo que él sentía. Quiso ver algo más que interés académico. Pero Janie le devolvió fríamente su escrutinio.

—Solo quería que supieras, Red, que si vas a hacerte amigo de ella, supieras exactamente lo que nos ha hecho.

III

CUANDO JEREMY Collingwood regresó a su apartamento tardó menos de una hora en darse cuenta de que lo habían registrado, y solo un poco más en advertir que lo habían hecho dos veces.

Se detuvo en el vestíbulo para quitarse el sombrero y los guantes y colocar el paraguas en el paragüero. Al hacerlo, una extraña sensación le dijo que algo iba mal. Frunció el ceño y contempló el apartamento y vio que no había nada raro, así que lo achacó a la inquietud general que sufría desde el accidente de Denms.

Pobre Dennis. ¡Y él estaba allí cuando sucedió! En toda su vida, nunca había visto la muerte o el dolor. Era sorprendente lo súbito e inesperado que podía ser. Un momento, caminaban por la acera, discutiendo de la obra que habían visto; al siguiente, Dennis lanzado por los aires y un coche que desaparecía Arapahoe Street abajo. Y la manera en que Dennis había caído, tan... suelta. Jeremy se estremeció al recordarlo.

En la cocina se preparó un martini con vodka, cinco partes a una. Agitó el vodka y el vermut seco en una coctelera con hielo, tarareando abstraído; y antes de darse cuenta de lo que hacía, sirvió dos copas hasta arriba.

Se quedó inmóvil un momento, contemplando lo que había hecho. Era horrible la manera en que actuaba la costumbre, cómo el pasado podía volver y abofetearte en la cara. En realidad, solo necesitaba servir una bebida. Dennis estaba recibiendo sus bebidas por vía intravenosa, si es que las recibía.

El hielo tintineó cuando Jeremy soltó la coctelera. Se miró la mano, y tuvo que sujetar la encimera para que dejara de temblar. Dennis se recuperaría. Todos los médicos habían estado de acuerdo en que se recuperaría. Hubo un mal momento cuando los archivos del hospital se mezclaron y le dijeron a Jeremy que Dennis ya no estaba allí, que no había estado nunca. Al principio, Jeremy creyó que la enfermera quería decir que Dennis había muerto. Y la habitación, cuando echó a correr por el pasillo, en efecto estaba vacía. Pero la llamada telefónica que recibió ayer le aseguró que todo había quedado resuelto y que Dennis estaba recibiendo los cuidados adecuados. Pero no podía recibir visitas.

Mientras tanto, servir dos bebidas era una tontería. Vertió con cuidado la segunda en la coctelera. Pero entonces advirtió que para cuando quisiera tomarse una segunda copa, el hielo se habría derretido y la habría aguado insoportablemente; así que tiró toda la coctelera al fregadero. Un desperdicio, pero no se podía evitar.

Antes de hacer nada más, fregó y secó la coctelera y la otra copa y las guardó.

Dennis y él compartían el apartamento, y Dennis era un hombre meticulado: en su forma de vestir, en sus modales. Todo tenía un sitio y todo estaba en su sitio. Jeremy era contable, cuidadoso por naturaleza, y sus costumbres habían casado bastante bien con las de Dennis.

Se dirigió con su bebida al salón, con la intención de sintonizar el canal de noticias por cable; pero en el centro de la habitación la sensación de desplazamiento regresó. Frunció el ceño y escrutó de nuevo la habitación, más cuidadosamente que al entrar. Sus ojos lo abarcaron todo: aparador, escritorio, sillas *bergére*, butacón...

¡Vaya, los cojines del butacón estaban fuera de su sitio! Seleccionó un posavasos y depositó allí su bebida. El almohadón ocre iba allí y el más oscuro allí.

Los puso bien, pero, una vez que advirtió que había algo mal, una docena de cosas más saltaron a sus ojos. La esquina de un papel asomaba desde el cajón del escritorio. Lo abrió y vio que el interior estaba ordenado, pero mal. ¡El Mondrian de la pared colgaba boca abajo, por el amor de Dios! Y las sillas estaban descolocadas. Se puso a cuatro patas y exploró la alfombra con los dedos. Sí, aquí era donde las patas de las sillas se habían apoyado siempre.

Una sensación de frío se apoderó de él, empezando en su estómago y extendiéndose hasta sus miembros. Alguien había estado aquí. Alguien que había registrado de manera concienzuda y metódica y luego había intentado volver a ponerlo todo como estaba.

Pero ¿por qué? Se acercó a su silla *bergére* favorita y se sentó en ella. Un ladrón o un caco casual apenas se habría molestado. ¿Por qué era tan importante no solo registrar su vivienda sino también ocultar el hecho de ese registro? ¿Qué estaban buscando? ¿Se habían llevado algo?

Por impulso, se levantó e inspeccionó el Mondrian. Sí, era el auténtico. Y si no se lo había llevado, ¿se habría marchado el ladrón con algo menos valioso? Tal vez. El cuadro estaba colgado boca abajo, lo cual implicaba una falta de apreciación del estilo geométrico de Mondrian. Tal vez el ladrón simplemente no había reconocido su valor.

Con cuidado, Jeremy revisó el apartamento. La plata estaba toda en su sitio; y las joyas. Y el dinero que estaba escondido con poca experiencia en un cajón del fondo.

Cuando comprobó que todo lo de valor estaba en su sitio, regresó a su silla y se sentó. Unió las manos, como en oración, y apoyó la barbilla en ellas. La irrupción en la casa no había sido un robo.

¿Debería denunciarla? Se mordisqueó el labio inferior y reflexionó. No podía demostrar que alguien había estado en el apartamento. ¿Los cojines estaban en el lado equivocado del sofá? «¿De veras, señor Collingwood?». No comprenderían a Dennis y su sentido del orden. De verdad que no. Y habría miraditas burlonas e insinuaciones no demasiado sutiles.

Sin embargo, tenía que decírselo a alguien. Alguien que pudiera ayudarlo a encontrarle sentido. No era bueno en este tipo de cosas. A él que le dieran columnas

de cifras y libros de cuentas y podría sacar orden del caos. Pero cuando leía novelas de misterio, que era rara vez, nunca podía adivinar quién era el culpable. Ahora había un misterio literalmente en su salón. ¿A quién podía pedir ayuda? A Dennis no. Todavía no le dejaban recibir visitas.

Estaba esa mujer, Beaumont, con la que Dennis trabajaba a veces. Era bastante tolerable para ser mujer, y no jugaba constantemente a esos pesados jueguecitos a los que juegan las mujeres. Dennis sentía un gran respeto por ella.

Pero Beaumont había desaparecido; y la televisión decía cosas horribles sobre ella. La gente de la tele era bastante vaga en los detalles de lo que había hecho, pero estaban seguros de que era horrible. Acceso sin autorización a bancos de datos o algo por el estilo.

Todo esto es demasiado complejo. ¿Por qué querría nadie registrar su apartamento y luego tomarse la molestia de ponerlo todo en su sitio, y meter la pata al hacerlo incorrectamente? Quien fuera lo suficientemente cuidadoso para hacer lo primero sería cuidadoso para lo segundo. A menos que...

A menos que fueran dos, por supuesto.

Por supuesto. Enderezó la cabeza y miró la pared. Quien había arreglado la habitación había colocado mal las cosas porque la habían encontrado ya desarreglada. No era extraño que se hubieran equivocado en algunos artículos. La mayoría de la gente no advertiría la colocación de los objetos del escritorio o la disposición de unos cojines. ¡Lo verdaderamente asombroso era cuántas cosas habían colocado bien!

De algún modo, sin embargo, eso parecía un misterio aún más profundo. Podía imaginar que un ladrón pudiera querer ocultar sus huellas. Pero ¿por qué intentaría un segundo ladrón ocultar las huellas del primer ladrón? ¿Y por qué no se habían llevado nada?

¿Podría tener algo que ver con Dennis? Aquel atropello con huida, y ahora no una, sino dos irrupciones en la casa. Cuanto más pensaba Jeremy en ello, menos le parecía un accidente. Se había vuelto al oír el chirriar de los neumáticos y tuvo la levísima impresión de que el coche había girado un momento antes.

Ahora que lo pensaba, ¿no había desaparecido Beaumont el mismo día que atropellaron a Dennis? ¿Eso fue cuándo? Hacía casi dos semanas ya. Había llamado preguntando por Dennis, y Jeremy le contó lo sucedido, y ella no pareció terriblemente sorprendida.

¡Tonterías! Estaba construyendo fantasías elaboradas en cada pequeño detalle.

Buscó en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó su agenda. La hojeó. A menudo anotaba las citas de Dennis. Se sentía vagamente satisfecho consigo mismo por estar razonando este asunto tan bien. Tal vez tenía dotes de detective. ¡Allí! Aquí estaba el día del accidente. Dennis y él habían ido a ver un revival de *El abanico de Lady Windemere* en el DCPA. Salir fue idea de Jeremy; y por eso, de algún modo, el accidente había sido su culpa. Si tan solo...

¡No! ¡No caeré en esa trampa! Se calmó y se concentró.

Ah, sí. Dennis había tenido una reunión para almorzar ese mismo día con un hombre llamado Morgan Grimes. Grimes. El nombre resultaba extrañamente familiar. ¿De la tele? ¿Del periódico? El periódico. ¡Eso era! Grimes era el periodista que habían matado en un asunto de drogas.

Una fría mano apretujó el corazón de Jeremy. Dennis y este tal Grimes habían almorzado juntos, y al día siguiente uno fue atropellado por un coche y el otro murió apuñalado. Más tarde llama Beaumont, frenética, y luego desaparece. Y a ella le habían disparado antes, recordó de pronto, un loco en el Centro Cívico. Dennis se había inquietado mucho cuando Jeremy le mostró el recorte de prensa. ¿No había escrito Grimes ese artículo, además?

Tuvo la súbita idea de que estaba rodeado por amenazas invisibles. Amenazas que estaban golpeando a gente a su alrededor (a algunos de los cuales ni siquiera conocía) y que, hoy, habían irrumpido y violado su propia casa. Más ansioso ahora, con un aleteo en el centro del pecho, examinó la agenda, buscando otras pistas para las actividades de Dennis.

Daniel Kennison se acomodó en su sillón de cuero de respaldo alto y apoyó los codos sobre los brazos. Unió las manos y observó a las otras personas reunidas alrededor de la larga mesa de caoba. Vaya grupo, pensó amargamente. Los otros Consejeros parloteaban y murmuraban y aleteaban como pajarillos cuyo nido ha sido perturbado. Idiotas. Kennison apretó los dientes y mantuvo la paz. Sus agudos ojos trazaron un circuito de la mesa y vieron a Gretchen Paige observándolo. Ella le dirigió una sonrisa helada y él le devolvió otra unos cuantos grados más fría.

Discuten y planean mientras todo lo demás por lo que hemos trabajado se tambalea al borde del desastre. La brigada de bomberos en el Titanic. Los Fundadores se avergonzarían de ellos.

No tenía ninguna duda de que Genevieve Weil había manejado mal todo el asunto Beaumont de principio a fin. Se había dejado llevar por el pánico y había contagiado en su estampida al resto del Consejo. Sin duda el Intruso había estado cerca de desentrañar el Secreto, pero no deberían de haber asumido tan rápidamente que Beaumont era el Intruso. Él había argumentado que era solo una investigadora casual. Tal vez se había equivocado también; pero había estado más cerca que la presidenta.

Actúa deprisa, señora presidenta, pensó, y arrepíentete a placer.

Sin embargo allí estaba sentada, emperifollada como una estrella de Hollywood, asignando tranquilamente porciones de culpa a todo el mundo menos a ella misma. Ningún signo de arrepentimiento en su huesudo rostro de modelo. Él deseaba que dijera: «Lo siento. La jodí», para que ellos pudieran dejar de apuntar con el dedo y ponerse a trabajar para salvar la Sociedad. Pero eso, sospechaba, no estaba en el orden del día.

Se había acostado con Genevieve una vez (pocos eran los que se habían atrevido a rechazar sus exigencias), y una vez había sido suficiente. Fue una experiencia desagradable. Acostarse con ella había sido como abrazar un montón de perchas. Ella

dijo todas las cosas adecuadas e hizo todos los movimientos adecuados. Se había retorcido y gemido y abrazado en una parodia de pasión. No había ninguna duda de que era técnicamente hábil, pero Kennison había sentido que todo era mentira, como una actriz que interpreta por enésima vez una obra aburrida. El argumento se había gastado y las líneas eran átonas, pero ella insistía en actuar todas las noches.

En una ocasión u otra, Kennison lo sabía, ella se había acostado con todos los otros miembros del Consejo, masculinos y femeninos. Y probablemente, le gustaba pensar, con no pocos de los animales de la casa. Kennison tenía una boa constrictor en su terrarium por si acaso era cierto.

—No hemos vuelto a saber nada más de Beaumont desde que se envió al Hermano Crayle. Eso debería indicar que Crayle tuvo éxito y la eliminó de la ecuación.

Kennison dirigió una mirada a Genevieve.

—Tampoco hemos sabido nada más del Hermano Crayle —comentó secamente. ¿Y qué podría indicar eso? ¿Que Beaumont había vencido a Crayle? ¡Imposible! Pero había indicios de que la gente de Betancourt también iba tras ella. Red Malone había contactado en una ocasión y había intentado forjar un trato.

¿La había tomado Malone bajo la protección de los Asociados? Posible. Posible. ¿Significaba eso que Beaumont había sido parte de una operación Asociada? ¿De verdad creían que podrían descubrir a la Sociedad sin descubrirse a sí mismos? No, Betancourt era demasiado sibilino para eso. Y Malone pareció genuinamente sorprendido cuando Kennison le contó lo de la araña de Beaumont. Además, aquel maldito gusano había volcado archivos de los Asociados junto con archivos de la Sociedad.

Encendió un cigarrillo largo y fino y envió una nube de humo acre hacia el techo. La señora presidenta había sido estúpida al convocar un Consejo, y doblemente estúpida, después de convocarlo, al hacer tan pobre uso de él. Era hora de lanzar unos cuantos memes en el guiso.

—¿Cuánto tiempo más permaneceremos aquí sentados discutiendo sobre la leche derramada? —preguntó.

El zumbido de la conversación se detuvo y todos lo miraron. Genevieve volvió sus ojos duros y oscuros hacia él, como radares que oscilaran en la torreta de un bombardero, y colocó la boca en posición para una andanada de respuesta.

—¡Maldición, el Hermano Kennison tiene razón! Llevamos aquí cuatro horas y no hemos resuelto nada. Que los muertos entierren a los muertos. Ayer pasó: lo que importa es el mañana.

Esa, de algún modo para sorpresa de Kennison, había sido Gretchen Paige. La miró y ella le devolvió una mirada que decía: Me debes una. Se preguntó cuál era su juego. ¿El mismo que el suyo? Posible. Posible.

Lo maravilloso de la ingeniería memética a micronivel era que unos cuantos proverbios manidos incluidos en una discusión actuaban como cristales en una

solución supersaturada. Las connotaciones de los proverbios, el bagaje cultural que traían consigo, disparaban inmediatamente ciertos pensamientos, a veces por debajo del nivel consciente. El hecho de que todos los miembros de la mesa reconocieran (y utilizaran) las mismas técnicas no impedía su funcionamiento. «Leche derramada». «Enterrar a los muertos». «Ayer pasó». La señora presidenta nos está haciendo perder el tiempo. Sigamos con ello. Las cabezas alrededor de la mesa asentían como marionetas.

El rostro de Genevieve era una máscara de puro odio. Si las miradas mataran. El meme saltó rápidamente a su mente y Kennison se recordó que estaban, después de todo, en la mansión de Genevieve, rodeados por los servicios de Genevieve. Era hora de lanzar alguna salva.

—Señoras. Señores —dijo Kennison—. La señora presidenta lo hizo lo mejor que pudo en una situación confusa que cambiaba rápidamente. Se merece nuestro agradecimiento por manejarlo tan bien como lo hizo. Todos apoyamos sus acciones en su momento. Si los resultados no han sido enteramente a nuestro gusto... —sonrió con picardía y se encogió de hombros—, solo tenemos que revisar la historia de nuestra Sociedad para obtener algo de perspectiva. Todos sabemos cómo enlaces inesperados pueden pillarnos por sorpresa, tanto más cuando estamos tratando con un puñado de individuos, demasiado pocos para comprender un universo estadístico. La señora presidenta no puede merecerse toda la culpa.

Como la señora presidenta no estaba dispuesta a aceptar culpa ninguna, era una alabanza cargada en el mejor de los casos. Pero vio que Genevieve sonreía satisfecha y se erguía en su asiento. ¡Vaca estúpida! Vaca estúpida y flaca. Era como uno de esos zebúes que transitaban por las calles de la India, mostrando los huesos a través de la carne encogida, sin hacer nada útil, pero demasiado sagrada para que nadie la tocara. ¡Bueno, Kennison no era hindú!

Vio que sus observaciones no habían pasado por alto para otros Consejeros, al menos. Ullman había alzado una ceja, y Lewis sonreía abiertamente. Las connotaciones en su alabanza eran más sutiles. Actuaban de manera subliminal, pero actuaban de todas formas: «apoyamos sus acciones en su momento», «manejarlo tan bien como lo hizo», «no enteramente de nuestro gusto». Todo se resumía en: «La señora presidenta es una chapucera incompetente».

—Sí —dijo la Hermana Paige—. Que las notas reflejen un voto de confianza en las decisiones pasadas de nuestra presidenta.

Todos golpearon la mesa con los nudillos, algunos con cinismo, pero otros, advirtió Kennison, con genuina convicción. Anotó quiénes eran estos últimos. No estarían en su Consejo, si y cuando llegara el momento.

Si y cuando. Contó los votos. ¿Y si la señora Weil era borrada de las ecuaciones? ¿Con quién podría contar además de Sorenson y Montfort? No con Ullman ni con Ruiz. Y Huang era un enigma, como siempre. ¿Lewis? ¿Quién podía decir qué pasaba por dentro de aquella cabeza de bala sonriente? Eso dejaba a Benton, Toohey, y

Westfield. No, era demasiado arriesgado todavía. Demasiado arriesgado.

—El tema que se nos presenta ahora —empezó a decir Paige, y Kennison decidió dejarla dirigir el cotarro. Si la discusión disparaba la fabulosa furia de la señora presidenta, que Paige fuera el objetivo—. El tema que se nos presenta ahora es cómo preservar mejor el Secreto. Esta es la ruptura de seguridad más seria desde que Brady Quinn se convirtió en renegado. Que nuestros enemigos fueran capaces de penetrar en nuestras bases de datos y soltarlas al mundo indica la necesidad de una acción doble. Primero: cerrar la puerta de ese granero concreto e impedir que vuelva a ser abierta. Segundo: contener y redirigir el flujo de memes no deseados entre el populacho general.

Kennison vio su error demasiado tarde. La no demasiado sutil insinuación de Paige sobre el manejo de los bancos de datos por parte de Kennison distrajo el subconsciente colectivo de los Consejeros de la competencia de Weil y lo dirigió hacia la suya propia. Esa imagen de la puerta del granero. Tenía la connotación de descuido, de falta de atención. Sintió que sus orejas enrojecían y se alegró de llevar el pelo largo. Tal vez Paige era su verdadero enemigo, no Weil.

Antes de que pudieran decir nada, llamaron a la puerta y entró el mayordomo de Weil. Era un hombre ya mayor que caminaba con una inclinación pronunciada. Parecía un cadáver resucitado, y por cierto que una resurrección sin demasiado éxito.

Judd, naturalmente, era un Iniciado de la Sociedad, pero era un hombre de Weil desde antes de la época de Genevieve. Kennison se preguntó si las lealtades del anciano estaban con la Sociedad o con su señora. Eso podría depender de si el viejo se acostaba con ella o no. Kennison contuvo una risotada y mantuvo la expresión firme. ¿Incluían las escapadas de Genevieve al viejo Judd? Tal vez por eso el pobre hombre siempre parecía tan agotado.

Judd se inclinó y le susurró algo al oído a Genevieve. El rostro de la señora presidenta palideció. Miró a los miembros de la mesa.

—Judd me dice que hay dos periodistas del Sun Times en la puerta de entrada. Les ha pedido que se marchen, pero se han negado. Dicen que se les ha estropeado el coche y están esperando ayuda.

—Tal vez están esperando a ver quién entra y quién sale de tu mansión, señora presidenta —dijo ácidamente Frederick Ullman.

¡Bien!, pensó Kennison. ¡A alguien más se le ha ocurrido! Dadas las circunstancias, una reunión del Consejo cara a cara había sido una estupidez. Parte del proceso de desacreditar a Beaumont era propagar los memes de que sus historias de un grupo secreto eran las fabulaciones de una mente enferma. Ser descubiertos, en masa, tal como estaban, en la mansión de Weil podría destruir ese meme y poner en cuestión todo el programa contra Beaumont.

Pero ¿quién podía haber avisado a los periodistas? ¿Quién? ¿O creían en esa explicación y que era solo mala suerte que el Consejo estuviera reunido? Kennison no creía en las coincidencias.

—No sean demasiado duros con la señora presidenta —dijo Gretchen Paige—. Sin duda consideró que un Consejo realizado a través de nuestra red interna sería aún menos seguro que una reunión incorpora. —Paige le sonrió a Kennison—. El Hermano Kennison sin duda trabaja sin descanso para asegurar las roturas causadas por esa Beaumont, pero por ahora no podemos arriesgarnos a reunimos en la red.

—Oh, sí —dijo Kennison amablemente—. Estoy trabajando para asegurar todos nuestros puntos débiles.

Y les sonrió ampliamente a todos ellos.

IV

AARON GEWIRTZ hizo girar su silla de ruedas y se detuvo bruscamente delante de Norris Bosworth, a quien Sarah llamaba en privado SuperEmpollón.

—¿Puede citar un ejemplo de ese efecto secundario?

—Ah... ¿La producción de automóviles y el Baby Boom? —Bosworth tartamudeó al contestar. Aaron tenía ese efecto en la mayoría de sus alumnos. Sabía exactamente a quién iba a llamar antes incluso de girar su silla, pero encontrar aquellos ojos ciegos mirándote directamente tenía un efecto enervante.

—¿Me lo dice o me lo pregunta?

—Ah... ¿Se lo digo? El, uh, asiento trasero era un lugar conveniente para, uh, dejar embarazadas a las jóvenes. Eso produjo cambios significativos en, uh, los rituales de cortejo. —Bosworth se ruborizó hasta las cejas. SuperEmpollón era un adolescente larguirucho, reclutado para los Asociados por su tío—. Eso fue un efecto secundario totalmente inesperado por los inventores del automóvil.

—Bien. Tiene usted el coraje de sus convicciones, por equivocadas que puedan estar. ¿Le importaría a alguien...? ¿Sí, señorita Howard?

Era increíble. Maureen Howard había levantado la mano en silencio. Ese aparatito que llevaba Gewirtz... ¿un sensor de movimientos? Howard era una mujer regordeta de Seattle, vestida con un voluminoso muumus y zancos de madera. La Madre Tierra. De vez en cuando Sarah había pillado a Howard mirando en su dirección.

—No puedo creer que ninguna fracción significativa de los niños nacidos durante el Baby Boom fueran concebidos de esa forma —dijo la Madre Tierra—. El Boom fue simplemente un ajuste a la falta de nacimientos de la Gran Depresión. El péndulo osciló de un extremo al otro.

El doctor Gewirtz meneó tristemente la cabeza.

—¿Estoy perdiendo mi habilidad? ¿Son mis palabras como la semilla que cayó en terreno duro? Quizá sea hora de que me jubile. Señorita Howard, nadie consulta las Estadísticas Abstractas antes de copular, diciendo: «¡Vamos a copular de manera más diligente para compensar la deslucida actuación de nuestros padres!».

La clase se echó a reír y él les dirigió una dura mirada. Eran cinco reclutas. Más Sarah.

—Muy bien. El señor Bosworth dice que el automóvil, al inducir un cambio en las prácticas sexuales, causó el *boom* de natalidad de los años cincuenta. La señorita Howard sostiene que el efecto del «asiento trasero» no pudo haber sido tan grande. ¿Quién tiene razón, quién está equivocado?

—Los dos están equivocados —dijo Sarah por impulso.

—¡Ah, señorita Beaumont! La Esfinge habla por fin. Ilumínenos con su demasiado poco frecuente sabiduría.

—¿Cambió el automóvil las costumbres sexuales de los jóvenes?

—¡Muy bien! Me responde con una pregunta, pero (usted perdone) una pregunta preñada de posibilidades. Soy un viejo. Mi abuelo me dijo una vez que sus amigos «achispaban a las chicas» en sus carruajes... y que se produjeron muchos bebés por matrimonios impuestos. —Hizo una pausa y una sonrisa asomó a su rostro—. El carruaje, de hecho, tenía una singular ventaja sobre el automóvil. No había necesidad de «aparcar» para llevar a cabo tus intenciones. El caballo sabía adónde iba, aunque los pasajeros no. Parece probable, entonces, que tales prácticas no se hicieran mucho más comunes o más públicas (una tendencia que deploro, a cuenta del buen gusto). Sin embargo —giró su silla de ruedas y se encaró a la pantalla de proyección—, las ecuaciones que he escrito implican que los «rebotes» en una red altamente conectada tienden a resultados insospechados, sobre todo cuando hay retrasos significativos entre acontecimientos... cuando el sistema tiene, como si dijéramos, alta viscosidad. Una vez más: ¿Puede alguien citar un ejemplo de esos efectos secundarios? Déjenme que plantee el reto, ya que esos ejemplos abundan para aquellos que tienen sabiduría para verlos. ¿Puede alguien citar un ejemplo que incluya el Baby Boom del señor Bosworth?

Sarah suspiró, cerró los ojos, y levantó una mano.

—¿Señorita Beaumont?

Ella abrió los ojos y vio que el doctor Gewirtz ni siquiera se había molestado en darse la vuelta. ¿Cómo sabía a quién llamar?

—El Baby Boom —se oyó decir— fue un efecto secundario inesperado, pero de la Ley del Soldado, no del automóvil.

Gewirtz se volvió y los ojos ciegos horadaron en ella.

—Explíquese.

Ella sacó la barbilla y respondió con voz confiada.

—La estrategia de reproducción humana es criar el mayor número posible de hijos, equilibrando los recursos netos contra el coste de su mantenimiento.

Gewirtz hizo un gesto de exagerado escalofrío.

—¿Qué hay del amor, la pasión, el romance? ¿Cuál es el valor de la sonrisa de un bebé? Muchos padres lo sacrificarían casi todo por esa recompensa. ¿No hay espacio en su mundo para los sentimientos humanos?

¿Y cómo se había convertido el libro de texto en «su» mundo?

—No, señor. Una relación estadística es un atributo del sistema, no de los individuos dentro del sistema. Puede que no hicieran las cuentas, pero papá y mamá sabían cuándo no se puede mantener a otro niño.

—Eso no tiene sentido —dijo John Starling, otro recluta, pero tan consciente de sus propias habilidades que cuestionaba todo lo que decían los demás—. ¿Entonces

cómo es que los pobres obtienen más hijos que los ricos?

Sarah se volvió y lo miró. ¿Obtener? ¿Los bebés humanos se obtenían?

Pero podía contestar a su objeción por experiencia personal.

—No es una cuestión de recursos generales, sino de recursos netos, lo que los padres no necesitan para mantener su propio estatus, relativo al coste de criar a un hijo. Simplemente no cuesta tanto criar a un hijo en la pobreza.

No, Sarah, le dijeron voces en su recuerdo, no puedes tener un vestido nuevo. Mamá le echará el dobladillo al viejo: todavía le quedan meses de vida. No había becas escolares en el viejo barrio. Ni coches flamantes como regalos de graduación. ¿Qué sabía esta gente de la realidad, hablando tan libremente de «estrategias de reproducción» y de «obtener»?

—Después de la Segunda Guerra Mundial —continuó—, la Ley del Soldado hizo que fuera más fácil y más barato comprar una casa, tener un trabajo seguro, ir a la universidad. Eso redujo el «corte» que los padres necesitaban para mantenerse, y aumentó los restos disponibles para criar hijos.

—Muy bien, señorita Beaumont. —Gewirtz se inclinó levemente hacia ella—. Sin embargo, si quiere consultar los datos, una idea radical, lo admito, encontrará que aunque las tasas de nacimientos habían estado cayendo desde 1820...

—Porque el país se estaba urbanizando. Otro niño en la granja crea ingresos adicionales, pero en las ciudades...

Gewirtz alzó la voz.

—... desde 1820, digo; pero empezó a aumentar en la década de 1940, antes de la guerra y por tanto antes de la Ley del Soldado. Así que tal vez haya otro factor en funcionamiento. Recuerde: «Es un pobre efecto el que no tiene más que una sola causa». Si quiere preparar un estudio cliológico completo de la tasa de nacimientos (usando, digamos, un diagrama de árbol) sus compañeros de clase y yo mismo le estaremos eternamente agradecidos. Asegúrese de incluir intangibles en su formulación de costes y beneficios. La sonrisa del niño. Demuestre cómo el libre albedrío produce una distribución de probabilidad alrededor del valor esperado generado por las ecuaciones. Esperamos su trabajo para, digamos, dentro de dos semanas.

Sarah suspiró y asintió.

—Sí, señor.

No importaba si respondían acertada o incorrectamente. El doctor Gewirtz repartía trabajos con caballerosa imparcialidad.

Red Malone la estaba esperando ante la puerta cuando el doctor Gewirtz despidió al grupo. Estaba apoyado contra la pared, el brazo bueno cruzado sobre el cabestrillo, silbando una canción.

—Te llevo los libros. —Se ofreció.

Ella le entregó uno de los gruesos clasificadores de anillas que usaban como libro de texto. Él se lo colocó bajo el brazo bueno y la acompañó.

—¿Me estás achispando? —preguntó ella de pronto.

—¿Qué? —Él parecía aturdido.

—No importa.

¿Llevarle los libros? ¿Hasta qué punto podía ser ridículo?

—¿Cómo te van las clases?

Ella se volvió a mirarlo.

—Santo Dios, Red. Juro que nunca he estudiado tan duro con tan poco tiempo como tengo para estas sesiones. ¿Es siempre así?

—No, creo que Aaron se lo está tomando con calma porque empezaste después de los demás.

Red nunca moriría de una sobredosis de seriedad. Con todo, el fuerte plan de trabajo que le habían asignado a Sarah la había mantenido ocupada durante las últimas semanas y eso normalmente la había impedido preocuparse por sus problemas personales. Se preguntó si ese no sería el motivo por el que acudía a las clases. Estrictamente hablando, no era todavía una «recluta».

Por fortuna, siempre le había encantado aprender. A sus compañeros de clase siempre les había aburrido la escuela, pero esa era una espiral que conducía firmemente hacia la apatía y el olvido. Cuanto menos supieras, más aburrido se volvería el mundo. Aprender era siempre más divertido.

Bueno, tal vez no siempre. Últimamente había aprendido cosas que no eran nada divertidas. Pero tampoco aburridas. No, desde luego aburridas no.

Caminaron juntos en silencio hasta que llegaron al ascensor. El rancho era un lugar franco que los Asociados mantenían para propósitos de entrenamiento y para esconder a gente que lo necesitaba. Parecía un simple edificio de madera, pero bajo tierra estaba cubierto de túneles y salas ocultas. A Sarah le habían asignado una *suite* en el tercer subnivel. Camino del ascensor, soportó las miradas de quienes se encontraban al pasar.

—No les gusto, ¿verdad? —le preguntó a Red cuando la puerta del ascensor se cerró tras ellos—. Al personal de aquí.

—¿Deberías gustarles? Has trastornado su cómodo mundo. Tu Vertido no solo dio a los quejicas profesionales alguien nuevo a quien echarle la culpa de sus quejas, sino que ha picado la curiosidad del gobierno oficial. «A quien pueda interesar» y todo eso. ¿Por qué crees que no he vuelto a mi trabajo encubierto? Oficialmente, estoy de baja médica. Me rompí el brazo al caerme de un caballo... —Acarició su cabestrillo—. Pero hasta que sepamos hasta qué altura nos subiste las faldas, no sabremos quién está a salvo. Mis «colegas» podrían ponerse un poco recelosos si vieran el nombre de «Red Malone» en tu Vertido.

El ascensor sonó y la puerta se abrió en la tercera planta. Salieron al pasillo y las puertas se cerraron tras ellos.

—¿Y tú me odias? —preguntó Sarah de repente.

Red pareció pensativo.

—No. No puedo odiar a un sistema vivo por realizar una acción natural. No, supongo que me siento exasperado.

¡Sistema vivo! ¡Ya le enseñaría lo que era un sistema vivo realizando una acción natural! En la cabeza.

—¿Exasperado?

—Las noticias de esta mañana dijeron que unos neonazis han atacado sinagogas en el Noroeste y el Sur a causa de tu Vertido.

La declaración la hizo detenerse en seco. Red siguió caminando varios pasos antes de darse cuenta de que ella se había parado y se volvió.

—¿Qué tiene eso que ver con nada? —le preguntó Sarah.

—La Ley de las Consecuencias No Pretendidas. ¿No era ese el tema de la lección de Aaron de hoy? ¿Has visto alguna vez cómo una historia cambia a medida que va pasando de persona a persona? Deriva memética, debida a mutaciones aleatorias en las palabras.

—¡Ve al grano!

—Tu Vertido inició una historia. Miles de personas leyeron el contenido. Decenas de miles oyeron hablar del contenido, y millones oyeron hablar de lo que se hablaba. ¿Comprendes? Hoy hay millones de personas ahí fuera que solo han oído vagos rumores de segunda mano sobre un grupo secreto que controla el curso de la historia. ¿Quiénes? Vaya, los judíos, por supuesto. O los masones. O el Vaticano. O la Comisión Trilateral. Puedes nombrar a tu chivo expiatorio favorito. La Organización Mundial de Comercio.

—¡No! ¡Eso no es justo! ¡Yo nunca dije eso!

—Lo que tú dijiste y lo que la gente oyó son dos cosas diferentes. Asustaste a la manada. Predecir una estampida no es ciencia incomprensible. Por eso Quinn trazó la Ley hace cien años. Aun cuando quieres ser bueno, puedes acabar causando daño.

Habían llegado a la puerta de su *suite* y Red le devolvió el libro. Entonces, inesperadamente, extendió su brazo bueno y la abrazó. Acercó los labios a su mejilla, pero solo susurró:

—A las ocho y media esta noche, en la cuadra.

Entonces la dejó y se retiró pasillo abajo.

Sarah se lo quedó mirando hasta que desapareció en el ascensor. Entonces alzó la mano y se la llevó a la mejilla, allá donde Red no la había besado todavía.

El cielo había estallado en gloriosos colores por el oeste cuando Sarah salió al exterior. Las nubes, vagando escalonadas como la flota de batalla de una armada aérea, parecían pastar en los picos sobre el rancho. Las cimas de las nubes estaban oscuras por la llegada inminente de la noche, pero las partes inferiores brillaban

anaranjadas por la luz que llegaba de más allá del horizonte. Sarah encontró a Red apoyado en la cerca del corral. Finalmente había abandonado la ropa del Este a favor de ropa vaquera más adecuada. Sin embargo, en él el Stetson parecía incongruente, como una corbata de lazo en un surtidor de gasolina.

—Cómo te va, socio —dijo ella.

—Socio —gruñó él—. Te va este escenario, ¿eh? El Oeste. *Cowboys*, caballos, montañas.

—¿A ti no? No, por supuesto. Ni siquiera te das cuenta de que estás sentado de espaldas a la puesta de sol.

Red volvió la cabeza y miró las nubes.

—Bonito.

Ella sacudió la cabeza.

—Bonito, dice el tío. Nunca verás nada igual en el Este.

Red suspiró.

—Muy bien, pero sigo sin comprenderlo. Eres una chica de ciudad.

—Todavía lo soy, la mayor parte del tiempo. Denver no es una ciudad tan pequeña. Crecí en Chicago. Conocía cada callejón y agujero de la zona sur. Pero para mí esto es ahora mi hogar. Lo supe cuando lo vi por primera vez.

Red miró su reloj.

—Tenemos unos cuantos minutos. ¿Quieres contármelo?

Ella se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros.

—No hay mucho que contar, en realidad. Un día me harté de mi trabajo en el Tribune y les dije que me largaba. No tenía ningún plan, ningún trabajo nuevo esperándome en ninguna parte. Pero Chicago me asfixiaba. Quería... no sé qué quería. Algo diferente. Horizontes más amplios, tal vez.

—La mayoría de las chicas jóvenes se habrían dirigido a Nueva York.

—Sí. Pero Nueva York es solo un Chicago más grande, sucio y feo y... —Sacudió la cabeza—. Metí todo lo que tenía en la parte trasera de mi viejo Chevy y me dirigí a la autopista. No tenía ni idea de adónde iba. Solo quería salir de Chicago. Crucé el puente y cuando salí me dirigí al oeste en vez de al este. Bueno, luego seguí girando hacia el oeste y antes de darme cuenta estaba en la 1-80, con destino a Dios sabía dónde...

Hizo una pausa y se sentó en el travesaño más bajo de la cerca, doblada, las rodillas apretadas contra el pecho. Se agachó y arrancó un manojito de hierba del suelo y empezó a tirar de las hojas.

—Atravesé Illinois, Iowa y las llanuras de Nebraska sin verlas en realidad. Todo el camino me estuve preguntando si hacía lo adecuado y diciéndome que estaba siendo una estúpida. Y entonces, un día, creo que a eso de media tarde, entre Julesburg y Sterling vi por primera vez la maravillosa muralla de montañas nevadas cruzando el horizonte. «La majestuosidad de las montañas púrpura». Nunca supe qué significaba eso antes, pero entonces sí. Supe que estaba en casa.

Red asintió en silencio.

—A cada uno lo suyo —dijo después de un rato—. Yo no puedo imaginarme vivir sin las luces brillantes y la acción, sin el ruido y la realidad.

—Red, entre Washintgon DC y el Sangre de Cristo, ¿qué es la realidad y qué es la fantasía?

Él se bajó de la cerca de un salto.

—Nunca he dicho que no tuviera fantasías. —Se enderezó—. Bueno, parece una bonita tarde para dar un paseo. —Y entonces, en un susurro, añadió—: Tras el granero. Los otros están esperando.

Ella lo miró intrigada, pero él ya había echado a andar. ¿Los otros? ¿Qué pretendía Red? *¿Por qué me pidió que viniera aquí? ¿Y por qué he venido?*

Había tres personas detrás del granero: SuperEmpollón y dos hombres a quienes ella no conocía. La miraron con curiosidad, formas difusas en la oscuridad. Uno de los hombres era de mediana edad y algo zambo. El otro era más joven, de estómago plano, y se apoyaba con pose tranquila en la pared del granero. Iba vestido de vaquero.

—Bien —dijo Sarah en voz baja—, ¿quién tiene el maíz?

El hombre mayor se rio, pero todo lo que ella consiguió de los demás fueron miradas neutras.

Se agachó junto a la pared y arrancó un puñado de hierba. Empezó a retorcerla y anudarla.

—¿Son amigos de Red?

No hubo respuesta, así que decidió que al infierno. Se puso a esperar, pensando en sus propios asuntos.

Red apareció unos cuantos minutos más tarde para decirles que todo estaba despejado e hizo las presentaciones hablando en voz baja y rápida. El hombre mayor era Walter Polovsky; el más joven era Tex Bodean, el segundo de Janie Hatch. Sarah sacudió la cabeza. ¿Quién llamaba a su hijo Tex hoy en día?

Tex y Walter ya se conocían. Nunca habían visto a SuperEmpollón. Habían oído hablar de Sarah, pero lo que habían escuchado no les había hecho mucha gracia.

—Sé lo que ha hecho usted —dijo Bodean—. Y supongo que si hubiera sido yo habría hecho lo mismo. Pero no me gusta.

—Eso no importa ahora —dijo Red—. Escuchad. Sarah, diles lo que me dijiste sobre esa lista que French y tú encontrasteis en la vieja mansión de Carson.

Ella explicó como se habían encontrado con la lista de acontecimientos y cómo la historiadora de la Universidad de Denver le había dicho que eran puntos de inflexión en la historia. Red la interrumpió para añadir:

—Una de las entradas era el asesinato de Lincoln.

Walter asintió como si eso explicara muchas cosas. SuperEmpollón escuchaba

atentamente. Tex simplemente esperaba.

—¿Qué más había en la lista? —la instó Ted.

—No me acuerdo. Han pasado muchas cosas. Veamos... Frederick Taylor y su sistema de dirección de empresas. Dewey y sus métodos de enseñanza. Me acuerdo de los que comentamos Dennis y yo. Oh, y la muerte de Brady Quinn, y un par de personas más.

—¿Davis Belleau? ¿Agatha Penwether?

Era Walter. Sarah le dijo que sí y él asintió de nuevo. Miró a Red.

—Parecen los primeros trabajos de Quinn y Carson. ¿De qué sirve? Ya lo sabemos. Demonios, Quinn y Shelton ayudaron a orquestar el asesinato de Lincoln incluso antes del Cisma.

—Diles qué más, Sarah.

—Bueno... —Ella se devanó los sesos, intentando recordar fragmentos de la conversación con Dennis—. El nombramiento de Teddy Roosevelt como vicepresidente. Hmm. Los nombramientos militares de Winfield Scott. —Vio que Walter sacudía la cabeza, y que Tex se incorporaba, separándose de la pared—. Y, oh, sí, la elección de Lincoln también. Y...

—¿Qué es esto, Red? —exigió Tex—. ¡No pertenecen a esa lista!

—Ni la Retirada de Von Kluck, ni el hundimiento del Lusitania —dijo Red.

—Demonios, eso sucedió en Europa, y la Sociedad... —La voz de Tex se apagó, y él se quedó mirando a Red.

—Alguien, probablemente Carson, hizo un análisis de factores ortogonales —les dijo Red—, y numeró las entradas con unos, dos y tres.

—Jesucristo en moto —dijo Tex. Parecía una oración, no una imprecación.

—Eso es —dijo Red—. ¿Quién demonios es Número Tres?

Sarah se rio y los otros se volvieron a mirarla.

—Todo ese sudor —explicó—, y todo esa ansiedad por impedir que su Secreto se filtrara. ¡Y todo el tiempo lo ha sabido alguien más! Magnífico; realmente magnífico.

Walter frunció el ceño.

—No veo qué tiene de gracioso. Como si ya no tuviéramos bastante combatiendo con Ellos y cuidando a Cam...

—Y eso no es todo —dijo Red—. ¿Alguno de vosotros sabe francés?

Sarah le dijo que sí y él se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un papel.

—Dime qué dice aquí. Viene de un nodo de internet de Quebec.

Sarah lo miró, luego desdobló el papel. Vio que era una hoja mecanografiada. Una copia de un memorándum.

—Dice que hay una cadena de asesinatos sospechosos a los que merece la pena echar un vistazo. Luego da una lista de nombres y fechas. ¡Se parece a la lista de Morgan!

Red asintió.

—Reconocí los nombres.

Walt extendió la mano y le quitó el papel a Sarah. Lo estudió mientras Tex y SuperEmpollón observaban por encima de su hombro.

Sarah miró a Red.

—¿Quebec?

Walt alzó la cabeza.

—No tenemos ninguna estación en Quebec, pero Ellos sí.

—En Montreal —le recordó Tex—, no en Quebec.

Walt se encogió de hombros.

—¿Una sucursal?

—Pero ¿por qué investigar asesinatos que Ellos mismos cometieron? —dijo Sarah—. Acéptelo, Walt. Parece que la lista de búsqueda de mi gusano detectó un archivo de Número Tres.

—He estado examinando todo el Vertido en busca de cabos sueltos —explicó Red—. Cualquier cosa que no pudiera asignarles a Ellos ni a Nosotros. Esto —señaló la hoja— es lo único que he encontrado. Al estar en francés, destacaba.

Todos guardaron silencio y se miraron incómodos unos a otros. Sarah se preguntó en qué estaban pensando.

—La cuestión ahora es, ¿qué hacemos al respecto? —dijo Red—. ¿Se lo decimos a Cam y los demás? ¿O investigamos por nuestra cuenta antes de decidir cuál es el mejor curso de acción?

—El Hermano Betancourt lo descubrirá muy pronto —decidió Tex—. Quien esté revisando ese segmento lo advertirá y lo pasará hacia arriba.

—Tal vez —concedió Tex—. Pero todo el mundo se está concentrando en detectar nuestras propias filtraciones. Quien lo encuentre, puede que vea que no somos Nosotros, y no le dará más importancia.

—Sea como sea, deberíamos estar callados —dijo Walt—. Hay que averiguar cómo afecta esto a nuestros planes. ¿Número Tres es aliado o enemigo?

—Tengo una pregunta —dijo SuperEmpollón. Todos lo miraron—. Este tercer grupo. Nosotros sabemos de su existencia, pero ¿conocen ellos la nuestra?

Walt miró el papel, luego miró a Sarah.

—Ahora desde luego que sí.

SuperEmpollón se frotó la nariz y jugueteó con un granito.

—Entonces probablemente el tiempo no es uno de nuestros mayores recursos.

Red la acompañó de vuelta al complejo. Caminaba con las manos en los vaqueros. Los otros se habían dispersado por caminos separados.

—¿Cinco personas? —le preguntó Sarah—. ¿Ese es tu grupo secreto?

Él hizo una mueca.

—No seas tonta. No todo el mundo está en el rancho.

—Con todo, ¿tienes suficientes «activos» para localizar a un grupo que lleva como mínimo tanto tiempo oculto como vosotros?

—Tendríamos que habernos dado cuenta. La naturaleza no guarda secretos. Lo que aprende una persona lo puede aprender cualquier otra. Crawford no pudo ser el único que leyó el libro de Babbage.

Guardaron silencio mientras se acercaban al edificio del rancho. Sarah se detuvo en el porche y contempló las estrellas. De algún modo era siempre la Osa Mayor lo que llamaba primero su atención. Recordó una ocasión en que fue de acampada y contempló este mismo cielo que giraba lentamente y sintió (realmente sintió) a qué inmensa distancia estaba de aquí. Se apoyó en la cerca de madera que rodeaba el porche, sintiendo la fresca brisa de la noche. Había sonidos animales flotando en la distancia, apagados por el bosque que los rodeaba. Red tosió y ella se volvió a mirarlo.

—Vas a enterarte mañana, pero me pareció que sería mejor que te lo dijera yo.

—¿Qué?

Él arrastró los pies.

—Han atacado tu casa en Applewood. Unos vándalos lo destruyeron todo. Pintaron con *spray* las paredes. Le pegaron fuego a las cortinas.

Ella no creía que quedara nada en el mundo que pudiera afectarla ya. *Shock* tras *shock* habían anulado sus emociones hasta dejarlas aturcidas y endurecidas. El roce con la muerte, la pérdida de amigos, la huida de todo lo que conocía y amaba... Cerró los ojos, y las lágrimas se abrieron paso a la fuerza.

—¿Qué? —Abrió los ojos y lo miró a través de un borrón—. ¿Todo? ¿El piano?

—Lo aplastaron. Pero no, no lo destruyeron todo. Uno de Nosotros fue un par de veces el fin de semana de puente para salvar lo que se pudiera. Fue fácil predecir que algo así sucedería tarde o temprano. La gente siempre echa la culpa al mensajero por el mensaje.

—¿Fácil de prede...? —Ella se volvió hacia él y se plantó con los brazos a los costados, los puños cerrados—. ¿Entonces por qué no lo impedisteis?

—¿Cómo? ¿Colocando guardias armados veinticuatro horas al día?

—Maldición, Red —dijo ella, combatiendo las lágrimas—. Amaba esa casa. Escogí cada mueble y cada adorno.

—Aquí tenemos un piano. Toda una sala de música.

—Ese no es el tema, Red. ¡No es mi piano!

Él arrastró una bota.

—Lo siento. Hicimos lo que pudimos. Ven. —La cogió por el brazo y la llevó al interior del rancho, hasta el ascensor oculto—. Te mostraré lo que salvamos.

Ella lo siguió aturcida, furiosa consigo misma por permitir que la noticia la afectara tanto. Creí que iba a ser fuerte de ahora en adelante. Pero había un límite a los *shocks* que podía soportar una persona. Cuando llegaron a la puerta intentó abrirla, pero de algún modo no pudo meter la llave en el ojo de la cerradura. Red lo

hizo y abrió la puerta.

Y ella entró en el pasado. Se detuvo y miró alrededor, sin creer lo que veía. Los tapices y las fotografías y las lámparas e incluso el gran sillón tapizado donde a veces se quedaba dormida leyendo. El cuadro que había pintado hacía quince años, cuando pensó en dedicarse al arte. ¡Y sus libros! Conrad y Trevor y Block y Heinlein. Gastados y releídos. Fieles compañeros, todos ellos. Un sonido la hizo volverse, y allí estaba el reloj del abuelo tras la puerta. Lo asió con ambas manos, como a un viejo amigo perdido, y contempló su reflejo en el cristal. Tras ella, en la encimera de la cocina, pudo ver el reflejo del cuenco de comida de Fee.

Y esa era una cosa que no quería ver. Había utilizado a Fee para distraer a Crayle durante aquel terror en la cima de la montaña. Había salvado la vida y había perdido a Fee.

—Este es el motivo oficial por el que te cité fuera esta noche. Para que la gente de Janie pudiera prepararte la habitación.

¿A quién estoy engañando?, pensó ella. Estas cosas no me importan. No es la casa y los muebles, sino los recuerdos y las batallas que representan. Todo lo que me condujo a lo que era. Todo lo que ahora he perdido, para siempre. No creía que pudiera soportar ver aquel cuenco.

—Encontraron algo más en el último viaje —dijo Red, abriendo la puerta del dormitorio.

Y Feline P. Cat salió de allí, regio y arrogante. Saltó a la encimera y se quejó.

—¡Fee! —Sarah lo abrazó y el gato la soportó pacientemente—. Te he buscado por todas partes. Te escapaste. No es que te lo reproche después de la manera en que te traté. —Miró a Red—. ¿Dónde lo habéis encontrado?

—Nuestra gente lo encontró en tu casa. Después de recorrer Mount Falcon durante tres puñeteros días. Entró por la gatera y, cielos, estaba hecho una pena. —Sacudió la cabeza—. De algún modo encontró el camino de vuelta. He oído de perros que lo han hecho, pero nunca un gato. —Se dirigió a la puerta—. Os dejaré a los dos para que hagáis las paces.

—¡Red Malone, espera un momento!

Red se detuvo en la puerta y Sarah lo señaló con un dedo.

—Mi casa debe de haber estado vigilada. El gobierno, los vecinos, Ellos... todo el mundo preguntándose si iba a volver. Quienquiera que fue a salvar mis cosas fue un puñetero loco, pero nada de esto merece jugarse el cuello. Excepto Fee. —Acarició al gato y oyó el ronroneo familiar—. Por eso le perdonaré su estupidez. —Miró a Red—. No sabrás por casualidad el nombre de quien lo hizo, ¿verdad?

Red se ruborizó. Fue la cosa más sorprendente que Sarah había visto jamás. Toda su cara se volvió de un escarlata profundo, hasta el cuello y la camisa. Era lo bueno que tenían los blancos. Se podía saber un montón de cosas por su piel.

—Sí, eso pensaba. ¿Por qué lo hiciste, Red?

Él miró la alfombra.

—Porque te lo debíamos.

—Buen intento. Prueba otra vez.

—Porque parecía lo adecuado.

—Mejor. Una vez más.

—¡Muy bien! ¡Porque quise hacerlo! ¡Por mis propios motivos! —Ella acunó a Fee en sus brazos.

—¿Y por qué quisiste hacer una tontería así?

—Porque quería verte sonreír, solo una vez antes de morir.

Ella se quedó boquiabierta y dejó de acariciar a Fee, quien se removió en sus brazos para averiguar qué estaba pasando.

—Red, tú...

—Y además, dejé mi furgoneta en tu casa.

V

JEREMY vio cómo la gruesa profesora de historia se sacaba la pipa de caña de la boca y enviaba una O de humo hacia el techo. A través de la ventana del despacho que tenía detrás podía ver a unos cuantos estudiantes solitarios deambular por los senderos entre los edificios, con los libros bajo el brazo. Durante el verano, la mayoría de los estudiantes estaban estudiando Bronceado 101 en California o Florida.

—Sí, señor Collingwood. Claro que recuerdo la visita de su amigo. Bastante poco frecuente, por cierto. Alguien que no es estudiante concertando una cita.

Jeremy se inclinó hacia delante.

—Estoy convencido de que estaba implicado en algo... Bueno, algo peligroso. He comprobado sus citas del último mes y la suya es la única que se salió de lo corriente. Se me ocurrió que tal vez pudiera haber una pista.

—¿Una pista? —La profesora Llewellyn arrugó los labios—. ¡Yo no pensaría que hay nada peligroso en el estudio de la historia! Su amigo quería información sobre algunos acontecimientos históricos. Respondí a sus preguntas lo mejor que pude y se marchó.

Jeremy cerró los ojos, cansado. ¿A quién se creía que estaba engañando? ¿Jeremy Collingwood, investigador privado? ¡Ridículo! ¡Era peor que ridículo! Sin embargo, tenía que saberlo. Lo de Dennis, lo de la irrupción en su apartamento.

—Bueno, lamento haberla molestado.

Empezó a ponerse en pie, pero Llewellyn le indicó que se sentara. Señaló el teléfono.

—¿Sabe qué es eso, señor Collingwood? —Llewellyn señaló un aparato en el fonocular.

Jeremy vio que habían colocado un reproductor de casete en el fonocular abierto. Miró a la profesora y luego al aparato. Los cables y piezas eran solo cables y piezas. Negó con la cabeza.

—No soy bueno con los aparatos. Nunca he visto siquiera el interior de un teléfono.

—Yo sí, señor Collingwood; y eso no va ahí. Es un micro. Detecta y transmite todo lo que se dice en esta habitación, incluso con el teléfono colgado. A menos que yo conecte mi casete en este sitio. Quien esté al otro lado está escuchando ahora mismo un día típico en el despacho de la historiadora. Sonidos donde estoy leyendo, escribiendo, encendiendo mi pipa, y esas cosas. —Se quitó la pipa de entre los dientes y sonrió—. No es que vaya a poner en peligro a los Cuarenta Principales, pero

me gusta.

Jeremy alzó una ceja.

—De joven fui estudiante radical —explicó ella—, y aprendí hace tiempo a reconocer si habían manipulado mis teléfonos. —Miró de nuevo el micro—. Ojalá supiera quién colocó este, y por qué. Lo descubrí hace cosa de un mes, poco después de ver a su amigo, aunque no hice en su momento la conexión entre la reunión y el micrófono. No hasta que usted llamó y me dijo lo que había pasado en su apartamento. Es demasiada coincidencia, y nunca me han gustado las coincidencias.

Se encogió de hombros y se sentó tras el escritorio. Se inclinó hacia delante, apoyándose en los codos, y lo apuntó con la caña de su pipa.

—Bien, señor Collingwood. Vamos a charlar un poco.

Dos horas más tarde, Jeremy caminaba de un lado a otro de la habitación y Llewellyn tomaba notas en una libreta amarilla.

—Vamos a ver si puedo resumirlo —dijo, alzando la libreta—. Su amigo me mostró un papel con una lista de fechas y acontecimientos... no le dijo dónde la había encontrado, ¿no? A mí tampoco. O no recuerdo si lo hizo. Le dije que, en mi opinión, la lista era una de las ocasiones donde las acciones de un puñado reducido tenían una inclemencia desproporcionada en acontecimientos posteriores. Clavos de herradura, los llamamos.

—«Dadme un punto de apoyo, y moveré el mundo» —citó Jeremy.

—Arquímedes. Sí. —Dio golpecitos con el boli contra la libreta, marcando un ritmo irregular—. No le di mucha importancia en su momento. Consideré que las notas eran el intento de alguien por demostrar la importancia de los individuos en el curso de la historia. —Hizo una mueca antes de continuar—. Pero ahora me dice usted que el señor French era socio de esa Sarah Beaumont que ha aparecido en las noticias últimamente. Me temo que no le presto demasiada atención a la televisión. Había oído hablar sobre sus alegaciones, por supuesto (casi codo charlas en el departamento), pero el negocio de las conspiraciones es una industria floreciente. Todos los días alguien descubre una nueva: sobre Kennedy, sobre Lincoln, sobre la industria farmacéutica. La mayoría es basura, naturalmente; así que una acaba por no prestar atención. Sin embargo, sumamos el Vertido con la lista de clavos de herradura de su amigo y...

—Sí. Tal vez sea cierto.

—Hmm. Me gustaría leerlo. No debería ser difícil ponerle las manos encima a una copia. —Frunció el ceño y tamborileó los dedos contra la mesa—. Tengo un poco de dinero para becas —dijo, tanto para ella misma como para Jeremy—. Planeaba usarlo para otro proyecto pero... —Soltó el bolígrafo—. Voy a ver al decano —anunció—. Creo que podremos preparar un equipo de estudio. Traer expertos de todo el país. Para confirmar lo que aparece en el vertido de Beaumont o para dejarlo

correr.

Jeremy intentó parecer interesado. La preocupación de la catedrática no iba dirigida a quién había intentado asesinar a Dennis, sino a la lista. Le preocupaba la historia, fuera lo que fuese eso. Se preguntó si era posible estar interesado en la historia sin interesarse en la gente que la vivía y decidía qué era. A él le parecía algo seco y sin alma. Quizá por eso nunca le había gustado.

Llewellyn lo apuntó con la caña de la pipa.

—Voy a decirle una cosa. Lo convertiré en el administrador del proyecto. Dijo que era contable, ¿no? Puede encargarse de la parte financiera mientras los académicos pasean por las nubes, pensando grandes ideas.

—Bueno, yo...

—Señor Collingwood, si el accidente de su amigo fue algo más que un accidente, fue a causa de su conexión con el caso Beaumont. Así que la única manera de que su mente descanse es resolviendo el asunto principal.

Por favor, hermano 'Zorro, no me comas.

—Bueno, creo que puedo meterlo en mi esquema. Es un mal momento para encontrar contables. La fecha de la declaración de hacienda pasó, y estamos a medio trimestre. Y... —Hizo una pausa, sorprendido por la profundidad de sus propios sentimientos.

—¿Y? —instó Llewellyn.

—Y ninguno de mis actuales clientes es tan importante como descubrir qué le pasó a Dennis. Si alguien intentó matarlo una vez, ¿está a salvo ahora?

—Hmm. No, supongo que no. —La cara de Llewellyn adquirió una curiosa expresión—. Sabe, tal como están las cosas, podría ser peligroso indagar en estos asuntos. —Parecía sorprendida y tal vez un poco complacida.

—Sí —respondió sobriamente Jeremy—. Un coche atropella a Dennis. A Beaumont le disparan en el centro...

—Y ahora ha desaparecido.

Jeremy asintió.

—Muerta, o escondida. Y está el amigo de Beaumont, ese periodista.

—Grimes. Creo que su nombre se mencionaba también en este asunto de la conspiración. Algo que había en sus archivos. Sabe... —Cogió el bolígrafo y jugueteó con él—. Ahora que lo pienso, había varios asesinatos en esa lista de su amigo. No vi entonces cómo encajaban, pero...

Jeremy contuvo el aliento.

—Otra gente que descubrió esta conspiración.

—Posiblemente. No recuerdo los detalles. Solo vi la lista en esa ocasión, pero me parece que las fechas de los asesinatos llegaban hasta el siglo pasado —se estremeció—. Si es una conspiración, lleva en marcha desde hace un montón de tiempo —lo miró—. ¿Qué ocurre?

Jeremy se había detenido en seco.

—¡La lista! Tal vez sea eso lo que robaron de nuestro apartamento. No la he buscado, pero no recuerdo haberla visto. —Se encogió de hombros, indefenso—. Dennis sabría dónde la puso.

Llewellyn pareció perdida en sus pensamientos durante un rato. Luego se levantó de la mesa y sacó el tabaco apagado de su pipa.

—Bien, vamos a hacerlo.

—¿Hacerlo? ¿Hacer qué?

—Vamos a visitar a su amigo.

—Pero... no puede recibir visitas todavía.

—Hay formas de sortear eso —dijo la profesora. Hizo una pausa antes de desconectar la grabadora—. Oh, y otra cosa más. Cuando vuelva a su apartamento, compruebe sus teléfonos. Creo que su primer ladrón intentó llevarse algo (la lista, probablemente), pero creo que el segundo ladrón dejó algo.

Cuando Kennison llegó a sus oficinas era casi mediodía y tuvo que pasar ante un puñado de periodistas. Las puertas del ascensor se abrieron y una docena de preguntas formaron una babel de sonido: los fiases estallaban como fuegos artificiales. Kennison se preparó y salió al pasillo, donde los periodistas formaron un cordón a su alrededor. Como perros rodeando a su presa, pensó. Durante un momento tuvo la descabellada fantasía de que lo empujaban hasta el borde del hueco del ascensor, igual que sus ancestros habían empujado a los mamuts hasta los bordes de los acantilados. Involuntariamente miró tras él, y se tranquilizó al ver la solidez de la puerta del ascensor.

Se dio la vuelta y se alisó el chaleco y la corbata.

—Lo siento —les dijo—, pero sigo sin tener nada que decir sobre las acusaciones de esa loca. Me sorprende que ustedes se la tomen en serio. —Sonrió débilmente—. Yo diría que deberían ustedes entrevistar a psiquiatras en vez de a encuestadores.

La puerta de Kennison Demographics lo llamaba desde el otro extremo del pasillo.

—¿Cómo fue la reunión del viernes?

Kennison no permitió que en su rostro asomara nada mientras se volvía hacia el periodista del *Chronicle*.

—¿Cómo dice? ¿Qué reunión fue esa?

—El *Chicago Sun-Times* se apostó ante la mansión de la señora Genevieve Weil ayer. Ya sabe, la mujer que se supone que es la cabeza de esa sociedad secreta. Bueno, no sucedió nada durante un buen rato. Luego llegó la policía y los expulsó de allí.

—Debió ser un día escaso en noticias.

—Cierto. Pero ¿por qué llegaron los polis y los echaron? Alguien tuvo que tirar de los hilos muy arriba, ¿no? Se marcharon, pero dieron la vuelta y regresaron, ¿y sabe qué pasó? Vieron a una docena de limusinas saliendo de la mansión. Las ventanas negras como el corazón de un inspector de hacienda. Y las matrículas...

Kennison sintió curiosidad a su pesar.

—¿Qué pasa con las matrículas?

—Curioso. Solo consiguieron copiar tres. Estaban demasiado lejos para leerlas con claridad. Pero consiguieron localizar las tres.

¿Y?

—Una de ellas estaba registrada como coche de alquiler; pero la agencia jura que el coche no se alquiló ese día, y de todas formas pertenece a una furgoneta, no a una limusina. Y las otras dos matrículas, según los ordenadores de la DMV, ni siquiera existen.

Kennison mostró su desdén.

—Obviamente sus colegas copiaron mal las matrículas.

—Sí. Bueno, pero fue muy curioso, toda esa gente rica reuniéndose de esa forma, como si realmente hubiera una sociedad secreta y todo eso.

—Nunca había oído hablar de Genevieve Weil hasta que esa desequilibrada de Beaumont hizo esas acusaciones sin fundamento, pero estoy seguro de que si es tan rica como dice la gente, sin duda se relaciona con otra gente rica y puede que incluso los invite a su casa a almorzar. Puede que incluso valore su intimidad lo suficiente para no querer a desconocidos deambulando ante la puerta. Eso no es suficiente para explicar una conspiración.

—Bien, pero ¿dónde estuvo usted el fin de semana? —preguntó un periodista del Bee.

—En mi cabaña de pesca en Maine, si es asunto suyo.

—¿Puede corroborarlo alguien?

Kennison ignoró la pregunta.

—¿Es esa su declaración oficial, señor Kennison? —preguntó el enviado del Times para la costa Oeste.

Él negó con la cabeza.

—No tengo ninguna declaración oficial. Voy a ignorar todo este sórdido asunto y sugiero que haga usted lo mismo. Me sorprende que un medio tan respetable como el Times siga una historia más adecuada para la primera plana del *National Enquirer*.

Empezaron a gritarle más preguntas, pero Kennison se abrió paso entre ellos, abrió de un tirón la puerta, y entró en la seguridad de sus oficinas. La puerta se cerró, ahogando la babel de fuera. Se apoyó momentáneamente contra ella y buscó su pañuelo para secarse la frente. Esto no iba a acabarse, pensó. La gente seguiría escarbando. Un detective aquí, un periodista allá. Probablemente también las agencias del gobierno. Y todas las defensas obvias (como manipular los bancos de datos nacionales para borrar toda huella de Brady Quinn) no eran más prácticas ahora que antes. Había demasiados archivos periódicos; e incluso aquellos que estaban en la red eran, en su mayor parte, duplicados de archivos en papel almacenados en otra parte. Y el acto de manipular los bancos de datos sería revelador en sí mismo. Incluso la propuesta de Vincent Torino requería un estudio cuidadoso. Inundar la red de

vertidos de datos descaradamente incorrectos parecía un intento demasiado obvio de cubrirse las espaldas creando confusión. No hay nada más sospechoso que un hombre que busca refugio.

De manera intencionada o no, Beaumont había creado una situación donde la única defensa posible era la pasividad. Cualquier contramedida activa, al final, parecería apoyar sus alegaciones.

Se dio cuenta de que el personal de la oficina lo miraba con curiosidad, y se enderezó.

—Malditos periodistas —murmuró a modo de explicación. Los empleados y operadores asintieron con muda comprensión. Desde que había estallado el escándalo, todos habían sido acosados e interrogados. Kennison sabía que ninguno de ellos había revelado nada importante por el sencillo motivo de que ninguno sabía nada importante. Eran empleados de Kennison Demographics, no de la Sociedad. Ninguno era Iniciado excepto su secretaria, Prudence Baker.

Y el Turno de Noche, por supuesto.

La clave para analizar y guiar el curso de la historia era la posesión de información fidedigna sobre el estado del sistema. Nadie podía actuar efectivamente en la ignorancia. Ahí era donde entraba su firma. Nadie cuestionaba los motivos de las empresas de sondeos ya que iban por todo el país haciendo preguntas extrañas. Y, de hecho, Kennison Demographics hacía gran cantidad de trabajo «externo» para corporaciones, campañas políticas y otros anunciantes. Todos los datos, no importaba cuáles fueran los auspicios, eran molienda para los molinos de información de la Sociedad.

A Kennison le gustaba pensar en su operación de esta forma: un molino. Como los antiguos molinos de agua que convertían el grano en harina, la Firma convertía los datos en información útil.

Durante un siglo, la Sociedad había debatido qué información podían obtener de los archivos públicos y de agentes estacionados en secreto en varias ramas del gobierno y los negocios. Entonces, hacía cincuenta años ya, el padre de Kennison estableció la Firma como un adjunto de la Sociedad y se recogieron y procesaron datos siguiendo una base más sistemática. Por primera vez, se hizo práctico recoger estadísticas en profundidad por toda la nación basándose en variables clave. El Viejo había proporcionado un servicio inapreciable a Galbraith y el Consejo de Producción Bélica y los ayudó a establecer la economía de guerra centralizada y, no de manera incidental, aseguró los contactos directos de la Sociedad con el gobierno oficial. Desde entonces, las proyecciones de la Sociedad habían cuadruplicado su precisión. Eso convirtió al padre de Kennison (y luego a él mismo) en un VIP dentro de la Sociedad.

Ahora todo lo que su padre había soñado y por lo que se había esforzado en construir (todo lo que él mismo había edificado) se tambaleaba como un castillo de naipes. ¡Y todo por culpa de Beaumont y Weil! A veces Kennison deseaba que KD

fuera independiente de la Sociedad. ¡Sus Hermanos y Hermanas lo necesitaban a él mucho más que él a ellos!

Bueno, sigue soñando. No había ninguna manera realista de «hallar un Quinn» hoy en día. Oh, sin duda podría perderse de vista (había creado «Fletcher Ochs» para tal eventualidad), pero no podría llevarse a KD consigo, y KD era lo que le proporcionaba poder. Se le ocurrió (y no por primera vez) que también lo ataba. El poder recompensaba, pero también penalizaba.

Se sentó ante su mesa y colocó las manos sobre su superficie, las palmas hacia abajo y los dedos extendidos. Mantuvo esa posición, apretando con fuerza, durante unos instantes: luego se relajó y se permitió un momento o dos para disfrutar de la vista desde la ventana de su despacho: un panorama que se extendía desde Coit Tower hasta Presidio. Una bruma oceánica soplabla desde el Golden Gate, y Kennison deseó por un momento estar en su yate pescando peces espada, sin preocupaciones que le distrajeran. Entonces, con un suspiro, se volvió y cogió el primero de los informes almacenados en la bandeja de entrada. Su secretaria le trajo el café en una tacita de porcelana. Le dio las gracias y le preguntó cómo le iba a su hijo con el béisbol. Ella dijo «bien» y se marchó, y él repasó el sumario del informe. Se obligó a concentrarse en el asunto que tenía por delante.

Su mesa y su despacho eran sencillos, amueblados de manera simple. Una mesa de madera de tejo y una silla giratoria. Un mueble con papeles y revistas esparcidas, una pequeña mesa de conferencias redonda. El equipo informático era simple y funcional. Caro, pero no ostentoso. La habitación transmitía un mensaje a todo el que entraba: este es un trabajo serio. Las pistas subliminales podían ser visuales además de verbales.

El trabajo era una encuesta de opinión presidencial. Sus ojos saltaron a lo esencial. Tamaño de la muestra. Estratificación. Error estándar. Junto con las encuestas anteriores, formaba una imagen bastante concreta. No es que importara quién iba a ganar las elecciones del año que viene, pero saber quién lo haría permitiría a los miembros de la Sociedad colocar sus activos e influencia para obtener la mayor ventaja. Escribió a lápiz en una esquina una nota en código para que Prudence se encargara de entregar una copia al Turno de Noche. Con estimaciones fiables del número de «partidarios» de cada candidato y la cantidad de dinero y acceso a los medios que cada uno disfrutaba, el Turno de Noche podría revisar su modelo y predecir los valores de equilibrio para la fracción de voto de cada candidato.

De repente se dio cuenta de que lo estaban observando. Alzó la cabeza, sobresaltado, y vio a Alan Selkirk de pie en la puerta del despacho.

—¿Sí, Alan?

—¿Podría hablar con usted, señor Kennison?

—Claro, pase y siéntese.

Selkirk así lo hizo, cerrando la puerta del despacho tras él. Kennison esperó a que

hablara.

Alan Selkirk era un joven y brillante estadístico escocés que había venido a Estados Unidos para disfrutar del privilegio de estudiar y aplicar nuevas teorías estadísticas en Kennison Demographics. Después de que el «ataque choricero» de Beaumont hubiera perturbado los sistemas de KD, hicieron falta varias semanas para restaurar el sistema y hacer que funcionara parcialmente; e incluso así, habían perdido datos de varios estudios actuales y habían tenido que indemnizar a clientes que ahora nunca recibirían sus sondeos encargados. Todos los programadores y operadores de la oficina se habían enfurecido, pero Selkirk se lo había tomado como una afrenta personal.

Selkirk había anunciado su intención de localizar y eliminar el gusano que había causado el daño. A Kennison le incomodaba (no quería que el personal regular supiera demasiado sobre el sistema de KD), pero no podía encontrar ningún motivo racional para prohibirle a Selkirk que continuara con su cruzada. Era obvio que, fueran cuales fuesen los trucos que había realizado Beaumont, el gusano había penetrado en la base de datos de KD y la había revuelto a conciencia.

—¿Bien? —preguntó Kennison—. ¿Qué ha encontrado? No me diga que ha matado al gusano.

—No, señor Kennison. Al menos, todavía no. Pero encontré la clave del disruptor. —Cuando Selkirk hablaba, había muy poco rastro de su acento escocés. Cinco años en Estados Unidos habían americanizado su habla hasta tal grado que su acento solo aparecía en momentos de tensión.

—¿Sí? ¿Y cuál es? —Kennison sorbió su café y sintió la descarga de cafeína atravesándolo.

Selkirk se pasó los dedos por su barba color paja.

—Bueno, tenía un montón de la tecnología *hacker* habitual en la cabeza. Muy bien montado, considerando que estaba encriptado dentro de otro programa. Yo podría haber hecho un trabajo mejor, con tiempo, pero... —Se encogió de hombros elaboradamente—. La cabeza solo metía al gusano a través de las cerraduras de seguridad habituales. Se coló en cada sistema que accedió a la red y puede que llevara suelto días o incluso semanas antes de que encontrara nuestro sistema. A estas alturas, probablemente habrá penetrado en todas las bases de datos del país.

—Pero no las estropeó todas —dijo Kennison llanamente.

—No. El segmento número tres del gusano era el viejo Juggernaut. Un programa sencillo y arrasador que fue desarrollado por los jugadores de las Core Wars en los años sesenta. Pasa de dirección a dirección, sustituyendo datos con bits aleatorios. Que yo sepa, nadie lo ejecutó fuera de las universidades; y hay contramedidas fáciles, como el Clon, si uno sabe qué esperar. Incidentalmente, nuestro sistema está ahora protegido contra ataques similares en el futuro.

—Gracias, Alan. Eso solo hace que se gane su salario.

—Pero fue el segmento número dos el que resultó más interesante. La cabeza

dejaba que el gusano abriera la puerta y el viejo Juggernaut se cargara todo lo que encontrara dentro, pero el número dos era la llave de paso.

Ahí venía. Kennison lo sentía. Selkirk lo había pretendido todo el tiempo. Había encontrado algo que no debería haber encontrado. El sudor hizo que la frente de Kennison se enfriara, y obligó a su voz a permanecer tranquila.

—¿Y cómo lo hizo?

—Un motor de búsqueda sencillo, si puede creerlo. Buscaba una lista de nombres en la base de datos. Si encontraba más de una fracción específica, soltaba el Juggernaut.

—¿Qué nombres? —preguntó Kennison, aunque ya sabía lo que venía a continuación.

—Sarah Beaumont. Morgan Grimes. Dennis French. Alguien llamado Paul Abbot. Quinn. Belleau. Crawford. Penwether. McAuliffe. ¿Continúo?

—Hmm, no. No creo que sea necesario.

Tras su aspecto tranquilo, Kennison pensaba frenéticamente. Si esto se conoce, Weily Ullman me tendrán cogido por las pelotas. ¡Mi pronto empleado! Tragó saliva y miró a Selkirk a los ojos. El escocés le devolvió firmemente la mirada. Había una leve sonrisa en sus labios. ¿Presunción? ¿Desprecio? Kennison miró con atención y vio las arrugas en las comisuras de los ojos, la tensión en los labios. Selkirk estaba nervioso. Asustado. Había agarrado a un tigre por la cola, y lo sabía. Kennison suspiró para sus adentros. Nunca había ordenado la muerte de nadie que conociera personalmente. Se preguntó si Tyler Crayle estaría disponible. ¿O había ido a buscar a su hermano?

—¿Nombres de nuestras encuestas, tal vez?

Tírate el farol. Hazte el tonto. Gana tiempo.

—No, señor. Eso fue lo raro. Esos nombres fueron la clave que disparó al Juggernaut, pero esos nombres no estaban en nuestro sistema. Sin embargo, nuestro sistema fue atacado. Curioso, pensé.

—Curioso, en efecto. ¿Tal vez el gusano funcionó mal?

—Imposible, señor Kennison. Tal vez no lo entiende todavía, pero esa Beaumont es sibilina. No, la conclusión obvia fue que había una partición oculta dentro del sistema. —Sonrió ampliamente—. ¿Sabe lo que es un agujero de cura, señor Kennison?

—Un agujero de cura. No.

—En Inglaterra y Escocia, cuando la Iglesia papista fue proscrita, algunas de las familias nobles que conservaron la Vieja Religión construyeron paneles ocultos y pasadizos secretos en sus casas para que se escondieran los curas. Bueno, yo he encontrado un pasadizo secreto en la arquitectura de nuestro sistema. Quien lo escribió fue muy astuto y lo saludo. Hay todo un sistema secundario ahí dentro, pegado al sistema KD.

Kennison puso cara de escandalizado.

—¿Quiere decir que alguien ha estado parasitando en nuestro sistema sin nuestro conocimiento? ¡Eso es intolerable!

Selkirk, todavía sonriendo, negó con la cabeza.

—No cuela, señor Kennison. Exploré ese segundo sistema. Levanté unas cuantas piedras para ver qué había debajo. Cosa de la educación. —Arrastró las palabras, divertido. Su acento escocés aparecía de vez en cuando.

Kennison se rindió. Cerró los ojos y se frotó la cara con las manos.

—Muy bien, Alan. Al grano. Deje de dar vueltas.

Selkirk se encogió de hombros.

—Todo lo que dijo Beaumont en su Vertido es verdad. Hay una sociedad secreta intentando dirigir la historia. Y usted es uno de los directores. —Mostró unos dientes perfectos.

—Comprenderá, Alan —dijo Kennison, cansado—, que no puedo dejar que vaya a los periódicos ni a la policía con esto.

Por primera vez, Selkirk pareció sorprendido. De repente se enderezó en su silla.

—Oh, no, señor Kennison. No me comprende. No quiero descubrirlos. ¡Quiero entrar!

VI

SARAH caminaba por el pasillo subterráneo hacia el ascensor, camino de su clase de orientación, cuando le pareció oír pronunciar su nombre. Se detuvo y miró alrededor, pero allí no había nadie. Frunciendo el ceño, echó a andar. Entonces oyó voces apagadas procedentes de un pequeño corredor lateral y, picada por la curiosidad, entró a echar un vistazo.

Había una puerta en la pared a mano derecha. Estaba cerrada, pero había un panel de cristal vertical que la cruzaba, y a través del panel pudo ver a hombres y mujeres sentados ante una gran mesa de caoba. Reconoció a Red (que no estaba sentado en la mesa sino encaramado en un aparador situado junto a la pared), y a Jane Hatch, la mujer mayor que dirigía la casa segura. Los otros eran desconocidos.

Sarah retrocedió antes de que nadie reparara en su presencia. Entonces se inclinó cautelosamente hacia delante y acercó la cabeza a la puerta.

—¡Que se decida de una puñetera vez! —oyó decir.

—Démosle tiempo. No es una decisión fácil —era la voz de Red—. Estamos pidiéndole que borre una identidad completa. Que se convierta en otra persona. No estoy seguro de cómo me sentiría al respecto yo mismo.

—¡Y eso lo dice un hombre que mantiene una docena de personalidades! Hermano Malone...

—Eso es diferente, Hermano Betancourt. ¡Claro que mantengo varias identidades distintas, pero una de ellas soy yo! Puedo usar una personalidad para una operación concreta, pero cuando la operación se termina, puedo olvidarla. Le estamos diciendo a Sarah Beaumont que nunca podrá volver a ser Sarah Beaumont. Jamás.

Cuando Sarah oyó eso, cerró los ojos y agachó la cabeza. Notó una sensación de vacío en el pecho, como si le faltara algo vital. Red no la había estado presionando para que tomara una decisión, pero el tema no había quedado zanjado.

—... sabe lo que sucedería si la gente de fuera supiera quién es. No solo Ellos, sino el público general. Es todo un clamor, y un montón de gente le echa la culpa. Este cambio de nombre es por su propio bien.

—La antigua discusión, Hermana Hatch. Haz lo que nosotros decimos, porque sabemos más que tú.

—¡Sabemos más!

—¿Qué tiene eso que ver? Si la libertad significa algo, es la libertad para ser un completo idiota. Para hacer algo irracional o incluso peligroso. Para ser testarudo y obtuso y cabezota. Para meter la pata ante la inevitable marea de la historia.

—Como alguien más en esta habitación a quien podría nombrar —dijo Betancourt.

Hubo una sarta de risas antes de que Red continuara.

—Vosotros sabéis y yo sé que si sigue siendo Sarah Beaumont en público, la matarán. Tal vez uno de Ellos, en venganza; tal vez algún chalado con una fantasía sobre lo que hizo o no hizo; tal vez Tyler Crayle, si descubre que ella es quien mató a su hermano. Lo lógico es que asumiera una nueva identidad. Pero ¿quién demonios somos nosotros para decirle lo que tiene que hacer?

—Somos los que la rescatamos. Le salvamos el culo.

—No, Hermana Hatch —dijo una nueva voz—. El Hermano Malone tiene razón. Le salvamos el culo, pero no somos sus dueños.

—Ojalá lo fuera yo —dijo otra voz, masculina.

Otro arrebató de risas y las orejas de Sarah ardieron.

—Espera tu turno, Al. Tendrás que ponerte en cola detrás del Hermano Ma...

—Creo que será mejor que cierres los dientes mientras todavía los tienes, Hermano Hollister.

—¡Invoco la Regla Diecinueve! —Eso provocó más risas.

Alguien golpeó la mesa.

—Eso será todo, caballeros... si puedo emplear el término general. El Hermano Malone es un profesional. Guiará a nuestra invitada hacia la decisión correcta. ¿No es así?

La respuesta de Red fue lenta.

—Sí, así es. La ayudaré a tomar la decisión correcta.

—Entonces, si no hay nada más...

Las sillas rozaron contra el suelo y Sarah se apartó rápidamente de la puerta. Regresó al pasillo principal y corrió al ascensor. Pulsó el botón y esperó, luego lo pulsó varias veces más, aunque sabía racionalmente que eso no haría que la cabina llegara más rápido.

La conversación que había escuchado estuvo picoteando en su mente durante toda la clase de Aaron. ¿Qué debería ella hacer? Creía que había cortado todos sus lazos con el pasado hacía años, cuando dejó atrás Chicago; pero ahora, cuando se producía la necesidad de anularlo por completo, le temblaba la mano. Borrar a «Sarah Beaumont» y convertirse... ¿en quién?, una desconocida, se parecía demasiado a morir. De repente se le ocurrió que necesitaba estar en las montañas sin nada alrededor más que el cielo, a solas con sus pensamientos. A través de la ventana pudo ver los picos nevados de la cordillera, y pensó en la tundra y las flores silvestres y los pinos y...

—Estamos esperando, señorita Beaumont.

Ella devolvió su atención a la clase.

—Lo siento. ¿Podría repetir la pregunta?

—La Primera Regla del Pulgar, por favor.

Ella suspiró y tomó aire.

—La Primera Regla del Pulgar de la cliología es: Evalúa la acción, no a los actores.

—Muy bien. ¿Puede explicar alguien el significado de esta regla? —Escrutó la clase como si pudiera verla, y entonces apuntó con un dedo huesudo—. Señor Bosworth.

SuperEmpollón había estado intentando camuflarse en su silla. Dio un respingo y miró alrededor.

—Ah, solo que, uh, una acción directa rara vez consigue sus objetivos. A veces consigue el opuesto exacto.

—Hmmm. ¿Hay otro tipo de opuesto, señor Bosworth? No importa. ¿Puede citar alguien un ejemplo donde los resultados de una acción o política fueran el opuesto «exacto» de las intenciones previstas? ¿Señorita Beaumont?

—Los intentos de la Sociedad Babbage por preservar el Secreto llevaron directamente a la revelación de ese Secreto.

Hubo un momento de embarazoso silencio en la habitación. SuperEmpollón parecía sorprendido y nervioso. La Madre Tierra se irguió abiertamente. Los demás miraron a Sarah. Lentamente una sonrisa se extendió por el rostro de Aaron Gewirtz.

—Una respuesta verdaderamente creativa, señorita Beaumont; aunque un poco provocativa, considerando su procedencia. Tiene, como diríamos, un excepcional regusto amargo para quienes estamos aquí en esta habitación. Al dedicarnos a inspeccionar las motas en los ojos ajenos, en efecto pasamos por alto esta viga concreta en los ojos propios. Lástima, hacen falta más que buenas intenciones para conseguir un objetivo. ¿Hay algún otro ejemplo?

Mientras la clase continuaba, Sarah advirtió un nuevo sonido. Era débil y agudo y parecía proceder de uno de los conductos de ventilación. Frunció el ceño, sorprendida. El sonido bordeaba lo familiar, pero sin que pudiera concretarlo. Subió y bajó de tono varias veces, y luego se detuvo bruscamente. Tras una pausa, empezó de nuevo. Repitió el ciclo varias veces mientras ella escuchaba.

De repente, supo qué era. El solo de clarinete de *High Society*. Alguien estaba practicando las notas una y otra vez, equivocándose con las síncopas de las notas altas. Sin embargo, fuera quien fuese, era paciente y determinado. Sarah advirtió que el sonido llevaba repitiéndose algún tiempo antes de que fuera plenamente consciente de su existencia.

Tensó la cincha de la silla mientras Red parecía entristecido.

—Vas a volver, ¿verdad?

—Claro que voy a volver. Solo necesito estar a solas durante unos días. En algún

lugar donde pueda pensar con claridad. Toda mi vida va a ser diferente a partir de ahora. Necesito decidir hasta qué punto, y de qué formas.

Red le tendió el petate y las alforjas.

—Podría meterme en un lío por esto, lo sabes.

Ella ató el petate.

—No te preocupes. Todos hemos ido de paseo a las montañas.

—Lo que planeas no es exactamente un paseo.

—No, no lo es. Pero no voy a tomar esta decisión bajo presión, tuya ni de nadie, ni impulsada por el momento.

—¿Sabes? Quinn hizo esto una vez.

—¿Qué?

—Irse a las montañas para estar solo. Fue justo después de que viniera al oeste. Tenía que reflexionar. Se quedó allí varios meses. Llegó hasta Central City y bajó hasta las San Juan. La historia dice que construyó una cabaña de troncos con sus propias manos en algún lugar de por aquí y vivió en ella durante algún tiempo. —La miró, inquieto—. Tú no estarás fuera tanto tiempo, ¿verdad?

Ella se echó a reír.

—No, estamos en el siglo veinte, no en el diecinueve. Hoy hacemos las cosas más rápidas. Incluso reflexionando.

Red arrastró una bota en el polvo y la paja del establo.

—¿Estarás bien ahí arriba? Quiero decir, ¿tienes todo lo que necesitas?

Sarah palmeó a su yegua en el cuello, y el animal bufó como respuesta. Era un caballo de las montañas, de color ratón y pie firme.

Sarah se había enamorado de ella la primera vez que entró en los establos.

—No te preocupes por mí. Llevo todo lo que necesito. —Acarició la cabeza de la yegua—. Las cosas que rescatamos de mi Blazer son solo accesorios.

—¿No necesitas comida?

—No, hay comida de sobra ahí arriba. Solo tienes que saber dónde «comprarla». Llevo un poco de tasajo y café.

—Jame dijo que podías llevarte algunas cosas de la cocina.

Sarah negó con la cabeza. Red era como una madre gallina.

—¿Qué piensa Janie de mi viaje?

—Piensa que estás loca. Dice que la elección es obvia.

—Para ella es fácil decirlo. No es su identidad la que van a borrar.

Red gruñó algo como respuesta. Ella sacó la yegua del establo al corral. El día era frío. El sol se ocultaba tras alguna nube ocasional, y un viento fresco soplaba desde el oeste. Sarah se detuvo antes de montar, retorciendo las riendas en sus manos. Miró a Red.

—Bien —dijo—. Deséame suerte.

Red tendió la mano.

—Suerte.

Sarah vaciló un momento, luego aceptó la mano.

—Gracias.

Entonces puso la bota en el estribo y montó. Las botas vaqueras terminaban en punta para que el pie pudiera entrar fácilmente en el estribo y tacones altos para que no resbalara. De esa manera el jinete podía mantenerse montado, incluso en las peores condiciones.

Espoleó al caballo y tiró de las riendas. La yegua alzó la cabeza, y salió del corral a paso rápido. En el borde de la propiedad, Sarah se volvió en la silla y miró a Red. Él la saludó con un brazo y ella le devolvió el saludo.

Cuando Beaumont se perdió de vista, Jane Addams Hatch salió por la puerta de la cocina de la casa principal y permaneció esperando en el porche. Su pelo era blanco y su piel bronceada. Red se acercó a ella.

—Se ha ido —dijo.

—Ya lo veo —replicó la mujer, pequeña y agostada—. ¿Entrará en razón?

—Creo que sí.

Janie gruñó.

—¿Entrarás en razón tú?

Red la miró a los ojos.

—¿Qué quieres decir?

Janie hizo una mueca.

—Le diste la mano, Red. Si yo hubiera sido ella, te habría dado un palo en las costillas. ¿Por qué no la besaste?

Él se dio la vuelta y miró en la dirección donde el caballo y su jinete se habían perdido entre los árboles.

—Ella no me lo pidió.

—¡Red Malone, eres tonto del culo! Pedirlo no es su estilo.

—¡Vaya, Jane Hatch! ¿Estás intentando interferir con el curso natural de la historia?

La mujer mayor bufó, desdeñosa.

—Solo estoy poniendo unas cuantas piedras en el canal. Eso es todo. Y no tiene nada de malo.

VII

JEREMY cambió de postura y miró alrededor mientras la enfermera tras el mostrador de admisiones comprobaba sus archivos. Hombres y mujeres de blanco pasaban de largo, sumidos en sus pensamientos o conversando. Uno o dos miraron con curiosidad la discusión en el mostrador. El aire estaba lleno de los olores medio sentidos de medicinas y antisépticos. Detrás de Jeremy, en la sala de espera, Gwynneth Llewellyn estaba sentada en silencio, leyendo un antiguo ejemplar de *National Geographic*. Escuchaba sin que pareciera escuchar. Incluso pasaba las páginas de la revista a intervalos razonables.

—No entiendo —le dijo Jeremy a la enfermera—. La policía trajo aquí, al Porter, al señor French la noche de su accidente.

La enfermera frunció los labios.

—Bueno, pues no tenemos ningún registro de que haya estado aquí, en absoluto. Tal vez el informe de la policía estaba equivocado. ¿Está seguro de que no lo llevaron al Sueco o al Denver General o al Saint Joseph?

Él se agarró al borde del mostrador.

—Vine aquí con la ambulancia. ¡Lo vi aquí!

—Estoy segura de que hay un error en alguna parte.

Por supuesto que hay un error, imbécil. Jeremy detuvo el pensamiento antes de que llegara a sus labios. Además, ya no estaba seguro de que fuera un error. La desaparición de Dennis tenía que ser deliberada, como el registro en su apartamento. Como el atropello original. Como el micro que Jeremy había encontrado en su teléfono después de visitar a la profesora Llewellyn.

—Ustedes me llamaron la semana pasada y me aseguraron que Dennis se encontraba estable.

Pero nada de visitas. Quien llamó se había mostrado muy firme al respecto.

La enfermera negó con la cabeza.

—No tengo ningún registro de ingreso ni de alta —insistió.

De repente a Jeremy se le ocurrió que tal vez hubiera visto a Dennis por última vez. Algo lo había hecho a un lado para cubrir el agujero de la memoria, dejando un vacío imposible de llenar en la vida de Jeremy. El conocimiento de ese vacío fue una comprensión intelectual. Su mente lo sabía, pero su cuerpo todavía no... como un diente extraído o un miembro amputado.

La desolación debió notársele en la cara, porque la enfermera vaciló.

—Quizás el residente de guardia de esa noche recuerde algo. ¿Cuándo dijo usted?

¿El diecinueve de junio?

Marcó unos números en su terminal. Dennis miró alrededor mientras esperaba.

¡Llewellyn había desaparecido!

El pánico se apoderó de él. ¿La había sorprendido alguien mientras él estaba de espaldas? ¿Estaban esperándolo ahora para capturarlo a él? Escrutó el vestíbulo buscando rostros sospechosos.

Entonces vio que regresaba desde el pasillo y cerró los ojos un instante, aliviado. Llewellyn lo miró sin decir nada, y volvió a su escrutinio de la revista. Jeremy suspiró para sí. Estaba empezando a imaginar cosas.

—Aquí está —dijo la enfermera. Luego, tras una pausa, añadió—. Bien.

—¿Qué es? —Jeremy se volvió y se inclinó hacia delante en el mostrador.

—El doctor Venn estaba de guardia esa noche. Y la enfermera Kilbright. —Hizo una mueca.

—¿Cómo puedo ponerme en contacto con ellos?

—No puedo. Se escaparon juntos el día veintiuno. Estarán en algún lugar de las Bahamas. —En su cara se notaba la desaprobación—. El doctor Venn estaba siempre intentando ligar con las enfermeras, pero nadie sospechaba que esos dos estuvieran liados. Jane Kilbright era una mujer casada...

Bruscamente, pareció darse cuenta de que estaba contando chismorreos, y sus labios se cerraron en una fina línea.

—Me temo que no hay nada más que pueda hacer por usted.

Jeremy le dio las gracias por su ayuda y salió del hospital. Atardecía y el sol de verano era razonablemente cálido. El calor que brotaba de las capotas de los automóviles creaba una titilante cortina de ilusión en el aire. Charcos de agua de espejismo moteaban el aparcamiento. Jeremy se sacó el pañuelo del bolsillo y se secó la frente.

El interior de su coche debía ser un horno. Rebuscó las llaves en sus bolsillos y abrió las cuatro puertas para dejar salir el aire caliente. Metió la mano por el lado del conductor, puso el motor en marcha y el aire acondicionado al máximo.

Llewellyn apareció mientras Jeremy anotaba su conversación con la enfermera en una libreta de bolsillo. Cuando llegó al coche, él empezó a decirle lo que había sucedido, pero la gruesa historiadora lo detuvo.

—Lo oí todo —dijo—. O todo lo que importaba. Mientras usted charlaba, hice que alguien examinara los archivos por nosotros.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Y por qué? No hay ni rastro de Dennis en los archivos. O... —una nueva expresión cruzó su rostro—, al menos eso es lo que dicen.

—Y es cierto. Dennis French no estaba incluido. Así que comprobé todas las admisiones de urgencias del día diecinueve. Y luego unos cuantos días adelante y atrás. —Hizo una pausa y lo miró—. Había una víctima de atropello con huida, clasificada como «John Doe», que ingresó el día dieciocho.

—Oh. El día antes. Entonces no puede ser él.

De algún modo, había esperado...

Llewellyn sonrió.

—Suponga que quisiera usted «perder» a alguien, pero está en el hospital y no puede trasladarlo. ¿Cómo lo haría?

¿Por qué siempre pensaba ella estas cosas antes que él? ¿Tan tonto era? ¿O era debido a que había vivido demasiado tiempo rodeado de comodidades? Hizo una mueca.

—Alteraría los archivos.

—Eso es. Los que estuvieran implicados en la admisión original lo sabrían, pero se les puede sobornar. ¿Con unas vacaciones en las Bahamas, tal vez? Luego se espera unos días y se juega a las sillas musicales, se cambia de sitio unas cuantas admisiones y altas, y todo el mundo piensa que su memoria puede estar equivocada, si es que se preocupan.

La excitación lo recorrió como una puñalada.

—¿Cree que John Doe era Dennis? —Se dio la vuelta y miró el edificio del hospital—. ¿Estuvo aquí, pero lo borraron de los registros?

—Borrado exactamente, no. Solo lo reetiquetaron. Lo cual es positivo, si lo piensa.

—¿Por qué?

—No querían hacerle daño. —Jeremy se animó, pero la profesora añadió—: Al menos hasta que pudieran descubrir qué sabía y a quién se lo había dicho.

Jeremy se encaminó hacia el hospital.

—¿En qué habitación está ese John Doe?

—Estaba. Lo dieron de alta la semana pasada. Su doctor Venn, según los archivos.

—Pero... ¡Venn se fugó con su amante el día veintiuno! ¡No pudo haber autorizado un alta la semana pasada!

Llewellyn se encogió de hombros.

—Los archivos no están en orden. Pero a menos que alguien vaya a buscar a «John Doe» y se le ocurra cotejar fechas, ¿quién se dará cuenta jamás? Deles tiempo y puede que incluso lo resuelvan. Todo esto tiene pinta de ser una operación bien orquestada.

Jeremy dio un puñetazo a la capota del coche. Suspiró y dio la vuelta y se sentó en el lado del conductor, a solas con sus pensamientos. Llewellyn se sentó en el asiento del ocupante y esperó en silencio.

—Hay otra cosa —dijo.

Jeremy la miró pero no pudo hacer acopio de energía para preguntar qué.

—Justo después de que usted saliera, la enfermera de admisiones marcó un número de teléfono, dijo unas pocas palabras, y luego colgó. Luego se estremeció y pareció levemente asombrada. No creo que nadie más se diera cuenta. Fue un segundo y yo lo vi tan solo porque la estaba observando.

Jeremy frunció el ceño.

—¿A quién cree que llamó?

—Dudo que ella misma lo sepa. Creo que fue una orden posthipnótica. Creo que quien alteró los archivos del hospital y sobornó o coaccionó al doctor y la enfermera para que huyeran a las Bahamas dejó también un sistema de alarma preparado por si alguien husmeaba demasiado. —Cerró la puerta del coche—. Vámonos.

—¿Adónde?

Ella sacó un papel de su escote.

—Antes de marcharme, fui a ver a mi amiga y le saqué las direcciones del doctor y la enfermera.

Jeremy quemó rueda al salir del aparcamiento.

Una casa vacía tiene algo especial. Una sensación de abandono. Jeremy se plantó junto al sofá de polipiel en el salón de Kilbright y sintió el vacío de la casa. Pasó una mano por la lámpara y las yemas de sus dedos se ensuciaron. No habían limpiado nada desde hacía por lo menos dos semanas. Ya no le ponía nervioso haber irrumpido en la casa. Nadie iba a regresar.

Un crujido en las escaleras. Vio a la doctora Llewellyn que regresaba a la planta baja.

—Los armarios están todos vacíos —anunció.

Jeremy asintió. Lo esperaba. Un callejón sin salida. Quizás en ambos sentidos de la frase. Detrás del triángulo romántico y la fuga, sospechaba una historia mucho más sangrienta. Nada que hubiera descubierto hasta ahora sobre el grupo secreto sugería que estuvieran disfrutando de unas vacaciones.

—Tal vez podamos localizarlos en algún lugar de las Bahamas —sugirió Llewellyn.

Jeremy negó con la cabeza. Nadie iba a volver jamás.

Karin había servido la cena tal como estaba previsto, un solomillo empanado con una ligera salsa bechamel y sazonado con macia, y Kennison acababa de llevarse el primer bocado a los labios cuando Bettina, su mayordomo, interrumpió.

—Una llamada de teléfono para usted, señor —dijo con una pequeña reverencia. Era esbelta y graciosa e iba vestida de hombre con un negro atuendo de mayordomo.

Kennison miró su comida. Ruth Ann, su chef, no tenía parangón y él la había desafiado a prepararle una comida diferente cada día durante un año entero y el año casi se había consumido sin una sola repetición. Suspiró.

—¿No puede esperar, señora? Acabo de sentarme a cenar.

—Dice que es urgente, señor.

—Muy bien, señora mayordomo. Atenderé la llamada en mi estudio. Dígale a la

chef que debe mantenerme la comida caliente. Solo será un momento.

Su estudio estaba panelado en roble oscuro, con estantes que mostraban un número adecuado de volúmenes. El escritorio a juego era ancho y totalmente despejado, excepto un cartelito que decía con intrincada caligrafía: «Una mesa limpia es signo de una mente sucia». Un toque de humor retorcido que, junto con su personal exclusivamente femenino, pretendía producir en sus visitantes una cierta impresión de Daniel Kennison, *bon vivant*. Un hombre de poder, financiera y sexualmente. Naturalmente, solo dejaba ver una fracción de su poder financiero. Suficiente para ser impresionante y abrir puertas que de otro modo estarían cerradas, pero no lo suficiente para que la gente se hiciera preguntas.

El teléfono y la lámpara de lectura eran islas de modernidad en una habitación por lo demás conservadora. Levantó el receptor.

—Ya lo tengo —dijo. La luz que indicaba la extensión de la mayordomo se apagó. Advirtió que la llamada se producía por la línea especial, una línea que, en lo referido al sistema de conexiones de la compañía telefónica, no existía—. Aquí León —dijo.

—Huevos, párrafo siete.

Kennison arqueó las cejas. ¿Gretchen Paige, llamándolo? ¿Y quería codificar la llamada? Lo cual significaba que tampoco se fiaba de la seguridad de la línea de tierra. Maldijo para sus adentros. Su mejor seguridad por ahora estribaba en no tener contacto unos con otros. Sus dedos jugaron con los botones del teléfono, emplazando el codificador para el número siete en código de Paige.

—¿Sí? —dijo.

—Mira las noticias nacionales esta noche. Pillé la historia en nuestra televisión local, que es una hora antes. Todavía tienes posibilidades de verlo por ti mismo. Llama.

La comunicación se cortó. No había tono. En cambio, solo un silencio infinitamente profundo. Un universo vacío, enorme más allá de toda comprensión. Entonces, en algún lugar de ese silencio, a Kennison le pareció oír un chasquido diminuto.

Soltó el teléfono, tembloroso. ¿Había pinchado alguien la línea privada que había emplazado con Paige y unos cuantos otros? ¿Sospechaba Weil de sus planes? Tal vez era hora de actuar. De acabar con las cautelas y las conversaciones a múltiples niveles. Meter a los demás de lleno en la historia. Incluso a Paige. Sobre todo a Paige, antes de que se le ocurriera golpear por su cuenta.

¿O había empezado Cameron Betancourt a tomar medidas activas por fin? Kennison tenía información de que algunos de los consejeros de Betancourt le estaban instando para que abandonara la Regla de Quinn. Si los Asociados despertaban alguna vez de su largo sueño, podrían ser un oponente formidable.

O tal vez no había nadie escuchando, se dijo. Tal vez estaba nervioso después de aquella conversación con Selkirk.

Miró el reloj y pulsó un botón de su escritorio. Uno de los estantes giró, revelando un aparato de televisión. Pulsó otro botón y la pantalla se encendió, mostrando el rostro de un conocido presentador. Estaba sentado tras una mesa, con aspecto serio y preocupado, con una pantalla y un mapa del mundo detrás. Kennison se preguntó cuántos países del mapa podría identificar. Cruzó los brazos y se sentó a medias en el borde del escritorio. ¿Qué era lo que Paige quería que viese? Si apareció en sus noticias locales, probablemente estaría referido a la costa Este.

Esperó pacientemente a través de media docena de «historias», en realidad poco más que titulares, con cortes ocasionales a comentarios «en profundidad» de una sola frase a cargo de alguno de los Comentaristas Oficialmente Reconocidos. Uno de cada veinte de ellos eran agentes de la Sociedad o estaban controlados por agentes de la Sociedad. Un número similar estaban sin duda manipulados por los Asociados. ¿No se preguntaba nadie por qué el mismo pequeño grupo de políticos, celebridades y científicos aparecían constantemente, se les mencionaba y entrevistaba, mientras que otros, quizá con más que decir, pasaban desapercibidos... o eran expulsados de la escena a través de escándalos planificados?

Las historias de «noticias» en sí eran portentosos anuncios a cargo de líderes políticos y empresariales, quienes realmente creían que tomaban decisiones importantes. Informes de encuestas, como si lo que la gente pensaba importara de verdad. Tonterías sobre incendios y accidentes de coche y guerras y estrellas de cine e inventos científicos.

Fue el último artículo o casi.

El presentador cogió una hoja nueva de su guión y asumió una expresión de preocupada consternación.

—Una trágica muerte en Nueva Jersey. La mansión del empresario retirado John Benton en el condado rural de Sussex fue saqueada e incendiada hoy por un grupo incontrolado que se denomina a sí mismo América Libre. El señor Benton, de setenta y cinco años, pereció en el incendio junto con dos miembros de su servicio. Uno de los atacantes, un mecánico en paro que se negó a dar su nombre, fue capturado por otros miembros del servicio antes de que pudiera escapar del lugar. Dijo lo siguiente...

(Corte a una cara irritada y sin afeitar. Sucia de hollín. Una gorra de béisbol en la cabeza con el nombre de una tienda local. La policía lo empuja sin muchos miramientos mientras le grita a la cámara).

—Vamos a coger hasta el último de esos *piiip* que han estado intentando dirigir nuestras vidas. No tengo un *piiip* trabajo desde hace dos años y medio. ¡Gracias a Dios que esa Beaumont tuvo el valor de desenmascarar a esos *piiip*!

(Corte al presentador).

—La mención del hombre a Sarah Beaumont es una referencia a...

Kennison apagó el televisor antes de que el presentador impecablemente acicalado pudiera ofrecer alguna tontería sobre el Significado de Todo.

Sacó un cigarrillo y vaciló una o dos veces con la cerilla antes de poder encenderlo. Así que se habían llevado por delante al viejo Benton. Había ironía en todo aquello. De todos los Consejeros, Benton probablemente era quien menos se lo merecía. No es que no tuviera sangre en las manos, pero había sido el más parsimonioso a la hora de ordenar eliminaciones.

Sin embargo, el mundo estaba lleno de gente que ansiaba achacarle a otros la responsabilidad de sus propias vidas. No importaba que echaran la culpa a dioses o a demonios. Lo importante era que Alguien era responsable. Deseó que la Sociedad tuviera el tipo de poder que aquel hombre había dado a entender. El tipo de micromanipulación que afinaba cada detalle de la vida. En las manos adecuadas, eso pondría fin al caos de la historia. Dispondría todas las partes de la sociedad para que encajaran a la perfección, sin el ruinoso conflicto de guerras, huelgas, competición o crimen.

La muerte de Benton había sido inútil, esclarecedora para nadie, sin justificar nada. Había algo insoportablemente triste en esa expresión. Una muerte inútil. Se quitó el cigarrillo de los labios y lo aplastó en el cenicero. Tal vez podría encontrarle utilidad. Cogió el teléfono y marcó una serie de botones. Cuando oyó el chasquido al otro lado, dijo:

—Huevos, aquí León.

Cuando restablecieron el contacto, Paige le preguntó si había visto la noticia.

—Sí. ¿Crees que habrá turbas que vendrán a por todos nosotros ahora?

—Pueden imitarlo.

—Una golondrina no hace verano.

—¿Cuántos Consejeros podemos perder antes de considerarlo una tendencia? —

Su voz era afilada, y a Kennison le pareció detectar un atisbo de miedo tensamente controlado.

—Tres —replicó él sin vacilación—. Tres sería estadísticamente significativo.

—Eres un cabrón de sangre fría, ¿eh?

—Si echamos a correr, eso tan solo demostrará que las acusaciones son ciertas. Tenemos que aguantar.

—¿Y que nos eliminen uno a uno?

La idea se le ocurrió de pronto. Un destello.

—Pide protección policial. Después del incidente de hoy, todo el mundo que aparece en el Vertido Beaumont tendrá justificaciones para hacerlo, y la policía no hará preguntas.

—¿Cómo podremos llevar a cabo nuestros negocios con la policía siguiéndonos? No podemos contar con que nos asignen nuestros propios agentes.

—La mayoría de nuestros topes no son agentes de policía, de todas formas. Sugeriría que suspendiéramos los negocios mientras dure la emergencia...

—¡Imposible!

—¡Necesario! Si invitamos a la policía y los periodistas a seguirnos y no hacemos

nada, ¿cuánto tiempo pasará antes de que se cansen y se vuelvan a casa y le digan al mundo que todo era una falsa alarma?

Kennison pudo leer volúmenes en el silencio al otro lado de la conexión.

—¿Una aldea Potemkin?

Ella obviamente se lo estaba pensando.

—No servirá de nada —dijo por fin—. Tendremos que tirar por separado.

Lo cual significaba que tendrían que permanecer juntos. Es decir, que ella dudaba que lo hicieran.

Paige suspiró.

—La señora presidenta nunca estará de acuerdo en permitir que la sigan los policías y los periodistas. Ni Ullman ni Lewis. Sobre todo Lewis.

—Tal vez lo harían —sugirió Kennison delicadamente—, si se estableciera una tendencia.

Otro silencio, ahora más largo y más profundo. Por fin, Paige habló.

—Podría establecerse una tendencia si las condiciones fueran adecuadas —admitió.

—¿Te encargarás de eso por mí? Pensándolo bien, creo que un incidente más establecería un significado estadístico. Y, si fuera el incidente adecuado, se encargaría también de varias otras dificultades.

—Mencionaré su sugerencia de la aldea Potemkin a otros miembros del Consejo. —Hubo una pausa al otro lado de la línea—. ¿Crees que podremos conseguirlo, Hermano?

—Estoy seguro de ello, Hermana. Tengo completa confianza en ti.

Cortó la comunicación.

Tenía fe en ella, en efecto. Sería un admirable Seward para su Lincoln. La idea le complació, hasta que recordó lo que le había sucedido a Lincoln. Entonces, bruscamente, descartó el pensamiento.

—Y si no funciona —dijo en voz alta—, siempre puedo recurrir a Lletcher Ochs.

Regresó al comedor, donde Karin esperaba pacientemente junto a la mesa lateral, con el plato de su cena cubierto bajo una lámpara calefactora portátil. Karin era de constitución recia. Músculos suaves bajo una piel suave, sin ningún rastro de grasa excepto el delicioso acolchado que redondeaba todos los bordes. Se permitió admirar su porte un momento, con los tacones altos y las medias negras de redecilla y su uniforme de criada francesa. La imaginó sin el uniforme (cosa que requería muy poca imaginación) y las diversas actividades en las que podían entretenerse juntos (cosa que, ay, requería mucha).

Se sentó y colocó la servilleta sobre su regazo, donde yació decepcionantemente plana.

—Cenaré ahora —dijo.

Karin le trajo la cena, inclinándose profundamente cuando se volvió para cogerla y cuando la colocó ante él. Lo hacía porque sabía que a él le gustaba y porque sabía

que no sucedería nada.

Kennison recordó que dos de los empleados de Benton habían perecido con él. No quería que eso sucediera aquí. No podría soportar la idea de que la linda Karin o la picara Bettina o la astuta Ruth Ann o la íntegra Greta, la doncella, sufrieran ningún daño. Pensó en ellas, atrapadas en un edificio en llamas con él, como le había pasado al personal de Benton, chillando y abrazándose a él, las llamas lamiéndolos. O perseguidas y golpeadas por multitudes furiosas, sobadas por sucios trabajadores de clase baja.

Algo se agitó en su interior y se miró la servilleta. Vaya, pensó. Vaya, vaya.

Cuando finalmente probó su solomillo un poco más tarde, le pareció algo seco.

VIII

SARAH descansaba con la espalda apoyada en un alto abeto, masticando una tira de tasajo y escuchando el silencio. El sol de la mañana se filtraba entre el follaje, taladrando el bosque con lanzadas individuales de luz. Había un grupito de álamos temblones un poco a su izquierda. Así había encendido el fuego con el que calentó su café. El álamo temblón es un árbol que se autoescamonda, y siempre hay un montón de ramas muertas bajo ellos.

Bueno, en realidad no era silencio, admitió para sí. Los árboles siempre estaban ocupados con las frecuentes brisas. Sobre todo el álamo temblón, cuyas hojas tiritaban con el más leve soplo. El viento atravesaba sus hojas y agujas y producía un murmullo como una multitud distante. Voces siempre al borde de lo inteligible. Si escuchaba con suficiente atención (o, tal vez, si no trataba de escuchar) podrían decirle algo.

Arbolmancia, pensó. Adivinación a través de los susurros de los árboles. ¿Y cuál sería su consejo? ¿Qué decía el bosque de los Asociados y de la cliología y de cambiar de identidad? La brisa refrescó y las ramas se balancearon con el viento. Sssaraaaab, llamaron.

Un grajo chilló y voló bruscamente de un árbol a otro, a menos de treinta metros de donde ella estaba. Más allá, algo grande se escabulló entre los matorrales. Una ardilla, tal vez, o un puercoespín. Sarah cogió su taza de café, sujetándola con ambas manos para dejar que el calor la inundara, y bebió. Miró el ángulo que trazaban los rayos del sol.

Hora de ponerse en marcha.

Arrojó al fuego el resto del café. Entonces cuidadosamente aplastó todas las ascuas. Se acercó al lugar donde tenía atada la yegua y sacó una pala plegable de la alforja. Luego cavó un agujero y enterró el fuego.

Satisfecha de no haber dejado ningún peligro potencial, empaquetó la cafetera y el tasajo, enrolló el petate, y lo ató junto con la silla al caballo. Mientras tensaba las cinchas, oyó una fuerte detonación, como un disparo de rifle. Se sobresaltó y la yegua, sintiendo su temor, se agitó contra las riendas.

Sarah saltó tras un pino piñonero y se agazapó allí. Acarició el cuello de la yegua, hablándole en voz baja para tranquilizarla, contemplando la dirección desde donde había venido el sonido. Contuvo la respiración, esperando.

El sonido se repitió, más claro ahora, y ella casi se echó a reír, aliviada. No era un disparo de rifle, sino un cuesco de semilla. Alguna planta floral preparándose para la

próxima primavera, esparciendo su semilla lo más ampliamente posible antes de morir.

—Realmente necesitaba estas vacaciones —le dijo Sarah a la yegua, que agachó la cabeza. Se subió a la silla y se encaminó pendiente arriba.

Más tarde salió de un bosquecillo de abetos Englemann y encontró un amplio prado alpino. A media distancia, los picos de las montañas empujaban el horizonte hacia el cielo, como una ola rocosa que rompiera contra el planeta. Estaban moteados de parches de nieve eterna. Las montañas donde nunca es verano, las habían llamado los indios utes. Más cerca, un ciervo alzó la cabeza de la charca donde bebía y la miró. Sarah frenó su montura y se quedó quieta, esperando a ver qué hacía el ciervo.

La charca era creación de una familia de castores que había bloqueado el curso del arroyo con palos y lodo. Una leyenda arapahoe decía que el castor había construido el mundo. Los inteligentes indios habían visto cómo los castores convertían los prados en ciénagas con sus presas.

¿Y cuál es la diferencia entre una presa hecha por castores y una presa hecha por humanos? Ecos de la conversación que había tenido con Red el día de su terrible viaje a Mount Falcon. ¿Qué hacía que uno fuera «natural» y el otro no? ¿Solo era cuestión de escala? Ambos cambian el entorno y no necesariamente para mejor. A menos que seas un castor. O un humano.

Tal vez la diferencia se encontraba solamente en la habilidad para prever las consecuencias.

¿Y no era ese el argumento de Red? Cuando sabes hacia dónde va a dirigirse la bolita de la ruleta, ¿te acomodas y aceptas las ganancias, como los Asociados? ¿O intentas hacer que la bola vaya a donde tú quieres, como la Sociedad? ¿Y qué había de la Tercera Fuerza que habían deducido a partir de la lista de Dennis y las cosas que no encajaban? ¿Dónde entraban?

Es mucha metafísica para una presa de castores, pensó.

Red sostenía que la historia no era más que los errores acumulados por millones de aficionados chapuceros que jugueteaban uno a uno con el curso de la historia. ¿Cómo se respondía a eso? ¿Volviéndolos profesionales? Tiró de las riendas de la yegua y se dirigió al norte. El ciervo, sorprendido por su movimiento, corrió al bosque.

Los valles se extendían bajo ella como surcos de gigantes, levantados por un gran arado. Cortes afilados tallados por los arroyos de las montañas mientras caían hacia las llanuras de abajo. Sarah comprobó de nuevo su dirección contra la vegetación. Las pendientes encaradas al sur recibían más luz directa y por tanto estaban más secas que las pendientes encaradas al norte. Plantas distintas se habían adaptado a cada zona. En esta altura, los abetos Douglas se extendían hacia el norte y los pinos ponderosa al sur. Más abajo, los ponderosa se extendían al norte mientras que

hierbas, matorrales y cactus lo hacían al sur.

Cuando llegó a la línea de árboles de la tundra alpina, el viento casi la arrancó del caballo y tuvo que sacar el poncho de las alforjas. Se agitó a su alrededor como una bandera. Se lo colocó por encima de la cabeza y lo amarró con fuerza. El viento soplaba continuamente aquí arriba, alcanzando a menudo más de cien kilómetros por hora. Todo se aferraba al terreno para sobrevivir en un mundo que nunca estaba libre de la escarcha y donde las tormentas de nieve podían producirse cualquier día del año. Las nubes parecían estar lo bastante cercanas para poder tocarlas y cruzaban el cielo como perseguidas por demonios.

Se encontró un antiguo sendero indio, posiblemente ute a estas alturas. Lo siguió, obedeciendo la regla de no dejar ninguna huella. Las plantas de la tundra eran increíblemente resistentes, pero tan equilibradas entre la vida y la muerte que la más leve tensión podía variar ese equilibrio. Este sendero podía no haber sido seguido desde hacía más de un siglo, pero la vegetación todavía tenía que reclamarlo. Sarah se sopló las manos para calentarlas.

La tundra estaba encendida de colores. Los púrpuras y blancos de las caléndulas y las velloritas. Los capullos dorados del girasol alpino que, encarados siempre al este, se convertían en una brújula para el viajero.

Aquí y allí, pinos cembreños, retorcidos e inclinados por los vientos, se agazapaban y escondían tras las rocas y otros refugios. Era el krummholz, el bosque retorcido, esculpido en extrañas formas enanas, como una especie de jardín bonsái natural. No era un paisaje terrestre. El aire frío, rápido, fino. La extraña y grotesca vegetación. El horizonte rocoso y angular.

Se imaginó a sí misma como una viajera estelar en un planeta alienígena. Altaflora. Orbitaba un sol tipo G, pero más caliente que el de la Tierra. En Altaflora, era posible congelarse y quemarse al mismo tiempo.

Una marmota de vientre amarillo se alzó entre las flores y Sarah la saludó, usando el saludo del señor Spock.

—Llévame con tu líder —solicitó. La marmota no hizo ninguna intención por obedecer. Muy bien, pensó ella. Las marmotas eran anarquistas de corazón y no tenían líderes.

Los altafloranos tenían una civilización, naturalmente. Subterránea, lejos de su duro clima. Había ciudades fabulosas talladas en el hielo bajo sus pies. Cavernas mágicas de cristal brillante.

Alrededor de los picos en el suroeste se habían congregado unas nubes oscuras. La luz difusa que había bajo ellas indicaba lluvia. Un relámpago sacudió un lejano pico y Sarah sintió que los pelos de su nuca se erizaban por la estática que traía el viento húmedo. Hora de dar la vuelta y regresar a climas más secos.

Encontró un camino rocoso que llevaba pendiente abajo y le dio la espalda a Altaflora.

La desvencijada cabaña había sido construida con troncos de pino. El tejado había desaparecido y la puerta, reseca y agrietada, yacía entre los restos. Sarah rodeó lentamente el lugar, comprobándolo desde cada ángulo. Antigua, muy antigua. ¿Era la que había construido Brady Quinn?

Pero había habido montañeros por toda la región a principios del siglo XIX, y algunos probablemente habían dejado sus cabañas también. Eso le recordó las ciudades fantasmas de los condados de Summit y Park. Conservada en un precario estado de momificación, la madera se secaba y parcheaba en una especie de fosilización.

Desmontó y clavó las riendas al suelo, para que la yegua pudiera deambular en círculo y pastar. Un pino piñonero joven crecía en el centro de la cabaña, ¡pero a través de la pared trasera desplomada vio un magnífico pino! Se abrió paso entre el caos y se detuvo junto al viejo árbol. Extendió la mano y pasó las yemas de los dedos por la dura corteza. ¿Qué edad tendría?, se preguntó. ¿Un siglo? ¿Medio milenio? Algunos de estos árboles en Mount Evans tenían dos mil años de antigüedad.

Era aquí donde acamparía e inspeccionaría su alma. El árbol era un ancla a las profundidades de la historia del planeta. Mientras estuviera sentada a su sombra nunca podría perder la perspectiva.

Al volverse hacia la puerta, vio marcas en la pared interior de la cabaña. Pasó los dedos por ellas. Alguien había llevado alguna vez la cuenta del paso de los días. Sus dedos encontraron algo duro enterrado parcialmente en la madera. Sacó el cuchillo de la funda que llevaba al cinto y no se detuvo hasta que tuvo el objeto en su palma.

Una punta de flecha. ¿Ute? ¿Arapaho? Le dio la vuelta a un lado y otro, imaginando qué podría haber pasado; y por un instante sintió la historia del lugar. El trampero solitario en una tierra que consideraba deshabitada y salvaje. Los indios, temerosos de los intrusos en unos territorios de caza que consideraban abarrotados. El ataque. La lucha. Flechas cortando el aire. Los ladridos de respuesta del rifle. ¿De chispa? Tal vez. ¿Cómo había terminado? ¿Con la huida de los indios o con la muerte del hombre blanco?

¡Y quién decía que tenía que ser un hombre blanco! Jim Beckwourth, el montañero, era negro... ¡y fundó Pueblo, Colorado! Y más tarde vino Bill Pickett, «el vaquero más grande que ha vivido jamás». Desde el principio, el Oeste había rebotado de hombres y mujeres negros. Así que, puestos a fantasear, podía fantasear que un negro defendió este lugar.

Acampó en las ruinas de la vieja cabaña, apartada del árbol, tras despejar los escombros y construirse un círculo de piedra para contener el fuego. Durante el día, recorría las rocas y cañones, explorando. Encontró un cañón estrecho, tallado por un frío arroyo de las montañas. Encontró centinelas gemelos, dos torres de roca

formadas por milenios de pacientes ráfagas de arena. Encontró un mirador sobre el enorme bosque intacto y se pasó muchas horas en aquella cima luchando consigo misma.

Durante uno de sus paseos se topó con un puma. El felino retrocedió y rugió, y Sarah se quedó muy quieta mientras el puma la examinaba. Luego decidió que era un bocado demasiado grande, le dirigió un rugido de despedida, y desapareció en la espesura. Solo entonces se relajó Sarah y descubrió que tenía la mano agarrotada en el mango del cuchillo. Era fácil olvidar que la naturaleza no era una película de dibujitos de Walt Disney.

Por las tardes regresaba a la cabaña y se sentaba a la sombra del viejo pino y contemplaba la puesta de sol. Los picos permanecían iluminados mucho después de que el sol se hubiera puesto tras el horizonte y las pendientes y cañones quedaran envueltas en la noche. Los indios llamaban a este sitio las Montañas Brillantes, y tenían razón en eso como en tantas otras cosas. Los halcones revoloteaban en silencio por el cielo; una vez, vio un águila calva.

De noche, cuando las estrellas iluminaban el cielo con un esplendor inimaginable en las brillantes luces de las ciudades, se sentaba ante un fuego chisporroteante y bebía café en una taza de latón. El café del Oeste, bien hecho, era capaz de mantener de pie la cucharilla.

En conjunto era un lugar tan bueno como cualquier otro para examinar su alma. Estaba tan sola como siempre. El ser humano más cercano estaba a quién sabía cuántos kilómetros de distancia. Podía sentarse a solas y hablar. ¿Qué pensaba exactamente de los Asociados? ¿De Red y su grupo? ¿De no volver a ser Sarah Beaumont nunca más?

Era esa última cuestión la que más la reconcomía. Si una persona era algo, era quien era. No podía cortar ese pasado sin cortar una parte de sí misma.

Un día regresó a su cabaña y puso un poco de café al fuego. Se sentó al estilo marinero, las piernas cruzadas, de espaldas al viejo pino, contemplando la puerta de la cabaña. En unos minutos, la puesta de sol se enmarcaría en la puerta. Acunó el café entre sus manos, sorbiéndolo de vez en cuando. Sabía un poco dulce, aunque no le había echado azúcar. Miró el suelo de tierra de la cabaña, preocupada por algo que no podía situar. Pero no había marcas en la tierra, excepto sus propias pisadas de entrada.

Se encogió de hombros y contempló la puerta.

¡Y allí había alguien!

El corazón le dio un brinco y trató de levantarse pero descubrió que sus piernas no la sostenían. Una laxitud como de sueño parecía haberla envuelto. La figura en la puerta era una silueta negra, enmarcada por los rayos del sol del atardecer. Una sombra brillante. No podía distinguir los rasgos.

Entonces la figura se sentó junto a ella y dejó escapar un suspiro de alivio.

Era ella misma.

Iba vestida con su traje azul, el del lazo rojo que llevaba puesto en el parque del Centro Cívico el día del tiroteo. Parecía llena de éxito, independiente. Sabía quién era y qué quería. Tal vez era también un poco creída. No tenía amigos. Al menos, nunca había dejado que nadie se acercara lo suficiente para ser su amigo. Pero si mantenía a raya al mundo, al menos estaba encima de él. Las revistas le habían dedicado algún artículo.

—Bueno, desde luego has bajado al mundo —se dijo a sí misma.

Se encogió de hombros. Yo no. Soy lo que siempre he sido. Pero a ti parece que se te ha acabado un poco la suerte.

—¿A mí?

Claro. Ya no sabes lo que quieres. Intentaron matarte, y todo el mundo te odia. Dime qué está pasando.

—De algún modo, creí...

¿Creíste qué?

—Después de lo que pasó en la montaña. Con Crayle...

Cuando mataste a un hombre.

—De algún modo, creí que eso sería el final.

¿Títulos de crédito finales? Ella misma era sarcástica.

—Y todos vivirían felices para siempre jamás.

Los títulos de crédito del final solo los pasan una vez, hermana. Nadie vive para siempre jamás, y nadie vive felizmente.

Ella no se molestó en responder.

—¿Por qué estás aquí?

Necesitas a alguien con quien hablar. ¿Quién mejor? ¿Quién más te conoce tan bien como yo?

A Sarah le pareció oír el rumor de otra voz bajo las palabras. Como si se estuvieran diciendo y respondiendo otras palabras. Apenas resultaba audible; como la nota grave de un órgano, se mezclaba con los otros sonidos. Intentó volver la cabeza para buscar el sonido, pero descubrió que no podía acumular la energía.

Miró la imagen pulida y de aspecto profesional sentada junto a ella.

—No me conoces para nada. Eres lo que yo era antes. Aunque esto se resuelva, nunca podré volver a ser tú.

¡Oh, llórame un poco más, hermana! Necesitaré un impermeable antes de que acabes. ¿Quién dijo que podrías? ¿Quién en toda la historia del mundo pudo quedarse igual para siempre? Tú no, ni yo, ni nadie. Mírame bien y mira si puedes ver la zona sur de Chicago. Allí hay una niñita negra que nunca podré volver a ser.

Sarah apartó la mirada, contempló la puesta de sol enmarcada en la puerta de la cabaña.

—Eso fue hace mucho tiempo. Ya no es real. Tú no eres real. Estoy alucinando.

¿Importa si lo estás? Dime que nunca te has recreado a ti misma y diré que eres

una mentirosa. ¿Cuándo viste por última vez a Lulú o a Geraldine? ¿O a Martha la grande?

Nombres del pasado. Nombres sin referencia. Pequeñas caras infantiles gritando en el patio, la sombría línea de los edificios de Chicago al fondo. No pudo imaginarlas como adultas.

¿O a papá?, insistió la visión. ¿Sabes siquiera si está todavía vivo?

Sarah hizo una mueca.

—Nos abandonó. Cuando murió mamá. Se metió en el camión y se fue a la carretera y no volvió nunca.

Tal vez le resultó demasiado difícil volver, con mamá muerta. Todos éramos adultos ya, incluso el pequeño Frankie. Nunca se portó mal cuando habría sido fácil; cuando tantos otros padres lo hicieron, cuando quedarse significaba escatimar y saber apañárselas con lo mínimo. Mamá permaneció con él durante todo ese tiempo; y entonces, cuando nos educaron y colocaron en la vida, cuando habrían podido tener su propio tiempo juntos, ella murió. No, no creo que él pudiera haberse quedado.

—Tal vez por eso me marché yo también.

Ella misma hizo una mueca.

¿A buscarlo por los caminos? ¿Has vuelto alguna vez a poner flores en la tumba de mamá?

—¡No! —Sarah enterró la cara en sus manos—. ¡Y si hago lo que quieren que haga, nunca podré hacerlo!

¡Oh! Ese es el problema, ¿no? No es que no lo hicieras nunca, sino que ahora nunca podrás. Ese salvavidas siempre estuvo allí, aunque nunca lo utilizaras. Como ese viejo pino que tienes detrás, con sus raíces hundidas en Mamá Tierra. Es bonito sentarse a su sombra, pero es un consuelo saber que está allí.

Ella alzó la cabeza y se miró.

—Dime qué debo hacer.

No, hija. Nadie puede decirte eso.

Ella parpadeó y ya no era ella misma. Era mamá, tal como era antes de ponerse enferma, con el mentón cuadrado y los ojos picaros.

Siempre fuiste una niña tozuda; pero, por Dios, nunca fuiste indomable. Tenías una brújula en la cabeza que siempre apuntaba hacia el bien. Tu padre me lo dijo. Haces lo que tienes que hacer. Harás lo que sea adecuado.

—Pero no quiero perderte, mamá.

Oh, no digas tonterías. Es imposible que me pierdas, porque me llevas aquí... — extendió la mano y tocó la cabeza de Sarah—... y aquí.

Y tocó su corazón.

Sarah se inclinó hacia delante y abrazó a la figura y lloró.

Por la mañana despertó tendida en el suelo, ni siquiera en su saco de dormir, helada

hasta los huesos. Se levantó, y sus músculos entumecidos protestaron ante el abuso. Se desperezó, tratando de acomodarse. Después de unos cuantos ejercicios de calentamiento se sintió un poco menos un cadáver embalsamado y un poco más un ser humano.

Fue a servirse un poco de café y se detuvo. El fuego estaba apagado, pero la cafetera había sido colocada cuidadosamente a un lado, junto con la taza. Cogió la cafetera y vio que la habían limpiado a conciencia. No recordaba haber hecho eso.

Recordaba haber hablado con su yo anterior y con su madre. En su momento pareció tan natural, tan casual; pero ahora lo extraño del momento la asaltó. ¿Qué demonios había pasado?

Miró alrededor, a la cabaña, al viejo pino. Tal vez era el lugar. Extraño en el antiguo anglosajón era una palabra que quería decir Destino. Tal vez había algo aciago en este lugar.

Empezó a recoger sus cosas. Era hora de marcharse. Como los antiguos indios, había ido a un sitio solitario y había tenido una visión que le dijo quién sería a partir de ahora. Así aprendían los indios sus nombres adultos. No estaría bien quedarse mucho en un lugar así.

Observó el terreno. Quizá casi esperaba pisadas, algún signo de sus visitantes nocturnos; pero naturalmente no había ninguno.

Y ahora recordó haber advertido la extrañeza anoche. El terreno solo tenía sus pisadas de entrada, y debería haber tenido sus propias pisadas de salida también. De haber entrado y salido varias veces, de hecho. Ahora incluso esas pisadas habían desaparecido.

Alguien había estado en la cabaña mientras ella había estado fuera, paseando por el cañón. Alguien que había borrado cuidadosamente sus huellas. Alguien que, tal vez, había drogado su café. Oisqueó la cafetera pero no pudo detectar nada excepto el fuerte olor del metal.

Se agachó y estudió el suelo. Sí, ahora podía ver los signos. Alguien había usado una rama con hojas para borrar las pisadas. Siguió los signos hasta el viejo sendero indio. Allí se desvanecía, pero encontró la rama rota que sin duda había sido la herramienta. Miró el sendero arriba y abajo. ¿Qué camino había seguido su visitante nocturno?

Quienquiera que fuese debía tener un caballo y debía de haberse ceñido al sendero. Ir a campo través era una buena forma de quedar atrapado en los cañones o barrancos o entre árboles infranqueables. Era mejor seguir los senderos dejados por los indios y los animales del bosque. Sarah buscó señales, caminando lenta y cuidadosamente en un amplio círculo alrededor de la cabaña, estudiando el trazado de la tierra.

A ciento cincuenta metros sendero abajo encontró un agujerito en el suelo y hierba que había sido mordisqueada. No encontró huellas de cascos, pero recordó el viejo truco de cubrirlos con piel de oveja para que no dejaran ninguna marca visible

en el suelo. ¡Él no podría llegar muy lejos con el caballo trabado de esta forma!

Volvió al lugar donde había dejado la yegua y rápidamente la ensilló y cargó sus cosas. Luego recorrió el sendero siguiendo la dirección que había tomado su visitante. Tres kilómetros más allá, encontró una huella de casco. La estudió con atención, advirtiendo la grieta en la herradura en la parte izquierda para reconocerla cuando la volviera a ver. Entonces, cuidadosamente, siguió el sendero.

Después de varias horas, el sol empezaba a ponerse y ella se preguntaba si debía de posponer la persecución. Tiró de las riendas y buscó un sitio donde acampar.

Había un sitio adecuado a la derecha. Un bosquecillo de álamos temblones y un claro. Desmontó y se acercó.

Era un buen lugar para acampar... tan bueno que había sido utilizado recientemente. Se arrodilló y estudió el suelo. Todavía cálido donde estaba enterrado el fuego. La hierba estaba aplastada donde había dormido alguien. Y había un sendero menos utilizado entre el campamento y... ¿dónde?

Ató la yegua a un árbol y recorrió el sendero. Sacó el cuchillo de su cinturón y se lamió los labios, pisando con cuidado para no hacer ningún ruido. No había nadie en el campamento ahora, pero era mejor no correr riesgos.

La pista llevaba a un macizo de roca que parecía vagamente familiar. Había una especie de hueco en la roca con un saliente delante. Se subió al hueco y miró desde las rocas.

Y vio el rancho extenderse ante ella. El lugar seguro de los Asociados.

Pudo distinguir dos figuras en el porche trasero. Con un buen par de binoculares sabía que podría identificarlos. Con un micrófono parabólico, podría oír cada palabra. Una de las figuras tiró algo al suelo y salió del porche estirando los brazos. El semental en el pasto de abajo se quedó quieto y miró en la dirección de Sarah. Ella recordó que había hecho lo mismo hacía poco, mientras Red y ella disfrutaban de la brisa en la cerca.

¡Alguien nos ha estado espiando!, pensó.

¿Nos?

Así de simple, se había unido a los Asociados.

IX

HERKIMER VANE era sin duda el miembro más difícil del equipo de trabajo de Gwynn. Era un hombre bajo y calvo, con nariz de pico. Llevaba la ropa invariablemente arrugada, y notitas de papel asomaban en los bolsillos de su chaqueta. Tenía la desagradable costumbre de agitarle el dedo ante la cara cada vez que quería recalcar un argumento.

—Pero señor Collingwood, no existe eso que se llama un hecho histórico.

Jeremy resistió un loco impulso por morder el ofensivo dedo. Se pasó el martini con vodka de la mano derecha a la izquierda y buscó desesperadamente a alguien que le rescatara. Socorro, pensó. Soy rehén de un filósofo histórico.

—¿Qué quiere decir con eso de que no existe el hecho histórico? —dijo en voz alta—. ¿Qué es lo que me enseñaron en el colegio, ficción histórica? —Le pareció que había hecho un retruécano bastante acertado y casi derramó su bebida cuando Vane estuvo de acuerdo.

—Sí, exactamente.

—¿Cómo dice? ¿Todo era mentira? ¡No puede hablar en serio!

Vane parecía impertérrito.

—¿Mentiras? Oh, no. Creo que no he dicho eso.

Ahora Jeremy estaba totalmente confundido.

—Bueno, entonces...

—Creo que no ha entendido usted la palabra hecho —dijo Vane, agitando el dedo una vez más—. Lo considera una especie de categoría de verdad definitiva, pero ese no es el caso. Oscar Wilde dijo una vez que los ingleses degradan siempre la verdad en hechos. Como muchos otros artistas, había intuido algo vital.

Jeremy sacudió la cabeza.

—No lo entiendo. Un hecho es un hecho.

—No, señor Collingwood. Un «hecho» no es una cosa; es el participio pasado de un verbo. *Factum est*. Una palabra dinámica. Facto, creo. No se usó como nombre hasta finales de la Edad Media; y entonces significaba «algo hecho», como el francés *fait* o el magiar *tény*. La palabra inglesa *feat*, acción, es semejante. Incluso en inglés, *tact*, hecho, conservó el significado de acción hasta principios del siglo diecinueve. Cuando Jane Austen escribió «graciosa de hecho, si no de palabra», lo que quería decir era «graciosa en actos, no de palabra».

—Eso es semántica —objetó Jeremy.

—La semántica es la ciencia del significado de las palabras, y las palabras son la

forma en que nos comunicamos. ¿Qué puede entonces ser más importante que una cuestión de semántica?

Jeremy abrió la boca para replicar, y entonces se lo pensó mejor. Vane tenía razón. Jeremy sorbió su bebida. El pequeño historiador era irritante, pero también intrigante.

—Con todo, no es así como usamos la palabra hoy. Hoy queremos decir «datos crudos».

—No, no, señor Collingwood. —El dedo se agitó adelante y atrás—. No existen los datos crudos. Siempre están cocinados.

Jeremy se rio involuntariamente.

—Es una buena frase, profesor. Pero ¿qué significa?

—Significa que no puede haber hechos sin teoría. Una idea de qué tipo de hecho buscar en primer lugar, y una idea de lo que podría significar después. Por eso, como Lukács, prefiero la palabra evento. No es ni seca, ni definida ni estática, pero sugiere vida, flujo, y movimiento. Lukács escribió: «el evento es al hecho, como el amor al sexo». Los eventos son hechos en movimiento. Los eventos tienen impulso, pero los hechos solo tienen inercia. Ningún hecho existe en aislamiento. Ni siquiera podemos pensar en un hecho sin asociarlo con otros. Por ejemplo: no podemos certificar la altura del monte Everest sin relacionarlo con otras montañas. No podemos medir la temperatura del cuerpo sin pensar cuál debería ser esa temperatura. Ahora bien, ficción viene del latín *fingere* , que significa «construir». Un hecho no se puede separar de sus asociaciones... que son construcciones de la mente.

Así, no solo *fictio* es un orden superior que *factum* , sino que todo hecho es en cierto modo una ficción. A eso me refería cuando dije que le enseñaron a usted ficciones históricas. Cualquier intento por reconstruir la historia es exactamente eso, una reconstrucción, y por tanto una ficción.

Jeremy advirtió que Vane podría tener razón. Se encontraba mucha verdad en la ficción.

—¡Herkimer! ¿Estás molestando al pobre Jeremy?

Jeremy suspiró aliviado cuando Gwynneth Llewellyn se interpuso entre ellos como un remolcador que separa dos barcos. Colgó el brazo del codo de Vane.

—¿Te han presentado ya a todos, Herkimer?

—No, espera, Gwynn —dijo Jeremy—. El profesor Vane sostiene que no hay hechos en la historia.

Llewellyn le dirigió a Vane una sonrisa élfica.

—¡Herkimer! ¿Te has estado burlando de él? Tienes que comprender, Jeremy —añadió por encima del hombro—, que la historia no es todo cortar y pegar, como la contabilidad. La historia es lo que nosotros hacemos que sea.

—*Historia facía est* —dijo solemnemente Herkimer Vane—. ¿Por qué no hacemos como los científicos y probamos un experimento? Cojamos un hecho. Algo tan aturdidamente básico como la simple cronología...

—Espere. Sé que a veces la fecha exacta de un evento es desconocida...

—Oh, no, señor Collingwood. Cojamos un hecho cuya existencia sea indiscutible. Dígame cuándo y dónde empezó la Segunda Guerra Mundial. No me refiero a algo tan sutil como las raíces de la guerra. Se remontan a la Edad Media. Me refiero a las hostilidades concretas.

Jeremy sonrió. Empieza a hablar con un profesor y tarde o temprano acabas haciendo un examen.

—Supongo que empezó en, ¿qué? ¿1939? Alemania invadió Polonia.

—En septiembre —terminó Vane—. Eso dice usted. Pero ¿no podría haber empezado en Polonia en el verano de 1701?

—¿Qué?

—Por supuesto —dijo Vane, complaciente—. Los franceses y británicos libraron cuatro guerras mundiales entre 1689 y 1763. La lucha tuvo lugar en la India y América del Norte además de en Europa. Considerando su magnitud geográfica, las grandes guerras por el imperio merecen ser consideradas guerras mundiales.

Jeremy farfulló.

—¡Esa era una pregunta con trampa! —protestó. Miró a Gwynn en busca de apoyo, pero ella se estaba riendo.

—La mente estudiantil —dijo—. Cree que las respuestas son más importantes que las preguntas.

Vane agitó un dedo.

—También podría argumentar que la Segunda Guerra Mundial fueron en realidad dos guerras distintas, la de Europa y la del Pacífico, con unos cuantos combatientes solapados. Sin embargo, dejando esos temas a un lado, podemos preguntar legítimamente si la guerra mundial comenzó en Manchuria en septiembre de 1931 o en Hawai en diciembre de 1941. Sin duda esas fechas son tan válidas como las eurocéntricas que ha dado usted.

Jeremy empezó a responder, vaciló, y luego dijo:

—Muy bien, profesor. Comprendo su argumento. Las guerras de Europa y el Pacífico tuvieron cada una, una fecha y un lugar de inicio. Y usted podría argumentar que la guerra mundial, *per se*, no empezó hasta que los japoneses no llevaron a los americanos y británicos a la guerra en el Pacífico. Pero eso no invalida la idea de los hechos históricos, solo significa que tenemos que definir nuestros hechos con más precisión.

Vane se encogió de hombros.

—El valor de los hechos depende más de su relación que de su precisión. Tal vez sea más importante reflexionar si hubo dos guerras o una que elegir una respuesta u otra. Tal vez ambas respuestas sean verdaderas en cierto sentido. Cuanto más «preciso» es un hecho, menos fiel puede ser. Por ejemplo, yo podría decir que la población de Denver el uno de abril de 1999 era de... bueno, digamos de 657 232 habitantes, por inventar un número. Eso sería preciso. Pero si dijera en cambio que la

población de Denver a principios de 1999 estaba entre 650 000 y 666 000 habitantes, sería más fiel, aunque menos preciso. Porque la última declaración es dinámica y la verdad es siempre dinámica y relativa. Quién era o no residente de Denver en un momento concreto es una abstracción, y una abstracción estática además. La gente está yendo y viniendo constantemente. ¿Incluye la población a los vagabundos que pasan por la estación de trenes? ¿A los turistas de los hoteles? ¿A los estudiantes universitarios y los ejecutivos de negocios, que están aquí unos cuantos años y luego se van? ¿Y los que tienen dos residencias, una en Denver y la otra en otra parte? Cuando se tiene en cuenta el movimiento, es imposible fijar con certeza el tamaño absoluto de la ciudad.

—El principio de incertidumbre de Heisenberg aplicado a la historia —dijo Llewellyn.

—¿Eh? —Vane se volvió hacia ella—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Heisenberg dijo que conocer la velocidad de una partícula hace que su posición sea indeterminada, y viceversa. Si estuvieras tan familiarizado con la obra de John Lukács como dices estar, te darías cuenta de que su propósito consciente era aplicar la reflexión de Heisenberg al pensamiento histórico.

—Oh, sí. —Vane agitó una mano, despectivo—. Aunque no fue solo Heisenberg, ya sabes. La misma *weltanschauung* emergía en todas partes en esas décadas. En los escritos de Pasternak y Ortega, por ejemplo; o en Guardini o Hantsch. ¿Qué fue el impresionismo sino la teoría cuántica aplicada a la pintura? ¿O quizá viceversa? Y recuerda lo que dijo Lukács. Siempre se puede estudiar la ciencia históricamente, pero no se puede estudiar la historia científicamente.

Llewellyn lo miró especulativamente.

—¿No es eso lo que hemos venido a decidir aquí?

—Mi querida mujer —dijo Vane, palmeándole el brazo—, la idea de una historia mecánica está desacreditada desde hace tiempo. Buckle estaba equivocado. Nuestra tarea es descubrir los fallos en esas declaraciones tan dramáticas. Mientras tanto... —Se encogió de hombros y depositó su vaso vacío en la bandeja de un camarero que pasaba—. Mientras tanto, podemos generar unos cuantos estudios interesantes. —Estiró los brazos y miró el reloj—. Ha sido estimulante hablar con usted, señor Collingwood. Pero el *jet lag* me está pasando factura; si no le importa, voy a volverme al hotel.

Jeremy lo vio marcharse.

—Ha sido agradable hablar conmigo —le dijo a Gwynn—. Quiere decir que ha sido agradable hablarme.

—Oh, no seas tan duro con él. Herkimer no tiene mala intención, pero no puede evitar dar sermones. Incluso a sus colegas.

—¿Hablaba en serio? Lo de realidad y ficción, quiero decir. —Jeremy terminó su martini y buscó un sitio donde dejar la copa. No vio ninguna bandeja cerca, así que se la quedó.

—¡Por supuesto! Sé que parece bastante esotérico para los profanos... ¿He dicho algo gracioso?

—No. Es que profano es una palabra que no me cuadra.

Llewellyn se echó a reír un segundo.

—Sí. Todo grupo establecido divide la humanidad en dos apartados: helenos y bárbaros, judíos y gentiles, gaélicos y galos. Nosotros los profesionales y vosotros los profanos. Pero, como decía, Herkimer está haciendo una observación *heisenbergiana* válida. Quiere decir que no se puede observar la historia sin que el acto de observación afecte a lo que ves. Que «construimos» la historia haciendo asociaciones de hecho.

—¿Entonces cómo puede nadie predecir la historia? Dos personas pueden mirar los mismos eventos y reconstruirlos de manera distinta. ¿Cómo se sabe si una predicción se ha vuelto verdadera? ¡Demonios! ¿Cómo se sabe siquiera qué sucedió en el pasado?

—Ese es exactamente el argumento de Herkimer.

—Si no cree posible estudiar la historia científicamente, ¿por qué lo invitaste a tu grupo de trabajo?

—Lo cierto es que él insistió. Cuando se corrió la voz de que estaba formando el grupo, me llamó y me pidió estar en él. Pero ese no es el tema. Ninguno de nosotros cree realmente que un grupo secreto haya reducido la historia a ciencia, mucho menos que lleven controlándola el último siglo y pico. No, eso es imposible.

—Pero...

—Oh, estoy convencida de que hay un grupo que ha intentado hacerlo. Puede que incluso ellos mismos creen que tienen éxito. Pero la existencia de una sociedad secreta semejante no demuestra que sus creencias sean algo más que ilusiones, no importa lo implacablemente que las lleven a cabo. Es demasiado fácil reconstruir eventos para convencerte a ti mismo de que tus predicciones se cumplieron. Recuerda a Nostradamus.

La mayoría de los miembros del equipo eran bastante simpáticos: Geoff Hambleton. Henry Bandmeister. Penny Quick. Excepto por una lamentable tendencia a dejar caer referencias casuales a Pensadores Importantes de quienes Jeremy no había oído hablar jamás, su conversación era interesante. Lo cierto era que la charla de detallitos históricos resultaba más intensa gracias a las observaciones anteriores de Vane. Fuera cual fuese el tema, Jeremy se preguntaba si era posible reconstruir los hechos de una forma totalmente diferente. Si no fuera porque sus pensamientos regresaban de cuando en cuando el hecho central de que Dennis había desaparecido, habría dicho que se lo estaba pasando bien. ¡Sin embargo, a veces una parte de él quería gritar!

Pero el horror de toda situación es que pronto nos acostumbremos a ella. Jeremy no recordaba quién lo había dicho. Un Pensador Importante, tal vez. Pero le resultaba

imposible concentrarse constantemente en su amante perdido. La vida continúa, y ahora estaba preparado para aceptar las cosas según fueran viniendo.

Mientras Jeremy y Gwynn dejaban la sala de recepción, un desconocido se levantó de uno de los sillones tapizados del vestíbulo del centro de conferencias. Un oriental bajito y delgado en mangas de camisa, con gafas de montura oscura que parecían un poco grandes para su rostro, y un rotulador de punta fina detrás de la oreja. Un cuaderno y bolígrafos adicionales abultaban en sus bolsillos.

—¿Doctora Llewellyn? —preguntó.

Gwynn lo miró.

—Sí, soy Llewellyn.

—Me llamo Jim Tranh Doang, del departamento de matemáticas. ¿Podría hablar un momento con usted?

Llewellyn miró su reloj.

—Muy bien, señor Doang. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Es doctor Doang —sugirió el oriental—. Soy profesor de investigación operativa. Y es qué puedo hacer yo por ustedes.

—Investigación operativa.

—¡Están interpretando mal todo este asunto de Beaumont!

Llewellyn se le quedó mirando.

—No estoy segura de que sea asunto suyo cómo llevo a cabo mi investigación.

El hombrecito pareció desarmado por la hostilidad y miró a Llewellyn y a Jeremy.

—Déjalo hablar, Gwynn —dijo Jeremy.

—Gracias —dijo Doang—. Doctora, como en Chicago y Stanford, ha reunido usted un grupo para estudiar la información contenida en el Vertido Beaumont. Pero como ellos, solo ha incluido a historiadores.

—Es una cuestión de historia, doctor Doang. Naturalmente que he reunido a un equipo de historiadores.

—Pero... —Doang miró brevemente a Jeremy—. Esta sociedad secreta decía usar modelos matemáticos para predecir el curso de la historia. El Vertido contenía información sobre las estructuras de esos modelos... no mucho, tal vez, he oído que el Vertido se terminó in media res. Pero ¿quién en su equipo está cualificado para juzgar los méritos técnicos?

Llewellyn ladeó la cabeza y miró al matemático. Jeremy pudo ver que su lengua se movía por dentro de su mejilla, un signo claro, lo había comprobado, de que estaba examinando las cosas.

—¿Y usted cree ser competente para hacerlo? —Gwynn miró a Jeremy—. ¿Tú qué opinas?

—¿Qué daño puede hacer?

—Muchos investigadores han moldeado fenómenos culturales —dijo Doang—. Hombres como Rashevsky y Hamblin. Puedo comparar su trabajo con el de esa supuesta sociedad.

—¿Supuesta sociedad? —dijo Jeremy con voz irritada—. ¿Supuesto? Tal vez solo dispararon supuestamente a Beaumont; y a Grimes lo asesinaron supuestamente. Y a Dennis supuestamente lo atropelló un coche. Donde hay humo, doctor Doang, hay fuego.

Doang lo miró.

—No, señor Collingwood. Donde hay humo, hay humo. Puede que haya fuego, o puede que haya hielo seco sublimándose. O solo una nube. Ahora debemos descubrir qué hay. Ese es el método científico.

—Muy bien, doctor Doang —dijo Llewellyn—. Supongo que deberíamos descubrir si las matemáticas son válidas, al menos. Aunque Incluso si es matemáticamente válido, puede o no ser históricamente válido. Muy bien, doctor Doang... maldición, odio las formalidades. ¿Puedo llamarte Jim o Trinh?

—Jim está bien.

—¿Te llama alguien alguna vez Ding? —preguntó Jeremy.

Doang lo miró.

—Nunca dos veces —dijo. Agitó una mano en el aire como si fuera un cuchillo y le alzó una ceja.

Jeremy sonrió.

—No pretendía ofender, Jim. Yo soy Jeremy.

—Y puedes llamarme Gwynn —dijo Llewellyn—. El equipo se reúne mañana en la sala de conferencias del departamento de historia...

—Si no te importa —dijo Doang—, prefiero no asistir a vuestras reuniones. Mi trabajo puede llevarse a cabo de manera independiente, y encuentro tan aburridas las discusiones de filosofía histórica como vosotros las ecuaciones diferenciales. Y además... —Doang vaciló.

—¿Además? —instó Llewellyn.

—Según los rumores, la gente que se ha acercado demasiado a este asunto ha acabado muerta o desaparecida. Esa sociedad puede que no considere una amenaza vuestro comité, pero tengo la sensación de que si supieran que hay científicos auténticos implicados, se preocuparían bastante.

Llewellyn hizo una mueca.

—Tienes una opinión muy elevada de ti mismo.

—¿No la tiene todo el mundo? Pero ese no es el tema. El tema es qué estrategia seguir. Tenga razón o esté equivocado, minimiza los riesgos, para todos nosotros, si trabajo tranquilamente por mi cuenta.

Doang hizo una leve reverencia, se estrecharon las manos, y se marchó. Jeremy y Gwynn permanecieron en el vestíbulo después de que se fuera.

—Riesgo —repitió Llewellyn.

Jeremy frunció los labios. La recepción había sido divertida, pero Doang le había recordado que estaban pisando terreno peligroso. El que la supuesta Sociedad Babbage tuviera una ciencia válida o no era de interés académico. El que estuvieran

dispuestos a matar para protegerla era algo más personal.

—¡Hermano Ruiz! —exclamó Kennison, levantándose de la mesa. Bettina condujo al hombre mayor al despacho y luego se marchó, cerrando la puerta tras de sí—. ¿Qué demonios estás haciendo aquí? Es demasiado peligroso reunimos *in corpora*.

Y Ruiz lo sabía, ¿entonces por qué estaba aquí?

Benedict Ruiz plantó su huesudo cuerpo en la silla ofrecida. Se sacó un pañuelo del bolsillo y empezó a secarse la frente. Con la mano izquierda, aferraba firmemente su bastón de roble. Kennison pudo ver sus nudillos abultados, blancos y prominentes, contra la madera clara.

—¿Entonces no te has enterado?

—¿Enterarme de qué? ¿Puedo ofrecerte algo de beber? —extendió la mano hacia el comunicador para llamar a Karin, pero Ruiz alzó mano.

—No. Nada, amigo. Gracias. He venido...

—¿Te han seguido?

Ruiz golpeó el suelo con su bastón.

—¡Hermano Kennison! ¡Estoy intentando advertirte por tu propia seguridad!

Kennison se hundió lentamente en la silla tras el escritorio, iba mal. Ruiz estaba verdaderamente preocupado. Kennison apoyó codos sobre la mesa y cerró los puños.

—Advertirme —repitió—. ¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido?

—Genevieve. Una bomba en su coche. Está muerta.

Kennison se enderezó de golpe. Un escalofrío lo recorrió. La Gran Arpía, ¿muerta? No esperaba que Paige se moviera tan rápidamente.

—¿Conoces los detalles?

—¿Detalles? —Ruiz agitó una mano, irritado. El pañuelo revoloteó como una bandera de rendición—. ¿Por qué necesitamos detalles? Nuestros enemigos están ya en la pista. Nos eliminarán, uno a uno —continuó secándose la cara—. Santa María, ¿dónde nos hemos metido?

Kennison sintió desdén por el temor del viejo, pero trató de mantenerlo apartado de su voz cuando habló.

—¿Sabes cómo ocurrió?

Ruiz asintió espasmódicamente.

—Sí. Sí. La Hermana Paige había concebido un plan para protegernos. Ya había contactado conmigo al respecto. Pero la señora presenta... esto me lo dijo el propio Judd. La señora presidenta se negó a verla. Le dijo a Judd que iba a dar un paseo en coche por las inmediaciones del lago. Poco después, Judd sintió temblar toda la mansión, corrió al garaje y encontró el Mercedes favorito de la señora en llamas. El calor era intenso (los fuegos producidos por la gasolina son extremadamente calientes, sabes), pero vio que su señora...

Ruiz hizo una pausa, tragó saliva. Miró al suelo, negándose a mirar a Kennison a los ojos, y su bastón trazó curvas aleatorias en la alfombra.

Kennison se estremeció, y no era solo teatro. La Hermana Paige demasiado dada a los extremos, demasiado dispuesta a dejar que sus emociones la gobernaran. Un final menos dramático habría servido igual a mis propósitos. Entonces recordó que a la Hermana Paige le imitaban dos pitos sus propósitos, que tenía planes propios. Tomó nota mentalmente de comportarse con más cuidado con ella en el futuro. Las alianzas de conveniencia duraban solo mientras fueran convenientes. Uno nunca sabía qué había bajo la superficie. Se preguntó si Paige habría sobornado a Judd para que colocara la bomba.

—¿Saben quién lo hizo? —le preguntó a Ruiz.

Ruiz respondió con un elaborado encoger de hombros.

—¿Quién? La CIA. Los Asociados. El partido republicano. ¿Quién sabe? El país está lleno de gente que podría querer venganza por lo que os hecho. Hemos estado guiando el curso de esta nación nuestra para nuestro propio enriquecimiento, y hemos tratado implacablemente a todo aquel que se ha interpuesto en nuestro camino. ¿Puedes negarlo?

—Esos fueron Grosvenor Weil y su camarilla...

—Y nosotros solo estábamos siguiendo órdenes —replicó Ruiz—. Protestamos durante todo el camino del banco. —Se rio, sin humor—. No, todos acabaremos colgando, juntos o por separado. El gobierno americano nos considerará subversivos. Irredentistas confederados, los que destruyeron su sociedad. Genocidio cultural, ¿no es el término que utilizan hoy en día? Los negros nos considerarán los tipos que los mantuvieron apartados de sus derechos. Los verdes como los que animaron la Tecnología Demoníaca. Oh, la lista de nuestros enemigos será bien larga.

—Y nadie nos echará la culpa por las cosas buenas que han sucedido —dijo Kennison con tristeza.

Ruiz se encogió de hombros.

—¿Quién se tomará las molestias de comprobarlo? Nos hemos enriquecido a costa de la miseria de los otros. Eso es todo lo que hará falta saber.

—Nunca te vi rechazar los frutos de nuestro trabajo.

Ruiz volvió a encogerse de hombros.

—Y nunca he dicho que tuviera las manos limpias. —Las alzó y las volvió, como si pudiera ver la sangre si mirara con atención. Después de un momento, suspiró—. ¿Qué harás ahora? ¿Seguirás el plan de la Hermana Paige? ¿Que nos hagamos el tonto ante el público?

¿Y ahora su plan se había vuelto el de Paige? Pero Kennison controló sus emociones. Algún día pasaría factura; pero no ahora, y no con Ruiz.

—Paige y yo lo discutimos hace unas semanas —dijo—. Me pareció buena idea.

Ruiz torció el gesto.

—Mejor que nos maten en público que en privado, ¿no, amigo? Pero yo no. —Sacudió la cabeza—. Yo no.

Kennison entornó los ojos.

—¿Y qué harás, señor?

Ruiz hizo una mueca y estudió el pesado anillo que llevaba en la mano izquierda.

—Señor —dijo después de un largo instante—. Mi familia lleva trescientos años viviendo en este país. Fuimos rancheros y colonos mucho antes de que llegaran los anglos. Más tarde, apoyamos a los americanos, porque los caudillos de Ciudad de México no nos daban nada y nuestro comercio natural era con nuestros amigos los colonizadores del este. Incluso conseguimos conservar la mayoría de nuestras tierras durante la Guerra de las Concesiones de Terreno, porque nuestros vaqueros eran mejores pistoleros que los que contrataron los anglos. Es un país maravilloso. Solitario y yermo, moteado de mesetas y cañones salvajes. No he vuelto desde hace mucho tiempo. Creo que tal vez dejaré el negocio y me retiraré a mi rancho.

—No estarás más a salvo en tu rancho que la Hermana Weil en su mansión.

Ruiz le mostró los dientes.

—Pero lo estaré, Dan. —El uso de su diminutivo sobresaltó a Kennison—. Lo estaré. Porque mi nombre no es Benedict Ruiz. Nunca lo ha sido. Verás, cuando me reclutaron, no estaba tan obsesionado por la seguridad del Secreto como el resto de vosotros. Mi verdadero nombre nunca fue introducido en nuestra base de datos, así que no ha sido revelado por el sabotaje de Beaumont. —Abrió los brazos—. Así que estoy a salvo. Puedo regresar a mi casa y vivir el resto de mis días y —su rostro se ensombreció—... estudiar mi alma.

Kennison no sabía si sentirse furioso o complacido. Por un lado, habría un Consejero menos frente a él. Por otro, Ruiz estaría más allá de la disciplina de la Sociedad. Como Quinn.

¿Habían tenido los otros la previsión del Hermano Ruiz? Una personalidad secreta fuera de la base de datos; y, en el caso de Ruiz, al menos, su verdadera personalidad. En cierto modo, echaría de menos al viejo chicano. Esa capacidad de previsión era exactamente lo que Kennison quería en su Consejo. Si demasiados de nosotros desaparecen de repente, como Ruiz, ¿no le parecerá significativo al público receloso?

—Benedict.

Ruiz se había levantado de la silla, dispuesto a marcharse. Se detuvo.

—¿Sí?

—El barco está haciendo aguas, pero no se hunde todavía. La mayoría de nosotros se quedará y hará lo que pueda. Por la seguridad de quienes nos quedemos, no debe de haber ninguna duda sobre la desaparición de «Benedict Ruiz». ¿Me comprendes? «Ruiz» debe morir, en público. Se lo debes a los Hermanos y Hermanas a quienes vas a abandonar.

Ruiz se mordió el labio inferior.

—Sí —admitió a regañadientes—. Supongo que os lo debo. ¿Qué sugieres?

Kennison pensó rápidamente. Cuanto más complejo fuera el plan, más probable era que saliera mal.

—Cuando te marchas de San Diego, vas en yate y te caes por la borda al Pacífico. Te ahogas. ¿Puedes conseguirlo?

Ruiz asintió lentamente.

—Sí. Tengo mis servidores leales. Hombres cuyas raíces están entrelazadas con mi propia familia. Podrán preparar las cosas y marchar después a casa. Yo...

Se detuvo, dio dos rápidos pasos hasta la puerta, y la abrió de golpe.

No había nadie.

—¿Quién más hay en esta casa? —exigió Ruiz, la voz brusca.

—Solo mi personal. ¿Por qué?

—Me pareció oír un ruido detrás de la puerta. ¿Confías en ellos? ¿En tu personal?

Kennison asintió, indignado.

—Confío en ellos con mi propia vida.

Ruiz asintió y sonrió, y no sin cierta ferocidad.

—Puede que tengas que hacerlo, hermano mío. Puede que tengas que hacerlo.

X

—LOS SEIS Secretos —dijo Norris Bosworth.

Red Malone alzó una ceja y miró de SuperEmpollón a Walter Polovsky. Marcó con un dedo el lugar por donde iba leyendo.

—¿Habla en serio? —le preguntó a Walt.

Polovsky se encogió de hombros.

—Vamos a dar un paseo.

Red cerró el libro.

—Muy bien.

Se levantó de la mesa y entregó el libro al bibliotecario. Polovsky miró el título.

—¿Repasando los estatutos, Hermano Malone?

Red gruñó pero no dijo nada. Salieron de la biblioteca, seguidos por Bosworth como un cachorrito perdido. En el ascensor, Red pulsó el botón de la planta baja. Mientras el ascensor subía, Bosworth empezó a decir algo, pero Red alzó una mano para hacerlo callar.

En el exterior, el sol apenas asomaba por encima de los picos de las montañas. Red calculó que quedaba otra hora de luz, más o menos. Cuando llegaron al corral, los tres se apoyaron en la cerca y Red señaló la manada, como si estuvieran discutiendo de caballos.

—Muy bien. ¿Qué has descubierto?

—Los Seis Secretos —repitió Bosworth.

Red lo miró, luego a Polovsky.

—Muy bien, picaré. ¿Quiénes o qué son los Seis Secretos?

—Creemos que son la Tercera Fuerza —respondió Polovsky.

Red asintió y unió las manos.

—Un trabajo rápido. ¿Cómo te topaste con ellos?

—Fue una cuestión de identificar anomalías históricas —respondió Bosworth—. El señor... ah, el hermano Polovsky calculó las ecuaciones. Los nodos y eslabones... Yo todavía no estoy muy puesto en las matemáticas.

—Hice una proyección histórica desde antes de Babbage hasta el presente —explicó Polovsky—. El chico ejecutó los programas para que indicaran los nodos de baja probabilidad. Despejamos todos los nodos que sabíamos generados por Ellos o por Nosotros. Por cierto... —Un nuevo pensamiento pareció asaltar a Polovsky—. Ya no podemos decir Ellos y Nosotros, ¿no? Hay dos Ellos.

—No importa —dijo Red—. Háblame de esos Seis Secretos vuestros.

—Bueno, buscamos los nodos sobrantes. Calculamos que algunas cosas las habían hecho Ellos sin que nosotros las supiéramos, y que otras eran solo casualidad. Así que estudiamos un poco más las que tenían mayor influencia.

—Sherlock Holmes y Watson. ¿Qué encontrasteis?

—Encontramos al reverendo Thomas Wentworth Higginson.

—Maravilloso. ¿Quién es?

—Un abolicionista. Abogó por hacer incursiones armadas en el Sur con el propósito de liberar esclavos —dijo Bosworth—. La idea era armar una guerrilla en las montañas del oeste de Virginia y atacar las plantaciones de vez en cuando.

—Le escribió cartas a John Brown —añadió Polovsky, examinándose las uñas.

Red alzó la cabeza.

—Ajá.

—Ajá, en efecto —dijo Polovsky—. Parece que el buen reverendo era líder de un grupo llamado los Seis Secretos.

—Eran seis —dijo Bosworth.

Red lo miró.

—No me digas.

—Los Seis —continuó Polovsky— eran un grupo de hombres de negocios y profesionales norteamericanos que intentaban acabar con la esclavitud. —Miró el papel que tenía en la mano—. Higginson, Gerrit Smith, Theodore Parker, Samuel Gridley Howe, George Stearns, y Franklin Sanborn. Al menos, esos fueron los nombres que se encontraron en los desafortunados documentos que le quitaron a Brown. No podemos localizar más miembros con exactitud, pero ciertos nombres aparecen de vez en cuando: Jabez Hammond. Lysander Spooner. Como Higginson, parecen haber estado conectados de algún modo con los Seis.

—¿Lysander Spooner?

Polovsky se encogió de hombros.

—¿Podría inventarme un nombre así? Intentaron reclutar a Frederick Douglass. Para la Incursión Brown, quiero decir. Los Seis concertaron una reunión entre Brown y Douglass en una vieja cantera cerca de Chambersburg, Philadelphia. Pero Douglass pensó que la Incursión les saldría por la culata y generaría simpatía por los esclavistas.

—Así que los Seis estaban detrás de Brown —murmuró Red.

—Sí, pero ahora viene lo bueno. El Congreso se reunió (tenían pruebas claras: las cartas de Brown), y ni siquiera citaron a Higginson. El comité Mason le lanzó unas cuantas preguntas tontas a unos pocos testigos, y no se presentaron cargos. Pero, naturalmente, colgaron a Brown —añadió.

—La teoría del pistolero solitario —murmuró Red. Ese tipo de maniobra clandestina era entonces la especialidad de la Sociedad, antes de las comunicaciones de masas. Las ecuaciones no habían predicho una guerra civil. Nadie había encontrado un error en aquellas ecuaciones, y Quinn se había mostrado enormemente

duro en ese aspecto. Dos grupos manipulando, cada uno ignorante de las maquinaciones del otro. Un efecto de interacción. Un «rebote» explicaría muchas cosas.

—¿Habéis hecho ya una simulación, incorporando a los Seis en las ecuaciones?
Polovsky lo miró.

—Claro, me sobra el tiempo libre. Rescribir todo el Programa Maestro.

—Vale, Walt.

Me pregunto cuándo volverá Sarah. Esto sería su terreno.

—Una cosa extraña —dijo Bosworth.

Red lo miró. El SuperEmpollón tenía el ceño fruncido.

—¿Cuál es?

—Bueno, basándonos en lo que sabemos de sus primeras intenciones, intenté seguir a los Seis hasta el presente. Análisis de factores. Además, dejaron una pista muy clara de anomalías históricas hasta la década de 1890. Luego, nada.

—¿Se disolvieron?

—Después siguieron habiendo anomalías que no pueden ser explicadas. De nuevo, algunas pueden ser casualidad aleatoria; pero parece que hay dos conjuntos de pistas después.

—Dos conjuntos —dijo Red.

—Eso es. Si definimos un conjunto como un grupo de anomalías dirigidas hacia un propósito común.

—Difícil de localizar —comentó Polovsky—, aunque conociéramos a los jugadores y tuviéramos alguna idea de sus motivaciones. El resultado de un nodo podría no ser lo que el jugador pretendía.

—Un par de nodos referidos a Winfield Scott y Robert E. Lee —dijo Bosworth— no parecen encajar ni con los objetivos de la Sociedad ni con los que suponemos eran los objetivos de los Seis. Puede que haya habido «errores de tiro». Y Sarah nos indicó dos nodos en Europa que aún no hemos situado. Puede que los Seis intentaran establecer una sucursal en ultramar. Pero estoy seguro de que hay al menos dos conjuntos de anomalías que no son nuestras ni de Ellos.

—Parece que los Seis se escindieron también —le dijo Polovsky a Red.

—Excepto que la segunda pista se acabó a principios de siglo —dijo Bosworth.
Red asintió.

—Estoy seguro de que tampoco eran inmunes al Dilema de Carson.

Ni los Asociados tampoco. La comprensión lo golpeó de repente. Nosotros estamos representando la misma obra. El momento era el adecuado. Los memes heredados de Quinn se habían debilitado a lo largo de los años. Ahora él estaba impulsando sus propios memes.

—¡Eh! —dijo SuperEmpollón—. ¿Quién es ese? —señaló la montaña.

Red se cubrió los ojos contra el sol poniente y miró. Una figura al borde del acantilado agitó un brazo y saludó. Red entornó los ojos, intentando ver con más

claridad. Entonces sonrió en silencio para sí.

—Sarah ha vuelto.

Jeremy estaba bebiendo un *gin tonic* en un reservado de la cafetería del campus con un gran libro encuadernado en tafilete abierto sobre la mesa y varias carpetas por delante cuando Gwynn Llewellyn se sentó frente a él. Tenía la pipa de caña firmemente sujeta entre los dientes, pero apagada, cosa que Jeremy agradeció. Penny Quick se sentó al borde del asiento junto a Gwynn. Sonrió brevemente.

—Hola, Jerry.

Jeremy las miró de una a otra.

—¿Ha terminado ya la reunión?

—Jeremy, son las diez. —Gwynn alzó el libro y miró el lomo—. ¿Henry Thomas Buckle? Oh, vaya. —Alzó las cejas—. Me temo que está un poco pasado de moda hoy en día. Ese florido estilo Victoriano.

Jeremy se encogió de hombros.

—Herkimer dijo algo sobre él en la recepción del mes pasado y me picó la curiosidad. Buckle se equivocaba, dijo. Obviamente trató el tema del equipo de trabajo, o de lo contrario Vane nunca lo habría mencionado. Así que... —indicó vagamente los libros y notas. Se sentía extrañamente avergonzado, un aficionado explicándose ante profesionales.

Gwynn miró las carpetas.

—Y estás haciendo toda una investigación respetable, por lo que veo. —Tocó a Quick en el codo—. Acabaremos haciendo un historiador de Jerry, ya lo verás.

—Oh, no se lo permitas, Jerry —le dijo Quick, agitando la mano—. Es una vida terrible. La vista se te estropea, no te pagan bien, y tus amigos simplemente no pueden comprender a qué dedicas tu tiempo.

Quick era una mujer delgada y de rasgos finos que reía al hablar. Todo lo que hacía y decía rebotaba entusiasmo. A Jeremy le parecía que hacía un bonito contraste con los otros académicos.

El camarero llegó y tomó sus pedidos. Gwynn se pasó al asiento de polipiel.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí, Jerry? No pareces nada achispado.

Jeremy señaló su bebida.

—Es la primera.

—¿Sí? Me sorprende que el camarero no te haya echado.

—¡Ah! No si sabes el secreto. Le doy una propina generosa cada media hora o así. Me deja en paz, y puedo concentrarme en la lectura. El ruido no me distrae: tendrías que ver algunos de los sitios donde he hecho auditorías... Y no me siento tan..., aislado aquí como en mi apartamento.

Además, añadió para sí, tengo cuidado con lo que hago en mi apartamento hoy en día. Gwynn le había aconsejado que dejara en su sitio el micro del teléfono. Quitarlo

solo serviría para alertar a quien lo había colocado.

El camarero trajo las bebidas de las mujeres.

—¿Y qué te ha dicho tu investigación sobre Buckle? —preguntó Quick. Había pedido un mejunje rosa y espumoso con una cantidad inimaginable de fruta. Jeremy no podía creer que pudiera beberse.

—Bueno, desde luego era un tipo original —dijo—. Enfermizo. Educado en casa por su madre. Luego se pasó quince años de su vida adulta viviendo con ella, escoltándola por todo el continente. Hoy en día, le habríamos dicho que fuera a ver un psiquiatra.

—Estaba preparando su libro —dijo Gwynn, indicando el volumen sobre la mesa. Una historia de la civilización en Inglaterra. Pasó a la página de créditos—. Sí. 1857. Buckle era típico de esa época. La Historia era el relato del Progreso, desde los primitivos principios hasta la cúspide de la Civilización... que, por supuesto, era la Inglaterra del siglo diecinueve.

Gwynn y Quick intercambiaron miradas de inteligencia.

Nadie cree en el Progreso con P mayúscula, pensó Jeremy. Se preguntó si la gente se había vuelto más sabia con los años o tan solo más cínica. La literatura era así también. Si el texto no era adecuadamente «irónico», no era «literatura». ¿Realismo? Pero a veces, se dijo Jeremy ferozmente, el héroe gana.

—¿Sabíais también que Buckle estaba convencido de que la historia podía ser convertida en ciencia? —dijo agriamente.

Todo lo que vio fue amable interés. Debió parecer abatido, porque Gwynn le apretó el brazo.

—Oh, no te enfades, Jeremy. Buckle puede que esté pasado de moda, pero no olvidado.

—Además —añadió Quick—, estaba equivocado. La historia no puede tener «leyes» como las ciencias físicas. La historia es evolutiva, como la biología. Los eventos dependen de lo que sucedió antes.

—También hay leyes en la biología —señaló Jeremy.

—Oh, sí; pero son tipos distintos de leyes. Sin duda tienes la Teoría de la Evolución, pero no es como la Teoría de la Gravitación. Los astrónomos pueden coger su teoría y predecir las posiciones de los planetas, pero los biólogos no pueden calcular qué especie futura evolucionará.

Jeremy era contable. Trataba de no hacer juicios categóricos hasta que tenía las cifras en la mano, y desde luego no iba a dejar que Penny lo acorralara en una discusión de un tema que ambos ignoraban. Pero alguien le había dicho una vez... ¿Cuándo fue? En una fiesta a la que había ido con Dennis el año pasado. Algo sobre hacer un mapa genético completo de cada especie. ¿El Proyecto Genoma? «Cuando sepamos lo que hace cada gen —había dicho aquel joven—, sabremos qué puede suceder cuando haya mutado».

—Pensáis que he estado perdiendo el tiempo —dijo, mirando a Quick y Gwynn

—. Por qué molestarme leyendo este tocho —cogió el libro y lo dejó caer—, cuando podría haberos pedido que me explicarais la observación de Herkimer.

Quick extendió la mano y le tocó el brazo.

—Oh, no, Jerry. Lo has hecho espléndidamente. La idea de la educación es descubrir cosas por tu cuenta. ¿Qué clase de mundo tendríamos si todo el mundo esperara simplemente a que le dijeran las cosas?

—La Sociedad Dirigida —dijo Gwynn sombríamente—. «No me des datos; solo explícamelos. Dime qué significa».

Jeremy se ruborizó y retiró la mano. Ella tenía razón, desde luego. Con todo, no era agradable ver que lo que habías descubierto era ya bien conocido. Como llegar a lo alto del monte Everest y encontrarte allí un puesto de helados.

—Mirad —dijo—, sé que Herkimer descartó toda la idea: una historia mecánica, la llamó. Pero ¿no es ese el mismo axioma sobre el que se fundó la Sociedad Babbage? Deberíamos interesarnos en ello, sea correcto o no.

Jeremy tampoco estaba seguro de creer que la historia se podía reducir a ciencia. No le preocupaba gran cosa. Pero la gente de Babbage lo creía y habían secuestrado a Dennis para mantener ese secreto. El que los académicos lo descartaran sin más le preocupaba. Señaló el libro.

—Bueno, Buckle no fue la única persona que creía en la posibilidad de una ciencia social. También estaba Adolphe Quetelet.

Esta vez recibió miradas de asombro.

—¿Quién?

Satisfecho por haber descubierto algo nuevo que pudiera ofrecerles, intentó que su sonrisa no fuera demasiado descarada.

—Un famoso astrónomo belga —les dijo—. Contemporáneo de Buckle.

—Un astrónomo —dijo Gwynn.

—Oh. Bueno —dijo Quick.

—Sí. Quetelet y Buckle intercambiaron una extensa correspondencia.

Quick miró a Gwynn.

—No lo sabía, pero Buckle no es mi especialidad.

—Estaba leyendo una recopilación de cartas de Buckle —dijo Jerry—, en la colección de libros raros de la universidad...

Un volumen mohoso y polvoriento, medio hecho pedazos, con los bordes de las páginas mellados y un fuerte olor a seco. Lo había leído en una sala especial, con clima controlado, bajo la severa y recelosa mirada del archivero de volúmenes raros. Jeremy se había sentido como un auténtico investigador.

—Buckle se refería varias veces de pasada a «mi correspondencia con el señor Quetelet».

Gwynn intercambió una mirada con Quick. Se quitó la pipa de la boca.

—¿Por qué le escribiría Henry Thomas Buckle a un astrónomo?

Jeremy se encogió de hombros.

—Las categorías intelectuales no estaban tan claramente segregadas entonces. Tal vez es algo que podríamos volver a aprender de los Victorianos.

—Touché —dijo Quick—. Apuesto a que Buckle se carteó también con Darwin. Las teorías de Darwin eran el furor intelectual de la época. —Se inclinó hacia él a través de la mesa—. Esto parece interesante. Cuéntenos más. Ni siquiera sabía que las cartas de Buckle hubieran sido recopiladas.

De repente a Jeremy se le ocurrió que Penny Quick estaba intentando ligar con él. Por un momento, se azoró. Sabía bien que era un hombre guapo. Dennis se lo había dicho a menudo. Pero nunca sabía qué hacer en situaciones como esta. Pensó en explicarle que sus esfuerzos no tenían sentido, pero eso causaría rubor por todas partes. Por otro lado, ignorarla equivalía a despreciarla. Ella era una persona agradable y él no quería lastimarla ni avergonzarla.

—Bueno —dijo rápidamente—, a mí también me intrigó. Porque ninguna de las cartas de Quetelet estaban en la recopilación. El editor explicaba en una nota al pie que ninguna de ellas había sobrevivido.

De repente se le ocurrió que estaba haciendo exactamente lo que estaba haciendo Dennis días antes de su accidente: leyendo historia. Ahora, de algún modo, al dedicarse a la misma actividad, Jeremy se sentía más cercano a él.

Ahora podía pensar en Dennis con más calma. La frenética urgencia, la necesidad caleidoscópica de hacer algo había desaparecido. Nada de lo que el grupo de trabajo hubiera hecho hasta ahora parecía ayudar a localizar a Dennis y su actual sometimiento al *status quo* parecía casi vergonzoso. Como si debiera estar gritando desde los tejados o recorriendo los callejones de Denver. Colgado, solían llamarlo algunos de sus amigos. Bueno, tal vez. Tal vez había reaccionado siempre de aquella manera exagerada. Tal vez ahora estaba aprendiendo a tratar con las crisis de manera diferente. Gwynn, con su cuidadosa y lenta visión de la vida, había tenido un gran efecto calmante sobre él. Tal vez ella podría aconsejarle cómo tratar a Penny.

Rebuscó entre sus carpetas meticulosamente etiquetadas y encontró la que decía QUETELET. Hojeó los artículos de revistas, periódicos y entradas de enciclopedias que había descargado y escogió uno del New York Times Book Review y se lo pasó a Penny.

—He subrayado los párrafos relevantes.

Penny asintió y pasó el dedo por la página, buscando la prometida mención del nombre del astrónomo.

... fue la percepción de Quetelet de la amplia aplicabilidad de la ley del error lo que proporcionó la inspiración para el importante trabajo en estadística realizado a finales del siglo XIX. Su duradera contribución a la ciencia fue establecer el concepto de una ley estadística: la idea de que pueden descubrirse hechos verdaderos sobre una masa incluso cuando la información sobre los individuos constituyentes es imposible de conseguir...

Penny alzó la cabeza.

—Esto es maravilloso. Siempre me había preguntado a quién había que echar la culpa por tener que aplicar la estadística a la sociología. Pero ¿quiénes son... —miró de nuevo el artículo—... Maxwell y Boltzmann?

—Los busqué también. Fueron científicos que aplicaron el concepto de Quetelet de las leyes estadísticas a la física. Pero sigue leyendo. —Intentó no rebullirse de ansiedad en el asiento.

Penny le sonrió y leyó otro párrafo:

... a partir del segundo cuarto de ese siglo, la recopilación de datos se convirtió en una empresa de amplia gama. La motivación era a menudo reformista; se basaba en la creencia de que la estadística haría posible erigir una base científica para una política social progresiva. Adolphe Quetelet compartió las preocupaciones de los reformistas pero creía que hacía falta algo más que solo hechos. Su intención era erigir una ciencia numérica social que llevara el orden al caos social...

Jeremy extendió las manos.

—¿Veis? Bastantes personas en aquella época consideraban la posibilidad de una ciencia social. Según la Enciclopedia Británica, Quetelet estudió la «constancia numérica de los actos voluntarios», como el crimen. La expresión «el hombre medio» fue creación suya. Quetelet incluso escribió un libro sobre el tema, titulado *Physique sociale*, en 1835. Eso llevó a un montón de trabajo en lo que llamaban estadística moral y a una amplia discusión sobre el libre albedrío contra el determinismo social en la conducta humana.

Gwynn se sacó la pipa de la boca.

—Me imagino —dijo secamente.

—Así que era natural que Buckle y él intercambiaran correspondencia tan ávidamente. Compartían la misma visión. Lástima que ninguna de sus cartas sobreviviera. El equipo de trabajo probablemente las habría considerado provocadoras.

—Provocadoras no es la palabra —dijo Gwynn. Miró a Quick y sonrió con picardía—. Vamos a decírselo a Herkimer en la reunión de mañana.

—Díselo tú, Gwynn querida. Yo me esconderé debajo de la mesa.

Hasta esa noche bien tarde, cuando se preparaba para irse a la cama, no sintió Jeremy un cosquilleo en el cuero cabelludo.

¿Fue simplemente mala suerte que se perdieran las cartas Buckle-Quetelet, o había sido algo más? Se detuvo con el pijama medio puesto, viendo mentalmente a una figura en sombras romper las cartas cuidadosamente atadas y lanzarlas a un fuego

ardiente. Pensó en Buckle, que murió de forma tan inesperada en Damasco. El joven siempre había tenido una salud frágil, pero ¿podría ser...?

Recordó a Dennis volando por los aires, al pistolero que le había disparado a Beaumont, al periodista muerto... ¿cómo se llamaba? A aquel tipo Brady Quinn del que había leído en el papel impreso. La Sociedad Babbage mataba a aquellos que se acercaban a su Secreto. Buckle había sido más o menos contemporáneo de Quinn, ¿no? ¿Podrían haberlo envenenado?

Jeremy arrojó la camisa del pijama a la cama y se dirigió al salón, donde se debatió contra los cierres de su maletín y sacó una copia impresa recopilada por Henry Bandmeister: un índice de todas las personas, lugares y cosas mencionadas en el Vertido Beaumont. Se sentó en el sofá con el texto en el regazo y fue pasando páginas, buscando la B. Luego saltó adelante, a la Q. Finalmente suspiró y lo dejó correr.

No, era una tontería. Ni Buckle ni Quetelet aparecían en el Vertido Beaumont. No resultaba sorprendente. Buckle había viajado mucho, pero sus viajes se habían reducido a Europa y el Cercano Oriente. No había nada que indicase que había entrado en contacto con la Sociedad Babbage, ni que la Sociedad Babbage supiera de él o de Quetelet. No, la idea de una ciencia cultural estaba simplemente «flotando en el aire» a mediados del siglo XIX. No era ninguna sorpresa que varios eruditos hubieran especulado al respecto.

Pero el picoteo de su cuero cabelludo no desapareció.

XI

SE pareció mucho a caer por un precipicio. Una vez que se tomaba la decisión inicial, todo lo demás seguía de manera rápida e inevitable. La operación se realizó de forma tranquila y con un mínimo de molestias. El cirujano llegó en avión, hizo sus sugerencias y Sarah tomó sus decisiones; y acabó con la cabeza cubierta de vendajes, todavía preguntándose si había elegido bien.

Durante varias semanas permaneció postrada en la cama de la clínica situada en el nivel inferior del cubil subterráneo, y SuperEmpollón y Tex e incluso Janie Hatch se pasaron de vez en cuando para ver cómo estaba. Ella les decía que estaba bien y que no podía esperar a que le quitaran los vendajes, y no les preguntó dónde podría estar él y por qué no se había pasado a verla.

Cuando, después de una espera interminable, le quitaron las vendas, estudió su nuevo rostro durante largo rato, volviendo el espejo a un lado y a otro, tratando de verlo desde ángulos distintos. Era más oscuro que antes. La frente parecía más alta; la nariz, un poco más ancha. De algún modo, habían cambiado la forma de su boca, de modo que su sonrisa era más amplia que antes. En conjunto, no era un rostro malo: causaría que más de una cabeza se volviera al verla pasar. Pero, por mucho que lo intentara, no podía ver ningún rastro de su madre en él.

Reprimió un espasmo de pesar. No podía decir que se había lanzado a aquello con los ojos cerrados. Había tomado su decisión, maldita sea, y no tenía sentido regodearse en lo que podría haber sido. Sin embargo, no podía evitar mirar atrás con cierta tristeza y desear que nada de esto hubiera sucedido.

Sarah apoyó los codos en la mesa de la biblioteca y se frotó la cara. Un día largo. Demasiado largo. Miró el texto, que estaba estudiando, un clasificador de tres anillas con portada amarilla. *La vida de Gloria Bennett*.

Esa soy yo ahora, pensó. Gloria Bennett. Se pasó el nombre por la lengua para ver cómo sabía. Gloria Bennett.

No había nada dudoso en la personalidad que le habían dado los Asociados. Gloria había sido una persona real con una vida real, pero no le importaría que Sarah estuviera ahora viviendo esa vida porque cinco años antes, en un accidente de avioneta en las Rocosas canadienses, Gloria Bennett había dejado de preocuparse por todo.

Una casual combinación de circunstancias había permitido a los Asociados

apoderarse de las identidades de las tres personas que iban a bordo de la avioneta y «archivarlas» como personalidades para ellos mismos. El accidente había tenido lugar en una zona remota de la Columbia Británica, y dio la casualidad de que la controladora aérea de la zona era una Asociada. Borró todas las huellas del accidente de los registros de control de tráfico aéreo, y otros tres Asociados «completaron» el aciago vuelo. Luego «renunciaron» a sus trabajos en casa y se «mudaron» a zonas remotas, donde era improbable que encontraran a viejos amigos nunca más.

Era cruel esa forma brusca e inexplicada de cortar lazos con la familia y los amigos. Era más agradable la muerte de un cónyuge que un abandono tan inexplicable. Pero Sarah se había acostumbrado, sin aceptarla, a la implacable dureza que marcaba las actividades de los Asociados. Cuando uno se acostumbra a las abstracciones de la metahistoria, ¿qué importan las vidas de unos cuantos individuos?

Los que habían conocido bien a la Gloria original para que importase llevaban ya muchos años sin contactar con ella, y la cirugía plástica había hecho que el parecido fuera lo más cercano posible. Aunque otros habían utilizado la personalidad de Gloria durante breves periodos, no habían hecho amigos íntimos.

En cierto modo, eso era bueno. Significaba que era improbable que fuera desenmascarada por accidente. En otro, sin embargo, la entristecía. Si Gloria hubiera sido una persona en vez de un fantasma, habría sido una mujer intensamente solitaria, sin amigos íntimos ni lazos con su familia. La personalidad estaba demasiado cercana a la vida que ella había llevado. Convertirse en Gloria era como ponerse un vestido gastado y familiar. Era cómodo y encajaba muy bien. Pero advertía lo ajado y estropeado que estaba.

Se preguntó momentáneamente qué estaba ocurriendo en el mundo más allá de las paredes de esta casa franca. Era Alicia en el agujero del conejo, viviendo en un mundo irreal lleno de acontecimientos extraños; y cada día que pasaba aquí se apartaba otro día de la vida que había conocido. Tal vez eso era deliberado (una técnica de lavado de cerebro) de modo que, cuando finalmente saliera de este vientre subterráneo, renaciera, casi literalmente.

Se levantó de la mesa y deambuló por la biblioteca, estirando los músculos de los brazos y la espalda que tenía agarrotados tras pasarse sentada todo el día. A veces sacaba un libro y lo hojeaba. Estaba cansada de estudiar a Gloria todo el día. Cansada de dormir con auriculares puestos.

La biblioteca tenía extensas selecciones de antropología, ingeniería de sistemas, estadística, psicología, economía, topología... todos los temas que necesitaba dominar un buen ingeniero cultural. La mayoría de los «libros» estaban en disco, pero había algo reconfortante en el olor del papel viejo y la tinta, en el peso de un volumen encuadernado en la mano. Alguna cuerda sensible imbuida en la sociedad humana desde que los primeros egipcios vertieron zumo de bayas sobre papiro. Sin esas hileras de libros, no habría parecido una biblioteca.

Se detuvo ante un grupo de libros y pasó los dedos por los lomos. Ciencia ficción,

admitía la etiqueta del estante. *Fundación. No Truce with Kings. The Squares of the City.* Doomsday's Color Press. Hojeó un par de historias, luego se echó a reír. Todas ellas estaban relacionadas con algún intento por dirigir o controlar la cultura humana. Psicohistoria. Persuasión subliminal. La Gran Ciencia. Las Ecuaciones Kiersten. Evidentemente, a nadie más se le había ocurrido llamarlo cliología.

Continuó su lento recorrido de los estantes. El bibliotecario, un hombre de ciento veinte kilos con corte de pelo al estilo mongol, la miraba sin interés. Catalogaba archivos intermitentemente, una tarea que no requería su plena atención. Sarah se preguntó qué papel representaría en el Exterior. Bueno, había gente para todo.

Llegó a un grupo de volúmenes delgados (sus lomos eran demasiado estrechos para los títulos), y sacó uno para mirar la cubierta.

Reglas y estatutos de la Asociación de Investigación Utópica.

La impresión era burda; las letras, irregulares, le recordaron a Sarah las viejas máquinas de escribir manuales. Estaba firmado con una ajada tinta marrón por Brady Quinn. Pasó las páginas al azar. *Supongo que tendré que memorizarlas alguna vez.* Leyó una página.

Regla 24. Los Asociados que hagan uso de los datos y proyecciones cliológicas para su propia ventaja deberán mantener a sus Hermanos y Hermanas informados de sus actividades.

La entrada iba seguida por el comentario de que anulaba la Regla 4. Había una larga «Declaración de intenciones» y dos enmiendas, una de las cuales, en 1887, había cambiado «Hermanos» por «Hermanos y Hermanas». Curiosa, pasó a la parte delantera del libro, buscando la Regla 4, pero la primera entrada que encontró era la Regla 21.

«Invoco la Regla 19». Quien dijo aquello en la reunión que ella había escuchado había provocado carcajadas, a su costa y la de Red.

—Discúlpeme —llamó al bibliotecario—. ¿Dónde puedo encontrar la Regla 19?

El hombre se rascó la doble papada y se pasó la mano por el pelo.

—¿No es usted la amiga de Red Malone? ¿A la que acaban de hacer unos retoques?

¿Retoques? Bueno, podíamos llamarlo así.

—Sí, yo soy.

El hombre sonrió, como siguiendo un chiste secreto.

—Supongo que la Regla 19 es muy importante para usted.

—¿Va a decirme dónde encontrarla, o no?

Él señaló vagamente los estantes donde ella se encontraba.

—Está en el volumen uno.

Naturalmente. Quinn debía de haber conservado la mayor parte de las reglas originales de la Sociedad, cambiando solo unas pocas, como la Regla 4. El segundo librito contenía solo las nuevas. Sacó los otros finos volúmenes. *Correspondencia de Jedediah Crawford, Ph. D. Propuesta de Diseño y Construcción de las Máquinas Analíticas de Babbage. Constitución y estatutos de la Sociedad Analítica Babbage.*

Vio que este librito estaba escrito a mano, con pluma y una letra elegante y ensortijada. Hubo una época en que la caligrafía se consideraba una forma de arte y una «buena letra» era marca de distinción social. La tinta era parda, casi del color del cobre; las páginas, quebradizas y agrietadas por los bordes, olían a más de un siglo de lenta oxidación. La página de títulos contenía las firmas de J. Crawford, I. Shelton, y R Hammondton. Los Fundadores. Sarah se preguntó qué clase de hombres fueron.

Hojeó unas cuantas páginas y se detuvo en la Regla 4: «La falta de egoísmo y el bien común deben ser la fuerza motivadora de todos los Hermanos». La regla prohibía a los miembros usar sus investigaciones para ganancias personales. Red le había dicho que esta regla había sido el fin de la Sociedad original, ya que iba contra la naturaleza humana.

Red no había venido a verla durante su convalecencia. Ella lo había esperado cada día, pero él no había aparecido. No lo había visto desde el día que regresó de las montañas y le contó su decisión de unirse a los Asociados.

Bruscamente, devolvió su atención al libro.

Bien, ¿dónde estaba la Regla 19? Pasó las ajadas páginas con cuidado. Sí, aquí estaba. Leyó:

Regla 19: Para asegurar que nuestros Hermanos tengan un interés absoluto en la feliz naturaleza de las condiciones sociales futuras, es imperativo que todos se casen y engendren hijos de cuyo bienestar y educación asuman plena responsabilidad.

Sarah cerró el libro de golpe. Un sonido tras ella la hizo volverse a tiempo de ver al bibliotecario tragarse una sonrisa. Sarah mantuvo una expresión pétrea en el rostro hasta que el bibliotecario regresó a su trabajo catalogador.

Volvió a abrir el libro y leyó de nuevo la regla. Hijo de puta. No era extraño que aquellos cabrones se hubieran reído tanto. ¿Red y ella? ¡Absurdo! Cerró el volumen con cuidado y lo colocó en su sitio. Tras regresar a su mesa, recogió sus cosas y se marchó. El bibliotecario la vio salir, todavía intentando sonreír sin ser demasiado obvio.

—Que tenga un buen día —dijo.

Sarah recorrió el pasillo. Machistas, todos ellos. Incluso Janie Hatch y la otra mujer de la reunión. Red debía de estar sometido a algún tipo de presión para cumplir la Regla 19. Una de las enmiendas especificaba un límite de tiempo, y él tal vez se

estuviera acercando. ¡Pero eso no les daba derecho a discutir sobre ella como si fuera una vaca de crianza!

Se había equivocado al doblar en el pasillo y se encontró en una sección del cubil subterráneo que no reconoció. Las paredes estaban pintadas de rosa neutro, con macrodiseños verdes en formas geométricas abstractas. Las plantas situadas aquí y allá eran artificiales, pero daban un aire espacioso al pasillo. Había puertas que conducían a oficinas, algunas vacías, otras con personas dentro haciendo cosas incomprensibles. Más allá vio un comedor con tres personas sentadas alrededor de una mesa, bebiendo café de una máquina expendedora. Un complejo de oficinas, no muy distinto a miles de otras oficinas de empresa en cualquier lugar del mundo, excepto que estaba bajo tierra. Pero qué demonios, incluso los grupos secretos tenían burocracia y papeleo.

La instalación era una de las cinco que había dispersas por el país. Otras oficinas estaban en torres anónimas en ciudades importantes, a menudo en plantas secretas accesibles solamente con ascensores especiales. SOLO PERSONAL AUTORIZADO. Había un motivo para que tantos edificios de oficinas parecieran carecer de una «planta trece». Pero el trabajo importante se hacía en escondites seguros como este.

El pasillo terminaba en una intersección en forma de T y ella lanzó al aire una moneda mental y giró a la izquierda. Entró en una sala de juegos con tableros de ajedrez y de go, algunos de ellos dejados a media partida. Un tablero tenía un cartelito: CUALQUIERA PUEDE JUGAR. MUEVEN LAS NEGRAS. El reverso anunciaba que movían las blancas. Ella estudió el tablero unos momentos y vio que las negras seguían la clásica Defensa Philidor. No era una posición muy buena. Bueno, eso lo hacía más interesante. Movié peón a 5 rey negro y le dio la vuelta al cartelito. Dos mujeres reflexionaban ante un complejo gambito en otra mesa. La vieron y la que sonreía saludó ausente. Su oponente frunció el ceño ante la distracción.

Sarah salió de la sala de juegos y vio un ascensor por delante, en otra intersección en forma de T. Mientras corría hacia él, oyó el leve sonido agudo de un clarinete. Era la misma pieza que había oído en la clase de orientación hacía un mes: el solo de *High Society*. Quien fuera el músico de jazz secreto, finalmente había dominado las síncopas.

Siguió el sonido hasta una sala pequeña a unos diez metros del ascensor. La puerta estaba ligeramente entornada, y se asomó y vio a un hombre sentado en una silla plegable de metal de espaldas a la puerta. Iba vestido de manera informal, con vaqueros y camiseta. La camiseta era de color burdeos y decía EL BAR DE MI HERMANO en la espalda. Tenía el pelo oscuro y la nariz larga, pero sus dedos eran cortos y su constitución recia. Su cara...

¡Su cara! Sarah entró en la habitación.

—Nunca te sientes de espaldas a la puerta —dijo—. Así se cargaron a Hickok. El hombre se sobresaltó y se dio la vuelta para mirarla. Ella estudió sus ojos.

—¿Red? —preguntó, vacilante—. Eres Red Malone, ¿verdad?

—¿Importaría si te dijera que soy Jimmy Caldero?

—¡Eres Red! ¿Qué has hecho?

—Tú más que nadie tendrías que saberlo. ¡Eh! Será mejor que te sientes antes de caerte.

Ella se desplomó en una silla igual que la que ocupaba Red. Había sillas similares y atriles de música repartidos por toda la habitación. Sintió el metal duro y frío contra su espalda. Red ladeó la cabeza, pareció ver algo en su cara, y se volvió. Jugueteo con su clarinete. Las teclas y claves chasquearon como diminutas piedras de granizo.

Sarah no podía dejar de mirarle la cara. Era sutilmente diferente a la que había conocido (en la forma de la nariz y la barbilla y las orejas), pero podía ver al antiguo Red allí dentro, mirando a través de los ojos, como un prisionero entre rejas.

—Red. ¿Por qué?

Era una tontería, lo sabía, pero se sentía como si hubiera perdido a un viejo amigo. En cuanto llegabas a conocer a alguien, te dejaba. Se moría, o se marchaba a la carretera, o se convertía en otra persona.

—¿Por qué? ¿Tú qué crees? Por el mismo motivo que tú. Por el mismo motivo que otras dos docenas de personas en la organización. No creerías que eras la única que necesitaba una nueva personalidad.

—Nunca lo mencionaste.

—Tenías tus propios problemas.

Sarah advirtió que no había pensado gran cosa en el tema. Había estado tan implicada en su propia crisis, que no se había dado cuenta de que los demás también podían tener una.

—Para vosotros es diferente —dijo—. Lo hacéis constantemente.

Red se frotó la nariz y la barbilla.

—Esto no. Cierto, he cambiado de nombre y de ambiente antes. ¿Quién no? Pero siempre conservé el careto. ¿Qué te parece? —le mostró el perfil—. ¿Soy más guapo que antes? No creía que fuera posible mejorar la perfección, ¿y tú?

—Red. Lo siento.

Red se encogió de hombros.

—Eh, uno hace lo que tiene que hacer. Me alegro de que nuestro sistema estuviera mejor protegido que el de Ellos. Casi todo tu Vertido era de archivos de la Sociedad. Kennison fue inexcusablemente descuidado. Si trabajara para mí lo habría despedido. Ni siquiera tocaste mi propio sistema personal... —se interrumpió de pronto—. Ya sabes a qué me refiero.

Estaba hablando del sistema parásito que él y su grupo estaban empleando. Red ya le había dicho que había estado desconectado mientras su gusano trabajaba. Una coincidencia, pero había salvado su sistema. Sarah se preguntó qué habría hecho Cam Betancourt si hubiera visto los archivos secretos de Red entre las copias impresas.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Tenemos noticias de que mis antiguos jefes...

—La CIA.

Él pareció molesto.

—No intentes pasarte de lista. Estaba con la Agencia de Inteligencia de Defensa. No como «Red Malone», sino como... Bueno, esa personalidad ya no importa. —Volvió a frotarse la cara con una mano—. El hecho es que alguien de la Agencia vio mi tapadera en el infame Vertido Beaumont. Nos dio la noticia uno de los nuestros que todavía está dentro. Revisaron mi identidad encubierta hasta que la hicieron pedazos. —Miró el clarinete y sus dedos tocaron unas cuantas teclas—. ¿Sabes lo difícil que es lograr colarles una identidad falsa a esos cabrones en primer lugar? —Se encogió de hombros—. Bueno, sabían cuál era mi antigua cara, así que la cambié. Pero no podemos cambiar las huellas dactilares... no lo suficiente para engañar a esa gente. Así que aquí estoy... —Sopló una escala en el instrumento.

—No pareces amargado.

—¿Amargado? No. Estoy en paro. Soy rico, no lo olvides. Oh, no me interpretes mal. La Agencia era divertida. Era un trabajo importante. Necesitamos estar conectados con todas esas bases de datos restringidas y me gustaba lo que hacía en ese trabajo. El hecho de que habría desaparecido en Leavenworth si me hubieran pillado solo añadió un poco de tabasco a la salsa. —Se llevó la boquilla a los labios y lamió la caña—. Creo que lo que más echaré de menos son las partidas de cartas. Con todo... —Se encogió de hombros—. Me alegro de haber salido de allí. Y de intentar algo nuevo. Tal vez volveré al trabajo de ajustador. —Empezó a tocar una escala en mi mayor.

—¿O a fundar una familia? —preguntó Sarah.

El clarinete cloqueó como un pato en fa mayor. Red lo soltó de nuevo e inspeccionó la boquilla.

—La caña está rota. —Tensó la ligadura—. Ya sabes eso, verdad. —Era una declaración, no una pregunta.

—Regla 19 —dijo ella.

Red gruñó.

—Sí.

—¿Tienes pensado, ah... acatarla?

—Soy de los salvajes e independientes. Estar atado no es lo mío. —Ladeó la cabeza y miró al techo—. La Regla 19 se te aplica también a ti, ya sabes. Ahora eres una de Nuestras Hermanas.

—Ajá. Descalza y embarazada. Esa soy yo. La máquina de hacer bebés de Investigación Utópica.

—No seas cínica. —Él guardó silencio durante un momento. Luego dijo, con un tono de voz distinto—: Dime. Si estuvieras organizando un grupo de gente para «diseñar un futuro», ¿cómo te asegurarías de que lo hicieran con cuidado y responsabilidad?

Ella le miró, tratando con cautela su cambio de tema.

—Bueno... reclutaría solo personas con sentido de responsabilidad hacia la comunidad.

Red sacudió la cabeza.

—No funcionará. ¿Cómo lo mides? ¿Cómo pasan el filtro tus reclutas? ¿Cómo te aseguras de su continuidad, generación tras generación? No, tiene que ser algo sencillo, medible, y automático, algo que haga que la responsabilidad se refuerce a sí misma.

—«Todo Hermano debe tener a alguien a quien ama como rehén para el futuro»
—citó ella.

Red sonrió con media boca.

—Exactamente. La regla no es sobre dar a luz. Es sobre aceptar responsabilidades y mantener constancia de propósito. Por eso Quinn y Carson le incluyeron un interés propio. No altruismo. Nunca confíes en un altruista. Te tirará a los caballos por un Propósito Superior. Es la retroalimentación negativa lo que hace que la responsabilidad se refuerce a sí misma. Como exigir a los caseros que vivan en los edificios que alquilan, o a los fabricantes que metan tubos de goma respecto a sus tuberías de salida. ¿Ves? Es fácil de comprobar que se cumplen las normas, y cumplir las normas asegura que el hombre de negocios o el casero actúan responsablemente. El altruismo es como construir una presa. No durará. Tarde o temprano, la historia se abrirá paso. Quinn creía que la mejor protección contra la manipulación casual del futuro era dar a los manipuladores una ganancia en el resultado. Algo que los hiciera más reflexivos en lo referido a sus planes.

—Es una buena teoría —dijo Sarah—, pero se me ocurren dos fallos.

Red gruñó.

—¿Solo dos?

—¿Qué impide que los miembros hagan simplemente el paripé? Tienen un hijo, pagan su manutención, pero por lo demás lo ignoran. Conozco a un montón de padres que jamás han hecho nada más. Y aunque les importe, ¿construirán el mejor futuro posible para todo el mundo, o solo para sus propios hijos?

—No discutiré contigo. No es un sistema perfecto. Nada es perfecto.

Su presunción la irritaba. Estaba hablando con un desconocido.

—Algunas cosas lo son —dijo.

—Cítame una.

—La sección final del Rag de la Hoja de Arce.

Él pareció momentáneamente perplejo; entonces se echó a reír.

—Está bien. —Señaló el piano que había en la pared del fondo—. Demuéstralo.

—¿Qué...?

—¿Quieres que te retuerza el brazo? Vamos. —Se incorporó y la hizo levantarse de su asiento.

Evidentemente, Red estaba dispuesto a discutir cualquier tema menos la Regla 19 y cómo podía aplicársela a sí mismo. Ella permitió que la sentara ante el viejo

instrumento, donde tocó unas cuantas escalas de prueba. Sentía los dedos enormes y torpes.

—Ha pasado mucho tiempo —protestó—. No he tenido tiempo para tocar, últimamente.

Red sacudió la cabeza.

—Siempre deberías dejar tiempo para tocar.

Ella inició el rag, se atascó en un acorde, y empezó de nuevo. Vaciló al principio, insegura de sí misma; pero pronto encontró el tempo. Nunca hay que tocar el *ragtime* demasiado rápido, había dicho Joplin. Su mano izquierda marcó el firme ritmo grave mientras la derecha jugaba con las sínkopas. Un rag clásico seguía una pauta fija: AAB-BACCDD; pero ella tocó los dos primeros temas sin repetirlos para poder entrar antes en el trío. Entonces pasó a la cadencia de baile del final, saltando arriba y abajo del teclado. Había un triunfo agrisulce en la música de Joplin. Algo a la vez triste y grandioso. El *Hoja de Arce* había sido su culminación. El rey de los rags, lo llamaban. Cada nota era exactamente adecuada.

Cuando terminó, por algún extraño motivo, se sintió mejor de lo que se había sentido en mucho tiempo, como si le hubieran quitado de encima una carga terrible. Sus dedos se lanzaron a otro rag ligero, y recordó cómo esta música había formado el trasfondo de su infancia.

—¿Quieres probar conmigo? —le preguntó a Red.

Él negó con la cabeza.

—No soy tan bueno.

—Lo estuviste haciendo bien con *High Society*. Te oí desde el pasillo. Ese solo que estabas tocando es una pieza de prueba para los clarinetistas de jazz.

—No es eso —le dijo él—. No es la dificultad técnica. Es el... el oído, supongo. No sé tocar lo que oigo; tengo que leerlo. Memorizarlo. —Increíblemente, Red se ruborizó y apartó la mirada—. Toco notas, no música.

—Lo dices como si estuvieras confesando un crimen.

—Toca un poco más, ¿quieres? Me gusta esa música antigua.

Ella dejó que sus manos tocaran Panamá, y luego el Rag de Oklahoma. El Okie lo había escrito un hombre blanco, uno de los pocos que realmente entendían. Fue consciente de que Red la observaba todo el tiempo. Eso debería de haberla puesto nerviosa, aquella atención concentrada suya; pero pareció la cosa más natural del mundo. Cerró los ojos y dejó que la música la elevara y la transportara. Si no se preocupaba por ellos, sus dedos encontraban las teclas adecuadas sin problema.

Pero cuando abrió los ojos al final y lo miró, vio que él no estaba mirándole las manos. Se equivocó en un acorde, ladeó la cabeza, y miró las teclas.

—Me falta práctica.

—No, no te disculpes. Has estado muy bien. Aquí tienen un pequeño grupo de jazz, ¿sabes? Toco con ellos cuando estoy por aquí. Estilo Chicago, un poco de Dixieland. ¿Por qué no te unes? Creo que será bueno.

Ella escrutó su rostro. El rostro nuevo, extraño. Ya no sabía cómo leerlo. Si lo había sabido alguna vez.

Negó con la cabeza.

—No toco en grupos. Solo toco para mí.

—Deberías intentarlo. Hay algo en eso de tocar en grupo. —Se acercó a una de las sillas y se sentó. Humedeció su boquilla—. No puedo describir cómo es. Cómo se siente uno cuando todo encaja y armoniza. Recuerdo una vez... Oh, fue hace años, en el instituto. La banda estaba ensayando un día durante el recreo del almuerzo. Una típica pieza de instituto, una mezcla de melodías de Tchaikovsky. Estábamos allí esforzándonos y equivocándonos y de pronto todo encajó. Las notas, el timbre, los acordes. Todo, perfecto: como si algo nos estuviera tocando como si fuéramos un solo instrumento. Me provocó escalofríos. Tocamos la Marcha eslava con grandes notas graves y resonantes y luego pasamos rápidamente a la Obertura 1812 sin perder un compás. Nuestro director de orquesta, el señor Price, agitaba la batuta como un loco. Los chicos que iban camino de clase se asomaban al gimnasio a mirar. Abarrotaron el pasillo. Y, cuando finalmente llegamos al clímax, aplaudieron y vitorearon. —Sacudió la cabeza—. No un aplauso amable, como en los conciertos. Nos dieron una ovación. Porque ellos también pudieron sentirlo.

Red era músico de orquesta, pensó Sarah, no solista. Sin embargo, nunca había conocido a un hombre más individualista. Otra contradicción en aquella maraña de contradicciones.

—Bien —dijo Red—. Supongo que lo dejaré estar.

Y Red tampoco era de los que tienden a hacer confesiones. Como un exhibicionista en un callejón, tras haberse desnudado un momento, debía cubrirse y desaparecer.

—Sí. ¿Cierro el piano?

—¿Qué? Oh, no. No te molestes. La gente viene aquí a todas horas, solo para relajarse.

—Claro. —Ella se levantó y recogió sus libros—. Supongo que encontraré el camino a mis habitaciones —vaciló, preguntándose si Red iba a acompañarla.

—Te llamaré mañana —dijo él, entretenido con la funda de su instrumento.

—Oh. Vale. Ya nos veremos.

Cuando salió de la sala de música, Sarah no se dirigió al ascensor sino que se detuvo en el pasillo ante la puerta, apoyada contra la pared. Después de unos instantes, lo oyó tocar de nuevo. Esta vez no era High Society sino el primer movimiento del Concierto de Clarinete de Mozart. El clarinete cantaba las roncadas notas del registro grave y las notas alegres y cristalinas del registro agudo con autoridad y precisión técnica. Él tocaba con gracia y claridad. Sarah cerró los ojos y dejó que la música se hiciera cargo. En su propio dialecto, Mozart había conseguido tanta perfección como Joplin.

Entonces el ascensor sonó y las puertas se abrieron y salieron dos personas; y,

antes de que se preguntaran qué hacía en la puerta de la sala de música, Sarah entró en la cabina y dejó que las puertas se cerraran en silencio.

XII

KENNISON se quedaba a menudo en la oficina después de que todos los demás se hubieran marchado a casa. Había montones de detalles que atender y nunca tiempo suficiente para hacerlo. La mayor parte del personal se marchaba a las cinco. De hecho, algunos empezaban a marcharse a las cuatro y media. Kennison nunca había entendido eso de trabajar según el reloj. Uno pasaba el tiempo necesario para hacer el trabajo bien, y eso era todo. Encontraba la nueva raza de trabajadores extraña y más que un poco repelente.

Y saber que la Sociedad era responsable en parte no le satisfacía. Ciertamente, los tecnocampesinos eran más fácilmente manipulables, pero no tenían la dedicación interna que Kennison quería con tanta ansia. La idea había sido potenciar un público domesticado, un público sencillo, un público que reaccionara de forma predecible.

Y un público que dejara el trabajo predeciblemente a las cinco, si no antes. Kennison hizo una mueca. Has sembrado el viento, pensó agriamente. Las mismas voces a las que habían enseñado a lloriquear: «¿Para qué necesitamos aprender eso?» para asegurar su sometimiento borreguil a sus superiores también se quejaban sobre la hora de salida. Sin embargo, Kennison se preguntó si no podría haber una forma de cosechar domesticación sin el remolino de la pasividad y la apatía. ¿Existían las ovejas dedicadas y concentradas? Era un problema interesante para investigarlo, tanto a nivel de trabajo de campo como en teoría matemática.

Extendió la mano hacia su taza de café expreso y la encontró vacía. Suspiró. Con el Turno de Noche de permiso indefinido, no había nadie para cuidar de las comodidades de su criatura tras las horas de oficina. Cansado, se levantó de la mesa y se acercó a la puerta de su despacho. La oficina exterior estaba oscura, con solo unas cuantas luces de seguridad encendidas. Un cubículo de trabajo estaba iluminado, y en él el policía asignado a su protección leía una revista. Kennison no estaba seguro de qué revista era. Uno de esos títulos populares estilo hágalo usted mismo. ¡Construya una lanzadera espacial en su sótano!

En teoría, el policía era lo bastante joven para que sus intereses fueran más severamente circunscritos. Música, mujeres, coches y deportes. Ese era el complejo meme que la Sociedad había estado propagando a los varones jóvenes. Intereses seguros, con la música con una capa superficial de rebelión que actuaba como válvula de escape a la frustración. La revista técnica apuntaba a una curiosidad poco común. Pero claro, se reprendió Kennison, la uniformidad perfecta era un fuego fatuo fugaz. Siempre habría aquellos que estarían por encima y por debajo de la media. Un

público domesticado incluiría técnicos domesticados.

—¿Quiere otra taza de café, Bill?

Nunca venía mal mostrar a las masas que tenías un punto en común. Sé generoso en las cosas pequeñas y obtendrás a cambio cosas grandes.

—No, gracias, señor —replicó el policía.

Kennison asintió y se dirigió a la máquina, donde se sirvió una taza de descafeinado. Mientras lo sorbía, miró el reloj de la pared. Se preguntó si el policía estaba aburrido después de todo este tiempo sin acción. Compadecía la situación del hombre. Los órganos de noticias locales ya habían tirado la toalla. Kennison no había hecho nada que fuera filmable, no había proporcionado ninguna declaración interesante; por eso habían vuelto a sus audiencias asegurándoles que se trataba de una Falsa Alarma, amigo. Y pasemos a cosas más importantes, como incendios y accidentes de tráfico.

Las muertes de Benton y Weil y la aparente defunción de Benedict, Ruiz habían tenido el efecto deseado. Los diversos gobiernos municipales se habían mostrado más que contentos de proporcionar protección obviamente necesitada a sus ciudadanos ricos e importantes. Y tampoco vino mal que la turba, una vez excitada, rara vez hiciera distingos y mucha gente sin ninguna conexión con la Sociedad hubiera solicitado también protección. Las historias eran confusas, y diferentes grupos de presión tenían sus propios asuntos que ocultar. Se habían formulado amenazas contra muchísima gente, diluyendo la atención prestada a la Sociedad. Esa había sido otra de las ideas de Torino. El mejor sitio para ocultar una hoja era un bosque. Torino era agudo. Un hombre a quien tener en cuenta, en ambos sentidos de la expresión. Kennison decidió echarle un ojo, pues era el hombre de Ullman. Sobre todo porque era el hombre de Ullman.

Mientras tanto, a Kennison le parecía divertido tener a una de las ovejas protegiendo a uno de los lobos.

—Ya he terminado, señor Kennison. ¿Cerrará usted?

Se volvió con la taza de café a medio camino de los labios. Prudence Baker era la vicepresidenta de Kennison Demographics y supervisora del Turno de Noche. Era bajita y de rostro redondo y llevaba el pelo recogido en un anticuado moño sujeto por un pasador de plástico.

—Sí, señorita Baker. Puede marcharse ya. —En voz más baja, añadió—: ¿Te veré esta noche?

—Abajo —susurró ella—. Quince minutos.

—¿La niña perdida?

Ella asintió y le dirigió la mirada espantada que la hacía parecer un conejito. Señaló su maletín.

—Todo está aquí dentro.

—Muy bien, señorita Baker —dijo él en voz normal—. Nos encargaremos el lunes.

La acompañó hasta la puerta, mientras el policía miraba con interés a la vez masculino y profesional. Eso divirtió a Kennison, porque Prudence se vestía más joven de la edad que tenía.

Se entretuvo en su mesa unos minutos, moviendo papeles de aquí para allá. Cuando pasaron los quince minutos, asomó la cabeza por la puerta del despacho y le dijo al policía que estaría un rato en el cuarto de baño. El oficial asintió brevemente y continuó leyendo su revista.

El cuarto de baño de los ejecutivos de Kennison Demographics poseía varias comodidades, la más útil de todas era la pequeña ducha. Kennison cerró la puerta tras él y entró en el hueco. Cerró la puerta de vidrio y metal y giró los grifos siguiendo una cuidadosa secuencia. Con un chasquido y el siseo de aire al escapar, el suelo de la ducha descendió lentamente. Kennison tarareó una canción.

El cuarto de baño del piso de abajo era idéntico al que acababa de dejar. Este, sin embargo, pertenecía a la firma de importaciones y exportaciones de Johnson y Cheng. J y C tenía un éxito moderado; hacía negocios menores con muebles de bambú y roten y pagaba una considerable cantidad de impuestos. Era también la sede principal del Turno de Noche.

Kennison se detuvo ante el espejo del cuarto de baño y comprobó su aspecto. Se enderezó la corbata y se pasó un peine por el pelo, y se sacudió con las manos las mangas de la chaqueta.

Las oficinas de fuera estaban tenuemente iluminadas por una sola lámpara de mesa. Prudence estaba junto al escritorio, vestida ya de niña pequeña. La luz la envolvía en sombras curvas. Kennison vio los calcetines hasta las rodillas, la rebeca verde a juego.

Prudence era para él un lío ocasional. Tenía ideas claramente distintas de lo que era pasar un buen rato, y Kennison encontraba aburridas la mayoría de ellas. A menudo se preguntaba si Prudence pretendía degradarse conscientemente, y por qué, y qué posible disfrute podía sacar de todo aquello. Kennison, sin embargo, tan solo se alegraba de ayudar a otro ser humano en su búsqueda de la felicidad.

Recuerdos de fracasos pasados cayeron como un jarro de agua fría y reafirmaron su deseo de alterar el juego un poquitín.

—Oh, señor —dijo ella cuando lo vio salir del cuarto de baño. Hablaba con voz aguda y temblorosa, de niña pequeña—. Me he perdido.

—Un momento, Prudence —dijo él bruscamente—. Me gustaría intentar algo distinto hoy.

Llegó a la mesa y apagó la luz. La habitación quedó sumida en una roja penumbra, pues la única luz era la que procedía de los indicadores de las salidas de emergencia. Prudence era una forma suave y rojiza junto a él. Sus labios se retorcieron en un puchero. La pauta del juego había sido alterada.

—No estás perdida simplemente —le dijo él—. Te están siguiendo. —Señaló hacia las profundidades de la oficina: una jungla de archivadores y particiones—. Ahí hay un hombre malo esperándote.

Los ojos de ella se ensancharon. Contempló la oficina, asintió feliz, y echó a correr.

Kennison esperó impaciente. No iba a funcionar, se reprendió. Solo había sido una casualidad antes, con Karin. Ahora se estaba rebajando al nivel de Prudence. Maldición, no era digno. Esperaba que Paige o Weil no lo descubrieran nunca. Entonces recordó que Weil estaba muerta, cosa que lo alegró bastante. La Gran Arpía, al menos, ya no chismorrearía sobre sus actividades.

Jugueteó con el posalápices de la mesa, retorciendo los bolígrafos, sacándolos y metiéndolos. Cogió un pisapapeles semiesférico y lo hizo girar como una peonza. Comprobó el reloj. No podía estar «en el cuarto de baño» eternamente. ¿Dónde estaba Prudence?

Escuchó con atención. La oficina estaba en silencio. El suave susurro de fondo de los sonidos del edificio, fragmentos del sonido del tráfico que llegaba desde la calle.

—¿Prudence? —llamó con un fuerte susurro. Esperó. No hubo respuesta.

»¿Prudence? —volvió a llamar. No era momento para bromas. Oyó un grito, rápidamente sofocado, y un golpe, como si alguien hubiera sido derribado. Se quedó quieto, el pisapapeles en la mano. Algo había salido mal. ¿Había alguien en la oficina? ¿Un ladrón, tal vez? ¿Había puesto su inocente sugerencia en peligro a Prudence?

Escrutó la oscuridad rojiza. ¿Qué camino había seguido ella? Dio unos pocos pasos vacilantes. Si había un ladrón acechando en la oscuridad, sería una tontería avanzar a ciegas. Pensó en el ascensor oculto en el cuarto de baño, y miró hacia la puerta por encima del hombro.

El sonido de pies corriendo lo sobresaltó. Oyó una silla girar y volcarse. Un sollozo ahogado y el rasgar de ropas. Kennison soltó el pisapapeles y sacó un abrecartas del cajón. Se arrastró lentamente en dirección al sollozo, los oídos alerta ante nuevos sonidos.

Idiota, se dijo. Llega hasta la pared y enciende las luces.

No, eso estropearía el juego. Y si ya no era un juego, encender las luces revelaría su posición, además de la de Prudence. Se prometió a sí mismo que miraría en la primera fila de cubículos y si ella no estaba en ninguno, encendería las luces.

Pudo oír un gemido no muy lejos, pero no fue capaz de situarlo. ¿Y si él... le está haciendo... algo? Pensó en el hombre (clase baja, mal vestido, probablemente sucio y con mal aliento) manoseando a su niña pequeña, y se puso ansioso. Ella lo necesitaba. Necesitaba su protección. Un hombre blando echaría a correr, buscando solo su propia seguridad; pero Kennison era duro. Asió con fuerza el abrecartas. Cuando llegó a la abertura del primer cubículo, saltó al interior, súbitamente, en silencio, el abrecartas preparado. Sus ojos escrutaron el lugar. Nada.

Avanzó silenciosamente pasillo abajo. El segundo y el tercer cubículos estaban también vacíos.

En el cuarto...

Ella estaba acurrucada bajo la mesa. Tenía la blusa desgarrada y se abrazaba las rodillas. Cuando lo vio, soltó un gritito.

—Oh, señor Kennison —dijo con su voz de niña pequeña—. Me perdí, y había un hombre malo siguiéndome, y trató de...

Kennison suspiró. Hizo a un lado el abrecartas y se agachó ante la mesa. Ella se arrastró hasta sus brazos extendidos y se apretujó contra Kennison le acarició el pelo.

—Señor Kennison, mire lo que intentó hacerme.

Y le mostró la blusa rasgada. Kennison miró y estuvo de acuerdo en que había sido un hombre malo, pero ahora se había ido. Continuó acariciándola.

—Todo va a salir bien, ahora —le dijo.

Más tarde, de nuevo en su escritorio del piso de arriba, Kennison pensó que Prudence era, bajo cualquier medida racional, una degenerada sexual. La imaginó corriendo y tropezando por los pasillos de Johnson y Cheng, dirigiendo miradas temerosas hacia su perseguidor imaginario. Vamos a fingir. Durante un breve espacio de tiempo, había conseguido hacer que fuera real para ella.

Kennison, naturalmente, no se había dejado engañar ni un momento. Aunque la pretensión había sido suficiente, y le había dado a Prudence algo que había sido incapaz de dar desde hacía bastante tiempo. Había sido aún mejor que con Karin; y Prudence, por supuesto, se quedó también encantada. Si tan solo hubiera... durado. Pero claro, él sabía que el peligro era solo fingido.

¿Y si no hubiera sido fingido?, se preguntó.

Hora de cerrar la tienda, decidió. Abrió un cajón de su escritorio, sacó un disco y lo metió en la ranura. Tarareó distraído mientras lo preparaba. El policía alzó la cabeza una vez, y luego devolvió su atención a la revista.

El disco era un nuevo detector de virus que acababa de llegar misma mañana de una compañía de seguridad de *software* de Nueva Jersey. Kennison había hecho el pedido en persona a través de una compañía fantasma que no tenía ninguna conexión conocida con Kennison Demographics. Era fácil insertar un virus en un programa comercial, y había *hackers* de sobra ahí fuera a quienes nada les gustaría más que emular la hazaña de Beaumont y meter sus virus en su sistema.

Los estudiantes de informática a menudo *hackeaban* simplemente por curiosidad intelectual. Hubo un estudiante británico, Singh, que se introdujo en 250 sistemas militares, comerciales y académicos de todo el mundo con la misión autoimpuesta de elevar la conciencia sobre su seguridad. Las agencias gubernamentales le dieron un buen escarmiento, naturalmente. No había mayor peligro que permitir que profanos obtuvieran acceso a los secretos oficiales. Pero claro, a la burocracia oficial siempre

le había preocupado más parecer idiota que la auténtica seguridad.

El detector de virus que Kennison acababa de adquirir comparaba los tamaños de las aplicaciones contra los tamaños previamente grabados y detectaba cualquier cosa que se hubiera cambiado. Era una pantalla simple, pero efectiva. No podía impedir la infección del sistema (incluso los mejores detectores de virus podían ser engañados por el chico nuevo que aparecía en el barrio), pero sí detectarlo rápidamente después. Kennison había introducido personalmente los tamaños de los programas en los archivos maestros originales, sin confiarle el trabajo a nadie más.

Activó el programa con un *staccato* de teclas. Entonces se acomodó en la silla para contemplar la pantalla.

<COMPROBANDO ESTADO DE SISTEMA. ESTO PODRÍA LLEVAR ALGÚN TIEMPO>

¿Podría, ahora? A Kennison no le gustaban los programas que fingían hablar contigo. Usuario-amistoso. Hizo una mueca. Le dieron ganas de teclear: Date prisa, maldito seas.

Pasó un par de minutos mirando la pantalla. De vez en cuando esta parpadeaba y el mensaje se repetía. Los ordenadores han destruido nuestro sentido del tiempo, pensó. Había visto a operadores rebullirse impacientemente en sus asientos, esperando retrasos de unos pocos segundos. Nos hemos acostumbrado tanto a lo Instantáneo que lo simplemente Rápido ahora parece intolerable. Sabía que comparar el vertido del sistema con el archivo maestro requeriría muchos días-hombre y podrían existir errores humanos. ¿Entonces qué importaban quince minutos o media hora?

Dejó la consola y se llevó la taza a la máquina de café, donde la fregó y la dejó allí para que su secretaria la encontrara por la mañana. Luego se metió las manos en los bolsillos y deambuló por la sala, deteniéndose en diversas mesas y puestos de trabajo. Napoleón no había dejado tanta basura en su retirada de Moscú. Encontró una carta personal escrita con el programa de aplicación WP. Encontró un clasificador confidencial en lo alto de una mesa. Tomó nota mental para enviar memorándums por la mañana.

Oyó un *biip* en su despacho. ¿Significaba eso que el programa había terminado? Miró de nuevo la hora. Veinte minutos. Tendría que hacer planes para esos veinte minutos cada día a partir de ahora. Seguridad significaba molestias extra. Ahora hacían copias de seguridad cada día, y Selkirk había diseñado un sistema buffer para que sus bancos de datos nunca conectaran directamente con internet. Kennison se estremeció. Había sido inexcusablemente laxo en el pasado. A pesar de las historias que se contaban sobre los sistemas de otros, uno nunca prestaba atención hasta que era su propio sistema el que resultaba atacado.

Regresó al despacho y miró la pantalla. Entonces se detuvo y miró con más atención. El programa estaba funcionando todavía. El pitidito solo indicaba que se

había encontrado un virus. Mientras miraba sonó de nuevo y una segunda indicación apareció en la pantalla.

Dos virus.

Kennison sintió como si alguien acabara de pisar sobre su tumba. Extendió la mano hacia el teléfono y vio que estaba temblando. La retiró y cerró el puño. Con cuidado, se sentó en la silla.

<Biip>

Una tercera indicación asomó a la pantalla. Kennison sintió el principio del pánico ascender desde sus tripas. Notó la vejiga débil. ¿Quién estaba haciendo esto? Beaumont estaba muerta. ¿O no? Crayle nunca había fallado antes. Pero ¿dónde está Crayle ahora? ¿Por qué no ha informado? Pero podía ser cualquiera quien colocó esos virus. La CIA no se dejaría amilanar tan fácilmente como los grupos de noticias locales. Miró de nuevo la pantalla. Tres virus. Podría ser más de una persona.

Cogió el teléfono y marcó un número.

—¿Alan? Soy Dan. Estoy en el despacho. Será mejor que vengas ahora mismo.

—¿Algún problema? —La voz al otro lado se puso instantáneamente alerta.

—Necesito un desinfectante.

Hubo un momento de silencio.

—Voy de camino.

Kennison colgó el teléfono y escrutó la pantalla una vez más. Tal vez no era tan malo como parecía. Según las indicaciones, los tres virus estaban adjuntos a archivos de KD. Ninguno había cruzado el buffer hasta el sistema de la Sociedad. Bien. Quien los colocó aquí se debió aburrir de muerte con estudios demográficos y análisis estadísticos.

¿Eran derivaciones o bombas de tiempo? No lo sabía. Kennison entendía de ordenadores, pero no se fiaba de sí mismo en un tema tan peliagudo como este. Si los virus eran bombas, podían explotarle en la cara si intentaba eliminarlos. Su estatus en la Sociedad nunca sobreviviría a eso. Si los bancos de datos eran destruidos una vez más, bien podía hacer las maletas y reunirse con Ruiz en su retiro. Esperó que Selkirk se diera prisa.

Kennison recuperó uno de los programas infectados y dejó que el código corriera por la pantalla. No confiaba en sí mismo para hacer la operación quirúrgica, pero tal vez podría palpar el cuerpo en busca de bultos. No esperaba en realidad encontrar nada. Maldición, tendría que haber puesto en marcha el detector de virus antes de que Selkirk saliera de la oficina.

Sonó el teléfono y Kennison lo cogió ausente, creyendo que sería Selkirk.

—¿Kennison? —Era una voz de mujer, aguda. Tenía un deje sibilino.

—¿Quién es?

—Eso no es importante. Veo que ha encontrado nuestro bichito...

—¿Quién es?

Kennison pulsó el botón de grabación y llamó con gestos frenéticos al policía de la oficina exterior. Cuando el policía alzó la cabeza, Kennison señaló con el dedo el auricular. El policía asintió y cogió otro teléfono para iniciar la localización. Los teléfonos de KD estaban equipados con un rastreo de llamadas automático. Tardarían solo unos instantes en descubrir el número del teléfono que llamaba y poco más para descubrir dónde estaba ese teléfono.

—Enhorabuena —estaba diciendo la voz—. No creía que lo encontrara tan rápido. Estaba programado para informar inmediatamente si era detectado, ya sabe.

—Qué listo.

—Sí, ¿verdad? Está acabado, sabe. Usted y toda su banda.

El sudor perló la frente de Kennison; sintió tensión en el pecho.

—¿De qué banda está hablado?

—Oh, por favor. Ahórrelo para las masas. Nosotros lo sabemos bien.

—¿Quién es usted? —Kennison estaba a punto de llorar, y un pequeño nudo de miedo se retorció con más fuerza dentro de su estómago. Sintió un frío inconmensurable.

—Se está repitiendo, Kennison. No respondí las dos primeras veces que lo preguntó. ¿Por qué cree que iba a responder la tercera?

—¿Entonces por qué está haciendo esto?

—Solo para decirle que está acabado. Pensamos que le gustaría saberlo.

La furia sustituyó al miedo con la brusquedad de una tormenta. Kennison sintió que las orejas se le enrojecían y el frío dio paso al calor.

—Bueno, es enormemente considerado por su parte —replicó.

—Sí. Ahora tengo que irme; pero tal vez volveremos a hablar, usted y yo.

—¡Espere!

Pero no había nada más que el tono de llamada en su oído.

Kennison colgó el teléfono de golpe y las campanas de su interior resonaron. Alzó la cabeza para mirar al policía, justo a tiempo de verlo colgar también.

—¿Qué ha ido mal?

El policía emitió un bufido de disgusto.

—No pudimos conseguir el número.

—¿Qué quiere decir? Es un lector automático. Anula el bloqueo de llamada. Pago a Pacific Bell un montón de dinero todos los meses por el servicio.

—No es eso, señor. El que llamó usó un viejo truco. Se coló en el cuerpo principal, físicamente, quiero decir, de los conductos subterráneos. Abrió un cable y lo enganchó con un aparato portátil. Puede marcar a cualquier número que esté en el sistema; pero nadie puede llamarlo a él, porque el sistema no lo reconoce como un puerto legítimo.

—¿No hay ninguna manera de localizarlo?

—Bueno, hay una ligera pérdida de energía que puede ser localizada

eléctricamente. Llamaba desde algún lugar del Tenderloin, pero eso no importa. Se habrá marchado para cuando lleguemos allí.

—¡Maldición!

—¿Era una amenaza de muerte, señor? Deberíamos denunciarlo.

Kennison señaló su grabadora.

—No. Otro chiflado, acusándome de dirigir todo el maldito mundo. Llamó para decirme que había plantado un virus en mi sistema informático.

—¿Es serio?

—Podría serlo. Le he pedido a mi ayudante que venga a desactivarlo.

La mujer habló como si fuera miembro de una organización. Pero ¿cuál? ¿Los Asociados? Eso sería una locura, estando ambos al descubierto como estaban. Pero tal vez Betancourt había tocado fondo. Kennison tomó nota mental de contactar con Malone y averiguar qué estaba pasando en el Otro Bando.

Suspiró y se llevó las manos a la cabeza y se encontró mirando el código de programa que había recuperado. La determinación se apoderó de él. ¿Acabados, nosotros? Abrió el archivo vertical y tomó la copia dura del programa. Con cuidado, repasó cada línea del código, comparando lo que había en el sistema con lo que se suponía que tenía que haber.

Pasó media hora y Selkirk entraba por la puerta cuando descubrió la línea anómala: «Autocopia a archivo Q.».

¿Qué demonios significaba eso?

XIII

LA recepcionista del centro de conferencias estaba sentada en su mesa al otro lado de la sala, entre una jungla de macetas colgantes. Alzó la cabeza cuando Jeremy y Gwynn entraron y comprobaron algo en su registro.

—La están esperando dentro, doctora Llewellyn —dijo, señalando la sala donde se reunía el grupo de estudio.

—Gracias, Brenda. Habrá un miembro más hoy. El doctor Doang del departamento de matemáticas.

—Los doctores Hambleton y Quick acaban de entrar —dijo Brenda—. El doctor Vane llamó y dijo que llegaría unos minutos tarde.

—Esperaré aquí y guiaré a Jim cuando llegue —dijo Jeremy.

Llewellyn sonrió y se sacó la pipa de la boca. Lo apuntó con la caña como si fuera el cañón de un arma.

—Cuando les dijiste la semana pasada que Jim había estado estudiando las matemáticas del vertido, creaste una conmoción. La mitad del equipo tiene miedo de que los haga sentirse estúpidos con fórmulas y jerga; la otra mitad está molesta porque participe un matemático.

Jeremy se encogió de hombros.

—Él tampoco quería venir a esta reunión. Me dijo la semana pasada que está satisfecho personalmente con sus conclusiones y no le importa si tu equipo está de acuerdo con ellas o no.

Llewellyn se echó a reír.

—No tiene una opinión muy elevada de nosotros, ¿no?

—Me dijo que los filósofos llevan discutiendo más de cuatro mil años sin haber respondido a una sola pregunta importante.

—Entonces no entiende la filosofía. No son las respuestas lo que importan, sino las preguntas.

Jeremy se rio. Apreciaba a Jim y a Gwynn, pero eran completamente opuestos. Parecía que se habían pasado casi todo el último mes explicándose el uno a la otra.

—No creo que a Jim le parezca que nada es real a menos que se pueda medir y encaje en una ecuación.

—Entonces se está perdiendo la mitad de la realidad.

—Supongo. Sin embargo, como contable, comprendo su punto de vista. Cuando uno trata con intangibles, nada se resuelve jamás. Una auditoría puede poner a prueba si alguien siguió un procedimiento de contabilidad aceptado, pero ¿cómo puede poner

a prueba el estado mental de quien lo hizo?

Llewellyn le dio una palmada en el hombro.

—Yo no estaría tampoco tan segura de lo primero, si fuera tú. Como diría Herkimer, no hay nada tan elusivo como un hecho. —Los dos se echaron a reír—. Trae al doctor Doang en cuanto llegue, ¿quieres, Jeremy? Tengo que empezar el circo.

Entró en la sala de conferencias y cerró las altas y pesadas puertas tras ella. La recepcionista alzó la cabeza un momento y regresó a su revista de moda. Jeremy suspiró y se sentó en el sofá. Abrió el libro que había traído: Tratado sobre el hombre, de Quetelet. Sabía que las gruesas puertas y paredes no permitirían que los sonidos de la reunión lo distrajeran.

Jim Trinh Doang llegó poco después. Se quedó en la entrada y miró alrededor, parpadeando. Iba vestido como Jeremy lo había visto siempre: con camisa arremangada y el cuello abierto. Jeremy dudaba que el hombre poseyera siquiera una chaqueta informal. Siempre parecía que lo habían interrumpido en el trabajo. Y probablemente era así.

Jeremy cerró el libro e hizo señas a Doang, quien asintió y se acercó al sofá. Se sentó, colocó el maletín sobre su regazo y apoyó la cabeza contra la pared. Cerró los ojos y suspiró.

—Te están esperando —dijo Jeremy, cerrando su propio maletín—. La reunión ha empezado ya.

—Que esperen —replicó Doang, los ojos todavía cerrados—. Que se hablen unos a otros dándose importancia. Ya habrá tiempo en los próximos minutos de desmontar su teatrillo.

Los ojos de Jeremy se dirigieron al maletín que Doang tenía sobre el regazo. Vio cómo las manos del matemático acariciaban la lisa superficie marrón. Los dedos trazaban rápidos movimientos circulares, como si estuvieran masajeando el cuero acolchado, o como si su propietario estuviera nervioso y agitado. Jeremy señaló el maletín.

—Dímelo claro, Jim. ¿Es lo que pensábamos?

Doang abrió los ojos y miró a Jeremy. Los ojos eran carbones negros muertos. Túneles a profundidades sin sol.

—No podrías entender las matemáticas —dijo.

—No necesito entenderlas. Solo dime adónde conduce.

—A la muerte —dijo Doang, y volvió a cerrar los ojos.

Jeremy se estremeció por la manera tan desolada con la que hablaba Doang. Extendió la mano y sacudió el hombro del matemático.

—¿Qué quieres decir con eso?

Doang se quedó mirando la mano hasta que Jeremy la retiró.

—Está bastante claro, ¿no? ¿Quieres que te diga quién ganará las próximas elecciones presidenciales? ¿Cuándo se construirá la primera ciudad en la luna? ¿El

momento del próximo *crack* bursátil?

—Quieres decir que los modelos matemáticos del Vertido...

—¿Eran válidos? —Doang jugueteó con el asa de su maletín—. Sí. Sí, lo eran. No los fragmentos que aparecieron en el Vertido. Estaban incompletos. El sistema fue retirado de la red antes de que el gusano de Beaumont terminara la descarga, pero fue elemental rellenar las partes que faltaban. Varias de las ecuaciones eran similares a los modelos que usamos en biología matemática. La excitación de un nervio por un estímulo. La trayectoria de una epidemia contagiosa. Trabajo de niños.

Aritmética de salón. —Agitó una mano, como no dando importancia—. La dificultad estriba en discernir qué entidades del mundo real representan las variables.

—¿Qué repre...?

Doang alzó el maletín y lo dejó caer sobre el regazo de Jeremy.

—Léelo tú mismo. Está todo aquí.

Jeremy sintió que se ponía colorado.

—¡No te pases conmigo! —dijo en voz baja.

Doang sacudió la cabeza. Se dio un puñetazo en la palma de la otra mano.

—Tienes razón. Te pido disculpas. Es solo que... —Sacudió de nuevo la cabeza—. Me consideraba objetivo. Desapasionado. La idea de sistemas tan poderosos y elegantes me excitaba. —Le dirigió a Jeremy una sonrisa triste—. Pero mientras estudiaba los modelos, mientras los completaba y descubría su significado me... me enfadé, y tuve miedo. Y me sentí perdido. Hice simulaciones, usando datos pasados. Predije el pasado. Hacia atrás. Y siempre las ecuaciones se cumplían. Los modelos eran simplistas, incompletos, imprecisos; pero dentro de sus limitaciones ofrecían respuestas consistentes con el devenir histórico, con las abstracciones estadísticas y los almanaques. Y cuando estaban en desacuerdo empecé a preguntarme si las ecuaciones no serían correctas y los valores oficiales un engaño.

—¿Entonces esa gente de Babbage tiene realmente algo? —Jeremy pensó de nuevo en Buckle y Quetelet, en Condorcet y Bernoulli, y en su sueño (una ciencia de la historia) perdido hacía más de un siglo. El secreto celosamente protegido por una pequeña elite. Un secreto por cuya protección habían matado. Y ahora nosotros conocemos el secreto. Un escalofrío lo recorrió. No era temor, no era exactamente ansiedad. Tal vez era solo expectación, la inminencia de grandes acontecimientos. Cuando Jim informe de sus hallazgos al equipo de estudio, la carne estará en el asador.

—No pareces demasiado feliz —dijo en voz alta. No, por supuesto que no. ¿No había dicho ya Jim que sus conclusiones llevaban a la muerte?—. Al menos conocemos la verdad —ofreció.

Doang recuperó su maletín. No quiso mirar a Jeremy.

—«Aprenderéis la verdad y la verdad os hará libres» —citó, e hizo un ruidito furioso con la garganta—. ¿No? ¿O te esclavizará para siempre?

Jeremy frunció el ceño y estudió al lento matemático.

—¿Qué significa eso?

—Quiero decir que la vida es un engaño. —Doang extendió las manos, indicando el maletín, la sala de reuniones, el mundo—. Quiero decir que, sean cuales sean nuestros planes y esperanzas, lo que pase, pasará. Quiero decir que lo único que hacemos es caminar por la vida, siguiendo el guión, haciendo cositas. ¿Y para qué? —Doang cerró los puños y los apretó contra el maletín.

—No es tan malo —le dijo Jeremy—. Ahora que sabemos lo que están haciendo, podremos dar pasos para contrarrestarlos. Podemos romper esta sociedad suya...

Doang echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar una risotada, un feo ladrido más desesperado que divertido.

—No lo entiendes, ¿verdad? La Sociedad Babbage no importa. Están tan esclavizados como nosotros. Son las ecuaciones mismas. ¿No lo ves? Si la Sociedad Babbage no hubiera existido nunca, serían tan prisioneros como ahora. Como lo hemos sido siempre.

No era el temor a la Sociedad Babbage lo que molestaba a Jim Doang; era el destino. La idea de que la vida ya estaba tejida inextricablemente en algún tapiz divino. Jeremy se sorprendió por la profundidad de la reacción del hombre. Parecía una preocupación demasiado abstracta para excitar pasión. Miedo a la violencia, a la muerte: eso sí era real. Lo suficiente real para que Jeremy pudiera sentirlo en las entrañas. Pero ¿miedo al vacío existencial?

—Maldición, Jim, no puedes dejar que te afecte de esta forma.

Doang alzó una ceja.

—¿No puedo? ¿Tanto controlas tus propios sentimientos? —Se puso en pie—. Bueno, ¿entramos y destruimos su complacencia? —Se volvió hacia las puertas. Entonces gruñó una carcajada—. Lo más probable es que no entiendan las matemáticas; e, ignorantes del viaje, negarán el destino. —Giró la cabeza y miró a Jeremy por encima del hombro—. Debe de haber valor en esa ignorancia si permite que uno conserve la dignidad. Tal vez nuestros antepasados, con su creencia en el destino, eran más sabios que nosotros.

—Bonito discurso, doctor Doang, pero ¿no cree que es un poquito melodramático?

Jeremy se dio media vuelta y vio que Herkimer Vane había llegado. Estaba de pie, con su postura desmañada, las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta. Con su cabeza calva, su sonrisa, y su estatura, a Jeremy le recordaba un elfo.

—Herkimer —dijo Jeremy—, creo que no conoces a Jim Doang.

Vane extendió una mano.

—Nuestro auxiliar matemático. No, no nos conocemos, pero deduje quién debía ser. —Le sonrió a Jeremy—. Eso ha sido científico, ¿no? Mi deducción.

—En realidad —le dijo Doang—, la ciencia trata más con inferencias que con deducciones.

Vane lo miró pero no dijo nada.

—Supongo que has oído lo que me ha dicho Jim.

Vane se encogió de hombros.

—Un poco.

—¿Te hace cambiar de opinión? Respecto a la historia científica, quiero decir.

—Oh, cielos, no. El doctor Doang no ha dicho nada para hacerme cambiar de opinión.

—Pero...

—¿No lo ves? Claro que no. Ni el buen matemático tampoco. Es simplemente que los sistemas predictivos de largo alcance son imposibles, incluso en un sistema tan simple como el Sistema Solar, donde solo hay unos pocos cuerpos y una sola fuerza, la gravedad, que tener en cuenta. ¿Cómo pueden las trayectorias de los sistemas sociales ser predichas, cuando hay muchos más cuerpos interactuando y una multitud de fuerzas?

Jeremy miró a Doang, quien escuchaba con atención al pequeño historiador. Como Doang rio habló, Jeremy contestó.

—Espera un momento, Herkimer. Puede que yo no sepa mucho de ciencia, pero sí sé que se puede predecir la posición de los planetas. ¿No predijo alguien la existencia de Neptuno solo a partir de ecuaciones?

—Adams o Le Verrier, dependiendo a qué universidad fueras. Pero se equivocaron, ¿sabes?

—¿Eh? Pero encontraron a Neptuno, ¿no?

—Pero no en la localización predicha. Adams y Le Verrier derivaron dos órbitas diferentes para el planeta desconocido. Tardaron años en hacer nada más que los cálculos. ¿Quién se pasaría toda una vida simplemente para comprobar la aritmética? Le Verrier predijo un planeta con treinta y dos veces la masa de la Tierra, situado entre treinta y cinco y treinta y ocho unidades astronómicas del sol, y con un periodo entre doscientos siete y doscientos treinta y tres años. Pero Neptuno tiene solo diecisiete veces nuestra masa, se encuentra solo a treinta unidades astronómicas, y órbita el sol en solo ciento sesenta y cuatro años. ¡Si hubiera hecho sus cálculos cuarenta años antes o cuarenta años después, habría perdido a Neptuno por completo! Los cálculos de Adams fueron aún peor.

Doang habló lentamente.

—Parece usted notablemente bien informado.

—¿Para ser historiador? Recuerde que soy historiador de la ciencia y de la filosofía de la ciencia. Y me gusta pinchar globos demasiado hinchados. —Vane sonrió—. No, amigos míos. La habilidad predictiva de las ecuaciones de Newton ha sido enormemente exagerada. Poincaré lo vio claramente.

—Sin embargo —dijo Jeremy—, la ecuación funcionó lo bastante bien para llevar a hombres a la luna. Apuntaron la nave hacia donde debía estar la luna, y tanto la luna como la nave llegaron juntas.

—Ah, pero hay dos dificultades. La primera es el problema de los n-cuerpos.

—¿El problema de los n-cuerpos?

—Pregúntale a tu amigo.

Jeremy se volvió hacia Doang.

—¿Qué quiere decir?

Doang hizo una pausa antes de contestar.

—La ecuación de Newton es sencilla en principio, pero tiene solución solo en un caso especial: un único cuerpo de masa insignificante orbitando alrededor de otro cuerpo de gran masa. Ahora el sol contiene tanto de la masa del Sistema Solar que, para todos los propósitos prácticos, podemos considerar que los planetas casi no tienen masas.

—¿Entonces cuál es el problema?

—Casi no tienen masa.

—Sí. —Un sí largo y lento por parte de Doang—. Después de tener en cuenta el efecto del sol, los astrónomos añaden el efecto de Júpiter. Esto perturbará la órbita kepleriana perfecta de un modo que depende de los continuos cambios de posición de los dos planetas. A continuación, se añade el efecto de Saturno; y así sucesivamente, hasta que se consigue una aproximación adecuada.

—Pero no se acaba aquí —continuó Vane—. Todo cuerpo en el universo ejerce una atracción gravitatoria sobre la Tierra. El efecto puede ser diminuto, pero es acumulativo. Como resultado, la órbita del planeta no puede predecirse con ninguna precisión razonable durante más de unos pocos milenios.

—Lo suficiente para satisfacer mis propias necesidades personales —dijo Jeremy. Vane se echó a reír.

—El lapso de la previsión y su precisión también cuentan. Cuanto más larga sea la previsión, menos precisa es. Al proyectar la órbita de un planeta a lo largo de varios milenios, ¿a quién le importa si se desvía unas horas? Pero en el caso de tu nave espacial con destino a la luna, un error de unas cuantas horas es intolerable. Se requiere una precisión mucho más grande. ¡Pero aumentar diez veces la precisión aumenta los cálculos necesarios un millar de veces! Se llegaría rápidamente al punto en donde, incluso con los ordenadores más rápidos, los cálculos llevarían demasiado tiempo. Para cuando hayas localizado una nave espacial en una región pequeña concreta del espacio, la nave ya no estaría en esa región.

Jeremy se irritó.

—Tal como has explicado las cosas, cualquier predicción parece fútil.

Vane agitó el dedo ante él.

—Ese es exactamente mi argumento. Las previsiones a largo plazo son imposibles. En cualquier sistema. De esto trata la Teoría de la Complejidad. Un jugador de billar que se prepara a golpear la bola no necesita tener en cuenta la posición de los espectadores. Su potencial gravitatorio es trivial. Sin embargo, lo que dije de los planetas se cumple incluso aquí. Los efectos se acumulan. Si el jugador intentara una carambola con siete bolas, la influencia gravitacional de los

espectadores se convierte en una influencia vital en la trayectoria final de la bola. ¿Tengo razón, doctor Doang?

—Cualquier jugador de billar que intente una carambola con siete bolas podría resolver las ecuaciones mentalmente.

Vane echó atrás la cabeza y se rio.

—Sí. ¡Ahora imaginen cuántas colisiones y rebotes hay en una sociedad de millones de personas! Y, al contrario que la gravedad o la elasticidad, no comprendemos las fuerzas ni cómo actúan. Aunque hubiera leyes científicas en la historia, serían inútiles para hacer predicciones. Con el número de cuerpos implicados, las soluciones se volverían indeterminadas demasiado rápidamente. — Miró el reloj—. Bien, debemos entrar, ¿no?

Se dio la vuelta para marcharse.

Doang agarró a Jeremy por el codo.

—Sé lo que vi —le susurró ferozmente al oído—. Repasé las ecuaciones. Funcionaban.

—Eran aproximadas —le respondió Jeremy—. Tú mismo lo dijiste. La precisión era amplia. Dame un aro de baloncesto lo bastante ancho e incluso yo podré encestar. Decídate. Hace unos minutos estabas molesto porque creías que las ecuaciones eran válidas. Ahora estás molesto porque puede que no lo sean.

—¿Y tú qué crees?

—¿Yo? Yo soy contable. Creo que tienes menos razón de lo que piensas. Igual que Vane.

Doang le soltó el codo.

—¡Doctor Vane!

Vane se volvió con la mano en el pomo de la puerta de la sala de reunión. Brenda, la recepcionista, alzó la cabeza.

—¿Sí, doctor Doang? —dijo el historiador.

—Puedo hacer una previsión del futuro.

—¿Y cuál es?

—Que dentro de unos minutos voy a causar un clamor en su equipo de estudio.

Vane se encogió de hombros.

—Corto plazo. Precisión aproximada. Puede que tenga razón.

Alguien golpeó un tambor junto al oído de Jeremy. La habitación saltó y su visión se nubló. Las plantas colgantes junto a la mesa de Brenda se agitaron localmente, y las que estaban encima resbalaron y cayeron al suelo. La escayola de las paredes se agrietó y los cuadros cayeron de sus cáncamos. Las enormes puertas de la sala de conferencias se combaron y astillaron y saltaron de sus goznes, como si un gigante les hubiera dado una patada desde el otro lado.

La puerta de la izquierda golpeó a Vane desde atrás como un monstruoso matamoscas, y eso fue todo lo que Jeremy vio, porque la habitación se tambaleó y se quedó mirando al techo, luego a la entrada, luego al suelo, que saltó hacia él y le

golpeó en la cara.

Tercera parte
El enemigo de mi enemigo

ENTONCES

EL hombre de la barba se arrodilló en la hierba húmeda, junto a la tumba. Empapó las perneras de sus pantalones, dándoles un punzante olor a lana. Colocó un jarrón de flores recién cortadas ante la lápida, hundiéndolo en el suelo para que no se volcara. Luego se puso en pie y se persignó. Un breve soplo de viento cogió su tabardo abierto y lo hizo agitarse tras él. Se apretó el sombrero estilo *western* en la cabeza.

Todo aquel que estuviera vigilando (y tenía que asumir que alguien estaba vigilando) pensaría que era esta tumba la que había venido a visitar y que no tenía nada que ver con el funeral que daba comienzo ahora apenas a una docena de metros de distancia. Aunque cuando la ceremonia empezó el hombre de la barba miró con curiosidad el cortejo, como cabría esperar de cualquier mortal.

Una pequeña multitud, preparada contra el inminente regreso de la lluvia, se congregaba alrededor de una tumba abierta. Unos cuantos paraguas precavidos brotaban, como setas, entre ellos. Arriba, en el cielo húmedo, el sol se esforzaba en vano por dispersar la humedad. Un ataúd de madera sencilla descansaba junto a la fosa. Dos hombres con ropas de faena flanqueaban un montón de tierra recién removida. Se apoyaban en sus palas, observando los procedimientos con despegue formal.

El hombre de la barba se volvió hacia la lápida y unió las manos y agachó la cabeza como si dijera una oración por su ser querido desaparecido. Sus labios se movían, y las lágrimas trazaron las curvas de sus mejillas mientras se esforzaba por oír la voz que el sacerdote cercano dirigía a la multitud.

—Del barro venimos, y a él debemos regresar. Sin embargo, ¿qué hay más allá de la tumba, hermanos y hermanas? Sí, una vida mejor, amén. Acumulamos méritos en nuestra vida en esta tierra contra ese día de gloria y rectitud. Isaac Shelton fue un buen hombre y ha ido a habitar con los santos de antaño, pues todos los que lo conocieron atestiguan que fue un hombre bueno y justo, que caminó cada día en el temor del Señor, amén.

—Amén —dijo Brady Quinn, los ojos fijos en la tumba elegida al azar. Rueben Judge le había dicho que estaba loco por acercarse al funeral de Isaac. Grosvenor Weil, o sus agentes, lo esperarían, y estarían vigilando. La barba teñida de negro, la cojera causada por el guijarro en la bota izquierda... una charada endeble, fácilmente penetrable. ¿De qué servían tantos años de permanecer oculto si ahora, cuando Ellos más lo esperaban, se ponía al descubierto?

Pero Isaac Shelton lo había educado y lo había formado y lo había aconsejado, le había dado todo lo que tenía que dar, y al final Brady había cortado todos los lazos, había roto el corazón del viejo, le había arrojado a la cara el valor de la obra de su vida.

—¿Cómo podría no asistir? —le había preguntado a Randall.

Al mirar al cielo, Brady vio que las nubes oscuras se cerraban una vez más. Lluvia, y no una lluvia sincera, como las tormentas épicas que rompían en las montañas del oeste, sino un aguacero tonto y feo. Odiaba Boston. Odiaba el clima miserable, la gente miserable, la sensación de cerrazón de la ciudad. Anhelaba el Oeste, donde los hechos de un hombre eran más importantes que sus apellidos.

Sin embargo, Isaac había amado este lugar: un recordatorio para Brady de que no todos los hombres compartían las mismas pasiones. Un hombre podía amar la familia y las tradiciones mientras que otro valoraba la libertad y los nuevos horizontes por encima de todo. Sus raíces, le había dicho Isaac una vez, estaban hundidas en el suelo rocoso de Nueva Inglaterra. No era concebible, ni siquiera era posible, que Isaac Shelton descansara en ningún otro suelo.

Era bueno recordar que esta tierra suave, bien cuidada y atendida había sido también una dura frontera, y no hacía mucho tiempo. Los padres de Isaac habían sembrado sus colinas peladas con una mano en el arado y la otra en sus fusiles de chispa, con un ojo avizor al bosque hostil que tenían delante y de espaldas al océano frío y gris.

Advirtiendo que se había entretenido demasiado en la tumba para mantener su mascarada, Brady se persignó una vez más, se dio la vuelta bruscamente, y caminó hacia la entrada del cementerio, donde esperaba su caballo atado a un poste, agitando la cola. Un penco miserable, pensó Brady Quinn. Un caballo de ciudad, alquilado en un establo. Estaba acostumbrado a caballos mejores.

Adiós, Isaac. Vaya con Dios, como decimos en el Oeste.

Había esperado experimentar sentimientos mucho más intensos, pero lo que sentía ahora era una dolorosa sensación de pérdida, como si le hubieran amputado un miembro. ¿Era así la pena? ¿Nada más que pesar y pérdida, un conocimiento de errores que no podían enderezarse?

Isaac había tenido de sobra, y había conseguido mucho bien, incluso cuando el trabajo de su vida lo condujo a ordenar asesinatos a sangre fría... Ah, a qué terribles actos nos impulsan los ideales elevados. Brady había advertido a Isaac aquella noche lluviosa en Georgetown, hacía tanto tiempo. Los ideales se difuminarían, sin dejar más residuo que los terribles actos en sí mismos. ¿Qué esperaba al decírselo a Isaac después de que Randall le suplicara que lo mantuviera en secreto? ¿Que su mentor olvidara el trabajo de su vida? No, esa había sido una esperanza vana. ¿No se hunde el capitán con su barco, luchando hasta el final por salvarlo? Isaac había vendido su alma por la oportunidad de un futuro de esperanza; e incluso ahora, tantos años después, Brady no podía decidir si la vida del anciano había sido una tragedia o no.

Dos hombres se situaron entre el caballo y él, hombres grandes con aspecto de

matones. Llevaban chaquetas y pantalones a cuadros y sombreros hongos. El de la izquierda alzó una mano tan grande como un filete.

—Espere —dijo—. El señor Weil quiere hablar con usted.

Brady los miró.

—¿Weil? No lo conozco, y no tengo nada que ver con él. —Intentó sortearlos, pero ellos se movieron para bloquearle el paso.

—No entiende, Quinn —dijo el primer hombre llanamente—. El señor Weil quiere hablar con usted, y lo que el señor Weil quiere, lo consigue.

Brady suspiró y retrocedió dos pasos.

—¿Sí?

Randall le había advertido que esto sucedería. De todas formas, se lo debía a Isaac. Ahora parecía que el problema de asistir al funeral no sería nada comparado con el problema de marcharse.

Brady no se había abrochado el gabán. Los alerones del largo abrigo colgaban sueltos.

—Les daré una última oportunidad —dijo a los dos rufianes—. ¿Quieren apartarse?

Ellos intercambiaron miradas de diversión.

—¿Usted nos va a dar a nosotros una última oportunidad? —preguntó el de la derecha—. No creo que esté en situación de dar oportunidades.

Las manos de Brady se movieron como un rayo.

—¿Y ahora?

Y los dos se quedaron mirando los cañones de unos Colts gemelos. Tan rápido había sido que el gabán apenas se movió. Ellos se lamieron los labios y sus ojos buscaron veloces una forma de escapar. Un momento antes se enfrentaban a una víctima; ahora se enfrentaban a la muerte. No se habían dado cuenta de que estaban tratando con un hombre armado.

Randall Carson y Bill Hatch le habían enseñado a Quinn muchas cosas en el Oeste. Cómo desenfundar una pistola con rapidez y precisión, para empezar. Siempre dejar al otro la posibilidad de retirarse... pero no ser un maldito idiota. Cuando llegue el momento de la acción, le había dicho, actúa; y actúa rápido; y no te importe el coste. En una pelea, un hombre así tiene ventaja sobre los que vacilan.

—Bien, esto sí que es conveniente, ¿no les parece? —le dijo a los dos.

Ellos alzaron las manos con cuidado, sin hacer ningún movimiento súbito. No podían apartar los ojos de las armas. El de la derecha estaba sudando.

—¿Conveniente?

—Bueno, estar en un cementerio y todo eso. No tendrán que ir muy lejos, después.

Hizo un gesto con las pistolas y ellos retrocedieron lentamente. Brady se acercó al caballo. Enfundó la pistola izquierda y usó la mano libre para desatar al animal.

—Sé lo que están pensando —dijo, sin dejar de apuntarlos—. Se están

preguntando si podré disparar dos tiros lo bastante rápido. Bueno, tal vez pueda y tal vez no: pero sin duda podré disparar uno, y normalmente le doy a lo que apunto. ¿Cuál de ustedes recibirá el tiro por el otro?

Se subió a la silla y los miró.

—Ahora me marchó —anunció—. Pueden decirle al señor Weil que no tiene motivos de qué preocuparse. Estoy fuera. Mientras tanto, mi mente descansará un poco más si mientras cabalgo se tiran ustedes al suelo.

El primer hombre sonrió nervioso y se arrodilló en el lodo. Se tumbó, boca abajo. El segundo hombre miró a su compañero, y luego a Brady.

—No voy a revolearme en la tierra por ningún hombre.

Brady se encogió de hombros.

—Boca abajo en la tierra, o boca arriba mientras le tiran tierra encima. Es su elección.

El rufián se lo pensó un momento más; luego también él se postró.

—Se lo haré pagar algún día.

—Es un país grande. Pero puede usted soñar.

—La vida de todo hombre debe tener un objetivo —dijo el matón.

Brady le dirigió una mirada de sorpresa. Sonrió.

—Sí, supongo que sí. Entonces puede darme las gracias dos veces, pues le he dado el objetivo y la vida.

Tiró de las riendas y picó espuelas y su caballo echó a correr por el camino hasta la carretera principal. Mantuvo la pistola en la mano, por si los dos hombres eran tan tontos como para perseguirlo. Los dos eran jóvenes y confiados y Brady no era un mozalbete. Imaginó lo que les diría Grosvenor Weil cuando se presentaran a él.

Siguiendo un súbito impulso, sacó al caballo del camino, saltando la cerca de un pastizal. Weil podía haber colocado otros matones entre el cementerio y la estación de ferrocarril. Por lo que Brady había oído de él, Grosvenor Weil era un hombre meticulado que no toleraba cabos sueltos. No confiaría en capturar a Brady Quinn con un solo intento, no cuando Quinn se había mostrado tan convenientemente fuera de su alcance.

La boca de Quinn mostró una feroz sonrisa mientras su caballo cruzaba el prado. Sus rodillas apretaban el flanco del animal. No se había sentido tan vivo en años. Los riesgos que había corrido al venir aquí parecían haberle despertado. La sangre le corría por las venas. Era joven de nuevo, se atrevía a hacer grandes cosas. En cierto modo, no le importaba si escapaba de esta trampa o no.

Aquella carta que había dejado con Gorman y Stout... ¿Tendría que haber previsto que la carta llegaría a las manos del mismo Judas que sus ecuaciones habían predicho? ¿Que la mente de Isaac habría entrado en las sombras, y con ello nunca vería la carta, y que Davis revelaría tan descuidadamente su contenido? ¿Tendría que haber sido tan sabio?

Sin embargo, ¿cómo podía haberlo sabido? El golpe de Weil se había producido

pronto, burlando los cálculos; y había sido un hombre mucho más despiadado de lo que esperaba. Fui un idiota. Y Davis era un idiota. La «caída» de Davis por las escaleras de su mansión de Washington había sido el primer indicio de la ferocidad de Weil.

Idiotas, todos nosotros. Isaac, Davis, yo mismo. Incluso el viejo Jedediah. Ciegos. Solo vimos lo que queríamos ver. Weil también. ¿Cómo podían hombres tan alocados y falibles creer que tenían la sabiduría para dar forma al futuro? A veces pensaba que Elias Kent había sido el más sabio de los Fundadores.

Llegó a la granja cuando la lluvia reemprendía su miserable aguacero. El granjero estaba sentado en una mecedora de caña en el porche delantero, con una Biblia abierta en el regazo, disfrutando de su día de descanso.

—Disculpe, señor —le dijo Brady, tirando de las riendas para detener al caballo —, pero ¿cuál es el camino a Providence?

Brady podía considerarse un idiota, pero no tanto para cabalgar hasta la estación de Boston con los sicarios de Weil a pie.

La aguda mirada del granjero estudió a Brady, a la sudorosa montura, a la pistola Colt... que Brady devolvió finalmente a su funda. Se pasó una mano por la barba sin afeitarse.

—Bueno, forastero, el camino más seguro a Providence es este —dijo, y alzó la Biblia.

Brady Quinn se echó a reír.

AHORA

Capítulo I

RED llamó a su puerta por la mañana temprano. Fue un roce ligero, en *staccato*, y Sarah supo sin comprobarlo que era él. Sonriendo para sí, dejó la taza de té en el platito, se alisó la bata, y se acercó a la puerta de su apartamento subterráneo. Cuando abrió la puerta, él tenía una mano apoyada en el marco. El Nuevo, Mejorado Red Malone. El no-del-todo-desconocido con los ojos de un amigo.

—Hola.

—Hola. ¿Qué te trae por aquí a estas horas?

Fee rodeó las piernas de Red, mirando las botas y los vaqueros, la cola levantada y la espalda levemente arqueada. Fee no aprobaba del todo a Red... en ninguna versión. Sentía hacia Sarah un interés posesivo que no admitía competidores.

—¿Quieres salir a tomar una pizza? —dijo él—. Voy a ir a Tony's.

—¿Pizza para desayunar?

—No, no comeremos hasta más tarde; pero salgo ya.

—Bueno, yo... Claro, ¿por qué no?

—Bien —dijo él, mirando el reloj—. Tendrás el tiempo justo de vestirte y hacer una maleta.

Ella se detuvo a media vuelta.

—¿Hacer una maleta?

Él le dirigió una mirada inocente.

—No demasiadas cosas. Solo para una noche.

—¿Para una noche? Red, ¿dónde está Tony's?

—En South Plainfield, Nueva Jersey.

—¿Vas a recorrer tres mil kilómetros para comer pizza?

Él ni siquiera mostró una sonrisa.

—Es una pizza muy buena —le aseguró.

Pusieron las maletas en la parte trasera de la ajada camioneta del rancho y se metieron en la cabina con Janie Hatch. La mujer mayor metió primera y se lanzó al camino de tierra que conectaba el rancho con la carretera estatal. Sarah ocupó el asiento delantero. Se dio la vuelta y miró a través de la nube de polvo los edificios que iban quedando atrás. El frío aire de las montañas agitó su pelo. Luego volvió a mirar hacia delante, pero dejó la ventanilla bajada, apoyando el brazo en el marco abierto. Notó en la cabeza la frialdad de los cañones de las escopetas que reposaban en su asidero.

—¿Cuidarás de Fee por mí mientras esté fuera? —preguntó otra vez.

—Los gatos saben cuidar de sí mismos, muchachita, pero le echaré un ojo.

—Gracias.

Janie no replicó, pero Janie nunca decía una palabra cuando bastaba con encogerse de hombros, y no se encogía de hombros cuando el silencio era suficiente. Era un enigma que Sarah no había resuelto todavía. Sola, apartada, indiferente, la transeúnte definitiva. No vacilaría en hacer un favor; pero por lo que Sarah podía determinar, tampoco hacía favores por amabilidad. Sarah tenía que creer que había emociones ocultas tras aquel exterior agostado y estoico, pero seguía siendo elusivo cuáles podían ser esas emociones.

Sarah tenía sentimientos encontrados en lo referente a dejar el rancho. Por un lado, se alegraba de salir. Había estado perdida en el limbo, como Van Winkle entre los elfos, y casi esperaba descubrir que habían pasado cincuenta años en el Mundo Real. Por otro lado, se sentía triste, de una manera curiosa. Al entrar por fin en el mundo como Gloria Bennett, estaba relegando a Sarah Beaumont al pasado.

De algún modo, a pesar del drama y los crímenes y las conspiraciones en las que se había visto envuelta, su mayor pesar era que ahora Dennis y ella nunca completarían el proyecto del Brady Quinn Place. El sueño se marchitaría y desvanecería, para vivir en el desván de su memoria, criando polvo y telarañas; y de vez en cuando, se lo encontraría, le recordaría todas las cosas que no había hecho jamás, y que ya no haría nunca.

Y, por otro lado, se sentía aprensiva: porque Sarah Beaumont era una mujer conocida y mucha gente la estaba buscando; y aquí estaba, dispuesta a salir entre ellos. Los vengativos, los seguidores de famosos, los simplemente curiosos. Estaban ahí fuera. Y el gobierno. Y los Seis Secretos de los que le había hablado Red. Y los programas de entrevistas de la tele y los periódicos. Y la multitud borreguil que seguía a todo lo que fuera famoso.

Se lo dijo así a Red, y él le contestó que no se preocupara porque nadie estaba buscando a Gloria Bennett.

—Pero con todo —le dijo mientras Janie sorteaba el tráfico matutino en la Ratonera—, no me siento a salvo. Me siento... transparente. Como si la gente pudiera mirar a través de mí.

—La gente no es tan lista ni de lejos —dijo Janie.

Sarah se volvió en su asiento y miró a la encargada del rancho. Ausente, pasó un dedo por el cañón de uno de los rifles. Una vez había visto a Janie disparar desde quinientos metros con un fusil de mira telescópica y dar cuatro de cinco veces en la diana. Y también recordó cómo Janie se había plantado con el mismo rifle y no había hecho nada mientras Orvid Crayle la perseguía por las ruinas de Mount Falcon.

—Janie, ¿por qué tienes tres rifles?

—Cazo.

—Eso ya lo sé. Pero ¿por qué tres?

Janie hizo una pausa y la miró un instante.

—Bueno —concedió, dirigiendo su atención una vez más al tráfico—, el de arriba es para la pradera. Dispara balas de trayectoria plana a alta velocidad. Pero, allá en el bosque, normalmente puedes disparar desde lejos, así que una bala gorda y lenta es mejor.

—Oh —Janie Hatch parecía mejor armada que algunos países pequeños—. ¿Y el tercer rifle? ¿Para qué es ese?

Janie volvió sus ojos fríos e inexpresivos hacia Sarah una vez más.

—Alimañas —dijo.

Un *jet* privado los esperaba en la terminal de aviación general. El capitán charlaba con el equipo de tierra, gritando para hacerse oír por encima del ruido de los motores. Red subió las maletas al avión, y el controlador interrumpió su conversación con el piloto para meterlas en el compartimento de proa. El piloto saludó a Red, y luego le estrechó la mano. Un avión comercial recorría la pista a lo lejos.

Sarah se volvió hacia Janie para despedirse, pero Janie le puso una mano en el brazo.

—Ten cuidado, muchacha. ¿Me oyes?

Era la misma advertencia que Janie le había dado en la biblioteca de Denver cuando Crayle husmeó sus notas sobre Brady Quinn. Ten cuidado, pero no esperes que intervenga. Sarah retiró la mano de su brazo.

—Sé cuidar de mí misma.

—Eso ya lo sé. No estaba pensando en ti.

—¿Red? No seas tonta. Él también sabe cuidar de sí mismo.

Janie le dirigió una dura mirada.

—¿Nunca te ha hablado de Jacksonville?

Sarah negó con la cabeza.

—No, nunca lo ha mencionado.

Janie se pasó el tabaco de mascar de una mejilla a la otra y escupió al suelo.

—Bueno, yo no he dicho nada, ¿entendido? Y no vayas a preguntárselo. Si quiere decírtelo, lo hará.

Entonces Janie volvió a la camioneta y cerró la puerta con un golpe. Las marchas chirriaron como protesta y la camioneta saltó a la corriente del tráfico.

Tony's Pizza estaba situado en una pequeña calle comercial a la antigua usanza, flanqueado por una panadería y una tienda de regalos. Dos hombres tras el mostrador rociaban queso sobre la masa con la facilidad que da la larga práctica. Sarah dio una profunda y deliciosa bocanada de cebollas y pimientos y fuerte salsa de tomate. Era un sitio estrecho, con los hornos de las pizzas a mano derecha, tras el mostrador. Más allá estaban las mesas de plástico para los clientes. Dos de ellas estaban ocupadas,

una con un puñado de adolescentes ruidosos.

—Nos está esperando —le dijo Red en voz baja. Indicó la mesa más lejana a la derecha, donde había dos hombres sentados el uno al lado del otro. El más joven tenía barba de color pajizo. Su compañero, más mayor, iba bien vestido, con el rostro enjuto y las sienes grises.

—¿Quién?

—Kennison.

—¿Kennison? —Ella entornó los ojos—. ¡Red, si diera una fiesta para todos los habitantes del planeta, él no estaría en mi lista de invitados!

—Hablar nunca hace daño, ni siquiera con el enemigo. Tal vez sobre todo con el enemigo.

—No tengo nada que decirle. Red... quiero decir Jim. ¡Él mató a mi amigo! ¡Intentó hacer que me mataran!

—Entonces me parece que tienes mucho que decirle. —La cogió levemente por el brazo y la guio por el pasillo hasta las mesas.

Kennison se levantó y extendió la mano para estrechar la de Red.

—Me alegra volver a verte, James. Cuidado con las mangas —indicó la pizza en mitad de la mesa. Red se sentó frente al hombre de la barba. Kennison sonrió y miró a Sarah—. Y esta debe ser...

—Gloria Bennett —dijo Red.

—Por supuesto. —Su sonrisa se ensanchó y Kennison le cogió la mano y la levantó. Su contacto fue sorprendentemente amable. Sarah pensó que pretendía besar la mano y la retiró como si se hubiera quemado. Kennison no se molestó—. Comprendo cómo se siente, querida —murmuró—. Si yo fuera usted, sentiría lo mismo.

Sarah trasladó la mirada de Kennison a Red y no vio ninguna salida. Se recogió la falda y sentó a la mesa. Kennison esperó hasta que se acomodó; luego se sentó y colocó la servilleta cuidadosamente sobre su regazo.

El hombre de la barba la estaba mirando con expresión claramente apreciativa. Ya había cogido un trozo de pizza y la sostenía humeante en la mano.

—Este es Alan Selkirk —dijo Kennison—. Se unió a mi servicio personal hace poco. Alan, la señorita Gloria Bennett y el señor James Caldero. —Kennison señaló—. ¿Queréis un trozo?

Red estudió la pizza.

—¡Anchoas, por el amor de Dios!

Kennison se encogió de hombros.

—Siempre puedes quitarlas. —Seleccionó un trozo y lo pasó a un plato de papel. Cogió un cuchillo y un tenedor de plástico y empezó a cortarla.

Fastidioso, pensó Sarah. ¿Cuántas personas comen pizza con cuchillo y tenedor?

Kennison vio su mirada y se detuvo con el tenedor casi en los labios. Le sonrió a Sarah.

—Un caballero nunca come con los dedos.

Red le tendió a Sarah un plato con una porción de pizza.

—Toma, come un poco. —Miró a Kennison—. ¿Empezamos?

—Mi querido amigo —le dijo Kennison, haciendo un gesto con el tenedor—. ¿Mientras cenamos?

—¿Por qué? ¿Habrá oporto en el estudio después?

Kennison suspiró y soltó sus utensilios.

—Tengo entendido que tenemos información que compartir. —Por un momento puso una cara como si estuviera chupando un limón—. Ya que tu amiga no parece confiar en mí, tal vez yo debería «mostrar mis cartas» primero.

Se limpió los labios con la servilleta y miró rápidamente alrededor. Entonces cruzó las manos sobre la mesa.

—Mi información es esta: nos están atacando. No estoy hablando de los ataques aleatorios de la muchedumbre ignorante, sino de algo mucho más insidioso.

En voz baja, describió los virus que habían aparecido en sus sistemas, la misteriosa llamada telefónica.

Sarah escuchó sin compasión. No le importaba que estuvieran persiguiendo a Kennison. Había ordenado la muerte de Morgan. Y la de Paul Abbot. Y la otra pareja... había olvidado sus nombres. Y el hombre del parque, que había recibido un tiro en la cabeza. Kennison había intentado matarla a ella; y a Dennis también. Si Kennison se sentía amenazado, no era más de lo que se merecía.

Y sin embargo era una cosa distinta sentarse al otro lado de la mesa y mirarlo a la cara. Maldición, se suponía que los villanos eran malvados. No podían ser amables ni con buenos modales. No podían mirarte con ojos llenos de miedo.

Red se frotó la barbilla con la mano.

—¿Tres virus, dices? —Miró a Sarah—. No has estado haciendo nada extracurricular, ¿verdad?

Sarah negó con la cabeza. No le importaba si el sistema de Kennison rebosaba de bacterias. Pero no había sido ella. Y en cuanto a quién era... Bueno, lo decía el Libro: «El enemigo de mi enemigo es mi amigo».

—No he oído de ningún ataque similar contra nuestro sistema —dijo Red—. Y me habría enterado. Ninguno de los miembros de nuestro Consejo ha informado de nada. ¿Han recibido tus otros Consejeros amenazas similares?

Kennison tomó aire y resopló.

—Hemos estado incomunicados este mes pasado, mientras los medios y la policía nos vigilaban. Un plan para contrarrestar la información del Vertido. Pensé en llamar a la Hermana Paige, pero... La llamada telefónica podría haber pretendido hacerme actuar y eso habría anulado todo el plan. No quise arriesgarme. No soy ningún Judas. Me pareció que lo mejor era consultar contigo, *in corpora* y en directo.

—Creo que fue el FBI —dijo Selkirk bruscamente, y todos se volvieron a mirarlo—. El gobierno debe estar preocupado por lo que han leído en el Vertido. Estoy

seguro de que han estado intentando penetrar sus sistemas, además de los nuestros.

—Tal vez, Alan. Sin embargo, había tres bichos.

—FBI, CIA, ATF. —Selkirk contó con los dedos—. Me sorprende que no hubiera más.

»Los virus eran derivaciones, no bombas lógicas —añadió—. No dañaron nada; no cruzaron la barrera que construí ante el, ah, sistema principal. Hay cerraduras físicas que solo controla el señor Kennison. Todo lo que hicieron fue copiar algunos archivos y descargarlos.

—A un lugar llamado el archivo Q —dijo Kennison—. Una de las derivaciones tenía ese destino. No estamos seguros todavía de las otras.

—¿Q de Quinn? —preguntó Red.

Kennison se encogió de hombros.

—Eso supongo.

—No era más que investigación rutinaria del gobierno —insistió Selkirk.

Kennison lo miró.

—Pero la llamada, Alan. ¿Qué hay de la llamada telefónica? Una agencia gubernamental no se dedicaría a hacer esas bravatas estúpidas. Recopilarían sus datos en silencio y ya está.

Selkirk frunció el ceño, miró su pizza, sacudió la cabeza.

—No sé.

—La llamada era para asustaros —dijo Red.

Kennison no sonrió.

—Debo felicitarlos por su éxito.

Red se echó hacia atrás y se dio un golpecito en los dientes con el pulgar. Miró a la distancia durante unos momentos; luego se volvió hacia Sarah.

—Tengo que decírselo. Di mi palabra.

Sarah se preguntó si estaba pidiendo su aprobación.

—Adelante, entonces.

Red miró a Kennison.

—Muy bien. Hay otra sociedad, un grupo independiente, tan antiguo como nosotros.

Kennison pareció aturdido durante un instante. Entonces sus ojos se ensancharon.

—¿Una tercera sociedad?

Selkirk se inclinó hacia delante.

—¡Eso no es posible!

Kennison frunció el ceño, se llevó un dedo a un lado de la nariz, y permaneció en esa postura durante unos segundos. Entonces sacó un bolígrafo del bolsillo de su chaqueta y empezó a escribir en la servilleta. Sarah vio las ecuaciones diferenciales parciales resbalar por el papel. Las letras griegas se difuminaban a medida que las fibras absorbían la tinta. Reconoció las ecuaciones de condensación de las clases del doctor Gewirtz. Ideas que estaban «en el aire» se condensaban en torno a partículas

adecuadas (mentes humanas con áreas superficiales altas) y se precipitaban en la cultura. Kennison llegó a la solución y contó los puntos de equilibrio. La valoración de Sarah de sus habilidades aumentó un grado.

Kennison estudió lo que había escrito. Entonces puso el capuchón a su bolígrafo y lo guardó.

—Sí, Alan. Me temo que es posible —le pasó la servilleta a Selkirk. El joven escocés la cogió con manos temblorosas.

—Malditos sean todos —dijo Kennison a nadie en particular—. Tendríamos que haber visto antes esta posibilidad. —Se volvió impaciente y marcó con un dedo las cifras borrosas de la servilleta—. Está aquí. Alan. Y aquí. Sí, las soluciones habituales son cero y uno. La mayoría de las ideas «prenden» o tienen un solo «descubridor». —Se volvió hacia Red—. ¿Estás seguro de que existían las condiciones adecuadas en la época de la Fundación?

—Se llaman a sí mismos los Seis Secretos —le dijo Red.

Selkirk tomó aliento y lo dejó escapar.

—¿Los Seis Secretos? —dijo, asombrado.

Red esbozó lo que habían descubierto. La lista que Dennis y Sarah habían descubierto en la vieja mansión de Quinn. Los datos inexplicables que había encontrado en el Vertido. El análisis de anomalías de Bosworth. El desconocido que había estado vigilando la casa segura. Kennison tomó notas en un cuadernito que llevaba en el bolsillo de la chaqueta.

—Y otra cosa —añadió Sarah. Señaló a Kennison con un dedo—. Dígamelo claramente. ¿Secuestraron ustedes a Dennis French en el hospital de Denver?

Kennison apoyó los dedos en sus labios.

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque su hombre, Crayle, no parecía saberlo.

—Ah. Sí. ¿Y dónde está el Hermano Crayle?

—Yo estoy aquí —respondió ella secamente—. El no.

Kennison asintió lentamente.

—Es usted una joven notable, actuando de manera tan resuelta en estas circunstancias. —Sus ojos chispearon—. Debe de haber corrido un peligro considerable. Asustada. —Su lengua asomó rápidamente para lamer sus labios.

—No ha contestado a mi pregunta.

Kennison parpadeó.

—Oh, sí. Su pregunta me ha pillado por sorpresa. Verá, habíamos supuesto que eran ustedes quienes lo habían rescatado.

Sarah cerró los ojos y se llevó brevemente las manos a la cara. Por eso la búsqueda de Red en el Vertido no había encontrado ninguna pista del paradero de Dennis. El hombre había desaparecido sin dejar rastro. Y tal vez el enemigo de su enemigo era tan solo otro enemigo más. Miró a Red.

—¿Jim?

—Si este tercer grupo lo tiene, lo encontraremos —dijo él, sombrío.

—Por supuesto —dijo Kennison—. Y me alegrará ayudarles en cualquier modo posible. —Hizo una pausa y reflexionó—. Puede interesarle saber que otro intrépido grupo estaba buscando al señor French... al menos indirectamente. Su, ah, compañero de piso, creo.

—Jeremy Collingwood y el grupo de la UD. Sí. Jim me lo dijo.

Apenas parecía posible imaginar a Jeremy como un hombre de acción. Siempre le había parecido más bien el tipo de persona intelectual. Con todo, ¿quién podía predecir cómo afectaría a alguien una crisis? Un hombre podía volverse frágil y otro duro, tras su turno en el fuego.

—Puede que le interese saber —continuó Kennison casualmente—, que él y su equipo fueron eliminados esta tarde en una explosión.

Sarah alzó bruscamente la cabeza. Su corazón dio un brinco. ¿Jeremy también? Golpeó la mesa con ambos puños, y los adolescentes del otro lado del restaurante se volvieron a mirar de dónde procedía el ruido.

—¿Cómo se atreve a estar ahí sentado y...?

—¡Tranquila, jovencita! —Kennison se enderezó—. No fui yo.

—Un periodista de una de las emisoras locales descubrió una orden de trabajo de hace dos meses en los archivos de mantenimiento del edificio, solicitando la reparación de un escape de gas —intervino Selkirk—. El encargado de mantenimiento dice que nunca vio la orden de trabajo, pero es lo que diría en cualquier caso.

—¿Hace dos meses?

—Sí. Es anterior a la formación del equipo de trabajo. Así que, aunque se mencionó el proyecto de estudio del grupo, los periodistas llegaron a la conclusión de que la explosión fue una coincidencia.

—Y puede creerlo o no —añadió Kennison.

Red volvió a darse un golpecito en los dientes. Miró a Sarah.

—Lo creo. —Se volvió hacia Kennison—. ¿Podría haber sido alguien de vuestra organización?

Kennison negó con la cabeza.

—No es probable. Hemos tenido a la policía y los medios acampados a la puerta.

—Tú estás aquí —señaló Red.

—Comprendo tu argumento. Volé a Nueva York de manera pública, por supuesto; pero mi ático de Manhattan tiene un ascensor secreto. Por lo que sabe la protección policial, estoy en mi habitación, descansando de mi largo vuelo.

—Pero uno de tus Hermanos o Hermanas podría haberlo preparado.

Kennison hizo una mueca y unió las manos, como en oración. ¿A qué dioses podía rezar un hombre así?, se preguntó Sarah.

—Es posible —admitió Kennison por fin—. Denver es parte del feudo del Hermano Ullman, pero... —Negó con la cabeza—. Fue un acto monumentalmente

estúpido; y entre los muchos defectos del Hermano Ullman no se cuenta la estupidez. —Tomó aire y miró a Sarah—. Así que parece que tenemos que ser aliados de conveniencia. Haré lo que pueda para ayudarla a localizar a su amigo.

—¿Por qué? —le preguntó ella—. ¿Por qué debería ayudarme?

—Vaya, por el puro placer de ayudar a otro ser humano en apuros. —Kennison extendió las manos cándidamente—. Y porque la gente que secuestró a su amigo me está amenazando. Así que, durante un momento, nuestros caminos convergen en el mismo objetivo. Más adelante, la fortuna puede que nos vuelva a enfrentar una vez más en el Gran Juego, pero por ahora... —Un elaborado encoger de hombros—. ¿Quién sabe? Puede que descubramos que tenemos más en común de lo que usted supone.

Sarah lo miró y quiso rechazarlo a él y a su ayuda: pero si la ayudaba a encontrar a Dennis, aceptaría ayuda del mismísimo diablo. Empezó a hablar, pero Kennison alzó una mano.

—Si le sirve de consuelo, yo voté en contra de la Acción de la que fue usted objeto. Les dije que las pruebas eran insuficientes, que podíamos estar apuntando al objetivo equivocado. Pero la señora Weil no se dejó convencer. Una mujer imposible... Bueno, *nil nisi bonum*. Espero que entienda que no hubo mala intención hacia usted personalmente. Como demostraron los acontecimientos posteriores (en la casa del señor Benton, en la mansión de la señorita Weil) nuestros temores a quedar al descubierto estaban bien justificados.

Miró su reloj un instante.

—Y ahora me temo que debemos marcharnos. Mientras tanto... —Se volvió hacia Sarah y dijo seriamente—: Si alguna vez se encuentra en peligro, puede pedirme protección y la tendrá sin reserva.

Sarah observó su rostro, tratando de discernir qué pretendía Kennison. Pero no vio nada más que sinceridad y franqueza. Casi ansiedad. ¿Podría Kennison pretender enmendar el infierno por el que la había hecho pasar? Era extraño considerar a este hombre como su posible protector, pero o bien Kennison era un actor condenadamente bueno o quería decir exactamente lo que había dicho.

Al mirar de reojo a Red, le sorprendió ver en él una hostilidad apenas oculta. A Red, que nunca se tomaba nada demasiado en serio, no le gustaba la oferta de protección de Kennison. ¿Estaba celoso? ¡Vaya, eso sí que era una tontería!

Esperaron un rato después de que se marcharan Kennison y Selkirk. Red dijo que quería terminar la pizza, y Sarah se sentó en silencio junto a él. Apoyó los codos en la mesa y unió las manos. Estudió la piel suave y oscura de sus brazos. Cuando cerró los ojos, fue plenamente consciente de su cuerpo y de la posición de todos sus miembros. Podía sentir la blusa y la falda abrazando su figura. Incluso podía sentir a Red sentado a menos de un palmo de distancia. ¿Su aura?

Finalmente, Red habló.

—Bien, parece que los Seis Secretos están apuntando al primo Daniel. Me pregunto si la misteriosa vigilancia del rancho fue también cosa de ellos.

Sarah abrió los ojos.

—No te olvides que los Seis se dividieron igual que hizo la Sociedad Babbage.

—No lo he olvidado.

—Ya he visto que no le has contado al «primo Daniel» esa parte.

—Es un chico inteligente. Lo descubrirá. El Dilema de Carson es un estudio necesario.

—¿Hablabas en serio? Cuando me ofreció su protección.

Red dejó sobre la bandeja el último trozo de pizza.

—Odio las anchoas —dijo. Se limpió las manos en una servilleta—. Sí. Hablabas en serio. Dan es una serpiente y un hijo de puta sibilino, pero es un hijo de puta sincero. Nunca te mentará... a menos que se mienta también a sí mismo.

Fuera había caído la noche. Se detuvieron un instante en la puerta de la pizzeria. Los coches recorrían el aparcamiento con caballeroso desdén de los carriles marcados. A veces, pasaban ante los locales a velocidades peligrosas. A la derecha, al fondo del aparcamiento, un grupo de adolescentes se reunía en torno a dos furgonetas aparcadas delante del McDonald's. A veces animaban a los conductores de los coches. Las lámparas de alta intensidad le daban a todo un tipo de iluminación incolora y peculiar, como si estuvieran viendo una antigua película en blanco y negro.

—¿Bien? —preguntó Red, subiéndose la cremallera de la chaqueta para protegerse del frío de septiembre—. ¿Conocer a Kennison te pareció tan malo como esperabas?

Ella negó con la cabeza.

—Fue peor.

—¿Peor?

—Sí, maldición. Era encantador.

Red le dirigió una mirada.

—Parece muy retorcido...

—Creo que estaba preparada para cualquier cosa menos para eso, Jim. Me pidió disculpas por ponerme a mis amigos y a mí en peligro. Y hablaba en serio.

—Así es Dan. Rezuma sinceridad como un gusano rezuma baba.

Ella lo miró.

—No te gusta, ¿verdad?

Él gruñó.

—Creí que no se notaba.

Cuando bajaron de la acera y se encaminaron hacia su coche, otro coche llegó corriendo hacia ellos. Las ruedas giraban y los faros escrutaban la noche, clavándola en el sitio. Red la empujó con ambas manos y ambos se agacharon tras el automóvil más cercano. Sarah se arañó las rodillas y las palmas con la gravilla. Abrazó el suelo,

respirando el olor de asfalto y aceite de motor. Las piedrecillas se le clavaron en los brazos y los muslos. Ese hijo de puta de Kennison..., pensó. Oyó tres estampidos. Uno... dos., tres... Cuidadosamente espaciados. El coche viró y un neumático silbó como el público de una película mala.

Las ruedas chirriaron, seguidas de un crujir de frenos y la fuerte pitada de un claxon. Sarah oyó una puerta cerrarse y unas cuantas imprecaciones inefectivas. Al asomarse, vio una minifurgoneta a un lado de la acera y a un hombre agitando el puño ante el coche que se perdía en la distancia. Los adolescentes del otro lado del aparcamiento corrían hacia ellos.

Fue consciente del brazo de Red que la rodeaba con fuerza, de su cuerpo que protegía el suyo. Pudo sentir su calor. Lentamente, él relajó su tenaza. Ella no se movió. Entonces él se sentó y se sacudió la ropa.

—Esto empieza a ser una molestia —dijo.

A Sarah le sorprendió ver que no estaba temblando.

—¿Una molestia, qué quieres decir?

Red le dirigió una de sus miradas.

—Cada vez que salimos juntos, me disparan. —Se puso en pie y se sacudió las rodillas de los pantalones. Entonces miró en la dirección por donde había desaparecido el atacante—. Casi no merece la pena.

II

HABÍA una voz como una campana distante en una noche interminable. Jeremy Collingwood flotaba en la oscuridad, girando lentamente mientras pulsantes máscaras de diablo rojas y anaranjadas reían en un cielo sin estrellas. Un rostro brillante se hinchó hasta abarcar desde un extremo del invisible horizonte hasta el otro. Tras él, otro floreció. Y otro. Se repitieron como una línea de coro hasta el punto de fuga. Intentaban decirle algo con resonantes voces graves, por debajo del nivel de lo inteligible.

—¿Jerry? ¡Jerry! ¿Puedes oírme?

Sus párpados aletearon y una explosión de luz los cerró de nuevo. Gimió.

—Creo que ha recuperado la consciencia —oyó decir a una voz.

Deseó que la voz lo dejara en paz. La oscuridad era pacífica. Flotar era agradable. La máscara de diablo seguía el tempo del martilleo de su cabeza. Volvió el rostro hacia la almohada.

—¿Dónde estoy?

—Estás en el Hospital Porter Memorial.

Buscó la fuente de la voz y encontró el rostro de Jim Doang flotando ante él. Una venda cubría la cabeza de Jim. Sus ojos estaban hinchados.

Jeremy se obligó a sentarse. Estaba tumbado en una cama, en una habitación que olía a antiséptico y lino limpio. La habitación parecía rotar lentamente. La cabeza le dolía y latía. Vio a Herkimer Vane sentado junto a la cama. Las costillas de Vane y su mano izquierda estaban vendadas.

En una silla junto a la pared, las manos sobre el regazo y las lágrimas brillando en sus mejillas, estaba sentada Gwynn Llewellyn. Jeremy la señaló.

—Estás muerta.

Ella negó con la cabeza.

—Los demás murieron todos.

—Todos —repitió Jeremy. Todos ellos. Destrozados como muñecos de trapo. Trató de sentir algo por Geoff y Penny y Henry los demás miembros del equipo, pero lo único que pudo sentir fue un enorme alivio por no haber estado allí. Miró de nuevo a Gwynn—. Todos excepto tú —dijo.

La historiadora pareció incómoda.

—Había salido por la otra puerta para lavarme las manos.

—Todos deberíamos de haber estado en esa sala —dijo Jeremy.

Sus rostros le dijeron que conocían muy bien ese hecho. Vane se frotó lentamente

las palmas de las manos. Llewellyn miraba a Doang, quien dejó su puesto junto a la cama de Jeremy y encontró una silla junto a la pared. Echó hacia atrás la cabeza y cerró los ojos.

—¿Cree realmente alguno de vosotros que fue un accidente? —preguntó Jeremy.

Llewellyn negó lentamente con la cabeza. Vane le dirigió una mirada sombría.

—Fue una estupidez —dijo—. La bomba. Solo puede levantar sospechas. —Sacudió la cabeza—. ¿Cómo podría una sociedad comportarse tan estúpidamente y sobrevivir tanto tiempo?

—Estúpido no es la palabra que yo emplearía para describirlos —le dijo Jeremy.

Vane se volvió hacia él.

—Estúpido y criminal no son mutuamente exclusivos.

—Siempre académico, ¿eh, doctor Vane? —La voz de Doang estaba cargada de sarcasmo.

—¿Se os ha ocurrido ya a alguno que, al haber sobrevivido al ataque original, los cuatro somos ahora objetivos primordiales para un nuevo atentado? ¿Y que este es, de hecho, el mismo hospital donde desapareció Dennis French? —Abrió y cerró los puños.

—Desde que recuperé el conocimiento —dijo Doang—, apenas he pensado en otra cosa.

Jeremy sintió latir su corazón. Vendrían a por él aquí. Lo sabía. Solo tenía que esperar y vendrían y se lo llevarían adondequiera que hubiesen llevado a Dennis. Vane se levantó de su asiento y caminó por el cuarto. La frente del hombrecito estaba perlada de sudor, y miraba nervioso alrededor. Su mano derecha frotaba los dedos de la izquierda, que asomaban entre las vendas.

—Tenemos que hacer algo —dijo Llewellyn.

Vane dejó de andar. Se plantó junto a la puerta y pasó la mano buena por el marco de metal.

—No os encontrarán —dijo por fin.

Doang lo miró sin pasión ninguna. Llewellyn arrugó los labios.

—¿Cómo puedes decir eso, Herkimer? Aquí somos patos de feria.

Él se volvió y los miró.

—Los archivos del hospital muestran que morimos.

Hubo una pausa mientras ellos digerían sus palabras.

—Astuto —dijo Jeremy en medio del silencio—. Pero ¿no tienes miedo de abusar de ese truco?

Vane mostró una débil sonrisa.

—Sopórtalo con nosotros. No estamos acostumbrados a este tipo de cosas.

Llewellyn miró de uno a otro.

—¿De qué estáis hablando vosotros dos?

Jeremy señaló con la cabeza a Herkimer Vane.

—Tu amigo es agente de la Sociedad Babbage.

Vane alzó las cejas.

—¡Oh, santo cielo, no! —Parecía anonadado.

—¡Jeremy! ¿Qué estás sugiriendo?

Doang habló. Su voz era áspera.

—Está sugiriendo que fue demasiado conveniente la manera en que el doctor Vane retrasó entrar en esa sala.

El ceño de Vane se ensombreció.

—Y yo podría señalar con igual convicción que el señor Collingwood y usted mismo también retrasaron la entrada a esa misma sala. Y que la doctora Llewellyn la abandonó convenientemente justo a tiempo. Una mente más recelosa que la mía...

Gwynn se levantó súbitamente de su asiento.

—¡Basta, Herkimer! —Había furia en su voz—. Estás siendo ofensivo. Aquí todos somos amigos. —Se apartó de ellos y estudió los instrumentos atornillados a la pared—. Cuando la explosión sacudió el edificio —la oyó decir Jeremy—, corrí de vuelta y encontré... encontré un matadero. Todo cubierto de sangre. —Se volvió y Jeremy vio que su cara estaba roja y húmeda—. Herkimer, a ti te golpeó la puerta. ¿Quieres que te diga qué había al otro lado? ¿Qué había esparcido por todas partes como mermelada en una tostada? Digo «qué» porque no había ninguna esperanza de identificar a «quiénes».

Vane se puso blanco y apartó el rostro, cubriéndose la boca.

—No.

Jeremy se esforzó por enderezarse.

—Sabemos que la Sociedad Babbage mata a aquellos que descubren su secreto. La semana pasada, anuncié que el doctor Doang presentaría su análisis; y la sala explotó poco después del momento en que tendría que haber entrado. Parece claro que alguien no quería que escucháramos el informe del doctor Doang.

—¿Alguien de la sala?

Vane la miró.

—Sí, Gwynn. Alguien de la sala. ¿Quién más conocía el orden del día?

—¿Sabes lo que estás diciendo, Herkimer? Estás diciendo que uno de nosotros es miembro de la Sociedad Babbage. Que uno de nosotros puso esa bomba y mató a nuestros amigos.

—Eran tus amigos y los míos, Gwynn. Socios de hace mucho tiempo. Colegas. Pero Jeremy apenas los conocía; y el doctor Doang no los conocía en absoluto.

Doang se levantó bruscamente, derribando la silla.

—Si hubiera querido ocultar la validez de esos modelos matemáticos, solo tenía que presentar un informe falso. O ningún informe en absoluto. Si no hubiera acudido a Gwynn con mi propuesta, nada de todo esto habría sucedido.

Hubo un momento de silencio, y Doang escuchó sus propias palabras.

—Nada de todo esto habría sucedido —susurró. Enderezó la silla y se sentó en ella.

—No, Jim. Podría haber sido usted —insistió Vane—. Para descubrir qué sabíamos o sospechábamos tenía que unirse al equipo. Como matemático, solo había una manera plausible.

Doang se lo quedó mirando, pero no dijo nada.

Jeremy se echó a reír. Ellos se volvieron a mirarlo.

—¿Y yo, Herkimer? La gente de Babbage atacó y secuestró a mi mejor amigo. Conviérteme en la pieza central de tu escenario. ¡Te desafío!

Vane extendió los brazos.

—Muy bien. Ese Dennis French nunca fue tu amante, solo un camuflaje conveniente. Una vez que descubriste lo que Beaumont y él estaban haciendo, los eliminaste junto a las demás personas con las que pudieron haber hablado. Acudiste a Gwynn porque querías saber qué le había dicho el señor French.

Jeremy sintió frío. Era plausible. Podría haber sucedido de esa forma. Vio que Gwynn lo miraba con cautela. ¡Con qué facilidad podían retorcerse los factores!

—¿Y el equipo de estudio? —preguntó—. ¿Por qué iba a dejarla continuar y formar el equipo de estudio?

Vane se encogió de hombros.

—Bueno, para descubrir a cualquier otro historiador que se hubiera tomado el Vertido en serio. ¿Por qué crees que me tomé tantas molestias para demostrar que yo no? Estoy seguro de que tenías agentes en los equipos de Chicago y Stanford también.

—Herkimer —dijo Llewellyn—. ¿Crees lo que estás diciendo?

—¿Quieres oír el escenario donde apareces tú?

Llewellyn lo miró durante un largo instante.

—No —dijo.

—Ah. ¿Veis? Cada uno de nosotros puede sospechar de los demás. Cada uno puede permanecer despierto en la oscuridad preguntándose cuál de los otros es un asesino. —Sacudió la cabeza.

—Pero tú ocultaste nuestra presencia aquí en el hospital —le recordó a todos Jeremy.

—El administrador temía que atacaran el hospital si se descubría que estábamos aquí. —Un encoger de hombros fatalista—. Tarde o temprano, alguien hablará, pero mientras tanto, nadie busca a un muerto. —Vane se metió la mano derecha en el bolsillo de la chaqueta—. Es un expediente temporal, un truco para que salgamos sin problemas del hospital. Tenemos que movernos con rapidez, ahora que Jeremy está consciente. Todo ha sido arreglado.

—¿Adónde vamos a ir? —preguntó Jeremy—. Obviamente, ninguno de nosotros puede regresar a su casa. —Pensó brevemente en sus posesiones. Los libros, el Mondrian, el cristal. ¿Qué les sucedería? ¿Quién se las quedaría? Nunca se había molestado en hacer testamento y no tenía ningún pariente que pudiera quedárselas. Bueno, todo eso quedaba atrás ahora. En estas circunstancias, si un hombre no estaba

preparado para abandonar su equipaje sin pensárselo dos veces, entonces no estaba preparado para seguir viviendo. La vida siempre podía traer nuevas posesiones, pero las posesiones nunca podrían restaurar la vida. Curiosamente, la idea de dejar atrás su vida pasada le causó una sensación de júbilo, casi de liberación.

—Dijiste que no eras de la gente de Babbage —le preguntó Jeremy a Herkimer —, pero ¿con quién estás? En el Vertido se mencionaba a otra sociedad. Una escisión.

Vane caminó lentamente por la habitación, alzando cosas y soltándolas. Pasó la mano buena por el liso metal de Los travesaños de la cama. Finalmente, se encaró a Jeremy.

—Soy socio de Detweiler, Barron y Stone.

—¿La firma inversora? —preguntó Jeremy, sorprendido.

—¿Quiénes son Detweiler, Barron y Stone? —preguntó Llewellyn.

—Una firma inversora de Boston. Dinero antiguo —le dijo Jeremy—. Fundada en...

—1848 por Adrian Detweiler primero —informó Vane.

—Gracias. Tienen una habilidad sorprendente para identificar nuevas industrias en crecimiento. Les he dirigido a varios de mis clientes.

Llewellyn habló desde la otra cama.

—Pero, Herkimer, ¿por qué iba a preocuparse una firma inversora de escondernos de la gente de Babbage?

Jeremy lo vio un instante antes que los demás. Empezó a reírse. Eso resucitó su dolor de cabeza, y tuvo que apoyarse otra vez en las almohadas.

—Sois otro —dijo, señalando a Vane con un dedo—. ¿Verdad? Sois otro de esos grupos cliológicos.

Tenía todo el sentido. ¿Le había dicho Gwynn que Vane se había invitado él mismo al grupo? ¿No había invertido Vane la mayor parte de sus esfuerzos en desmontar la propia idea de la ciencia histórica?

Vane los miró.

—Tenemos unos pocos minutos antes de que llegue la furgoneta —anunció—. Así que os informaré sobre lo que necesitáis saber. —Hizo una pausa, se frotó las manos, se las metió en los bolsillos de la chaqueta—. Es cierto. Las inversiones de la Firma han tenido éxito principalmente porque hemos hecho uso de ciertas leyes naturales que se producen en los asuntos humanos.

—Cabrón —dijo Doang, y Jeremy miró con sorpresa el rostro enfadado del matemático.

—¿Perdone? —preguntó Vane.

—Si nuestras vidas tienen que estar aprisionadas por esas leyes tuyas, al menos deberíamos poder ver los barrotos.

Vane se encogió de hombros.

—Esperaba una mayor comprensión por parte de un hombre de sus habilidades. ¿Está su espíritu restringido por la ley de la gravedad? ¿Encadenada su alma por la

termodinámica?

—¿Entonces tu grupo no tiene ninguna conexión con esa Sociedad Babbage? —preguntó Llewellyn.

Vane se volvió hacia ella.

—¡Santo cielo, Gwynn! No fuimos conscientes de su misma existencia hasta hace bien poco. Y, me atrevo a decirlo, ellos de la nuestra. Quise entrar en vuestro equipo de estudio para ver qué podía descubrir sobre un peligro potencial. —Hizo una pausa y pareció poner en orden sus pensamientos—. Veréis, siempre hemos creído que las anomalías en nuestros datos eran debidas a la complejidad de los procesos culturales y a nuestra propia comprensión imperfecta. El trabajo de la Firma era puramente empírico. Carecíamos de las máquinas computadoras y el marco teórico que parece haber tenido la Sociedad Babbage. Nos contentamos con seguir los ciclos y tendencias financieros. —Sonrió débilmente—. Las fuerzas de la historia son tan poco maleables como las fuerzas del océano. Podríamos estudiarlas, analizarlas, incluso predecirlas dentro de las restricciones de la precisión y el lapso de tiempo; pero no podríamos cambiarlas.

—Sin embargo, la Sociedad Babbage creía lo contrario —señaló Jeremy—. ¿Estás diciendo que no pueden?

Jeremy no era capaz de decir qué perspectiva lo perturbaba más. A menos que matar para proteger un error fuera de algún modo peor que matar para proteger una verdad.

Vane se encogió otra vez de hombros.

—Indiscutiblemente hay anomalías en los datos, pero ¿no podrían haber sucedido de todas formas? Tal vez esa Sociedad Babbage se está engañando a sí misma con su propia autoimportancia. Considerando lo elusivos que son los «hechos» culturales, engañarse uno mismo es cosa fácil.

—Los hechos son construcciones, me dijiste una vez —dijo Jeremy lentamente.

Vane sonrió débilmente.

—Veo que mi lección improvisada causó impresión. Sí, los mismos hechos pueden ser reconstruidos de manera diferente. ¿Ganó Wellington la batalla de Waterloo? ¿O fue Blücher? ¿O la perdió Napoleón... que no es lo mismo? El poeta Simon cantó: «Un hombre oye lo que quiere oír y descarta el resto». Qué fácil sería que cada grupo construyera el significado que prefieren.

—Entre «carente de poder» y «omnipotente» hay toda una amplia gama de posibilidades —dijo Llewellyn.

—En efecto. Lo cual hace que sea aún más importante para nosotros descubrir qué sabe la Sociedad Babbage. Puede ser que, al no haber actuado nunca sobre el «estado social», la Firma no haya creado ninguna anomalía, y, por tanto, no haya dejado ninguna «huella» a la que pueda ser asignada. Es un punto que nos gustaría mucho asegurar.

Jeremy pensó que Vane les estaba diciendo demasiado, y eso debía significar que

no esperaba que estuvieran jamás en posición de revelar lo que decía. ¿Qué debería hacer? Huir quedaba descartado. Estaba débil, mareado. ¿Y adónde iría? ¿A su apartamento? No, D, B and S los llevarían donde quisieran. Y eso significaba que si quería volver a ser alguna vez libre, tendría que tener los ojos y los oídos bien abiertos, dispuestos a aprovechar cualquier ventaja.

Consideró y decidió todo esto en un instante. Una parte de su mente, mientras escuchaba a Vane, se maravilló de sí mismo. Estaba tomando decisiones, haciéndose cargo de su propia vida. La desesperanza que había sentido en los días siguientes al accidente de Dennis parecía haberle sucedido a otra persona, a un hombre que ahora despreciaba vagamente.

La furgoneta estaba aparcada delante de la entrada principal del hospital, con las puertas corredizas abiertas. Jim Doang ya estaba dentro, y Jeremy se sentó a su lado en el asiento trasero. Unos minutos más tarde trajeron a Llewellyn en su silla de ruedas y la ayudaron a subir a bordo. Se sentó en el asiento central mientras Anderson, el conductor, regresaba para traer a Vane.

—¿Secuestramos la furgoneta? —preguntó Jeremy. Solo estaba bromeando a medias. Se inclinó por encima del hombro de Gwynn y miró el salpicadero. No había llaves—. ¿Alguien sabe hacer un puente?

—Jeremy, no seas ridículo. Conozco a Herkimer desde hace mucho tiempo. No puedo creer que quiera hacernos ningún daño. Además, tenemos una preocupación más acuciante.

Jeremy volvió a sentarse.

—¿Cuál?

—La enfermera del puesto. Después de que pasaras, hizo otra de sus llamadas telefónicas zombis. Y eso significa que sería buena idea mirar por la ventanilla trasera.

Jeremy miró hacia la entrada del hospital, donde ayudaban a Herkimer Vane en su silla de ruedas.

—¿Deberíamos decírselo a Vane?

—Es decisión tuya, Jeremy.

—¿Mía? ¿Por qué?

—Porque a quienquiera que llamó la enfermera, sin duda son los mismos que secuestraron a Dennis. Si nos siguen, bien podrían intentar capturarnos. Y en ese caso, te llevarían a donde está tu amigo.

Anderson hizo una mueca en el espejo retrovisor.

—No puedes estar seguro de que nos andan siguiendo.

Jeremy miró otra vez por la ventanilla trasera. El sedán azul seguía allí.

—Nos están siguiendo —le aseguró Jeremy—. Son muy listos. No van pegados, como en las películas: dejan dos o tres coches por medio.

—Bueno, no se preocupen —les dijo Anderson—. Aunque los hombres de ese coche sean agentes de la Sociedad Babbage, no se atreverían a intentar nada. Es demasiado público. —El semáforo se puso en verde y él giró a la derecha—. ¿Qué pueden hacer?

El pistolero que le había disparado a Sarah Beaumont lo había hecho en mitad de una multitud. Había abierto fuego con el seguro conocimiento de que también él iba a morir. Jeremy se estremeció. Gwynn había sugerido que el hombre podría haber estado «programado» igual que la enfermera. En cierto modo, eso era peor. Una cosa era sacrificarte por tus propias creencias fanáticas. Otra muy distinta que te sacrificaran por las de otro.

Herkimer Vane se volvió en su asiento y miró a las tres personas que tenía detrás.

—¿Qué sugerís que hagamos? La Firma no tiene experiencia en estos juegos desesperados.

Jeremy agitó una mano, irritado.

—¿Y yo tengo más práctica que tú?

—¿Jeremy? —dijo Gwynn Llewellyn—. Tenemos que hacer algo.

Su voz era tensa, controlada. Jeremy pudo oír el tono de histeria.

—Lo sé. —Jeremy guardó silencio. Solo soy contable. No me dedico a este tipo de cosas. Sin embargo, el liderazgo parecía suyo por defecto. Los otros se lo habían confiado. ¿Era así como sucedía siempre? ¿Eran los líderes aquellos que eran lentos a la hora de dar un paso atrás?—. ¿Qué armas tenemos?

Anderson se echó a reír.

—Hay un gato junto a la rueda, en el maletero.

¡Santo Dios, la gente de Vane eran bebés en el bosque! Cabía pensar que, después de lo que había sucedido, fueran a traer Uzis para su misión de rescate... no un solo hombre y una minifurgoneta. Miró a Jim Doang.

—¿Y tú?

—¿Yo? —Doang lo miró—. ¿Tienes un plan?

—¿Qué tal eres?

—Cinturón negro. Pero si los tipos que nos siguen tienen armas...

—Eso no importa. Yo soy contable. Estoy haciendo inventario.

Unió las manos y se quedó mirando el suelo de la furgoneta. Pudo ver una salida. Era una posibilidad desesperada que dependía en gran parte de lo que pretendieran sus perseguidores. Si solo esperaban la oportunidad para lanzarles un misil Stinger, no importaba qué plan se le ocurriera. Decidió no preocuparse por contingencias como esa. Empieza con lo básico. Pelea o huye. Elige una. Los detalles, luego.

—Muy bien —dijo después de un rato—. Esto es lo que vamos a hacer.

—Esto no va a funcionar —le dijo Jim Doang.

Jeremy contempló la polvorienta carretera de Douglas County.

—No pueden quedarse ahí eternamente. Nos han seguido hasta aquí esperando que los lleváramos a un piso franco o a un escondite. Pero cuanto más tiempo se queden allí atrás, más obvios serán. —Señaló la alcantarilla que corría bajo la carretera. Las hediondas aguas residuales se acumulaban en el fondo del tubo de metal corrugado. El olor a moho y podredumbre.

Doang olisqueó.

—Prometí seguir tus indicaciones, pero...

—¡Entonces hazlo! —dijo Jeremy bruscamente. Doang lo miró sorprendido, y Jeremy hizo lo que pudo para no parecer sorprendido también. ¿Desde cuándo se había convertido en un mandón? Le dio una palmada a Doang en la espalda—. No te preocupes. Hice que Anderson aparcara la furgoneta para que no pudieran vernos salir ni arrastrarnos por la alcantarilla. Cuando finalmente se acerquen y salgan, estarán frente a la furgoneta y de espaldas a nosotros. Con tu karate, mi gato, y el elemento sorpresa, deberíamos poder con ellos.

Doang se agachó y se arrastró hasta la alcantarilla. Jeremy agarró la manivela de la puerta para cerrarla, pero Gwynn lo detuvo.

—Déjala abierta, Jeremy. Si salen de su coche con pistolas en la mano, quiero poder saltar antes de que hagan fuego.

—Tal vez deberíais salir ahora. Esconderos en la zanja.

—No, Jeremy. Tú eres nuestro líder. Cíñete a tus decisiones. Lo peor que puede hacer un líder es cambiar de opinión después de poner las cosas en marcha. Si no ven a nadie en la furgoneta, sospecharán que hay gato encerrado.

—Bueno... Si hay algún problema, no os quedéis dentro.

—No pretendo hacerlo. Buena suerte. —Extendió la mano y Jeremy la estrechó. Vane estaba de pie ante el capó abierto de la furgoneta, dispuesto a deslizarse a la zanja al menor signo. Con el brazo en cabestrillo y las costillas rotas por la explosión, no había querido saltar a la zanja. Se lamió los labios y le asintió a Jeremy. Anderson lo miró desde el asiento del conductor.

—Espero que sepa lo que está haciendo —dijo.

—Sí. Yo también.

Jeremy siguió a Doang por la alcantarilla. Era más pequeña de lo que pensaba. Apenas encajaba. Menos mal que no había sido Anderson quien lo intentó. Jeremy se metió el gato en el cinturón y se deslizó. Los pantalones se le empaparon en el agua fétida. Las piedras del agua se le clavaron. Igual que el asa del gato, y se detuvo a ajustarlo lo mejor que pudo.

Entonces terminó de pasar y se encontró en la zanja al otro lado de la carretera. Se deslizó hasta ella, rodó hasta colocarse de espaldas e inspiró profundamente unas cuantas veces.

—Claustrofóbico, ¿eh? —Doang estaba tendido en la ribera de la zanja, mirando a través de un puñado de matas que le permitían observar el sedán sin asomar la cabeza. Le dirigió una sonrisa a Jeremy, y Jeremy se la devolvió. No era una bravata.

Era puro nerviosismo.

—¿Se han movido ya?

—No.

Jeremy se arrastró hasta Doang.

—Supongo que ahora es el momento de preguntar qué pasará si nos tiran una bomba —dijo Doang.

—Entonces nunca tuvimos ninguna oportunidad, y no estamos peor que estábamos.

—Eres todo un optimista, ¿no?

—Creo que si pretendieran hacer algo así, ya lo habrían hecho.

—¡Espera! —dijo Doang—. Ahí vienen.

Guardaron silencio mientras oían el motor del coche que se acercaba. Se detuvo casi encima de ellos, y Jeremy advirtió que si el conductor miraba hacia abajo cuando bajara, los vería a Doang y a él allí tendidos. Jeremy puso una mano encima de Doang para que permaneciera inmóvil, pero Doang era una roca.

Vane advirtió evidentemente lo mismo, porque cuando la puerta del conductor se abrió, lo oyeron exclamar:

—¡Eh! Tenemos un pequeño problema. ¿Saben ustedes algo de motores?

Pies rozando la tierra.

—Arriba las manos.

Jeremy dio una palmadita a Doang. ¡Ahora! Salieron de la zanja y se escondieron tras el propio coche de sus perseguidores. A través de las ventanillas pudieron ver a dos hombres con vaqueros y sombreros de *cowboy*. Tenían revólveres en las manos. Vane estaba junto al capó abierto del coche, con las manos al aire. Jeremy maldijo entre dientes. El hombrecito no había tenido tiempo de saltar a la zanja. ¿Debería cambiar de plan?

No. Todo el mundo sabía qué había que esperar. Incluso Vane. Si cambiaba de plan, no lo sabría nadie. Empezarían a dudar. Empezarían a mirar alrededor, lo cual advertiría a los hombres de las pistolas. Eso debía ser lo que había querido decir Gwynn.

—Puede decirle a sus amigos —dijo uno de los pistoleros— que salgan de la zanja.

El corazón de Jeremy dio un vuelco, pero el hombre se refería a la otra zanja, adonde habían saltado Gwynn y Anderson.

—No vamos a hacerles daño —dijo el otro.

—Entonces no necesitan esas armas —respondió Vane, y uno de los pistoleros se echó a reír.

Jeremy volvió a darle un golpecito en el hombro a Doang. Una señal preestablecida. Corrieron por lados opuestos del coche. Doang a la izquierda, Jeremy a la derecha.

El pistolero de la izquierda debió ver algo por el rabillo del ojo. Empezó a darse

la vuelta justo cuando Doang se le abalanzaba con el grito más aterrador que Jeremy había oído jamás. Doang le había advertido del grito. Se suponía que conseguía que el oponente se quedara inmóvil durante una fracción de segundo, y Jeremy pudo creer que así era. Doang giró como un derviche y una patada arrancó la pistola de la mano del hombre; entonces el otro pie completó el giro y conectó con su sien.

Jeremy blandía el gato en arco mientras corría y alcanzó la muñeca del otro hombre. El pistolero aulló y el revólver cayó de sus dedos lastimados. Agarró a Jeremy con la mano izquierda, pero Jeremy se quitó de en medio, dando una patada a la pistola caída como si fuera un balón de fútbol.

Entonces Doang aterrizó con ambos pies sobre la espalda del hombre y se acabó.

Anderson había recuperado el arma del primer pistolero. Jeremy cogió la otra. Los dos asaltantes permanecían inmóviles.

—No están muertos, ¿verdad? —preguntó Jeremy. Empezó a temblar por el subidón de adrenalina. El revólver era pesado; el cañón, largo. Sintió la culata áspera en su palma.

Doang se sentó en la puerta de la furgoneta. Se secó la frente con un pañuelo de papel.

—Mi hombre está aturdido por el golpe en la cabeza. El tuyo se ha quedado sin respiración. Y probablemente tendrá también la muñeca rota. Por lo demás... —Se encogió de hombros.

—Has hecho un buen trabajo, Jim.

—Gracias. Nunca había atacado a un hombre armado antes, ni a ningún hombre, excepto entrenando.

Jeremy lo miró.

—Me alegro de que no lo dijeras antes. Maldición, ¿dónde tienen estas cosas el seguro?

Anderson se le acercó y le quitó la pistola.

—Si no lo sabe, no debería tenerla en la mano. Déjeme ver —una pausa—. Vaya, que me zurzan.

—¿Qué?

—El seguro ya está puesto. —Otra rápida inspección—. Y en la otra también.

Jeremy miró a los hombres caídos. El que había atacado empezaba a agitarse.

—No pretendían matarnos, entonces.

—Al menos, no inmediatamente.

—Eso no encaja con lo que sabemos de la Sociedad Babbage. Ellos disparan primero y preguntan después, ¿no?

—Eso es porque no somos la puñetera Sociedad Babbage —dijo el hombre a sus pies, sujetándose la muñeca rota.

Jeremy se apoyó contra la furgoneta y empezó a reírse.

III

KENNISON levantó la mirada de su trabajo cuando Alan Selkirk entró en su despacho y depositó un montón de papeles de impresora sobre su mesa. Kennison hojeó las páginas y vio bailar los números, como en un dibujo animado.

—Gracias, Alan. Me lo llevaré a casa y lo revisaré.

Cogió el bolígrafo y regresó a su trabajo interrumpido. Comprobaba los puntos uno a uno, revisándolos metódicamente. Quien es lento y firme gana la carrera, después de todo. Un momento más tarde, alzó la cabeza y vio que Selkirk esperaba junto a la mesa.

—¿Hay algo más, Alan? La caza del virus sigue adelante sin problemas, ¿verdad?

—Sí, ningún problema. La señorita Baker es una programadora muy capaz... aunque le dije que yo mismo podría haberme encargado del trabajo. Hemos expulsado a todos los virus del sistema. Pero... —Señaló los papeles que acababa de entregar—. ¿No va a decirme de qué va todo esto?

Kennison alzó una ceja.

—Simplemente otro trabajo, Alan. Otro trabajo. Kennison Demographics tiene muchos clientes, y a veces hacen peticiones extrañas.

Selkirk se inclinó sobre la mesa, apoyándose en las manos.

—¡Venga ya! ¡El «cliente» de este trabajo es usted! ¿Qué está planeando?

Kennison miró las manos de Selkirk hasta que el joven escocés retrocedió y se enderezó. Eso estaba mejor. Alan parecía olvidar a veces quién estaba al mando. Se comportaba sin respeto, y el respeto por tus superiores era el *sine qua non* de la civilización. Un lugar para cada cosa, y cada cosa en su lugar. Tendría que enseñarle a este joven cuál era su lugar.

Y sin embargo también había algo en Alan que le atraía. Quizás un recuerdo lejano de su propia juventud. El joven no era desde luego una de las ovejas dóciles. Bueno, las ovejas necesitaban perros pastores, ¿no? Y los reyes, príncipes herederos. ¿Sería Alan un heredero adecuado? Tal vez. Tal vez.

—Sí —le dijo a su protegido—, pero este proyecto mío es muy importante para, digamos, nuestra seguridad y paz mental futuras.

Selkirk sacudió la cabeza.

—¿Qué tienen que ver las concesiones de tierras españolas en el viejo suroeste con nuestra paz mental?

—Cabos sueltos —le dijo—. Cabos sueltos. ¿Has identificado esas concesiones que quedaron intactas tras la lucha y que luego permanecieron en posesión de la

misma familia?

—Sí. Pero ¿no deberíamos estar investigando a los Seis Se...?

Kennison lo interrumpió alzando una mano. Indicó la sala principal donde estaba sentado el policía bebiendo café y charlando con las secretarias.

—Mañana las cosas volverán a la normalidad, Alan. Pregúntame mañana por los planes. Prudence ha estado haciendo algunas investigaciones por mí. No se ha cruzado de brazos.

De hecho, recordó Kennison, Prudence y él habían estado manteniendo «consultas» casi todas las noches desde su regreso tras la reunión con Malone. Tuvo que admitir que se estaba volviendo bastante tedioso. Tal vez la pretensión de la niña perdida se había vuelto demasiado transparente y había perdido su habilidad de encandilarlo. Suspiró y miró la hora. Ella llamaría de un momento a otro, con sus insaciables demandas.

—Bien, todo a su tiempo, Alan. Todo a su tiempo. Mientras tanto, son las cinco. Hora de cazar virus y hacer copias de seg...

El intercomunicador zumbó y Kennison lo cogió.

—¿Sí?

—¿Danny? —oyó decir a una voz asustada—. Tengo problemas. ¡Ven aquí de prisa, por favor!

Kennison cubrió el fonocular.

—Eso será todo, Alan —dijo, recalcando las palabras. Era importante que el ayudante supiera quién estaba al mando—. Y cierra la puerta cuando te marches.

Cuando estuvo a solas, Kennison descubrió el teléfono.

—Bueno, vamos a ver...

—¡Por favor, Danny! No volveré a pedírtelo nunca más. Hay alguien aquí abajo. Te necesito. —Pudo oír lágrimas en su voz.

—Querida mía —murmuró él—. Lo que necesitas es más de la sal de la vida.

Kennison vaciló. ¿Tal vez se trataba de un nuevo juego? Prudence necesitaba sus tontos personajes igual que un adicto necesitaba las lágrimas de su madre. Cada vez que la dejaba, se sentía sucio. Se frotaba con un cepillo duro en la ducha de ejecutivos hasta que la piel le cosquilleaba.

Entonces, ¿por qué siempre acudía a ella? Tal vez era demasiado considerado con sus sentimientos. Ella suplicaba y lloriqueaba hasta que él picaba una vez más en sus grotescas pretensiones. Sin embargo, sería insensible privarla de sus necesidades, sobre todo porque ella era uno de los suyos. Además, había que relajarse después del trabajo, después de todo.

—Muy bien. Ahora mismo voy.

Colgó antes de que ella pudiera lloriquearle sus gracias. Kennison se puso en pie y se alisó los pantalones y se encaminó hacia el ascensor del cuarto de baño. Nobleza obliga. Suspiró. Nadie dijo jamás que ser jefe fuera fácil.

Las oficinas de Johnson y Cheng estaban oscuras. Mañana las cosas podrán volver a la normalidad, pensó. La protección policial sería retirada. El Turno de Noche regresaría al trabajo y estas oficinas reemprenderían su acostumbrado bullicio... y estos encuentros nocturnos llegarían a su fin. Se dirigió al centro de la oficina principal, abriéndose paso entre las sombras iluminadas de rojo. Acabemos con el asunto sórdido. Se quedó quieto, escuchando.

Nada.

Se oía un leve susurro que era o bien la respiración de alguien o el aire acondicionado.

—¿Pru?

No hubo respuesta.

¿Tal vez había un ladrón, después de todo? Tal vez Prudence había intentado detenerlo valientemente y había sido golpeada. Tal vez, incluso ahora, yacía magullada y sangrante, mientras los preciosos segundos escapaban.

Kennison recorrió los pasillos, mirando en cada cubículo. Recordó cómo ella se había escondido antes en el hueco de uno de los escritorios. Tal vez el ladrón fue también real entonces, y ahora, frustrado, había regresado al escenario de su crimen frustrado. Kennison encontró unas tijeras en una de las mesas y las cogió. Avanzó despacio, con cuidado. Si el ladrón estaba todavía en las oficinas, la propia seguridad de Kennison se encontraba en el silencio.

Terminó la última fila de cubículos sin encontrar a Prudence. El pulso le corrió más rápido. ¿La había violado el ladrón? Los ladrones procedían de las clases bajas, y la violación era algo consustancial a las mentes de esa ralea. Prudence se habría resistido, naturalmente, luchando bravamente mientras él le desgarraba la ropa. Kennison la imaginó tendida, magullada y desnuda, mientras el bruto malnacido hacía su voluntad.

Entró en el despacho de Cheng y allí estaba ella. Sentada en el sillón giratorio de cuero, sonriéndole, completamente vestida.

Era un truco, después de todo.

Kennison sintió una oleada de furia como el calor de un horno abierto. Se acercó a la silla de unos cuantos pasos rápidos.

—¡Maldita seas, Prudence! —Giró la silla para que ella pudiera verlo y su cabeza cayó sobre su hombro.

Kennison advirtió varias cosas a la vez. La sonrisa en el rostro de ella no se alteró. Había un olor horrible, como de una habitación mal ventilada. Y había una gran mancha que le cubría el vestido desde los pechos hasta el regazo. La mancha era satén negro a la luz rojiza que inundaba la habitación. Kennison extendió la mano y la tocó, y sus dedos se mojaron.

Sintió una grave tristeza.

—Oh, Prudence...

—Qué enternecedor.

Se dio la vuelta y miró hacia la puerta del despacho. Una figura espectral con formas en rojo y negro. Una pistola del calibre 38 con silenciador le apuntaba directamente. Kennison escrutó la penumbra.

—¡Tú!

Genevieve Weil entró.

—Acércate donde pueda verte, Danny Boy.

Hizo una indicación con el cañón de la pistola. Kennison rodeó con cuidado la mesa. Weil lo miró de arriba abajo. Sus ojos se clavaron en sus pantalones.

—Vaya, vaya, impotente pedazo de mierda. Veo que por fin conseguiste que se te levantara. Increíble. ¿Qué tiene esa puta gorda que no tenga yo?

—Más muerta que tú viva —dijo Kennison.

El rostro de Weil se tensó y alzó el arma. Kennison lamentó la prisa de sus palabras. Control, pensó. Debes actuar con control. Prudence Baker no había sido el gran amor de su vida. Y sin embargo, si la escena pudiera repetirse, sabía que diría las mismas palabras. Curioso.

Weil sonrió y bajó el arma una fracción de pulgada.

—No —dijo—. Todavía no.

¡Todavía no! Entonces había esperanza. La mente de Kennison funcionaba a toda máquina.

—¡Sobreviviste al intento de asesinato! Estábamos todos tan preocupados...

Weil se echó a reír. Kennison podía sentir el sudor en su frente, en sus sobacos. Notaba las rodillas débiles. Sabía que debía de oler a miedo.

—Hijo de puta —dijo—. Nunca me gustaste. Nunca deberías de haber ocupado el asiento de tu padre en el Consejo.

—Pero...

—Cállate y escucha, pomposo y flácido montón de mierda. ¿Quieres saber cómo sobreviví a la bomba en el coche? Es fácil. No estaba en el coche. Sabía que uno o más de mis devotos seguidores intentarían aprovecharse de la confusión. Os tenía a ti y a Ullman y a Paige en mi lista; así que cuando Paige apareció en mi puerta con esa idea asnal suya, supe que preparaba algo. No tardé mucho en averiguar qué. Judd es muy bueno en lo que hace.

—Ella y yo...

La pistola volvió a alzarse.

—Creo que te he dicho que te estés callado. Sé exactamente qué le dijiste. Tengo mis propios oídos en tu mansión.

La desesperación lo hizo hablar.

—Entonces sabes que nunca dije...

—Por supuesto, «nunca dijiste». Tú nunca dices nada. Eres el único hombre que he conocido que podría hablar siempre con insinuaciones. —Sonrió fríamente—. ¿Quieres que te diga cómo gritó ella cuando Judd la interrogó? Fue patético. La visión de la sangre la volvió loca. Chilló. Suplicó. Se ofreció a traicionarte. No le

servió de nada. Yo necesitaba su información; no la necesitaba a ella.

Lentamente, el miedo y la desesperación de Kennison dieron paso a la furia. La Hermana Paige había sido su rival, su «Seward». Pero había actuado para él cuando fue a la mansión de Weil. Él era responsable de ella.

—¿Qué hiciste con ella?

—No seas obtuso. Había un cuerpo en el coche, ya sabes.

—¿Estaba...?

—Oh, desde luego, estaba consciente.

Weil se mostraba casual. La simple eliminación no le había bastado. Tenía que haber crueldad también. En silencio, Kennison la maldijo y dirigió también una maldición a su madre. Concéntrate en el presente, Daniel. En el Ahora. Puede que no te quede mucho Ahora ya. Gracias a los dioses, ella había querido burlarse de él. Eso le daba tiempo.

—Nos vio colocar la bomba en su sitio —le dijo Weil—. Judd incluso le explicó cómo funcionaban los circuitos y qué harían. Oh, cómo se agitó y se retorció; pero el cinturón del asiento estaba bien firme. Todavía puedo ver sus ojos cuando le dije adiós.

Kennison quiso decirle que era una mujer malvada, pero apretó los dientes y no dejó escapar las palabras. Trató de imaginar cómo se habría sentido Paige, atrapada en aquel coche, conociendo su destino, pero indefensa de todas formas.

Sin embargo, Weil vio algo en su cara.

—¿Qué? ¿Es diferente cuando se hace a distancia? ¿Eres mejor que yo porque siempre contratas a aquellos que contratan a quienes lo hacen? —Se echó a reír. Sus ojos se dirigieron al cadáver de la silla—. Tu porcina amiguita no gimió. Eso se lo reconozco. Sabía que no servía de nada. Podría haberla utilizado.

—Entonces por qué...

—¿Por qué? Tonto gilipollas. Porque le gustabas. No usaré una palabra tan burguesa como amor. Ya es difícil imaginarlo cuando alguien como tú está por medio. Ella creía de verdad que la salvarías, como un caballero en un maldito cuento de hadas. Me lo dijo a la cara la puta, y tuve que demostrarle que estaba equivocada.

Él le había fallado. Prudence había esperado que viniera y la salvara y en cambio había recibido una bala en el corazón. Kennison se sintió avergonzado. Un hombre protege a los suyos, y él había fracasado. Valiente, pequeña y valiente Prudence. Su leal y valerosa ayudante que cayó heroicamente en la oscuridad. De algún modo, Kennison lo sabía, la vengaría, aunque eso le costara su propia vida.

—Que me zurzan —dijo Weil—. Así que eso es lo que te pone. El peligro. —Apuntó con la pistola a su entrepierna y Kennison se envaró.

Ella amartilló el arma.

—Parece una lástima desperdiciarlo, ¿no crees? Quiero decir, ya que lo tenemos, ¿por qué no usarlo? Te diré una cosa, Danny Boy. Si eso dura lo suficiente para que yo obtenga algo, puede que no te mate después de todo. ¿Qué te parece, Danny Boy?

Kennison no albergaba ilusiones por lo que le esperaba. Lo que ella quería de él no era algo que quisiera dos veces. Era un gallo que nunca había podido tener, pero había, después de todo, muchos otros en el gallinero. Sin embargo, su oferta significaba unos cuantos momentos más de vida, y Kennison había descubierto lo preciosos que podían ser esos momentos. Suministro y demanda...

—Sí —dijo con voz ronca y cascada—. Sí.

—Eso ha estado bien, Danny Boy. Siempre supiste arrastrarte. Ahora ven aquí y... no te olvides: todavía tengo la pistola. Si el peligro es lo que te gusta, mientras yo tenga la pistola, tú tendrás la tuya. —Se rio de nuevo, como si hubiera dicho algo gracioso.

Kennison avanzó hacia ella, su mente trabajando furiosamente. Era un plan desesperado, pero este era un momento para la desesperación. ¿Qué era lo que había escrito Montrose?

*O bien teme demasiado su destino
o bien come poco.
Eso implica que no le importe
ganar o perderlo todo.*

Cedió a su abrazo y trató de reprimir un escalofrío de repulsión. Pudo sentir el frío metal del arma contra su nuca. Ella le ofreció la boca para que la besara, y él se apretó contra ella tan fuerte como pudo. Recordó que le gustaba duro y brutal.

Su cuerpo permaneció escéptico, envarado en sus brazos. Así que él dejó la mente en blanco e imaginó que era a Prudence a quien estaba abrazando. Le dio la vuelta para poder apretarla contra la mesa. Por encima de su hombro, vio los ojos ciegos de Prudence Baker.

Ella finalmente se relajó. Sus brazos serpentearon por su cuello y sus hombros. Kennison todavía podía sentir el frío metal del arma: pero era la culata, no el cañón.

¡Ahora!

Cogió las tijeras de la mesa y, con ambas manos, se las clavó en la espalda con todas sus fuerzas. Al mismo tiempo, la sujetó con el brazo izquierdo, apartando a un lado el brazo del arma.

Weil se sacudió como electrocutada, arqueando la espalda alrededor del fulcro de las tijeras. Su aliento escapó en un siseo. Las hojas rasparon el hueso y él empujó más fuerte. Notó las manos calientes y mojadas, pero mantuvo la presión. Ella no podía doblar el brazo lo suficiente para acercarle la pistola. Se retorció y rebulló. Como debió hacer la Hermana Paige. Sus músculos se contrajeron espasmódicamente y Kennison oyó la pistola escupir tras él. El destello le chamusco el pelo; la bala rozó su espalda y se enterró en la pared del fondo.

Su presa sobre Weil se hizo resbaladiza a medida que sus esfuerzos se volvían más frenéticos. Otra bala con silenciador destrozó el diploma elegantemente

enmarcado junto a la estantería. Él pudo sentir que el brazo del arma se deslizaba, soltándose. Si ella llegaba a dominar la pistola...

La soltó, agarró la pistola con ambas manos, y retorció con fuerza. El tercer disparo le corrió por el brazo como una corriente de fuego y atravesó la parte carnosa de su hombro. El dolor fue cegador, pero perder su tenaza ahora sería la muerte. El dolor no significa nada para los hombres como yo. Ella lo golpeó con el puño derecho, pero él lo ignoró, retorciendo más y más el brazo derecho hasta que algo chasqueó y la pistola cayó de sus dedos flácidos.

—¡Dios mío! —gimió ella—. ¡Oh, Dios mío!

Kennison se apartó de ella, empujando de una patada la pistola hasta el rincón. La señora Weil, pensó, debería ser la última persona en la Tierra en llamar a Dios. Ella se tambaleó. El escritorio de Cheng estaba cubierto de un charco negro y brillante. Las tijeras asomaban en la espalda de su vestido como un par de cáncamos. Sus brazos se agitaban y retorcían, intentando alcanzarlas.

—¡Sácalas, maldito seas!

Él dio un paso adelante y agarró las tijeras, vaciló un instante, para que ella volviera a pedirle ayuda; entonces las arrancó. Lanzó las tijeras al rincón con la pistola y volvió a la mujer bruscamente para que lo mirara. Su cara estaba pálida a la luz roja.

Cuando la soltó, ella se desplomó en la alfombra. ¡Lo había conseguido! ¡Él, Kennison, había estado en el borde del Gran Abismo y había escapado! Había mirado a la Muerte a los ojos, la había rechazado. Había superado a Genevieve Weil.

Se alzó sobre ella y lo miró. Ella le devolvió la mirada con ojos sin esperanza. Sabía que él nunca llamaría a una ambulancia. No había dado cuartel a los demás y no podía esperar ninguno a cambio. Sabía que se desangraría hasta morir en la oscuridad.

Él lo tenía todo ahora. Con Weil y Paige desaparecidas, la Sociedad estaba allí para lo que pidiera. No, para pedir no. Para coger. Nunca volvería a pedir nada.

Y sin embargo los ojos de Prudence Baker al otro lado de la mesa parecían infinitamente tristes. Kennison supo que no lo tenía todo. Había algunas cosas que nunca podría volver a tener. Y por eso se acercó a ella y la abrazó durante largo rato, hasta que su necesidad pasó y la luz se apagó para siempre en los ojos de la mujer caída en el suelo.

Más tarde, utilizó el teléfono del despacho de Johnson.

—¿Alan? ¿Podrías bajar, por favor? Tenemos que limpiar un pequeño problema.

IV

SARAH estaba tocando una tranquila pieza de blues en el piano de la sala de música cuando entró Tex Bodean. Tenía los ojos cerrados, la cabeza hacia atrás. Dejaba que sus ojos lloraran: por sus amigos, por ella misma. Morgan, Dennis, Jeremy. Voy bajando por una carretera solitaria, sí que voy.

—¿Lo encontraste? —preguntó sin dejar de tocar. Voy adonde el agua sabe como vino.

—Sí.

Ella lo oyó rebuscar dentro de un saco: sonidos apagados, metálicos.

—En el granero con las demás. La habría encontrado antes, pero estaba en el montón de los desechos. El caballo debió perderla hace tiempo.

Voy por ese camino y me siento mal, Señor, Señor.

Por el rabillo del ojo, ella lo vio colocar una herradura en el borde del piano.

—Mala suerte —le dijo—. Deberías ponerla con la abertura hacia arriba. De lo contrario, se te escapa la suerte.

Voy donde nunca he ido antes.

Dejó que el blues se apagara en un acorde menor. Mantuvo las manos un instante más sobre el teclado. Entonces suspiró y extendió la mano y cogió la herradura.

—Jimmy me dijo que tocabas el piano —dijo Tex.

Ella pasó el dedo por el lado izquierdo de la herradura. Había una finísima fractura allí. Como las huellas que había encontrado aquel día en la montaña. Alguien de aquí, pensó tristemente. Fue alguien de aquí.

—Yo toco el trombón —dijo Tex.

—¿Ah, sí?

Alguien la había vigilado y espiado. Y drogado.

—Ajá. —Él se echó atrás el sombrero de *cowboy* y se apoyó en el piano. Enganchó los pulgares en las presillas del cinturón—. He oído decir que tu nueva personalidad ha pasado por una prueba.

—Las noticias vuelan.

—¿Algún problema?

—Estoy aquí, ¿no?

Tex asintió.

—Te dije que no te preocuparas.

Ella no estaba segura de cómo interpretar a Tex Bodean. Era más amistoso que Walt y la mayoría de los otros. Tex sonreía fácilmente y, como Red, parecía

perpetuamente divertido por la vida; pero la hacía sentirse incómoda. No era simplemente su fría seguridad, que bordeaba la arrogancia. Era la sensación de que ella siempre estaba en exposición para él y que él solo esperaba ver qué haría a continuación. Red era un actor que interpretaba libremente el papel, mientras que Tex era el público, riendo los gags. Como segundo de Janie, había absorbido parte de su horrible imparcialidad.

—Red no cree que Kennison estuviera detrás —le dijo ella.

Tex lo consideró.

—Hmm. ¿Y tú qué crees?

Ella hizo una pausa.

—No lo sé.

Si no Kennison, ¿uno de sus colegas? Por lo que Red y ella habían deducido, la Sociedad Babbage se estaba desmoronando bajo la crisis.

Sarah sacudió la cabeza.

—Fuera quien fuese, querían matarnos.

Dios mío, ¿cómo podía discutirlo tan tranquilamente? ¿Se estaba acostumbrando?

—Intentaron atropellarnos, para que la policía pensara que fue un accidente. Los chavales hacen carreras de coches en esa zona por la noche. Cuando eso no funcionó, intentaron dispararnos: pero se tuvieron que marchar porque no querían que los pillaran.

Tex sonrió como un lobo.

—Ah, pero ¿quiénes eran? ¿Los colegas de Kennison? ¿Los Seis Secretos? O... ¿quién sabe? Jimmy está informando al Consejo ahora mismo. La Oficina de Atlanta descubrió el cabo suelto, así que pensó en poner al día a Cam de todo.

Ella le tendió la herradura.

—¿Sabes qué caballo la llevaba?

Tex estudió la herradura, volviéndola de un lado a otro.

—¿Es esta, entonces?

—¿Qué caballo?

—Supongo que el alazán. Es el único que perdió una herradura el mes pasado.

—¿Y quién lo montó?

—La encargada del establo me dio una lista. Nombres y fechas.

Buscó en el bolsillo de su camisa con la mano izquierda y sacó una hoja de papel que había sido doblada varias veces. Se la entregó a Sarah y ella la desplegó y la leyó, buscando la única fecha que importaba.

La encontró y se echó a reír tristemente.

—A falta de un clavo... —dijo.

—¿De qué hablas? —preguntó Tex, frunciendo el ceño.

Ella volvió a coger la herradura y la sopesó, la abertura hacia arriba.

—Buena suerte —le dijo.

—¿Cómo haces rodar el mundo? —preguntó SuperEmpollón.

Walter Polovsky suspiró.

—Apártate, chaval, y mira cómo lo hago.

Giró la silla y se colocó delante del teclado. Sarah bebía una lata de refresco *light* mientras miraba por encima de sus hombros. La pantalla mostraba un complejo diagrama de árbol (ellos lo llamaban digráfica pesada) llena de diminutas burbujas, flechas y rejillas lógicas.

—Me pone nervioso que la gente me mire así —dijo el SuperEmpollón.

Polovsky jugueteó un momento con el teclado.

—¿Ves? Tienes que incrementar los parámetros gamma y kappa en la proporción adecuada. —Polovsky pulsó la tecla de retorno con gesto confiado y se echó hacia atrás con los brazos cruzados—. ¿Lo pillas, Bosworth?

SuperEmpollón asintió.

—¿Y ella? —señaló a Sarah.

Polovsky la miró.

—No necesita mi ayuda.

Sarah le sonrió, pero él no le devolvió la sonrisa. Al infierno con él, pensó Sarah. Dirigió su atención a la pantalla. Bosworth pinchó una de las burbujas y se abrió una ventana para mostrar los detalles. 15.05.07. Hundimiento del Lusitania.

—Esa es —dijo—. Estaba en la lista de Dennis.

Bosworth movió el cursor con el ratón hasta una burbuja adjunta y la abrió también. La segunda ventana decía: «*La embajada alemana telefonea a los pasajeros del Lusitania, aconsejándoles que cambien el pasaje; coloca anuncios en los periódicos de Nueva York, anunciando la intención de hundir el barco*».

Pasó a la barra de menú y pulsó CONTRAPARTIDA. Luego pinchó en Lusitania y seleccionó la rejilla lógica de negación. La digráfica fluctuó mientras las burbujas estallaban, cambiaban o eran sustituidas por nuevas burbujas. Una ventana automática se abrió con el texto: EVENTOS SELECCIONADOS ALTERADOS POR CONTRAPARTIDA.

Sarah soltó su refresco y estudió la lista. Fechas y eventos en dos columnas paralelas. Todo parecía igual, pero los eventos análogos en la Contrapartida eran posteriores al hecho real. Las tropas americanas no llegaron a tiempo para socorrer a los aliados hasta mayo de 1918, casi un año después, y después de que la Ofensiva Hindenburg estuviera en pleno apogeo. El armisticio de marzo de 1919 declaraba que la guerra era un «empate».

Polovsky se giró y la miró por encima del hombro.

—¿Es esto lo que querías?

—No me lo puedo creer. ¿Por qué hundieron los alemanes un barco de pasajeros, aunque llevara suministros bélicos? Fue una estupidez. Nos llevó antes a la guerra.

—No les importó —le dijo Polovsky—. Los alemanes consideraban que nuestro

ejército era igual que el de los rumanos, y Hindenburg pensó que habría acabado con todo antes de que llegara ningún americano.

Sarah señaló la pantalla.

—Se habrían salido con la suya si no hubieran hundido el Lusitania.

Polovsky agitó una mano, irritado.

—Claro, eso lo sabemos; pero ellos no tenían a ningún cliólogo que se lo dijera.

Sarah no respondió y hubo un largo instante de silencio. Finalmente, Polovsky se dio la vuelta y miró la pantalla.

—Mierda —dijo.

SuperEmpollón agitó la cabeza de uno a otro.

—¿Qué?

Polovsky lo miró.

—Despierta, chaval.

La boca de SuperEmpollón se abrió en forma de O.

—Claro —dijo Sarah—. Los científicos europeos no eran más tontos que los científicos americanos.

Polovsky inspiró profundamente y resopló.

—Sí. Sí, lo sé. Pero aquí el chaval encontró documentos reales sobre los Seis. —Miró de nuevo la pantalla, el ceño fruncido—. Eso no era más que inferencia. El hecho de que un evento fuera un punto de inflexión importante no significa que fuera planeado de esa forma. Siempre hay anomalías residuales en los datos. —Señaló con un dedo las burbujas y rejas lógicas—. Con millones de eventos unitarios en b digráfica, algunos tienen que ser improbables. Es como lanzar un dardo contra un tablero. Hay un número infinito de puntos que se pueden alcanzar, ¿no? Así que la posibilidad de alcanzar un punto particular es de uno entre infinito. Cero. Pero —la apuntó con un dedo para darse énfasis—, el dardo tiene que dar en alguna parte. Después miramos dónde ha dado y decimos lo condenadamente improbable que era. Así que suponemos que debió dar allí a propósito.

¿Estaba Polovsky siendo deliberadamente obtuso? Solo cuando nos gusta la respuesta aceptamos el razonamiento, pensó ella. Si no nos gusta, le buscamos todo tipo de pegos.

—Digamos que algún grupo quiere a Alemania derrotada —dijo—. Tal vez el mismo grupo que ideó que Von Kluck retirara su ejército de las puertas de París en 1914. Pero necesitaban a las tropas americanas para hacerlo. Así que de algún modo convencen al Alto Mando para que hundan un barco de pasajeros con más de mil hombres, mujeres y niños a bordo. Mientras tanto —señaló la burbuja adjunta—, otro grupo está trabajando para la victoria alemana manteniendo a los americanos apartados del Lusitania y por tanto a Estados Unidos fuera de la guerra.

Polovsky la miró.

—¿Cuántos grupos quieres encontrar?

—Tantos como haya.

—Aquí hay otro punto de inflexión —dijo Bosworth, leyendo la ventana de otra burbuja—. Wilson quería usar el ejército regular como núcleo para entrenar a la Guardia Nacional y el recién autorizado Ejército Nacional y no planeaba enviar tropas hasta la primavera de 1918. Pero los franceses lo convencieron para que enviara una fuerza expedicionaria inmediatamente.

Polovsky hizo una mueca.

—Supongo que piensas que Joffre y Viviani eran parte de una sociedad cliológica secreta.

Ella negó con la cabeza.

—La conducta con propósito determinado crea pautas en los datos, y el análisis de factores nos ayuda a identificar esas pautas. Pero todo lo que hace cualquier persona tiene un propósito detrás. Si analizáramos eventos con un nivel de detalle lo suficientemente preciso, encontrarías que toda persona que ha vivido ha sido un factor cliológico. —Recordó, de pronto, su salón, en una casa que nunca volvería a ver. Red sentado en el sofá, aquella sonrisa grande y estúpida en su rostro, diciéndole cómo ella y todo el mundo estaban manipulando la historia. Entonces no lo había creído. Ahora veía que él tenía razón—. Lo que marca la intervención de la Sociedad Babbage y los Seis Secretos es que las pautas están en las consecuencias indirectas.

Polovsky sacudió la cabeza.

—Tres mil millones de sociedades cliológicas —dijo—. A Jimmy le va a encantar. —Se pasó la mano por la cara y miró a SuperEmpollón—. ¿Qué te parece?

—¿Por qué me lo preguntas? Solo soy el chico tonto.

—Te estoy preguntando.

El adolescente se encogió de hombros.

—Vale. Entonces creo que ella tiene razón.

—Crees que ella tiene razón. Magnífico. —Polovsky volvió a sacudir la cabeza.

La puerta del laboratorio informático se abrió y, pensando que era Red, Sarah se dio media vuelta. Pero era solamente Tex Bodean. Se detuvo tras atravesar la puerta y miró alrededor con ojos perezosos. Se echó atrás el sombrero de *cowboy* y se apoyó contra la pared. Metió los pulgares en las presillas del cinturón.

—Estáis aquí —dijo.

—Sí, estamos aquí —replicó Polovsky—. Llevamos aquí todo el día. ¿Qué pasa?

—Reunión. Después de que Red termine con Cam.

—¿Qué reunión es esa? —preguntó Polovsky—. ¿Por qué no me lo han dicho?

Tex lo miró.

—Porque te lo estoy diciendo ahora.

Sarah paseó la mirada de Walt a Tex. Qué grupo tan variopinto había reunido Red. Quería anular la Prohibición de Quinn, pero ¿cómo esperaba hacerlo? Tex y Walt y los demás que todavía tenía que conocer y se habían unido a él... ¿Habían hecho de verdad causa común? Incluso ella se daba cuenta de que Walt y Tex no se llevaban bien, que Walt consideraba que Norris era un adolescente raro, que

SuperEmpollón creía que todo el asunto era un juego de ordenador. Habían acordado que era hora de dejar de flotar con la corriente, pero ¿habían resuelto en qué dirección poner el rumbo?

Ella misma se sentía tan cerca de Red como parecía razonable. Se habían salvado la vida mutuamente, y ese lazo los unía más que a la mayoría de los amantes. Sin embargo, Sarah no podía estar de acuerdo con su objetivo. La respuesta a la manipulación no era la contramanipulación: era ninguna manipulación en absoluto.

Y si ella se sentía así, ¿qué había de los demás? ¿Qué ambiciones personales albergaba cada uno? Después de la revolución viene el golpe de estado. Red tenía una visión; pero los visionarios eran siempre relegados después, y los meramente ambiciosos se hacían cargo. Pregúntaselo a Trotsky. Pregúntaselo a Robespierre o al Comandante Cero. Pregúntaselo a Sun Yat-sen y Bismark.

Pregúntaselo a Brady Quinn.

Tex se volvió hacia Sarah.

—¿Encontraste lo que esperabas?

Sarah miró la pantalla con la digráfica alterada.

—Me temo que sí. Hay al menos cinco clavos de herradura europeos que sabemos que no fueron orquestados por la Sociedad Babbage; y tampoco parecen encajar con lo que sabemos de los Seis.

Tex gruñó.

—Por si no teníamos suficientes problemas. —Negó con la cabeza.

Ninguna manipulación. Ella lo había jurado mientras buscaba a Fee en medio de las largas sombras del bosque aquel horrible anochecer en Falcon Castle. No más manipulación. El final para la Sociedad y los Asociados. Y ahora: ¿para los Seis y sus retoños, y para quién sabía cuántos otros más?

Una noble resolución. Sin embargo, la caja de Pandora ya estaba abierta. ¿Cómo puedes asegurarte de que nadie use una herramienta que ya ha estado en uso durante generaciones? ¿Cómo podías saber siquiera que estaba siendo usada? La etiología podía aplicarse sutilmente, a lo largo del curso de décadas. Estamos demasiado acostumbrados al cambio rápido, pensó. Celebramos cada efímero cambio de la moda, mientras las tendencias generacionales pasan desapercibidas. Los cliólogos eran pacientes; sus maquinaciones podían barrerte como la marea. Y había demasiados cliólogos.

Se enderezó ligeramente en su asiento. ¿O no? Recordó, de pronto, que la Esperanza se había quedado dentro de la caja abierta de Pandora.

—Ah, señorita Beaumont —dijo Aaron Gewirtz—. Nos encanta tenerla de nuevo entre nosotros. Confío en que pudiera completar su proyecto durante sus vacaciones.

Sarah tomó asiento mientras la Madre Tierra, SuperEmpollón, y los otros la miraban. Personalmente, no consideraba que someterse a cirugía y prácticas de tiro

fueran unas «vacaciones». Sobre todo cuando estaba en el extremo equivocado de las prácticas de tiro. Se sentó y abrió el cuaderno sin responder.

—Tal vez, señorita Beaumont, podría iluminarnos sobre el estado de su proyecto.

Ella miró los ojos blancos del anciano y deseó que verlos no la pusiera tan nerviosa.

—De hecho —admitió—, he cambiado mi tema.

—¿De veras? ¿Sin mi aprobación? Advierto una recomendable tendencia al pensamiento independiente. Espero que su nuevo tema sea tan penetrante como el asignado originalmente.

—Creo que le parecerá que merece la pena.

—¿Quiere ser entonces tan amable de iluminar a la clase? —Gewirtz señaló la pizarra situada en la parte delantera de la clase. Empujó la silla de ruedas y se apartó del centro de la habitación.

Sarah cogió un rotulador y lo hizo rodar entre sus dedos. Nunca había suspendido en clase antes, pero lo que planeaba hacer requería más que una simple demostración. Por eso Red y Tex y los demás se habían pasado toda la noche ayudándola a desarrollar su tesis.

—Muy bien —dijo. Se dio la vuelta y empezó a escribir ecuaciones en la pizarra, explicándolas en voz alta para beneficio de Gewirtz. No llegó muy lejos antes de que él la interrumpiera.

—Un momento —dijo—. La condensación de memes es un fenómeno bien conocido. Sin duda alguien de su calibre pretende algo más que una repetición de un tema tan familiar.

—Creo que encontrará estimulantes mis conclusiones. Pretendo explorar las condiciones requeridas para los centros de condensación múltiples y simultáneos.

Gewirtz arrugó los labios.

—No veo el beneficio, pero... Adelante.

Sarah continuó. Señaló la densidad de población necesaria para suministrar un número suficiente de mentes susceptibles. La necesidad de alta conectividad de redes de comunicación. El impulso cultural, descrito según la velocidad y volumen del transporte. La fracción de población viajera. Citó numerosos ejemplos de descubrimientos simultáneos: Newton y Leibnitz; Wallace y Darwin; Edison y Bell; y etcétera. Advirtió que, en la prehistoria, la agricultura fue «descubierta» simultáneamente por culturas ampliamente separadas, que el fascismo alcanzó su cima en varios países distintos a la vez, que la «explosión de población» iniciada durante el siglo XVI tuvo lugar en la India y en China además de en Europa. Empezó a generalizar a partir de estos ejemplos.

—Un momento —dijo Gewirtz—. Ha mencionado usted la conectividad de comunicaciones pero ha citado la invención casi simultánea de la agricultura en México y Mesopotamia. Sin duda no hubo comunicación ninguna entre ellos.

—No, señor —replicó ella—. Pero ambas culturas se comunicaban con el entorno

global común. Del mismo modo, el calentamiento global que comenzó en el siglo dieciséis afectó a todas las sociedades. Abrió más tierras a la agricultura, y eso abrió más bocas, para consumir las cosechas aumentadas.

Gewirtz se echó a reír.

—Bien expresado. Puede usted continuar.

—Ahora llegamos a una aplicación específica —le dijo a la clase—. Nada menos que la condensación de memes requerida para la formación de una sociedad como la de Babbage durante principios del siglo diecinueve.

Hubo un clamor en la clase. Sarah continuó de espaldas a ellos y siguió escribiendo.

—Como ven por las ecuaciones, las condiciones durante la década de 1830 fueron tales que la formación de más de una de esas sociedades es una certeza virtual. —Indicó los parámetros relevantes rápidamente—. Las investigaciones en la base de datos han revelado varias pistas anómalas. Una es un grupo que se llama a sí mismo los Seis Secretos. Los Seis, por supuesto, se han bifurcado desde entonces, como se predice en el Dilema de Carson, pero las huellas de una rama han desaparecido. O bien ha dejado de manipular el «estado social», y así no deja ningún «clavo de herradura», o se ha disuelto.

El murmullo de la clase se hizo más fuerte. La voz de Aaron Gewirtz lo anuló.

—Joven, ¿está usted segura de lo que está diciendo?

Ella se volvió.

—Sí, doctor Gewirtz. Bastante segura. ¿Puedo continuar?

El rostro del anciano parecía preocupado.

—Es una noticia preocupante.

—El Consejo ya ha sido informado.

Él alzó las cejas.

—¿De veras? Entonces... Sí, sí. Por favor, continúe.

El rotulador se deslizó por la pizarra. Sarah pudo sentir los ojos de sus compañeros de clase en la espalda.

—Sin embargo, no debemos olvidar Europa. Las condiciones allí garantizan virtualmente la precipitación de al menos una y posiblemente tres sociedades adicionales. Dado el Dilema de Carson, podemos esperar hasta cinco o nueve sociedades actualmente en activo, descontando colapsos, disoluciones y fusiones.

La clase guardó silencio ahora. Ella se dio la vuelta y los miró. A excepción del SuperEmpollón, que sonreía nervioso, todos los rostros eran de piedra.

—La fusión, sin embargo, es improbable —dijo—, ya que el secreto es una condición necesaria para que una sociedad estilo Babbage funcione.

—Ya veo —dijo Gewirtz—. ¿Entonces esas sociedades putativas ignoran mutuamente la existencia de las otras como nosotros de ellas?

—No hay forma de estar seguros. Desde luego, ahora son conscientes de nuestra existencia. Una sociedad parece haber estado buscando pruebas de las otras. Una de

sus expediciones de pesca electrónicas se topó con las notas de un periodista llamado Morgan Grimes y las descargó en algo que se llama el archivo Q. Como eso tuvo lugar antes de que yo escribiera mi gusano...

—Absurdo —dijo la Madre Tierra—. Beaumont está intentando eludir su responsabilidad.

Los demás miembros de la clase murmuraron su conformidad. Gewirtz permaneció silencioso e inmóvil.

—Está claro —dijo Sarah— que alguien nos está espiando a nosotros y a la Sociedad Babbage. Jimmy Caldero —siempre sentía un retortijón cuando se refería a su nueva personalidad; él era Red Malone, maldición, siempre lo sería—, que tiene experiencia en asuntos de inteligencia, ha encontrado varias indicaciones.

—¿Puedes decirnos cuáles son? —preguntó SuperEmpollón. A Sarah le pareció que estaba exagerando un poco su papel, pero nadie más pareció advertirlo.

—¿Doctor Gewirtz? No quiero ocupar demasiado tiempo de su clase con mi proyecto.

El ciego se echó a reír.

—No, querida. Me siento enormemente tentado de aceptar su farol, pero temo que sus compañeros me despedazarían miembro a miembro si termino la discusión ahora. Termine, por favor, termine. —Agitó una mano cortés hacia ella.

—Muy bien. Las investigaciones sobre nodos de baja probabilidad y alta intervención del señor Bosworth ya han identificado a los Seis Secretos. —SuperEmpollón sonrió ante el cumplido—. Pero hay otras indicaciones también. Ya he mencionado el drenaje al archivo Q que se le hizo a Morgan Grimes. Además, el Q se coló en Kennison Demographics, y alguien le hizo una llamada telefónica amenazante. Tercero, el inexplicable, un archivo solitario encontrado por los investigadores del Vertido en la Oficina de Atlanta. Estaba escrito en francés en un nódulo de Quebec, urgiendo una investigación sobre los asesinatos de los archivos de Grimes. Estoy segura de que no necesito señalar que no tenemos ninguna estación en Quebec y que la Sociedad Babbage difícilmente necesitaría lanzar una investigación semejante. Cuarto, tenemos la bomba del equipo de estudio de la Universidad de Denver. Eso no fue una operación de la Sociedad. Perdieron un valioso agente en la explosión, y eso no pudo sino inflamar las sospechas públicas. Finalmente, está el hecho de que me siguieron y drogaron durante mi retiro en las montañas. Todos estos acontecimientos conducen a lo que Jimmy llamó «una valoración de capacidades». Cree que sería imprudente asumir que todas estas actividades fueron producto de una sola organización.

Hizo una pausa y contempló la clase. Ellos no podían apartar los ojos de Sarah. SuperEmpollón sonreía tanto que parecía que la cara se le iba a resquebrajar. La Madre Tierra retorció las manos. Reynold miraba con ojos entornados. Gewirtz era ilegible.

—Ahora, pongámonos en el lugar de una de esas sociedades. ¿Qué es lo primero

que haríamos en cuanto supiéramos del Vertido?

Esa era la pista para el SuperEmpollón. Levantó la mano.

—Buscar puertas.

—Explícate.

—Una «puerta» es información que puede ser utilizada para ganar acceso a los Asociados o la Sociedad, bien físicamente o a través de internet, usando derivas, micros, topos, o vigilancia personal.

—Una puerta. Exactamente. Y encontraron una.

El doctor Gewirtz habló.

—¿Y cuál fue, si puedo preguntar?

—Muy pocos datos nuestros se filtraron, lo que hizo que nuestra investigación fuera más fácil. Comprobamos cada punto en el Vertido para decidir si permitía el acceso. Por ejemplo: la localización de este rancho no fue revelada, pero la Consejera Louise Vosteen quedó comprometida. Así que su casa puede que esté intervenida, o que ella misma esté siendo sometida a vigilancia.

—La Hermana Vosteen está oculta a salvo ahora —dijo Reynold—. Si la estaban vigilando, los eludió.

—Y afortunada, o desafortunadamente, su casa fue incendiada por unos vándalos —añadió Sarah—, así que no importa si estaba intervenida o no. Nadie descubrió nada.

—Al grano, señorita Beaumont —dijo Gewirtz—. Vaya al grano.

—Había una puerta abierta. Mark Lopez también quedó comprometido por el Vertido. Si los Seis, o cualquiera, actuó rápidamente, él pudo haber proporcionado acceso, inadvertidamente o bajo coacción. El Hermano López no ha sido localizado desde entonces, pero antes de desaparecer envió a un nuevo recluta. ¿O desapareció antes?

En el súbito silencio, los ojos de la clase se volvieron hacia Maureen Howard. Ella los miró de unos a otros.

—Esto es ridículo. Mark hizo una comprobación a fondo antes de enviarme aquí.

—¿De veras? —preguntó Sarah—. Lástima que no podamos encontrarlo para preguntárselo.

El silencio de la habitación se hizo más denso.

—No hay por qué hacerlo. Los Asociados lo verificaron todo después de que yo llegara.

—Oh, hay más —dijo Sarah con una sonrisa—. Si la localización del rancho no fue revelada en el Vertido... ¿quién me drogó?

Reynold alzó la cabeza.

—Quieres decir que es...

—Alguien del rancho. Sí. —Sarah se acercó a su mesa, abrió su maletín, y sacó la herradura. La alzó—. Esta herradura la llevaba el caballo que montaba el espía. Se nota por esta finísima grieta que corre por aquí. —Indicó la herradura. Maureen

Howard extendió la mano y la cogió. Estudió la herradura un momento, luego se la pasó a Reynold.

—Según Tex Bodean, la llevaba el alazán —continuó Sarah—. La encargada del establo comprobó los registros para ver quién montó el caballo ese día. Esa persona fue la señorita Howard.

La Madre Tierra agitó la cabeza.

—¡Eso no es verdad!

—La encargada del establo dice lo contrario.

—Monté ese caballo; esa parte es verdad. Pero lo amarré y continué paseando a pie. Cuando volví adonde había dejado el caballo, no estaba. Lo estuve buscando durante horas y lo encontré justo antes de la puesta de sol. No le dije nada a la encargada del establo porque no quería que pensara que no era capaz de cuidar de mi caballo.

Sarah se encogió de hombros.

—Es una buena historia, Hermana. Pero ¿qué identidad falsa es perfecta? Sobre todo una preparada a toda prisa. ¿Y si otros la examinan? ¿Qué fallo pasado por alto podrían encontrar? ¿Qué borrón en la pista de papel de registros alterados? Créeme, nadie ha tenido más motivos en las pasadas semanas para reflexionar sobre ese tema. Así que cuando el Hermano Malone y el Hermano Polovsky empezaron a investigar tu pasado, encontraron...

No llegó más lejos. Howard se levantó de un salto de su mesa y corrió hacia la puerta. SuperEmpollón se levantó para detenerla, pero ella derribó la última mesa en su camino y él cayó con un aullido.

Sin embargo, cuando Howard abrió la puerta, encontró a Red Malone y Walt Polovsky bloqueándole el camino. Se dio media vuelta y miró a Sarah, con una expresión de odio como Sarah no había visto nunca antes, ni siquiera en los barrios blancos de Chicago. Entonces Howard apretó las mandíbulas.

—¡Cuidado! —dijo Red.

Howard se envaró y se le pusieron los ojos en blanco. Arqueó la espalda, suspiró, y cayó. Polovsky la detuvo. Ella se desplomó flácida en sus brazos.

—Mierda —dijo, y la soltó. Howard se deslizó hasta el suelo convertida en un montón informe.

Hubo un momento de incómodo silencio. Entonces Aaron Gewirtz dijo:

—Tenía usted toda la razón, señorita Beaumont.

Sarah se volvió y lo miró. El anciano asintió sombrío.

—Como prometió, una prueba muy estimulante de su tesis.

—Ella... no pensamos que fuera a hacer eso —tartamudeó Sarah. Pudo oír lo tonta que parecía su observación—. Su tapadera pareció endeble cuando la examinamos, aunque no pudimos encontrar nada. Estábamos seguros de que era un topo, pero no teníamos ninguna prueba real. Esperábamos que le entrara el pánico y echara a correr.

Gewirtz giró su silla de ruedas para encararse al cadáver.
—En efecto. Echó a correr hasta donde pudo.

V

SIETE rostros de puntos de fósforo miraban desde los monitores informáticos colocados en la pared oculta del estudio de Kennison. Mostraban toda una gama de expresiones: impaciencia, duda, hostilidad apenas contenida. Otras cuatro pantallas estaban en blanco. Benton. Paige. Ruiz. Weil. Kennison deseó que hubiera más pantallas en blanco. Sería mejor empezar su nuevo régimen con tabula rasa.

Pero un hombre debe trabajar con los materiales que tiene a mano. Kennison dio un largo sorbo al café expreso que Karin le había traído a su estudio. Siempre se había enorgullecido de ser una persona realista. Se compuso, unió las manos sobre la mesa, y miró firmemente la fila de pantallas.

—La reina ha muerto —anunció. Y ellos no podrían sino terminar la frase en sus mentes: ¡Larga vida al rey! Incluso mientras miraban la cara de Kennison. Planta la semilla. Planta la semilla. No los informó del momento de la muerte de la reina. Solo tres personas la sabían: él, Alan y Judd; y ya eran demasiados. Judd estaba retenido en una cabaña del Wisconsin rural, bajo estricta vigilancia, hasta que Kennison decidiera qué hacer con él. Y en cuanto a Alan... Bueno, Alan se estaría callado, por su propio bien. Era un accesorio tras el hecho.

—La Sociedad lleva demasiado tiempo sin presidente —dijo ácidamente Frederick Ullman—, mientras representábamos ese estúpido juego de Paige. —Los ojos de Ullman se dirigieron a su izquierda. Estaba mirando sus propias pantallas, preguntándose por qué la de Paige estaba en blanco. Deja que se lo pregunte.

—Funcionó, ¿no? —dijo Montfort—. Convenció al público de que no éramos lo que el Vertido Beaumont decía que éramos.

—Yo seguí el juego —admitió Ullman—. Pero dudo que fuera necesario. El público creerá lo que le digan que tiene que creer. Lo que quieren creer.

Una bandada de gansos, pensó Kennison. Cuac. Cuac.

—Nuestra primera orden del día —señaló— es elegir un nuevo presidente. Un centro que nos sostenga.

(«Las cosas vuelan; el centro no puede aguantar; la anarquía campa suelta por el mundo»). Kennison sonrió y abrió las manos.

—La red está abierta a las nominaciones.

—Propongo al Hermano Ullman —dijo Brigit Toohey.

—Secundo la moción —dijo Westfield.

—Propongo que se cierren las nominaciones.

—Secundo.

—Fin de la cuestión.

Sucedió tan rápido que se acabó antes de que Kennison supiera que había empezado. Reynold Sorenson, que debía nominar a Kennison, miró indefenso desde su pantalla.

—¿Bien, Hermano Kennison? La cuestión se ha cerrado. —La cara fina y arrugada de Ullman le sonreía desde su pantalla.

Kennison extendió la mano y jugueteó con los mandos de su transmisor.

—Lo siento —dijo—. Perdí la señal de audio durante unos segundos. ¿Qué decías, Hermano Sorenson?

Sorenson aprovechó la indicación.

—Decía que nominaba al Hermano Kennison.

—¿Qué estás intentando colar? —preguntó Ullman—. La Hermana Toohey cerró la cuestión.

Kennison se encogió de hombros ante la cámara.

—Un árbol caído en el bosque.

—Yo tampoco lo he oído —dijo Sorenson—. Había estática en la comunicación.

—Ni yo —dijo Peter Lewis. Era un hombre grande y ancho de hombros con el pelo rubio rapado y el rostro arrebolado por practicar esquí de alta montaña. La ventana tras el hombro de Lewis daba a un paisaje nevado de las Bitterroot Mountains. El retiro oculto de Lewis estaba en algún lugar de Idaho o de Montana: nadie sabía dónde. El personal de Kennison había estado comparando ese paisaje contra los mapas de exploración geológica durante varios años sin éxito. Algún día, tal vez... Aunque Kennison pensaba últimamente que el paisaje de fondo no era más que un holograma, un paisaje virtual.

Lewis sonrió.

—No dudo más de la sinceridad del Hermano Kennison, Hermano Ullman, que de la tuya. —Lewis mostró unos dientes blancos, regulares y abundantes.

Kennison admiró el trabajo dental de Lewis. Se preguntó si esto significaba que lo apoyaría en la votación. Posible. Posible. La cosa estaría reñida, advirtió, si Ullman tenía a Toohey en el bolsillo. No lo sabía. ¿Podría posponer la votación? No, dada la urgencia de la situación. Adelante, pues. Esperar lo mejor y lanzar los torpedos.

—Nadie ha secundado la nominación del Hermano Kennison —señaló Ullman.

Lewis se encogió de hombros.

—Oh, yo la secundaré. Lo justo es lo justo, después de todo. Debería haber una competición.

—¿Hay alguna nominación más? —preguntó Kennison. Vio que los ojos fluctuaban de pantalla en pantalla. Los pigmeos preguntándose quién desafiaría a los gigantes. Nadie. Carecían de agallas. Nunca se atreverían a lo que él se había atrevido, ni a lo que se había atrevido Ullman. Arriesgarlo todo a una tirada. Ullman y él estaban cortados, por el mismo patrón. Miró la pantalla de Ullman. Te saludo.

Será un honor destruirte.

—Propongo que se cierren las nominaciones —dijo Toohey con una mirada desdeñosa en dirección a Kennison—. ¿Lo has oído esta vez, Hermano?

—Fuerte y claro, Hermana.

—Secundo la moción.

—Fin de la cuestión.

—¿Entonces votamos? —Kennison extendió la mano e introdujo su propio nombre en la red. Pulsó el botón y se acomodó para esperar los resultados.

Solo tardó un momento.

—Ullman: 3; Kennison: 2; Abstenciones: 4.

La expresión de la cara de Ullman habría sido más sabrosa si Kennison no hubiera sabido que su propia cara tenía la misma expresión.

—Vaya por Dios —dijo Lewis—. Mirad eso. Nadie ha conseguido la mayoría.

Sonrió de nuevo. Dientes perfectos contra un rostro nórdico, colorado por el sol. Kennison pensó en el placer que sería aplastar aquellos dientes.

Miró la pantallita especial que Alan había preparado en los circuitos del ordenador. «Por Ullman: Brigit Toohey, Frederick Ullman, Carl Westfield. Por Kennison: Daniel Kennison, Reynold Sorenson. Abstenciones: Roman Huang, Peter Lewis, Dana Montfort, Gretchen Paige».

¡Maldita Montfort! ¡Lo había traicionado! ¿Quién la había comprado? Ullman no: ella odiaba a aquel viejo chocho y le había prometido su voto a Kennison para impedir la elección del anciano. Ahora sé de qué valen sus promesas. Kennison apretó los dientes y sonrió.

Los ojos de Ullman se entornaron hasta convertirse en rendijas. Movié los labios.

—Dadme un momento —dijo, y cortó la comunicación de audio.

Kennison lo vio coger un teléfono. Kennison pulsó otro de los truquitos electrónicos del Hermano Alan. RASTREANDO, le dijo la pantalla. RASTREANDO... Ullman pronunció unas cuantas palabras por teléfono, luego escuchó asintiendo. Habló un poco más. RASTREO COMPLETO. PUERTO INDETERMINADO. Un papel emergió del fax de Ullman. El viejo tiró de él, lo observó rápidamente, y lo volvió a introducir. LOCALIZACIÓN... LOCALIZACIÓN... CÓDIGO ÁREA 505. El fax de Kennison sonó y empezó a imprimir. Los otros Consejeros también miraron hacia sus lados respectivos, preguntándose qué conejo había sacado Ullman de la chistera para deshacer el empate.

¿Código Área 505? ¿Dónde estaba eso? Mientras el pensamiento se formaba, la pantalla de su ordenador parpadeó: LOCALIZACIÓN: NORTE DE NUEVO MÉXICO. NO ES POSIBLE MÁS DETALLE.

¿Nuevo México? ¡Ruiz! Tenía que ser. ¡Maldito fuera el bastardo chicano! ¿Cómo sabía Ullman que Ruiz estaba vivo? ¿Y cómo sabía cómo contactar con él? Debía de haber estado planeando desde el principio. Mientras Kennison había preparado sus planes con Paige y Sorenson y (según creía) con Montfort, Ullman

había estado conspirando con Ruiz, Toohey y Westfield.

El fax era un poder de Benedict Ruiz. Kennison apenas lo miró.

—El Hermano Ruiz está muerto —le dijo a Ullman—. Este poder no tiene valor.

Ullman sabía que no, por supuesto. El comentario era para los otros Consejeros.

—No tanto —anunció Ullman con una sonrisa satisfecha—. El Hermano Ruiz sabía bastante bien que corría grave peligro como resultado de la negligencia en nuestra base de datos [¡Zap!]. Así que se escondió; igual que ha hecho el Hermano Lewis, solo que de forma mucho más concienzuda. El Hermano Lewis solo desea mantener su paradero en secreto...

Una pausa, y una sonrisa que preguntaba cómo se podía guardar un secreto así a un hombre tan sabio y lleno de recursos como Ullman. Kennison disfrutó de la expresión de incomodidad del rostro del grandullón rubicundo.

—El Hermano Ruiz deseaba mantener en secreto su misma existencia. Ha accedido a dejarse ver ahora solo para impedir que la Sociedad se siga degradando.

Kennison odió la manera en que los ojos de todos lo buscaron. Vio que Montfort y los demás contaban los votos mentalmente. Era 4 a 2 y 4 abstenciones, ahora. Ullman tenía mayoría según las reglas. Era hora de actuar.

—Un momento —dijo Kennison. Apagó su señal de audio y sintonizó su línea privada—. Alan, ¿puedes hacer que parezca que estoy hablando con un puerto inidentificable en la zona de Nueva York?

—Claro. Es tan fácil como...

Kennison no quiso oír como qué era tan fácil. Cortó a Selkirk.

—Puedes enviarme el fax ahora.

La máquina sonó tres veces y emergió una hoja. Kennison la comprobó, para asegurarse de su contenido; luego volvió a introducirla en el sistema para que los demás recibieran copias. Era el poder de Paige, autorizando un voto para Kennison. Había una simetría artística en el plan. Ullman había recurrido al voto de un hombre vivo a quien todos creían muerto. Kennison recurría al voto de una mujer muerta a quienes todos creían viva. Estaba muy orgulloso de la firma de autorización.

Ullman leyó el poder, y luego dirigió a Kennison una mirada larga y dura.

—¿Y dónde está la Hermana Paige?

—¿Tengo que repetirte la historia que nos has contado referida al Hermano Ruiz? Han sido tiempos difíciles y aterradores. La Hermana Paige sintió la misma necesidad de ocultarse que el Hermano Ruiz y el Hermano Lewis. No estoy seguro de que ninguno de nosotros pueda reprocharle su conducta. La prudencia, después de todo, no es cobardía.

Pero yuxtaponer las dos palabras plantaría esa ecuación en sus mentes, sobre todo con respecto a Lewis, que se había escondido mucho antes de que hubiera habido ningún clamor público. Y la frase la historia que nos has contado podría hacer que los otros dudaran de la veracidad de Ullman. Kennison estaba empezando a disfrutar de la elección.

—Escondiéndose, ¿eh? —dijo Ullman—. Supongo que podemos aceptar esa pretensión.

Dos pueden jugar al mismo juego de insinuaciones. La tranquilidad de Ullman hizo dudar a Kennison. ¿Qué sabe? Judd había jurado, alardeado, que nadie más lo sabía. Weil nunca habría confiado en el Anciano. Lo odiaba tanto como odiaba a Kennison y Paige. Si tan solo hubiera escogido a Ullman como segundo objetivo, se habrían resuelto tantos problemas. Ah, bueno. Leche derramada. Leche derramada.

El voto era ahora de 4 a 3 con 3 abstenciones. Ventaja para Ullman, pero muy escasa. Kennison observó la pantalla de Montfort, desafiándola a continuar absteniéndose. Si te quedas a un lado, pequeña zorra, garantizarás la elección del viejo capullo.

Montfort giró la cabeza. Estaba mirando al monitor de alguien, pero ¿de quién? Maldición. Debería de haber advertido mis indicaciones. Los ojos de Kennison corrieron de pantalla en pantalla, pero si se pasó una señal, no lo advirtió.

Montfort extendió una mano y pulsó una tecla. Kennison vio el indicador chivato. ¡Por mí! Una gran sensación de alivio lo inundó y abrió los puños. No había advertido lo tenso que estaba, y pasaron un par de instantes antes de recordar que había conseguido un empate y no una victoria. Lewis y Huang no habían votado todavía.

Lewis estudió la información en su propia pantalla. Entonces se encogió de hombros.

—Acabemos con esto —dijo—, o me perderé el mejor momento para esquiar.

Se metió la mano en los bolsillos y sacó una moneda. La lanzó girando al aire, la detuvo con el dorso de la mano y estudió el resultado. Entonces introdujo su propio voto en el terminal. Kennison se escandalizó. Era el acto más despectivo que había visto jamás. Una bofetada en la cara tanto a Ullman como para él.

El voto fue para Ullman. Lo que hizo que el bofetón fuera más tolerable para el vejstorio.

Entonces quedaron 5 a 4 con 1 abstención. Mayoría para Ullman. Kennison miró la imagen de Lewis y no vio allí más que la sonrisa neutra que siempre mostraba.

Huang todavía podía empatar la votación. Kennison se volvió hacia su monitor a mano derecha. Roman Huang vivía en una isla privada en las Hawai. Estaba sentado en una silla de enea, enmarcado por la arena brillante y la marea y un volcán humeante de fondo. Gafas de sol ultravioletas ocultaban su expresión. El hawaiano todavía podría salvar las cosas para Kennison. Un empate compraría tiempo. Siempre había formas de cambiar el voto de la gente. Persuasión. O algo.

No pudo leer el rostro de Huang. No suplicaré, se dijo. No me arrastraré. Prudence no suplicó, y yo no puedo ser menos que ella.

A Kennison le divirtió ver que los otros estaban también contemplando uno de sus monitores: presumiblemente Huang. Se acabó la votación secreta.

Huang no hizo ningún movimiento, y el momento se estiró. Finalmente, dijo:

—¿Habrá algún otro tema en este Consejo o hemos concluido?

Y eso fue todo. Por algún motivo propio, Roman Huang continuó absteniéndose. Kennison vio que Ullman también estaba irritado. Una vez que la decisión es inevitable, ¿por qué no tomarla?

Kennison, como presidente temporal de la reunión, pasó la maza virtual a Ullman como presidente permanente recién elegido. Ullman dirigió unas cuantas frases rimbombantes, dando gracias a sus seguidores, alabando a su oponente, y diciéndole a todos que ahora era el momento de cerrar filas «en este, el momento más terrible en la historia de la Sociedad». Kennison sonrió y lo felicitó por la victoria y le aseguró su apoyo. Todo el mundo fingió que creía a los demás. Disfrutaba, Anciano, pensó mirando el monitor. Eres viejo. No durarás.

—Hay dos puntos que debemos concluir hoy —croó Ullman—. El primero es proponer nominados para ocupar las dos vacantes del Consejo de las que somos conscientes.

Inteligentemente expresado, pensó Kennison.

—Yo propongo a Vincent Torino, a quien muchos de vosotros conocéis y que, como sois bien conscientes, ha hecho un trabajo excelente para nosotros contrarrestando las revelaciones de Beaumont.

Debo de meter a uno de los míos en esas plazas. Pero ¿en quién podía confiar? Prudence. Sí, la Pequeña Pru habría sido la nominada perfecta. Pero había muerto. Y eso dejaba...

—Alan Selkirk —anunció Kennison. ¿Por qué he dicho eso? Fuera lo que fuese Alan en el Consejo, no era probable que fuera herramienta de Kennison. Un aliado, tal vez. Y tal vez un aliado era mejor que una herramienta. Paige, después de todo, le había dado un servicio mayor que Sorenson—. Propongo a Alan Selkirk. Fue el Hermano que finalmente localizó y destruyó el Gusano Beaumont.

Ullman asintió.

—Es bastante nuevo en nuestras filas, pero viene altamente recomendado. ¿Enviarás su *dossier* a los otros Consejeros?

—Por supuesto.

—Muy bien. Si alguien tiene más nominaciones por favor suministre los *dossiers* adecuados al Consejo antes de mañana a última hora y consideraremos los candidatos en nuestra próxima reunión regular. Como último asunto, propongo revivir el cargo de vicepresidente, que mi difunta predecesora lamentablemente dejó dormido. Creo que los acontecimientos de los últimos meses nos han demostrado lo crucial que es que una vacante en la presidencia sea ocupada rápidamente durante una emergencia.

La vicepresidencia, pensó Kennison. Un puesto sin significado, pero mío por derecho. La vicepresidencia le daría una cabeza de playa. Era solo cuestión de tiempo antes de que Ullman muriera... muy poco tiempo, si Kennison tenía algo que decir en la cuestión, y entonces... Sí, podría humillarse en la vicepresidencia durante una temporada.

—A causa de la estrecha relación de trabajo necesaria entre un presidente y su vicepresidente —le dijo Ullman al Consejo—, considero que es adecuado que el presidente nombre a un candidato adecuado para que vuestro consejo y consentimiento asegure una uniformidad política. Aunque sería adecuado que nombrara al Hermano Kennison mi vicepresidente, considero que la recolección de datos y el análisis realizados para nosotros por Kennison Demographics es un trabajo a tiempo completo, demasiado valioso para confiarlo a ninguna otra persona. Es más, el Hermano Kennison está en una posición demasiado expuesta, siendo el único entre nosotros que destaca públicamente. Por tanto, propongo a Benedict Ruiz como vicepresidente. Si alguna catástrofe inesperada nos pillara a los demás desprevenidos, el Hermano Ruiz estaría bien situado para tomar las riendas.

Kennison sintió que la sangre abandonaba su cara. ¡Ullman lo había castrado! ¡El sibilino vejestorio cabrón! Le había dado al Consejo un argumento racional que bloquearía a Kennison para siempre de la posición principal.

Kennison mantuvo el rostro completamente inexpresivo mientras los demás registraban su aprobación. Incluso Sorenson, el traidor. El alivio en el rostro de Sorenson fue tan repulsivo como el triunfo de Ullman. Kennison votó afirmativo como todos los demás. No era vengativo, él no: y estaba claro que el momento de la disensión segura había pasado.

Después, Kennison convocó una reunión de su propio consejo y les informó. Se reunieron en la sala de juntas de Johnson y Cheng, donde se sentaron en sillas de alto respaldar alrededor de una amplia mesa de caoba. El sol de la tarde se filtraba por la ventana, bañando el panelado de madera oscura de ricos tonos naturales. Un miembro del personal trajo un carrito de bebidas. El destello del cristal tallado, los colores claros y sutiles de las bebidas, el tintineo de los escanciadores de cristal unos contra otros. Había demasiados placeres en el mundo (vistas, colores, sabores, sonidos, experiencias sensuales de todo tipo) para desperdiciar demasiado tiempo lloriqueando por la derrota. Agua bajo el puente. Lo que viene a continuación es lo que importa. Venganza.

—Bourbon y agua —le dijo Kennison a la camarera—, y los demás lo que quieran.

Nathaniel Johnson tomó su copa habitual; Cheng Tsu-shih, vino blanco.

—Whisky escocés, solo, por favor. —Selkirk dirigió una sonrisa a Kennison—. No me gusta, pero considero que es mi deber como escocés.

Kennison se rio con él. La camarera sirvió las bebidas y se retiró. Selkirk probó la suya.

—Vaya, sí que tiene cuerpo. —Miró el vaso, y luego el anónimo escanciador de cristal del carrito.

—Es una destilería privada que poseo en las Orkneys —le dijo Kennison.

—Ah. —Selkirk asintió. Después de un momento de silencio, dijo—: No salió muy bien, ¿no?

Kennison frunció el ceño y miró su vaso.

—Ver que todo por lo que he vivido se desvanece en un parpadeo. Bueno... — Engulló la bebida. Le quemó al bajar por la garganta.

—¿Lo era? —preguntó Selkirk.

—¿Era el qué?

Selkirk jugueteó con su vaso. Pasó el dedo por el borde. El cristal cantó.

—¿Era todo por lo que has vivido?

Kennison lo miró, serio.

—No estoy seguro de lo que quieres decir.

Johnson se agitó en su asiento y dirigió una mirada sorprendida al escocés. Cheng sorbió su vino.

Selkirk se encogió de hombros.

—Tienes Kennison Demographics, ¿no?

—¿Y?

—¿Y no es KD la cola que sacude al perro? No me corresponde hablar porque no es mi sitio, pero me parece que el Consejo te necesita a ti más que tú a ellos.

Kennison se levantó de la silla. Se dirigió al carrito de las bebidas y se sirvió otra copa. Bebió la mitad. Entonces se volvió y miró a Selkirk.

—¿Qué propones, entonces?

Selkirk le sonrió.

—Ellos confían en los datos que les proporcionas, ¿no?

Kennison lo observó en silencio durante un momento.

—Alan. Te nombré supervisor del Turno de Noche, no presidente de KD. No te pases.

—¿Pasarme? ¿Después de lo que hice por ti?

Kennison se envaró. Malos modales, desde luego. Uno no recuerda a los demás los favores que les deben. Miró a Johnson y Cheng, y ellos evitaron cuidadosamente sus ojos. No sabían qué había sucedido en sus oficinas la semana pasada, y no querían saberlo. Los muebles y la alfombra habían sido misteriosamente sustituidos. Prudence ya no estaba y en su lugar se hallaba este escocés de pelo pajizo. Bien entrenados por los métodos de dirección de Genevieve Weil, sabían que era mejor no hacer preguntas.

—La corrupción de datos no será demasiado escandalosa —insistió Selkirk—. Solo suficiente para suboptimizar sus proyecciones.

—Ullman no es tonto —dijo Kennison—. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que sospeche?

—Por eso necesitamos llevar dos tipos de libros —dijo Selkirk, acomodándose en su sillón y contemplando la mesa—. Si tus antiguos colegas sospechan que están recibiendo datos suboptimizados, se meterán en nuestros bancos de datos para

comprobar las cosas. No podemos permitir que descubran nada irregular. Así que propongo que traslademos todo nuestro sistema a una localización remota. Mantendremos aquí una fachada falsa, y ocultaremos la información correcta en otro lugar, para nuestro propio uso.

Cheng hizo una mueca.

—Demasiado apresurado. Demasiado apresurado. No corremos peligro por parte de Ullman. ¿Qué importa quién se siente a la cabecera de la mesa, cuando nosotros ponemos la mesa? Mejor ser el poder detrás del trono.

Johnson se frotó la barbilla.

—Hmm. ¿Inquieta está la cabeza, y todo eso? —Miró a Selkirk—. Los dos tienen razón, pero tal vez no deberíamos seguir con este plan. —Negó con la cabeza—. Ir contra la Sociedad... no sé si sería aconsejable.

Cheng volvió a asentir.

—Actuar siguiendo un plan, no un pique. ¿Dónde está el análisis cliológico? ¿Cuáles son las consecuencias? Nunca tomamos decisiones sin ellas.

—¡Maldita sea! —Selkirk dio un golpe en la mesa—. Nuestra situación requiere astucia, no equivocación.

Kennison apretó las palmas de las manos contra la mesa con todas sus fuerzas, y mantuvo la postura hasta que los músculos de los brazos empezaron a temblarle. Cierto, a menudo había pensado en establecerse por su cuenta. Su corazón estaba con KD, el fruto de sus entrañas, y no con la Sociedad. Sin embargo, sería difícil, en varios aspectos. Ullman no le dejaría marcharse, no con KD en el bolsillo.

¿Qué más había? Quedarse, y besar el arrugado culo de Ullman. Marcharse, y perder los frutos de su trabajo y del trabajo de su padre. O...

¿Y si KD se tragara a la Sociedad entera, eliminara a los otros Consejeros, convirtiera KD en una Nueva Sociedad, formada a su propia imagen? Posible. Pero ¿cómo tragar un trozo tan grande sin acabar con indigestión? Podría ser posible. El viejo Grosvenor Weil lo había hecho. Sin embargo, Kennison había esperado pacientemente demasiado tiempo. Anhelaba la acción, la recompensa que tan justamente había ganado. *Aut Caesar, aut nullus*.

Había otra posibilidad. Arriesgada, pero podía separarse y conservar KD. Selkirk había mostrado el camino. Necesitaría a Selkirk para conseguirlo, maldito fuera: necesitaría su experiencia informática. Miró con disimulo al escocés. No podría permitirse conservar a Selkirk después. Eso sería demasiado arriesgado. Lástima, pero las galletas sí que se desmoronaban.

Tomó una decisión.

—Si damos este paso, estamos comprometidos. Bandera roja. ¿Estáis preparados para seguir el rumbo? —preguntó.

Johnson vaciló, luego asintió. Cheng se encogió de hombros, con gesto fatalista. Alan le devolvió la mirada fijamente.

—Fue idea mía.

Sí, pensó Kennison. Idea tuya.

—Muy bien. Hermano Alan: prepara un plan adecuado para asegurar nuestra base de datos en otra parte; pero no emprendas ninguna acción hasta que lo hayamos repasado los cuatro. Hermano Tzu-shih: realiza un análisis cliológico sobre los efectos de nuestras acciones. Usa al Turno de Noche. Hermano Alan: encárgate de que cuente con el personal que haga falta. ¡Oh! —Alzó una mano—. Y Hermano Tzu, asegúrate de incluir la información que Jimmy Caldero nos dio referida a la otra Sociedad, esos «Seis Secretos». Y mantén esa información apartada del poso de información regular. Nuestra ventaja más significativa sobre Ullman puede ser que nuestros análisis tengan en cuenta su existencia, mientras que los de él no. Consulta con el Hermano Alan para los detalles. Ha descubierto varias cosas sobre ellos... un trabajo magnífico Alan: gracias. Hermano Nate: tú solo estarás a cargo de Johnson y Cheng mientras dure esta operación. Dependemos de ti para la tapadera habitual y para la seguridad de los canales que necesitemos durante las horas del día. ¿Alguna pregunta? —Escrutó la mesa—. Muy bien. Adelante.

Se quedó en la sala de reuniones después de que los demás se hubieran marchado. Ahora no había vuelta atrás. *Jacta alea est*. ¿Era así como se había sentido César? Tal vez. Incluso los grandes debían de haber sentido inseguridad cuando llegaba el momento de la verdad. Júbilo, sí, ante la posibilidad de tener éxito, y tal vez incluso ante la posibilidad del fracaso. El subidón de adrenalina cuando la mente advertía que llegabas a la cúspide y el futuro podía caer a cualquier lado.

Eso era lo que había carecido antes. Arrojo intrépido. Había confiado demasiado en la cautela, en gente débil, como Montfort y Sorenson. Solo Paige había demostrado su brío, para su desgracia. Juró dar reposo a sus huesos adecuadamente, una vez que Judd revelara el secreto de su paradero.

Pintarrajeó en la libreta que tenía delante. Weil. Ullman. Selkirk. Los Seis Secretos. Los tres virus. La llamada telefónica. Pensó un instante, y luego añadió: Bennett y Caldero.

La Gran Arpía había dicho que tenía oídos dentro de la organización de Kennison. Trazó una flecha desde Weil a los virus. Como presidenta, Weil tenía acceso a las oficinas de Johnson y Cheng. Y sin duda era capaz de haber plantado un virus en el sistema.

Y Ullman había dado a entender que sabía más de lo que debería. Kennison dibujó otra flecha, desde Ullman hasta los virus; y luego otra, desde Ullman a la llamada telefónica. Añadió varios retorcidos signos de interrogación. Eso explicaría claramente los tres virus. Weil. Ullman. Los Seis Secretos. Y la llamada telefónica habría sido uno de ellos, también. Pero probablemente no Ullman. Las bravatas no eran su estilo. Esbozó las flechas restantes, estudió los resultados, y suspiró.

Arrancó las dos primeras páginas de la libreta y las pasó por la trituradora. Era una práctica estándar al final de cada reunión destruir cualquier página de las libretas de cada sesión, pero solo Kennison tenía la imaginación para destruir también la

página en blanco que había debajo. Entonces se acomodó en su asiento y se desperezó. Se levantó y rodeó la mesa, quitando las primeras páginas de todas las demás libretas. Entonces regresó a su asiento y las frotó cuidadosamente cada una con el lado de la punta del lápiz.

Como de costumbre, el Hermano Nathaniel Johnson no había tomado ninguna nota. Había ventajas en tener un subordinado tan estoico y poco imaginativo como Johnson, pero también dificultades. Era difícil discernir lo que pensaba un hombre así; o si, de hecho, pensaba algo.

La libreta de Chang reveló varios caracteres chinos. ¡Ah, el Inescrutable Oriental! Kennison se había tomado una vez la molestia de buscar la traducción de los caracteres de la libreta de Cheng y descubrió que, traducidos libremente, decían: «Curiosón, ¿eh?». Sonrió para sí. Había ventajas y desventajas en tener subordinados listos.

La libreta de Selkirk tenía una serie de Qs retorcidas y entrelazadas, rodeadas por parras y flores. A Kennison le encantaban los garabatos expresivos y tenía en nómina a un psiquiatra experto por si había en ellos significados ocultos. Nunca se sabía qué información podía ser útil.

Mentalmente, añadió «archivo Q» a su propio garabato, ahora destruido. Ese era otro fragmento de información sobre los virus. ¿El archivo «Quinn» de los Seis Secretos? Posible. Posible.

Cuando salía de la sala de reuniones, saludó con la cabeza a Cheng, que estaba en su despacho trabajando ante su ordenador. Johnson, junto a la puerta, repasaba una lista con el programador jefe. Kennison llamó a la ventana de la sala de ordenadores y los saludó a ambos. Se detuvo ante unas cuantas mesas al salir e intercambié amabilidades con el personal, preguntando por cónyuges o hijos o aficiones. Era bueno cultivar el toque personal. La gente tal vez no seguiría a un líder con una visión, pero sí al que recordara sus cumpleaños y aniversarios.

El ascensor del cuarto de baño lo llevó en silencio al piso superior. Se encaminó hacia la puerta pero se detuvo cuando la tenía parcialmente abierta. Alan estaba usando el terminal del despacho de Kennison, y hablaba de manera muy animada. Kennison cerró con cuidado la puerta del cuarto de baño y apoyó la oreja contra ella.

—Te digo que necesitamos un núcleo estructural completo —decía la voz apagada. Kennison tuvo que esforzarse para distinguir las palabras—. Sí. Eso está confirmado. Estaban acuartelados en Oberlin, Ohio. —Pausa—. No, no sé dónde están ahora. —Pausa—. El conocimiento está demasiado repartido pero creo que podemos salvar algo... No, no te preocupes. Sé cuidar de mí mismo. —Pausa—. ¿Que hiciste qué? ¿Fue aconsejable? —Una larga pausa—. Ya veo. Vale. Hiciste bien. No tenías más remedio, no si iban a discutir sobre él. ¿Qué hay de Bernstein? ¿Sabe...? Bien. Que siga así. Y French... Muy bien. *Adieu*.

Kennison esperó un intervalo decente, luego se dirigió a la ducha y tiró de la cadena. En el lavabo, se echó agua helada en la cara. Apoyó las manos a ambos lados

del lavabo y boqueó. Entonces arrancó una toalla de papel del dispensador y se cubrió la cara. Cuando la retiró, miró los dibujos oscuros que había hecho el agua, como si pudiera ver en ellos su propio rostro. Entonces hizo una pelota con la toalla y la arrojó a la papelera, abrió la puerta del despacho, y entró en la oficina vacía.

Se sentó en la silla. Su silla, maldición. Y su mesa. Entonces marcó un número en el terminal. Con cuidado, Daniel. ¿Con quién había estado hablando Alan?

—Sí. ¿Bertie?... Aquí Kennison. ¿Podrías traer mi limusina? Bajaré en unos minutos... Gracias.

Cortó, marcó otro número.

—¿Señora mayordomo?... Saldré del despacho dentro de poco. ¿Podría por favor informar a la cocinera?... Sí, gracias.

Esta vez, cuando cortó, continuó hablando.

—¿Sabe qué está preparando la cocinera? —le dijo al fonocular silencioso. Marcó rápidamente el código que mostraba los números más recientes a los que se había llamado. Una mirada a la pantalla confirmó lo que se temía. No había registro de la llamada que Alan acababa de completar.

—Ya veo —dijo en voz alta—. Bueno, parece delicioso. Me muero de ganas. Adiós, señora mayordomo.

Colgó. En su destruida libreta de garabatos, colocó un signo de interrogación mental junto al nombre de Selkirk. Un signo de interrogación muy grande.

«Sé cuidar de mí mismo», había dicho Selkirk.

¿Seguro?, se preguntó Kennison.

VI

—¡SEÑORITA BENNETT! —dijo la conserje—. ¡Nos alegramos tanto de tenerla de vuelta!

Sarah miró a la mujer blanca, delgada y elegantemente vestida. No la había visto antes en su vida.

—Gracias, Helen —dijo—. Me encanta San Francisco. Ojalá pudiera venir más a menudo, pero... —Un gesto con la mano—. La presión del negocio, ya sabes. —Se volvió hacia el botones y le tendió una llave—. Lleva mis maletas a mi *suite*, ¿quieres? La gris al salón, la negra al dormitorio. ¿Hay algún mensaje para mí, Helen?

La conserje sacó un sobre de un casillero.

—Llamó un tal señor Caldero. Quiere que le telefonee usted en cuanto sea conveniente. —El botones ya no podía oírla, y la conserje añadió en voz baja—: Su *suite* está limpia. El nombre del botones es José. No es uno de los nuestros, pero lo conoció usted cuando «estuvo» aquí hace dos años. Y el Hermano Caldero se alojó hace tres horas. Tiene la *suite* que está justo debajo de la suya.

Sarah no salió de su personaje.

—Gracias, Helen. —Cogió el sobre—. ¿Puede telefonear al señor Caldero y preguntarle si quiere almorzar conmigo dentro de...? —Miró la hora—. Oh, digamos cuarenta y cinco minutos, en mi *suite*. Prepare una comida ligera. Sándwiches y entremeses. Agua mineral. Ya sabe.

—Por supuesto, señorita Bennett.

—Gracias.

Sarah se dirigió rápidamente a su *suite*, donde se quitó los guantes y el sombrero. El botones estaba esperando.

—Muy bien, José. Me alegro de volver a verte. —Le dio veinte dólares de propina.

Él se llevó dos dedos a la gorrita.

—Me alegro de tenerla de vuelta con nosotros, señora.

Cuando se marchó, Sarah se acercó a uno de los sillones y se derrumbó en él. Inspiró profundamente varias veces para calmar los latidos de su corazón. Esto era método de actuación pero con venganza. No estaba solo representando un papel, ni siquiera viviendo ese papel. Ella era el papel. Era Gloria Bennett.

Solo un puñado de personas en San Francisco sabía la verdad. Helen era una; y un hombre llamado Frank Chu del personal de mantenimiento del edificio, encargado de

las *suites* privadas. Pero no se atrevía a salir del personaje con ellos. Tendría que tener cuidado para mantener la personalidad en todo momento, incluso entre amigos. No creía que pudiera entrar y salir del papel sin volverse descuidada.

Sarah se levantó del sillón y se acercó a la ventana. El botones había abierto las cortinas y Sarah contempló la ciudad. En primer plano se alzaban Telegraph Hill y Russian Hill, la primera coronada por la graciosa columna aflautada de hormigón de Coit Tower. Un puñado de árboles formaban un tapiz vegetal en la base de la torre. En la distancia, las aguas azules de la bahía de San Francisco se extendían tranquilas y planas, y más allá, en la bruma de la mañana, los neblinosos páramos de los promontorios de Marín. El panorama quedaba enmarcado a la derecha por el puente de la Bahía y a la izquierda por el Golden Gate. Era una vista de la que ella no podría cansarse nunca. La mayoría de las casas eran de colores claros, y toda la ciudad parecía brillar al sol.

Un golpe en la puerta anunció la llegada del servicio de habitaciones, seguido de cerca por «Jimmy Caldero». Red dejó su grueso maletín en el suelo y abrió los brazos.

—¡Gloria! Ha pasado demasiado tiempo.

Sarah se acercó y él la abrazó.

—Jimmy, viejo truhán —dijo—. ¿Qué has estado haciendo? —Por encima de su hombro, ella vio al SuperEmpollón—. ¿Y este quién es?

Se soltó del abrazo de Red. Una carabina con acné, eso es lo que es. Red, eres un... Pero no se le ocurrió ninguna palabra para describir a Red.

—¿Recuerdas ese proyecto informático que discutimos por teléfono? Es uno de mis programadores estrella. Norris Bosworth; Gloria Bennett.

SuperEmpollón extendió una mano vacilante.

—Encantado de conocerla —dijo.

—Muy bien. Déjelo así. Nosotros mismos nos serviremos —le dijo Red a la chica del servicio de habitaciones. Hizo un gesto a Sarah—. No, Gloria, insisto. —Dio una propina generosa a la muchacha y esta se marchó.

Cuando la puerta se cerró, Red se desplomó en el sofá y extendió los brazos.

—Tomaré *roast beef*, mostaza, queso, y una rodaja de tomate, con pan de centeno. Sarah le tendió un plato a Bosworth.

—Hazte tu propio sándwich, Jimmy —dijo por encima del hombro—. No soy tu criada.

Red sonrió y contempló la *suite*.

—Como quieras. ¿Qué te parece el sitio?

—Lujoso. Lo vi tantas veces en los vídeos de entrenamiento que es como si ya hubiera estado aquí.

—Has estado —le recordó Red—. Varias veces. Helen te informará de todos los pequeños detalles que no aparecían en el material de entrenamiento. —Se levantó y se dirigió al carrito del almuerzo. Picoteó las viandas—. ¿Es esto lo mejor que saben

hacer? Tal vez deberíamos pedir una pizza.

Bosworth se sentó en el sofá y colocó el plato con el sándwich sobre sus rodillas. Sarah encontró una silla junto al escritorio y dejó su plato allí. Vio a Red preparar su sándwich.

—¿Cuándo nos reuniremos con Kennison? —preguntó.

—Dentro de poco.

—¿Va a venir aquí?

—En cierto modo. —Se dio la vuelta y mordió su sándwich. El jugo del tomate le corrió por la barbilla y se lo limpió con una servilleta—. Mientras tanto, ¿quieres oír lo que ha descubierto el chico? —Indicó a Bosworth—. Adelante. Díselo. Te encantará, Sarah.

SuperEmpollón miró de Sarah a Red y otra vez a Sarah.

—El Hermano Polovsky y yo terminamos el análisis de factores de las anomalías europeas. Teníamos una buena base con la que empezar, usando los puntos que recordabas de la lista de French. Pero resultó que Carson estaba equivocado después de todo. Pensaba que había identificado un tercer factor, pero en realidad era una mezcla de otros dos: los esfuerzos domésticos de los Seis más alguna derivación europea que impactó aquí. Ya sabes lo peliagudo que puede ser un análisis de factores. Hay fallos de cálculo... —Captó la expresión de Red—. Pero bueno, creemos haber identificado cuatro conjuntos de «huellas» en la digráfica europea.

—¿Cuatro? —Sarah se echó a reír—. ¿Cuatro? ¡Oh, eso no tiene precio!

—Sí —dijo Red agriamente—. Bien podríamos preguntar quién no estaba inventando la cliología por aquellas fechas.

—Por lo que podemos decir, una de ellas abortó casi inmediatamente —dijo Bosworth—. Probablemente se disolvió por disensiones internas. Dos de las otras se escindieron durante el último cuarto de siglo. El Dilema de Carson.

—Efm —dijo Sarah—. Aproximadamente al mismo tiempo que los Seis y la Sociedad Babbage.

—Eso es. —SuperEmpollón asintió ansiosamente—. La distribución de tiempos para fracasar está configurando un bonito PDF. Una distribución de valores extremos. Creo...

—Ve al grano, chico. Gloria podrá mirar los detalles más tarde, si quiere.

Bosworth se volvió hacia Sarah.

—Había cinco pistas que llegaban hasta la época de la guerra. Perdí una durante la primera guerra, y dos más se consumieron durante la segunda. ¿Y sabes qué? Los nazis descubrieron una y la destruyeron.

—¿Qué? —Sarah vio que Red se sorprendía también.

—No me dijiste eso.

—Mi buscador me informó justo antes de que saliéramos —replicó el joven—. Pensé que sería mejor darte la sorpresa.

—¿Sí? —Red se lo pensó un momento—. No me gustan las sorpresas.

—Es que no tenéis sentido del drama. Pues bien, husmeé en los viejos archivos nazis solo para ver si podía encontrar alguna referencia cruzada, y encontré un grueso *dossier* sobre un grupo llamado *Gemeinschaft für der historische Wissenschaft*, o GHW. Tenían su sede en Viena, y de algún modo Rohm y sus SA los descubrieron. La GHW eran adinerados y varios miembros clave eran judíos. Quiero decir, los nazis fueron siempre antisemitas, pero esto los puso frenéticos. Judíos y banqueros dirigiendo el mundo. Himmler los eliminó a todos, incluyendo los miembros «arios». Creo que Rohm intentó hacer un trato con ellos, porque Himmler se llevó por delante a toda la organización de las SA.

—La Noche de los Cuchillos Largos —dijo Red—. Entonces hubo algo más que rivalidades internas entre las SA y las SS.

—Eso parece.

—¿Y encontraste esta información en los archivos alemanes? —preguntó Sarah.

—*Ganz bestimmt, gnadige Frau* —respondió Bosworth—. *Auf Generalstaatsarchiv Berlin.*

Ella miró a Red.

—Entonces el gobierno alemán debe saber algo.

Red frunció el ceño y pareció inseguro.

—Tal vez —concedió—. Pero estos viejos archivos fueron escaneados para usar algoritmos de reconocimiento automático de caracteres. Podría ser que nadie los hubiera mirado. Un montón de alemanes trata de evitar por todos los medios darse cuenta de nada que proceda de esa época. Hubo alguna controversia respecto a colgar en la red archivos de la era nazi. Fue solo la presión por parte de Francia y Polonia e Israel lo que los obligó a hacerlo. —Sacudió la cabeza—. Desde luego has revuelto bien las cosas, muchacha.

—Las cosas fueron siempre así, Jim. Solo que no lo sabías.

—Sí, supongo que tienes razón. Supongo que es mejor saber sobre ellos. —Red se volvió hacia Bosworth—. Muy bien, termina. Háblale de las dos últimas sociedades.

Bosworth se encogió de hombros.

—No queda mucho que decir. Una de las dos supervivientes desapareció en los sesenta.

—Y entonces solo quedó una —anunció Red con una reverencia.

—Es difícil descubrir «clavos de herradura» más recientes que eso —les recordó Bosworth—. Las derivaciones pueden tardar décadas en aparecer.

—Mmmm —asintió Red, pensativo. Miró a Sarah—. Especula.

—Una de las supervivientes encontró a la otra y la eliminó.

—O viceversa. Sí, es lo que Norris y yo pensamos. —Era la primera vez que Red no llamaba a Bosworth «chaval», y Sarah advirtió cómo el joven se enderezaba en su asiento.

—Y entonces la ganadora empezó a preguntarse si habría otros rivales por ahí —

dijo Bosworth—. Como en Norteamérica.

Red arrugó los labios.

—Tiene sentido. Así que exploran durante un par de décadas hasta que empieza internet.

—Deben de haber plantado un parásito dentro de la red —dijo Sarah—. Algo que muestreara al azar archivos policiales y periodísticos y cosas así, y probara el tipo de pautas que haría una sociedad secreta. Como la pista de cadáveres que los Weil dejaron a su paso.

—Sí. Entonces tú encendiste las luces, y nos vieron a nosotros también. Bueno, al menos sabemos con cuántos nos enfrentamos. Los Seis Secretos, su hija, y este grupo europeo.

—Llámalos la Q —sugirió Sarah.

Red se golpeó los dientes con la uña del pulgar, pensativo. Miró a Sarah y asintió.

—¿Qué? Oh. Vale. La Q. Es un nombre tan bueno como cualquiera. —Hizo una pausa, y se frotó las manos—. Norris, quiero que te dediques a buscar la Q cuando vuelvas a Buffalo Creek. Si tienen un parásito en la red como Gloria cree, debe estar muy bien camuflado. No creo que los que están allí puedan localizarlo, así que échales una mano.

—Claro, Hermano Caldero. Creo que empezaré con una búsqueda de científicos de principios de mil ochocientos. Para averiguar quién era capaz de crear una cosa así. Esos viejos archivos no están tan bien camuflados.

—Vale, pero sé discreto. No dejes que sus gusanos localicen el rancho. Parecen tan peligrosos como Weil. Cristo, la manera en que esa Howard se mató... —Se estremeció.

—Howard debe de haberles informado, ¿no crees? —dijo Sarah.

Red la miró.

—Tal vez no. Vigilamos a los reclutas muy de cerca.

—La dejasteis irse a cabalgar por las montañas —señaló ella.

—Sí, pero ahí arriba no hay teléfonos. —Sonrió y miró a Bosworth—. Sé discreto de todas formas, ¿quieres, chaval? No me gusta correr riesgos.

El artilugio que Red aplicó al cristal de la ventana parecía una gigantesca ventosa. Sarah lo vio conectar los cables a sus ranuras y luego a un altavoz y una grabadora.

—No me lo puedo creer —dijo ella.

—Créetelo. Ven, ayúdame a apuntar esta cosa. —Se hizo a un y Sarah se acercó—. Así. Mira hacia allí y dime dónde están los retículos.

Red se inclinó sobre los mandos de la grabadora. Sarah cerró un ojo y miró con el otro a través del visor. Telegraph Hill apareció a la vista.

—Puedo ver Coit Tower —dijo.

—Demasiado al este. Gira ese mando. No, no, ese no. El tercero.

—Hay un montón de mandos en esta cosa.

Ella giró el instrumento y la vista cambió lentamente.

—¿Qué estoy buscando?

—Ese edificio alto de Greenwich. Planta número trece... excepto que la llaman la catorce. La segunda ventana de la derecha.

Sarah miró por la ventana y divisó el edificio. Entonces volvió al instrumento de calibración.

—¿Eso es Kennison Demographics?

—No —dijo Red—. Es un apartamento que ha alquilado con un nombre falso.

Sarah sacudió la cabeza.

—Sé que soy nueva en este juego, pero ¿no sería más fácil si fuéramos allí? — Enfocó por fin la ventana—. ¡Lo tengo!

—Muy bien, aguanta ahí. —Red hizo algo al altavoz y este empezó a sisear—. No, no sería más fácil. Porque no sabemos quién está vigilando. Él no quiere que lo vean con nosotros porque Ullman podría hacerse preguntas; y, sinceramente, yo tampoco quiero que me vean con él.

—¿A causa de Ullman?

—No, porque me preocupa con quién me vean.

—Oh, vamos, Jim. Solo lo he visto una vez, pero no era tan malo.

—¿Para ser un asesino múltiple, quieres decir?

—No dije que lo aprobara.

—Demonios, Sarah. Nunca has dicho que me aprobaras a mí.

Ella lo miró sorprendida. Él estaba encorvado sobre su equipo.

—Acabas de salirte del personaje.

Red miró los mandos. Hizo un ajuste.

—Danny Boy es un paranoico. Me llamó desde una cabina de teléfonos. Dice que no tiene nadie más en quien pueda confiar, y me preguntó si podía venir aquí con un experto en ordenadores. ¿Cómo podía yo rechazar una súplica tan enternecedora?

—Eso lo entiendo, pero ¿por qué los micrófonos parabólicos? —Indicó el elaborado equipo que Red había sacado de su maleta.

—Kennison ha limpiado su apartamento y está despejado, pero los aparatos de busca autónomos del sistema telefónico (el gobierno, la Sociedad, quién sabe quién más) buscan palabras clave en el tráfico. De esta manera, Danny puede sentarse en su apartamento y hablarle al aire. Nuestro micro lee las vibraciones de su ventana y las traduce a sonido. Nosotros hablamos con él de la misma forma. Nadie puede escuchar a menos que tengan parabólicas y sepan a qué ventanas apuntarlas.

Pulsó un interruptor y sonó una voz.

—... sé que estáis ahí. Os puedo oír hablar. ¿Podéis oírme? Responded, maldición.

Los altavoces chirriaron y Red saltó a un mando y lo giró.

—Acople —explicó—. Estás escuchando tu propia voz por nuestros altavoces. Y

nosotros la tuya. —Se volvió hacia la ventana—. ¡Conecta el filtro, maldición!

El chirrido se redujo a un bajo siseo.

—¿Está mejor?

Red encontró un asiento en el sofá. Se acomodó y se puso las manos tras la cabeza.

—Cojonudo, Danny. No, Gloria —añadió—, no te molestes con la grabadora. Se activa con la voz. Automáticamente.

—¿Estás grabando esto? —La voz de Kennison tembló un poquito.

—Claro. ¿Tú no?

—Desearía que no lo hicieras.

—Vale. —Red esperó un segundo—. Ya. Está apagado. Ahora, ¿qué querías?

Ignoró la mirada acusadora de Sarah pero escribió algo en una libreta que había colocado en el brazo del sofá. Le tendió la libreta y ella leyó:

Todo vale en el amor y en la guerra.

¿Y cuál es cuál?, se preguntó Sarah.

Kennison les habló de la elección del Consejo, de la que ellos solo habían oído rumores. Del plan de Selkirk, y su aparente traición. Red garabateó otra nota: Dilema de Carson: La Sociedad se está rompiendo otra vez. Parecía claramente alegre. Así que Sarah le quitó la libreta y escribió a su vez: Igual que los Asociados. El grupo de Red. Y a Red no le pareció que fuera tan gracioso.

—¿Por qué necesitas a los Asociados, primo? ¿Estás pensando en unirse a nosotros? —Red hizo gestos como de querer vomitar, señalándose la garganta con dos dedos.

—No necesito a los Asociados, solo a ti y a tu amigo.

—Irás tirando con un poco de ayuda de los amigos, ¿es eso?

—Exactamente.

—Vaya, Danny. No estaría mal si tuvieras amigos.

—Sé dónde está Dennis French.

Sarah se sacudió como si la hubiera atravesado una descarga eléctrica. Se volvió y miró hacia la ventana. Podía ver el apartamento de Kennison en Telegraph Hill. El sol de la mañana chispeaba en las ventanas. Se protegió los ojos del resplandor.

—¿Dónde está? —preguntó. Se sentía tonta hablando al aire. Kennison era un fantasma en la habitación.

—Ah, señorita Bennett. ¿Es usted la experta en informática que ha traído James?

—¡Eso no importa! ¿Dónde está Dennis?

—¿Me ayudarán?

Red estaba haciendo gestos de advertencia con las manos.

—Sí. Hable ahora.

Red hizo un exasperado gesto de encogerse de hombros, pero Sarah lo ignoró.

—Muy bien. Pero lo primero es lo primero. —Hubo un largo momento de pausa antes de que Kennison volviera a hablar—. He decidido dejar la Sociedad y establecerme por mi cuenta. Planeo llevarme mi compañía conmigo.

Sarah miró a Red, quien alzó las cejas.

—Eso va a ser difícil, Danny. Sobre todo si planeas sobrevivir. —Red escribía furiosamente en su libreta.

—Planeo seguir cuatro pasos. Primero, bajo una personalidad secreta que mantengo, compraré una firma establecida que trate de, digamos, seguros o asesorías financieras. Una compañía que pudiera establecer plausiblemente una subsidiaria en la opinión pública. En segundo lugar, copiaré los bancos de datos de KD en esa nueva base. En tercero, corromperé la base de datos original para que sea inútil para Ullman y su ralea. En cuarto lugar, moriré y resucitaré con mi nueva personalidad.

—¿Después de tres días? —preguntó Red.

—De lo que haga falta —dijo Kennison.

—¿Y nosotros dónde entramos?

—Había planeado originalmente usar a mi protegido, Alan Selkirk, para el trabajo informático. Su plan original, como te dije, era simplemente suministrar datos corruptos al Consejo, mientras ocultaba una base de datos «limpia» en una localización secreta. No sabe que pienso dar un paso más, y no tengo ninguna intención de decírselo. Ya no me fío de él. Sospeché que está conchabado con Ullman o con vuestros Seis Secretos. Por eso os necesito: para verificar la integridad de mis sistemas y para que me ayudéis a copiarlo en el sistema anfitrión que seleccione.

—El trabajo parece bastante sencillo —le dijo Red al cristal de la ventana.

—También me gustaría vuestra ayuda para establecer el trato con la compañía seleccionada. Para evitar atraer atención no debida hacia mí mismo, sería mejor crear un consorcio de arbitraje con varios socios.

—Hmmm —Red miró a Sarah y Bosworth—. Podríamos llamarlo Caldero, Bennett y...

Dejó la frase en el aire, y hubo un momento de vacilante silencio.

—Caldero, Bennett y Ochs —dijo Kennison después de un rato—. Fletcher Ochs será el nombre de vuestro asociado.

—Me muero de ganas por conocerlo —comentó Red secamente—. ¿Has seleccionado ya una firma?

—En realidad, tengo varias en mente; pero hay una que parece especialmente prometedora, una firma inversora con un registro de éxitos impresionante. No parecerá sospechosa si la adquirimos y empezamos a usar análisis cliológicos para aumentar sus ganancias. Nadie se sorprende cuando los ricos se hacen más ricos. Ni sería irracional que ellos establecieran un brazo de investigación de mercados. Encajaría bastante bien con su perfil.

—Ajá. ¿Tiene un nombre esa firma?

—Sí. Detweiler, Barron y Stone.

—Nunca he oído hablar de ellos.

—Son una antigua firma de Boston, pero trabajan en las bolsas de Nueva York y de Boston. —Una larga pausa y un suspiro—. Boston, ay, no es San Francisco, pero qué se la va a hacer.

Sarah se acercó a las ventanas. Se asomó y miró hacia el apartamento de Kennison. Las montañas, la chispeante ciudad blanca, el Golden Gate. No esperaba sentimiento auténtico por parte de un monstruo.

—Echará de menos San Francisco, ¿no?

—¿Y quién no? No hay otra ciudad igual, señorita Bennett. En todo el mundo. Rudyard Kipling dijo una vez que su principal inconveniente era la dificultad de marcharse.

Red tarareó la vieja canción de Tony Bennet: Dejé mi corazón... Sarah se volvió y lo miró con el ceño fruncido y él se calló. Red no debería burlarse de los amores privados de nadie, ni siquiera de Kennison.

—Muy bien —anunció Red—. Concertaré un almuerzo con la gente de Detweiler. ¿Cómo sabes que quieren vender?

—No lo sé, pero todo el mundo tiene un precio. Solo necesitamos averiguar cuál es y ofrecerlo.

—¿Sí? Pero nada de cabezas de caballo en la cama. ¿De acuerdo? Ese no es nuestro estilo. ¿Cómo nos ponemos en contacto con Fletcher Ochs para informarle de la reunión?

—Yo contactaré con vosotros cuando sea seguro.

—Mira: es tu cuello el que intentamos salvar. No hay nada en juego para nosotros.

—Está Dennis French.

—Sí. Si realmente sabes dónde está.

—Para cuando cerremos el trato, lo sabremos.

Dejaron los aparatos en su sitio. Por si acaso, les dijo Red. Sin embargo, colocó varios pequeños artilugios que parecían arañas mecánicas a la ventana. Cuando las conectó, sus patas empezaron a golpear. Red explicó que al fijar un número grande de vibraciones no sincronizadas en el vidrio de la ventana, podría frustrar cualquier intento de «leer» las conversaciones en la habitación. El resultado de tantas pautas aleatorias era que se cancelaban unas a otras.

Le pidió a Bosworth que montara guardia mientras llevaba a Sarah a cenar. Si se aburría, podía trabajar en el problema informático que Kennison había esbozado. A Bosworth no le hizo mucha gracia, pero no puso pegas.

—Divertíos —dijo—. Pero aseguraos de volver antes de medianoche.

Por algún motivo, Red pensó que eso era divertido.

Cuando entraron en el ascensor, Red pulsó el botón de su propia planta.

Sarah se lo quedó mirando.

—¿Te has olvidado algo? —preguntó.

—No.

La puerta se abrió y él la condujo a su *suite*, donde había una mesa para dos preparada en el salón. Una rosa roja en un jarroncito adornaba el mantel blanco. Las comidas, cubiertas, bajo lámparas de calor portátiles. Las cortinas estaban echadas, la habitación iluminada por velas gemelas en candelabros dorados.

Sarah miró la disposición.

—Creí que ibas a sacarme a cenar.

—No pude conseguir una reserva.

—¿No es esto un poco íntimo?

—No, es muy íntimo. ¿Te molesta? Podría hacer que el personal del hotel nos sirviera. —Le sujetó la silla.

Ella suspiró y se sentó.

—No te hagas ideas.

—Demonios, no he tenido una idea así desde jumo de 1990.

Sarah advirtió que él no la miraba a los ojos. Lo vio introducir un CD en el reproductor. Había muchas cosas de sí mismo que Red mantenía ocultas. Entre los dos se alzaba una pared de vidrio. Ella podía verlo, oírlo. Podía acercarse a él cuanto quisiera; pero de algún modo, no podía tocarlo.

Red pulsó el botón de reproducción y un arpa solitaria llenó el aire. No un concierto de arpa, con sus rítmicas resonancias, sino un arpa curiosa, metálica, que le hizo pensar en castillos y reyes.

—Es una *clairseach* —explicó Red cuando ella le preguntó—. Un arpa irlandesa, templada en bronce, y que se toca con las uñas. La música es de O Carolan. Vivió a finales del siglo dieciocho. El último de los antiguos arpistas gaélicos. Esta pieza en concreto se llama O Flamn.

Comieron en silencio, disfrutando de la comida y de la música. Red rompía el silencio tan solo ocasionalmente, para anunciar el título de una canción. Antiguas melodías medio recordadas transmitidas por violinistas del país, resucitadas por bailarines de las montañas y músicos de blues del Delta. Sarah miró a Red al otro lado de la mesa y él sonrió y asintió. De algún modo, no había nada incómodo en la falta de conversación.

Ella pensó en la petición de ayuda de Kennison. Era un tipo extraño. Repulsivo, pero al mismo tiempo atractivo. Medio demonio, medio caballero. Pero ¿no se retrataba siempre al demonio como un caballero? Kennison era un jefazo de la Sociedad, y sin embargo ahora quería dejarla. No por repulsión moral, sino simplemente porque sus ambiciones habían sido frustradas. Y Red lo ayudaría, no porque aprobara las ambiciones de Kennison, sino porque haría cualquier cosa por frustrar el programa de la Sociedad. Y así, por el momento, los tres eran curiosamente aliados de guerra. Sarah se preguntó si Kennison sabía realmente algo del paradero de

Dennis. Le había pedido que pinchara su propio teléfono en Kennison Demographics, pero ¿cómo ayudaría eso a localizar a Dennis?

La música se detuvo y Red volvió la cabeza hacia los altavoces.

—La que viene ahora se llama Fanny Power. Fanny era la hija del patrón de O Carolan y él escribió esta pieza para su boda. Quería que la oyeras porque no quería que pensaras que solo hay una melodía perfecta en el mundo. —Hizo a un lado sus utensilios y apoyó los brazos sobre la mesa. Miró al infinito.

La música empezó de manera sencilla, con una melodía graciosa y sin afectación que flotó a través de los registros superiores. La siguió una contramelodía más baja que la complementaba. Entonces el arpista empezó a alternar las frases, adornándolas con notas y arpeggios de cristalina elegancia. Gradualmente la música se fue haciendo más plena y más grandiosa, creciendo hasta un gran clímax de donde emergía la melodía simple original. Entonces el arpa guardó silencio, los tonos titilando en el aire.

Red se quedó callado unos instantes; entonces, cuando el CD empezó otra canción, se estremeció.

—¿Bien? —preguntó—. ¿Qué te parece?

Sarah se sorprendió al ver que sus ojos estaban húmedos.

—Ella debió ser muy hermosa.

Él la miró.

—¿Quién? —Y su voz de pronto sonó cauta.

—Vaya, Fanny —Sarah suspiró—. Hay magia en la música de ese viejo, si puede hacernos llorar por la belleza de una mujer que murió hace dos siglos.

—Ah, sí. Fanny. —Había una expresión distante en los ojos de Red, y ella sintió la tristeza en su voz—. Supongo que lo era. Hermosa, quiero decir. Pero la belleza está en los ojos de quien la contempla, ya sabes. Y O Carolan era ciego.

VII

—¿ÁRABIA SAUDI? —Adrian Detweiler Quinto arrugó los labios y miró cara a cara a todos los que ocupaban la mesa de conferencias—. Arabia Saudí —repitió el anciano.

Red mantuvo una expresión neutra y dejó que Kennison se encargara de la discusión. No es que importara. Ya era obvio que el viejo no iba a vender, que nunca vendería, que nunca había tenido ninguna intención de vender. No cuando eras el quinto Adrian Detweiler consecutivo y la Firma llevaba en tu familia siglo y medio.

Red miró a Sarah, que estaba sentada en el extremo opuesto de Kennison, e hizo un gesto con las cejas; ella le dirigió a cambio una mirada de «¿Quién sabe?». Bien. Sarah había sacado la misma conclusión que él. Las negociaciones eran una charada. Una pérdida de tiempo. Solo Kennison parecía ajeno al hecho. Pero claro, para Fletcher Ochs esto era un asunto de vida o muerte.

—Arabia Saudí se considera una inversión bastante segura —dijo Detweiler.

¿Entonces por qué estaban tan obsesionados con esta proyección?, se preguntó Red. Kennison había argumentado (y Sarah se había mostrado de acuerdo) que debían demostrar que eran más astutos que el pretendiente corporativo normal. Una firma de tanto éxito como D, B and S no iba a venderse a unos aficionados. Así que habían preparado un número de proyecciones lo suficientemente dramáticas para impresionar a Detweiler con su sabiduría.

Kennison sonrió.

—Señor, no deseamos divulgar nuestros métodos. Baste decir que nos basamos en datos de información inusualmente precisos sobre las condiciones en ese lugar. Es inminente una revolución fundamentalista, digamos dentro de los próximos cinco años. Nos hemos estado apartando en silencio de nuestros propios intereses.

—¿De veras? —Detweiler arrugó los labios. Frunció el ceño y se volvió hacia el hombre que tenía al lado—. Señor Stone, ¿qué tiene que decir?

—Aceite de serpiente, señor —respondió el socio más joven con agudo y nasal acento de Harvard—. Y si la señora Barron estuviera aquí, diría lo mismo, estoy seguro. —Se volvió hacia Kennison—. Esto es Boston, señor Ochs. No nos gustan sus sibilinos modales de Manhattan, con su dinero rápido y sus bancarrotas aún más rápidas. D, B and S ha escapado bastante bien en los últimos ciento cincuenta años haciendo negocios a la antigua usanza.

La galería de retratos de ceño fruncido que alineaba la sala de reuniones de D, B and S mostraba su coincidencia. Estólidos y hoscos cuadros de Nueva Inglaterra

colgaban de estólidas y hoscas paredes de Nueva Inglaterra. Los Adrian Detweilers, I al IV, miraban con importancia desde los oscuros paneles de roble. Red se preguntó cómo sería tener antepasados numerados.

Sarah se inclinó hacia delante.

—¿Es parte de la antigua usanza de Boston insultar gratuitamente a los invitados? Detweiler la miró.

—¿Usted perdona, señorita Bennett?

—Lo que la señorita Bennett quiere decir... —dijo Kennison, con una nerviosa mirada a Sarah.

—Soy bastante capaz de decir lo que quiero decir, Fletcher. —Ella clavó sus ojos en Stone—. Accedí a participar en este acuerdo porque parecía una buena inversión y un modo de conseguir ciertos objetivos que he fijado en mi vida personal. Creemos que, entre nosotros tres, tenemos recursos valiosos que pueden aumentar la posición de la firma. Interrumpí un viaje de vacaciones a San Francisco para estar presente en esta reunión. Había sido un vuelo largo y agotador, y no aprecio que me llamen «vendedora de aceite de serpiente». Y, señor Stone, yo también hice mi fortuna a la antigua usanza. Pero arranqué de cero. ¿Y usted?

Detweiler no apartó los ojos de Sarah. Se pasó la mano por la barba blanca tipo comodoro Vanderbilt. Entonces asintió y sonrió como un abuelo.

—Pida disculpas a la señora, por favor, señor Stone. Tiene razón.

Stone dirigió una rápida mirada a su socio, luego inclinó la cabeza.

—Lo siento. He sido descortés. Pero es la postura de nuestra Firma que la manía de las opas ha sido la plaga de los negocios americanos. Desvía capital que se podría invertir mejor en investigación y mantenimiento de equipo, y no beneficia a nadie más que a los japoneses y los europeos. Nos negamos a ser parte de todo eso.

Como disculpa, pensó Red, tenía sus pegajos; pero sabía que Sarah había hecho un tema del insulto para poner a Detweiler a la defensiva. Menos mal que la tenemos. Había pasado más tiempo en este tipo de negocios de toma y daca que él o Kennison. Tendríamos que haberla nombrado negociadora jefe. Detweiler, estaba seguro, había reconocido su estratagema y había zanjado el asunto rápidamente en vez de alargarlo. De hecho, Red se preguntó si el insulto de Stone había sido igual de calculado.

Detweiler continuó observando a Sarah, para creciente malestar de Red. ¿Qué encontraba el viejo tan fascinante en ella? No le había quitado los ojos de encima desde que habló por primera vez. ¿Era un viejo verde? El hecho de que Detweiler encontrara atractiva a Sarah era vagamente incómodo.

Olvídalo, se dijo. Estos brahmanes de familias antiguas de Boston nunca cruzaban la línea del color, excepto para tirarse a alguna doncella ocasional. Y además, ¿a él qué le importaba?

Decidió que solo había un motivo para reunirse con un posible comprador cuando no tenía ninguna intención de vender. Y era un intenso interés en los compradores mismos. No querían esta reunión para vendernos su compañía. Solo querían vernos.

Tal vez para curiosear amablemente. «No nos interesa ahora mismo, gracias; no este trato. Pero tal vez podamos hacer otros negocios juntos».

Si no podemos comprar a D, B and S ahora mismo, podríamos formar una empresa conjunta, digamos en encuestas demográficas. Una empresa conjunta le vendría bien a Red, pero no estaba seguro de lo que diría Kennison. Los símbolos de poder significaban tanto para él como el poder mismo. A Red no le importaba si Kennison poseía su propio agujero o si lo «alquilaba» a D, B and S mientras saboteara a la Sociedad en el proceso; pero a Kennison probablemente le importaba mucho.

Normalmente, a Red no le importaría lo que le importaba a Kennison; pero Kennison tenía algún tipo de pista sobre el paradero de Dennis French, y eso significaba que a Sarah le importaba. Odiaba depender de Kennison para nada. Había algo sucio en aquel hombre. Y era más repelente cuando actuaba de manera más encantadora.

Detweiler fue amable pero firme. Stone fue igualmente firme y considerablemente menos amable. Barron ni siquiera acudió a la reunión. Cuando Detweiler, por fin, rechazó formalmente la propuesta, Kennison empezó a subir la oferta, pero Red y Sarah le dieron ambos una patada bajo la mesa. Nunca demuestres a tu oponente lo ansioso que estás. Incluso Red sabía eso del negocio de compra y venta.

Aún más, sospechaba que el viejo Detweiler se ofendería por una oferta de más dinero. El precio sugerido había sido justo. Ambas partes lo reconocían. Pero la negativa de Detweiler se basaba en principios, y la gente no los vende por dinero. Por otras consideraciones, tal vez: pero nunca por dinero.

La reunión terminó amistosamente a las dos en punto. Incluso Kennison consiguió proyectar un afable saber perder. Detweiler sirvió unas copas. Brindaron por las buenas fortunas mutuas y se marcharon con un clamor de apretones de manos. Detweiler (¡el viejo chivo!) incluso le dio a Sarah un beso en la mejilla.

Recorrieron el pasillo y atravesaron el departamento de contabilidad. Sarah había cogido a Red por el brazo, como si él fuera su escolta; y Red sintió un extraño escalofrío ante el leve contacto de su guante en la manga. Miró atrás una vez y vio a Stone y Detweiler en animada conversación en la puerta de la sala de reuniones.

El contacto de Sarah en su brazo se apretó. Él la miró, pero ella no dijo nada. Sin embargo, notó que estaba alarmada. Escrutó la oficina buscando la fuente, pero solo había contables y analistas del personal, mostrando diversos tipos de desinterés en los invitados que se marchaban.

Se volvió hacia ella y lo miró, interrogante.

—Luego —susurró Sarah.

Encontraron una pequeña cafetería en una calle lateral justo al salir de State, en el centro de Boston. Red ordenó tres tazas, leche, sin azúcar. Cuando la camarera se marchó, extendió las manos.

—Bien, ha sido un buen intento. ¿Qué viene ahora, Fletch? Tenías algunas opciones alternativas, ¿no?

Kennison no tocó su café.

—Varias —admitió—, pero ninguna tan adecuada como esta. El historial de éxitos de Detweiler habría sido un camuflaje admirable. Con las otras firmas de mi lista, atraería una atención indebida si me hiciera demasiado rico demasiado pronto. Provocaría preguntas que es mejor no responder.

—Bueno, la paciencia lo es todo —le dijo Red—. Lo importante es establecerte por tu cuenta. En algún lugar donde a Ellos no se les ocurra buscarte.

—No —dijo Sarah—, lo importante es averiguar a qué juegan D, B and S.

Fue una observación inesperada. Red la miró y vio que ella estaba mirando la taza como si fuera una lectora de posos de té.

—¿Qué fue lo que viste? —le preguntó.

—A Jeremy Collingwood.

—¿Quién?

Kennison alzó la cabeza.

—¿Collinwood? ¿De Denver? Pero lo mataron, ¿no? ¿Qué estaba haciendo allí?

Porque D, B and S tienen un programa de retiro realmente bueno... Red combatió el impulso de decirlo en voz alta. Hubo un momento de silencio. La caja registradora del mostrador sonó y la cajera hizo una observación a un cliente que se marchaba. Los hombres de la barra se rieron. Las campanitas de la puerta de entrada tintinearón. Kennison frunció el ceño y tomó un sorbo de café.

—¿Estás segura?

Sarah sacudió la cabeza.

—No lo conocía tan bien, pero no podría equivocarme.

—Ese Collingwood podría haber sobrevivido a la explosión —dijo Kennison—, y haberse venido aquí simplemente para romper con el pasado.

—No, no habría dejado de buscar a Dennis.

—¿En Detweiler, Barron and Stone? —preguntó Kennison.

Sarah extendió la mano por encima de la mesa y agarró la muñeca de Red.

—Jimmy. ¿Y si son jugadores?

—¿Quién? ¿Detweiler? ¿Ese abuelo sonriente con su traje de tres piezas?

No podía imaginarse al viejo formando parte del juego. No tenía el perfil. Stone. Bueno, Stone era otro cantar. El socio más joven era frío.

—Sí. ¿Y si rescataron a Jeremy de la bomba?

—¿Por qué querrían hacer eso? —preguntó Kennison.

—Tal vez porque no les gusta que maten a nadie —le contestó ella.

—¿Entonces por qué no rescataron a todo el mundo? —replicó Kennison razonablemente.

—Vale, tal vez Jeremy sobrevivió a la explosión por su cuenta. El equipo de estudio de la UD descubrió algo y los mataron por ello, pero Jeremy ha seguido a Dennis hasta D, B and S.

—Eso ahora no importa —dijo Red. Cristo, podrían seguir con esto hasta que las ranas criaran pelo. Crearían y destruirían un millar de escenarios y ninguno de ellos sería adecuado. Necesitaban algunos hechos comprobables—. Muy bien —decidió—. Tenemos que hablar con Collingwood, y necesitamos saber más sobre D, B and S. Nuestra gente aquí en Boston puede averiguar dónde está viviendo Collingwood y plantarle un micro, y yo haré que Bosworth investigue el pasado de D, B and S.

—¿Cuándo sabremos algo? —preguntó Sarah.

—Mejor que no nos apresuremos —dijo Kennison—. Si son también jugadores, no queremos alararlos. Y si Collingwood está con ellos de incógnito, no queremos volar su tapadera.

Red sonrió. A Kennison le preocupaba que descubrieran por mí cuenta el paradero de Dennis, porque entonces perdería su ventaja sobre Sarah.

No te preocupes, Danny Boy. Yo nunca pasaría por alto la oportunidad de corromper tu base de datos. Pero no pudo resistir la oportunidad de hacer sudar a Kennison. Bebió de un trago el resto de su café y se puso en pie.

—¿Cuándo sabremos algo? —Abrió su teléfono móvil—. ¿Qué tal ahora mismo?

Pulsó una clave codificada privada y marcó un número 800. La voz que le respondió no perdió el tiempo en amabilidades, sino que le pidió bruscamente su número. Red se apartó de Kennison e introdujo su código y el de Bosworth en el rancho.

Esperó impaciente la conexión. Kennison tenía razón en una cosa. La prisa era mala consejera. Si D, B and S eran los Seis Secretos, o una avanzadilla del grupo europeo, no sería aconsejable avanzar a tontas y a locas. Hacía falta una investigación muy discreta.

Bosworth se puso al teléfono.

—Hermano Caldero. Acabo de dejar un mensaje para ti en el hotel...

—Ahora no hay tiempo para esas cosas, chaval. Tenemos un trabajo para ti. Prioridad una.

—Esto es una emergencia, Jimmy.

¿Jimmy? Red apartó el teléfono de su cara y miró el fonocular. Fuera lo que fuese que iba a decirle Bosworth, no iba a gustarle.

—Muy bien, chaval. Tienes mi atención.

—Las alarmas conectadas a «Caldero» y «Bennett» se dispararon esta tarde. Alguien intentó colarse en vuestros archivos confidenciales. Ya sabes. Seguridad social. Fecha de nacimiento.

—¿Qué hay de «Ochs»? —Kennison alzó la cabeza y pareció alarmado.

—¿Tenía que vigilar ese archivo también?

—Sí. La política hace extraños compañeros de cama. —Y no los había mucho más extraños que Dan Kennison—. ¿Dónde apareció el globo, y cuándo?

—Dame un momentito. Lo buscaré. —Hubo una pausa—. Un nodo de internet en Boston a las, uh, dos treinta y cinco de esta tarde. No accedieron a nada sensible.

Las dos treinta y cinco. Justo después de que salieran del despacho de Detweiler. Vaya, vaya. No perdían el tiempo. Eso tenían que reconocérselo.

—Aquí viene —dijo Bosworth—. Déjame comprobarlo. —Una pausa—. Tenías razón. El mismo terminal intentó también acceder a los archivos de «Ochs». ¿Alguna idea de quién era?

—Sí, creo que sí. Pero no estoy seguro de por qué.

Informó a Bosworth de su visita a D, B and S y la misteriosa presencia de Jeremy Collingwood.

—¿Puedes colarte en su sistema y explorar por nosotros? ¿Sin que ellos lo sepan?

—¿Lleva el Papa un sombrero raro?

—Muy bien. Averigua lo que puedas. Rápido. Luego reúnete con nosotros en la *suite* de San Francisco, digamos... el jueves.

—Puedo hacerlo, jefe.

Red colgó el teléfono y se quedó callado unos instantes, tratando de organizar sus pensamientos. Así que D, B and S estaban investigándolos. Una firma legítima podía recabar datos sobre la gente con la que hacía negocios. Pero si ese era el caso, ¿por qué hacerlo después de rechazar la oferta? Tenía que haber algo más.

Era inútil especular. Nunca vayas más allá de los datos que tienes a mano. No hagas deducciones hasta que la deducción sea razonable. Él había olvidado ese precepto solo una vez, y mira dónde lo había llevado. No, lo único eran los hechos: A. Alguien de Boston estaba husmeando. B. Lo habían hecho inmediatamente después de que él y sus compañeros salieran de D, B and S. Y C. Jeremy Collingwood estaba sentado en aquel departamento de contabilidad. Y A más B más C eran igual...

¿Quién sabía? Nunca fue bueno con la maldita álgebra.

Jeremy no estaba seguro de cómo se sentía por haber sido aceptado en Detweiler, Barron and Stone. No había sido exactamente una decisión libre por ninguna de las dos partes. No solo eso, sino que por algún extraño quiebro, había sido aceptado como una especie de líder: lo cual solo confirmaba su juicio previo de que D, B and S eran novatos. Con todo, eso podía acercarlos un poco más a Dennis. Ahora tenía recursos. Tenía ayuda poderosa. Gente cuya incertidumbre les hacía querer averiguar cosas tanto como él.

Pero ¿por qué le había pedido Detweiler que se sentara en la oficina con los

contables? La contabilidad era lo último que tenía en mente hoy en día.

Como los demás, miró con curiosidad al trío de negociantes que ya se marchaba. Por la oficina había corrido el rumor de que se trataba de una opa, pero Jeremy no veía cómo eso era posible. D, B and S era una empresa sólida; y considerando la verdadera naturaleza de su negocio, era inconcebible que vendieran.

Los tres visitantes causaban una impresión interesante. Un caballero alto y de aspecto distinguido. Un hombre bajo y fornido, que habría parecido más a gusto en una obra que en una sala de juntas. Una esbelta mujer negra con el pelo trenzado.

—Caldero, Bennet y Ochs —le susurró la mujer de la mesa de al lado. Jeremy asintió. Se preguntó quién era quién. La mujer negra lo vio mirándola y se envaró. No te preocupes, pensó él. No eres mi tipo.

Cuando se marcharon, Peter Stone apareció en la puerta. Llamó a Jeremy.

—Collingwood, venga aquí un momento, por favor.

Jeremy se levantó, se alisó los puños y se enderezó la corbata. No le caía muy bien Peter Stone y sospechaba que el sentimiento era mutuo. Parecía que el hombre usaba un limón como pasta de dientes. Stone se hizo a un lado cuidadosamente mientras Jeremy entraba en la sala de reuniones. Jeremy sonrió para sí. No te preocupes: tú tampoco eres mi tipo, pensó. Demasiado sombrío y concentrado.

El viejo Detweiler le estrechó firmemente la mano. No había reservas por su parte. Ninguna hostilidad enterrada. ¿Eran así los viejos ricos? ¿Nobleza obliga, o era solo que no tenían las inseguridades de los nuevos? Detweiler obviamente temía tan poco un ávido ataque homosexual como lo temía Stone.

Sonrió y tomó asiento a la mesa junto a Jennie Barron, la hija de Detweiler, que también había sido convocada a la reunión. Stone tomó asiento al otro lado. Barron miró de reojo y se agitó un poco, y Jeremy contuvo una risita. ¿Sabía Stone que Barron reaccionaba a él igual que él reaccionaba a Jeremy? Probablemente no.

—Jeremy —dijo Detweiler—. ¿Se fijó usted en esa mujer negra y alta que acaba de marcharse? ¿La que dice llamarse Gloria Bennett?

Jeremy se volvió hacia la cabecera de la mesa. Asintió con cautela.

—No particularmente. Pero sí la vi. ¿Por qué?

—Porque mi padre tiene fantasías paranoicas —dijo Barron.

Jeremy la miró por encima del hombro.

—Os digo que es Sarah Beaumont —insistió el anciano—. Antes de marcharse, le di un beso en la mejilla, para poder mirar más de cerca. Tenía una cicatriz justo aquí... —Se pasó un dedo tras la oreja izquierda—. Típica de la cirugía plástica.

—¡Papá, millones de personas se someten a cirugía plástica! No se parecía en nada a las fotos.

—Jeremy —dijo Detweiler—, ¿parecía familiar? La cirugía plástica normal, como mi hija sabe muy bien, simplemente elimina las arrugas o la forma de la nariz. Hay límites a lo que pueden hacer. La nariz. Las mejillas. La piel alrededor de los ojos. Pero la estructura ósea subyacente no puede alterarse, como no se trate de un

accidente desfigurador. Piense, Jeremy.

¿Sarah Beaumont? ¿La amiga de Dennis? Su pulso redobló y empezó a sentirse mareado. ¿Tenía razón Detweiler? Cerró los ojos y recordó la cara de Beaumont. Finalmente, negó con la cabeza.

—¿Cómo puedo decirlo? No sabía por qué me quería ahí fuera o de otro modo habría...

—No quería influirle. Ah... —Se volvió hacia la puerta—. ¿Consiguieron las fotografías?

Herkimer Vane y Gwynn Llewellyn entraron en la sala de reuniones. Vane iba vestido con uniforme de portero. Parecía un almirante, espléndido con tantos lazos y galones. Gwynn colocó las fotos sobre la mesa.

—Les echamos un buen vistazo cuando salían del edificio. Los otros dos eran desconocidos, pero no hay ninguna duda de que el tipo alto era Daniel Kennison.

—¿Kennison? —dijo Stone—. ¿De Kennison Demographics? ¿Por qué iría...? Oh.

—Sí. Y también supuestamente Kennison de la Sociedad Babbage.

—Entonces la mujer negra no era Beaumont —dijo Jeremy—. Ella descubrió a la Sociedad. Mataron a su amigo y trataron de matarla a ella y a Dennis. No estaría con ellos.

Detweiler se encogió de hombros.

—Puedo imaginar al menos cinco escenarios donde Kennison y ella aparecerían juntos. Lo que no comprendo es por qué aparecieron aquí. Nuestros cliometristas nos han asegurado de que no hay ningún atisbo de nuestra existencia en el registro histórico y ninguno de nuestros archivos relacionados con la cliología son accesibles desde internet. ¿Qué es lo que hace entonces la Sociedad Babbage ante nuestra puerta?

—Si la Sociedad Babbage estuviera ante su puerta —dijo Gwynn—, su puerta habría volado de sus goznes.

Una súbita llamada los hizo a todos dar un respingo, y Jennie Barron se rio, apurada. Jim Doang entró con otro hombre a quien Jeremy no conocía. Este último iba vestido con la casulla del sacerdocio científico.

—Los archivos públicos de esas tres personas están limpios —dijo—. Todos tienen datos en papel que llegan desde su nacimiento hasta hoy. No hay nada que parezca raro.

—Naturalmente que nada «parece raro» —dijo Detweiler—. Excepto que Fletcher Ochs se parece mucho a Daniel Kennison.

El teléfono de la sala sonó. Doang, que era quien estaba más cerca, lo atendió. Escuchó un momento, y luego se lo tendió a su acompañante.

—Es para ti. —Tomó asiento en la mesa, junto a Vane—. Hola, Herkimer. Gwynn.

Jeremy sintió un cambio en la atmósfera de la habitación. Barron y Stone

parecían más reservados. Habían saludado a Vane amablemente pero apenas le habían hecho caso a Doang y Llewellyn. Los chicos nuevos del barrio. D, B and S habían estado muy cómodos durante mucho tiempo, y no les gustaba la manera en que su mundo se había puesto patas abajo. Y sobre todo no les gustaba la perspectiva de la acción directa y física representada por Jeremy y sus amigos. Incluso Vane, por su relación con ellos, estaba marcado. Solo el viejo Detweiler no parecía estar molesto, quizás incluso le divertía esta nueva incertidumbre.

El informático colgó el teléfono.

—Malas noticias, jefe. Hay un espía en nuestro sistema.

Stone se dio media vuelta.

—¿Qué? ¿Cuándo? ¿Qué está haciendo?

—¿Qué está haciendo? Está espiando.

Stone se levantó de su silla.

—¡Localícelo, entonces!

—Estamos en ello. No se preocupe.

—¿Que no me preocupe? ¿Y cuánto tiempo ha pasado antes de que su gente lo encontrara?

El informático miró cuidadosamente a Stone y dirigió su respuesta a Detweiler.

—No puede llevar allí mucho tiempo, jefe. Hay salvaguardas. El que lo intenta, sea quien sea, es muy bueno: pero nuestros equipos deberían cazarlo.

Mientras discutían sobre seguridad informática, Jeremy extendió la mano sobre la mesa y estudió la foto de Gloria Bennett que Gwynn había tomado mientras se marchaban. Estudió las mandíbulas, el cráneo. Sacudió la cabeza. Solo había visto a Sarah Beaumont unas pocas veces. ¿Cómo podía esperar detectarla en la cara de una desconocida?

—¿Podemos conseguir una foto de Beaumont para compararla? —le preguntó a Gwynn.

Ella parecía pensativa.

—Teníamos una galería completa en el equipo de estudio. Todos los nombres que aparecían en el papel y de quienes pudimos conseguir una foto. Es así como Herkimer y yo reconocimos a Kennison. Sé que la de Beaumont estaba entre ellas. Pero todo eso ha desaparecido ahora. —Su rostro se nubló al recordar—. Pero no debería ser difícil conseguir una foto suya, considerando la situación.

Jeremy miró de nuevo la fotografía. Beaumont, ¿eres tú? ¿Sabes dónde está Dennis? Hizo a un lado la foto y se preguntó si por fin se estaba acercando al final de su búsqueda.

VIII

LA vida de Kennison había dado un vuelco. En un momento había estado seguro de todo, y su destino parecía asegurado. Ahora no estaba seguro de nada. Había estado al control de las cosas, pero ahora las cosas, de algún modo, lo controlaban a él. Cortó y masticó su comida sin saborearla. Pechuga de pollo al horno a la rusa. Marinadas toda la noche en una pasta de nata agria y cayena, y luego cuidadosamente rebozadas y horneadas.

Normalmente habría alabado la comida, enviado sus felicitaciones a la cocinera. Habría disfrutado de la presentación de los platos por parte de Karin. Habría sonreído y bromeado. Ahora todo parecía un engaño sin sentido. ¿Daniel Kennison *bon vivant*? ¡Daniel Kennison el idiota integral!

Habían sido más listos que él. Todos. Beaumont con su gusano. Ullman. Ruiz. ¡Selkirk, maldita fuera su insolente pellejo chantajista! Incluso Weil lo había engañado durante un tiempo, hasta que su estúpida ansia de venganza la empujó a descubrirse.

Tenía, al menos, una victoria que saborear; y el sabor era dulce, aunque le había costado su amada Prudence. Ahora veía que Weil se había vuelto completamente loca. Las revelaciones de Beaumont, el asesinato de Benton, la traición de Ullman y Ruiz la habían empujado a un precipicio que nunca había estado demasiado lejano. Incluso sus propios valientes intentos por salvar y proteger a la Sociedad habían sido malinterpretados en su mente salvaje y retorcida.

Y ahora, la comedia definitiva. Después de ciento sesenta años de guardar cuidadosamente el Secreto, encontraba sociedades cliológicas saliendo de debajo de todas las piedras que levantaba. Los Seis Secretos. Los europeos, los que Beaumont había llamado la Q. La ahora difunta GHW de la que le había hablado Caldero. ¡Incluso esa firma inversora de Boston!

Sacudió la cabeza. ¿Quién lo habría creído? Los diques tenían agujeros y los dedos de un millar de valientes niños holandeses no serían suficientes. Proteger el Secreto requeriría ahora unas eliminaciones tan masivas que incluso Genevieve Weil habría dudado. Tal vez si todas las sociedades cooperaran... Una Liga Cliológica. Difícil. Cada una tenía interés en la ignorancia continuada de las masas, pero también un miedo profundo a ser descubierta, incluso entre sí. La cooperación sería tan embarazosa y delicada como puercoespines haciendo el amor. Exigiría un hombre de talento excepcional que las convirtiera en una fuerza única. ¿Un hombre como él? Tal vez. Tal vez. Se permitió jugar momentáneamente con el escenario. Que Ullman

se quedara con la presidencia de la Sociedad Babbage. No representaría más que a una sociedad miembro de la Liga Cliológica.

Sin embargo, Jimmy Caldero, parecía convencido de que una sociedad, la Q, había cazado y exterminado deliberadamente a su única rival europea superviviente. Y tal vez también había delatado a la GHW, la que los nazis habían destruido. ¿Eran menos peligrosos los Seis Secretos?

De una cosa estaba seguro Kennison: La Sociedad Babbage estaba al descubierto. No solo los ataques de la Q sino también de los Seis, la CIA, incluso los *boy scouts*. El furor público se había aplacado, al menos en la superficie. Pero las masas ignorantes habían sido siempre la última de sus preocupaciones. Había poco que temer de un público que pensaba que Charles Lindbergh era un dirigible y no podía localizar a México en un mapa. Eran las elites con conocimiento las que le preocupaban. Agentes del gobierno. Eruditos. Los curiosos e inquisitivos.

Los Asociados habían sufrido daños menores en el asunto. Un topo desenmascarado y eliminado. Unos cuantos momentos de apuro en público. Pero parecían haber contenido las cosas. No pasaba así con la Sociedad. El pánico de Weil y los tejemanejes de Ullman habían paralizado una respuesta efectiva. La Sociedad flotaba al paio en aguas muertas. ¿De verdad quería él convertirse en capitán de un cascarón que servía de blanco de prácticas de tiro?

No, por supuesto que no. Era mejor que Ullman desempeñara ese papel. Que se sentara felizmente ajeno en el centro de la diana, mientras Kennison se perdía de vista, a salvo. Renunciar al liderazgo había sido un golpe de genio por su parte.

Cuando más lo consideraba, más atractivo parecía su nuevo plan. Cuando estás en el punto de tiro, lo primero que hay que hacer es moverse. Hora de convertirse en Fletcher Ochs. Hora de cambiar su base de datos a un emplazamiento secreto, hasta que fuera seguro volver a asomarse.

Advirtió que las palmas de sus manos estaban húmedas y se las secó en la servilleta. ¿Ochs Demographics? No, su nueva base de operaciones debía tener un nombre marcadamente diferente. Kennison Demographics debía ser enterrada para siempre. Lástima, pero no había otra forma. ¿Qué habría dicho su padre? Miró un momento al severo retrato que adornaba la chimenea. Entonces cogió la copa de cristal y bebió. Una cosecha mediocre. Tendría que hablar con Bettina al respecto.

Suspiró. No, por su propia seguridad, Ochs debía llevar un estilo de vida completamente diferente al de Daniel Kennison. Más natural, menos refinado. Tal vez un poco menos ingenioso. No debía de haber ni la más mínima conexión. Lástima. Echaría de menos a Bettina y Karin, a Ruth Ann y Greta.

Vio a Karin llevarse los platos ahora vacíos del comedor. Los altos tacones obligaban a los músculos de sus muslos y pantorrillas a adquirir deliciosas formas. Karin debió notar que la miraba, porque se envaró ligerísimamente. Solo un atisbo de temor. Kennison se sintió complacido. Nunca sería tan buena interpretando a la niña perdida y asustada como lo había sido Prudence. Pero Kennison le estaba enseñando.

Le estaba enseñando.

Sacó un cigarrillo del bolsillo interior de su chaqueta. Prendió una cerilla y lo encendió. Muy bien, decidió. La Sociedad Babbage está acabada. Estaba muerta y solo carecía de la formalidad de un funeral. Lástima. Si yo hubiera sido su líder, se habrían evitado los contratiempos. Pero ahora, sus enemigos la habían rodeado y cercado.

Se echó a reír. Estaba en el centro de la diana, rodeado de enemigos. Rodeado. ¡Pero si se agachaba, ellos podrían acabar disparándose unos a otros!

Bettina abrió la puerta doble y entró.

—El señor Selkirk viene a verlo, señor —dijo.

Kennison hizo una mueca. El joven se volvía más y más molesto cada vez. Se sacó el reloj del bolsillo y lo estudió. Beaumont debería estar instalando la derivación física en el terminal de Kennison ahora mismo. Normalmente, Selkirk estaría dirigiendo al Turno de Noche en el piso de abajo. El hecho de que a veces subiera a solas para contactar con sus superiores era el motivo de la derivación, pero también el de invitarlo a la mansión. Si Selkirk estaba aquí, no podría tropezarse con Beaumont inesperadamente.

—Hágalo pasar, señorita mayordomo; pero dele instrucciones a Karin de que no sirva oporto hasta después de que se marche.

—Sí, señor.

Ella se marchó, y un momento después entró Selkirk. Se acercó a la mesa, agarró una silla, le dio la vuelta, y se sentó a horcajadas, apoyando los brazos en el respaldo. Kennison lo miró fijamente. ¿Quién eres, joven? ¿Para quién trabajas? ¿Ullman? ¿Los Seis? ¿La Q? ¿O estaba jugando Selkirk a su propio juego solitario? Kennison se preguntó si Beaumont (Bennett) había hecho algún progreso en la investigación del pasado de Selkirk.

—¿Qué ocurre, Alan?

—Estuviste fuera ayer y anteayer. —Una declaración plana, pero cargada de acusación. Kennison estudió los fríos ojos, la insolente mueca, y se rebulló. ¿Quién se creía que era este cachorro, exigiéndole cuentas?

—¿Por qué lo preguntas, Alan? —preguntó blandamente—. ¿Te encontraste con algún problema que no supieras solucionar? Espero que resolvieras cualquier dificultad que encontraras durante el Turno de Noche.

Selkirk parecía desconcertado y tartamudeó algo en defensa propia. Kennison procuró no sonreír. La mejor defensa es un buen ataque. El orgullo por sus habilidades era el punto flaco de Selkirk. Pínchalo ahí y le harás perder el equilibrio. Lo mejor, en cualquier confrontación, era desequilibrar a tu oponente.

—... pero sigo sin creer que sea buena idea —terminó de decir Selkirk—, que te vayas por ahí sin informarme.

—Bien. ¿Y por qué?

Kennison miró fijamente a Selkirk y vio que los ojos del otro se entornaban

recelosos. Curioso, crispado, nervioso. A Kennison le recordó el día en que Selkirk entró por primera vez en su despacho con las malditas pruebas. «No quiero descubrirlos. ¡Quiero entrar!».

—Porque tú y yo somos socios —dijo Selkirk, con abrumadora arrogancia. ¡Socios, vaya!—. Te ayudé cuando lo necesitabas, así que necesito un poco de consideración. Mantuve tapado el asunto con Weil. He impedido que la noticia de tu plan para corromper la base de datos de la Sociedad llegue a tus amigos del Consejo.

Lo cual significaba que podía filtrarla, si quería. Trata de ser un poco más sutil, Alan.

—Ese plan fue tuyo, Alan, no mío —dijo en voz alta.

—Tú estuviste de acuerdo. Es demasiado tarde para echarse atrás.

Kennison se encogió de hombros.

—No me he echado atrás. Pero solo los tontos se apresuran.

La sonrisa de Selkirk era condescendiente.

—Sí —respondió—. Pero quien vacila está perdido.

—Y así, festina lenta. Dejemos de repetir tópicos, Alan. ¿Has terminado tu búsqueda de un lugar seguro?

—Sí. He encontrado uno. No solo podrás estar a salvo de tus antiguos asociados, sino que también podrás ser un hombre importante y honrado.

Kennison se quitó el cigarrillo de los labios y dejó caer la ceniza en el cenicero.

—¿Sí, cuál es?

Hará frío en el infierno, amigo mío, el día que yo siga un plan que tú hayas orquestado. Entonces recordó que en el Infierno de Dante el infierno era un lago congelado que aprisionaba a aquellos que habían traicionado a sus benefactores. Casi se echó a reír.

Selkirk le dirigió una mirada insegura, inspiró profundamente, y resopló.

—He encontrado pruebas de otra sociedad cliológica —dijo—. No los Seis, sino una europea.

—Ah —Kennison alzó una ceja.

—No parece sorprendido.

—¿Debería estarlo? Era matemáticamente obvio, una vez que se señaló la posibilidad. De hecho, puede que haya más de una. —Agitó el cebo.

—Es muy posible —admitió Selkirk—. No se me había ocurrido.

¿Había habido un gesto de tensión en sus ojos? ¿Una vacilación en su habla? Kennison se echó hacia atrás en su silla.

—Continúa —dijo.

Selkirk asintió.

—Verás, me sorprendieron unas anomalías residuales. Incluso contando nuestras propias actividades y las que hemos atribuido a los Seis, seguía habiendo más nodos anómalos de los que podrían explicarse por la casualidad.

—Clavos de herradura —dijo Kennison, ausente—. Gloria Bennett los llama

clavos de herradura. —Se compuso—. ¿Nadie había advertido esas anomalías antes?

—No. Mientras las actividades de los Seis se contenían con las anomalías residuales, el valor de P se inflaba con causas asignables y lo mismo...

—Y lo mismo el valor de G_p y los límites de la variación aleatoria. Ahórrame los detalles, Alan.

—Reducir la estimación de errores hizo que las otras anomalías destacaran como rocas con marea baja. Así que hurgué un poco intentando descubrir a dónde se dirigían y cuáles eran realmente casuales, y si había algún factor común de segundo orden en sus secuelas.

—Muy diligentemente, estoy seguro. ¿Y encontraste que una fracción significativa eran...?

—Eurocéntricos —respondió Selkirk—. Los nodos anómalos eran producto de eventos europeos. Si tuviera que hacer una suposición, los europeos llevan tanto tiempo activos como nosotros o los Seis.

Si él tuviera que hacer una suposición...

—Ya veo. Pero ¿qué tiene que ver este grupo europeo con nuestros planes para la base de datos?

¿Y cómo me hace eso honrado e importante?

Selkirk se puso en pie y caminó por la habitación. Kennison siguió mirando al frente, pero no dejó de observarlo con su visión periférica.

—Hay indicaciones de que esos europeos están trasladándose a Norteamérica. ¿Recuerdas lo que nos dijo Caldero aquel día en la pizzería? ¿Que uno de los documentos del Vertido estaba escrito en francés? Bueno, sabemos que no éramos nosotros y que no era la gente de Caldero. Y los Seis son estrictamente nacionales, ¿así que por qué comunicarse en francés?

—En Quebec, es la ley. Pero comprendo lo que quieres decir. Continúa.

Selkirk se pasó una mano por la boca. Jugeteó con los escanciadores de la mesita lateral.

—Pensé que si este grupo quisiera expandirse a Norteamérica, podrían dar la franquicia a alguien con una infraestructura ya hecha.

Kennison se enderezó.

—¿La franquicia?

Selkirk se volvió y lo miró.

—Sí —dijo ansiosamente—. Ponte en su lugar. Supón que estuvieras planeando abrir sucursales en todo un continente y alguien viniera a ti no solo con una infraestructura ya hecha, sino con una base de datos enormemente detallada. Les ahorraría un montón de años de tiempo. ¿Cómo te sentirías si la alternativa fuera empezar desde cero?

Kennison dio una última calada a su cigarrillo y luego lo aplastó en el cenicero.

—¿Agradecido? —sugirió. Kennison creía mucho en la gratitud. Potenciada en los demás, era la más útil de las emociones—. ¿Crees que si yo abordara a estos...?

¿Cómo se llaman?

—No lo sé todavía.

—Ah. Sí. ¿Crees que si yo los abordara me ofrecerían un trabajo? Como director de sucursal —añadió secamente.

Selkirk se acercó y se apoyó en la mesa frente a él.

—Sí. Y piensa. ¿No sería igual ese trabajo al puesto que Ullman te robó?

La idea lo hizo detenerse. No lo había pensado en esos términos. Sería tan poderoso como Ullman. ¿No sería una venganza deliciosa? Privado injustamente del puesto más alto en una organización, y regresar con el apoyo de otra aún más grande. ¡Oh, la cara que pondría Ullman cuando lo descubriera!

Kennison se permitió mirar directamente a Selkirk.

—Muy bien, Alan. Da los pasos que estimes necesarios para localizar a esta asociación europea. Pero ten cuidado y no los alarmes, y no des ningún paso para contactar con ellos hasta que hayamos revisado tus hallazgos con los otros.

Selkirk asintió.

—Lo haré.

Se dio media vuelta para marcharse.

—Oh, y una cosa más.

Selkirk se detuvo.

—¿Sí?

Kennison se frotó la nariz con un dedo. Jugueteeó con la copa de vino.

—¿El amigo de Bennett, el arquitecto? Parece que ella tiene una pista muy buena sobre su paradero.

Le pareció que los ojos de Selkirk se entornaban y que su voz se volvía cautelosa.

—¿Sí? ¿Qué pista?

—No estoy seguro, pero ella cree que lo tiene retenido otro grupo que no son los Seis Secretos. —Kennison ladeó la cabeza—. ¿Crees que podrían ser los europeos que has descubierto?

—Podría ser —dijo Selkirk lentamente.

Kennison asintió y arrugó los labios.

—Prometimos ayudarla a encontrarlo, después de todo.

Kennison sonrió levemente después de que el escocés se marchara y saboreó el oporto que había traído Bettina. Al menos ahora sabía quién era el jefe de Selkirk. Alan había venido probablemente a América como parte de una avanzadilla, en busca de compañías que adquirir como frentes y tapaderas.

Lo mismo que el propio Kennison había intentado hacer con D, B and S. ¡Esa sí que era una idea preocupante! Caricaturas de peces grandes comiéndose a peces chicos que se comían a peces aún más pequeños. Kennison tiró los restos del oporto. Estaba acostumbrado a hacer de depredador, no de presa. Ahora era un tigre que de

pronto se sabía acechado. Una sensación nueva y desagradable, en muchos aspectos más aterradora para un tigre que para una gacela. Las gacelas, al menos, estaban acostumbradas.

Pero los europeos no sabían que estaban «acechando tigres», se dijo Kennison. No al principio. Habían plantado a Selkirk porque una empresa demográfica era un recurso valiosísimo. Eso era todo. Sin duda habían plantado también agentes con Harris y Gallup y todas las demás. El Vertido Beaumont debió de pillarlos por sorpresa. De repente se encontró con la cabeza metida a medias en la boca del tigre. ¡No era extraño que estuviera tan nervioso aquel día, cuando entró en su despacho y pidió ser admitido!

El peligro de encontrar un buen escondite es que alguien podría estar ya escondido dentro.

Se levantó de la mesa y se alisó la corbata. ¿Le había ofrecido Selkirk de verdad el puesto de Coordinador norteamericano de la Q? Allí había posibilidades. Tanto poder como había buscado en la Sociedad. Un puesto subordinado, sí: pero en una organización más grande. Un hombre ambicioso podría ganar mucho con una oferta semejante.

Si la oferta era sincera. Selkirk no podía descargar la base de datos sin las claves codificadas que Prudence había creado. Solo Kennison las poseía. Una vez tengan mi base de datos, pensó, no me necesitarán. ¿Aguantaría todavía la oferta? Dependería de su sentido del honor, y Kennison no había conseguido su posición actual sobreestimando el honor de los demás.

Con todo, el cebo que Selkirk había tendido era tentador. La Q sin duda ofrecería más cancha a su genio que una firma inversora del tres al cuarto como D, B and S. Si tan solo pudiera estar más seguro de los peligros... Miró la hora. Beaumont había tenido tiempo suficiente para instalar la derivación en el terminal. Ya haría tiempo que se habría marchado cuando Selkirk regresara a las oficinas. Y Selkirk, Kennison lo sabía, intentaría contactar con sus superiores lo antes posible.

¿Y qué había de sus «socios»? ¿Cómo reaccionarían si aceptaba la oferta de Selkirk? Caldero nunca estaría de acuerdo. Kennison no se dejaba engañar por las manifestaciones de amistosa ayuda de su antigua némesis. Caldero no ayudaría a Kennison a dejar la Sociedad solo para ayudarlo a entrar en una sociedad más grande y poderosa. Caldero se convertiría en un obstáculo. Los obstáculos podían ser eliminados.

¿Y qué había de Gloria Bennett? Selkirk y su organización eran su pista hacia su amigo... a través del hombre llamado Bernstein. Era poco probable que la Q liberara a French. No después de haberlo retenido tanto tiempo. Pero Bennett no dejaría de buscar hasta que lo encontrara; y encontrar a French significaba encontrar la Q, una perspectiva que a la Q no le hacía gracia. Así que la Q debía capturar a Bennett o eliminarla.

Lo cual significaba que ella corría un gran peligro.

Un grandísimo peligro. La lengua de Kennison salió como un dardo y humedeció sus labios.

—¿No tuviste miedo? —preguntó SuperEmpollón. Su cara era ancha y asombrada, ansiosa de historias de peligro y suspense. En cuanto fueran ajenas.

—Claro que tuve miedo —le dijo Sarah—. Pero no fue más peligroso que aquella noche en Mount Falcon. —Sarah Beaumont, endurecida veterana, contando historias de aventuras pasadas—. Si alguien hubiera intentado subir desde Johnson y Cheng y hubiera encontrado el ascensor secreto apagado...

Bosworth se abrazó.

—No sé si yo podría haberlo hecho. Habría estado demasiado nervioso.

—Bueno, ahora ya está hecho; y he vuelto. Ya está. Ninguna excitación, solo otra misión aburrida.

Sarah oyó sus propias palabras y sonrió para sí. Se estaba comportando como una vieja profesional. Irrumpía en los sitios e instalaba conexiones telefónicas pirata todos los días.

Conectó el receptor y giró uno de los mandos. La *suite* empezaba a parecer un baratillo. El terminal del ordenador. Los filtros de las ventanas. La parabólica y su grabadora. El receptor del enganche telefónico y su grabadora. Menos mal que Helen y Chu se encargaban de todo. Dios sabía qué pensaría el personal normal del hotel si pudieran ver todo esto.

—¿Nada? ¿No estuvieron a punto de pillarte ni nada? —SuperEmpollón parecía tan decepcionado que Sarah se sintió obligada a suministrarle un poco de adrenalina de segunda mano.

—¿Bien? ¿Ha usado ya el teléfono?

Sarah dio un brinco y oyó a Bosworth contener la respiración. El fantasma de Kennison; hablando desde la ventana. Sarah se encorvó sobre el equipo.

—Desconecta nuestros filtros —le dijo a Bosworth. Jugueteó con los mandos hasta que oyó cómo el sonido de la estática cesaba. Entonces se volvió hacia la ventana.

—Hola, primo Dan —dijo—. ¿Qué estás haciendo en la ciudad a estas horas? —Ella sabía que no necesitaba mirar hacia la ventana para que la oyera, pero era de mala educación hablar dando la espalda.

—Espero que nuestro amigo haga una llamada esta noche, en cuanto regrese a la oficina. Sentía curiosidad por oír lo que tiene que decir.

—Como todos —replicó Sarah.

—¿Ha regresado ya el primo James?

—No —admitió ella—. Todavía está en Boston, investigando a D, B and S.

Sarah deseaba que Red estuviera aquí. Hacer de profesional experto era mucho más fácil para Red que para ella. Pero tenían que seguir dos pistas, y tenía sentido

que ella trabajara en esta debido a sus habilidades informáticas. Con todo, se sentía extrañamente vulnerable cuando él no estaba cerca. No era una sensación lógica. Después de todo, sabía cuidar de sí misma... y lo había hecho durante casi toda su vida. No había ningún motivo para que se sintiera dependiente. Y ella también le había salvado la vida a Red; así que él tenía tantos motivos para sentirse dependiente como ella.

—¿Alguna noticia suya? —preguntó Kennison.

—No desde ayer. Cree que estará aquí mañana. Te están investigando, ya sabes. D, B and S.

—Sí. Lamentable. Una de las pegas de ser una persona pública, supongo. Pero no hubo tiempo para la cirugía plástica; y el maquillaje, de cerca y en persona, parece maquillaje.

—Incluso tienen dudas sobre mí.

Todas esas medidas de seguridad, y el viejo Detweiler me descubre. Ese era otro motivo por el que Red estaba trabajando en Boston. Ella no creía ser capaz de tratar con el hecho de haber sido descubierta. Estaría demasiado tensa para actuar de manera efectiva.

—Lo que realmente los tiene preocupados es que no saben por qué los abordamos.

—¡Pero si se lo dijimos! Queríamos comprar su compañía.

—No te creyeron. Piensan que hay algún propósito oculto.

Kennison hizo un sonido despectivo.

—Se pasan de sutiles. A veces las cosas son exactamente lo que parecen.

—Detweiler teme que la Sociedad Babbage los haya descubierto. Jimmy se preguntaba si no deberíamos poner las cartas sobre la mesa. Explicar lo que queremos y ver si te dan cobijo.

—¡No! —La respuesta fue inmediata—. D, B and S puede no ser el mejor sitio. Y no sabemos hasta qué punto podemos confiar en ellos. Que no cunda el pánico y no nos apresuremos.

¿Quién estaba siendo ahora demasiado sutil? Sarah se preguntó si Kennison podría actuar alguna vez motivado por algo que no fuera el pánico. De algún modo (aunque sus esquemas parecían interminables) sus logros eran muy pocos.

—¿Qué otro lugar tienes en mente?

Una serie de tonos planos y bien espaciados interrumpieron la respuesta de Kennison. Alguien estaba marcando un número en el teléfono del despacho de Kennison.

—¿Es él? ¿Es Selkirk? —preguntó Kennison. Pero Sarah lo ignoró. La segunda grabadora se puso en marcha automáticamente y ella tomó nota en la libreta de entradas. Nunca había advertido antes la gran cantidad de trabajo de oficinista que implicaba el espionaje.

—Dos-uno-dos —dijo Bosworth, prestando atención al sonido de los tonos—.

Manhattan.

Anotó el resto de los números y se sentó junto al ordenador.

—Veamos a quién está llamando.

Los altavoces murmuraron. Un teléfono sonaba. Una vez. Dos veces. Tono de llamada...

—¿Qué?

—Ha colgado.

—Eso ya lo sé.

—¿Crees que ha advertido el micro que plantaste? —La voz de Kennison era tensa—. Tal vez dejaste algún rastro de tu trabajo.

Sarah negó con la cabeza. Entonces recordó que Kennison no estaba en la habitación y dijo:

—No. Lo comprobé todo dos veces.

Era extraño mantener una conversación normal con un hombre que estaba a más de un kilómetro de distancia.

—La prisa es mala consejera —le dijo Kennison.

Sarah contuvo un espasmo de irritación.

—Te he dicho que lo comprobé todo dos veces.

—Tal vez te...

Las teclas sonaron otra vez. Esta vez el teléfono al otro lado atendió a la primera.

—¿Sí? —dijo una voz en Manhattan.

—La primera llamada debe de haber sido una especie de señal —dijo Kennison.

—No me digas. Calla y escucha.

—Aquí la oficina de la costa Oeste —dijo Selkirk.

—¿Hiciste la oferta? —La voz era suave, confiada. Bajo ella, Sarah pudo oír sonidos apagados de fondo. El roce de neumáticos sobre el pavimento. El sonar de los claxons. Fragmentos de charla, música de rap pasada de moda en un «loro» que pasaba. Podía cerrar los ojos y ver el ambiente. Bosworth levantó la cabeza.

—Lo tengo localizado —dijo—. Es una cabina.

—Lo sé —dijo Sarah.

—Upper East Side.

Sarah le dirigió una mirada. Sabía que podría rebobinar la cinta a placer, pero quería escuchar lo que estaba diciendo Selkirk. Había hecho una oferta. ¿De qué? ¿A quién?

—... Muy cauto —dijo Selkirk—. Naturalmente, tuve cuidado con lo que dije.

—Naturalmente. ¿Estás seguro de que no puedes conseguir los datos tú solo?

—No, ya te lo dije. Existen ciertos códigos de acceso a los que solo él...

—Sí, sí. —La voz de Manhattan parecía impaciente—. Sin embargo, con tus habilidades...

—Oh, podría hacerlo. —La seguridad era serenamente confiada—. No sería fácil, pero podría hacerlo. Pero es mucho más simple de esta forma.

—Sí, supongo.

—Mira, el motivo por el que te he llamado a ti en vez de a Control. ¿Ha habido alguna actividad inusitada por ahí?

—Ah, y yo que pensaba que echabas de menos el sonido de mi voz.

Hubo una breve pausa. Entonces Selkirk habló en voz tensa y baja.

—Puede que no nos caigamos bien, Bernstein: pero estamos juntos en esto. Así que aprende a vivir con ello. Beaumont sigue buscando a su amigo.

—No me preocupa Beaumont. Eso ha sido resuelto.

—Y Kennison la está ayudando.

—Tampoco me preocupa Kennison. Es tu responsabilidad. —Sarah casi pudo oír la sonrisa en su voz—. ¿Una reunión en la cumbre en una pizzería? Americanos.

—Bueno, Kennison se perdió de vista varios días la semana pasada, y cuando hablé con él antes dijo algo que me hizo preguntarme si... Pero ¿tú dices que no ha pasado nada por allí?

—¿Qué te dijo exactamente Kennison?

—Solo que Beaumont tenía una nueva pista sobre el paradero de French.

Sarah se volvió hacia la ventana. ¿Por qué le había dicho Kennison eso a Selkirk?

—Comprendo. ¿Y cómo salió el tema?

—Lo sacó Kennison. Estábamos hablando del otro asunto y él lo mencionó justo cuando me marchaba.

—Eso hizo. —Hubo silencio al otro lado. Entonces Bernstein susurró—: Maldito idiota.

Y cortó la conexión.

Selkirk jadeó.

—Oh, mierda. —Sarah oyó ruidos que no pudo identificar. Luego hubo un chisporroteo de estática. Después, nada.

Sarah se quitó los auriculares. Se volvió hacia la ventana.

—¡Kennison! ¡Me he pasado una hora colocando ese maldito aparato! ¿Qué le dijiste?

—Mi querida señorita, no le dije nada. Le dije que tenías una pista sobre el paradero de tu amigo. Eso es todo. No dije nada de D, B and S, ni de dónde estuvimos la semana pasada. No tenía ningún deseo de esperar hasta que le diera por contactar con sus superiores y pensé que dejando caer esa insinuación... no pensé que picara.

—No lo hizo. Bernstein sí.

Había sido astuto por parte de Kennison, engañarlo para que contactara con Bernstein. ¿El carcelero de Dennis? Eso parecía. Y estaba en algún lugar de Manhattan. Posiblemente en el Upper East Side, aunque la cabina telefónica no tenía por qué estar cerca. Su pulso se aceleró. ¡Sí, lo estaba! Si la primera llamada era una señal, Bernstein habría tenido que estar cerca para llegar a la cabina a tiempo para la segunda llamada. Sarah se estaba acercando.

Cerró los ojos y trató de imaginar a Dennis, pero no pudo. Su rostro parecía borroso, confuso. Frunció el ceño y se concentró, pero seguía sin poder enfocar. ¡No podía haberse olvidado! No podía. Combatió la urgencia de mirar su fotografía y vaciló con el bolso unos instantes antes de recordar que Gloria Bennett no llevaba ninguna foto de Dennis French.

Se volvió hacia la pared para que Bosworth no pudiera verla.

Más tarde, esa misma noche, después de que Bosworth se fuera a su habitación y el fantasma de Kennison hubiera sido exorcizado, Sarah se sentó en el gran sillón contemplando las luces de San Francisco. Coit Tower estaba cubierta de focos. Antigüamente hubo una estación de telégrafos en esa colina, le había dicho Helen, para enviar noticias a los muelles de los barcos que llegaban. Más allá de la colina, el cielo estaba iluminado de manera algo chillona por el destello de neón del Muelle del Pescador y la Costa Bárbara. El puente de Golden Gate era una telaraña de cuento de hadas en la distancia. Bajo él, las luces de algún navío grande se perdían hacia el océano abierto. Con destino al comercio con China, pensó. San Francisco siempre la hacía pensar en Hawai y China y el comercio en el Pacífico. La ciudad parecía extrañamente más cercana a Honolulu y Shanghai que a Los Angeles.

Cuando las luces que coronaban Coit Tower se apagaron bruscamente se dio cuenta de lo tarde que era y sofocó un bostezo. Estaban pasando cosas, o estaban a punto de empezar. Selkirk le había hecho una oferta a Kennison. Estaba segura. Pero ¿qué tipo de oferta? ¿Unirse a la Q? Tal vez por eso Kennison no estaba ya tan ansioso por utilizar a D, B and S. Sin embargo, si era así, ¿por qué había engañado Kennison a Selkirk para que utilizara el teléfono intervenido? Sacudió la cabeza para despejar las telarañas. ¿Cuál era el juego de Kennison? ¿Ambos extremos contra el centro? ¿O vacilaba como el burro a medio camino entre dos balas de heno?

«No me preocupa Beaumont. Eso ha sido resuelto».

Se estremeció al recordar aquella voz suave y confiada. El comentario parecía más amenazador por su tono casual. Deseó de nuevo que Red estuviera allí.

Se detuvo ante el ordenador cuando iba camino de la cama. Pasó distraída los dedos por su suave armazón de plástico. Entonces se dio la vuelta y lo encendió. Acercó la silla y se sentó, y unos momentos más tarde, conectó con la base de datos de los Asociados. La base de datos estaba bien defendida: después del Vertido, todas las bases de datos del país lo estaban; pero, como miembro, ella tenía su propia clave. Entrar fue fácil. En cuanto al resto...

Hizo que el sistema ejecutara una correlación entre Red Malone y Jacksonville, Florida.

Unos momentos más tarde apareció una carpeta en el directorio. Un recuadro pidió el código de entrada. Sarah se echó atrás en la silla y contempló la pantalla, reflexionando. Se golpeó los dientes con la uña del pulgar. Entonces se inclinó hacia

delante y tecleó: FANNY POWER.

ARCHIVO ABIERTO, le comunicó la pantalla, y Sarah sonrió para sí.

Una lista de subarchivos apareció en la ventana del directorio. Tenían códigos alfanuméricos anónimos. Excepto uno. Ese se llamaba SARAH, LEE ESTO.

Ella gruñó, sorprendida.

—Que me aspen.

Acercó el ratón y pinchó encima y una pantalla se abrió. Había una sola nota.

SARAH, LOS OTROS ARCHIVOS DE ESTA CARPETA ESTÁN ABIERTOS. PUEDES LEERLOS SI QUIERES, PERO TE PIDO POR FAVOR QUE NO LO HAGAS. RED.

Ella permaneció sentada contemplando la pantalla y el mensaje durante un rato más, tamborileando los dedos arrítmicamente sobre la mesa. Entonces dio un último golpe más fuerte con los nudillos, inspiró profundamente y resopló por la nariz.

—Eres un hijo de puta —le dijo al ausente Red. Cerró la carpeta y desconectó el ordenador. Era tarde y estaba cansada de todas formas.

IX

—TODAVÍA no han hablado —dijo Herkimer Vane.

Jeremy introdujo la llave en la puerta del apartamento.

—No espero que lo hagan. —Abrió la puerta y los otros lo siguieron al interior.

Era un apartamento sencillo, simplemente amueblado; un escondite hasta que D, B and S pudiera decidir qué hacer con ellos. Por el momento, se suponía que los cuatro estaban muertos, pero aquel engaño no duraría mucho tiempo. Mientras tanto, Detweiler les había asegurado apartamentos en Charleston. Jeremy escrutó los muebles gastados y anónimos y recordó con pesar sus posesiones en Denver. Nunca podría considerar este sitio su hogar.

Jeremy cerró la puerta tras ellos.

—Entonces seguimos sin saber para quién trabajan —dijo. Aparte del comentario de que no pertenecían a la Sociedad Babbage (cosa que Jeremy se sentía inclinado a creer, aunque solo fuera por la espontaneidad de la observación), los dos hombres que habían capturado en Douglas County no habían revelado ninguna información, ni siquiera nombre, rango y número de serie. Estaban siendo retenidos en la mansión de Detweiler, que era lo más parecido que D, B and S podía considerar una cárcel. Como les recordaba Vane constantemente, D, B and S nunca había necesitado pisos francos ni identidades falsas.

Jennie Barron instaba a interrogatorios más rigurosos a los dos hombres; pero Detweiler lo había vetado diciendo que nada, ni siquiera la supervivencia, merecía el precio de una conducta incivilizada. Así que, a menos que las lujosas instalaciones y la dieta a base de caviar rompieran pronto el ánimo de sus prisioneros, no conseguirían ninguna pista en esa dirección.

Vane dejó caer un sobre en la mesa de café. Se acercó a la cocina de Jeremy, donde se sirvió un vaso de leche. Gwynn recogió el sobre y sacó las fotos de Gloria Bennett y Sarah Beaumont. Las colocó una al lado de la otra y las estudió con atención, silabeando. Entonces las superpuso y las alzó a la luz.

—¿Hasta dónde se comprometería ese cirujano? —preguntó.

—Solo diría que es posible que una cara fuera alterada para convertirla en la otra —replicó Vane.

—Cauto.

—¿No lo serías tú?

—¿Crees que había alguna conexión entre el intento de espionaje y la visita de Kennison?

Claro que había una conexión..., pero ¿cuál? Todo era una maraña, pensó Jeremy. Había un millar de hilos sueltos a su alrededor. Sin embargo, parecía que no podían agarrarse a nada. Se aferraban a este hilo solo para llegar a un extremo deshilachado que no conducía a ninguna parte.

Doang se encogió de hombros.

—Creo que cuando investigamos esas identidades, la de Bennet y Ochs y Caldero, se disparó algún tipo de alarma. Al parecer, es una práctica estándar de los archivos sensibles que tienen que estar en la red. Tim me dijo que la próxima vez que vaya a husmear, enmascarará su búsqueda como si fuera un asunto oficial del gobierno. Ellos pueden entrar casi en cualquier parte.

—¿Quiere alguien pizza? —preguntó Gwynn desde el teléfono. Voy a pedir una.

—Que sean dos —dijo Jeremy—. ¿Le gusta el *pepperoni* a todo el mundo?

Miró al pequeño grupo. Vane negó con la cabeza y se frotó el estómago.

—Que sean una de *pepperoni* y otra margarita. Gwynn, ¿qué ocurre?

Llewellyn estaba petrificada en su sitio, contemplando el teléfono.

Jeremy vio la expresión de su rostro. Gwynn le había dicho una vez (y, Dios, parecía que hacía una eternidad) que había aprendido a reconocer cuándo habían manipulado su teléfono.

Y su mente regresó de pronto al día en que descubrió que habían irrumpido en su apartamento, justo después de que Dennis desapareciera del hospital. Recordó lo indefenso que se había sentido, lo asustado e impotente. No quería volverá experimentar aquel nudo helado en el estómago. Y aquí estaba ahora, colándose en su morada una vez más. Como un fantasma.

Un fantasma. Con un escalofrío, advirtió que hacía días que no pensaba en Dennis. Sin embargo, en una época, había sido incapaz de pensar en nada más.

Doang empezó a hablar, pero Gwynn se llevó un dedo a los labios. Miró a Vane y le hizo una pregunta con los ojos, pero Vane tan solo miró al teléfono y negó con la cabeza.

Por un instante, Jeremy se sintió tentado de buscar cuatro silbatos de la policía y reventarle los oídos a quien estuviera escuchando. Entonces la furia se apoderó de él con una fuerza sorprendente: un calor rojo que le subió por el cuello y los miembros. Le quitó a Gwynn el teléfono y lo sostuvo como si fuera un micrófono.

—¡Mira, quienquiera que seáis! —gritó—. ¡Estoy harto de estos juegos! ¿Me oís? ¡Si tenéis a Dennis French, soltadlo! ¡O venid a por mí y llevadme con él! ¿Beaumont? ¿Kennison? ¿Me oís? ¿Qué os da derecho a hacerme pasar por un infierno?

Colgó el teléfono con tanta fuerza que resonó.

Un momento de silencio embarazoso; luego se dio la vuelta y miró a sus compañeros.

—Lo siento —murmuró. El acaloramiento pasó de la furia a la vergüenza. ¿Y si el teléfono no estaba pinchado después de todo? Se sintió como un idiota.

Gwynn le dio una palmadita en la espalda.

—Tranquilo, Jeremy. Comprendemos. —Los otros no lo miraron a los ojos—. Tranquilo —repitió.

Ella lo condujo hasta una silla y Jeremy se sentó. Se secó las mejillas con la manga de la chaqueta.

—Era tan fácil —les explicó—. Tan fácil perderse en la intriga y el peligro. Olvidar por qué empecé todo esto. Incluso me enorgullecía de haber olvidado. Me decía que no necesitaba... no necesitaba...

Descubrió que no podía continuar y se cubrió la cara con las manos.

No se sorprendió cuando, unos minutos más tarde, sonó el teléfono.

—Oh, no sé —dijo Red Malone con una sonrisa. Se quitó el sombrero de chico de reparto y lo arrojó a un lado—. Me pareció que era un buen detalle. —Depositó las dos cajas de pizza sobre la mesa—. Iban a pedir una pizza, ¿no?

Encontró el sillón más cómodo de la habitación y se hundió en él con un suspiro.

Los otros se congregaron alrededor de la mesa en una piña. Sacaban fuerzas y consuelo de la cercanía de los otros, pensó Red. Los cuatro mosqueteros. Bueno, enfrentarse a peligros crea lazos. ¿Quién debería saberlo mejor que él mismo?

Collingwood lo miraba con los puños cerrados. Sarah le había hablado de él, pero el hombre que le devolvía la mirada no le parecía pasivo. Y por lo que podía ver por la manera en que los demás lo miraban, lo consideraban su jefe.

Gwynn Llewellyn alzó las tapas de cada caja e inspeccionó el contenido.

—Tomó bien el pedido, además. —Cerró la caja con cuidado y se volvió hacia él—. Supongo que eso ha sido para demostrar que estaban escuchando.

Collingwood leyó el logotipo de la tapa de las cajas.

—¿De dónde ha sacado estas pizzas?

Red volvió a sonreír.

—Nunca me creerían. Las pedí.

Collingwood se cruzó de brazos.

—¿Es una especie de chiste para usted? Porque yo no me río.

Vane bufó y se encaminó hacia el teléfono.

—Creo que será mejor que informe a mis socios.

—Yo no lo intentaría si fuera usted.

Vane se detuvo con la mano en el receptor.

—¿Por qué?

—Porque hemos desconectado su teléfono.

Vane hizo un sonido impaciente con la garganta y cogió el teléfono. Pulsó unas cuantas teclas, hizo una pausa, y volvió a colgar. Frunció el ceño y se volvió hacia los demás.

—El teléfono no funciona —anunció.

Red alzó la cara.

—Naturalmente. ¿No se lo acabo de decir?

En realidad, pensaba que Vane había mostrado buen sentido común. Después de todo, ¿por qué iba a fiarse de la palabra de Red?

Vane contuvo la respiración. Se dirigió a la puerta y la abrió de un tirón. Dos hombres corpulentos vestidos con monos de trabajador esperaban al fondo del pasillo, cubierto por una lona manchada de grasa, ante la puerta abierta del ascensor. De sus cinturones colgaban herramientas. Una luz de emergencia brillaba en el pozo oscuro y vacío. Uno de los trabajadores se volvió hacia el apartamento.

—Lo siento, señor —dijo—, pero el ascensor no funciona.

Vane se mordió el labio. Miró a Red.

—Supongo que las escaleras tampoco funcionan.

—Estamos trabajando en ellas —le dijo Red—. Pronto estarán en funcionamiento.

—Cálmate, Herkimer —dijo Llewellyn. Cerró la puerta con suavidad y cogió a Vane por el codo, dirigiéndolo de nuevo a la habitación—. Estoy segura de que el señor Caldero no pretende hacernos ningún daño. —Miró a Red—. Supongo que está usted con el otro grupo, la Asociación de Investigación Utópica.

—En boca cerrada no entran moscas.

Cristo. Estaba empezando a hablar como Kennison, El Tópico Que Caminaba Como Un Hombre. Pero, al suponer que Sarah ya lo sabía, había dicho demasiado la primera vez que la vio y eso casi hizo que los mataran a los dos. No cometería el mismo error dos veces. Cuanto menos supiera nadie, mejor estarían.

—Comprendo —dijo Llewellyn después de un momento de silencio—. Y la mujer que estaba con usted ayer. ¿Era Sarah Beaumont?

Él los había oído especular en la grabación, así que la pregunta no fue ninguna sorpresa. Recordó que le había dicho a Sarah que no le preocupara si la identificaban, y deseó estar lo suficientemente despegado para reírse ante la ironía.

—Se llama Gloria Bennett —dijo llanamente. Los Asociados se habían tomado un montón de molestias para crear aquella personalidad a toda prueba. No iba a abrirle agujeros solo por satisfacer su curiosidad. Si Sarah quería decírselo... Bueno, le aconsejaría que no lo hiciera. El secreto mejor guardado es el que no sabe nadie.

—Pueden leerlo todo sobre ella en el Quién es quién.

—Es una mujer negra —recalcó Llewellyn.

—Eso no la hace única. Hay más de una.

—Tiene una cicatriz típica de cirugía plástica —intervino Collingwood.

Red se encogió de hombros.

—Yo también.

Llewellyn lo miró de arriba abajo.

—Igual que podríamos tenerla todos nosotros antes de que esto se acabe. Pero estoy segura de que no ha venido usted aquí solamente para negarse a contestar a

nuestras preguntas. Eso podría haberlo hecho en casa.

Red decidió que le gustaban sus modales. Se recordó que esta gente no eran sus enemigos, aunque no fueran exactamente sus amigos tampoco. La gente tenía sus propios impulsos y objetivos, sus propios círculos de amigos y enemigos. A veces los círculos intersectaban.

—He venido a hacer un poco de intercambio de caballos —dijo—. Quiero saber más sobre D, B and S...

—¿Y por qué íbamos a decirle nada? —exigió Vane.

Red hizo acopio de paciencia. Suponía que era natural que Vane se mostrara reticente respecto a su propia organización, pero estaba malgastando el tiempo en rituales. Los dos sabían que acabarían por intercambiar información al final. Red le sonrió al historiador pero dirigió su respuesta a Collingwood.

—Porque tenemos una pista sobre Dennis French.

Había ironía en sus palabras. Red recordó cómo Kennison había usado el mismo anzuelo para asegurarse su ayuda y la de Sarah.

Collingwood descruzó los brazos y se inclinó hacia delante.

—¿Dónde está?

Red se encogió de hombros.

—Todavía no lo sé exactamente.

Collingwood agitó los brazos y se dio la vuelta.

—Magnífico. —Miró la pared.

—Pero conozco a alguien que conoce a alguien que podría saberlo.

Collingwood lo miró largamente por encima del hombro.

Red se agitó incómodo bajo su mirada. No había pretendido parecer impertinente. Le había salido así. Sarah siempre se lo estaba diciendo. Que nunca se tomaba las cosas lo suficientemente en serio. Tal vez tenía razón. Collingwood estaba herido, y no tenía sentido agraviar la herida.

—Lo siento —murmuró—. No es una gran pista, pero es la única que tenemos.

—Si quiere nuestra ayuda, pídale —dijo Doang bruscamente—. No intente comprarla.

El matemático había permanecido en silencio hasta ahora y su súbito comentario sorprendió a Red. No dijo nada por el momento. La gente que derrochaba altruismo le molestaba. En un apuro, quería que la gente que le cubriera tuviera interés en su éxito, no en hacerle un favor. Era una regla de hierro. Una vez, solo una vez, la había pasado por alto.

Llewellyn asomó la barbilla y los miró de uno en uno.

—Jeremy y yo empezamos esto juntos. Lo terminaremos juntos. —Collingwood y ella intercambiaron una mirada durante un momento, y Collingwood le sonrió. Llewellyn se ruborizó y miró la alfombra.

—Y yo —admitió Doang—. Jeremy y yo hemos luchado juntos. ¿Y cómo si no voy a encontrar el camino de vuelta a mi familia?

Se apartó de la mesa y se plantó ante la ventana. Las luces de Boston tintineaban al otro lado del río Charles. Un helicóptero revoloteaba como una luciérnaga sobre el estuario del Aeropuerto Logan.

—No tengo ningún deseo de desaparecer —susurró—. No tengo ningún deseo de tener mi vida patas arriba. No ver nunca a mis hermanos y hermanas. —Se volvió y los miró—. No me esconderé ni ocultaré mi nombre ni mi cara. —Miró a Red mientras lo decía.

Vane suspiró.

—Y si yo digo que no ayudaré, eso me convertirá en un cobarde pusilánime. —Se cruzó de brazos—. Ayudaré a Jeremy si puedo, pero no si eso significa ir contra mis socios.

Red puso el codo en el brazo de su sillón y apoyó la barbilla en su puño.

—Ese es el tema —dijo—. Ustedes quieren saber qué tienen que ganar. ¿Qué les parece esto?: A nosotros nos gustaría saber quién mandó a sus amigos y colegas al otro barrio. ¿A ustedes no?

Vane alzó la cabeza.

—¿Quién? Ya sabemos quién. La maldita Sociedad Babbage.

Red sonrió levemente.

—No discutiré si son malditos, ni por qué. Pero la Sociedad Babbage está paralizada. Su Consejo es un caos. Un tercio de ellos tiene miedo de que el otro tercio quiera eliminarnos.

—¿Y el tercer tercio? —preguntó Llewellyn.

—Ya ha sido eliminado. No tienen que temerlos a ellos. —Le parecía extraño pensar que sus enemigos de toda la vida carecían virtualmente de poder. Si no exactamente inofensivos, al menos por el momento solo se dañaban unos a otros—. Además, tenían un agente en su equipo. Alguien llamado Bandmeister...

Eso los escandalizó.

—¿Efenry?

—No creo...

—Quiere decir...

Red alzó una mano para tranquilizarlos.

—Y era un activo demasiado valioso para sacrificarlo.

—Activos —dijo Llewellyn—. Siempre he detestado a los que consideran a las personas «activos» —suspiró—. Cristo, echo de menos mi pipa.

—Además —dijo Jeremy cuidadosamente—, ya han sacrificado activos... antes.

Red negó con la cabeza.

—Peones, no alfiles.

Vane protestó.

—No puedo creer que un hombre como Henry Bandmeister fuera espía de una sociedad secreta.

Jeremy lo miró con una mueca.

—¿Cómo puedes tú, nada menos, decir eso?

Y Vane tuvo el detalle de sonrojarse.

—Si la Sociedad Babbage no lo hizo —dijo Llewellyn, interrumpiéndolos—, ¿entonces quién fue?

Red la miró apreciativamente.

—Va usted directo al meollo, ¿no?

—Nos ahorra perder tiempo.

—Muy bien. Correré el riesgo. Aquí tienen un poco de información gratis. Hay al menos dos sociedades más aparte de las que conocen ustedes por el Vertido. Sospechamos que una de ellas destruyó a su equipo.

—¿Por qué? —preguntó Llewellyn.

Red se encogió de hombros.

—Si supiéramos por qué, sabríamos quiénes.

—Pensábamos —dijo Doang, vacilante—, que fue porque yo había evaluado sus matemáticas...

Red se echó a reír.

—¿Y cree que no lo ha hecho nadie más? Todos los matemáticos del país han examinado esos fragmentos como si fueran estudiantes de rabino volcados en el Talmud. —Señaló las cajas sobre la mesa—. La pizza se está enfriando. Yo tomaré un poco, si ustedes no quieren.

Sin decir palabra, Collingwood sacó de una alacena unos platos de papel. Puso un trozo de pizza en uno de ellos y se lo tendió a Red. Nadie más hizo ningún movimiento.

—Gracias... No —continuó diciéndole Red a Doang—. La validez de las matemáticas del Vertido no es ningún secreto. Solo un loco lo creería, y, con Weil desaparecida, no estamos tratando con locos.

Dio un bocado... y recordó el momento en que Sarah y él se reunieron con Kennison en Tony's. El olor a queso y salsa de tomate, las voces de los hombres tras el mostrador. La afilada cara de rata de Kennison al otro lado de la mesa. Sarah sentada a su lado, lo bastante cerca para sentirla, pero sin rozarla. Se preguntó un instante cómo le iría en la costa Oeste, y experimentó un breve retortijón de ansiedad que no pudo situar.

—No, tuvo que haber algún otro motivo por el que alguien quiso eliminarlos —continuó diciendo, agitando la pizza en el aire mientras hablaba—. Por lo que sé —añadió, indicando el teléfono con un ademán—, podemos hacer negocios juntos. ¿Qué dicen? ¿Intercambiamos información?

Collingwood miró a Vane.

—Propongo que llevemos a Caldero a la mansión de Detweiler.

Vane pareció que había chupado un limón.

—¿Crees que serviría de algo?

Llewellyn se encogió de hombros.

—No puede hacer daño.

—¿De qué están hablando? —dijo Red, irritado. ¿Llevarlo a la mansión de Detweiler? ¿Pretendían hacerlo prisionero, con su propia gente montando guardia en el pasillo?

Vane sonrió levemente.

—Intercambiar información. ¿Juega usted al póquer, señor Caldero?

—Un poco. ¿Por qué?

—Bueno, nuestro amigo Detweiler tiene una pareja que nos gustaría derrotar.

Red Malone estudió a los dos hombres de la biblioteca de Detweiler a través del espejo unidireccional. Uno llevaba una escayola en la muñeca derecha. Paseaba por la habitación, cogiendo libros y hojeándolos al azar, aburrido. El otro estaba sentado en un sillón, jugando un solitario en la mesa de cartas.

—No parece que se lo estén pasando muy bien, ¿no?

Adrian Detweiler Quinto se echó a reír.

—El aburrimiento puede ser la peor tortura de todas. Ni siquiera hablan entre sí, por temor a que estemos escuchando. —El acento de Nueva Inglaterra cargaba la voz nasal y entrecortada del anciano. Los acentos almibarados del inglés televisivo no eran para él.

Red se abstuvo de recalcar que sí que los estaban escuchando. Los dos prisioneros, sin embargo, lo estaban haciendo bien. Profesionales, pensó. Pero ¿de quién?

—¿Ha visto suficiente? —Detweiler extendió la mano para cerrar los postigos del espejo, pero Red le puso una mano en el brazo.

—Deme un minuto más.

Estudió a los dos prisioneros. Después de un rato el que estaba jugando al solitario se rebulló en su asiento. Colocó las cartas en la baraja, golpeando los cuatro lados por turnos contra la mesa, y contempló lentamente la habitación. Cuando su mirada alcanzó el espejo, hizo una mueca y golpeó de nuevo la baraja nervioso. Red sonrió.

—Déjeme hablar con el de las cartas unos minutos —dijo.

El jugador de cartas alzó la cabeza receloso cuando Red entró en la biblioteca. Red le sonrió y se acercó, la mano extendida.

—Bueno, ya veo que te han cogido a ti también. ¿Quiénes son estos payasos, por cierto?

El jugador de cartas sacó tres cartas de la baraja y reveló la primera. El tres de bastos.

—¿No es una argucia un poco transparente?

—Eh, merecía la pena intentarlo, ¿no?

Red acercó una de las otras sillas y se sentó al otro lado de la mesa.

—Intente jugar al nueve. —Señaló el tapete.

—Ni hablar. —Jugó al nueve de todas formas—. ¿Qué han hecho con mi amigo?

—¿Se refiere al tipo grandote con el caso grave de codo de tenista? ¿Tiene nombre su amigo?

El hombre lo miró.

—Sí. Bud. ¿Dónde está?

—Haciendo un pis. Ponga aquí el rey.

—¿Quién está jugando, usted o yo?

Soltó las cartas y las arrojó sobre la mesa.

—Venga, juegue usted. —Se acomodó en su sillón y miró a Red con ojos entornados—. Lo he visto en alguna parte antes.

Red recogió las cartas.

—Es posible. Es un mundo pequeño.

Enderezó las cartas y cuadró el mazo. Luego barajó.

—Yo estaba pensando lo mismo. —Cortó la baraja en dos y mezcló las mitades. Empezó a repartir cartas—. ¿Qué me dices, Charlie? ¿Jugamos al *rummy*?

Charlie se enderezó de pronto. Miró fijamente a los ojos de Red; entonces hizo una mueca.

—Oh, Cristo —dijo—. Oh, Cristo.

X

RED vio a Charlie coger la copa de coñac y agitarla. Charlie miró con mala cara la copa; luego paseó la mirada por la mesa hasta que divisó a Detweiler.

—¿No tienen cerveza?

Stone puso los ojos en blanco, pero Detweiler sonrió y llamó con un dedo al criado.

—Una cerveza para «Charles» —dijo—. ¿Y «Bud»? Sí, dos cervezas. ¿Les parece bien una Sam Adams?

—Que sean tres —dijo Red.

—Vinieron y me preguntaron por ti —le dijo Charlie—. Los tipos de la DIA. Gracias. —El criado colocó tres vasos altos ante ellos. Charlie alzó el suyo—. Querían saber todo lo que sabía sobre ti.

Red dio un sorbo.

—¿Qué les dijiste?

—¿Importa? No puedes volver. —Charlie dio un largo trago y soltó su vaso—. Les dije que no sabía nada, excepto que nunca hacías trampas al *rummy*.

—Las hacía —dijo Red—. Pero nunca me pillaste.

Charlie hizo una mueca y se volvió hacia su socio.

—Cinco años él y yo en esa habitación, tan cerca que podríamos besarnos, y no lo pillé ni una vez.

—Cuida lo que dices —dijo Bud—. No estamos entre amigos —dirigió una sombría mirada a Collingwood y se frotó la muñeca.

Red sonrió. Él nunca había sospechado tampoco que Charlie fuera algo más que un agente del gobierno. Visto desde la distancia, era casi cómico.

Stone golpeó la mesa con los nudillos.

—¿Podemos ir al grano? —exigió—. Queremos una versión completa de cada uno de ustedes. ¿Quiénes demonios son y a quién representan?

Red contempló la mesa. Detweiler y su hija. Stone. Los cuatro mosqueteros. Charlie y Bud. Una reunión en la cumbre.

—Me llamo Jimmy Caldero —dijo—, y represento a Asociados de Investigación Utópica...

Jennie Barron lo miró de manera fría y apreciativa. Es una zorra dura, pensó Red. Contrastó la simpatía de abuelete del viejo Detweiler con la casual insensibilidad de los socios más jóvenes.

Sarah tenía razón, decidió. La cliología deshumanizaba a quienes la practicaban.

Cuando la gente eran sus sujetos, se convertían fácilmente en objetos. Y del frío despegue y el estudio surgía el ansia por hacer que la gente se comportara de la manera en que tú sabías que debía de comportarse, para hacerlos ya no sujetos, sino súbditos. ¿Con qué frecuencia los trabajadores sociales dominaban a la misma gente a la que se suponía que tenían que ayudar? D, B and S tenían un siglo y medio de beneficiosa pasividad a sus espaldas; sin embargo, podía sentir que Stone (y probablemente también Barron) ansiaban intervenir. ¿En qué se diferenciaba eso de lo que él pretendía hacer con los Asociados? ¿En que mis objetivos son dignos?

La misma historia de siempre, había dicho Sarah durante aquella loca huida hasta la mansión Walker. El fin justifica los medios. Pero debería contar para algo, pensó, que él sujetara las riendas con una actitud reluctante.

—Mi antiguo compañero aquí presente... —y señaló hacia Charlie, que estaba terminando su cerveza— representa a los Seis Secretos.

Bud depositó el vaso con fuerza sobre la mesa.

—¿Cómo lo sabía?

Charlie dejó escapar una bocanada de satisfacción, soltó el vaso más amablemente, y se limpió los labios con una servilleta.

—Es una cerveza magnífica —le dijo a Detweiler. Luego se cruzó de brazos y le sonrió a Red. No lo sabía. Lo dedujo. Fue tu gente quien se coló en el archivo de Lysander Spooner, ¿verdad?

Red vio los ojos entornados. La mirada cauta. No sabe hasta dónde puede fiarse de los Asociados.

—Nuestros verdaderos enemigos —le dijo a los demás— no son b gente de Charlie, sino un grupo europeo a quienes llamamos la Q.

Charlie hizo una mueca.

—Así que sabéis de ellos.

—Eres un bocazas —le dijo Bud a Charlie.

Charlie señaló a Red con el pulgar.

—Él ya lo sabía.

—Sí, pero los demás no.

Charlie sacudió la cabeza.

—No, Jimmy tiene razón. Esta «Q» suya es nuestro verdadero enemigo. Mira lo que le hicieron a nuestra oficina de Oberlin. No «r preocupes, Bud. Lo resolveré con el Círculo más tarde, pero creo que me apoyarán en esto. —Miró al grupo y colocó las manos sobre la mesa—. Déjenme empezar por el principio. El vertido fue un *shock* para nosotros. Siempre creímos que éramos únicos. Decidimos investigar. —Miró a Red—. Una de las derivaciones espía que encontró tu amigo Kennison era nuestra. Igual que la llamada telefónica. Sin autorización, pero Ora... La gente de Babbage había matado a un amigo suyo, un periodista del Times.

Red alzó una ceja.

—¿Houvanis?

Charlie se lo quedó mirando.

—¿Llevas la cuenta? —Se volvió y llamó al criado—. Sirva otra ronda, ¿quiere, por favor? —Trazó círculos con el dedo—. Pues bien, estábamos husmeando en los bancos de datos de Kennison, ¿y qué te crees que encontramos? Tres derivaciones más. ¿No es para gritar? ¿Recuerdas esa escena en Toma el dinero y corre cuando Woody Allen intenta robar un banco y hay otra banda robando el mismo banco? —Sacudió la cabeza. El criado colocó el alto vaso de cerveza ante él.

—Kennison solo encontró otros dos pinchazos más —comentó Red.

—¿Sí? Bueno, nosotros somos más listos que él. —Dio un largo sorbo de cerveza y Red empezó a sentirse irritado por la manera en que el hombre deshilvanaba su historia. Sabía que Charlie intentaba organizar sus pensamientos, intentando decidir qué podía decir y qué no.

—Rastreamos otra derivación hasta una firma inversora de Saint Louis —continuó Charlie.

—Estrategias Inversoras Globales —dijo Red.

—¿Los conoces?

—Es una tapadera de Frederick Ullman.

—Los conozco —intervino Stone—. Si son quienes dicen ustedes que son, tendrían que tener mucho más éxito del que tienen.

Red lo miró y sonrió.

—Oh, lo tienen, Stone. Lo tienen.

Stone se ruborizó y Red se volvió hacia Charlie.

—Apuesto a que la derivación de Ullman estaba insertada en la arquitectura del sistema original, y por eso el detector de virus de Kennison no la vio nunca.

Charlie se encogió de hombros.

—¿Quién está contando esta historia? —Le dio un codazo a su compañero—. ¿Ves? Los payasos de Babbage se espían unos a otros. Es algo que no sabíamos antes.

»Pensábamos que Saint Louis era otro grupo independiente —le dijo a los demás—. Bueno, el tercer virus había sido plantado por el FBI, naturalmente, así que... ¿Qué es tan gracioso?

Red se secó una lágrima del ojo.

—El gobierno oficial por fin asoma la cabeza. Empezaba a preguntarme si había alguien implicado en este asunto que no fuera una sociedad cliológica.

—Cliología —dijo Charlie—. Me gusta esa palabra. Nosotros la llamamos metaeconomía política. —Bebió un poco más de cerveza—. Pero ¿qué te hace pensar que no lo son?

—¿Eh?

—¿Conoces a algún grupo implicado en la ingeniería cultural a escala tan masiva como el gobierno? ¿O crees que el número de identificación fiscal es para recaudar impuestos?

—Teddy Roosevelt —dijo Llewellyn de pronto, y todos la miraron—. Teddy

Roosevelt y los progresistas —dijo—. Fue entonces cuando prendió por primera vez la idea del gobierno como director de empresa. El propósito jurado de los progresistas era, y cito: «Aplicar técnicas racionales y científicas a la dirección de empresas, el trabajo y el gobierno mismo». Es curioso, verdad, que nadie les tomara la palabra.

Red se frotó la nariz. La nominación de Teddy Roosevelt como vicepresidente. Eso aparecía en la lista de French, ¿no? Y Walt lo había considerado provisionalmente como una operación de los Seis. ¿Habían asesinado a McKinley solo para sacar a su hombre de un callejón sin salida? Pero los Seis se habían dividido en dos facciones, igual que la Sociedad Babbage. ¿Por causa del asesinato? Entonces...

—Una de vuestras facciones se quiso infiltrar en el gobierno —le dijo a Charlie—, y la otra no.

¡No era extraño que hubieran perdido la pista de la hija de los Seis! Era demasiado grande para ser vista. Como el viejo chiste gráfico del cazador en el bosque que no puede ver ninguna presa de caza... pero el lector advierte que algunos de los troncos de los árboles parecen patas enormes.

—Eso no es importante ahora —dijo Charlie, agitando una mano—. Son los europeos con quienes tenemos que tratar, y rápido. —Giró un cuarto su vaso de cerveza—. La cuarta derivación en el sistema de Kennison era suyo, la que se vertió en el archivo Q. Empezamos a rastrearla... —Sacudió la cabeza—. Malditos perros... Debían tener una conexión de alarma con ese virus. Estábamos dirigiendo la operación desde Oberlin. Cuando nos dimos cuenta de que la seguridad estaba comprometida, nos retiramos. —Giró el vaso otro cuarto de vuelta—. Dos horas más tarde, el edificio estaba en llamas.

Red se agitó incómodo.

—¿Ni siquiera intentaron averiguar quiénes erais? ¿No teníais el lugar vigilado? ¿No seguisteis a quienquiera que se acercara?

Charlie se lo quedó mirando.

—¿Somos aficionados? Lo hicimos. Nunca regresaron. —Miró el vaso con el ceño fruncido—. Y los únicos datos que conseguimos destapar, a través de su propia derivación, fue que se llaman a sí mismos la SQPS.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Barron.

Charlie no apartó la mirada del vaso y Red se preguntó si los hombres perdidos habían sido amigos suyos. La vida que llevaban era dura. Las amistades eran tan poco aconsejables como inevitables. Era mejor mantener a la gente a raya, para que, cuando llegara el momento de ir a Jacksonville...

—*La Societé* —dijo Charlie por fin—. *La Societé de Quetelet pour la Physique Sociale*.

—¿Quetelet? —dijo Collingwood. Red lo miró, y su cara parecía haber perdido todo el color—. ¿Quetelet? ¡Oh, Dios mío! —Agachó la cabeza y la meneó lentamente—. Por mi culpa, por mi culpa. —Alzó la cabeza—. Iba a hacer un

pequeño informe sobre Quetelet y Buckle después de que terminara Jim.

—Pero era simple información de fondo —protestó Llewellyn—. Nada que revelara los crímenes de esta Q.

—Los culpables huyen donde ningún hombre los persigue —les dijo Red.

Collingwood alzó sus ojos asustados.

—No huyeron precisamente, ¿no?

—No fue culpa tuya —le dijo Llewellyn—. ¿Cómo podías haberlo sabido?

—Por eso vigilamos la reunión —dijo Charlie—. Penny nos contó el orden del día...

—¿Penelope? —dijo Llewellyn—. ¿Penny Quick?

Charlie asintió.

—Nuestro plan era apoderarnos de Collingwood después de la reunión y averiguar qué sabía sobre la SQPS. Después, lo seguimos al hospital y esperamos hasta que todos ustedes se largaron. El resto... —Miró la muñeca de su compañero—. El resto ya lo saben.

—Espere un momento —dijo Collingwood—. ¿La enfermera no los alertó?

—¿Qué enfermera? No. Estuvimos en el aparcamiento todo el tiempo.

Collingwood y Llewellyn explicaron lo de la enfermera en el Porter y Red vio cómo los otros se inquietaban. Si la gente podía ser programada hipnóticamente, ¿en quién se podía confiar?

La enfermera había llamado a la Q, decidió Red. Era lo único que tenía sentido. Excepto que no tenía sentido del todo. Si la Q había puesto la bomba en la Universidad de Denver, sin duda tenían activos locales. ¿Entonces por qué no había estado la Q esperando cuando Collingwood y sus amigos salieron del hospital? Habían colocado aquella bomba a la primera indicación de que el equipo de estudio estaba pensando en hablar sobre Quetelet. No era propio de ellos dejar que los cuatro Mosqueteros escaparan de sus garras.

Red se encontraba en el balcón descubierto de la mansión de Detweiler, disfrutando de las frescas brisas de la noche. Un poco más allá, una escalera de piedra brillaba a la luz de la luna, indicando el camino a un embarcadero bajo el jardín. Red no podía ver el final de la propiedad. Inspiró profundamente y se frotó las palmas de las manos. Las noches eran más frías en el noreste. Podía ver su aliento.

La luna se ponía, gruesa y tostada, envuelta en hilos de nubes oscuras. Se preguntó si Sarah estaría contemplando la misma luna allá en San Francisco. Un enlace místico entre ellos.

Se dio la vuelta súbitamente y vio a Jeremy Collingwood con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones.

—Una noche fresca —le dijo a Red.

Red miró la noche una vez más.

—Otoño. Pasa todos los años, pero siempre nos pilla por sorpresa. La ropa de abrigo está todavía guardada y tenemos que ir corriendo a sacarla. ¿Cómo va la búsqueda informática?

—No demasiado mal. El día del Vertido, hubo dos docenas de llamadas telefónicas desde San Diego a Bruselas y París y Quebec desde teléfonos públicos en San Diego. En el mapa, hacen un bonito amasijo alrededor de la dirección de esa Howard de la que nos has hablado.

Red asintió. Era lo que esperaba. La Q había encontrado el código de Mark Lopez en el Vertido y aprovechó la oportunidad, obligándolo (¿mediante tortura?) a hablar a favor de Maureen Howard, para luego eliminarlo después de que ella tuviera tiempo de llegar al rancho. Habían sido lo suficientemente listos para no ponerle un trazador, previendo la concienzuda vigilancia de los Asociados hacia los reclutas, y esperaron pacientemente a que ella saliera del centro de formación con noticias de su paradero. Había sido Charlie quien dio la idea de hacer un análisis de las llamadas telefónicas de las regiones francófonas contra el marco temporal del Vertido.

—¿Qué hay de San Francisco?

—¿Te refieres al topo que infectó el sistema de Kennison?

Red gruñó.

—¿Quién no infectó el sistema de Kennison? —Se volvió y miró a Collingwood, que estaba sentado en el columpio del porche, los brazos extendidos sobre el respaldo. Red se echó hacia atrás y medio se sentó en la barandilla—. Se puede infectar un sistema desde cualquier parte del país. Solo hay que pegar el gusano o el virus a un programa comercial, o en archivos compartidos o listas de correo.

Collingwood negó con la cabeza.

—Eso no lo sé. Soy un hombre sencillo con necesidades sencillas. Oh, uso hojas de cálculo, naturalmente; pero estoy seguro que no a su máximo potencial. Y Dennis... Bueno, él tenía, tiene, horror a los ordenadores.

—Son herramientas. Lo mismo que tenerle miedo a las reglas de medir o los aspiradores. O a las plumas estilográficas.

Collingwood sonrió con malicia.

—El Declive de Occidente puede atribuirse a la invención de la pluma de escribir. Creo que cuando la gente tenía que poner sus escritos en bloques de piedra, se pensaban más sus palabras.

Red sonrió.

—Puede que tengas razón.

Collingwood se impulsó con los pies y el columpio del porche empezó a mecerse.

—Mi abuela tenía uno de estos en su porche. Me siento como si fuera un niño otra vez. —Osciló lentamente, como un péndulo—. ¿Vas a decirme qué sabes sobre Dennis French?

Red se cruzó de brazos.

—Es todo lo que significa este asunto para ti, ¿verdad? Encontrar a tu amigo. No

te importan los grandes temas.

—¿No? Siempre he pensado que la amistad es uno de los grandes temas.

—No me refería a eso. Quería decir... Bueno, más allá de tu preocupación por tu amigo. ¿No te preocupan los temas filosóficos? ¿Quieres que tu vida sea controlada por alguna elite secreta?

Collingwood bufó.

—¿Quieres decir que no lo ha sido ya? —El columpio se deslizó en silencio—. ¿Ha habido alguna vez una época desde los faraones en que un pequeño grupo de personas no haya insistido en dirigir las cosas? Mientras se haga de una manera razonablemente competente y me dejen a mi aire, no me preocupa. No veo cómo aplicar un poco de ciencia a la tarea pueda ser peor que los ejercicios de prueba y error que hemos soportado siempre.

—De verdad no te importa. —Red no pudo evitar que la sorpresa se notara en su voz. Había esperado cualquier cosa menos indiferencia—. Estás más metido en esto que la mayoría, y los temas fundamentales no significan nada para ti.

—¿Es eso una acusación? La mayoría de los que insisten en eliminar el yugo del opresor están solo molestos porque el yugo no es el suyo. —Detuvo el oscilar del columpio, haciendo rozar los pies contra el suelo de madera del balcón—. Pero he añadido un detalle. Dije que no me importa, siempre que me dejen a mi aire. Y eso no lo habéis hecho.

Collingwood no había alzado la voz, pero Red intentó evitarla. Se apartó de la mirada acusadora del hombre y se abrazó a una de las columnas. Sintió la pintura lisa y fría contra la mejilla.

—No, no lo hemos hecho, ¿verdad?

Y no importaba que no hubieran sido los Asociados quienes habían disparado todo el asunto. Podría haber pasado de una docena de formas distintas. Toda la estructura estaba cubierta de fracturas, demasiadas fracturas para echarle la culpa a la que finalmente se había agrietado.

—No vas a decírmelo, ¿verdad?

Red apartó de nuevo la mirada.

—Lo siento —dijo—. Es una segunda naturaleza. —Pasó la mano por el poste. Había una grieta en la pintura, y la picoteó con la uña—. No sabes cómo es —le dijo a Collingwood, todavía dándole la espalda— haber jurado un secreto como el nuestro. No te atreves a dejar que nadie lo sepa. Ni siquiera que hay un secreto. Ni a tus padres. Ni a tus amigos más íntimos. Así que aprendes a ocultar, a retener cosas, a veces incluso a mentir. A contar historias sobre tu nuevo «trabajo de verano», pero nunca la verdad. Pronto...

Una fina lasca de pintura se soltó y él la hizo girar entre sus dedos.

—Pronto, la circunspección se convierte en tu segunda naturaleza. Para estar a salvo, nunca lo digas todo. Para estar más a salvo, nunca digas nada. Pero la distancia cliológica se define por la frecuencia inversa de las comunicaciones entre dos puntos.

—Sonrió amargamente—. Lo aprendemos en nuestra formación. Así que la distancia entre tú y todos los que conoces crece. Y lo peor es que sabes por qué está sucediendo. Incluso puedes plantear las ecuaciones. Pronto, tus únicos amigos son otros como tú mismo, encerrados en un mundo secreto, seguros en el conocimiento de que, después de todo, sois los verdaderos dueños del mundo, y son las clavijas redondas las que, en realidad, no encajan.

Lanzó la lasca de pintura al aire nocturno; se inclinó hacia delante apoyándose en los codos y cruzó las manos.

—¿Por qué te estoy contando todo esto?

—No lo sé —dijo Collingwood—. ¿A quién deberías estar diciéndoselo?

Red miró por encima de su hombro.

—¿Seguro que solo eres un contable?

—Dime, Caldero —oyó decir a Collingwood—. ¿Cómo te metiste en tu línea de trabajo? No os anunciáis en los anuncios por palabras, ¿no?

Red pasó la mano por el poste, arriba y abajo, recordando a Emmett Blaine. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que pensó en el viejo, con sus lazos de lunares y el pelo con la raya en el centro? La antítesis de lo atractivo, pero un profesor que había hecho que las ideas cobraran vida.

—Siempre estamos atentos a la gente que muestra interés. Y talento.

Como los estudiantes de instituto que no encajan, pensó. Tímidas clavijas cuadradas, torpes en un universo de agujeros redondos. Los que podían caer bajo el hechizo de un profesor carismático. Lo suficientemente independientes para resistirse a recortar sus propias esquinas, y lo suficientemente visionarios para imaginar cuadrar los agujeros. Aquellas largas discusiones sobre cómo una persona podía crear la diferencia, si podía hacer lo adecuado en el momento preciso. Le sorprendió advertir cuánto de su propio pensamiento sonaba con la voz de Emmett Blaine. La propagación de memes...

—Ya van dos —oyó decir a Collingwood.

—¿Dos qué?

—Dos veces que evitas hablarme de Dennis.

Red dio una palmada. La noche se hacía más fría. El otoño, decidió, era la época más triste del año.

—La Q debe tenerlo —dijo Red—. Hasta esta noche no he estado seguro de si era la Q o los Seis. Alguien en la organización de Kennison lo sabe. Kennison lo oyó hablar por teléfono. No nos ha dicho quién es el topo, pero lo supongo. Bennett está allí ahora mismo, con el teléfono intervenido, para que podamos encontrar la pista.

Se incorporó, se dio la vuelta y miró a Collingwood.

—Ya está. ¿Ha sido suficientemente franco para ti?

Collingwood asintió.

—Bastará. Pero ¿por qué está Bennett tan ansiosa por ayudar a localizar a Dennis?

Red se encogió de hombros.

—Es su misión —contemporizó.

Collingwood parecía divertido.

—¿Circunspección, de nuevo? No importa. No presionaré. Siempre que prometas que, cuando sepas donde está Dennis, me lo dirás inmediatamente.

Él vaciló tan solo una fracción de segundo.

—Por supuesto.

Llewellyn abrió la puerta y la luz inundó el balcón. Escrutó la oscuridad.

—¿Jeremy? Estás... Oh, estás ahí. Y el señor Caldero también, ya veo.

Red suspiró.

—Qué demonios, llámame Jimmy.

—Charlie ha terminado la correlación y ha encontrado un grupo de teléfonos públicos en San Francisco a los que llamó vuestra Howard, o viceversa. El caballero al otro lado de la línea hizo una comprobación a través de los bancos de datos de Kennison Demographics y descubrió que un tal Alan Selkirk vive en el centro de la distribución.

Selkirk. Red asintió, sin dejarse sorprender. Kennison había dicho que ya no se fiaba de Selkirk. Los disparos en el aparcamiento tenían mucho más sentido, también. Nadie aparte de Kennison y Selkirk sabían que estarían allí. Recordó cómo se sorprendió el escocés cuando le dijeron que había una tercera sociedad (¿Solo tres? ¡Dios, qué simple parecía en retrospectiva!). Y recordó lo aliviado que pareció Selkirk cuando le habló de los Seis Secretos. Naturalmente. Lo más probable era que se hubiera temido que hubieran descubierto a la Q.

—Y Jeremy —continuó Llewellyn—, el señor SuperEmpollón tiene un mensaje personal para ti de Gloria Bennett.

Collingwood parpadeó lentamente.

—¿Sí? —Mantuvo una expresión neutral—. ¿Qué dijo?

—Solo que Dennis French estaba retenido por un hombre llamado Bernstein en algún lugar del Upper East Side de Manhattan. Collingwood asintió. Miró a Red.

—Servicio rápido.

Red no pudo evitar sonreír.

—Cumpló mis promesas.

XI

KENNISON abrió la puerta de Johnson y Cheng, y Sarah entró en las oficinas oscuras. El hombre que la acompañaba era solo una forma negra. Sarah intentó decirse que su inquietud era ilógica, pero estaba oscuro y Kennison era el hombre del saco. Al menos aquel Turno de Noche suyo se había ido a casa. Bostezó de pronto y se cubrió la boca con la palma de la mano.

—¿No podríamos hacer esto por remoto? —preguntó de nuevo.

—Hay salvaguardas de *hardware* con las que debemos tratar.

Si se trataba de *hardware*, SuperEmpollón habría sido una opción mejor para acompañar a Kennison. Pero él había insistido en que fuera ella. No confiaba en nadie más.

La sala de ordenadores del fondo estaba tenuemente iluminada; pero la máquina en sí estaba encendida, una hidra incansable en su sueño hibernado.

—Algunos programas se ejecutan durante el turno de madrugada —explicó Kennison—, pero no tenemos a nadie aquí mirando las lucecitas parpadear.

—Enciende las luces del techo para que pueda ver lo que hago —dijo ella.

—No. Alguien podría verlas desde fuera y preguntarse qué está pasando.

—No hay ventanas en esta habitación —señaló ella—. Y podemos cerrar la puerta.

—Si cerramos la puerta, no oiremos si alguien entra en las oficinas principales. —Él parecía petulante.

—¡Oh, por el amor de Dios! ¿Quién va a venir a estas horas?

—¿Un ladrón? —Era medio pregunta medio sugerencia.

—No seas absurdo.

—Oh, muy bien —respondió él, de mal humor. Y tocó el panel junto a la puerta. Los fluorescentes parpadearon y se encendieron, bañando la habitación de un brillo coralino. El labio inferior de Kennison hacía un puchero. Todo su rostro tenía el aspecto hinchado y reconcentrado de un niño decepcionado. ¿Cuál es su problema?, se preguntó Sarah.

Trabajaron juntos durante una hora. Kennison soltó los paneles de la parte trasera de las máquinas y desconectó interruptores. Sarah lo siguió hasta la pantalla. <ARCHIVO ABIERTO>... <ARCHIVO ABIERTO>. Podría haber hecho esto él solo, pensó. Una vez desconectados estos cerrojos físicos, podría haber trabajado desde mi propio

apartamento. ¿Entonces por qué había insistido en que lo acompañara? ¿Para cogerle la mano?

Kennison salió de detrás del armario situado a la izquierda. Se había desabrochado la chaqueta y la corbata. Se había arremangado la camisa. Y se había desabrochado el último botón de la camisa también.

—Es el último —anunció—. Ahora cualquiera puede entrar y saquear los archivos. —Frunció levemente el ceño, se mordió el labio inferior, y se volvió para mirar los ordenadores—. *Alea iacta est* —dijo tristemente.

—¿Y este es tu Rubicon? —sugirió ella.

Él volvió la cabeza y sonrió.

—Lástima que tan poca gente conozca los clásicos hoy día.

—¿Sí? ¿Y de quién es la culpa?

Kennison negó con la cabeza.

—Nosotros podemos potenciar y nutrir una tendencia, señorita Bennett, como bien sabes a estas alturas. No podemos imponerla. —Miró de nuevo los ordenadores que había abierto—. Estoy decidido a continuar. Sin embargo, ¿quién puede resistirse a mirar atrás? ¿Quién puede abandonar su pasado sin un retortijón de pesar?

—Dímelo a mí —dijo ella, la voz cargada de ironía.

Kennison se volvió a mirarla.

—Sí. Lo sabes bien, ¿verdad? Ni tú ni yo podemos desprendernos fácilmente de todo lo que hemos sido y podríamos haber sido por la conveniencia del momento. Hay un lazo entre nosotros. Hermano y hermana. —Su cara se iluminó, como alcanzada por un nuevo pensamiento—. Sí, hermano y hermana.

Lo que me faltaba, pensó ella. Tuvo que recordarse que esta triste criatura había ordenado la muerte de personas, de Morgan y Dennis. Que le interesaba encontrar a Dennis solo por su necesidad de saber quién se lo había llevado. ¿Por qué no podía ser un psicópata duro y arrogante, como los asesinos de las películas? ¿Por qué tenía que ser tan retorcido y patético?

Se volvió hacia la pantalla. Tenía que estudiar la arquitectura del sistema para poder duplicarla rápidamente y vertirla en el sistema de Detweiler antes de que nadie más fuera consciente de ello. Solo Selkirk, Johnson y Cheng conocían el plan para asegurar una copia prístina de los archivos. Si alguien más del Turno de Noche detectaba la actividad, todo habría sido en vano.

—¿Estás seguro de que Detweiler ha accedido a esconder tu sistema?

—Jimmy Caldero llamó esta tarde y lo confirmó.

Ella no quiso mirarlo. ¿Por qué había llamado Red a Kennison y no a ella? ¿Demasiado ocupado, tal vez? Según Bosworth, se estaban cocinando muchas cosas allá en Boston, con D, B and S y los Seis Secretos. Podría habersele olvidado. Podría haber estado distraído.

No tenía que ponerle excusas.

Kennison llamó su atención. Alzó las manos.

—Voy a lavarme mientras tú empiezas, hermana.

No tenía las manos sucias. Ella lo vio salir de la sala de ordenadores. Apagó la luz antes de abrir la puerta. Cuando la cerró tras de sí, ella se acercó al interruptor y volvió a encenderla.

Hermana.

Pasó una hora antes de que advirtiera que no había regresado.

Ladeó la cabeza y escuchó, pero lo único que oyó fueron los soniditos y murmullos apagados de un edificio de noche. El zumbido del terminal y las luces del techo.

Acabó la desconexión, reactivó los cerrojos, y luego recogió sus cosas y se dirigió a la puerta, donde vaciló, recordando la paranoia de Kennison sobre la luz. Suspiró y la apagó.

En la oscuridad, su mano se detuvo en el pomo. Habría algo horrible en la puerta, esperándola. No seas absurda. Ahora estaba pagando el precio por todas aquellas películas que había visto en la tele de adolescente. No estás en una peli de miedo del tres al cuarto.

No. Los horrores eran reales. Asesinos drogados e hipnotizados. Automóviles anónimos con neumáticos chirriantes. Una navaja en las costillas en un aparcamiento. Bombas que convertían salas de reuniones en un matadero. Un asesino implacable con ojos muertos. ¿Y dónde estaba Tyler Crayle? Según Kennison, se había perdido de vista. ¿Estaba buscando a la asesina de su hermano? ¿La estaba buscando a ella? ¿Estaba esperando al otro lado de la puerta, con el cuchillo enrojecido por la sangre de Kennison?

No, maldición, se reprendió. Los asesinos no hacen eso en la vida real. Si Crayle estuviese ahí fuera, no estaría esperando a que ella abriera la puerta. Habría entrado a buscarla. Para demostrarlo, abrió de un tirón la puerta.

No había nada.

Se apoyó contra el marco. Adelante, ponte de los nervios. Un poco de histeria te viene bien. Ayuda a purgar la mente de un exceso de racionalidad.

Salió a la sala principal, tenuemente iluminada por unos cuantos indicadores de SALIDA. Las particiones de los cubículos parecían las paredes de un laberinto. Podía ver por encima de las partes superiores de los cubículos. Una gran sala abierta dividida en nichos y huecos. La habitación crujía mientras el edificio oscilaba con el viento. Ya basta de esta mierda, pensó, y extendió la mano para tocar el interruptor de la sala de ordenadores.

Un charco de luz se desparramó sobre la sala y e hizo destacar el pálido relieve de los cubículos.

Kennison apareció detrás de la partición más cercana.

—¿Qué estás haciendo? —susurró.

Esta vez, ella gritó.

En un momento, Kennison estuvo a su lado, rodeándola con sus brazos.

—No te preocupes, hermanita —dijo—. Yo cuidaré de ti. —Se apretujó contra ella con demasiada fuerza para ser un «hermano». Ella lo empujó.

—¡No me toques! —advirtió—. ¿Qué te crees que estás haciendo, asustándome de esta forma? ¿Es así como te diviertes o algo?

Él parecía confuso.

—Yo... No... Por supuesto que no.

—¿Entonces qué estabas haciendo, escondido en ese cubículo?

Él miró alrededor y se inclinó hacia ella.

—Selkirk va a venir —dijo, con un susurro confiado.

—Entonces será mejor que nos larguemos antes de que nos vea juntos.

—No. No —protestó Kennison—. Te está buscando a ti. Sabe que sabes cosas de él y de la Q y de Bernstein y French. Sabe que no dejarás de buscar a tu amigo. Y encontrarlo a él significa encontrar a la Q.

Ella lo agarró por la pechera de la camisa.

—¿Entonces por qué va a venir aquí? —le dijo a la cara.

Kennison le apartó las manos de la camisa. Su tenaza era notablemente fuerte.

—Porque yo lo llamé y se lo dije.

—¿Tú qué?

—No te preocupes. Te protegeré.

—¡Estás loco!

—No. Selkirk confía en mí. Me ofreció un empleo con la Q. Quiere que descargue los asuntos de la Sociedad en los ordenadores de la Q. A cambio, seré el Coordinador norteamericano de su organización.

Ella trató de liberar las muñecas de su tenaza, pero no pudo.

—Le dije a Red que no podíamos confiar en ti.

—Yo... ¡Silencio!

Un ruido en la puerta principal. Una sombra contra el cristal esmerilado. Kennison la empujó al cubículo más cercano.

—Escóndete ahí. Bajo la mesa.

Se marchó pasillo abajo.

Todo había sido una estratagema, todo aquel asunto de que Red había llamado a Detweiler ofrecía santuario. ¿Por qué había venido aquí con él? ¿Cómo podía haber dejado que un asesino sin piedad la convenciera para que se sintiera segura? ¿Qué pretendía Kennison? ¿La había ofrecido a Selkirk como muestra de buena voluntad? ¿Entonces por qué le había dicho que se escondiera? ¿Pensaba que podía entregarla a la Q y todavía protegerla porque podrían darle un cargo importante?

Una cosa sí sabía: nunca te escondas en un sitio que solo tenga una salida. Red se lo había dicho. Uno de sus aforismos de agente secreto. Y Red, incluso a más de cuatro mil kilómetros de distancia, era una guía mucho más fiable que Kennison.

Salió a rastras del callejón sin salida del cubículo y se abrió paso lentamente pasillo abajo. Si podía situarse lo bastante cerca de la puerta, tal vez podría escapar cuando Kennison condujera a Selkirk hasta su «escondite».

La puerta se abrió y se cerró silenciosamente. Sarah oyó el roce de ropas y un zapato moviéndose por la alfombra. Hubo un grito súbito y un golpe. Algo chocó contra una partición y la empujó unas pulgadas por la alfombra.

¡Ahora! Sarah corrió hacia la puerta.

Pero Kennison estaba allí, junto al interruptor, y ella se detuvo en seco. Un único panel fluorescente iluminaba el vestíbulo de entrada. Kennison yacía como un saco contra la partición torcida. Kennison la vio y sonrió.

—Hola, hermanita. Supuse que intentarías sortearlo. —Señaló la figura inmóvil del suelo—. Pero no necesitaba tu ayuda. Te dije que podía encargarme.

Sarah lo miró a los ojos. Siempre se había preguntado qué aspecto tenía un loco. Ahora lo sabía. Completa y totalmente sincero. De pronto tuvo miedo de Kennison. Mucho más miedo del que le había tenido a Orvid Crayle.

Miró a Selkirk. ¿En busca de qué? ¿Ayuda? ¿Se le pedía ayuda al escorpión contra la serpiente? Sí. A veces. Pero Selkirk yacía inconsciente, los brazos y piernas torcidos, un charco de sangre en la cara. Kennison alzó un pisapapeles ensangrentado.

—Lo golpeé con esto —dijo, como si esperara un cumplido—. Iba a hacerte daño.

Kennison avanzó hacia ella y Sarah retrocedió. Una maceta bloqueó su retirada y él extendió la mano y la agarró enérgicamente por la muñeca.

—No te preocupes. Ahora todo se ha acabado. Estás a salvo conmigo. —Trató de empujarla hacia su abrazo y Sarah sintió con gélida certidumbre lo que pretendía hacer.

—¡Espera! ¡No! —Piensa, Sarah. ¡Piensa!—. Aquí no. ¿Y si Selkirk se recupera?

Sin soltarle la muñeca, Kennison se volvió y pateó con fuerza a Selkirk en las costillas. El hombre inconsciente resbaló desde su posición medio sentada y se desparramó en el suelo.

—No lo hará. No durante un rato. Y además... —añadió extrañamente—. ¿No le añadirá eso un poco de picante?

Oh, Dios.

—No. No puedo. No con él aquí. —Subió la mano por su brazo—. Llévame a mi apartamento, hermano. Allí estaremos a salvo.

A salvo con Helen y Chu. Y Bosworth. Y Polovsky, que había llegado esa mañana de Colorado.

Kennison podía estar loco, pero no era estúpido. Negó con la cabeza.

—No, hermanita. Nos vería demasiada gente. Y lo que nosotros tenemos está... prohibido. No, iremos a casa.

La rodeó con un brazo por el hombro y la guio hacia el pasillo y el ascensor. Su tenaza era como acero.

—Iremos a casa.

El coche de Kennison estaba en el aparcamiento del edificio, y no había nadie en el ascensor ni en el garaje, ni siquiera en la puerta de peaje automática. Kennison insertó su tarjeta en la ranura y la puerta se abrió. Subió la rampa para llegar a Stockton y giró a la izquierda hacia Telegraph Hill.

Le colocó una mano en el muslo y apretó.

—No te preocupes —seguía diciendo—. Ahora estás a salvo.

Polovsky y Bosworth estaban dormidos cuando Red regresó a su *suite* en San Francisco. Bosworth estaba encogido en el sofá, pero Polovsky se había hecho dueño de la cama grande. Red los despertó a ambos.

—Estoy hecho polvo —dijo—. El vuelo de Boston fue retrasado por el mal tiempo. —Bostezó y se despezó y miró directamente a Polovsky—. Me moría de ganas por una cama calentita.

—A mí no me mires —dijo Walt—. No apareciste. Si duermo en un sofá, me duele la espalda.

Red no le respondió. Se dirigió al salón y los otros dos lo siguieron como cachorritos. El salón había sido convertido en centro de mando y estaba lleno de aparatos y monitores. De las paredes colgaban imágenes impresas. Red lanzó su bolsa de viaje al sofá y se acercó a la pared más cercana para inspeccionar el trabajo.

—¿No sabéis lo que le hace al papel de pared la cinta adhesiva?

—Escúchalo —le dijo Walt a Bosworth, señalando con un pulgar—. Adelante, léelo. El gusano que Kennison dejó que Gloria insertara en su sistema informático nos ha dado transcripciones completas de todo lo que ha entrado o salido. Archivos. Correo electrónico. Lo que quieras.

Red pasó un dedo por las transcripciones de los mensajes.

—¿Habéis enviado copias al Consejo?

—Oh, están locos de alegría. Al saber lo que Ellos pretenden, el Hermano Betancourt piensa que podremos aumentar el valor de nuestras carteras en más de un quince por ciento.

Red lo miró.

—También ayudará a contrarrestarlos. No olvides nuestro Objetivo.

Polovsky le devolvió la mirada.

—Claro.

Bosworth encogió los hombros y se concentró en la pantalla.

Red se metió las manos en los bolsillos del pantalón y jugueteó con su llavero. Los aparatos colocados en la ventana hicieron un diminuto ruido. Se acercó y apartó la cortina con un dedo. Las luces de las farolas colgaban como cadenas de perlas en Telegraph Hill. Aquí y allí brillaba una ventana.

—Creía que iba a venir Tex.

—¿Sí? Pues te he tocado yo —dijo Walt—. Janie tuvo que ir a alguna parte y lo dejó a cargo del rancho. —Red gruñó pero no hizo ningún comentario—. ¿Qué tal en Boston?

Red se apartó de la ventana.

—Llovía. Conocí a algunos de nuestros competidores.

—Sí, eso he oído. —Polovsky encontró una silla y se sentó—. ¿Y qué hacemos con ellos?

—Nada, por ahora. Somos aliados en la búsqueda de la SQPS. Lo primero es lo primero. —Red volvió a desperezarse—. Y lo primero... voy a echarme a dormir. Si consigo encontrar una cama —añadió con segundas.

Polovsky señaló hacia arriba con el pulgar.

—Prueba arriba, ¿quieres? Hay una cama calentita.

Red le dirigió una mirada brusca.

—Cuidado con lo que dices, Walt. Tus padres invirtieron demasiado dinero en tu ortodoncia para tener que malgastarlo ahora.

Polovsky sacudió la cabeza.

—No. Ella no está allí. Se fue a Kennison Demographics hace como una hora y media. Él quería que ella se encargara de la arquitectura del megagusano que está diseñando para corromper la base de datos de Ellos.

Red hizo una mueca y miró a la ventana.

—¿Se fue? ¿Tan tarde?

—Tenían que esperar a que se marchara el Turno de Noche.

—Ojalá no hubiera ido.

—¿Por qué? Kennison está con nosotros en esto, ¿no?

—Es que no me gusta la idea.

—¿Celoso?

Red lo miró con mala cara. Se acercó a la ventana y volvió a descorrer la cortina.

—Tal vez debería pasarme por allí.

El apartamento de Kennison brillaba con luces y sombras fluctuantes, como procedentes de un fuego. Un fuego frío: Sarah no podía sentir ningún calor; pero olía a cenizas. Se detuvo en el umbral, sin querer entrar, resistiendo la persistente presión de la mano de él contra su espalda. Sintió la extrañeza del lugar. Kennison era el Demonio y esto era el Infierno. No vería, no sentiría las llamas hasta que entrara.

Kennison la empujó y ella entró a trompicones en el titilante crepúsculo.

Sus ojos recorrieron la habitación. El apartamento no parecía habitado, pero eso tenía sentido porque Kennison no vivía aquí. Con todo, le pareció que tendría que haber algo personal. Una fotografía. Un libro. Algo. En cambio era pelado, anónimo, carente de personalidad. Todo lo que pudo ver eran los aparatos electrónicos colocados junto a la ventana y las ventosas de la ventana que «interceptaban» las vibraciones del cristal.

Kennison cerró la puerta y se apoyó contra ella.

—Ahora estamos a salvo.

Hasta que él no cerró la puerta ella no pudo ver qué había detrás. Una hilera de velas en copitas de cristal rojas y azules, dentro de un pebetero de bronce retorcido. Las llamas bailaban dentro de sus contenedores, proyectando halos sobre la pared y el techo. Encima de las velas colgaba una fotografía enmarcada de una mujer blanca de cara redonda. Algunas de las velas proyectaban halos sobre su cabeza. Sus ojos le sonrieron a Sarah. La fotografía estaba rodeada de jarrones repletos de flores de colores. Un cuenco pequeño y ennegrecido en el centro contenía los restos de conos de incienso.

Oh, dulce Jesús, pensó ella. ¿Dónde me he metido?

Volvió la cabeza para mirar a Kennison. Había lágrimas en las comisuras de sus ojos. Parecía un niño pequeño. Sarah retrocedió lentamente hasta que su talón chocó con la pata de la mesita de café y el sonido hizo que Kennison alzara la cabeza.

—Se fue —se quejó él. Cerró con fuerza los ojos y apretó los puños—. Pero lo recuperaremos —añadió con lo que casi parecía una voz normal—. Será... difícil para ti, pero merecerá la pena. Ya verás. Lo entenderás. —Su voz era la voz calmada y razonable de un loco. Empezó a avanzar hacia ella.

Sarah rodeó corriendo la mesa de café, intentando superarlo por el lado y llegar a la puerta. Pero él volcó la mesa con sorprendente agilidad y la detuvo.

—No, hermanita, esa no es forma de actuar. Si cooperas, no dolerá tanto.

—¡No soy tu hermana! —gritó ella. Kennison extendió las manos y ella corrió hacia el sofá—. ¿Qué te ocurre? —Tenía que mantenerse apartada de sus garras.

—¿Tienes miedo? —preguntó él con una sonrisa peculiar—. Eso es bueno. Yo te protegeré.

—¿Miedo? —Ella llegó al extremo del sofá y lo empujó en su camino—. Puedes apostar tu culo a que tengo miedo.

Le lanzó uno de los cojines a la cara, y él lo hizo a un lado. Sus ojos recorrieron la habitación en busca de algo que arrojarle.

Fingió dirigirse a la izquierda y se lanzó hacia la ventana. Pasó ambas manos por la hoja de cristal y retiró las pequeñas arañas mecánicas. Cayeron al suelo en cascada, donde claquetearon y danzaron en la alfombra. Sarah cogió un doble puñado de aparatos y corrió al otro lado del sofá justo cuando Kennison llegaba a la ventana.

Se dio la vuelta y le lanzó a la cara con todas sus fuerzas una de las arañas. Él trató de esquivarla, pero lo alcanzó en la cara y aulló. Se llevó la mano a la mejilla y la retiró ensangrentada. Sarah lanzó otra araña y corrió hacia la puerta.

—¡Walt! —gritó por encima del hombro—. ¡Norris! ¡Que alguien me ayude!

Helen negó con la cabeza.

—No ha regresado, Hermano Caldero. Estoy aquí desde que se marchó, así que debería saberlo.

Red no estaba de humor para ser razonable. Se inclinó sobre el mostrador de la conserjería, de modo que Helen se hundió más en su silla.

—Tal vez regresó mientras estabas en el cuarto de baño. Solo quiero echar un vistazo. —Mantuvo la pose un instante, contemplando la cara de Helen. Entonces se enderezó y desvió la mirada—. ¿Por favor?

Helen cogió su llavero del cajón. Se levantó y se alisó la falda.

—Sígueme —dijo.

Red corrió tras ella.

—Sé dónde está su *suite* —dijo. Probablemente se encontrará allí, dormida como un tronco, soñando los sueños de los inocentes. Claro, eso era. Había vuelto tarde. Helen no estaba en ese momento en el mostrador, así que se fue a la cama sin molestar a nadie. Si estaba allí, la despertaría y le daría un buen rapapolvo sobre los procedimientos adecuados a seguir.

Y si no estaba...

Bueno, era una chica mayor, ¿no? Sabía cuidar de sí misma. Pregúntale a Orvid Crayle.

Pero no. Ninguno de nosotros sabe cuidar de sí mismo. Los franceses no se pararon con lo de libertad e igualdad; habían añadido fraternidad para que funcionara. Nos necesitamos mutuamente. O tal vez, lo que es más importante, necesitamos necesitarnos. No es que siempre tuvieras que tener protegida la espalda, pero cuando era así, la vida era muchísimo menos solitaria.

Ella no estaba en su *suite*.

Red buscó de habitación en habitación, llamándola. Helen esperó pacientemente junto a la puerta. Cuando él regresó a la habitación principal, la miró, indefenso.

—Te dije que no había vuelto todavía.

—Pero ¿dónde está?

—Con el primo Kennison. —Los labios fruncidos de Helen demostraban lo que pensaba del primo Dan—. En las oficinas de Demographics. —Señaló el teléfono—. Podrías llamarla. Si te hace sentir mejor.

—Yo... —Red se preguntó si parecía tan estúpido como se sentía—. Bueno, claro. El *jet lag* y la hora que es, ¿no?

Sonrió y cogió el teléfono. Marcó tres números.

—¿Frank?... ¿Qué?... Sí, sé qué hora es. Esto es importante. Haz esto por mí; luego puedes irte a casa. Ponme con Johnson y Cheng... Eso es. Pero que no aparezca nada en el registro del teléfono regular. —Cubrió el fonocular con una mano—. Supongo que mañana por la noche todos los Asociados del país sabrán esto.

Helen se encogió de hombros.

—No serás el primero de nosotros agobiado por la Regla Diecinueve.

El teléfono sonaba. Sonaba.

—Maldición. No responde nadie. —Sarah podría mirar la pantalla y reconocer su propio número. ¿Por qué no contestaba? Depositó el teléfono en su horquilla.

¿Habían ido al apartamento de Kennison? No podía imaginar por qué, pero era una posibilidad. Se asomó al visor del detector de voz. La ventana del apartamento de Kennison apareció a la vista, pero estaba demasiado lejos para que pudiera distinguir nada.

Apagó los deflectores y comprobó los altavoces, pero lo único que oyó fueron los deflectores de la ventana de Kennison. Encogió los hombros.

—Sigue sin gustarme.

Helen no dijo nada. Red pasó el dedo arriba y abajo de la horquilla del teléfono.

—Dime. ¿Se había instalado el Hermano Walt antes de que la Hermana Sarah se marchara? —Miró a Helen.

Ahora la conserje pareció preocupada también.

—Bueno... Sí. Llegó a eso de media tarde.

Red golpeó el teléfono y este cayó de la mesa con un estrépito de campanitas.

—¡Maldición! ¡Él sabía lo que tenía que hacer! ¡Tendría que haberse encargado! Asegurarse de que ella sabía cómo y cuándo informar. Tendría que haber preparado una escolta con Frank Chu. ¡Y debería de haber montado guardia! ¡La dejó ir sola!

Helen no dijo nada. Pareció cerrarse sobre sí misma y no quiso mirarlo a los ojos.

—El... no le cae bien. Por el Vertido.

—Por el... Dios mío, ¿qué tiene eso que ver con nada? Esto es un asunto de los Asociados. ¡No nos tiene que gustar alguien para hacer un trabajo!

El Hermano Polovsky tendría que responder a un montón de cosas. Pero ante Betancourt, no ante él. Si Red llamaba al orden a Polovsky todo el mundo pensaría que era un asunto personal. No, esto tenía que seguir las reglas. Más tarde, podría invitar a Walt a salir y hacerlo personal.

Un insistente pitido desde el suelo le recordó que el teléfono estaba descolgado. Se agachó y lo recogió.

—Vaya —dijo, poniéndolo en su sitio—. Sí que son duros estos aparatos.

—Supongo que un montón de gente arroja los suyos de un extremo a otro de la habitación.

Miró a Helen y sonrió.

—Sí —dejó escapar un profundo suspiro. Luego se dio la vuelta y se sentó en el sofá. Más allá de la ventana, San Francisco dormía.

—¿Te dejo aquí? —preguntó Helen.

—¿Qué? —Él miró por encima del hombro—. Oh. Sí. Esperaré aquí. Tal vez me acueste en el sofá. Llámame cuando la veas coger el ascensor.

Helen cerró la puerta amablemente y la habitación se oscureció.

Red pensó en encender una luz, pero eso significaría levantarse y no tenía ganas. Estaba cansado. Si esperaba, ella aparecería. Mañana, los dos se reirían por todo esto.

No supo cuánto tiempo permaneció allí. Los sonidos neblinosos del apartamento de Kennison iban y venían. Se quedó adormilado.

Entonces un súbito cambio en el sonido lo despertó. Los altavoces restallaban

como una ola contra una playa cubierta de guijarros. La grabadora automática echó a andar y Red oyó sonidos: pies corriendo, un aullido de dolor. Luego una voz:

—¡Walt! ¡Norris! ¡Que alguien me ayude!

El mundo pareció congelarse durante un instante, y una mano helada agarró su corazón y apretó. Jacksonville. Era Jacksonville otra vez.

Kennison llegó antes que ella a la puerta. Sarah le lanzó otra araña, pero falló y sus patas diminutas se clavaron en el suelo como dagas en miniatura.

—No —suplicó él—. Esto no está bien. Tienes que tener miedo. No sabes cómo se juega.

—Estás loco, Kennison. ¡Walt! ¡Está intentando violarme!

La grabadora de su apartamento lo captaría inmediatamente, pero ¿y si no había nadie para monitorizarla? Ellos creían que se hallaba en las oficinas de Kennison Demographics, no aquí. Probablemente estarían dormidos.

Bueno, al menos podría dejarles un mensaje. Decirles lo que había sucedido. Lanzó las arañas a los ojos de Kennison, manteniéndolo a raya, y contó la historia en cortas andanadas.

—Engañó a Selkirk. Lo emboscó. Sin advertencia.

Kennison parecía ajeno al hecho de que ella estaba hablando para los micros. Se detuvo en su persecución y le dirigió una mirada perpleja.

—Pero era de la Q, hermanita. Venía a hacerte daño. Te protegí. ¿No te sientes agradecida?

¡Agradecida! Se estaba quedando sin armas. Corrió de vuelta hacia la ventana para coger algunas arañas más de la alfombra, pero Kennison estaba demasiado cerca y no pudo detenerse. Los aparatos cruzaron y chasquearon bajo sus zapatos.

Los dedos de Kennison se cerraron sobre su hombro. Ella giró sobre sus talones y lo golpeó con fuerza en la oreja. Se apartó y la blusa se le rasgó por el hombro derecho.

—Esto no está bien —se quejó Kennison, sujetándose la oreja.

—Estás enfermo, Kennison. Estás muy enfermo.

Este no era el villano gallardo y de buenos modales que había conocido. Era un despojo triste y patético. Podía temerlo, y de hecho lo temía. Si le ponía las manos encima... Pero no podía temerlo, no por estar enfermo.

Kennison se detuvo y una diminuta arruga apareció entre sus cejas.

—¿Enfermo?

Ella le lanzó palabras ahora, en vez de palabras de metal. Pudo ver las heridas que iba abriendo cada una.

—Sí, enfermo. Eres vil y repugnante. —Se volvió con súbita inspiración y señaló al altar junto a la puerta—. ¿Qué habría dicho ella?

Kennison aulló y se cubrió la cara con ambas manos.

—¡No! Pero tuve que... Todo estaba fuera de control. —Bajó las manos. Las lágrimas le corrían por las mejillas—. Prudence comprende. Ella me ayudó. Tú puedes ayudarme también.

—¿Cómo puedo ayudarte...?

Sus ojos suplicaron.

—Detenme.

Ella lanzó una patada con todas sus fuerzas y lo alcanzó en la entrepierna. Kennison se dobló, agarrándose, y emitió sonidos entrecortados.

—Siempre es un placer complacer a un amigo —dijo ella. Saltó hacia la puerta y la abrió.

Y gritó.

Era Selkirk, y estaba muy muy enfadado.

XII

¿QUÉ es negro, azul y rojo? Sarah no pudo dejar de recordar el viejo chiste. Respuesta: la cara de Selkirk. El hematoma donde lo había golpeado Kennison cubría casi toda la parte derecha de su cabeza. Sangre pegajosa y medio seca creaba ríos y afluentes por su mejilla y barbilla, manchando el cuello de su camisa. Sus ojos duros y furiosos asomaban entre la carne hinchada y ennegrecida.

Llevaba una pistola en la mano.

—Apártate de mi camino, muchacha —rugió—. ¿Dónde está esa serpiente rastrera?

La hizo a un lado y entró en el apartamento.

—Ah, ahí estás.

Sonrió, pero la sonrisa abrió un corte a medio curar en el labio y la sangre le manó por barbilla. Alzó la pistola.

—¡No! —Sarah lo agarró por el brazo y trató de retenerlo.

—Lo primero es lo primero. Tú serás la siguiente, muchacha. A ver qué has descubierto de la Societé.

Sarah apenas podía entender su acento escocés. Selkirk la empujó y apuntó con la pistola a Kennison.

Al caer, la mano de Sarah sintió algo afilado en la alfombra. Una de las serpientes que le había lanzado a Kennison. La cogió y la arrojó con fuerza a la cara de Selkirk. Él dejó escapar un grito y medio se volvió hacia ella.

Y entonces, increíblemente, el ascensor sonó.

La puerta del apartamento estaba todavía abierta por la entrada de Selkirk. Sarah saltó al pasillo, cerrando la puerta de paso.

—¡Espere! —dijo, y corrió hacia el ascensor.

Un joven acababa de salir del ascensor, y se encontraba a una docena de pasos vestíbulo abajo. Parecía vacilante y le dirigió una mirada de ojos hinchados. Sonreía.

—Eh, nena —dijo—. ¿Quieres...?

La puerta de Kennison se abrió y Selkirk salió al pasillo. Vio a Sarah y al joven y alzó la pistola. El hombre lo miró, los ojos como platos. Sarah casi entró rodando en la cabina del ascensor. Agarró al hombre mientras pasaba y lo empujó tras ella. El hombre se tambaleó y cayó contra la pared del fondo. Sarah pulsó el botón de la planta baja.

Las puertas se cerraron justo cuando algo parecido a un abejorro furioso atravesó el aire y destrozó el panel de plástico junto a la cabeza del hombre.

—¡Tiene una pistola! —exclamó.

—No me diga.

—¿Por qué le dispara un blanco a una hermana? —Parecía furioso, desafiante. Su uso de la palabra hermana le recordó a Sarah a Kennison y su enfermizo juego.

—Creo que le disparaba a usted —dijo ella.

—Oh.

El ascensor zumbó y bajaron juntos en silencio.

Cuando llegaron al vestíbulo, Sarah tiró del interruptor rojo que desconectaba la energía de la cabina. Un timbre parecido al de un despertador surgió del panel. Sarah se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que alguien se aventurara a investigar. Había una escalera, naturalmente, y el apartamento de Kennison estaba solamente cuatro pisos más arriba. Pero esto le daría un poco de ventaja.

El edificio no tenía portero de noche. Sarah vio la madera astillada y el metal combado donde Selkirk se había abierto paso a la fuerza. Salió corriendo a la acera.

El frío aire nocturno la golpeó como un cuchillo, dejándola sin aliento. La brisa del mar se coló por su blusa rasgada, congelándole el brazo. Miró alrededor, desorientada, las calles oscuras y vacías. Su aliento era algodón en el aire.

—¿Está bien? ¿Quién era ese tío? —Era el hombre del ascensor—. ¿Cosas de drogas? —La miró alerta, refrescado por la noche, súbitamente consciente de su vulnerabilidad.

—No —respondió ella, buscando una respuesta corta y plausible—. Espionaje.

No podía esperar aquí. Selkirk la perseguiría.

—La acompañaré —declaró el hombre, y la oferta era tan sincera y tan patentemente suicida que ella se detuvo un instante para tocarle el brazo.

—No, gracias. Espere aquí. Escóndase. Vendrá alguien.

Tras decirlo, salió corriendo por la calle sin mirar atrás. Probablemente ya habrá matado a Kennison, pensó. La idea la deprimió. Hubo una época en que no quería otra cosa sino que Kennison muriera horriblemente. Pero entre la ira y la realidad, se había suavizado. En su recuerdo podía ver los ojos vidriosos e incrédulos de Orvid Crayle, mirando las nubes, los cielos oscuros, las estrellas, y más allá. La segunda vez será más fácil, había susurrado su fantasma. Pero una cosa era defensa propia y otra ejecución.

La niebla que se alzaba del Golden Gate era un fantasma espectral que acariciaba la ciudad. Las sirenas de los estrechos gemían como un alma perdida. El falso amanecer cubría el aire del color de las perlas.

Gracias a Dios que ella se había mantenido en forma. Aquellos fines de semana en las montañas. El entrenamiento para sobrevivir. ¿Quién lo habría pensado? Respiraba entrecortadamente al correr, pero recorría la calle con velocidad y sin problemas. El claqueteo de sus zapatos al golpear el pavimento resonaba en la niebla nocturna y las calles desiertas. Entre una zancada y la siguiente se quitó los zapatos (primero uno, luego el otro) y corrió descalza en la oscuridad. Le pareció que corría

más rápido de esa forma, una con sus antepasados guerreros en las vaporosas junglas de África. Resistentes, encallecidos. La acunaron y la acompañaron. El vapor era la bruma de la madrugada en el Pacífico; la jungla era el asfalto. El pavimento estaba mojado por la bruma y el frío, helándole los pies.

Oyó el golpeteo de zapatos de cuero sobre el cemento. Lejos de ella; y cerró los ojos y se permitió un momento de alivio. Se detuvo y se dobló, las manos en las rodillas, respirando a grandes bocanadas.

Entonces oyó los pasos cambiar de dirección y seguirla por la calle, y continuó corriendo sin pensar siquiera en lo cansada que estaba.

Pensó en gritar, en despertar a alguien de las casas dormidas, en pedir ayuda. Pero Selkirk la alcanzaría más rápidamente que ningún vecino aturdido. Confusos y medio dormidos, nadie que consiguiera despertar sería de ayuda contra su perseguidor.

Cruzó la calle y se internó en un parque. La hierba húmeda le azotaba los talones y pantorrillas, empapando sus pies, aturdiéndolos con el frío rocío. Pisó una piedra, y el súbito dolor inesperado hizo que dejara escapar un agudo gemido, rápidamente sofocado.

Pero fue lo suficientemente fuerte en la noche silenciosa para que su perseguidor cambiara de dirección. Sarah maldijo en silencio y se obligó a continuar, cojeando levemente porque la piedra le había cortado el pie.

Entonces, inesperadamente, salió a un aparcamiento y se encontró contemplando la noble y remota mirada de Cristóbal Colón. Más allá de la estatua de bronce vio la alta columna aflautada de Coit Tower. Estaba en el callejón sin salida de Telegraph Hill.

Red se detuvo en la puerta del apartamento de Kennison y pegó la oreja. Nada. Ningún sonido de pugna. Alguien había dejado el edificio, temiendo ser perseguido. El ascensor detenido en la planta baja lo demostraba. Que sea Sarah, pensó. Que sea Sarah quien escapó.

Buscó por dentro de su chaqueta y su mano se cerró sobre la nada. Sí que estoy cansado, pensó. Sabía exactamente dónde estaba su pistola. En el maletín cerrado que el portero había dejado en su *suite*. Todo lo que tenía era el juego de ganzúas que llevaba en su llavero. La cerradura del apartamento de Kennison era una Rabson, pero Red tardó solo un momento en abrirla.

Dos piernas asomaban detrás de la puerta. Una rápida zancada y Red se arrodilló junto al cuerpo. Kennison. Yacía mirando al techo. La parte delantera de su camisa estaba manchada de rojo y la alfombra tras él estaba mojada y pegajosa. Red había venido dispuesto a enfrentarse a Kennison y a matarlo si era preciso, pero se encontraba ahora con esto. Se preguntó si Sarah le habría disparado. Nunca necesita mi ayuda.

Se levantó y se sacudió la rodilla y encendió los altavoces del sistema de escucha.

—Bosworth, ¿qué ha pasado?

—Estamos rebobinando la cinta, jefe.

La voz de Polovsky interrumpió.

—Eh, Jimmy. Lamento que haya sucedido esto. Todo es culpa mía. Era el encargado del puesto y tendría que haberme hecho cargo, pero...

—Ahórratelo. Solo dime qué ha pasado.

Red inspeccionó rápidamente el resto del apartamento. Cuando llegó a la ducha, vació antes de descorrer la cortina, temiendo lo que podría encontrar detrás. Pero no había ningún cadáver. Ninguna Sarah. Cerró los ojos brevemente y dio las gracias.

—Hemos reproducido la cinta —le dijo Polovsky cuando regresó al salón—. Por lo que podemos deducir, Selkirk llegó mientras Sarah estaba peleando con Kennison. —La voz de Walt dio un respingo—. Jesús, Jimmy, tendrías que haber oído las chorradas que le estaba diciendo Kennison. Es un pirado. Pero este Selkirk tenía alguna especie de inquina privada contra Kennison, y Sarah le dio esquinazo mientras se encargaba de nuestro muchacho. Luego fue tras ella. Disparó en el pasillo, suponemos. Al menos la acústica sonó diferente.

—Había un agujero de bala en el ascensor. Sin sangre. Debe de haber fallado. Ella debe de haber ido en dirección este, hacia Lombard. Si hubiera cogido por el otro lado, yo la habría visto. ¿Dónde está Chu?

—Ya se había marchado a casa. Lo llamamos al coche y viene de camino. Estará aquí en media hora.

—Mierda. No puedo esperar. Pero necesito apoyo.

—Déjame enmendar mi error, Jimmy. Cogeré el coche y me acercaré.

—Muy bien, pero no voy a esperar. Los segundos cuentan. —Miró hacia la puerta, pero la mano de Kennison se alzó y lo agarró por la pernera del pantalón. Red dejó escapar un grito de terror momentáneo y miró a Kennison a los ojos.

—James. —Era un susurro ronco y asfixiado—. James. Lo siento mucho.

—¡Mierda! ¡El hijo de puta está vivo todavía!

—¿Quién? —preguntó Polovsky—. ¿Kennison?

—¿Cuántos hijos de puta muertos tenemos aquí? Claro que Kennison. Díselo a Helen. Que mande algún médico. —Se soltó de la tenaza de hierro—. Encárgate del escenario, Walt. Tú y Helen. Ya sabéis lo que hay que hacer. No dejes que la policía encuentre nada.

¿Y para qué serviría? Desde el Vertido, llevaban achicando agua frenéticamente. Pero había gente como Doang y Llewellyn por todo el país. Sondeando. Preguntándose. Historiadores y matemáticos que se encontraban como extraños compañeros de cama. ¿Por qué molestarse en ocultar lo que había sucedido aquí?

Porque, por Dios, hay que terminar el curso.

—No le hice daño, James. —Red miró al hombre, preguntándose si se estaba muriendo—. Quise hacerlo. Lo intenté. Pero no pude.

—Sí, te daré una medalla.

Se volvió para marcharse.

—No. —La mano se extendió de nuevo, vaciló, cayó—. Jacksonville.

Red se detuvo. No quiso volverse a mirar a Kennison.

—¿Qué pasa con Jacksonville?

—Yo también lo siento.

—No soy ningún maldito sacerdote. Si quieres la absolución, pídele disculpas a Alice. Yo diría que vas a verla pronto, aunque probablemente no irás al mismo lugar.

—Lo siento.

Red se volvió y se enfrentó a él.

—¡Maldición, jugamos según las reglas! Ella estaba bajo mi protección. Ya no era un objetivo. Pero te olvidaste de decírselo a tu hombre. ¡Ella confió en mí y, por tu culpa, le fallé!

En las comisuras de los labios de Kennison se formaron burbujas.

—Yo dejé una vez... una vez a un enemigo para que muriera —dijo—. A solas. En la oscuridad.

¿Qué quiere de mí? Red se volvió hacia la puerta. Sarah me necesita más que él. Se detuvo con la mano en el pomo.

—Viene ayuda de camino. No te odio tanto.

La cabeza se volvió para seguirlo.

—Entonces... quédate... conmigo.

Red abrió la puerta.

—No te aprecio tanto.

Cuando Red salió del edificio de apartamentos, un joven negro saltó de entre los matorrales y le bloqueó el paso. Tenía una navaja y la blandió para que Red pudiera verla. También había estado bebiendo abundantemente, y su aliento era agrio.

—Su taxi se ha ido, amigo. No esperan, ya sabe.

Red no estaba de humor para sufrir retrasos tontos. Dio un paso atrás y asumió una pose de lucha.

—¿Es usted el que ella estaba esperando?

Era una pregunta inesperada por parte de un ladrón. Red vaciló.

—La dama que salió corriendo de aquí. Dijo que vendría alguien. ¿Es usted?

Red se relajó lentamente.

—¿La dama negra? —asintió—. Soy yo. Soy su amigo.

Una mirada recelosa.

—Es usted blanco.

¿Y?

—El hombre que la perseguía también era blanco.

—¿Bajo y joven? ¿Pelo y barba amarillentos?

—Sí, ese es. Salió corriendo tras ella un minuto o dos después. El cabrón tenía un arma. Me disparó en el ascensor. Mierda. Nunca me he puesto sobrio tan rápido. — Sopesó la navaja—. Dígame, blanco. ¿Esto tiene algo que ver con drogas? ¿Con

lágrimas de madre?

—Con... No. Nosotros somos, ah, espías. ¿Quiere ver mi placa? Auténtico gobierno americano.

—Eso es lo que me dijo ella. Cosas de espías. No, no necesito ver su placa. —Guardó la navaja—. Le creo. ¿Sabe por qué? Ella me empujó al ascensor. Estaba corriendo por su vida y me empujó al ascensor. Podría haberme dejado morir.

Red pensó en Kennison, escaleras arriba.

—Escuche, vaya al cuatro-diez. Deje la puerta abierta. Hay un hombre allí, herido de bala. Puede que esté muriendo. El... no debería estar solo. He llamado a alguien. Un tipo blanco y grandullón. Dígale que Jimmy le hizo este encargo. Se llama Walt. Él se encargará de todo.

Se dio media vuelta para marcharse.

—Eh, espere. El tipo de la barba y la hermana. Cruzaron Pioneer Park en dirección a la torre.

Red se detuvo.

—¿Los siguió usted?

—Sí, solo lo suficiente para ver a dónde iban. Luego volví aquí y esperé. Pensé, mierda, ¿por qué no? No era gran cosa, pero pensé, mierda, me salvó la vida.

—Sí —dijo Red—. Ella suele hacerlo.

Sarah estaba mojada y sentía frío y la planta de su pie estaba sangrando. Respiraba entrecortadamente y sabía que no podía seguir corriendo. Necesitaba un lugar donde esconderse. Coit Tower se alzaba sobre ella, enorme y majestuosa. El hormigón aflautado resonaba; las líneas atrajeron su mirada hacia arriba y contempló la estatua de un pájaro, las alas extendidas, dispuesto a emprender un triunfal vuelo. El fénix, alzándose de su lecho de cenizas. Muerte y Resurrección. Empezó a subir las escaleras, tambaleándose. Muerte y Resurrección.

La entrada era una puerta giratoria. Agarró el pomo y lo sacudió. Estaba cerrada. Sollozó de frustración y se echó atrás y se lanzó contra las puertas. Se estremecieron, pero no cedieron. El dolor le corrió por el hombro y Sarah se retiró. Se encogió, sujetándose el brazo, y buscó a Selkirk. Pero todavía no estaba a la vista.

Cuando miró de nuevo hacia las puertas había un hombre mirándola a través del cristal, y Sarah dejó escapar un gritito y se llevó el puño a la boca. Era un anciano, vestido con el uniforme de guarda del parque. Tenía un termo en una mano.

—¿Qué demonios cree que está haciendo, señora? —Su voz parecía distante, ahogada por el cristal.

Ella apretó la cara contra la puerta.

—Déjeme entrar, por favor. Tiene una pistola.

—¿Qué? —El anciano frunció el ceño. Miró más allá de Sarah; luego la volvió a estudiar—. ¿Qué pasa?

Ella alzó la cara en una muda súplica. El guarda tomó una decisión. Sacó un llavero y abrió la puerta.

Sarah entró. El aire la abofeteó, los topes de goma chocaron contra el marco. Ella vaciló y cayó a cuatro patas.

—Cierre la puerta, rápido.

—¿Qué ocurre, señorita? ¿Dónde están sus zapatos?

—Me persigue un hombre. Tiene una pistola. ¿Hay un teléfono?

El guarda se enderezó y parpadeó rápidamente. Señaló con el termo.

—Ahí dentro. A la derecha. ¿Dónde están sus zapatos?

Sarah se detuvo.

—¿Qué?

—Tenga. —El guarda rebuscó en su bolsillo y sacó unas monedas y se las puso en la mano—. Es una cabina.

—Gracias. Mire. Si llama a la puerta, no conteste. Si piensa que no había nadie para dejarme entrar, se irá a otra parte.

—Señorita, ha dicho usted que tenía una pistola. Parques y Jardines me puso aquí para que los chicos no entren y hagan daño a los frescos. No voy a meterme en ningún tiroteo. Si este tipo se acerca, me agacharé. —Sonrió con una sonrisa mellada—. Lo aprendí en el Nam hace mucho tiempo.

Ella apretó el cuarto de dólar en el puño y se internó en la torre.

Y se detuvo. Las paredes interiores estaban cubiertas de murales. Hombres más grandes que la vida trabajaban sudorosos. Conducían arados, blandían martillos, empaquetaban naranjas. Los colores eran sombríos; los rostros, ceñudos y furiosos. A su derecha, un astillero cubierto de rastros, con hoscas estibadores en paro. Directamente delante, dos escenas campestres flanqueaban una puerta. A la izquierda, un paisaje idílico de granjeros del siglo XIX. A la derecha, en brusco contraste, agricultura moderna y mecanizada, con una pala de vapor devorando una colina. Un par de ojos omnipotentes, rodeados por el sol, la luna, la lluvia, el rayo, la miraban desde el panel central sobre la puerta.

Sarah nunca había visto nada igual en su vida. Los murales rodeaban la torre, cubriendo las paredes interiores y exteriores del vestíbulo.

Realismo socialista, pensó. La glorificación del trabajo por parte de aquellos que no hacían ningún trabajo manual. ¿Habría descrito el pintor la agricultura preindustrial de manera tan idílica si hubiera tenido que trabajar en una granja semejante?

—El teléfono está a la derecha. —El guarda la había seguido. La guio a una pequeña alcoba en la pared interior del pasillo—. Estaré en la tienda de regalos por si me necesita.

Sarah insertó las monedas y marcó el número de su habitación en el hotel. Bosworth respondió a la segunda llamada.

—¿Norris? ¡Norris! —Sarah agarró el teléfono con ambas manos. Era tan bueno

oír una voz amiga—. Soy Gloria. Estoy...

—¡Hermana Bennett! Estábamos preocupados. ¿Ha llegado ya el Hermano Caldero?

—¿Red? ¿Ha vuelto? —¿Por qué esa idea la hacía sentirse tan irracionalmente aliviada? No era como si estuviese allí con ella—. ¿Qué quieres decir con que si ha llegado ya? ¿Cómo sabe...?

Hubo un fuerte golpe en las puertas de la torre. Alguien sacudía los cierres. Sarah se apretujó más en el hueco del teléfono. Redujo la voz a un susurro.

—Escucha, Norris. Estoy en Coit Tower. Alan Selkirk me persigue. Creo que ha matado a Kennison...

—No, el Hermano Cal...

—¡Escucha! —Su susurro fue áspero, urgente—. Puede que no haya visto que el guarda me dejó entrar...

Dos disparos apagados. Sonidos gimoteantes, escupidos. Los cristales de las puertas cantaron.

—O tal vez sí. Acaba de dispararle a las puertas.

Sarah soltó el teléfono y salió corriendo de la alcoba, girando a la derecha, lejos de la puerta. Un gigantesco trabajador del metal la observó impasible; un capataz la ignoró. Corrió ante forjadores carentes de alegría.

—¡Ssshh! ¡Por aquí! —El guarda la llamó desde la entrada de la tienda de regalos. Se metió con él y se agachó. Había un mostrador directamente encima. A la derecha una cabina: VIAJE EN ASCENSOR A LA CÚSPIDE. A la izquierda, el torniquete que conducía al ascensor. Más allá, una reja de metal que bloqueaba la escalera. El guarda y ella permanecieron agachados en un hueco, para no ser vistos desde la entrada.

—¿Dónde está la puerta trasera? —preguntó Sarah en un susurro.

—No hay ninguna.

Entonces estaban atrapados.

—Lamento haberlo metido en esto.

Él se encogió de hombros.

—No tenía por qué dejarla entrar.

¿O no estaban atrapados? El corredor era circular. Si podían evitar a Selkirk hasta que estuviera en la cara norte... Recordó cómo había jugado a ese juego con Crayle en Mount Falcon, esquivando adelante y atrás para mantener siempre al asesino al otro lado del muro de ladrillo. ¿Funcionaría de nuevo? Recordó lo aterrorizada que estuvo entonces, y un sudor frío le cubrió de nuevo la cara y los brazos. Le dolía el corte en el pie.

Las puertas interiores se sacudieron. Selkirk las estaba probando. Pero eran puertas de salida para la gente que regresaba de lo alto de la torre. La entrada estaba donde el guarda y ella se escondían.

El anciano se acurrucó junto a ella, los ojos blancos y espantados contra su rostro oscuro. Su respiración era temblorosa e irregular. Sarah le tocó el brazo. Señaló hacia

donde estaba Selkirk e hizo un movimiento circular. Entonces los señaló a ambos y señaló el torno. El hombre tragó saliva, se lamió los labios, y asintió.

Ella prestó atención a las silenciosas pisadas, intentando seguir mentalmente su ruta. Una pausa. Un sonido. Había encontrado el teléfono abandonado y lo colgó. Ahora lo sabe con seguridad.

Se abrió una puerta. ¿Cuál? Ella cerró los ojos y pensó. El servicio de caballeros estaba directamente enfrente del teléfono. Metódico, pensó. Está comprobando todos los escondites más cercanos a la entrada principal. ¿Entraría en el servicio? No. Dejaría la puerta abierta y se asomaría. No le daría a nadie la oportunidad de pasar corriendo.

Espera, Sarah. Espera. El servicio de señoras a continuación. Al otro lado de la entrada. Y luego... Alrededor del pasillo, en el sentido de las agujas del reloj. Lo cual lo llevaría en último lugar a la tienda de regalos. Resopló con cuidado. Si lo hubiera hecho al revés, los habría encontrado antes de que tuvieran oportunidad de moverse.

Esperó hasta que los pasos se perdieron. Entonces corrió descalza hasta el torniquete y saltó por encima. Al tocar tierra, la sacudida volvió a abrir el corte y descargó una lanzada de dolor por toda su pierna izquierda. El guarda la siguió, apretujándose a través de los brazos del torniquete.

Ahora, una carrera hasta las puertas de salida y la puerta giratoria y escaleras abajo. Descalza en un suelo cubierto de cristales. ¿Podrían conseguirlo antes de que Selkirk los oyera y viniera corriendo desde las antípodas del pasillo? Nunca tendrían una oportunidad mejor.

Suave, pero rápidamente. Caminó de puntillas hasta las puertas y las empujó con cuidado. Entonces corrió hacia la entrada principal.

Y Selkirk la agarró antes de que pudiera dar tres pasos.

Habían disparado a las puertas giratorias. Pequeños dientes como sierras de cristal roto bordeaban los marcos vacíos. Red estudió la puerta, tratando de adivinar el calibre de la pistola que podría tener Selkirk, y luego se preguntó qué diferencia habría de todas formas. Igual te mataba una bala del 22 que del 38. Lo inteligente sería esperar a que llegara Walt. Walt vendría armado y eso ayudaría a igualar las posibilidades.

Sin duda sería mucho más inteligente que asaltar Coit Tower a manos desnudas.

—Demonios, nunca fui muy inteligente —gruñó en voz alta. Antes de que pudiera pensárselo dos veces, atravesó hecho una pelota los dos paneles rotos, golpeó el suelo del interior de la torre, y rodó. Se puso en pie, miró en ambas direcciones y se puso a cubierto en el hueco del teléfono.

No se produjo ningún disparo. ¿Buena noticia o mala? Podría significar que Selkirk había venido y se había marchado ya. Y si ese era el caso...

Un escalofrío lo recorrió. Tenía que creer que Sarah estaba todavía viva; y eso

significaba que él tenía que creer que Selkirk estaba dentro de la torre, armado y esperándolo.

No sabía que yo estaría desarmado. Si se hubiera quedado a cubrir la puerta, habría quedado expuesto a mis disparos de contestación. Algunas personas no tienen lo que hace falta para aguantar y aceptarlo. Así que, si no estaba cubriendo la puerta, ¿dónde estaba? ¡Piensa, Malone! Tres posibilidades: En la parte de atrás, en lo alto, no aquí. ¿Cuál era la más peligrosa? Detrás, porque podría venir desde cualquier dirección.

Miró hacia abajo y vio sangre en el suelo y el corazón le dio un vuelco. Alguien había estado sangrando junto al teléfono. Se arrodilló y examinó la mancha. Era una pisada parcial, descalza. De Sarah, por el tamaño. Pasó el dedo por el suelo y vio otras dos más.

Ella había entrado por la puerta; su pie estaba ya sangrando. Había acudido al teléfono. Naturalmente, habría llamado a la primera oportunidad. Eso significa que Bosworth sabe que está aquí y habrá llamado a Walt y Chu a sus móviles. Vendrán directamente para acá en cuanto llegue Chu.

Mientras tanto, yo soy el hombre en la escena.

Se tumbó boca abajo y se asomó a la esquina. Nada. Otra mirada tras él fue igualmente tranquilizadora. Deseó conocer mejor a Selkirk, para saber qué podía esperar. Rodeó la esquina y se aplastó contra la pared interior. Estás loco, Malone. ¿Lo sabes? Espera a Walt. ¿Cómo vas a ayudar a Sarah si te vuelan la cabeza?

Avanzó poco a poco por el pasillo hasta que llegó a la entrada de la tienda de regalos. Entonces saltó al interior, rodando a la derecha.

Tropezó con un cuerpo.

XIII

SARAH no hizo ningún intento por gritar cuando vio a Red entrar en la base de la torre, pero Selkirk le cubrió de todas formas la boca con la mano. Estaban en la galería de observación, y el viento nocturno entraba por los arcos abiertos, tirándoles de la ropa y el pelo. Sarah se sentía helada y se abrazó. Sus dientes castañeaban. Selkirk había elegido el arco que daba a la parte frontal de la torre y seguía vigilando desde la balaustrada el aparcamiento, a unos treinta metros por debajo.

—No te preocupes —seguía diciendo—. Se marchará en cuanto vea que aquí no hay nadie.

Eso era exactamente lo que le preocupaba a ella, pero no veía qué podía hacer al respecto. Selkirk había empleado las llaves del guarda para desconectar el ascensor, y la rejilla de metal bloqueaba las escaleras. Así que Red supondría que nadie podía haber subido.

Selkirk le quitó la mano de la boca.

—Lo siento, muchacha. ¿Qué decías? Responde en voz baja.

—Decía que no tenías por qué matar al viejo.

Selkirk sabía que la torre no tenía salida trasera; por eso había esperado junto a las puertas de salida, sabiendo que Sarah tendría que pasar por allí. La había agarrado y amenazó al guarda con la pistola mientras la obligaba a dirigirse a la puerta. Entonces, al ver que Red cruzaba el aparcamiento, se volvió y con frialdad absoluta le disparó al viejo en el corazón.

Selkirk pareció sorprenderse.

—Por supuesto que tuve que hacerlo. Sé razonable. No podía subirlo aquí con nosotros. Si Caldero no encontrara al guarda en la planta baja, llegaría a la conclusión de que hemos subido aquí. Pero tampoco podía dejarlo sin más, o simplemente le habría dicho a Caldero adonde habíamos ido. Aunque lo hubiera dejado inconsciente, no podía correr el riesgo de que lo reanimara. De esta forma... —Y Selkirk se detuvo y miró una vez más por encima de la balaustrada—. De esta forma, Caldero llegará a la conclusión de que vine aquí, le disparé al guardia y me fui contigo antes de que él apareciera. No había otro curso de acción lógico para mí. No somos monstruos, ¿sabes? No matamos a la gente sin ningún motivo.

Lo más horrible de las palabras de Selkirk, decidió Sarah, era la absoluta sinceridad con que las murmuraba. Naturalmente, no mataba sin motivo... pero su razonamiento era monstruoso. Miró a los ojos de Selkirk y vio la inocencia infantil del sociópata. Kennison, pero sin la pátina de cinismo. Los seres humanos tal vez no

fueran más que variables en un conjunto de ecuaciones, pero él era todavía lo suficientemente joven para sentir la necesidad de justificarse.

—¿Entonces por qué no me matas a mí también? —El peligro la había vuelto intrépida. Pero si hubiera querido que Red pensara que se había marchado...

Selkirk la miró.

—No hay necesidad de hacer eso, muchacha. Vas a ayudarnos.

—Nunca.

—Ah, pero nosotros te ayudaremos a rescatar a tu amigo. —¿Qué?

—Calla, muchacha. —Le cubrió la boca con una mano y miró alrededor—. ¿Tu amigo, French? Bernstein lo tiene en Manhattan, pero no podemos acercarnos a él. Su ático es como una fortaleza. Pero a ti podría permitirte entrar.

—No lo entiendo. ¿Por qué te importa que rescate a Dennis?

Él se encogió de hombros.

—No me importa. Me interesa llegar a Bernstein. Es peligroso. Ha estado desafiando al Cabinet Cachette. Tú nos ayudarás a llegar a él, y nosotros liberaremos a tu amigo como recompensa.

Era una decisión fácil. Bernstein era el oponente de Selkirk en alguna especie de pugna por el poder dentro de la Q. Eso no lo convertía en uno de los chicos buenos, sino en el enemigo de alguien que le había pegado un tiro en el corazón a un anciano porque era «lógico».

—¿Qué te hace pensar que yo querría ayudarte, por cualquier recompensa?

—Es más fácil si quieres —respondió él críticamente—, pero no es necesario.

El cuerpo pertenecía a un viejo negro vestido con un uniforme gris y negro de guarda de seguridad. Una mirada a la herida fue suficiente para decirle a Red que el hombre estaba muerto. Un tiro en el corazón. El suelo y la pared tras él eran un fondo escarlata. Red se incorporó, asqueado. El guarda estaba desarmado, maldición; pero Selkirk le había disparado de todas formas. ¿Por qué? ¿Y dónde estaba Sarah?

Comprobó rápidamente el resto de la zona: la tienda de regalos y la cabina de entradas. Temió lo que pudiera ver cuando mirara detrás de los mostradores. Sus brazos temblaban y apenas lo sujetaron cuando se asomó.

Cuando vio que ella no estaba allí, se desplomó contra la cabina, medio aliviado medio inquieto. Contrólate, Malone. No podrás ayudarla en este estado.

Dejó atrás el cuerpo del guarda y atravesó el torniquete hasta llegar al vestíbulo del ascensor. Selkirk no era un maníaco homicida. Había tenido un motivo para matar al guarda. No se trataba de defensa propia, no contra un hombre de sesenta años desarmado. ¿Entonces por qué? Porque el guardia había visto algo que Selkirk no quería que revelara.

Vuelta a lo básico. Abajo, arriba, o fuera. Abajo quedaba descartado. ¿Y arriba? Dos medios de acceso. Sacudió la verja. Estaba cerrada. Pulsó el botón del ascensor.

Nada. Ninguna luz, así que el ascensor estaba desconectado. La gente de Parques debía hacer eso al final del día.

Eso dejaba el exterior. Selkirk debió salir antes de que yo llegara. O bien con Sarah o persiguiéndola. Había llegado a las puertas de salida antes de detenerse, una mano en el pomo. Miró hacia atrás por encima del hombro. Entonces regresó sigilosamente al ascensor y se puso a cuatro patas en el suelo.

Sí. Otra pisada parcial de sangre. Varias. Delante del ascensor. Y algunas habían sido pisadas por un pie calzado. Regresó junto al cadáver del guardia y lo registró. No tenía ningún llavero en el cinturón ni en los bolsillos. Se sentó sobre los talones, con las manos apoyadas en las rodillas. Entonces miró hacia el techo; se limpió las palmas en las perneras de los pantalones, se frotó la boca con el dorso de la mano. Ella estaba allí arriba. Lo sabía. Y Selkirk. Maldito mentiroso. Intentando evitar una pelea. No eres tan valiente si piensas que tu oponente está armado, ¿verdad?

Si tan solo lo estuviera... Muy bien. Piénsalo. Inconvenientes. Estoy desarmado. Selkirk está armado y no tiene reparos en matar. Domina el terreno elevado y ambos medios de acceso están bloqueados. Tiene a Sarah como rehén potencial.

Activos.

Sofocó una risita involuntaria. Mi postura. Y una ganzúa. Contempló la reja de metal que bloqueaba las escaleras. Si pudiera abrirla sin hacer ruido, podría tener la ventaja de la sorpresa. Selkirk no estaría esperándole.

Se sacó las ganzúas del bolsillo y empezó a trabajar. Era una cerradura grande y no estaba diseñada para resistir un ataque inteligente. Los pernos encajaron fácilmente en su sitio.

Selkirk se agitó inquieto. Miró el reloj.

—¿Por qué no se marcha?

En realidad, no esperaba una respuesta, y Sarah no le dio ninguna. Ella no sabía qué prefería: que Red subiera a rescatarla o que se marchara para que no resultase herido.

Un movimiento en lo alto de las escaleras, apenas percibido por el rabillo del ojo. Una figura arrastrándose silenciosamente hacia ellos. Oh, Dios, es Red. Sarah se volvió, para no traicionar su presencia. Señaló por encima de la balaustrada.

—Maldición —dijo con voz cargada de decepción—. Se marcha.

Y Selkirk, naturalmente, miró.

Fue toda la ventaja que necesitó Red: corrió y saltó súbitamente hacia Selkirk. Sujetando el brazo armado con ambas manos, Red lo empujó hacia abajo y lo apartó. Un disparo silbó y arrancó lascas de piedra de la balaustrada. Red ignoró los golpes que le daba Selkirk con la mano izquierda y golpeó repetidas veces la derecha contra la baranda hasta que la pistola cayó de sus dedos. Red le dio una patada. La pistola giró, rebotó en la balaustrada, y se deslizó pasillo abajo. Sarah corrió a recogerla. Los

apuntó, sujetando el arma con ambas manos.

Red y Selkirk eran una maraña de miembros. Selkirk empujaba a Red por encima de la barandilla, pero ella no se atrevió a disparar. Red envolvió una pierna alrededor de las piernas de Selkirk y los dos cayeron al suelo, gruñendo. Selkirk se soltó un brazo y trató de alcanzar el ojo de Red, pero este se retorció y le dio un cabezazo que hizo chocar el cráneo de Selkirk contra el suelo.

Entonces Selkirk miró a Sarah, vio que los estaba apuntando, y se quedó inesperadamente quieto. Se relajó y alzó ambos brazos, sonriendo de oreja a oreja.

Red se zafó y retrocedió, sin quitar ojo de encima a Selkirk.

—Ya era hora de que aparecieras —le dijo Sarah.

Él le dirigió una mirada.

—¿Sí? Bueno, tenemos que dejar de vernos de esta forma.

Sarah soltó una carcajada y Red frunció el ceño.

—¿Estás bien?

—¿Aparte de un puñado de magulladuras y contusiones? Por poco me viola un loco maniaco. Otro me ha perseguido, secuestrado, y aterrorizado. He visto asesinar a sangre fría a un amable viejo porque me hizo un favor. Aparte de eso, estoy bien.

Red gruñó. Estudió a Selkirk, que todavía sonreía con las manos unidas sobre la cabeza. La sonrisa molestó a Sarah. ¿Por qué estaba Selkirk tan contento?

—¿Dónde está tu arma? —le preguntó a Red.

Red sonrió y se encogió de hombros.

—Tenía prisa y la olvidé.

Ella se le quedó mirando.

—¿Has venido desarmado?

—Me pareció que necesitabas ayuda.

Sarah se sintió confundida. Le dolió el pecho. ¿Y si Selkirk hubiera sido más rápido? ¿Y si hubiera estado vigilando las escaleras en vez de la entrada principal?

—Esperaba que te darías por vencido y te marcharías.

—Casi lo hice, pero mató al guarda. ¿Por qué haría eso sino para impedirle que me dijera adónde habíais ido? Y si hubierais salido de la torre y desaparecido en la noche, ¿por qué molestarse en silenciarlo? —Red volvió a encogerse de hombros—. Fue una deducción lógica. Bien podría haber dejado una nota.

Sarah vio cómo eso molestaba a Selkirk. La sonrisa tembló levemente.

—Nunca pensé que estarías desarmado —dijo—. Quería evitar un tiroteo.

—Sí —contestó Red—. Dispararle a los transeúntes te pega más. —Sacudió la cabeza y miró a Sarah—. Ahora que lo tenemos, ¿qué hacemos con él?

—Entregárselo a la policía. Asesinato en primer grado. Soy testigo ocular.

—¿Un juicio público? Podrían decirse demasiadas cosas. Además, ¿para qué sirve un juicio? Para establecer culpabilidad. ¿Tenemos alguna duda de que es culpable? Lo único que podría ocurrir en un juicio es que los doce atontados que elijan como jurado lo dejen en libertad.

¿Estaba Red intentando decirle que deberían ejecutarlo allí mismo? ¿Tomarse la justicia en sus propias manos?

—No le dispararé como él hizo con el guarda.

—Es más conveniente de esa forma —dijo él—. Más limpio.

Ella entornó los ojos, observando a Selkirk a través de la mirilla del arma.

—Sería lo lógico —dijo amargamente, y vio que los labios de Selkirk se torcían en una sonrisa—. Pero si lo hiciera, sería como él, y no quiero eso. Una vez prometí que no volvería a matar a nadie, si tenía la posibilidad.

—¿Una promesa? ¿A quién?

—Al fantasma de Crayle.

Red gruñó.

—Tienes razón. No se rompen las promesas a los muertos. No sé qué habría dicho si le hubieras disparado. Intentar comprender, supongo. Mierda. Si alguien tiene motivos para darle al gatillo, eres tú, después de lo que has pasado.

—Enternecedor —dijo Selkirk.

Red se volvió hacia él.

—Cállate. Tenemos un sitio para ti. Está muy lejos y no da mucho el sol. La comida es adecuada pero sencilla; y las instalaciones, más bien espartanas. Pero seguro que es mejor que estar colgando y retorciéndote. —Miró a Sarah por encima del hombro y retrocedió hacia ella—. Lo acompañaremos al bajar. Walt llegará de un momento a otro. Lo llevaremos luego a la Casa Norte y tiraremos las llaves. ¿Te vale?

—Me vale.

—Si intenta algo...

—Red, no soy estúpida. Lo mataré si no hay otra opción, pero creo que perder una rodilla sería igual de efectivo. —No estaba segura de poder alcanzarle en la rodilla a un tipo en plena huida, pero Selkirk no podía saberlo.

¿Entonces por qué estaba tan alegre?

Cuando Red estaba a mitad de camino entre ambos, Selkirk habló, claramente.

—Sarah Beaumont. Quetelet requiere tu servicio.

La voz pareció resonar en su cráneo. Las palabras vibraban. La mente de Sarah retrocedió, muy lejos de la escena del mirador. Las dos figuras conservaron el mismo tamaño, pero le parecían diminutas. Estaba envuelta en algodón. Su último pensamiento independiente fue la comprensión de que Maureen Howard había hecho más que interrogarla aquella noche en las montañas.

—Mátalo —resonó la voz—. Mata a Jimmy Caldero.

Red vio que Sarah se envaraba con la orden y supo al instante lo que había ocurrido. Ella se volvió y lo apuntó. La boca de la pistola era un cañón. Ojos en blanco lo miraban por encima de la mira, los primeros rayos dorados del amanecer se reflejaban en ellos.

Tenía una oportunidad. Una patada al salto haría volar la pistola por encima de la

balaustrada.

Y a Sarah también.

Ese era el problema. El movimiento tenía una continuación y no sabía si podría ejecutar la primera parte lo suficientemente rápido y controlarse a tiempo.

Pasó un latido. Tardó mucho tiempo.

Entonces Selkirk dejó escapar un grito de furia y dijo:

—¡Tírame la pistola, zorra!

Sarah se volvió como un zombi y se la lanzó. Selkirk la cogió con destreza y apuntó a Red.

El sudor de su espalda se enfriaba con el viento. Por encima del hombro de Selkirk, Red pudo ver el Golden Gate.

—Espera —dijo, extendiendo ambas manos—. No dispaes. Libérala primero.

—¿Por qué?

—Para... para que podamos decirnos adiós.

Selkirk dejó de sonreír y se apartó de ellos hasta que casi chocó con la balaustrada. La pistola nunca vaciló.

—Bien —dijo tristemente—. No soy ningún monstruo. Hago lo que tengo que hacer, pero no me gusta. Tú lo entiendes.

Tristemente, Red lo entendía.

—Nunca he matado simplemente por deber —protestó.

—Ya, pero lo habrías hecho.

Red dio un respingo. ¿Tenía razón Selkirk? ¿Se estaba viendo a sí mismo un poco más avanzado el camino? ¿Era lo que acabaría pasando si reactivaba a los Asociados?

Selkirk hizo un gesto con la cabeza a Sarah.

—No intentes ningún truco. Nunca cubrirías la distancia. —Tosió y miró a Sarah—. Sarah Beaumont. Quetelet te libera.

Ella dio un respingo, miró a Selkirk, se dio la vuelta y miró a Red. Entonces se echó a llorar y se cubrió la cara con las manos. Red avanzó hacia ella y la abrazó. Sarah se enterró en su hombro.

—Oh, Red. Debería de haberle disparado después de todo.

—No, no. Hiciste bien. Una cosa es morir por tus principios, otra es matar por ellos. —Le acarició el pelo y la nuca.

Ella alzó la cabeza.

—Red, bésame. Yo... Morgan quería..., Pero yo nunca...

Él la salvó de la confusión.

El beso no fue como había imaginado que sería. Los besos de despedida nunca lo son. Los labios de Alice estaban fríos cuando él... pero los de Sarah eran cálidos, complacientes. El contacto era abrumador y la cabeza pareció darle vueltas, aunque no había nada erótico en todo ello. La abrazó durante un largo instante, y advirtió que los latidos de sus corazones estaban sincronizados. Un último detalle extraño y trivial.

—Siempre he odiado las despedidas largas —dijo Selkirk.

Red la abrazó con más fuerza.

—No mires.

—No. —Ella se volvió en sus brazos y se encaró al escocés—. No, siempre hay que mirar.

Él no quería que su última visión fuera Selkirk. Mantuvo los ojos fijos en Sarah. Cuando se produjo el disparo, dio un respingo y la abrazó fuerte, pero ella jadeó.

—No. —Y lo hizo girar para encararse a Selkirk.

Una flor escarlata había brotado en la camisa del escocés. Sus ojos estaban blancos y desencajados y su boca se había abierto en una O silenciosa. Se llevó la mano al pecho y la retiró mojada. La tendió ante ellos, sorprendido, como buscando alguna explicación. Sus labios se movían mudos. El color había desaparecido de su rostro.

El segundo disparo le alcanzó bajo la barbilla. Selkirk arqueó la espalda y cayó por encima de la balaustrada como empujado por un gigante descuidado. El sonido del disparo llegó un segundo más tarde, seguido por el golpe de Selkirk contra el suelo.

Red corrió a la barandilla y se asomó. Selkirk era un muñeco de trapo retorcido sobre los escalones. Chu y Walt lo miraban asombrados. La camioneta de Chu estaba en el centro del aparcamiento, las puertas abiertas de par en par. Llevaban pistolas en las manos. Walt vio a Red mirando y enfundó su arma.

Red se volvió y miró a Sarah, que contemplaba los anónimos edificios de apartamentos que flanqueaban la falda de la colina tras ellos.

—Nos esperan abajo.

Ella no replicó. Red se le acercó y le rodeó el hombro con un brazo.

—No lo entiendo —dijo—. No han sido disparos de pistola. Y Walt no tenía ángulo de tiro. ¿Qué ha sido?

Sarah se abrazó.

—Un rifle para alimañas —dijo.

XIV

JEREMY miró hacia lo alto del edificio. ¿Cuántas plantas tenía? Manhattan lo deprimía. Era demasiado frío. Demasiado grande. Comprobó la dirección de la tira de papel que tenía en la mano y la comparó con el número del edificio. Había un bar-restaurante en la planta baja. Miró a Gwynn.

—Bueno, allá va.

Ella le puso la mano en el hombro.

—Buena suerte.

Jeremy se encogió de hombros.

—Ese chaval, Bosworth, consiguió contactar con el tal Bernstein, usando la misma rutina que usó Selkirk. Comprendo que se sorprendiera, pero no demasiado, al oír de nosotros. Admitió haber tenido a Dennis consigo todo el tiempo. Algo sobre una diferencia de opinión con el Cabinet Cache. No pretendo comprender nada de este asunto. ¿Cómo... cómo lo llamó Caldero?

—El Dilema de Carson —dijo Gwynn.

—Eso es. Al parecer, esta gente no lo ha experimentado nunca antes. Pura casualidad, pero no se han escindido nunca hasta ahora. ¿Y por qué estoy farfullando así?

—¿Aquí es donde dice el mensaje que te reúnas con él?

Jeremy volvió a comprobar el papel. Un caos total si había anotado mal el número.

—Sí. Este es el lugar. En el bar. Tercer taburete a la derecha. Maldición, Gwynn. Me siento como un chaval en su primera cita.

—Hace mucho tiempo que no lo ves.

—Desde el accidente. Nunca... nunca hemos estado separados tanto tiempo.

Gwynn le dio un empujoncito.

—Entonces no lo retrases más. Te esperaré en la cafetería de la esquina.

Jeremy se sacó el pañuelo del bolsillo y se secó la frente.

—No será una trampa, ¿no?

Ella negó con la cabeza.

—No, no tendría sentido. Si Bernstein quisiera permanecer oculto, simplemente habría cambiado su sede. Y se habría llevado a Dennis consigo... o no. —Miró hacia el ático—. Creo que tal vez esté buscando aliados.

El bar estaba tenuemente iluminado; la clientela, la típica de un día de semana por la tarde. Hombres de negocios estirando la hora del almuerzo hasta el momento de marcharse a casa. Vendedores dando la lata a compradores potenciales más interesados en las bebidas gratis que en el producto, hablando un poco demasiado fuerte y con un poco de demasiado entusiasmo. Jeremy se detuvo en la puerta y miró alrededor cuidadosamente. Unos pocos hombres aquí y allá le devolvieron la mirada. No tenía ni idea de qué aspecto tenía Bernstein, pero le habían advertido de sus fuertes defensas. Se suponía que todo el edificio era una fortaleza. Algunos de los hombres de esta sala, Jeremy estaba seguro, eran guardaespaldas. Probablemente los que estaban sentados apartados de las mesas, con las chaquetas anchas y desabrochadas y las manos derechas libres de bebidas.

Un hombre lo miraba con interés sexual. Jeremy le sonrió y negó con la cabeza con el más breve de los gestos, y el hombre se encogió de hombros y apartó la mirada. Jeremy se quitó los guantes y entró en el bar. Los taburetes eran pequeñas sillas de director de cine con patas muy altas. La mayoría estaban vacías, pero la tercera a la derecha estaba... ocupada.

De espaldas, el hombre... No. Era demasiado ancho de hombros para ser Dennis. ¿Podría ser Bernstein? Jeremy se le acercó y lo tocó en la manga.

—Disculpe, pero...

La gélida mirada del hombre lo interrumpió. Lo miró desde detrás de una nariz enorme y cavernosa, empalando a Jeremy en el acto. Mantuvo el silencio el tiempo suficiente para que Jeremy sintiera miedo; luego asintió.

—Lo siento. ¿Era este su sitio?

Sin esperar una respuesta, recogió sus cosas y se marchó. Jeremy atisbo algo negro y brillante bajo su chaqueta. Lo vio reunirse con otro hombre en una mesa cercana a la entrada, desde donde vigilaron la puerta y a Jeremy con igual interés. Jeremy tomó aire y se encaramó en el asiento vacante. La barra estaba limpia y seca y Jeremy dejó allí sus guantes y su sombrero. Unió las manos sobre la barra y esperó.

El camarero era un hombre delgado y moreno con una cicatriz sobre un ojo. Vio a Jeremy y se acercó cojeando.

—¿Quiere que le sirva algo?

Jeremy miró la entrada por encima del hombro.

—Sí. Cualquier cosa. Estoy esperando a alguien.

—¿No lo hacemos todos? —dijo el camarero, pero era una pregunta retórica. Se marchó y buscó una botella y un vaso. Jeremy lo vio servir, midiendo cada ingrediente con puntillosa exactitud.

Un movimiento en la entrada llamó la atención de Jeremy y se dio la vuelta. Pero eran solo dos mujeres jóvenes, cargadas de brillantes brazaletes y largos y elaborados peinados tipo «Jersey». Susurraban entre sí y reían. Unos cuantos hombres las vieron

sentarse en una mesa, y uno de los vendedores se enderezó la corbata y se acercó a ellas. Todo era tan normal que asustaba.

Cuando Jeremy se volvió hacia la barra tenía la bebida delante. Hizo girar el palillo de dientes y su víctima empalada, una cebolleta, y contempló las ondas en el líquido claro y helado. Miró la hora y se volvió de nuevo hacia la entrada. Tenía que volverse en el asiento para mirar la puerta. El tapizado se le clavaba en los muslos y la espalda.

¿Cómo reconocería a Bernstein cuando entrara? Tal vez por la reacción de los demás presentes. Pero no. La mayoría eran ciudadanos legítimos que llevaban a cabo sus asuntos legítimos, sangraban su cuenta de gastos o engañaban a sus esposas. Jeremy ya no los conocía. Había vivido los últimos meses en un mundo secreto, oculto tras el andamiaje de la realidad. Un mundo que existía en salas de reunión anónimas y escondites secretos. Donde se tomaban decisiones sobre el futuro y se enseñaba a los políticos, el público, las grandes corporaciones a llevarlas a la práctica. Había vivido, durante un tiempo, entre los tramoyistas, y no sabía si volvería a poder sentarse de nuevo felizmente entre el público.

Dio un sorbo a su bebida. Era un martini con vodka, y muy bueno. Revisó la analogía teatral. Le había dicho a Caldero que no le importaba si el mundo estaba planificado o no, que la obra estuviera escrita. Pero ahora sentía una extraña pasión por el teatro improvisado.

Pasos en la puerta. Se volvió y vio a un hombre delgado, de mediana edad, las sienes grises, vestido con un traje de estambre de lana oscura de Brooks Brothers. Llevaba guantes de cuero de plata contrastada y un bastón con el pomo de oro engastado. Se colocó el bastón bajo el hombro como si fuera la porra de un policía e intercambió una mirada con Jeremy.

Jeremy tragó saliva. Sintió el despegado interés del otro hombre, su leve evaluación sexual. Frío y distante. No era una mirada amistosa, pero tampoco lo contrario. El hombre (¿era Bernstein?) asintió fríamente y se sentó en una mesa vacía. Jeremy vio que la mesa estaba rodeada de hombres fornidos que bebían con la mano izquierda.

Se volvió hacia la barra y dio un trago apresurado. ¿Era Bernstein? ¿Era el gesto de asentimiento una invitación? ¿Qué debería hacer?

Contempló los restos de su cóctel, haciendo girar lentamente la copa en las palmas, como un *boy scout* con un torno de mano. De repente, se detuvo. ¿Un martini con vodka? ¿Le había dicho al camarero que le sirviera cualquier cosa y le había servido esto?

Alzó la cabeza y miró al camarero, que lo estaba mirando a su vez. Estudió la cicatriz, la tez oscura, la cojera; y el hombre se acercó y se detuvo ante él. Limpió el mostrador con una bayeta.

—¿Otro, señor? —preguntó.

—¿Dennis? —susurró Jeremy, medio temeroso de haber deducido mal, medio

temeroso de haber deducido bien.

El camarero asintió.

—Hola, Jerry. Ha pasado mucho tiempo.

—Has... cambiado.

—Jerry. ¿Tópicos? Claro que he cambiado. Todos cambiamos. Solo nos damos cuenta cuando nos vamos y volvemos. O... cuando recordamos. —Sus ojos parecieron volverse hacia dentro mientras hablaba—. Tú también has cambiado. Paul me lo dijo.

—¿Paul?

Dennis señaló con la barbilla al hombre que acababa de entrar un momento antes.

—Paul Bernstein. —El hombre tenía las manos cruzadas sobre la mesa y los observaba. Inclino la cabeza, una vez.

Jeremy se volvió de nuevo hacia Dennis.

—Tal vez haya cambiado, pero no como tú. Te has...

—¿Operado? Sí. Fue espantoso, pero comprenderás que, después de mi accidente, tuvieron que trabajar casi de cero en lo que se refiere a mis rasgos. No me has preguntado cómo me fue.

Jeremy se atragantó con las palabras.

—¿Cómo... cómo te fue?

Dennis se secó las manos en la bayeta.

—Al principio fue horrible. Me desperté y no estaba en el hospital. Me encontraba en una especie de clínica privada, todo dolorido. Después de algún tiempo el dolor remitió y unos tipos vinieron y me interrogaron. Qué sabía, cómo lo había sabido, a quién se lo había dicho. Ese tipo de cosas. Creí que era la Sociedad Babbage que me había capturado. —Sacudió lentamente la cabeza—. Tenían esa lista que había encontrado en la Mansión Quinn en Emerson Street. Estaban muy interesados en ella, y muy preocupados. Creyeron que significaba que su existencia ya era conocida, que podrían estar metiéndose en una trampa. Trae —cogió la copa—, deja que te sirva otro.

Se separó un poco y volvió a llenar la copa. La trajo y se la entregó. Jeremy lo observó en silencio.

—Bueno, supongo que ya sabes alguna parte, quizás incluso casi todo. La organización de Paul se está expandiendo por Estados Unidos. Una facción quería... —Se mordió los labios y bajó los ojos—. Querían eliminarme después de acabar de interrogarme. Intentaron matarte a ti también, con una bomba. Pero Paul consiguió sacarme de allí y llevarme adonde no pudieran... Bueno. —Se frotó las manos bruscamente en la bayeta—. Ese es el principal motivo de la nueva cara.

Jeremy jugueteó con la cebolleta.

—¿Por qué querría Bernstein protegerte?

Los ojos de Dennis fluctuaron por encima del hombro de Jeremy.

—¿Por qué? Por un montón de motivos, supongo. Tiene una lucha jurada de

algún tipo contra el Cachette. Algo sobre su abuelo y el Holocausto y un grupo llamado la GHW. No conozco todos los detalles. No me lo ha dicho, pero tengo la impresión de que lleva mucho tiempo abrigando este plan.

—¿Y por qué le llevó eso a desafiar a sus camaradas por ti? —Jeremy sacudió la cabeza—. No tenía por qué ayudarte.

Dennis apartó la mirada. Se encogió de hombros.

Jeremy gruñó. Miró a Bernstein, quien sonrió débilmente. Así que era eso. Se suponía que debía sentir celos, pero era difícil albergar resentimiento contra el hombre por salvarle la vida a Dennis. Se volvió hacia su bebida y la contempló. No le gustaba la idea de que la gente que tenía a la espalda vigilara todos sus movimientos.

—Esto no está saliendo como había supuesto.

—¿Qué pensabas que iba a suceder? ¿Que correría a tus brazos? —Dennis volvió a encogerse de hombros—. La gente cambia. Tuve que sobrevivir, Jerry. Y para hacerlo, tuve que librarme de todo lo que había en mi pasado.

—De todo.

—Sí.

—¿Lo... echas alguna vez de menos?

—¿Qué? ¿El pasado? —Dennis hizo un nudo con la bayeta—. Cada día. Tú. Nuestro apartamento. Mi trabajo. Sarah. Todo desaparecido. Todo lo que conocía, o poseía, o amaba. ¿Que si lo echo de menos? —Miró la bayeta, soltó el nudo. La alisó—. Bueno, todo eso se acabó.

—Ya veo.

—No creas que no sé por lo que has pasado. Y por qué. Estoy agradecido, y conmovido. Es simplemente que...

—No importa. —Jeremy se levantó. Cogió su sombrero y sus guantes—. Me marcho. No te seguiré molestando.

—Espera. —Dennis le puso una mano en el brazo—. Volverás. Paul lo quiere.

Miró a Bernstein.

—Bueno, si «Paul» lo quiere...

—No seas retorcido. Quiere un vínculo. Paul lo quiere. Alguien que pueda actuar como contacto entre su facción y... bueno, el grupo con el que estás asociado.

Jeremy hizo una mueca.

—¿Y cuál es? Ha habido tantos.

—Eso es parte del tema. Tenemos que encontrar algún concierto de intereses.

—¿Sí? ¿Y por qué yo, particularmente?

Dennis lo miró a los ojos.

—Paul piensa que tú y él tenéis ciertos intereses en común.

—¿Y por qué no iba yo a quedarme completamente al margen?

—Porque hay quienes atropellarían a arquitectos indefensos o harían volar por los aires a profesores de historia, y quienes quieren detenerlos.

Jeremy se puso los guantes. Cogió el sombrero.

—Lo discutiré con... mis amigos. Adiós, Dennis. Le daré recuerdos tuyos a Sarah.

Se volvió para marcharse.

—Terry.

—¿Qué?

—Tú también has cambiado, ¿sabes? Si hubiéramos roto el pasado junio, serías un completo desastre. Ahora eres diferente. Más confiado. Menos dependiente.

Jeremy se detuvo y miró hacia atrás. Dennis torcía y retorcía la bayeta.

—Sí, supongo que sí. Tienes razón. La gente cambia. A veces se vuelven menos dependientes. —Se puso el sombrero en la cabeza—. Estaremos en contacto.

En la cafetería de la esquina, Gwynn le preguntó cómo había ido.

Jeremy miró con tristeza el edificio al final de la manzana.

—He visto a un hombre que una vez fue Dennis French.

XV

EL piano lloraba. Estaba levemente desafinado, y las notas tristes le desgarraban el corazón. Ella dejó que sus manos se deslizaran sobre las teclas, arrancando acordes melancólicos. Tarareaba al compás, sacudiendo lentamente la cabeza de un lado a otro. Fee estaba sentado encima del piano, escuchando con los ojos entrecerrados. El resto del personal de la casa subterránea parecía lejano.

—Canto porque soy feliz —cantó, pero no demasiado fuerte, porque solo cantaba para sí misma y eso no necesitaba volumen—. Canto porque soy libre.

Y estiró la última palabra, sosteniendo la nota y dejándola temblar un poco al final.

—Oh. Su ojo está ahí, en el gorrión, porque sé que Él me mira.

—Oh, claro que lo hace. O Él o Janie Hatch.

Sarah golpeó una nota disonante.

—Red, ¿cuánto tiempo llevas escuchando? —Se volvió y vio que él estaba montando su clarinete—. Es embarazoso. No canto bien.

—Oh, nunca tocarás en el Met, eso está claro, pero a veces el corazón cuenta tanto como el arte. —Sacó la boquilla y gesticuló con ella—. Como esa canción que estabas tocando. Acertaste de pleno. De todas todas tendríamos que estar muertos. —Se metió la boquilla en la boca—. Explícamelo.

—Janie no admitirá que estuvo en San Francisco. Dice que estaba cazando.

—Cazando —Red gruñó—. Y tú te lo crees.

—Red, ¿puedes entender a Janie Hatch? Porque yo no puedo.

—Nadie puede. Hace lo que quiere y luego incorpora razones para ello. Tal vez le caes bien.

—Es irónico, ¿no crees? Selkirk no tenía por qué concederte tu último deseo. Probablemente fue el primer acto verdaderamente amable de su vida, y lo mató.

—Los buenos mueren jóvenes —dijo Red filosóficamente—. ¿Qué intentas decir? ¿Que si hubiera sido mejor persona habría muerto antes?

—Si hubiera sido mejor persona, nunca habría subido a lo alto de esa torre. —Sus manos terminaron el resto de Su ojo está en el gorrión—. Creo que necesitaba demostrar que no era un monstruo, después de todo.

—¿Por qué molestarse en demostrarnos nada? Iba a matarnos, ¿no?

—No. Demostrárselo a sí mismo.

—Oh. —Se sacó la boquilla de la boca y la colocó en su sitio—. Bueno. —Sopló unas cuantas escalas experimentales, soltó el instrumento, estudió las teclas—. ¿Por

qué no me disparaste?

—Esa sí que es una pregunta.

—En la torre. Cuando Selkirk puso en marcha tú programa. No me disparaste. No me malinterpretes: me alegro de que no lo hicieras. Pero no lo comprendo. Sé cómo funciona el condicionamiento profundo.

Ella tocó unas cuantas notas de Good Blues, luego se detuvo con las manos en el aire.

—Es curioso, ¿sabes? Puedo recordar todo lo que pasó. Cada detalle. El aire frío. El olor salino del océano. Cómo el amanecer hacía que todo pareciera brillar. Pero es como un sueño. Irreal, como si no estuviera allí, sino viéndolo desde muy lejos. —Se volvió y lo miró—. Él me ordenó que matara a Jimmy Caldero, y recuerdo que yo buscaba y buscaba. Pero lo único que podía ver era a Red Malone.

Red se estremeció un poco.

—Eso no debería haber subvertido una droga semejante.

—No fue cuestión de semántica, Red. Nunca pude ver a «Jimmy Caldero», no en el fondo. Selkirk me ordenó matar a un hombre que no existía.

—Ah —él jugueteó con las teclas—. Bien.

—¿Qué ocurre?

—Esperaba que fuera el poder del amor que anuló al poder de la droga.

—¿Hablas en serio?

—No. En realidad no. Pero habría sido una historia cojonuda, ¿no?

Ella le dio la espalda y tocó una escala cromática, lenta y suavemente.

—¿Has estado enamorado alguna vez?

—Sí. Una.

Ella se detuvo un instante, luego continuó la escala.

—Ya. Jacksonville, ¿verdad?

—Alguien te lo ha dicho.

Ella negó con la cabeza para que él pudiera verla.

—No. Pero cuando el río suena, agua lleva. Y puedo reconocer la cicatriz de una antigua herida cuando la veo. ¿Cómo se llamaba? Espero que no Fanny Power.

—No. Alice McAuliffe. Se llamaba Alice McAuliffe.

Alice McAuliffe. Un nombre sin rostro en una lista olvidada.

—¿Qué ocurrió?

—Oh, era alguien como tú. Alguien que descubrió más de lo que le convenía. Una analista de sistemas interesada en la historia. Hizo un poco de esto y un poco de aquello, y antes de que se diera cuenta, supo demasiado. Weil se puso histérica y pidió su cabeza, y Cam me envió a avisarla. Los dos nos escondimos durante unas semanas en una cabaña de las Smokies mientras Cam negociaba con Ellos para atraerla hacia Nosotros. Fueron... semanas largas, y llegamos a conocernos muy bien. Las negociaciones fueron bien. Todo parecía perfecto, pero Kennison se olvidó de retirar a sus perros. O no se molestó. Nos alcanzaron en Jacksonville.

Guardó silencio y ella lo miró por encima del hombro.

—¿Y?

—¿Y qué? No salió tan bien como contigo y conmigo. Ella no tenía tu entrenamiento. Confié en unas personas en quienes no debería de haber confiado y... Las cosas no salieron bien. Déjalo en eso. ¿Por qué tienes que saber todo esto, de todas maneras?

—Porque necesito saber por qué un hombre por lo demás inteligente sube a Coit Tower, desarmado, sabiendo que había un asesino armado y despiadado en lo alto.

—En su momento pareció una buena idea.

—Nada es demasiado serio para no hacer un chiste, ¿eh?

Él la miró y sonrió tristemente.

—Algunas cosas son demasiado serias para otra cosa.

—¿Quién pensabas que estaba en lo alto de la torre, Alice o yo?

—Esa es una pregunta tonta. ¿Por qué te preocupa? Tú eres la que nunca necesita ayuda. La que toca en solitario.

Ella miró a Fee, extendió la mano y lo acarició entre las orejas. Un puñado de rostros destellaron ante ella. Mamá. Papá. Morgan. Dennis.

—A veces la necesito. A veces incluso lo sé. No eres el único que tiene cicatrices.

—Tal vez... —Él vaciló y ella se volvió de nuevo y lo miró.

—¿Por qué no intentaste besarme nunca?

Él pareció sorprendido.

—Yo... Janie me lo preguntó una vez. Me preguntó por ti, quiero decir. No lo sé. ¿Y si me hubieras rechazado?

—¿Y si no lo hubiera hecho?

Sarah se preguntó súbita, irracionalmente, si Janie había preparado todo el escenario en lo alto de la torre para que ellos se besaran. ¿Y si no lo hubiéramos hecho, le habría disparado a Selkirk? No, eso era una locura.

—Red, si hubiera sido Walt Polovsky quien estaba retenido en lo alto de la torre, ¿habrías subido, desarmado, como lo hiciste?

Él sonrió.

—Bueno, tal vez no tan rápido.

Ella se echó a reír.

—Pero lo habrías hecho de todas formas. Bien. Hacer lo adecuado no debería depender nunca de por quién lo haces. Ven a verme esta noche, sobre las siete, y resolveremos ese otro asunto inacabado. Lo justo es justo. Te debo una cena. Janie me prometió que podría encargarme de la cocina. Mientras tanto... —Indicó su clarinete—. ¿Esa barra de regaliz es para mostrarla o para tocarla?

Red se detuvo y miró su instrumento.

—Dame tono.

Ella pulsó la tecla y Red tocó una nota, frunció el ceño, y ladeó la cabeza.

—Desafinas.

—Ya lo sé, pero la nota no estaba bien —retorció la ligadura—. Inténtalo ahora.

—Suenas mejor. ¿Qué querías tocar? ¿High Society?

—Pensaba tocar tu favorita. El Rag de *La Hoja de Arce*.

—No sabía que la supieras.

—He estudiado la partitura, pero quiero probarlo a tu estilo. De oído.

Ella le sonrió.

—Es todo un logro por tu parte.

—Sí. Pero hazme un favor. Tócalo una vez al piano, para que yo pueda oírlo.

Ella empezó con el primer tema. Red se inclinó hacia delante en su silla, frunciendo el ceño intensamente. Después de un par de minutos ella dijo, casual:

—Voy a ver a Dennis el martes que viene. —Red gruñó, aceptándolo—. Según Dennis, ha cambiado mucho desde la última vez que lo vi. El cautiverio, supongo. El rehén aprende a amar a su captor. No sé. Presta atención a esta transición.

La tocó dos veces para que él pudiera aprenderla. Ella lo vio acariciar el clarinete.

—No sé —repitió—. Tal vez eligió libremente. Tal vez su gratitud se convirtió en algo más, y tal vez este Bernstein tenía en mente algo más que un gambito contra sus colegas. O tal vez programaron a Dennis como a mí. —Sacudió la cabeza—. Creo que fue la experiencia más horrible que tendré jamás.

—La fracción de Selkirk planeaba utilizarte para asesinar a Bernstein, pero una vez que te hubieran disparado y lo supieras... —Él se encogió de hombros.

—La idea de la esclavitud tiene para mí matices que posiblemente no podrá tenerlos para ti. Y encadenar la mente es la esclavitud definitiva.

—Es una práctica perversa. No la apruebo.

Ella dejó de tocar.

—¿Y en qué se diferencia lo que hacen Ellos, y los Seis, de lo que tú quieres que hagan los Asociados? Es control y manipulación. ¿Hay alguna diferencia moral entre mayorista y minorista?

Él apartó la mirada.

—No lo sé. Antes lo sabía, pero ahora soy más sabio.

—Cuanto más sabios somos, menos sabemos. O menos seguros estamos de que lo sabemos. Por eso los fanáticos tienen tanto éxito. Venden certidumbres. ¿Estás preparado? Vale, sígueme.

Inició el rag, tocó la primera estrofa, y Red se unió en la repetición. Se equivocó en unas cuantas notas y Sarah trató de no dar respingos demasiado obvios, pero él consiguió dar la nota adecuada.

—En un momento dado —dijo ella, por encima de la música—, pensé que había demasiadas sociedades cliológicas. La Sociedad; los Asociados; la Q; los Seis; D, B and S; incluso el gobierno americano... o una facción dentro del gobierno, si podemos creer a tu amigo Charlie. Pero últimamente me he estado preguntando si tal vez no son suficientes.

Él dejó de tocar.

—¿No son suficientes?

—No son suficientes. ¿Y si todo el mundo supiera cómo hacerlo? ¿Y si la cliología se enseñara en el MIT y en Cal Tech? Me dijiste una vez que todo el mundo intentaba alterar el futuro por prueba y error. ¿Y si todos tuviéramos las herramientas para hacerlo mejor?

—Sería un caos. La gente tiene ideas distintas sobre cómo debería ser el futuro. Tendrías a todo el mundo tirando en direcciones distintas.

—¿Y qué? Al menos todo el mundo jugará con el mismo equipo. Y sea cual sea la dirección en la que se mueva la sociedad, significaría que un montón de personas tirarían en esa dirección. Cuando hay millones de jugadores, las variaciones se cancelan unas a otras. Esa es la teoría básica de la probabilidad, ¿no? La distribución normal de Quetelet.

Él se levantó y se acercó. Le puso la mano en el hombro y se inclinó.

—Toca otra vez ese rag. Me he equivocado demasiadas veces la primera vez. Toca fuerte —añadió con un susurro.

Ella lo miró y él se llevó un dedo a los labios. Pulsó con fuerza las teclas y él se inclinó más y le susurró al oído:

—No hablemos de eso aquí. Mañana, iremos a montar a caballo. Puedes enseñarme esa Altaflora tuya.

—No seas ridículo. Ahora debe estar bajo una tonelada de nieve.

—Entonces muéstrame otra cosa —se inclinó más y la besó en la mejilla.

—Volveré luego —dijo Tex Bodean desde la puerta—, si molesto.

Sarah lo llamó sin perder el compás. Red alzó su clarinete.

—Qué demonios, Tex, ¿por qué no te unes a nosotros? —dijo. Sarah continuó la melodía pero suavizó el tono.

—Claro. Déjame hacer una llamada. —Se dirigió al teléfono de la pared junto a la puerta y habló brevemente. Entonces se acercó al armario y sacó un trombón en su funda. Montó el instrumento con unos cuantos movimientos rápidos y tocó la escala unas cuantas veces de manera experimental—. ¿Qué estamos tocando?

—*Ragtime* —dijo Sarah—. Tal vez algo de Dixieland.

—¿Tocáis estilo Chicago?

—Tal vez más tarde, si eres un buen chico.

Terminó el Hoja de Arce y tocó la introducción de *High Society*. Red la miró y sonrió.

—Gracias —dijo.

—Adelanta primero siempre tu mejor pie —replicó ella.

Los tres tocaron durante unos minutos, Tex poniendo un contrapunto decente con su trombón aunque a Sarah le pareció que oía la melodía por primera vez. Tenía buen oído para la improvisación, pensó. Mientras tocaban, un hombre calvo con barba rizada que le llegaba hasta el pecho entró en la habitación, llevando una trompeta en la mano derecha. Le dio una palmada a Tex en la espalda y se sentó junto a él.

Escuchó durante un rato, siguiendo el compás con el pie: luego se llevó la trompeta a los labios y su brillante sonido se mezcló con la música.

Red ejecutó su complejo solo sin un error, lo cual hizo que Tex lanzara un aullido de *cowboy* y recibiera una salva de aplausos desde la puerta. Sarah miró hacia atrás y vio que allí se había congregado una pequeña multitud.

Mientras concluían la pieza, oyó a alguien decir:

—Disculpad. Paso.

Y vio a Walt Polovsky abriéndose paso seguido de SuperEmpollón. Polovsky le indicó la batería del rincón.

—Ves, te dije que teníamos. Ahora, gánate el pan. Llegaste después de Jimmy.

Bosworth miró alrededor, se ruborizó, y se sentó tras la batería. Cogió las baquetas y esperó, probando para alcanzar los diversos tambores del instrumento. Marcó un redoble.

—Gracias por la llamada, Tex. Hola, Stosh, Jimmy, Glo... Sarah —Polovsky se llevó al regazo una vieja y ajada tuba—. Joe Avery —anunció—. ¿Alguna objeción?

—Será mejor hacer lo que pide —le dijo Red—. Es su gran oportunidad para brillar. Vamos, Cam. ¿Quieres tocar también?

Un hombre que Sarah no conocía se sentó contra la pared. Tenía la cara fina y los rasgos afilados, y su pelo debía de haber sido blanco desde hacía mucho mucho tiempo. Tocó una sucesión de acordes en su banjo.

—Depende. ¿Estáis haciendo poses o tocando?

Joe Avery empezó con una fuerte línea de bajos y Polovsky lo tocó con clara autoridad. Las notas resonaban y bailaban con una agilidad que normalmente no era propia de la tuba. Cuando el trompetista se unió, Polovsky se mantuvo en segundo plano y siguió marcando un firme ritmo de fondo.

Intercambiaron la melodía, cada instrumento dándole una característica propia. La trompeta, brillante y metálica, sugería la melodía tanto con las notas que omitía como con las que tocaba. El trombón de Tex era dulce y melodioso, y ningún barco fluvial había oído jamás un banjo mejor que el que tocaba el viejo Cam Betancourt. Cuando le tocó el turno, Sarah cerró los ojos y fingió que estaba tocando un solo. Sus manos bailaron sobre el teclado. Voló con la música.

Red siguió la partitura, improvisando muy poco: pero estaba bien porque tenía dos registros que tocar. Cuando tocaba el grave, llevaba el tema principal; pero pasó al contrapunto en el registro agudo. Las largas y dulces notas en clave de sol flotaban en el aire, contrastando con el ritmo persistente que marcaba Walt.

Cuando Red terminó, le tocó el turno a Norris, y el joven golpeó los tambores como si no hubiera dos docenas de mirones y su cara no tuviera el color de la remolacha. Tocaba más rock que jazz, pero lo ejecutó todo sin equivocarse.

Mientras tocaba, Sarah vio a Janie Hatch entre la multitud, observándolos con su habitual semblante de piedra. Sonrió y sacudió la cabeza lentamente. Sarah la miró a los ojos y silabeó la palabra Gracias, pero Janie tan solo se encogió de hombros como

respuesta. Entonces se frotó las manos en las perneras de los vaqueros y entró en la habitación.

Había un gran violoncelo puesto de lado en la pared del fondo. Janie lo enderezó y pasó la mano por el mástil. Entonces, cuando Norris terminó su solo de batería, se inclinó sobre el violoncelo y produjo una repetición de la parte de la tuba con estoica precisión. Fue casi cómico, el contraste entre la animada melodía y la calmada e inexpresiva expresión de su rostro.

Sarah la observó, los dedos detenidos sobre el teclado. Cuando Janie dio la señal, todos se unieron. El bajo de Walt, el contrapunto de Red, todas las partes unidas en la alegre cacofonía de Dixieland. La multitud de la puerta y el pasillo estalló en un aplauso espontáneo mientras tocaban, y Sarah sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

Cuando terminaron por fin, permanecieron allí sentados mirándose unos a otros mientras los curiosos aplaudían y silbaban. Sarah se había perdido en la música. Contempló el piano durante unos instantes más, todavía oyendo en su mente los resonantes acordes. Entonces cerró los ojos y se relajó. Dejó escapar un profundo suspiro.

—Guau —oyó decir a Tex, y el trompetista, Slosh, le dio una palmada en la espalda. Walt estrechó la mano de Norris y lo señaló, invitando al aplauso del público. Bosworth no podía dejar de sonreír. Se levantó e hizo una rápida y breve reverencia, y volvió a sentarse velozmente.

Janie Hatch estaba apoyada en su instrumento. Captó los ojos de Sarah y la miró. Entonces Janie miró a Red, y otra vez a ella. Alzó una ceja. Sarah asintió una vez, y Janie Hatch, durante una fracción de segundo, sonrió.

EPÍLOGO

Una introducción a la cliología

I. La matemática de la Historia

Tenemos que estar preparados para que el futuro nos sorprenda, no para que nos aturda.

KENNETH BOULDING

Pero las curvas, si significaban algo, incluían el libre albedrío... Cada mañana tres millones de «voluntades libres» confluían hacia el centro de la megápolis de Nueva York; todas las tardes se marchaban. Todo siguiendo el libre albedrío, y una curva suave y predecible.

ROBERT A. HEINLEIN, *The Year of the Jackpot*

¿Cuántos disturbios raciales experimentará Estados Unidos durante la revuelta del año 2010? ¿Cuántas factorías orbitales caerán en bancarrota durante la Recesión de 2033? ¿Es la ruptura de la India inherente a su conexión topológica? ¿Qué tienen que ver la situación de Babilonia o la administración del Antiguo Egipto con el éxito de las colonias L5?

Hace años, Isaac Asimov imaginó una ciencia matemática de la historia que podría responder a esas preguntas. Su ficticia psichistoria no ha sucedido todavía (no ha surgido ningún Hari Seldon para unirlo todo), pero los investigadores en campos que abarcan desde la ecología a la topología diferencial ya han trazado las «Fundaciones».

La cliología (como el término psichistoria se ha utilizado para obras que psicoanalizan a personajes históricos, usaremos en cambio el término cliología) intenta comprender las fuerzas que configuran la historia humana y expresarlas en términos matemáticos útiles: en resumen, sustituir la anécdota por el análisis. Hay objeciones evidentes a semejante empresa, emocionales y estructurales. La objeción emocional es que la ciencia es deshumanizadora. Pero esta objeción se equivoca. La ciencia es desmitificadora en vez de deshumanizadora. Busca las causas materiales de los fenómenos mensurables. Si condiciones como la guerra y la pobreza tienen causas materiales, solo pueden ser corregidas atacando esas causas, no deseando que los síntomas desaparezcan. Además, como ha comentado el antropólogo Marvin Harris, el estudio de la cultura no sufre actualmente de ninguna sobredosis de método científico.

La objeción estructural es más seria. Sostiene que las sociedades humanas son demasiado complejas para el análisis científico y que las «leyes de la historia» son imposibles en cualquier caso porque los seres humanos tienen libre albedrío. Sin embargo, la complejidad solo significa que las leyes pueden ser difíciles de discernir, no que no existan. Muchos de los ejemplos citados en este ensayo son simplistas, pero simplista no significa equivocado. Los físicos no pueden resolver el problema general de tres cuerpos, pero nuestras sondas espaciales consiguen encontrarse con planetas y asteroides tolerablemente bien. ¿Por qué exigirle más a la cliología?

La física nuclear no predice el destino de cada neutrón; ni la química orgánica el de cada molécula. Del mismo modo, un estudio científico de la historia no tiene por qué predecir eventos ni conductas individuales. Sin embargo, en grupos grandes esos individuos pueden cancelarse unos a otros, produciendo regularidades o pautas. Así la conducta media de un grupo puede ser predecible. Eso es lo que hace que los casinos y las compañías de seguros sean solventes.

La objeción del libre albedrío se basa igualmente en una mala interpretación de las leyes científicas. La libertad es lo contrario de la obligación, no de la causalidad. Una ley científica es una descripción, no una causa, y no puede obligarnos a comportarnos de un modo concreto igual que una estadística de seguros no nos obliga a morir.

La primera cuestión que debemos preguntarnos es si las leyes cliológicas son plausibles.

CAUSAS COMUNES

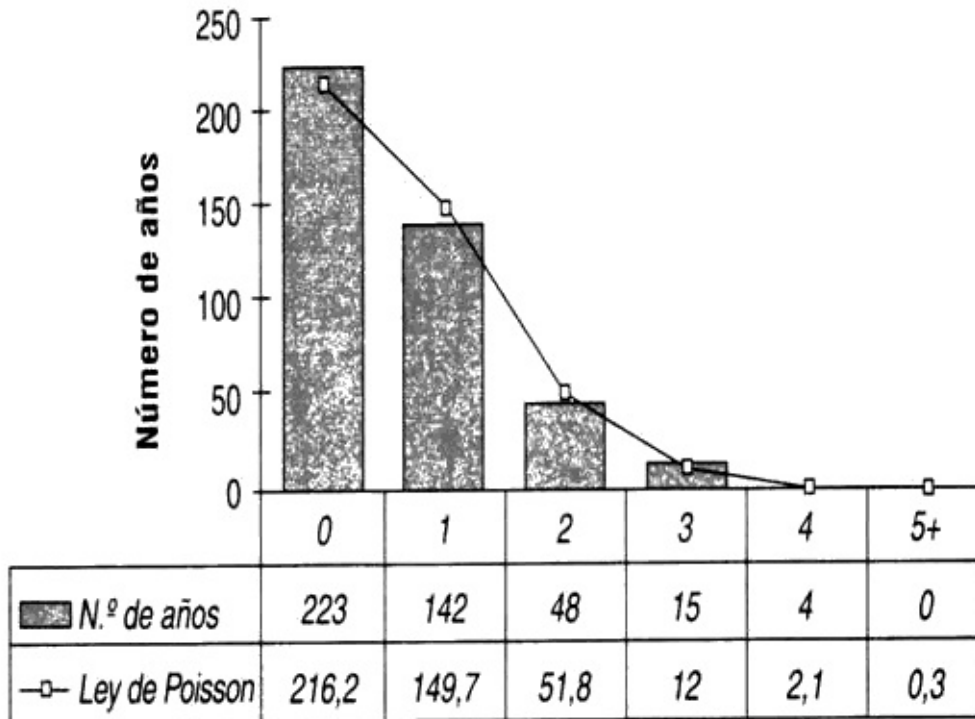
Un sistema es un conjunto de causas que se combinan para producir un resultado. Incluso el sistema más simple consta de muchas causas, y estas no son constantes todo el tiempo. Por pura aleatoriedad, algunas causarán un incremento en el resultado medido; y otras, una mengua. El resultado neto es una distribución estadística alrededor de una tendencia central. La variación dentro de la distribución no se debe a ninguna causa particular sino a las combinaciones casuales de muchas pequeñas causas. Estas causas que actúan aleatoriamente se llaman causas comunes.

Ejemplo 1: Estallidos bélicos.

El número de guerras que estallan cada año encaja con una distribución estadística de Poisson casi a la perfección. Esta distribución modela eventos de baja probabilidad pero gran oportunidad, como el número de accidentes industriales o el de llamadas recibidas en una centralita. La aterradora implicación es que las guerras estallan al azar... o al menos tan al azar como los accidentes industriales^[1].

Figura 1

Estallidos de guerras



Número de estallidos por año

Fig. 1: Un sistema de causa constante. El número de guerras que estallan cada año sigue una distribución de Poisson casi a la perfección, consistente con una pequeña probabilidad constante unida a una oportunidad muy grande. Por ejemplo, hubo 223 años donde no estalló ninguna guerra, mientras que la ley de Poisson predice 216,2 años. La diferencia respecto a la teoría es insignificante bajo la prueba de Chi-cuadrado. La implicación es que la probabilidad de que estalle una guerra es una constante. Datos siguiendo a Quincy Wright, suministrados por L. F. Richardson.

Ejemplo 2: El tiempo de vida de los estados unitarios se compara con una escala de probabilidad de Valor Extremo en la figura 2. Los ingenieros usan distribuciones de Valor Extremo para modelar sistemas complejos que fallan debido a un modo de fracaso de «eslabón más débil» o «sobrecarga de pico». No importa matemáticamente si el sistema complejo es eléctrico, mecánico o cultural. Los imperios tienen un Tiempo Medio Antes del Fracaso (TMAF) de 160 años antes del fracaso. El Tiempo Medio Para Repararlo (TMPR) es de 70 años, después del cual el estado reparado sobrevive unos 185 años de TMAF más. Uno se pregunta si vienen con garantía.

FIGURA 2

Tiempo de fracaso y reparación de los estados unitarios

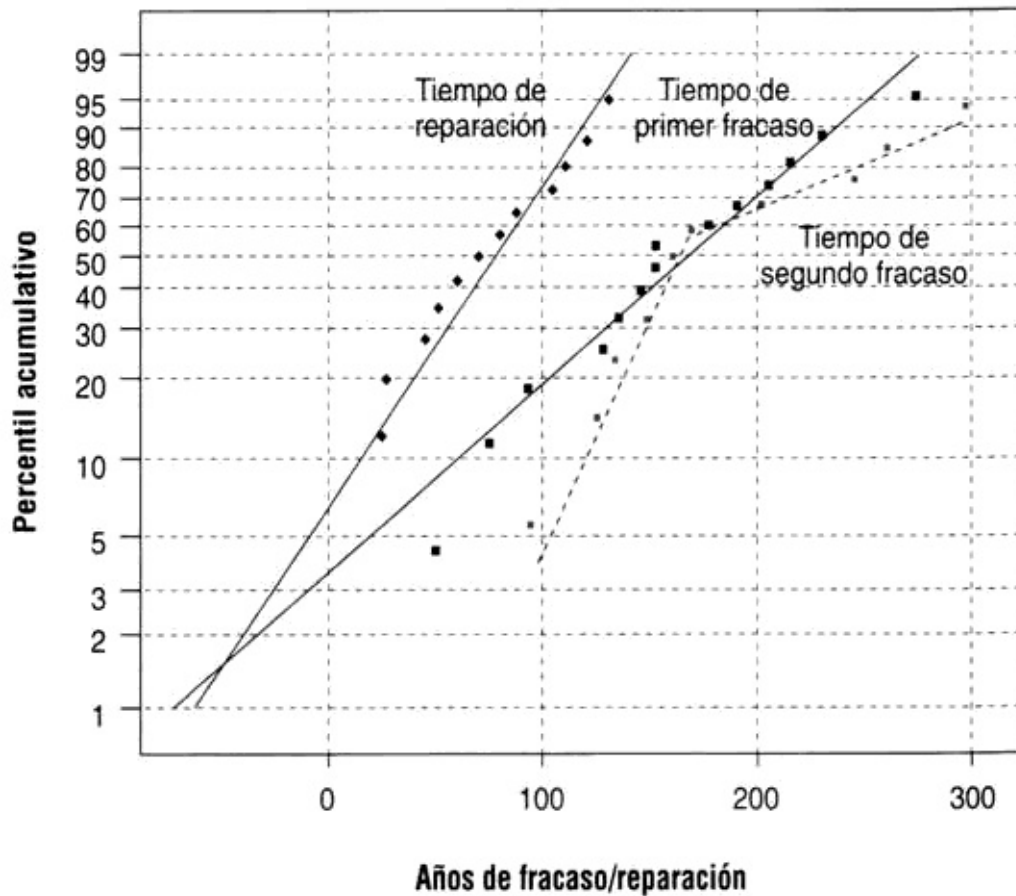


Fig. 2: Distribuciones de tiempo de vida. Los tiempos de fracaso y los tiempos de reparación de los estados unitarios siguen una distribución de Valor Extremo. Una línea recta en esa escala indica una adecuación a la distribución. La variación aleatoria significa que no todos los puntos estarán exactamente en la línea, sobre todo los valores más grandes y más pequeños; pero todos están dentro de los límites de confianza del porcentaje 95%. Adviertan que el segundo estallido de un estado imperial revivido cae en dos segmentos lineales: hay un claro codo en los puntos marcados. Esto significa que hay dos modos de fracaso distintos. Datos siguiendo a A. J. Toynbee y otros textos de historia.

Naturalmente, conocer una media y una distribución no permite a nadie predecir el estallido de una guerra concreta o la caída de un imperio determinado, como saber las estadísticas de seguros no permite a un corredor predecir la muerte de un asegurado concreto. Pero aunque la variación dentro de una distribución es impredecible, la gente a menudo trata de «explicar» las fluctuaciones.

CAUSAS ESPECIALES

A veces un proceso es perturbado por una causa que normalmente no forma parte del sistema. Estas causas especiales suelen aparecer como externas, o Valores Extremos. Este tipo de variación fuera de la distribución puede ser asignada a causas particulares.

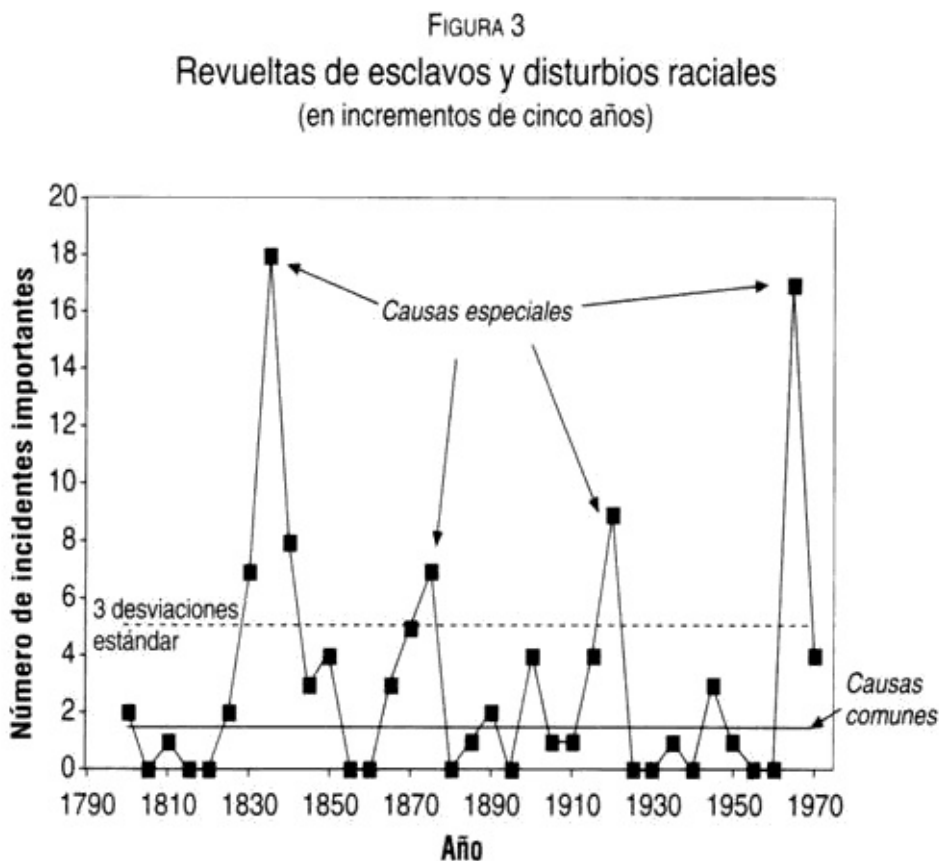


Fig. 3: Causas comunes y causas especiales. El número de revueltas de esclavos y disturbios raciales en Estados Unidos muestra causas especiales (indicadas por los picos) superpuestos sobre un nivel constante y crónico de tres estallidos generales por década (los datos se muestran en incrementos de cinco años). La regularidad de los picos puede indicar un proceso dentro del sistema similar a la acumulación y liberación de presión en un géiser. Datos de varios textos.

Ejemplo 3: Las revueltas esclavistas/disturbios raciales americanos han sido expresados en incrementos de cinco años en una gráfica de Shewhart (fig. 3)^[2]. A excepción de unos cuantos picos, la serie es consistente con un proceso de Poisson estacionario que «emite» $\lambda = 0,29$ disturbios o revueltas raciales por año durante los últimos 170 años. Este valor medio es inherente al sistema cultural norteamericano. Los picos se producen cada generación alterna. Como la regularidad no se produce por casualidad, probablemente hay también una causa sistemática para los picos. Adviertan que la Emancipación no cambió el sistema de causas subyacentes y, a menos que el Movimiento por los Derechos Civiles lo hiciera, el siguiente pico se producirá hacia el año 2010.

FIGURA 4
Tasas de bancarrota norteamericanas

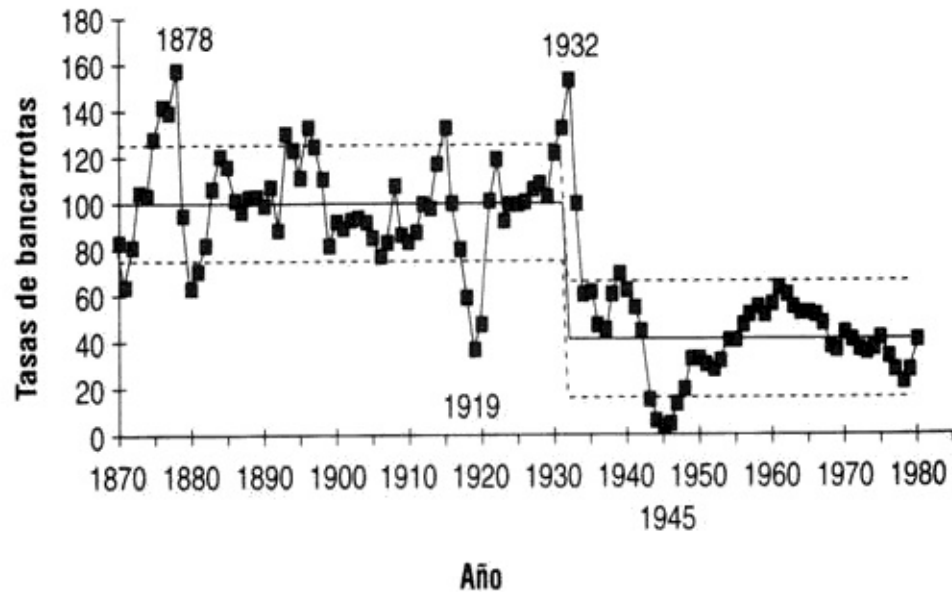


Fig. 4: Cambio en la media del proceso. Las tasas de bancarrota norteamericanas demuestran un claro cambio en el valor esperado a principios de los años treinta. Esas pausas indican un cambio súbito en el sistema de causas subyacente. Esto podría ser cualquier factor, desde una reestructuración de las prácticas comerciales norteamericanas a la definición de «empresa» o «bancarrota». Una gráfica paralela, no reproducida, demuestra que no hay tal cambio en la tasa de desempleo. Datos de Estadísticas Históricas Norteamericanas más suplementos anuales.

PAUTAS DE SERIES TEMPORALES

Sin embargo, si el sistema de causa subyacente cambia, los datos mostrarán pautas, como cambios, tendencias, ciclos, o conducta más caótica. Que un proceso se haya establecido con una cierta media, incluso durante mucho tiempo, no implica que deba estar en la media eternamente. Hay muchos ejemplos de medias cambiantes.

Ejemplo 4: Las bancarrotas comerciales americanas se muestran anualmente en la figura 4. Los límites de la variación aleatoria han sido calculados para un intervalo móvil de dos años. Mientras que algunas causas especiales son evidentes (las grandes depresiones de las décadas de 1870 y 1930, especialmente), el rasgo principal es el súbito cambio en la media del proceso. Un cambio indica una alteración brusca en algún factor sistemático importante^[3].

Ejemplo 5: Los ingresos medios por casa en dólares constantes se muestran en la figura 5. La principal característica de esta gráfica es una **tendencia**. Una tendencia significa que algún factor está operando en el sistema continuamente en la misma dirección. Adviertan que la gran inflación detuvo la tendencia. Cuando las tasas de impuestos se indexaron y el número de clases se redujo severamente, el aumento de ingresos se reempeñó en los años ochenta. De hecho, la tasa de crecimiento fue la misma que en las décadas anteriores.



Fig. 5. Tendencia en la media del proceso. Los ingresos familiares medios norteamericanos, medidos en dólares constantes, crecieron a ritmo lineal desde finales de la Segunda Guerra Mundial hasta alrededor de 1970. Durante la gran inflación hasta la recesión de 1980 que le puso fin, los ingresos se estancaron (faltan puntos en los datos porque el *Statistical Abstracts* que consultó el autor se saltaba algunos años). A partir de 1982, el crecimiento de ingresos continuó al mismo ritmo que antes hasta principios de los noventa, que vio la primera caída sostenida en los ingresos medios de la historia reciente. Datos de Estadísticas Históricas Norteamericanas más suplementos anuales.

Ejemplo 6: Las tasas de nacimiento americanas, mostradas en las figuras 6a y 6b, han declinado linealmente desde al menos 1820, con ciclos de *booms* y caídas que serpentean a lo largo de la línea de la tendencia. Una nota interesante es que el Baby Boom posterior a la guerra empezó antes de la guerra, así que cualquier explicación del Boom que se base en el Acta del Soldado o en la prosperidad postbélica está automáticamente equivocada. La principal característica de esta gráfica es un ciclo.

Los ciclos indican una causa que viene y va o cambia de dirección regularmente.

Adviertan que las tasas de nacimiento tuvieron un pico debido a la Primera y la Segunda Guerra Mundial, pero regresaron a la línea de la tendencia una vez que la perturbación quedó eliminada. Lo mismo sucedió en las tasas de crecimiento de ingresos cuando se eliminó la perturbación del «estancamiento». La tendencia de un proceso a «buscar su nivel natural» se llama homeostasis. Volveremos a este tema más tarde.

No se puede evaluar un dato aislado. Recuerden, hecho viene de un verbo: *factum est*. Con demasiada frecuencia, vemos los hechos uno a uno. Pero es difícil disfrutar de una película fotograma a fotograma. Examinar una tendencia a largo plazo da perspectiva. A menudo las «razones» dadas para explicar algún fenómeno no pueden encajar con la pauta de los datos. Los nacimientos en los años sesenta cayeron... pero no por causa de la píldora. La participación de las mujeres en el mundo laboral se duplicó entre los años cincuenta y los años ochenta, pero no debido a los movimientos de liberación de la mujer. La tasa de importación del mercado de automóviles domésticos ha aumentado... pero no por causa del embargo de petróleo árabe de mediados de los setenta^[4].

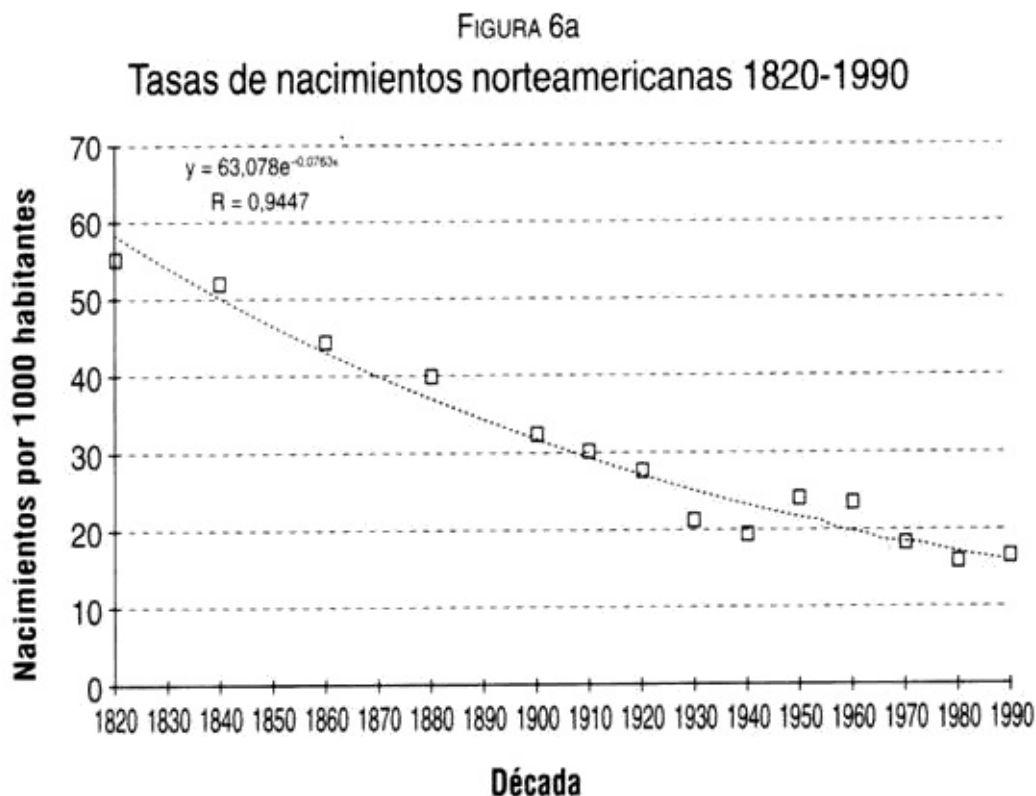


Fig. 6a: Tendencia en la media del proceso. Los nacimientos en Estados Unidos han caído exponencialmente desde 1820, a pesar de la falta de un programa gubernamental planificado centralmente para desanimar los nacimientos. La tendencia es muy anterior a la píldora, la liberación de la mujer, o cualquier otra de las explicaciones convencionales. Una sugerencia es que los nacimientos cayeron

porque el país se volvió más urbano. Las familias granjeras tendían a ser más grandes porque más niños significaban más manos para el trabajo agrícola. Fuente: *U. S. Statistical Abstracts, Ser. B5 & 1996 Supl. n.º 90.*

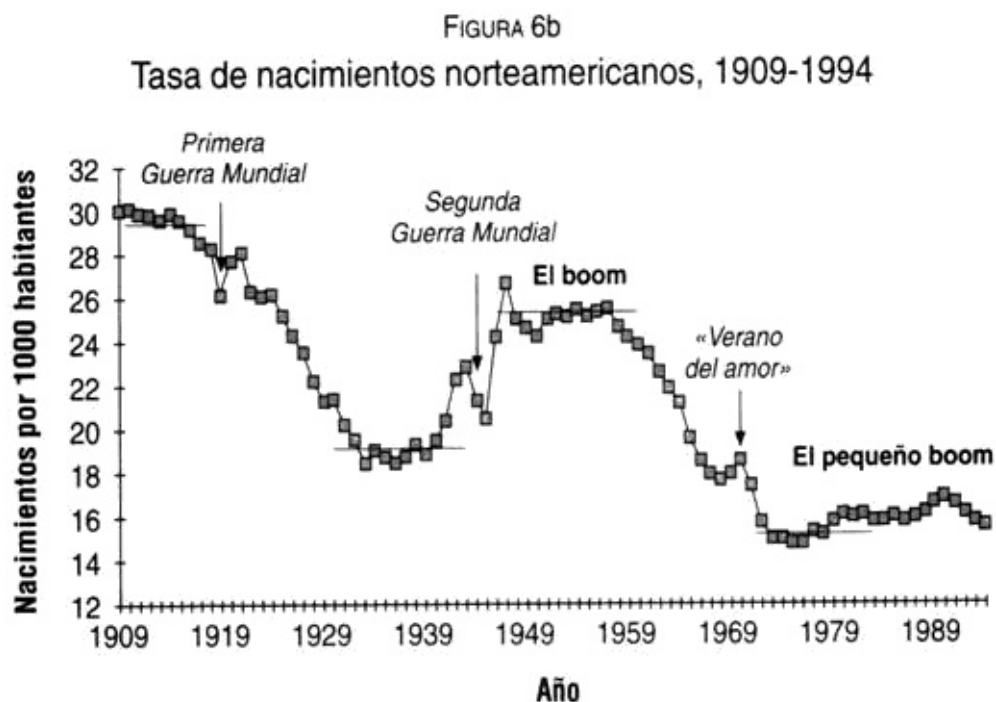


Fig. 6b: Un ciclo en la media del proceso. Se mantienen registros sobre los nacimientos anuales desde 1909. Hay una onda en la tendencia, donde la caída de los años sesenta encaja casi perfectamente con la de los años veinte. La regularidad exige una causa recurrente. Una posibilidad se encuentra en un ritmo de actitudes generacionales basadas en las prácticas educativas. Cada generación tiende a criar a sus hijos de forma contraria a como fueron educados. Los jóvenes de los sesenta y los veinte compartieron muchas actitudes similares. Advertan las causas especiales asociadas con la Primera y la Segunda Guerra Mundial. La tasa de nacimientos cayó cuando gran número de hombres fueron a ultramar y subió por encima de la curva cuando regresaron antes de ocupar el nivel al que los habría llevado la tendencia. Advertan, también, que el Baby Boom de la posguerra empezó antes de la guerra.

Ejemplo 7: Las tasas de homicidios (fig. 7) parecen inmunes a las leyes de control de armas y las ejecuciones. Las altas tasas de los años ochenta se atribuyeron a la abolición de la pena de muerte, pero fueron igual de altas en los años treinta, cuando las ejecuciones eran comunes. ¿Hacen las ejecuciones (o la falta de ellas) que la tasa de homicidios cambie? ¿O los cambios en la tasa de homicidios hacen que el pueblo exija ejecuciones? La clave para comprenderlo puede estar en advertir que homicidio es una palabra que cubre una gama de actos diferentes, desde asesinatos de bandas a peleas de borrachos. ¿Cuáles suben y bajan en el ciclo? Puede ser que haya

una «radiación de fondo» constante en los homicidios involuntarios donde se superponen los asesinatos premeditados.

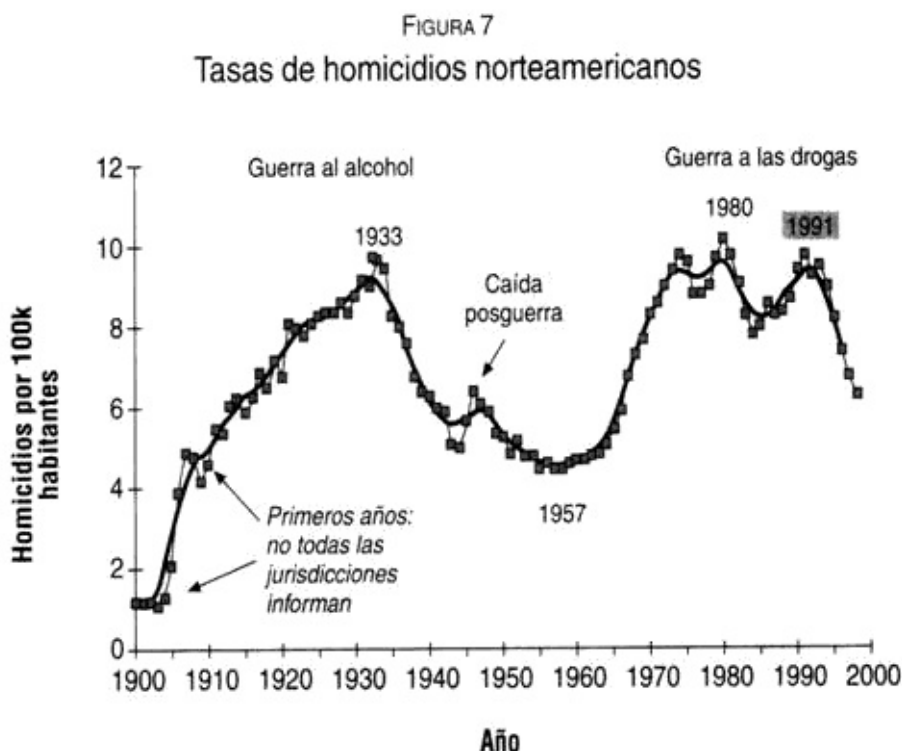


Fig. 7: La perspectiva a largo plazo. La mayoría de nosotros se concentra demasiado en datos recientes y no conoce la tendencia a largo plazo. La causa de un fenómeno debe explicar qué pasó y qué no pasó. Si las altas tasas de asesinatos, que suben hasta mediados de los sesenta y solo caen recientemente, fueran debidas a la falta de ejecuciones, ¿cómo explicamos las altas tasas durante la Prohibición? Lo más probable es que conducta similar signifique causas similares. Datos de Estadísticas Históricas Norteamericanas más suplementos anuales.

REGULARIDADES EN LA HISTORIA

La historia no se repite a sí misma, pero eso no significa que no haya regularidades subyacentes. Los planetas nunca giran en la misma configuración exacta, pero siguen órbitas predecibles. Algunos ejemplos de regularidades incluyen:

Ejemplo 8: los ciclos comerciales americanos (fig. 8), preparados por Dewey y Dakin en 1945, prevén con acierto la recesión de 1980, la «recuperación» y el «parón en la recuperación». Las actividades económicas, como la construcción o la producción de acero, siguen un compuesto de estos cuatro ciclos. Pautas aparentemente caóticas pueden a menudo descomponerse en varias más simples, cada

una un reflejo de una causa básica. Proyectada hacia delante, la siguiente contracción de la ola de cincuenta años arriba o abajo debería producirse hacia 2033^[5].

FIGURA 8
 Tiempo aproximado de cuatro ritmos importantes
 de la economía americana
 Extensión de una gráfica en Dewey y Dakin, 1948

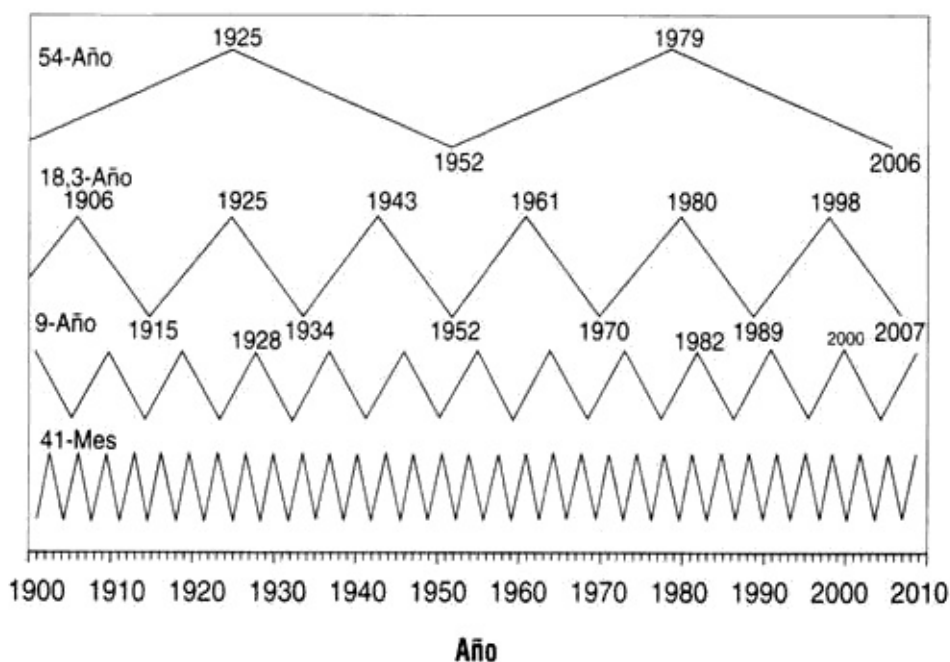


Fig. 8: Ciclos sobre ciclos. Aparentemente la conducta caótica puede a menudo descomponerse en la suma de varias pautas más sencillas. Un ciclo puede deberse por ejemplo, a una tendencia. Algunos investigadores dicen ver múltiples ciclos en la economía norteamericana. Estos ciclos son particulares a las series específicas, pero se muestran aquí como pautas genéricas «de sierra» para simplificar. La Onda Larga (50+ años) parece debida a la infraestructura pública y la generación de energía, donde cada onda es la acumulación y madurez de una tecnología de transporte importante y cada otra onda ve la llegada de una nueva fuente de energía. Adviertan que el ciclo de nueve años empieza en 2000, poniendo los tres ciclos principales en la parte baja. El ciclo comercial de 41 meses caerá en 2001, indicando un freno importante en una economía «en alza» o una «recesión» en una economía plana.

Ejemplo 9: Vida media de las ideas. A menudo hay un lapso de cinco generaciones entre el establecimiento de una idea en una sociedad y la reacción en contra, como ilustra la tabla 1. ¿Quizá las ideas tienen vida media...?

Tabla 1 Vida media de las ideas	
Idea	Reacción
La inteligencia rusa creada por Pedro el Grande en 1689 se alza contra el zar en la revuelta de diciembre de 1825.	136 años
La Puerta Otomana empieza la occidentalización de Turquía en 1774. En 1908, el occidentalizado Comité de Unión y Progreso derroca al sultán Abd-al-Hamid II.	134 años
La Carta de la Bahía de Massachussets (1629) estableció la colonia para la explotación de la madre patria, una idea rechazada en los disturbios del Acta del Sello de 1765.	136 años
El establecimiento del cristianismo ortodoxo como iglesia oficial del Imperio romano en 313 fue repudiado en 451, cuando los súbditos monofisitas que hablaban sirio del imperio rechazaron el Concilio de Calcedonia.	138 años
El limitado gobierno de la Constitución americana y la Ley de Derechos (1791) fue cambiado a principios del New Deal (1933) por uno activista.	142 años

Ejemplo 10: erupciones nómadas. Los nómadas parecen surgir de las estepas o los desiertos siguiendo una base regular (tabla 2). Los nómadas del desierto puede que faltaran a la cita alrededor del año 100 de nuestra era^[6]. La periodicidad puede ser en respuesta a un ciclo climático a largo plazo. Las poblaciones se expanden durante los siglos buenos, pero se encuentran faltos de recursos cuando el tiempo se vuelve malo.

Tabla 2 Erupciones nómadas					
Año	La estepa	Intervalo		Año	El desierto
				-1900	Amoritas
-1200	Dorios, iraníes y otros		6	-1300	Arameos, caldeos
-700	Escitas	5	5	-800	árabes (rechazados por los asirios)
-200	Sármatas	5		-400	Nabateos
+400	Hunos	6	5	+100	????
+900	Turcos	5	5	+600	Musulmanes
+1300	Mongoles	4	5	+1100	Carmacios
+17(50)	Calmuks y dxungaros (destruidos por los manchúes)	4	6	+1700	Wahhbis
+2200		5	5	+2200	

Ejemplo 11: crecimiento y caída de las civilizaciones. Consideren las tres líneas temporales a gran escala que se muestran en la figura 9. Las civilizaciones china y clásica han sido alineadas según el establecimiento de sus estados unitarios sociales (Pre Han y el Principado, respectivamente). ¡Curiosamente, acontecimientos análogos ocurrieron en cada sociedad en tiempos similares! Cuando la línea temporal equivalente para Occidente encaja con ellas, ciertas pautas de «baja granularidad» en su curso futuro pueden anticiparse de manera general. Naturalmente, como advirtió Flaubert, «Dios está en los detalles». La Unión Europea no se corresponde con los sangrientos logros de Augusto y Han Wu-ti... a menos que haya alguna horrible guerra sobre la unidad europea esperando en el futuro... Pero eso es áspera granularidad para ustedes.

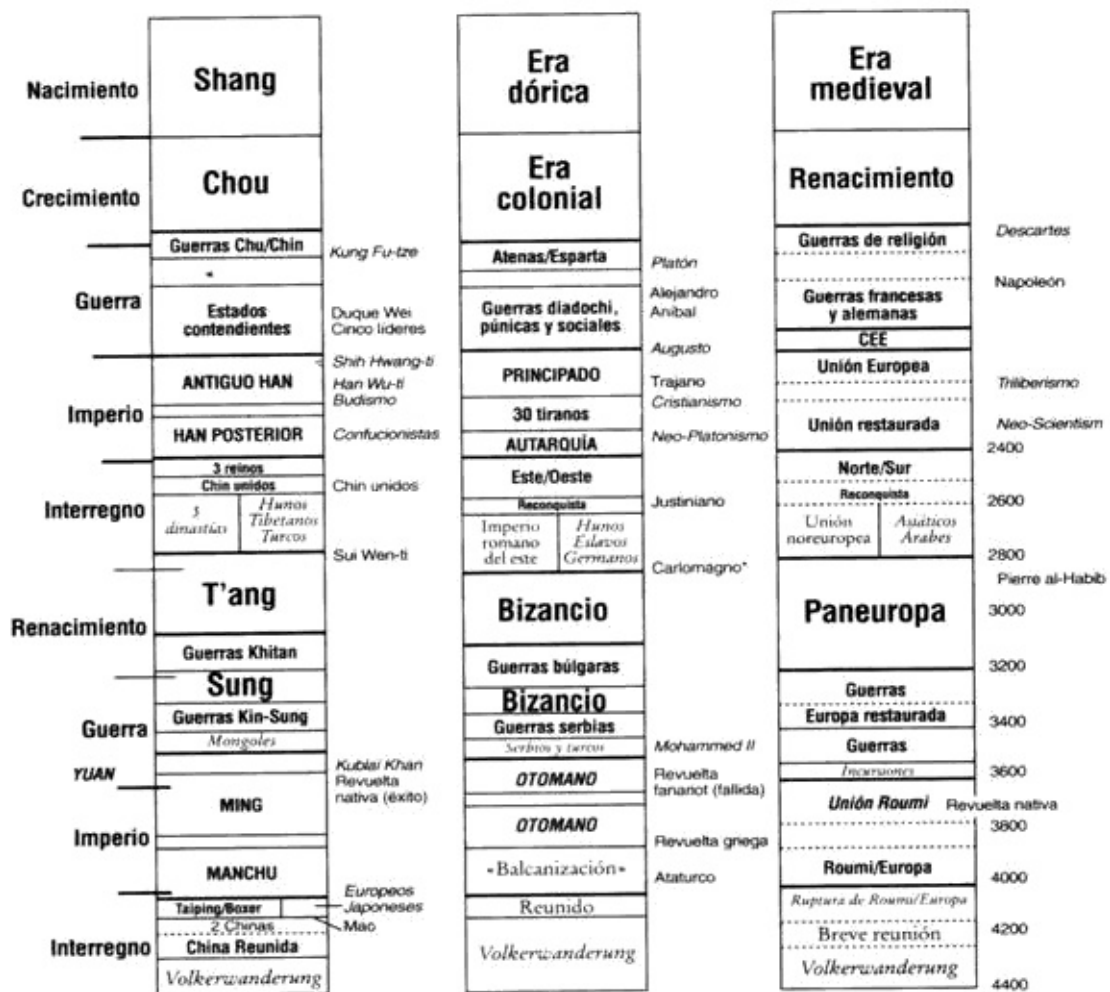


Fig. 9: Pautas a gran escala. Si retrocedemos hasta muy lejos, las irregularidades de los años o incluso los siglos empiezan a suavizarse, dejando quizás una pauta consistente de crecimiento y declive. Son interesantes tanto las similitudes como las diferencias. Las primeras demandan causas subyacentes comunes; las segundas, causas especiales y locales. ¿Hasta qué grado otras sociedades, menos documentadas, siguen esta pauta? (Un retorcido sentido del humor llevó a «completar» la columna de la Europa occidental).

Sin embargo, estos ejemplos han servido su propósito. Los procesos culturales exhiben conductas «conforme a la ley». ¡El problema, naturalmente, es descubrir la ley!

MODELOS MATEMÁTICOS.

Al ser la historia una rama de las ciencias biológicas, su expresión última

debe ser matemática.

COLÍN MCEVEDY

Una forma de abordarlos es diseñar ecuaciones matemáticas que enlazan varios factores en el sistema y validan el modelo «posdictando» acontecimientos pasados. Si el modelo simula la conducta del Mundo Real, es una fuerte prueba a su favor. Por ejemplo, el científico político Robert W. Jackman desarrolló un modelo para golpes de estado que correspondía al 92% con la frecuencia de golpes de estado reales entre los estados negros africanos. El modelo se basaba en factores estructurales internos a cada país, como la tasa de analfabetismo y el porcentaje de la población dedicado a trabajo no agrícola. Del mismo modo, el modelo informático de Jay W. Forrester sobre la economía norteamericana produjo «ciclos de Kondratieff» de más-menos cincuenta años, igual que el Mundo Real, a pesar del hecho de que Forrester y su equipo no eran conscientes de la existencia de esos ciclos cuando construyeron el modelo. Los ciclos se produjeron a partir de los enlaces, retroalimentaciones y lapsos de respuesta entre diferentes sectores económicos del modelo.

Los modelos matemáticos nos permiten comprender cómo funciona la historia desviando nuestra atención de los acontecimientos individuales y dirigiéndola hacia el proceso que los produce. Uno de los primeros ejemplos fue el modelo de Lewis Fry Richardson sobre la carrera de armas:

Sean X e Y las conductas beligerantes de dos coaliciones. La beligerancia de X aumentará en reacción al nivel de beligerancia de Y , pero también será influido por la economía y otras restricciones internas generadas por su propio aumento. Lo mismo para Y . Expresado matemáticamente, la tasa de cambio en la beligerancia es un sistema de dos ecuaciones diferenciales:

$$dX/dt = a_x Y - b_x X + c_x$$

$$dY/dt = a_y X - b_y Y + c_y$$

Usando «gastos en armas» como una primera aproximación a X e Y , Richardson encontró una buena correlación con las carreras de armas que precedieron a la Primera y la Segunda Guerra Mundial. El punto de estabilidad de este sistema (si existe) es $dX/dt = dY/dt = 0$, un congelamiento bilateral. Pero ese congelamiento no puede ser impuesto en el sistema en un punto arbitrariamente elegido (X, Y) . Más bien, ocurre de forma natural en un punto concreto determinado por los valores de los parámetros a , b y c ^[7].

En su libro *Looking at History through Mathematics*, el cliólogo pionero Nicholas Rashevsky mostró cómo las técnicas matemáticas de las ciencias duras podían aplicarse (al menos en principio) a procesos históricos como la formación de pueblos y clases o la «cinemática de la conducta social». *Transformations: Mathematical*

Approaches to Cultural Change, recopilado por el arqueólogo Colin Renfrew y el matemático Kenneth Cooke, da muchos más ejemplos, incluyendo los usos de la teoría topológica de las catástrofes.

Veamos algunos ejemplos más de modelado:

1. Ecozonas.

El historiador Colin McEvedy describió una técnica gráfica para identificar ecozonas, regiones que son «atractivas» a ciertos modos de vida. Definió la «ecozona litoral» en el Mediterráneo de la siguiente manera: Primero trazar una fina cuadrícula sobre el mapa y definir recuadros costeros como aquellos que contienen un segmento de costa. Luego definir un recuadro litoral como aquel donde la mayoría de sus vecinos son costeros. Las conexiones costeras de esos lugares sobrepasaban sus conexiones tierra adentro, haciéndolos «atractivos» a las sociedades marineras, como los griegos, cartagineses, venecianos o bizantinos. El concepto de ecozona puede explicar la distribución geográfica de culturas y costumbres, incluso cuando no haya ninguna barrera geográfica obvia. Por ejemplo, la cultura bantú se extendió hacia el sur en África a partir del siglo I de nuestra era, inundando a pigmeos y hotentotes, pero se detuvo ante el Gran Río de Peces, no porque el río fuera infranqueable (sus antepasados habían cruzado el Congo), sino porque el aclimatamiento agrícola que tan bien les había servido en los trópicos no funcionaba en la ecozona estilo mediterráneo más al sur. La distribución de monasterios continentales fundados por monjes irlandeses durante la Edad Media casi encaja exactamente con la de la antigua cultura Hallstatt céltica. Comparemos los límites del califato árabe con los del imperio persa aqueménida y la esfera cartaginesa de influencia. ¿Coincidencia o ecozona?

2. Formación de asentamientos.

¿Hay un proceso general que explique cómo surgen los asentamientos? Si lo hay, debe decirnos algo sobre el éxito de las colonias lunares u orbitales proyectadas. Robert Rosen ha estudiado este problema. Empezando con un paisaje abstracto y una función, a , definiendo la densidad de población en cada coordenada, postuló dos «fuerzas» en funcionamiento: una preferencia por sitios de menor densidad de población y una afinidad (p) por sitios que proporcionan refuerzos positivos (como acceso a suelo fértil, teatros de Broadway, o agujeros de gusano interestelares). Las ecozonas de McEvedy son ejemplos de funciones de afinidad. Las dos fuerzas definen gradientes en el paisaje: una intenta congrega la población en torno a sitios «atractivos», la otra intenta dispersar a la población uniformemente en una especie de

«muerte por calor» cultural. Cuando se combinan con el proceso de nacimientos-muertes, estas suposiciones producen la misma fórmula que describe un proceso químico de difusión-reacción, es decir:

$$a/t = [a f(p) - a^2 - g(p)] + D_1 \sigma^2 a - D_2 a^2 p^{[8]}$$

Es intrigante cómo a menudo las mismas (o similares) ecuaciones aparecen en contextos tan diferentes.

3. Redes topológicas.

Los asentamientos generados por los procesos anteriores forman los nodos de una red topológica. Los nodos de mayor conectividad son candidatos probables para ciudades capitales. El geógrafo Forrest R. Pitts estudió la conectividad de las ciudades medievales rusas (que se encuentran, naturalmente, en la ecozona ribereña). Moscú quedó la segunda; la cercana Kolumna, la primera. La capital más antigua, Vladimir, estaba también en esta región. Topológicamente, Petrogrado era una aberración innatural, «no-rusa». Del mismo modo, todas las capitales históricas de Mesopotamia (Kish, Agade, Babilonia, Ctesifón, Seleucia y Bagdad) se agrupan en la misma región. Solo brevemente fue gobernado Irak desde fuera de esta pequeña región. Un análisis topológico de los movimientos de comodidad internos revela el sorprendente hecho de que hay cuatro (o posiblemente cinco) Indias (ver Ekistics, de C. A. Doxiadis). Son regiones con industrialización y densidad de población relativamente grandes separadas por áreas de agricultura subsistente y pueden representar las futuras fronteras políticas del subcontinente.

4. Zonas culturales de influencia.

Los geógrafos han descubierto a través de estudios empíricos que la cantidad de tráfico (y otras formas de comunicación) que fluye entre dos lugares se describe mejor como:

$$I = C [m_1 m_2] / d^k$$

A lo que llaman (con cara seria) un modelo de gravedad. La masa aquí es una función de población y riqueza, mientras que la distancia es el tiempo y la energía necesaria para viajar entre dos lugares^[9]. Usando los análisis del «vecino más cercano» de los asentamientos de la época azteca en el Valle de México y sus fronteras políticas conocidas, el arqueólogo John R. Alden derivó un valor empírico de $k=1,9$ ^[10]. Usó entonces el modelo para «posdecir» las fronteras políticas conocidas

de los estados de la era Tolteca.

Podemos usar los modelos de gravedad para determinar «campos potenciales» culturales incluyendo fronteras políticas y económicas «naturales». Aplicados a la ciudad de Nueva York, por ejemplo, descubrimos que las «fronteras culturales» con Boston y Filadelfia se encuentran en Providence y Trenton, respectivamente. De hecho, es la zona donde los fans de los Red Sox y los Phillies empiezan a desplazar a los fans de los Yankees.

En «Exploring Dominance: Predicting Politics from Centers», Colin Renfrew y Eric V. Level describieron un programa de ordenador, XTENT, que trazaba fronteras basadas en el tamaño y la localización de los asentamientos. Además de la Malta de la Edad de Piedra y la Mesopotamia Uruk, aplicaron el modelo a 117 ciudades de la Europa moderna. Aunque su modelo era un modelo lineal inverso (no un cuadrado inverso) y la distancia por mar fue tratada como la distancia por tierra, los resultados fueron interesantes, como deja claro el siguiente comentario (hecho en 1979):

«Una segunda distorsión aparente es la tendencia hacia la autonomía de varias áreas dentro de la URSS. Por ejemplo, cuando el parámetro de la inclinación es 0,006, Tblisi, Baku y Yerevan emergen como capitales de provincias autónomas. El ordenador predice maliciosamente la autonomía de las Repúblicas Populares Transcaucásicas de Georgia, Azerbaijan y Armenia. Esto no tiene por qué dar consuelo a los movimientos separatistas... [Cuando el parámetro es de 0,014] un alarmante número de localidades en el sur de la URSS emergen como independientes».

Renfrew y Level no quisieron predecir la ruptura de la URSS (ni, en algún otro lugar de su mapa, la partición de Italia), pero las zonas son las de influencia cultural, que pueden coincidir o no con el gobierno político. Una cuestión interesante es hasta qué punto los aviones e internet redefinen la «distancia» entre sitios^[11].

5. Teoría del espacio central

Los pueblos no pueden suministrar todos los servicios posibles. Los artículos ofrecidos a la venta tienen gamas mínimas y máximas, basadas en las distancias que la gente está dispuesta a recorrer para comprarlos (o venderlos). Eso potencia una jerarquía de lugares centrales (ciudades mercado) que, en un paisaje idealizado, forma una red de hexágonos interconectados llamados parrilla de Christaller (fig. 10). La Teoría del Espacio Central, propuesta por primera vez por el geógrafo alemán Walter Christaller en los años treinta y elaborada luego por August Lósch, predice la distribución geográfica de lugares centrales y las relaciones jerárquicas entre ellos. También puede explicar la colocación de los servicios dentro de las ciudades

modernas: ¿Por qué algunos están dispersos (por ejemplo, las gasolineras), mientras otros están concentrados (por ejemplo, Wall Street), y otros se convierten en «circuitos itinerantes» (por ejemplo, los asesores), o mercados periódicos (las fiestas-venta de Tupperware)? Las economías planificadas centralmente fracasan porque los planificadores centrales a menudo trabajan contra estas fuerzas naturales, sobre todo cuando realojan a la gente en asentamientos «racionalmente planeados», como en China o en Tanzania. Los asentamientos (y sus actividades económicas) quieren estar donde quieren estar, no donde los planificadores piensan que «deberían» estar. Esto tiene profundas implicaciones para el desarrollo del Tercer Mundo^[12].

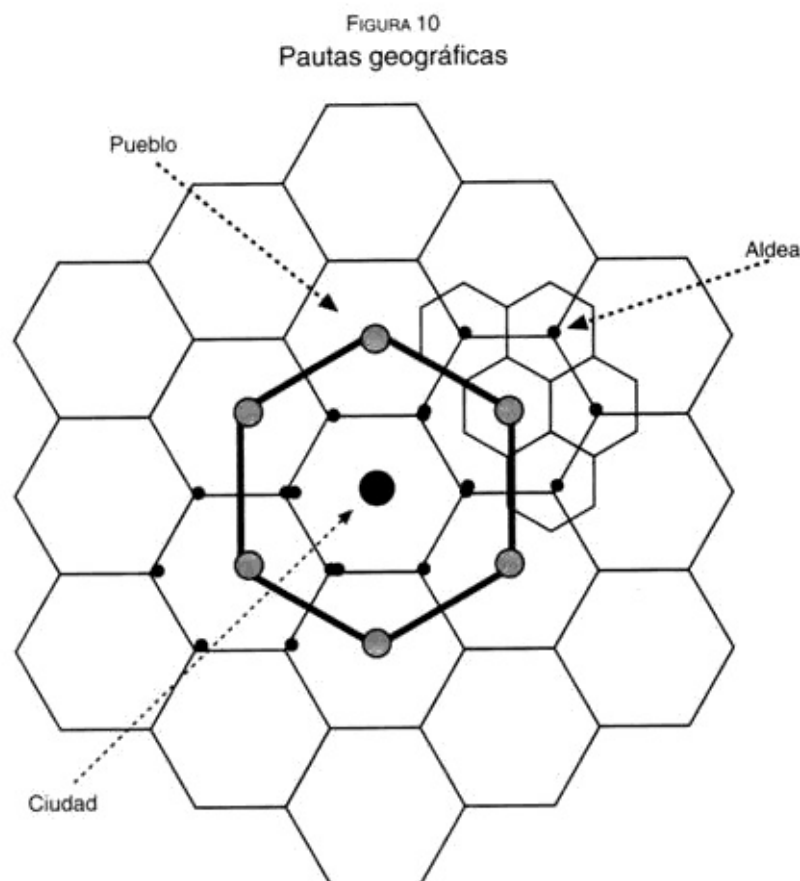


Fig. 10: Pautas geográficas. La región interior de una aldea se fija por la distancia máxima que un aldeano puede caminar hasta ese punto y seguir cumpliendo un buen día de trabajo (eso también limita el tamaño de la aldea). La localización de los pueblos mercado también se fija de manera similar por el tiempo requerido para llevar los artículos al mercado. En un plano, eso resultaría en una parrilla de Christaller $K=3$, tal como se muestra. La realidad de montañas y desiertos distorsiona la parrilla, así que debemos usar el tiempo y la energía necesaria para viajar entre dos puntos para medir la distancia «cultural». El estudio de Smith sobre los asentamientos en la Guatemala occidental (aparecido en Plattner) reveló dos parrillas entrelazadas: una de las aldeas Ladino centradas en Quetzaltenango y otra de aldeas Indio centradas en San Francisco el Alto. Como universos paralelos, existían una al lado de la otra sin tocarse.

LA LEY DE TAMAÑO DE RANGO DE ZIPF

Una parrilla de Christaller sugiere que por cada asentamiento de un tamaño concreto debería haber seis asentamientos de tamaño inmediatamente inferior. Pero los asentamientos no vienen en tamaños variados. Algunos pueblos y ciudades son más grandes o más pequeños que sus iguales. Curiosamente, los tamaños de los asentamientos parecen caer en proporción estricta a su rango, y lo mismo se mantiene también para los tamaños (o frecuencias) de otras entidades.

En el siglo XIX, los lingüistas advirtieron que la frecuencia con que las palabras aparecían en un texto era una función del rango. Específicamente, la ratio de las frecuencias de dos palabras cualquiera era inversamente proporcional a la ratio de sus rangos. Otros investigadores empezaron a advertir esta relación en otros campos, como la distribución de la riqueza (Pareto) y la distribución de los defectos de fábrica (Quran) y las guerras (Singer y Small). Véase la figura 11. La forma general se llama Distribución de Pareto:

$$S_m / s_n = (n/m)^k,$$

donde m y n son los rangos y S_{oo} el tamaño de la entidad i . En papel, esto produce una línea recta de k pendiente, que es una medida de «concentración».

La ley es consecuencia de dos supuestos:

1. La tasa de nacimientos-muertes es independiente del tamaño del asentamiento.

FIGURA 11
Ley de tamaño de rango de Zipf
Compañías bancarias y zonas metropolitanas

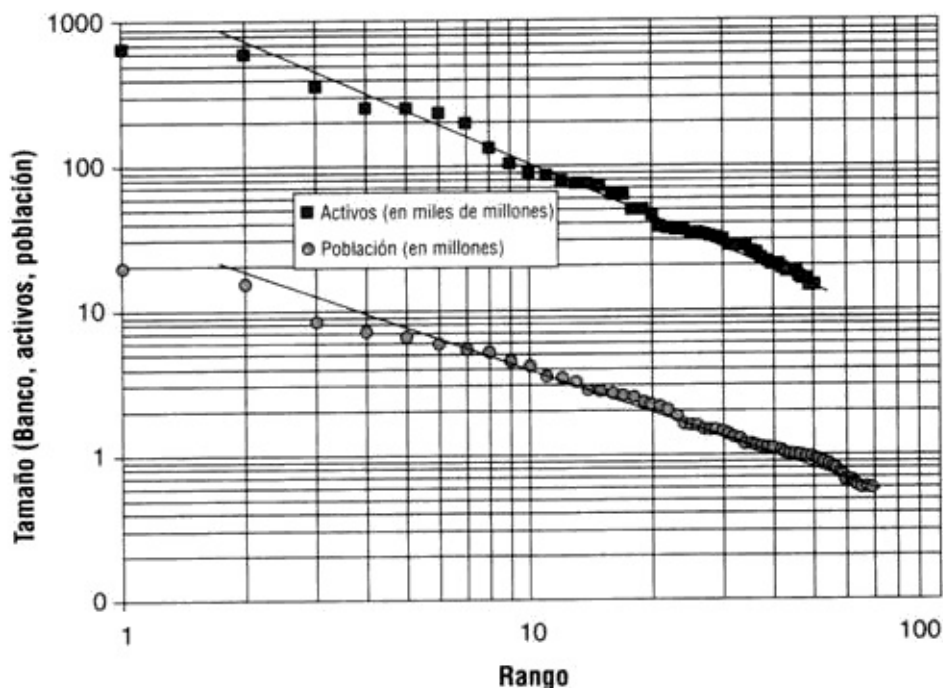


Fig. 11: Ley de Zipf: «Cuanto más grandes, menos». Expresada en papel cuadriculado, una distribución de Pareto produce una línea recta con el tamaño (o frecuencia) decreciendo según el rango. Aquí se muestran algunas compañías bancarias y zonas metropolitanas americanas que aparecen en el World Almanac. La pendiente es una medida de concentración en las entidades más grandes. Adviertan que ambas series tienen casi la misma pendiente y que las entidades más grandes son más pequeñas de lo que «deberían» ser. Aún más, se encontrarían las mismas pendientes si hiciéramos el rango de ciudades y bancos (y otras firmas) hace cincuenta años o a principios de siglo. Es decir, no ha habido cambio en la concentración, a pesar de las fusiones y las adquisiciones (o la urbanización y el crecimiento de la población).

2. La tasa de inmigración-emigración es proporcional al tamaño del asentamiento ya conseguido.

Para las entidades de negocios, los supuestos son:

1. La probabilidad de muerte por fusión o adquisición es independiente del tamaño de la entidad.

2. Los activos medios adquiridos por fusión o adquisición son proporcionales al tamaño ya conseguido.

Estas cosas son tan extrañas que no soporto reflexionar sobre ellas.

HENRI POINCARÉ

Hay tres axiomas fundamentales de la cliología, cada uno de ellos señalado por algún observador de la condición humana. Parafraseados, son:

AXIOMA 1. Las sociedades humanas son sistemas homeostáticos. Están sometidos a leyes generales de sistemas, de las que las leyes de los sistemas físicos, biológicos y culturales son localizaciones (Adam Smith).

AXIOMA 2. Las sociedades humanas son poblaciones biológicas. Están sometidas a leyes ecológicas referidas a la producción y la reproducción, sobre todo a la producción de comida y otras formas de energía (Thomas Malthus).

AXIOMA 3. Las causas de las instituciones culturales son materiales, no místicas (Karl Marx).

Puede parecer extraño mencionar a Adam Smith, Thomas Malthus y Karl Marx como cofundadores de algo. Marx, por ejemplo, llamó a Malthus «babuino con ropa de hombre», y el nivel de debate en las ciencias sociales ha cambiado muy poco desde entonces. Tampoco lo ha hecho la animosidad mutua entre capitalistas, ecologistas y socialistas^[13]. Pero, a pesar de sus respectivos inconvenientes, los tres han intentado usar el método científico. ¡De hecho, las palabras de Marx de que los fenómenos culturales tienen causas materiales pueden interpretarse como que las culturas pueden ser analizadas científicamente! Un científico no puede explicar una costumbre como el amor a las vacas hindús considerándolo un deber religioso. Debe descubrir motivos naturales y materiales de por qué se convirtió en un deber religioso en primer lugar.

SISTEMAS HOMEOSTÁTICOS

Un sistema homeostático es aquel que «busca» un equilibrio. Matemáticamente, el sistema está gobernado por una función potencial. Una sociedad es atraída tan fuertemente hacia su equilibrio que incluso cuando este es perturbado, regresará a su antigua trayectoria una vez que la perturbación sea eliminada (véase la fig. 12, además de algunas gráficas de tendencia anteriores).

El conjunto de puntos de equilibrio se llama el atractor del sistema. Algunos atractores son puntos fijos, como una media alrededor de la cual fluctúa el sistema; otros son simplemente órbitas, como el ciclo comercial. Sin embargo, en un sistema complejo, debemos tratar con los llamados atractores extraños, como las superficies «catastróficas» de René Thom, cuya topología no es tan simple. El clima, por ejemplo, es el atractor extraño del tiempo atmosférico.

FIGURA 12
Producción de cerveza

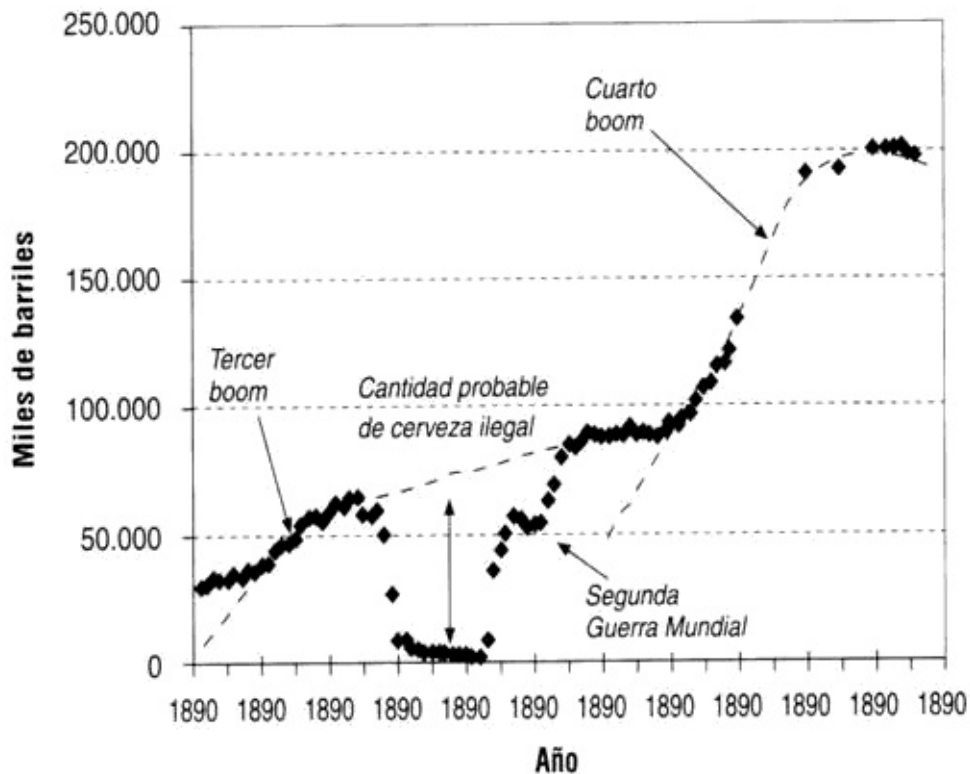


Fig. 12: Homeostasis. Los sistemas gobernados por una función potencial son «atraídos» hacia un valor de equilibrio. Si un equilibrio estable es perturbado por una causa especial, el sistema regresará a él una vez que la perturbación haya sido eliminada. Para la producción de cerveza en América, el atractor es la capacidad de transporte del nicho de bebedores de cerveza. La producción de cerveza ha atravesado cuatro periodos de crecimiento logístico, del cual solo se muestran los dos últimos. El primero alcanzó la capacidad de transporte en 1878; el segundo, en 1900. La tercera onda estaba bajando cuando la Prohibición trastornó el sistema. Pero adviertan que si se extrapola el sistema, predice el nivel al que «bajó» la producción cuando terminó la Prohibición. Aún más intrigante es la tendencia de 1900 a 1914, que si se extrapola linealmente, alcanzará el nivel de la década de 1990. Datos de Estadísticas Históricas Norteamericanas más suplementos anuales.

Rashevsky desarrolló un modelo matemático para la «cinemática de la conducta social», basado en la teoría psicológica de estímulo-respuesta (lo cual lo convirtió

verdaderamente en un psicohistoriador). El modelo predice el número, localización y estabilidad de los niveles de equilibrio: es decir, la fracción de la población que acabará por «exhibir la conducta».

Cuando vemos (oímos o leemos) una nueva conducta, nos sentimos estimulados para imitarla. La fuerza del estímulo depende de tres factores: X , el número de actores («¡Mamá! ¡Si lo hace todo el mundo!»), Am los recursos persuasivos (o coercitivos) de los actores («¡Vamos! ¿Qué sois, gallinas?»), y A , la innata disposición de la población para imitar («Solo nace uno cada minuto»).

Imagina una conducta B defendida por XO , un grupo de «partidarios». Otro grupo, YO , aboga por lo contrario, no- B . El resto de la población elige o bien B o no- B según les parezca. Según el modelo de Rashevsky, el nivel de equilibrio es determinado por la ratio de «coerción/imitación» $(A_x X_0 - A_y Y_0)/A$. Cuando esta ratio excede un valor crítico, C , una mayoría de la sociedad acabará por adoptar B . Si es menos que $-C$, una mayoría adoptará no- B . Si cae entre $\pm C$, entonces B y no- B son ambos equilibrios potenciales. Es decir, la sociedad se sentiría atraída hacia ambos niveles; y condiciones iniciales idénticas podría llevar a conductas distintas en sociedades diferentes^[14].

Dado el número de partidarios de cada candidato, más alguna medida de su habilidad para llegar y persuadir a los votantes, el modelo de Rashevsky podría predecir el resultado de las elecciones. ¡Suponiendo, claro, que las elecciones fueran libres y se celebraran siempre después de que se alcanzara el equilibrio! Por desgracia, lo segundo no es siempre el caso. ¡Aún más, el nivel de equilibrio mismo puede cambiar antes de que el sistema lo alcance! El equilibrio se determina por los parámetros del sistema, y los parámetros mismos son variables.

TEORÍA DE LA COMPLEJIDAD

Normalmente, los pequeños cambios paramétricos provocan pequeños cambios en el equilibrio, pero no siempre. A veces un pequeño cambio paramétrico puede causar un cambio grande y súbito en la conducta. Por ejemplo, cuando se estira una tira de goma, se hace más larga... hasta que atraviesa una singularidad y se rompe, una conducta completamente impredecible extrapolando su crecimiento pasado. También las sociedades pueden romperse. Revoluciones, golpes de estado, modas, *booms* y *cracks* económicos, logros tecnológicos. El cambio súbito a menudo interrumpe el camino hacia el equilibrio.

Consideremos, por ejemplo, las velocidades ganadoras en la carrera de las 500 millas de Indianápolis (fig. 13).

El aumento firme y lineal, aunque interrumpido en los años de guerra, es un ejemplo de la intensificación de una tecnología concreta (más o menos como los

microchips se han ido haciendo más pequeños a lo largo de los años). Pero en cierto punto una nueva especie mutante (los motores de turbina) amenazaron con apoderarse del hueco. Las reglas se cambiaron para excluir la nueva tecnología, y desde ese momento las velocidades ganadoras no han aumentado en absoluto.



Fig. 13: Equilibrio puntuado. Los sistemas evolucionan para volverse adecuados a su entorno. Pero si el entorno cambia, esta evolución cesa. Hay un nuevo equilibrio sobre un nuevo atractor. Adviertan cómo las velocidades en ascenso de los coches Indy llegaron a un techo cuando las reglas de la carrera cambiaron. Esperamos que no se haga nada similar para impedir que los microchips sean más pequeños, aunque puede que haya un límite fijado por la Madre Naturaleza. Datos de World Almanac.

La teoría de la complejidad (mal llamada a veces teoría del caos) no elimina toda posibilidad de predicción. Recuerden que la mecánica newtoniana es «caótica».

Tal vez los cambios más dramáticos han sido el derrumbe de ciertas sociedades estatales, cuyas complejas estructuras se simplificaron rápidamente en jefaturas o incluso tribus. El colapso de las sociedades maya y egea fueron los más completos de tales colapsos, pero la sociedad egipcia después de la VI Dinastía y la sociedad grecorromana en la Europa occidental son también ejemplos bien conocidos.

También hay casos de complejidad igualmente súbita: por ejemplo, la formación de los reinos sajón y zulú y la Confederación Iroquesa. Un ejemplo a pequeña escala es el colapso de los ferrocarriles de pasajeros en Estados Unidos. Los kilómetros recorridos por los pasajeros aumentaron y menguaron en súbitas «épocas

exponenciales». ¿Cuáles son las causas del cambio súbito?

ATRACTORES EXTRAÑOS

Normalmente echamos la culpa del cambio súbito a factores exógenos: invasores bárbaros, comunistas subversivos, agitadores externos, la CIA, y similares. Sin embargo, la teoría topológica de las catástrofes, desarrollada por René Thom, ha demostrado que el cambio súbito puede ser producido por factores endógenos, internos a la sociedad.

Las raíces del cambio súbito se encuentran en la existencia de dos (¡o más!) niveles de equilibrio en los mismos valores de parámetros. Podemos visualizar esta situación por medio de una «superficie de catástrofe».

Para simplificar, imaginen que hay dos parámetros (las «variables de control»). Estas definen un plano llamado el espacio de parámetros. (Incluso en situaciones muy complejas, unas relativamente escasas variables de control determinan el grueso de la conducta). También supongamos que hay una variable fija, representada por una función potencial, y la expresamos como distancia vertical sobre el plano de parámetros. Por cada punto en el espacio de parámetros hay uno (o más) estado(s) de equilibrio. El conjunto de todos los puntos de equilibrio forma un grupo que ocupa el espacio de parámetros. Esta es la «superficie catastrófica», el atractor extraño del sistema. El teorema de Thom demuestra que todas las superficies catastróficas pueden descomponerse en alguna combinación de siete superficies elementales. Para dos variables de control y una variable fija, esa superficie elemental se llama la cúspide, un «plano con un pliegue». Veamos dos ejemplos sencillos.

1. Colapso de las sociedades estatales.

El arqueólogo Colin Renfrew desarrolló una superficie cúspide para describir el colapso súbito de las primeras sociedades agrícolas. Las dos variables de control eran E , la energía asignada a los recursos culturales usados para promover la adherencia a la autoridad central, y M , el margen entre la productividad y los impuestos. La variable fija es C , el «grado de centralidad» que es una medida de la capacidad de transportar información de la sociedad. Arqueológicamente, C es indicado por una parrilla de Christaller de lugares centrales, el mantenimiento de los registros burocráticos, banderas e insignias, y etcétera. ¿Cómo se combinan E , M y C ^[15]?

Sigamos la trayectoria de una sociedad típica en la figura 14.

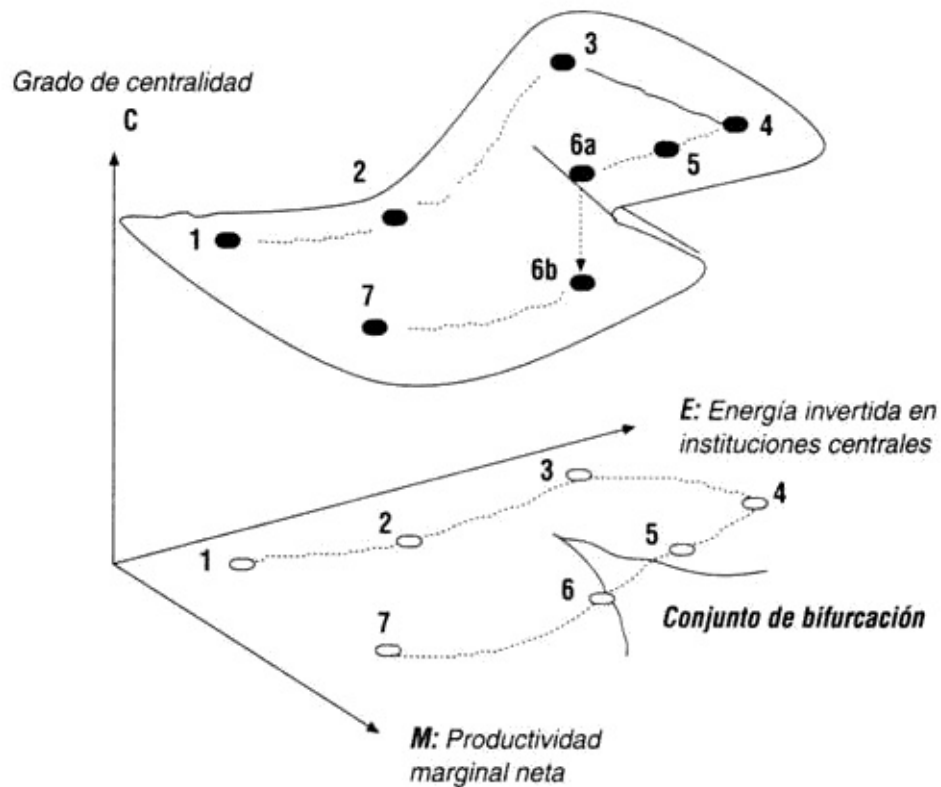


Fig. 14: Pliegues en equilibrio. En un sistema gobernado por una función potencial única sobre un parámetro espacial de dos variables, los puntos de equilibrio formarán una superficie en forma de plano o sábana con un pliegue. Estas son las «tendencias culturales». Las medias variarán al azar en torno a estos valores; así que la sábana parece más bien una nube. Un sistema que siga el rumbo liso del espacio paramétrico exhibirá cambio súbito «discontinuo» en 6. Si el rumbo es una elipse cerrada (por ejemplo, que conecte puntos en 6 y 7), el sistema actuará en el nivel inferior, y luego súbitamente subirá al nivel superior, para volver a caer (véase fig. 3).

Una sociedad tribal, igualitaria (1) intensifica la producción a través del acicate de los llamados hombres importantes, e invierte su superávit en los aderezos de la autoridad central (2). Los «hombres importantes» se convierten en «jefes», luego en «reyes», luego en «monarcas». La complejidad aumenta hasta que aparece el estado (3). Sin embargo, el crecimiento de la población acaba por afectar la producción. Ya no es fácil aumentar la renta per cápita lo suficiente para mantener la autoridad central. La sociedad está bajo tensión (4). Cuando E mengua levemente, la sociedad entra en una región del espacio de parámetros llamada el conjunto de bifurcación (5). En esta región, hay dos niveles de equilibrio para los cuales se maximiza la eficacia social. Sin embargo, la inercia (causada por los lapsos temporales o «viscosidad» del sistema) mantiene a la sociedad en el pliegue superior (6a). Entonces, a medida que la sociedad deja el conjunto de bifurcación, el máximo local desaparece, y la sociedad se ve atraída ahora solamente por el plano inferior (6b). La sociedad «cae» por el borde del pliegue.

(Renfrew añadió dos variables de control más, parentesco y amenaza externa, produciendo la Mariposa de Catástrofe multidimensional, cuya hipersuperficie contiene un bolsillo. El bolsillo es un ejemplo que corresponde a las jefaturas estables, un nivel de complejidad social a medio camino entre las organizaciones tribales y estatales).

2. Ideologías políticas.

E. C. Zeeman desarrolló un modelo de cúspide de las ideologías políticas. Los dos parámetros eran E (oportunidad económica contra igualdad económica) y M (los derechos de los individuos contra los derechos del grupo). El espacio estatal era una «nube de puntos» que representaba las opiniones de los individuos en la sociedad, imbuidos topológicamente en un espacio unidimensional, C, que resulta ser el tradicional espectro político de izquierda a derecha.

Reetiquetando los ejes de la figura 14, podemos seguir el mismo camino desde una república derechista-liberal (1) a un estado del bienestar izquierdista-liberal (3), ya que se dedican más esfuerzos a igualar los beneficios económicos para todos. Pero para garantizar la igualdad de resultados, el juego en sí debe estar apañado; y por eso la libertad individual gradualmente da paso a la coerción por el bien de la sociedad, lo cual lleva *in extremis* a una república popular de la izquierda autoritaria (4). La coerción produce deseos revolucionarios de libertad, y la sociedad se dirige hacia 5 mientras la glasnost (o lo que sea) se populariza. Pero ahora la sociedad corre el gran riesgo de caer por el pliegue hacia la derecha autoritaria y convertirse en un estado «fascista».

El tema no es que una sociedad deba recorrer esa órbita. Alemania pasó de 1 a 7 directamente. Pero adviertan que cuanto más autoritaria es una sociedad, mayor es la dislocación si intenta liberalizar su economía. Los checos y polacos lo consiguieron porque no estaban tan lejos del eje M, pero los rumanos y serbios no lo lograron. Puede que Rusia tampoco. China está liberalizando actualmente su economía sin ninguna liberalización política. Pasa de 4 a 5. Puede que haya peligro por delante.

La superficie catastrófica de Zeeman demuestra por qué el eje izquierda-derecha (vertical en la figura) tiene una estructura compleja. Proyectar la superficie en los planos EC y MC revela por qué las dictaduras de la izquierda y la derecha se parecen tanto y por qué los populistas de derecha a menudo hablan igual que los izquierdistas^[16].

De modo que los procesos culturales son, en principio, susceptibles al análisis y el modelado matemáticos. Lejos de ser inadecuadas, las herramientas de las ciencias duras tienen gran utilidad para clarificar las relaciones estructurales y los procesos dinámicos a gran escala. Uno de los beneficios sería la traducción de las teorías culturales a formatos comprobables.

Sin embargo, incluso las matemáticas más sofisticadas son estériles. También necesitamos una teoría que las mantenga. Eso nos lleva a los otros dos axiomas básicos.

II. LA biología de la Historia

No basta con advertir una regularidad. También necesitamos saber por qué se mantiene y en qué condiciones seguirá o no manteniéndose.

COLÍN REFREW

La biología y la cultura están íntimamente relacionadas. Como poco, una sociedad humana es una población biológica, sujeta a varias leyes ecológicas. Pero también hay paralelismos estructurales, o analogías. Adam Smith y Karl Marx se basaron profundamente en analogías biológicas para desarrollar sus teorías económicas, y Charles Darwin tomó prestada explícitamente de Adam Smith la idea de la evolución a través de la selección natural^[17].

La historia misma es análoga a la morfogénesis biológica. Ambas tratan con la evolución de la estructura dentro de un sistema. Células genéticamente idénticas se diferencian en células nerviosas, células musculares, etc., convirtiéndose en organismos complejos con muchos órganos especializados. Del mismo modo, los cazadores/recolectores se diferenciaron en sacerdotes, reyes, herreros, etcétera, desarrollando estados complejos con muchas instituciones especializadas. ¿Son análogos los mecanismos en los dos casos?

En su libro *Living Systems*, el biólogo James Miller comparó las células, órganos, organismos, organizaciones y naciones y llegó a la conclusión de que todos los «sistemas vivos» comparten una estructura común que consta de diecinueve subsistemas que procesan la información y/o la materia-energía. Por ejemplo, la membrana de una célula y los guardias de fronteras/aduanas de una nación son subsistemas fronterizos y funcionan de manera análoga regulando el flujo de información y de materia-energía entre el sistema y su entorno. Si alguno de los diecinueve subsistemas falla, el sistema «muere».

El modelo del doctor Miller proporciona un marco para aplicar el conocimiento sobre un tipo de sistema vivo a otros sistemas. Pero la analogía no es equivalencia, y las sociedades no son «superorganismos» como los organismos no son «supercélulas». Hay tipos de sistemas claramente distintos que, sin embargo, poseen significativos paralelismos estructurales.

Todos los sistemas vivos procesan información además de materia/energía. Los sistemas biológicos usan el ADN, mientras que los sistemas culturales usan el lenguaje. Ambas formas de procesamiento de información se llaman relación. El

contenido de información de un sistema se llama complejidad. Los sistemas no vivos se vuelven progresivamente menos complejos (entropía), pero los sistemas vivos pueden absorber información y materia/energía de su entorno y volverse más complejos^[18].

Podemos estimar la complejidad de una sociedad por el número de sus especializaciones funcionales. En una tribu, por ejemplo, todo el mundo es granjero, incluso el jefe y el herrero; pero en una ciudad-estado, esos roles se convierten en administradores y artesanos a tiempo completo. Hace un siglo, observó Derid Warsh, «un “especialista” era un oficial de caballería o un químico orgánico». Hoy tenemos astronautas, publicistas, jueces, ingenieros técnicos, escritores de ciencia ficción, y un montón de especialistas más. Warsh sostiene que las subidas generales en los precios son resultado de la complejidad social, ya que el coste de las innovaciones atraviesa «en cascada» una «red de precios» económica análoga a la red alimenticia en la ecología. Una estancia en el hospital, escribió en 1984, cuesta más porque ya no es lo mismo que una estancia en un hospital de los años treinta. Así, las subidas generales de precios siguen periodos de intensa innovación tecnológica.

Los sistemas se vuelven más complejos a través de los procesos duales de especificación de función y centralización de controles. El arqueólogo Kent Flannery exploró estos procesos y estudió los mecanismos por los que se producen. A medida que las sociedades se vuelven más complejas, se hacen más grandes y más duraderas. El sabio consejo del Anciano de una banda de cazadores podía influir a una docena de personas alrededor del fuego del campamento. Pero el Código de Hammurabi (escrito, promulgado y apoyado por el monopolio imperante en un estado civilizado) influyó a cientos de miles de personas durante siglos en todo el Próximo Oriente. Partes del Código sobrevivieron en la Biblia (ver el Exodo), y continúan influyendo a millones de personas hoy en día.

Sin embargo, la complejización puede llevar a la hipertrofia. Al centralizarse y especializarse, una tendencia biológica se vuelve progresivamente más adecuada a su hábitat. Entonces, una vez que la especie ha llegado al equilibrio, la evolución se «para». Pero si el entorno físico cambia, la especie puede ser incapaz de readaptarse a tiempo. ¡Los órganos y las conductas no pueden abandonarse instantáneamente! El resultado es a menudo el colapso: extinciones en masa.

La hipertrofia también puede afectar a las sociedades. Al centralizarse y especializarse, una cultura se vuelve progresivamente más adecuada a su hábitat. Pero si el entorno cultural cambia, la sociedad puede ser incapaz de readaptarse a tiempo. ¡Las instituciones y costumbres no pueden abandonarse instantáneamente! El resultado es a menudo el colapso: Edades Oscuras.

La historia contiene ejemplos de evolución convergente y divergente. A veces sociedades distintas se comportan de la misma manera... a menudo al mismo tiempo. Dos ejemplos a gran escala son:

1. La invención casi simultánea de la agricultura en hábitats que contenían plantas y animales muy distintos.
2. La explosión de población mundial, que comenzó en el siglo XVI, en regiones muy distintas en sanidad, medicina y creencias religiosas.

Las causas en estos casos tienen que ser globales o «causas comunes». En otros casos, las sociedades siguen caminos divergentes. Los primeros estados que surgieron en regiones como Egipto, Mesopotamia, y el norte de la India fueron despotismos centralizados. En Europa, África Occidental, y el sur de la India, los primeros estados fueron «repúblicas feudales». Legisladores como Luis XIV o Othman dan Fodio nunca tuvieron ni una fracción del poder de un Keops o un Hammurabi. ¿Nos dice esto algo sobre el tipo de estado que evolucionaría en las colonias orbitales^[19]?

A veces, las sociedades convergen y divergen. China y el Mediterráneo tuvieron historias notablemente paralelas, con acontecimientos análogos produciéndose dos siglos «tarde» en Grecia y Roma; pero sus historias posteriores divergieron de manera igual de notable. El turco chino, Sui Wen-ti, unificó la sociedad china; pero su análogo, el franco romanizado, Carlomagno, no reunificó la sociedad clásica. Consecuentemente, el Oriente y Occidente clásicos tomaron caminos separados mientras que el norte y el sur de China no lo hicieron.

La divergencia completa puede ser explicada fácilmente por la Casualidad Aleatoria. La convergencia completa puede ser explicada fácilmente por la Conducta Instintiva. Explicar ambas es más difícil.

Una teoría adecuada debe ser predictiva y al menos potencialmente cualitativa.

AUGUSTE COMTE

Algunas teorías de la cultura, como la sociobiología, intentan explicar genéticamente la conducta social. Sin embargo, las sociedades pueden cambiar radicalmente, incluso dentro de una misma generación biológica: pongamos por caso la modernización de Japón por parte de los reformistas Meiji o la adopción del nomadismo a caballo por parte de los indios de las llanuras^[20]. Tendencias culturales como la bombilla eléctrica, el marxismo o la teoría de la relatividad se extendieron a través de la sociedad sin tener en cuenta si sus inventores y sus parientes cercanos produjeron retoños. Esto no significa que la genética no juegue ningún rol en la cultura. Las teorías genéticas describen el «envoltorio de diseño» humano donde es posible el cambio, pero no pueden explicar la variación dentro de ese envoltorio. Para eso, hay que buscar en otra parte.

La historia se produce cuando la gente altera su conducta. La gente se asienta y se

dedica a la agricultura. O abandona sus ciudades. O adopta una nueva religión. Los médicos empiezan a prescribir una nueva medicina; los granjeros, a plantar un nuevo arroz híbrido. La gente aprende a usar sellos de correos o a secuestrar aviones. A veces sus conductas «prenden» y a veces no.

El concepto del meme que propone Richard Dawkin puede clarificar el proceso. Los memes son los análogos culturales de los genes. Son «ideas elementales que se reproducen en las mentes humanas». Hechos, proverbios, eslóganes, etc., son ejemplos de memes. ¡Igual que la idea del meme mismo! Este ensayo es un meme complejo. Los memes «prosperan y mueren en el tejido cerebral según su utilidad y atractivo...». Se «propagan de cerebro en cerebro de boca a oído, por demostraciones, o por ondas de radio» y se adquieren por imitación (mimesis). Inducen la conducta aprendida igual que los genes inducen la conducta instintiva.

El sociólogo Robert Hamblin y sus asociados han estudiado cientos de casos de cambio cultural, desde la cantidad de tráfico ferroviario en Norteamérica a las revoluciones latinoamericanas. Siguiendo las conductas a través del tiempo, descubrieron que la adopción y uso de las innovaciones siguen leyes matemáticas análogas a las de las epidemias.

Sea p la proporción de una sociedad «infectada» por un meme concreto, y supongamos que los miembros de la sociedad están en interacción continua a través de canales de comunicación compartidos. Los «miembros» pueden ser personas, organizaciones (como empresas industriales) o estados-nación. Ejemplos son: la difusión del «meme de vacaciones pagadas» a través de la industria; del «meme de la educación obligatoria» a través de los estados de la Unión; o del «meme del sello de correos» a través de las naciones occidentales. Cuando un «no-hacedor» encuentra un «hacedor», hay una probabilidad, k , de que el no-hacedor «pille» la conducta. En otras palabras, que:

$$dp/dt = kp(1-p)$$

lo cual integra una curva logística similar a las que describen las enfermedades contagiosas, como el sarampión. Los datos disponibles sobre la difusión cultural indican que la curva logística proporciona una buena correlación con los datos en muchos casos.

Las conductas también pueden esparcirse a través del contacto con una fuente de información central (por ejemplo, la televisión, revistas profesionales, notas de prensa gubernamentales, etc.). Esto es análogo a un mal medioambiental, como el cólera. Una curva exponencial decayente proporciona una mejor adecuación a este tipo de datos.

La idea de que las conductas son como epidemias (y las ideas como virus) es intrigante, pero no nueva. Lewis Richardson, en su «Mathematics of War and Foreign Politics», escribió en 1946 que «la ansiedad hacia la guerra puede ser vista... como

una enfermedad mental infectada en aquellos que tienen un estado de ánimo susceptible por aquellos que ya tienen la enfermedad...». Incluso desarrolló una ecuación similar a la de Hamblin. Podríamos decir que aunque los memes son «como» genes en lo que se refiere a la sociedad, son «como» virus desde el punto de vista del individuo. A la luz de la Teoría de Sistemas Vivos del doctor Miller, gran parte de la matemática de la genética y la epidemiología podrían encontrar aplicación en el estudio del cambio social.

Hay también un elemento geográfico, o espacial, en la difusión de los memes. Hemos asumido que los miembros de la sociedad «están en continua interacción a través de canales de comunicación compartidos». Antes de la invención del telégrafo, eso significaba contacto cara a cara. Los memes circulaban con la gente que viajaba, sobre todo con los comerciantes. Rashevsky expresó el número de viajeros en una sociedad como una función de (entre otros factores) w^2 , donde w es el producto de la velocidad y capacidad transportadora de la tecnología del transporte; es decir, cuánto puede moverse y a qué velocidad. Como los barcos podían transportar más productos más rápidamente que los carros, las regiones con conexión significativa con ríos y costas tendrían un w^2 más alto que otras regiones.

Una forma de medir este efecto es a través de la orilla específica, la relación de la longitud total de la costa y los ríos respecto al área total de la tierra. Las regiones con una costa específica mayor, como Europa occidental y el Mediterráneo, deberían experimentar tasas más altas de desarrollo cultural, una vez que alcanzan una densidad de población suficiente.

La comunicación consiste en su mayor parte en gente que repite memes familiares unos a otros y los enseñan a los niños y a nuevos contactos. Así es como una sociedad perpetúa su «pauta de cultura». A veces memes antiguos se formulan de una manera nueva. Esto se llama «originalidad». En raras ocasiones aparece un meme genuinamente nuevo: bien una mutación espontánea o un meme extraño de otra sociedad. Cuando lo hace, la sociedad se resiste vigorosamente. Los memes que existen previamente pueden proporcionar una inmunización contra los memes invasores.

¿Qué determina si un meme será adoptado o rechazado por el «sistema inmunológico» de la sociedad?

¿Por qué deberíamos plantar cuando hay tantas nueces mongongo en el mundo?

Bosquimano del Kalahari a un antropólogo occidental

Los individuos aprenden por prueba y error, pero en los grupos sociales también

aprendemos observando e imitando la conducta de éxito de los demás. Lo que el mono ve, el mono lo quiere. (Esto puede ser parte de nuestra envoltura sociobiológica). Cuanto más de éxito nos parece una conducta, más probable es que la imitemos.

Toda conducta tiene un coste: el tiempo y la energía necesarios para realizarla. Toda conducta provoca también respuestas del entorno físico y social que la refuerzan. La agricultura, por ejemplo, proporciona comida, que a su vez refuerza positivamente el acto agrícola. La gravedad, sin embargo, refuerza negativamente el acto de saltar de edificios altos. La probabilidad de imitar una conducta es directamente proporcional al margen entre el esfuerzo y el refuerzo. Más gente imita a los granjeros que a los saltadores^[21].

Algunos reforzadores son naturales, parte de nuestra envoltura sociobiológica. Nacemos queriéndolos. Marvin Harris propuso una lista mínima de cuatro reforzadores naturales, a saber:

1. La gente necesita comer y generalmente optará por dietas que proporcionen más bien muchos que no pocos nutrientes.
2. La gente es altamente sexuada y encuentra placer reforzador en el intercambio heterosexual.
3. La gente necesita amor y afecto y actuará para aumentar el amor y el afecto que los otros les dan.
4. Ley del Mínimo Esfuerzo: La gente no puede estar totalmente inactiva, pero cuando se enfrenta a una tarea dada, prefiere realizarla empleando la menor energía posible.

Harris llama a estos reforzadores beneficios biopsicológicos (El cuarto «beneficio» afecta de hecho al «coste» de la conducta). Las instituciones culturales surgen de los intentos de la gente por cumplirlos. Otros reforzadores, como el dinero, son condicionados (debemos aprender a quererlos) y los usamos como sustitutos de los naturales.

Como los sistemas son complejos, la persecución de más beneficios a veces resulta menor, sobre todo cuando los resultados inmediatos de una conducta parecen beneficiosos, pero los resultados a largo plazo y sus derivados no lo son. Como la felicidad, es la persecución, no el éxito, lo que se garantiza. Cazar proporciona calorías a las sociedades primitivas; pero la intensificación continuada de la caza acabará con las presas, produciendo menos calorías. Por eso los cazadores no pueden construir asentamientos grandes.

La conducta derivada puede ser bastante inesperada. Los efectos pueden producirse muchos años después de la causa. Ninguna causa tiene un solo efecto; ningún efecto, una sola causa. «Nunca se puede hacer solo una cosa». La conducta del sistema es independiente de las intenciones de nadie. Por ejemplo, el ecologismo ha reforzado los grandes oligopolios: ¡Sin duda no es lo que pretendían los que defendían que lo pequeño es hermoso^[22]!

Puede argumentarse que la forma de una cultura (sus conductas, evaluaciones, organización familiar, hábitos alimenticios, pautas de vida, métodos pedagógicos, formas de gobierno, etcétera) surgen de las necesidades económicas de su tecnología.

ROBERT A. HEINLEIN, «Waldo»

El modo de producción en la vida material determina el carácter general de los procesos sociales, políticos y espirituales de la vida.

KARL MARX, «Una contribución a la crítica de la economía política»

La infraestructura conductual de una sociedad consta de modos de producción y modos de reproducción. Los modos de producción, según Harris, son «la tecnología y las prácticas empleadas para expandir o limitar la producción de subsistencia básica, dadas las restricciones y oportunidades proporcionadas por una tecnología específica que interactúa con un hábitat específico». Los modos de reproducción son «la tecnología y las prácticas empleadas para expandir, limitar y mantener el tamaño de la población». Esto incluye cosas como ritos de paso, reglas matrimoniales, anticoncepción, aborto e infanticidio.

Principio del Determinismo Infraestructural: Los modos conductuales de producción y reproducción determinan estadísticamente la economía conductual doméstica y política, que a su vez determina estadísticamente la mitología y la superestructura mental de la sociedad.

Este principio es la base de la teoría del Materialismo Cultural de Harris. Es el resultado de nuestra incapacidad para cambiar dos leyes ecológicas: 1) debemos usar energía para obtener energía y 2) nuestra habilidad para producir hijos sobrepasa a nuestra habilidad para obtener energía para ellos.

La infraestructura es «el interfaz entre cultura y naturaleza». Es donde las restricciones materiales de la física y la biología interactúan con las prácticas culturales que pretenden anularlas. Los orígenes de la cultura se encuentran aquí, no en los mitos y creencias de la sociedad. Como dice Harris: «La naturaleza es

indiferente a si Dios es un padre amoroso o un caníbal sediento de sangre. Pero la naturaleza no es indiferente a si el periodo de barbecho de un campo es de un año o de diez». Expresado de otra manera: una sociedad que siembra con azadas no puede tener las mismas instituciones que una sociedad que usa arados.

Consideremos, por ejemplo, el tabú hacia los cerdos en Oriente Medio. El cerdo convierte el 35% de su energía en carne, lo cual hace que sea un animal alimenticio de primera, y de hecho, se han encontrado muchos huesos de cerdo en asentamientos antiguos como Jericó y Ur. Sin embargo, después de la época de Hammurabi los cerdos casi desaparecen, y Herodoto informa que un egipcio del Reino Nuevo se lanzaría al Nilo vestido si tocara accidentalmente un cerdo. Los tabúes propuestos por los hebreos (Levítico. 11:7-8) y los árabes (Corán 2, 168) son bien conocidos.

La razón no se encuentra en el misticismo, sino en la termodinámica. Al contrario que otros animales domésticos, el cerdo no puede ser montado, ordeñado ni uncido a un arado. Son inútiles excepto como animales para el consumo de carne y como carroñeros. Aún más, engordan mejor con comidas que los humanos pueden comer directamente: semillas y tubérculos. A medida que la agricultura se extendía, el Próximo Oriente quedó deforestado. Los cerdos no sudan, y para refrescarse en tierras áridas y sin árboles deben revolcarse en preciosos charcos de agua y oasis. Así, en regiones áridas y deforestadas las sociedades que criaran cerdos estarían en una desventaja selectiva. Los rumiantes son mejor idea: pueden digerir celulosa y así proporcionar un aumento neto en calorías. Un meme como «Dios prohíbe el cerdo» sería reforzado positivamente por sus beneficios biopsicológicos. Sin embargo, fueron las condiciones de infraestructura las que llevaron a la prohibición divina, no al contrario.

Cuando las condiciones infraestructurales no son adecuadas, un meme no se propaga, no importa lo útil que parezca desde fuera. Algunas tribus amerindias conocían la rueda. Las usaban en los juguetes. Pero sin animales de tracción, construir carros proporcionaba demasiado poco refuerzo^[23]. El bosquimano del Kalahari citado anteriormente sabía sembrar; no veía ningún motivo, bajo la ley del Mínimo Esfuerzo, para molestarse. La turbina de vapor de Hiero, el helicóptero de Da Vinci, el *jet* de Coanda, el transistor de Lillienfield... ninguno «prendió». ¿Por qué transitorizar, razonaba la gente, cuando hay tantas válvulas termiónicas en el mundo?

Pero los memes, en frase de Margaret Silbar, pueden «renacer». Newton, Leibnitz, y el cálculo. Darwin, Wallace y la selección natural. Henry, Edison, Bell, Gray y el teléfono. Cuando las condiciones son adecuadas, se pensarán los pensamientos adecuados... a menudo por varias personas simultáneamente. «Las grandes ideas están en el aire —dice Stephen Jay Gould—, y varios sabios lanzan sus redes simultáneamente». Por eso Dios, en Su infinita sabiduría, creó los abogados de patentes (¡Alexander Bell y Elisha Gray solicitaron la patente del teléfono el mismo día!). Cuando es el momento de crear vías de ferrocarril, la gente empieza a crear vías

de ferrocarril.

Estas consideraciones nos llevan a:

Axioma Básico de la Evolución Cultural: Las culturas evolucionan a través de la selección natural actuando con memes para maximizar los beneficios biopsicológicos de los individuos.

Conocías tu lugar si pertenecías a una casta. Tal vez, más importante, si conocías a una casta sabías que había un lugar para ti.

PAUL COLINVAUX

ESPECIE CULTURAL

Vayamos ahora al aspecto del procesamiento de energía de la sociedad. Una sociedad humana es una población biológica, y como tal, nuestra habilidad para producir hijos sobrepasa a nuestra habilidad para obtener energía para ellos. La tensión resultante de reproducción versus recursos es la fuerza impulsora de la evolución cultural, igual que lo es de la evolución biológica. Sin embargo, hay unos cuantos detalles en esta analogía.

Una sociedad es más un mosaico de especies que una sola especie. El ecologista Paul Colinvaux iguala clase social con especie. Una especie se define por su rol en el ecosistema, es decir, por su «estilo de vida»: qué comer (y por qué ser comido); qué clase de nidos construir y dónde; cómo encontrar pareja, etc. Llamamos a esto su nicho. Un nicho ancho (por ejemplo, el de los osos) requiere muchos recursos; un nicho estrecho (por ejemplo, el de las ardillas) requiere menos^[24].

Del mismo modo, una clase social se caracteriza por trabajos concretos, estilos de ropa, vivienda, y vecindarios, y normalmente se casa dentro de esa misma clase. En las sociedades de castas, como la India hinduista, la Inglaterra victoriana o el Imperio romano, el matrimonio, residencia, las leyes suntuarias, y las reglas ocupacionales pueden recalcarse explícitamente; pero están implícitas en todas las sociedades humanas. Podemos extender la analogía biológica a las relaciones depredador-presa, si sustituimos una «red de precios» de intercambio por una «red alimenticia» de calorías. Así los barberos son depredadores y los hombres con pelo son su presa natural.

La ley fundamental de la ecología animal es que el nicho establece los números. Es el tamaño del nicho relativo a la base de recursos lo que determina el tamaño de la

población, no el esfuerzo reproductivo. Así el número de abogados (por citar un ejemplo) se fija por el tamaño del nicho de abogados, no por los esfuerzos reproductivos de las facultades de derecho. La misma base de recursos sostendrá más nichos estrechos que anchos, y por eso hay más ardillas que osos y más vendedores que abogados.

Hay una distinción crucial entre especie cultural y biológica. Una especie cultural es un conjunto «difuso». Las ardillas que sobran deben morir, pero los abogados que sobran pueden cambiar de nicho y encontrar un trabajo decente. La habilidad para cambiar de nichos (y para crear espacio de nichos adicionales a través de la tecnología) explica por qué los humanos tenemos historias y las ardillas no.

PRESIÓN DE POBLACIÓN

Como cada clase socioeconómica es una «especie», con su propio estilo de vida y sus necesidades de recursos, cada una de ellas tiene, consecuentemente, su propia tasa de crecimiento intrínseca. El concepto de presión reproductiva solo tiene sentido en este contexto. La presión se experimenta independientemente por cada clase, no por la sociedad como conjunto.

Cada clase trata de sacar el máximo partido al éxito reproductivo criando el mayor número de hijos que puede permitirse. No el mayor número absoluto, sino el mayor número que pueda ser criado en el nicho. Dada una base de recursos biopsicológica, R , los padres necesitan una cuota, P , para mantenerse a sí mismos en el nicho y una cuota, C , para criar a cada hijo. Conceptualmente:

$$N \approx (R - P)/C$$

Las familias pobres tienden a ser más grandes que las familias ricas porque el coste de criar un hijo en un nicho estrecho es menor que en uno ancho. ¡Nadie espera ir a Harvard! Es más, los hijos de los nichos estrechos empiezan a contribuir a los recursos familiares a temprana edad haciendo tareas en la granja, mendigando en las calles, o (antes de las leyes que prohibieron el trabajo infantil) trabajando en minas o fábricas. En contraste, los niños de los nichos anchos son caros de criar y, raramente, si lo llegan a hacer, devuelven la inversión de sus padres. En muchos de los llamados nichos *yuppies*, los niños son tan costosamente caros para el estilo de vida de los propios padres que estos optan por no tener hijos.

En resumen, los pobres tienen familias más grandes porque pueden «permitírselo^[25]». R puede ser baja; pero también lo es P , lo que deja una «porción del pastel» más grande que repartir entre los niños y, como C es también pequeña, pueden cortarse un montón de rebanadas más. Contrariamente a la creencia popular,

son los acomodados, no los pobres, quienes sienten más agudamente la presión reproductora. Como observa Colinvaux, siempre hay espacio para otro pobre diablo, pero no para otro comerciante, catedrático, sacerdote u oficial de éxito. Por eso el Crecimiento Cero de Población se descubrió en los barrios blancos en vez de en los guetos negros y por eso los Límites del Crecimiento se advirtieron por primera vez en el rico Club de Roma.

CONTROLAR EL CRECIMIENTO.

El crecimiento de la población se ha regulado de dos formas:

1. **Restricción de privilegios reproductores.** Esto incluye costumbres como dotes, ritos de paso, matrimonios acordados, homosexualidad, sacerdocios célibes, licencias requeridas por el estado, alta consideración hacia las vírgenes, monogamia, la píldora, etc. Un ejemplo: Chaka Zulo prohibió a sus guerreros casarse hasta que tuvieran treinta años.

2. **Reducir el exceso** a través del aborto y el infanticidio, sobre todo de niñas pequeñas^[26]. Los antiguos griegos dejaban a sus bebés sobrantes en el montículo central de la polis; los americanos modernos, en la clínica para adopción. Durante la Era Victoriana, los bebés del suburbio del East End eran encontrados frecuentemente en la basura. El padre de Hansel y Gretel los llevó al bosque y los abandonó. Expósitos suena mejor, pero es parte de la misma compleja conducta. Las cifras del Milán del siglo XVII, por ejemplo, muestran que el diez por ciento de los bebés eran abandonados en las escalinatas de las iglesias y orfanatos (y los orfanatos no eran llamados «creadores de ángeles» por nada).

TECNOLOGÍA

Estas dolorosas medidas producen una fuerte tendencia a evitarlas produciendo más recursos, R. Los gobernantes trabajan duro para elevar la riqueza de sus súbditos, para sacar a más y más gente de la pobreza.

1. La forma más fácil es intensificar la tecnología de producción de recursos. Enviar más cazadores; sembrar más acres; perforar más pozos de petróleo. Durante un tiempo, la producción de recursos puede incluso adelantarse al crecimiento de la población. Pero la intensificación acaba por estancarse. El daño al hábitat reduce los beneficios biopsicológicos de la tecnología al mismo tiempo que los costes

biopsicológicos marginales aumentan. Intensificar las partidas de caza espanta a las presas, y por eso los cazadores tienen que cazar más tiempo y alejarse más para traer a casa menos calorías.

2. Con el tiempo, el margen reducido desmotiva la antigua conducta tecnológica y se produce el hallazgo de una nueva tecnología. La nueva tecnología permite a mayor número de gente vivir cómodamente en un hábitat que anteriormente parecía abarrotado. Cultivar en solares preparados sostendrá de diez a cien veces la población que mantenía la caza/recolección. Aunque intentaran coexistir, los granjeros acabarían por ahogar a los cazadores en un mar de prole. Así es como los granjeros bantúes, que usaban el hierro, arrebataron el sur de África a los pigmeos que usaban piedra y a los cazadores khosianos entre los siglos I y V de nuestra era^[27].

Esto alivia la presión sobre los recursos. Pero el alivio es solo temporal y comenzará un nuevo ciclo de compresión. La estrategia de reproducción humana asegura que el número continuará creciendo, y el aumento de recursos debido a la nueva tecnología será consumido dentro de unas pocas generaciones. El resultado neto de más recursos ha sido siempre más bocas para consumirlos. «Los pobres siempre estarán con vosotros», dijo Jesús de Nazareth. Según Colinvaux, la primera ley social de la ecología es: «Toda pobreza es causada por el crecimiento continuo de la población».

En resumen, la teoría de Colinvaux predice que:

- Las clases medias y altas sentirán primero el apiñamiento.
- Los gobernantes inicialmente compasivos hacia los pobres se volverán egoístas y opresivos.
- Los problemas sociales serán episódicos (ya que un nuevo espacio de nicho es creado primero y llenado después) y se originará en las clases medias^[28].
- Se crearán métodos para situar a la gente en nichos estrechos: por ejemplo, sistemas de castas, fuerzas de trabajo, regulaciones gubernamentales.

Trocarán sus espadas en arados y sus lanzas en hoces.

ISAÍAS, 2:4

No empuñará más la espada pueblo contra pueblo, ni se adiestrarán más en la guerra.

MIQUEAS, 4:3

Que vengan, que salgan todos los guerreros; haced espadas de vuestras azadas y lanzas de vuestras podaderas; que el cobarde diga: «¡Soy un

valiente!».

JOEL 4:10

Hay un momento para todo, y un tiempo para cada cosa bajo el cielo... Un tiempo para la guerra y un tiempo para la paz.

Eclesiastés, 3:1-8

La guerra es probablemente el aspecto más apremiante de la historia. Flota sobre nuestras vidas como una nube amenazadora. Nadie sabe cuándo golpeará la tormenta, cuándo aparecerá algún posible Napoleón. Como el rayo, es impredecible.

¿O no? ¿Qué dicen los registros?

Los nómadas eurasiáticos han surgido de las estepas regularmente cada cinco siglos (\pm un siglo). ¿Coincidencia? La lista de guerras de Quincy Wright, expresada en una gráfica de Shewhart (fig. 15), indica un ciclo de 200 años.

Un análisis estadístico de las guerras realizado por Singer y Small también descubrió un ciclo de 25 años en «naciones-meses de guerra en curso por año». Tal vez el más sorprendente de esos análisis fue el realizado por J. S. Lee sobre las guerras entre los estados chinos registradas en los anales dinásticos. ¡Su gráfica revela dos repeticiones y media de una pauta de 800 años de longitud!

Esa regularidad va en contra de la teoría del «conquistador». Aunque las guerras sean instigadas por capitanes ambiciosos, todavía tenemos que explicar por qué esos capitanes surgen según lo previsto. La teoría ecológica de Colinvaux ofrece algunas explicaciones plausibles.

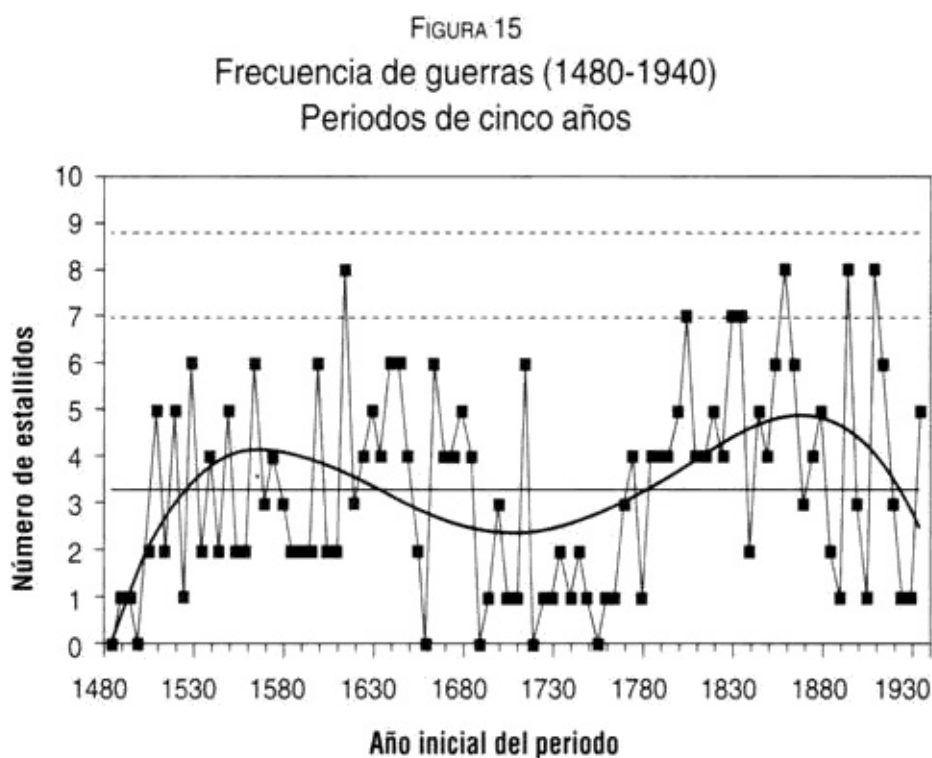


Figura 15: Una gráfica de Shewhart. Walter Shewhart, de Bell Labs, desarrolló un sencillo método gráfico para identificar cambios no aleatorios en un sistema. Los límites de probabilidad (las líneas de puntos) pueden ser calculados a partir de la variación a corto plazo de una distribución modelo que se suponga constante. Las series de datos que van más allá de estos límites o tienen extensiones inusualmente largas, deberían ser investigadas buscando causas especiales de variación. Los datos de Quincy Wright sobre las guerras, mostrados en un histograma en la figura 1, se muestran aquí en una gráfica de Shewhart con límites basados en una distribución constante de Poisson. La tendencia destaca un ciclo largo en los datos que era invisible en el histograma original.

EXPANDIR EL ESPACIO DEL NICHOS

«Cuando te quedas sin espacio en el nicho para la buena vida, siempre puedes buscar en otra parte... a través del comercio, las colonias, y la guerra agresiva», escribe Colinvaux.

Culturalmente hablando, ocupas más espacio que tus inmediaciones. Tu «espacio» incluye partes proporcionales de todas las tierras de granja, minas, parques, teatros, etc., que se adquieren para mantenerte en tu nicho acostumbrado. Por eso la gente puede sentirse abarrotada incluso cuando parezca haber espacio abierto de sobra.

1. El comercio te permite vivir parcialmente en el país de otro. Los antiguos helenos importaron trigo de Sicilia y Ucrania; así nosotros podríamos decir que sus estómagos «emigraron» a esos lugares, igual que nuestros tanques de petróleo han «emigrado» a Oriente Medio. Lo más importante, el comercio crea muchos nuevos nichos anchos para los comerciantes. Y para los trabajadores que producen los artículos comerciales. Y para los soldados que protegen las caravanas y barcos. Al cabo del tiempo, a medida que aumenta el número para llenar el espacio de nicho adicional, el país se vuelve dependiente del comercio. Adviertan que la densidad de población es una consecuencia de la dependencia del comercio, no una causa de él.

2. Las colonias vienen a continuación. El número relativamente pequeño de colonos no reducirá las masas en casa. El país natal sigue estando densamente poblado. Esto se cumplirá incluso cuando las colonias estén en el espacio. ¡Sin embargo, los colonos sí alivian la presión de las abarrotadas clases medias y altas!

(Adviertan la confluencia de teorías: La mayor tasa de costas sugiere que los estados atlánticos de Europa experimentarán altas tasas de evolución cultural. Sus nichos más anchos se sentirán por tanto «abarrotados» primero, y países «isla» como Inglaterra y Holanda serán los más severamente comprimidos. Un campo potencial

centrado en el tablero Atlántico, y con la distancia basada en los tiempos de navegación [dados los vientos dominantes y las corrientes oceánicas], define la ecozona de la civilización europea. La conectividad de la red indica la importancia de la ruta Iberia-Caribe. La complejidad superior de las primeras sociedades mecánicas comparada con los granjeros y cazadores-recolectores predice el resultado. Así, los contornos del colonialismo europeo pueden ser esbozados fácilmente a partir de principios geográficos y cliológicos básicos. Las posibilidades indican que los países-isla abarrotados y bien situados tendrán también más éxito a la hora de plantar colonias espaciales. ¿Algún candidato?).

3. Guerra agresiva. Finalmente, el estado comerciante se dará cuenta de que es mucho más fácil obtener los recursos que necesita por medio del robo directo. Esto lleva a la guerra agresiva. No hay nada del «mono desnudo» o del «imperativo territorial» en todo esto. La cultura, no la biología, es la causa. «El estado es calculador —escribe Colinvaux—. Los soldados están armados y son cautelosos. El enemigo es débil y una víctima. El objeto es el saqueo».

Colinvaux da los requisitos ecológicos para la guerra agresiva. El agresor es un país rico, denso y en crecimiento con altas expectativas. En términos operativos, podemos decir que el país tiene: 1) una alta densidad de población, 2) altos ingresos per cápita, y 3) altas tasas de crecimiento en ambos puntos. El nivel de vida aumenta, y la gente espera que sus hijos vivan mejor que ellos.

Intrigantemente, el agresor siempre cree que lucha por la libertad... la suya, por supuesto. «Un nivel más alto de vida siempre incluye más oportunidades para elegir un camino en la vida y es, por tanto, visto como una forma de libertad». Esto es cierto incluso si el estado es totalitario. Colinvaux predijo en 1970 que Rusia tendría más libertad en el sentido *jeffersoniano*. Es demasiado rica en recursos. «Todo lo que pasa es que hay un exceso de policías... Y los policías vienen y van».

Cuando el aumento de población amenaza el nivel de vida de las clases altas, se produce la guerra agresiva.

Debe haber, por supuesto, una víctima adecuada. La víctima está tecnológicamente atrasada para los niveles del agresor pero tiene recursos que el agresor necesita para mantener sus espacios de nicho más anchos. En resumen: los países ricos atacan a los pobres. Los ejemplos incluyen: el ataque austrohúngaro a Serbia; el ataque de Alemania a Polonia; el ataque japonés a Manchuria; los ataques británicos a la India, la Costa de Oro, y otras zonas coloniales; los ataques de Estados Unidos a México, el Imperio español, y las diversas tribus amerindias; los ataques rusos y soviéticos a Afganistán, Finlandia, las tribus siberianas, etc., etc.

La expansión militar continúa hasta que el estado agresor encuentra fronteras de ecozona o de comunicación... o los ejércitos de otro estado. La agresión de éxito requiere una técnica militar superior. (¡Al menos, superior a la de la víctima o la de los amigos de la víctima!). La falange griega atravesó el ejército persa como... Bueno, como el bronce al algodón. La falange de ciudadanos armados, entrenada

desde la infancia para combatir como una unidad, era una técnica militar superior (un tanque ambulante) que los persas no pudieron imitar a tiempo. Pero los griegos hicieron pocos progresos entre sí o contra otros estados falangistas, como Roma y Cartago; y acabaron por caer después de que Roma perfeccionara una técnica mejor, la legión. Del mismo modo, la legión dio paso a la caballería pesada armada; y esta, a las escuadras de lanceros y arqueros; y así sucesivamente.

Sin embargo, entre los estados tecnológicos y cultos, la mayoría de las técnicas militares pueden ser imitadas rápidamente. La víctima o sus amigos pueden aprender los nuevos métodos y usarlos contra el agresor. El Tercer Reich, por ejemplo, cayó ante un *blitzkrieg* aliado de aviones y tanques. Es probable que las guerras modernas no-nucleares sean inconclusivas o carentes de éxito. Solo un ataque nuclear asegura la posibilidad de una agresión con éxito... ¡suponiendo que no vaya a haber ninguna represalia por parte de la víctima o de sus amigos!

La buena noticia es que una guerra nuclear entre Estados Unidos y la Federación Rusa (la antigua Unión Soviética) no reúne los requerimientos ecológicos. Ambos estados son continentales, con espacio biopsicológico para muchos nichos anchos. Las poblaciones de ambos países son bajas comparadas con el espacio de nicho disponible, y los números crecen lentamente. Ningún país está lo suficientemente apurado de recursos para disparar un ataque sobre el otro. Y ningún bando cree que tenga una técnica militar «ganadora».

Para encontrar un agresor nuclear potencial, necesitamos un país «isla» (rodeado de agua, desierto o un terreno inadecuado), que sea «rico, libre, culto, hábil en el comercio, pero dependiente del espacio vital de otras tierras para la riqueza y libertad de una población grande». La historia ecológica sugiere que países como Atenas, Cartago, Venecia, Inglaterra, Japón, o Singapur sentirán la compresión de recursos primero, y de manera más severa. Nos gusta pensar en Inglaterra como «amante de la paz». Pregunten a los irlandeses, franceses, bengalíes, keniatas, y otros. Inglaterra forjó el mayor acuerdo inmobiliario de la historia a punta de bayoneta.

Ninguno de los países «isla» de hoy está severamente comprimido, aunque Japón disparó una política comercial bastante agresiva en los años ochenta. Sin embargo, el futuro puede que cuente una historia diferente. El año 2100 diferirá tanto del año 2000 como el hoy difiere del año 1900. Las poblaciones continuarán creciendo y, lento o rápido, es el crecimiento mismo lo que cuenta. Colinvaux sospecha que el siglo XXI puede ver un ataque atómico a pequeña escala por parte de una nación «isla» rica sobre una nación «víctima» débil, donde el agresor se basará en el hecho de que las superpotencias (sean cuales sean entonces) aceptarán el *fait accompli* en vez de arriesgarse a una conflagración mundial.

Las estrellas de noche no son menos hermosas ahora que podemos medir su distancia y magnitud y calcular su tamaño y su edad.

Este ensayo es demasiado breve para hacer justicia al amplio panorama de la cliología. No hemos tratado temas tan cruciales como las definiciones operacionales de términos o la fiabilidad de las medidas. (¿Cuál es la población de la Unión Soviética? ¿Cómo se sabe?). Estos temas son importantes. La Teoría de Catástrofes (y la nueva Teoría de Complejidad) demuestra que diminutas diferencias en las variables de entrada causan una gran diferencia en la conducta del sistema. Sin embargo, muchos términos de las ciencias culturales están pobremente definidos. Singer y Small compararon listas de guerras compiladas por investigadores diferentes. ¡No había dos listas iguales!

Pero tenemos que detenernos en alguna parte.

Hemos visto que puede ser posible una historia científica. «Empiristas» como Hamblin han descubierto las leyes subyacentes de la conducta social. «Constructores de modelos» como Rashevsky y Renfrew han construido facsímiles matemáticos de los procesos culturales. «Ecologistas» como Harris y Colinvaux han esbozado teorías plausibles de causalidad material. La cliología es posible, pero ¿es deseable? ¿Cuáles son las implicaciones para la dignidad humana? ¿Podría alguna «Sociedad Babbage» estar reunida en este mismo momento?

El meme de que la ciencia es de algún modo deshumanizadora está fuertemente arraigado en nuestra sociedad. «Hay una creciente sensación —escribió un crítico—, de que los métodos de la historia, honrados por el tiempo y basados principalmente en los de las ciencias naturales, están conceptualmente y moralmente en bancarrota». La declaración de que los métodos científicos están «honrados por el tiempo» en cualquiera de las disciplinas sociales sin duda sorprenderá a muchos, pero la actitud tras el comentario no.

La ciencia ha estado volviendo loca a las humanidades desde hace tiempo. La primera incursión de los físicos en la arqueología (la datación por carbono 14) causó una completa revolución de la cronología prehistórica, que algunos arqueólogos todavía se niegan a aceptar. Del mismo modo, el mapa que los biólogos han trazado de las frecuencias genéticas ha descubierto hechos intrigantes: como el Ataque de los Mutantes Bebedores de Leche, cuya peculiar habilidad para digerir leche como adultos llevó a la revolución de la Vaca y el Arado.

Sin embargo, puede que no sea posible una cronología detallada del futuro. La historia es contingente. Cada momento es una consecuencia del momento anterior. Los cambios son acumulativos. Las fluctuaciones aleatorias pueden ser amplificadas por la dependencia secuencial. «A falta de un clavo, se perdió una herradura...». Con los dinosaurios y la teoría de Darwin, ¿podría un biólogo predecir a una jirafa? Miren nuestros problemas para predecir el tiempo meteorológico... ¡y no es más que física!

Pero al igual que los meteorólogos pueden predecir razonablemente el tiempo,

que no el clima, y los biólogos podrían predecir «comedores de hierba de cuello largo en la copa de los árboles», si no el diplodocus o la jirafa, los psichistoriadores podrían poder predecir los contornos aproximados del futuro. Sin duda podrían proyectar luz sobre lo que ha sucedido en el pasado o lo que está sucediendo ahora.

No hay duda de una cosa. Si existen fuerzas históricas, ¿están operando seamos conscientes de ellas o no! ¿Hay más dignidad en ser la víctima de las circunstancias que en intentar estudiar y cambiar esas circunstancias? Como ha escrito Marvin Harris, la subjetividad y el autoengaño apenas son medidas del ser humano.

Para comprender mejor los procesos de la historia podemos tomar mejor las riendas de nuestras propias vidas. Ya ha pasado el momento de echar la culpa de todo lo que pasa a los dioses, la mala suerte, los rosacruces (o la Sociedad Babbage).

¿Tiene la ciencia un rol en la cultura? Dejen que responda Marvin Harris:

Hay muchas formas de saber; pero... no es mero etnocentrismo lo que asegura que la ciencia es un modo de saber que tiene un valor transcendente único para todos los seres humanos. En todo el curso de la prehistoria y la historia un solo modo de pensar ha animado a sus practicantes a dudar de sus propias premisas y a exponer sistemáticamente sus propias conclusiones al hostil escrutinio de los no creyentes. A menos que los críticos pueden mostrar cómo algún otro sistema universalista de saber conduce a criterios más aceptables de verdad, su intento por subvertir la credibilidad universal de la ciencia en nombre del relativismo cultural es un crimen contra la humanidad. Y lo es porque la alternativa real a la ciencia no es la anarquía, sino la ideología; no pacíficos artistas, filósofos y antropólogos, sino fanáticos agresivos y mesías ansiosos por aniquilarse unos a otros y a todo el mundo si es necesario para demostrar sus argumentos.

Notas

[1] Para expresarlo de otra forma: cada guerra puede tener causas, pero la guerra en sí no las tiene. <<

[2] Una gráfica de Shewhart distingue entre fluctuaciones aleatorias, inherentes al sistema, y fluctuaciones no aleatorias, causadas por perturbaciones del sistema. El límite suele fijarse en tres desviaciones estándar de la media. Los puntos que caen más allá de estos límites son tan improbables que se deban a la casualidad (en orden a un cuarto de punto de porcentaje) que la hipótesis de la casualidad aleatoria debe ser descartada. <<

[3] Extrañamente, no hay ningún efecto similar en la tasa de desempleo. La media del paro ha fluctuado alrededor del 5% (con algunos picos) desde 1890, el primer año de la serie. <<

[4] Hacer la gráfica del segundo y tercer ejemplo queda en manos del lector. En las bibliotecas se encuentran los datos estadísticos, ¿y por qué debo quedarme yo con toda la diversión? <<

[5] El ciclo de Kondratieff parece surgir del sector capital de la economía. Cada ola representa alguna infraestructura de transporte (canales, ferrocarriles, aeropuertos y carreteras, y naves espaciales SSTO) o alguna fuente de energía (vapor, electricidad, y satélites de energía solar). El éxito de los años del *boom* anima a otros inversores y pronto hay, por ejemplo, cinco carreteras entre Chicago y Detroit. Este exceso de capacidad produce una bajada en el reembolso marginal de la inversión. Si construyes, no vienen. Tenemos todos los canales (carreteras, aeropuertos, ferrocarriles) que necesitamos, así que paramos... y el ciclo baja. <<

[6] Las poblaciones árabes se establecieron en Siria/Palestina y en Irak durante la época selúcida, pero esto fue probablemente el final del movimiento nabateo. <<

[7] Por desgracia, no hay ninguna garantía de que la guerra no estalle antes de que se llegue al punto de estabilidad. <<

[8] ¡Lo siento! Prometo no volver a hacerlo. <<

[9] Este concepto de «distancia cultural» explica por qué la Órbita Alta Terrestre está «a medio camino de alguna parte» en el Sistema Solar. ¡La mitad del AV es necesaria para llegar hasta allí! <<

[10] John Alden puede hablar por sí mismo, pero a mí me parece una ley cuadrada inversa. Tiene más sentido porque el área influenciada aumentará con el cuadrado de la distancia desde el centro. <<

[11] Basándonos en el número de vuelos que las conectan, Los Angeles puede estar más «cerca» de Nueva York que de Omaha. <<

[12] Desde 1988, cuando este ensayo se escribió originalmente, muchos gobiernos del Tercer Mundo han llegado a la misma conclusión. <<

[13] Desde que este ensayo apareciera por primera vez en *Analog* de abril/mayo de 1988, los socialistas ya no sostienen que el ecologismo es solo una excusa para negar un mejor nivel de vida a las pobres masas de proletarios. <<

[14] Planificadores centrales, tomen nota. También: publicistas, productores cinematográficos y todo tipo de gente. <<

[15] No, el modelo no es $E=mc^2$. Eso habría sido demasiado impresionante, ¿no? <<

[16] En la campaña presidencial norteamericana de 2000, hubo una extraña superposición de declaraciones del populista de derechas Paul Buchanan y el izquierdista Ralph Nader, sobre todo en asuntos económicos, como el libre comercio.

<<

[17] Por eso la izquierda se resiste al darwinismo tan amargamente (¡metiéndolo en el mismo saco con los fundamentalistas religiosos de extrema derecha!). Un articulista del New York Times Book Review escribió una vez que el «evolucionismo [sic] era el reflejo ideológico de la explotación económica y el conflicto de clases en una era de rápido desarrollo económico capitalista y expansión imperial». <<

[18] La línea divisoria es confusa. Hay sistemas «autoorganizados» que están a caballo entre los vivos y no vivos: los virus, por ejemplo. <<

[19] Pista: El despotismo fue posible en sociedades dependientes del riego porque los controles estaban centralizados. El gobernante podía «cerrar el grifo» a sus enemigos. Pero en tierras regadas por la lluvia, la lluvia caía por igual sobre los enemigos y los amigos del rey. <<

[20] ¡No creerían ustedes que el cambio rápido se produce solamente en sociedades avanzadas e industrializadas! <<

[21] Aunque fundar una granja y saltar de un edificio alto tal vez tengan algo en común hoy en día. <<

[22] Porque las grandes corporaciones pueden permitirse cumplir las cargas administrativas, mientras que la pequeña tienda familiar no. Véase la figura 14, donde las demandas de la autoridad central rodean la productividad de la sociedad en 3 y 4. Cuando el margen es demasiado estrecho, es más fácil (el Cuarto Beneficio Biopsicológico de Harris) echar el candado y marcharse. <<

[23] En efecto, no se puede poner al carro antes del caballo. <<

[24] Las barreras conductuales son tan importantes como las barreras de fertilidad. Las dos poblaciones no fértiles de los atunes de aleta azul atlánticos son consideradas especies diferentes porque, literalmente, nadan en círculos distintos, llegando a los terrenos de reproducción en el medio del Atlántico en momentos diferentes. <<

[25] Y no porque les interese más el sexo. <<

[26] El aborto y el infanticidio solo son controles efectivos de la población cuando las hembras son las víctimas preferidas. Los varones son prácticamente irrelevantes en el control de la población y no figuran en los modelos matemáticos. Una aldea de cien mujeres no puede tener más de cien nacimientos por año (en general), haya cien hombres o uno solo, muy cansado pero feliz. <<

[27] No pensarían que los europeos eran los únicos que se apoderaban de continentes, ¿no? <<

[28] Revolucionarios como Robespierre, John Adams, Lenin, Sun Yat-sen, Ho Chi Minh y otros fueron todos miembros de las clases altas o medioaltas. <<